

STEPHEN KING

C.H.G. & E. CORP.
134219



Corazones
en la
Atlántida

Lectulandia

Aunque algunos episodios de la década de los sesenta nos parezcan irreales, no son ficticios, ocurrieron de verdad. Stephen King, que ha sido el primer escritor de la generación de la televisión que ha logrado un enorme éxito, publicó en 1974 *Carrie*, su primera novela, justo un año antes de la retirada de las últimas tropas americanas de Vietnam.

Las imágenes de aquella guerra y de las protestas en contra habían inundado las pequeñas pantallas de las casas americanas durante casi diez años, dejando una huella imborrable en toda una generación.

En *Corazones en la Atlántida*, King hipnotiza a sus lectores con una ficción profundamente sembrada en esos años, los sesenta, y explora, a lo largo de cuatro décadas, los estigmas y la herencia psicológica de la guerra de Vietnam en las personas.

Lleno de peligro, lleno de suspense y, sobre todo, lleno de sentimientos, este libro de Stephen King transportará a algunos lectores a un lugar que nunca antes han visitado y a otros a un lugar que nunca podrán abandonar del todo...

Lectulandia

Stephen King

Corazones en la Atlántida

ePub r1.3

leandro 30.09.13

Título original: *Hearts in Atlantis*
Stephen King, 1999
Traducción: Carlos Milla Soler
Retoque de portada: leandro

Editor digital: leandro
Corrección de erratas: leandro
ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

Para Joseph y Leanora y Ethan:
os dije todo aquello para deciros esto.

Número 6: ¿Qué queréis?

Número 2: Información.

Número 6: ¿De qué bando estáis?

Número 2: Eso sería hablar. Queremos información.

Número 6: ¡No la tendréis!

Número 2: Por las buenas o por las malas, la tendremos.

EL PRISIONERO

Simón, como una pequeña imagen bronceada, oculto por las hojas, permaneció donde estaba. Incluso al cerrar los ojos se le aparecía la cabeza del jabalí como una reimpresión en su retina. Aquellos ojos entreabiertos estaban ensombrecidos por el infinito escepticismo del mundo de los adultos. Le aseguraban a Simón que todas las cosas acaban mal.

WILLIAM GOLDING
El señor de las moscas

La pifiamos.

Easy Rider

1960: Tenían una vara afilada por ambos extremos.

1960

HAMPONES CON CHAQUETAS AMARILLAS

Un niño y su madre. El cumpleaños de Bobby. El nuevo inquilino. Del tiempo y los desconocidos.

El padre de Bobby Garfield era uno de esos hombres que empiezan a perder el pelo poco después de los veinte y están totalmente calvos hacia los cuarenta y cinco. Randall Garfield se libró de ese destino muriendo de un infarto a los treinta y seis. Era agente inmobiliario y, cuando exhaló el último suspiro, yacía en el suelo de la cocina de una casa ajena. En el instante en que el padre de Bobby expiró, el potencial comprador de la vivienda se hallaba en la sala de estar, intentando avisar a una ambulancia a través de un teléfono desconectado. Por entonces Bobby contaba tres años de edad. Guardaba vagos recuerdos de un hombre haciéndole cosquillas y besándole las mejillas y la frente. Tenía la casi absoluta certeza de que ese hombre era su padre. AÑORADO CON TRISTEZA, rezaba en la lápida de Randall Garfield; pero la verdad era que su madre no parecía muy triste, y en cuanto a Bobby... en fin, ¿quién podía añorar a alguien al que apenas recordaba?

Ocho años después de la muerte de su padre, Bobby se enamoró con locura de una Schwinn de veintiséis pulgadas que vio en el escaparate de la ferretería Western Auto. Lanzó a su madre toda clase de indirectas sobre la Schwinn y, finalmente, una noche, se la señaló cuando volvían del cine (habían visto *The Dark at the Top of the Stairs*, que Bobby no entendió pero disfrutó igualmente, sobre todo la escena en que Dorothy McGuire se dejaba caer en un sillón y enseñaba sus largas piernas). Al pasar frente a la ferretería, Bobby, como quien no quiere la cosa, mencionó que la bicicleta sería un estupendo regalo para algún niño afortunado en su undécimo aniversario.

—No te hagas ilusiones —repuso ella—. No puedo permitirme una bicicleta para tu cumpleaños. Por si no lo sabías, tu padre no nos dejó nadando en la abundancia precisamente.

Pese a que Randall murió durante la presidencia de Truman, y Eisenhower ya casi había agotado sus ocho años de mandato, «tu padre no nos dejó nadando en la abundancia precisamente» era la respuesta más habitual de su madre a cualquier petición de Bobby que representase un gasto superior a un dólar. Por lo general, el comentario iba acompañado de una mirada de reproche, como si su marido se hubiese fugado en lugar de morir.

No habría bicicleta, pues, para su cumpleaños. Camino de casa, Bobby reflexionó taciturno sobre ello, desvanecido ya casi por completo el grato sabor de boca que le había dejado la extraña y confusa película que acababan de ver. No discutió con su

madre, ni trató de engatusarla; eso provocaría un contraataque, y cuando Liz Garfield contraatacaba, no daba cuartel. Se limitó a pensar con amargura en la bicicleta perdida... y en el padre perdido. A veces casi odiaba a su padre. A veces sólo le impedía odiarlo la sensación, indefinible pero firme, de que era eso lo que su madre quería. Cuando llegaron al Commonwealth Park y empezaron a bordearlo —dos travesías más adelante doblarían a la izquierda por Broad Street, donde vivían—, dejó de lado sus acostumbrados recelos e hizo una pregunta sobre Randall Garfield.

—¿No nos dejó nada, mamá? ¿Nada de nada?

Un par de semanas antes había leído un libro de misterio de Nancy Drew en el que la herencia de un pobre niño había sido escondida detrás de un viejo reloj en una mansión abandonada. En realidad, Bobby no creía que su padre hubiera dejado monedas de oro o sellos valiosos ocultos en algún sitio, pero si había *algo*, acaso pudieran venderlo en Bridgeport. Posiblemente en una casa de empeños. Bobby ignoraba en qué consistían los empeños, pero sabía cómo eran aquellos establecimientos: en todos ellos pendían tres bolas doradas sobre la puerta. Y estaba convencido de que los empeñistas los ayudarían amablemente. Desde luego era sólo una fantasía infantil, pero Carol Gerber, una vecina de su calle, tenía un juego completo de muñecas que su padre, marino de la armada, le había enviado desde el extranjero. Si los padres *regalaban* cosas —como así era—, tenía sentido pensar que a veces los padres *dejaban* cosas en herencia.

Cuando Bobby hizo la pregunta, pasaban junto a una de las farolas que flanqueaban el Commonwealth Park, y Bobby vio de pronto en la boca de su madre la mueca que siempre aparecía cuando él se atrevía a interrogarla sobre su difunto padre. Esa mueca le recordaba a un bolso con cierre de cordón que ella tenía: al tirar de los extremos del cordón, la abertura se encogía.

—¿Quieres saber qué nos dejó? —dijo ella mientras enfilaban Broad Street arriba. Bobby se arrepintió de haber hablado, pero el mal estaba ya hecho. Cuando su madre arrancaba, no había quien la parase, ése era el problema—. Nos dejó una póliza de seguros que había vencido un año antes de su muerte. Eso fue lo último que me habría imaginado hasta que él pasó a mejor vida y todos, incluidos los de pompas fúnebres, vinieron a reclamarme su pequeña parte de lo que yo no tenía. También nos dejó un montón de facturas por pagar, de las que hoy por hoy ya me he hecho cargo... La gente se ha mostrado muy comprensiva con mi situación, en especial el señor Biderman, y nunca diré lo contrario.

Hasta ahí era la misma cantinela de costumbre, tan aburrida y sañuda como siempre, pero cuando se acercaban al gran bloque de apartamentos situado hacia la mitad de Broad Street, su madre añadió algo nuevo:

—Tu padre siempre iba a por la quinta para la escalera.

—¿Qué es la «quinta para la escalera», mamá?

—Déjalo estar. Pero te advierto una cosa, Bobby: por la cuenta que te trae, vale más que nunca te pille jugando a las cartas por dinero. Ya he tenido bastante de eso para lo que me queda de vida.

Bobby habría deseado ahondar en el tema, pero sabía lo que le convenía: una pregunta más podía desencadenar una diatriba. Pensó que quizá la película —sobre desavenencias conyugales— había alterado a su madre de algún modo que él, al fin y al cabo sólo un niño, no comprendía. El lunes, en el colegio, consultaría a su amigo John Sullivan qué significaba ir a por la quinta para la escalera. Intuía que tenía algo que ver con el póquer, pero no estaba del todo seguro.

—Hay sitios en Bridgeport donde se quedan con el dinero de la gente —explicó su madre cuando se aproximaban al edificio donde vivían—. Los hombres sin dos dedos de frente van allí. Los hombres sin dos dedos de frente se meten en líos, y luego son las mujeres quienes han de sacarlos del apuro. En fin...

Bobby adivinó qué diría a continuación. Era la frase preferida de su madre.

—La vida es injusta —afirmó ella mientras sacaba la llave y se disponía a abrir la puerta del número 149 de Broad Street, en la localidad de Harwich, Connecticut.

Corría el mes de abril de 1960, la fragancia de la primavera impregnaba el aire nocturno, y junto a Liz Garfield había un niño larguirucho con el peligroso pelo rojo de su padre. Ella casi nunca le tocaba el pelo, y las raras veces en que lo acariciaba, era en el brazo o la mejilla.

—La vida es injusta —repitió ella.

Abrió la puerta y entraron.



Ciertamente la vida no había tratado a su madre como a una reina, y desde luego era de lamentar que su marido hubiese expirado en el linóleo de una casa vacía a la edad de treinta y seis años; pero Bobby pensaba a veces que podría haber sido peor. Podría haber tenido dos hijos en lugar de uno, por ejemplo. O tres. O cuatro incluso.

¿Y si no le hubiese quedado más remedio que ganarse la vida con un trabajo verdaderamente duro? La madre de Sully trabajaba en la panadería Tip-Top, y las semanas que le correspondía a ella encender los hornos, Sully-John y sus dos hermanos mayores apenas la veían. Bobby se había fijado también en las mujeres que salían en fila de la fábrica de calzado Peerless cuando sonaba la sirena a las tres de la tarde (él terminaba las clases a las dos y media), mujeres todas ellas muy flacas u obesas, mujeres de cara pálida y dedos manchados de un repugnante color a sangre seca, mujeres que siempre miraban al suelo y llevaban el uniforme de trabajo en bolsas de supermercado. El otoño anterior, Bobby había visto recoger manzanas en las afueras del pueblo a hombres y mujeres, cuando se dirigía a una feria parroquial

con la señora Gerber y sus hijos, Carol y el pequeño Ian, a quien Carol siempre llamaba Ian el Mocosito. Cuando Bobby preguntó por ellos, la señora Gerber le explicó que eran trabajadores migratorios, igual que ciertas aves, e iban continuamente de un lado a otro, recolectando cualquier clase de frutos listos para la cosecha. La madre de Bobby podría haber sido una de ellos, pero no lo era.

Era la secretaria del señor Donald Biderman en Home Town Real Estate, la agencia inmobiliaria para la que trabajaba el padre de Bobby cuando sufrió el infarto. Bobby suponía que al principio consiguió el empleo porque Donald Biderman apreciaba a Randall y se compadeció de ella —viuda y madre de un hijo aún en pañales—, pero hacía bien su trabajo y le dedicaba el tiempo que fuese necesario. A menudo se quedaba hasta tarde en la oficina. Bobby había visto juntos a su madre y el señor Biderman sólo en un par de ocasiones: una, en la comida campestre de la empresa, que era la que mejor recordaba; otra, cuando Bobby se rompió un diente en el colegio durante un recreo y el señor Biderman los llevó en coche a un dentista de Bridgeport... y los dos adultos se miraban de una manera especial. A veces el señor Biderman telefoneaba a su madre por la noche, y en esas conversaciones ella lo llamaba Don. Pero «Don» era viejo, y Bobby no pensaba mucho en él.

Bobby no sabía exactamente qué hacía su madre durante el día (o las horas extra nocturnas) en la oficina, pero estaba seguro de que no tenía ni comparación con fabricar calzado, recoger manzanas, o encender los hornos de la panadería Tip-Top a las cuatro y media de la madrugada. Bobby estaba seguro de que su empleo no tenía ni punto de comparación.

Por otra parte, preguntar a su madre respecto a ciertos temas era buscarse problemas. Si le preguntaba, por ejemplo, cómo podía permitirse tres vestidos nuevos de Sears, uno de ellos de seda, y no en cambio los tres plazos mensuales de 11,50 dólares que costaba la Schwinn del escaparate de Western Auto (era de colores rojo y plateado, y a Bobby sólo de mirarla se le contraía el estómago del deseo). Preguntar cosas así a su madre era buscarse *serios* problemas.

Bobby se abstuvo. Simplemente tomó la firme decisión de ganar con su propio esfuerzo el dinero para la bicicleta. Le llevaría hasta el otoño, quizá hasta el invierno, y acaso por entonces ese modelo en particular hubiese desaparecido ya del escaparate de Western Auto; pero trabajaría hasta reventar. Uno tenía que arrimar el hombro y sudar sangre. La vida era dura... y la vida era injusta.



Cuando llegó el undécimo cumpleaños de Bobby el último día de abril, su madre le dio un paquete plano y pequeño envuelto en papel de aluminio. Contenía un carnet naranja de la biblioteca. Un carnet de *adulto*. Adiós a Nancy Drew, los hermanos

Hardy y Don Winslow el marino. Bienvenido todo lo demás: historias rebosantes de pasiones turbias y misteriosas como *The Dark at the Top of the Stairs*. Por no hablar de los puñales ensangrentados descubiertos en las habitaciones de alguna torre. (También había misterio y torres con habitaciones en las historias de Nancy Drew y los hermanos Hardy, pero poca sangre y ninguna pasión.)

—Pero recuerda que la señora Kelton, la bibliotecaria, es amiga mía —aclaró su madre con la aspereza que acostumbraba emplear en sus advertencias, pese a que obviamente le complacía la satisfacción que percibía en Bobby—. Si intentas sacar algo subido de tono como *Peyton Place* o *Kings Row*, me enteraré.

Bobby sonrió. Eso ya lo sabía.

—Si en la mesa de préstamos encuentras a esa otra mujer, doña Metomentodo, y te pregunta qué haces tú con un carnet naranja, dile que mire al dorso. Sobre la firma he puesto mi permiso por escrito.

—Gracias, mamá. Es estupendo.

Su madre sonrió, se inclinó y lo besó fugazmente en la mejilla, apenas un roce de sus labios secos, retirándolos casi antes de tocarlo.

—Me alegra que te guste el regalo. Si hoy vuelvo pronto a casa, iremos al Colony a tomar unas almejas fritas y un helado. Para el pastel, deberás esperar hasta el fin de semana; antes no tendré tiempo de prepararlo. Y ahora, hijo mío, ponte el abrigo y vámonos, o llegarás tarde al colegio.

Bajaron por la escalera y salieron al porche juntos. Había un taxi parado junto a la acera. Un hombre con chaqueta de popelín encorvado ante la ventanilla del pasajero pagaba al taxista. Arracimado detrás de él, se hallaba su exiguo equipaje, incluidas varias bolsas de papel con asas.

—Ése debe de ser el hombre que ha alquilado la habitación libre del tercer piso —comentó Liz, contrayendo una vez más la boca. Estaba en el peldaño superior de la escalera del porche, evaluando el estrecho trasero del nuevo inquilino, que apuntaba hacia ellos mientras el hombre terminaba de pagar al taxista—. La gente que lleva sus cosas en bolsas de papel no me inspira confianza. Para mí, eso es sinónimo de dejadez.

—También tiene maletas —adujo Bobby, pero no fue necesario que su madre le hiciese notar que las tres pequeñas maletas del nuevo inquilino dejaban bastante que desear. Eran desparejas, y a juzgar por su aspecto, se diría que alguien de mal humor las había llevado a patadas desde California hasta allí.

Bobby y su madre se dirigieron hacia la acera por el camino de acceso. El taxi arrancó. El hombre de la chaqueta de popelín se dio media vuelta. Para Bobby, la gente se distribuía en tres amplias categorías: niños, adultos y viejos. Los viejos eran adultos de pelo blanco. El nuevo inquilino pertenecía a este tercer grupo. Tenía el rostro huesudo y demacrado, con algunas arrugas (más numerosas en las comisuras

de sus ojos de un azul apagado), no muchas pero sí muy profundas. Su cabello blanco era fino y ralo como el de un bebé, con entradas sobre la frente salpicada de manchas rojizas. Era alto y se encorvaba de un modo que recordaba a Boris Karloff en las películas del ciclo de terror que ponían en televisión los viernes a las once y media de la noche. Bajo la chaqueta de popelín vestía ropa barata de obrero, en apariencia varias tallas por encima de la suya, y calzaba unos zapatos de cordobán gastados.

—Hola, amigos —dijo, y sonrió como si le representase un esfuerzo—. Me llamo Theodore Brautigan. Creo que viviré aquí una temporada.

Tendió la mano a la madre de Bobby, y ella la aceptó pero redujo el apretón a un fugaz contacto.

—Yo soy Elizabeth Garfield, y éste es mi hijo, Robert. Discúlpenos, señor Brattigan...

—Brautigan, señora —corrigió él—, pero me complacería que usted y el niño me llamasen Ted.

—Sí, bueno... Lo sentimos, pero a Robert se le hace tarde para el colegio y a mí para la oficina. Encantada de conocerlo, señor Brattigan. Date prisa, Bobby. *Tempus fugit*.

Su madre se encaminó calle abajo hacia el centro, y Bobby empezó a repechar calle arriba (y más despacio) hacia la escuela primaria de Harwich, en Asher Avenue. Tras tres o cuatro pasos, Bobby se detuvo y volvió la cabeza. Tenía la impresión de que su madre había sido descortés con el señor Brautigan, se había dado aires de superioridad. Darse aires de superioridad era el peor de los vicios en su pequeño círculo de amigos. Carol detestaba a la gente que se daba aires de superioridad, y Sully-John también. El señor Brautigan debía de estar ya a medio camino de la puerta, pero si no era así, Bobby quería dedicarle una sonrisa para que viese que al menos un miembro de la familia Garfield no se daba aires de superioridad.

Su madre también se había detenido y también miraba hacia atrás. No porque deseara echarle otra ojeada al señor Brautigan; a Bobby esa posibilidad no se le pasó siquiera por la mente. No, se había vuelto para observar a su hijo. Ella sabía que Bobby volvería la cabeza aun antes de que él decidiese hacerlo, y esa idea ensombreció de pronto el talante por naturaleza alegre de Bobby. Su madre decía a veces que antes vería nevar en agosto que conseguir pegársela a ella, y Bobby suponía que tenía razón. Pero ¿a qué edad podía uno pegársela a su madre? ¿A los veinte años? ¿A los treinta? ¿O había que esperar a que *ella* se hiciese vieja y empezase a chochear?

El señor Brautigan seguía en la acera, frente al camino de acceso, con una maleta en cada mano y la tercera bajo el brazo derecho (había dejado las tres bolsas de papel en el césped de la entrada del 149 de Broad Street), más encorvado que nunca a causa del peso. Estaba justo entre Bobby y su madre, como una barrera de peaje o algo así.

Esquivando al señor Brautigan, Liz Garfield clavó la mirada en la de su hijo. «Márchate —decían sus ojos—. Mantén la boca cerrada. Es nuevo, un hombre de Dios sabe dónde o de ninguna parte, y acaba de llegar con la mitad de sus cosas en bolsas de papel. Mantén la boca cerrada, Bobby, y márchate».

Pero Bobby no obedecería. Quizá porque su madre le había regalado un carnet de la biblioteca en lugar de una bicicleta por su cumpleaños.

—Encantado de conocerlo, señor Brautigan —dijo Bobby—. Espero que esté a gusto aquí. Adiós.

—Que te vaya bien en el colegio, hijo —respondió el señor Brautigan—. Aprende mucho. Como bien dice tu madre, *tempus fugit*.

Bobby miró a su madre para ver si su pequeña rebelión era perdonada después de aquel halago igualmente pequeño, pero su madre permaneció inexpresiva, limitándose a darse media vuelta y continuar calle abajo sin pronunciar otra palabra. Bobby siguió su camino, contento de haber hablado al desconocido aunque más tarde su madre lo obligase a lamentarlo.

Cuando se acercaba a la casa de Carol Gerber, sacó el carnet naranja de la biblioteca y lo contempló. No era una Schwinn de veintiséis pulgadas, pero no le desagradaba. A decir verdad, le entusiasmaba. Le abría las puertas a todo un mundo de libros que explorar. ¿Qué más daba si había costado sólo un par de pavos? ¿No decían que la intención es lo que cuenta?

O al menos lo decía su madre.

Volvió el carnet. Al dorso, escrito con la letra enérgica de su madre, se leía: «A quien corresponda: Éste es el carnet de mi hijo. Tiene mi permiso para sacar tres libros por semana de la sección de adultos de la Biblioteca Pública de Harwich». Firmado: «Elizabeth Penrose Garfield».

Debajo del nombre, a modo de posdata, había añadido: «Robert será responsable de sus propias multas por incumplimiento del plazo de devolución».

—¡Cumpleañero! —exclamó Carol Gerber, sobresaltándolo, y salió corriendo de detrás del árbol donde aguardaba agazapada.

Echó los brazos al cuello de Bobby y le plantó un sonoro beso en la mejilla. Bobby, ruborizado, lanzó un vistazo alrededor para comprobar si alguien los veía (aun sin besos sorpresa era ya bastante delicado ser amigo de una niña), pero afortunadamente no había nadie. Por Asher Avenue, al final de la calle, pasaba el torrente de niños de todas las mañanas, pero allí abajo estaban solos.

Bobby se restregó la mejilla.

—Venga, no disimules, que te ha gustado —dijo Carol entre risas.

—De eso nada —mintió Bobby.

—¿Qué te han regalado?

—Un carnet de la biblioteca —contestó Bobby, y se lo enseñó—. Un carnet de

adulto.

—¡Pistonudo! —prorrumpió Carol. ¿Era lástima lo que Bobby había percibido en su mirada? Probablemente no. Y si lo era, ¿a él qué más le daba?—. Ten. Para ti. —Carol le entregó un sobre comprado en una tienda de artículos de regalo. En el anverso llevaba impreso su nombre, y Carol había pegado además unos cuantos corazones y ositos.

Bobby abrió el sobre con cierto temor, recordándose que si la tarjeta era demasiado empalagosa, podía guardársela en lo más hondo del bolsillo trasero de sus pantalones caquis.

Pero no lo era. Sí un tanto infantil, quizá (un niño pequeño con un sombrero del Oeste a lomos de un caballo y el rótulo FELIZ CUMPLEAÑOS, VAQUERO en letras veteadas imitando la madera), pero no empalagosa. El «Con cariño, Carol» sí resultaba un poco empalagoso, pero tratándose de una niña, ¿qué podía esperarse?

—Gracias —dijo Bobby.

—Es bastante infantil, ya lo sé —reconoció Carol con naturalidad—, pero las otras eran aún peores.

Un trecho más arriba los aguardaba Sully-John, empleándose a fondo con su bola botadora sujeta a una goma elástica. Se la pasaba bajo el brazo derecho, bajo el izquierdo, por detrás de la espalda. Ya nunca trataba de pasársela entre las piernas; lo había intentado una vez en el patio del colegio y se había dado de pleno en los huevos, lanzando un chillido de dolor. Bobby y otros dos niños que estaban presentes se echaron a reír hasta saltárseles las lágrimas. Carol y tres amigas suyas se acercaron rápidamente para preguntar qué ocurría, y ellos —incluido Sully-John, pese a haberse quedado pálido y estar al borde del llanto— contestaron que no pasaba nada. «Los chicos son unos monstruos», afirmó Carol en aquella ocasión, pero Bobby no creía que lo pensara realmente. Si así fuera, no le habría dado aquel beso, que había sido todo un beso. Mejor que el de su madre, a decir verdad.

—No es una tarjeta infantil —repuso Bobby.

—No pero *casi* —insistió ella—. Estuve a punto de comprarte una de adultos pero, chico, son francamente empalagosas.

—Ya lo sé —dijo Bobby.

—¿Serás empalagoso de mayor, Bobby?

—Espero que no. ¿Y tú?

—No. Yo seré como Rionda, la amiga de mi madre.

—Rionda está bastante gorda —observó Bobby con cierta reserva.

—Sí, pero es pistonuda. Yo intentaré ser pistonuda sin ponerme gorda.

—Tenemos un vecino nuevo en la casa —anunció Bobby—. En la habitación del tercer piso. Según mi madre, allí hace un calor insoportable.

—¿Sí? ¿Y qué tal es? —Carol dejó escapar una risita—. ¿Muy empalagoso?

—Es viejo —contestó Bobby, y guardó silencio por un momento para pensar—. Pero tiene una cara interesante. A mi madre no le ha caído bien porque traía sus cosas en bolsas de papel.

Sully-John se unió a ellos.

—Feliz cumpleaños, capullo —saludó, y dio una palmada a Bobby en la espalda.

Por entonces «capullo» era la palabra preferida de Sully-John; la de Carol era «pistonudo». Bobby no tenía en esos momentos una palabra preferida, aunque le gustaba el sonido de la expresión «la repanocha».

—Si usas ese vocabulario, prefiero no ir contigo —protestó Carol.

—Está bien —respondió Sully-John con tono conciliador.

Carol era una rubia de cabello sedoso; podría haber pasado por una de las gemelas de la familia Bobbsey con unos años más. John Sullivan era alto, de pelo negro y ojos verdes, un chico del estilo de Joe Hardy. Bobby Garfield caminaba entre ellos, olvidando pasajeramente su bajo estado de ánimo. Era su cumpleaños y estaba con sus amigos. La vida era bella. Se guardó la felicitación de Carol en el bolsillo de atrás y el nuevo carnet de la biblioteca en el fondo de un bolsillo delantero para que no se le cayera o se lo robara alguien. Carol comenzó a brincar calle arriba, y Sully-John le pidió que dejara de hacerlo.

—¿Por qué? —preguntó Carol—. Me gusta brincar.

—Y a mí me gusta decir «capullo» pero no lo digo si tú me lo pides —contestó Sully-John con lógica.

Carol miró a Bobby.

—Brincar, al menos sin una comba, es un poco infantil, Carol —terció Bobby con tono de disculpa, y de inmediato hizo un gesto de indiferencia—. Pero si quieres brincar, brinca. No nos importa, ¿verdad, S-J?

—No —respondió Sully-John, y siguió adelante entreteniéndose de nuevo con su bola botadora.

Carol dejó de brincar. Se colocó entre ellos e imaginó que era la novia de Bobby Garfield, que Bobby tenía carnet de conducir y un Buick, e iban al festival de rock and roll organizado en Bridgeport por la cadena WKBW. Consideraba a Bobby un chico pistonudo, y lo más pistonudo de él era que no sabía que lo era.



Bobby volvió a casa del colegio a las tres. Podría haber llegado antes, pero recoger cascos retornables formaba parte de su campaña. Cómprate Una Bici Para Acción de Gracias, así que dio un rodeo por el descampado contiguo a Asher Avenue. Entre la maleza encontró tres botellas vacías de Rheingold y una de Nehi. No gran cosa, pero ocho centavos eran ocho centavos. «Un grano no hace granero, pero ayuda al

compañero» era otro de los dichos de su madre.

Bobby se lavó las manos (dos de las botellas estaban bastante mugrientas), fue a la nevera a por un bocado, leyó un par de historietas antiguas de *Superman*, fue a la nevera a por otro bocado, y se sentó a ver *American Bandstand* por la televisión. Telefonó a Carol para avisarla de que saldría en el programa Bobby Darin —a ella Bobby Darin le parecía de lo más pistonudo, en especial cuando chasqueaba los dedos al cantar *Queen of the Hop*—, pero ella ya lo sabía. Estaba viendo la televisión con tres o cuatro de sus bobas amigas; de fondo se oían sus estúpidas risitas. Aquel ruido se le antojó a Bobby el gorjeo de los pájaros en una tienda de animales. En la pantalla, Dick Clark hacía una demostración de la eficacia con que los parches medicinales Stri-Dex limpiaban de grasa los poros de un cutis con acné.

A las cuatro telefoneó su madre. El señor Biderman le había pedido que se quedase hasta tarde en la oficina, explicó. Lo sentía mucho, pero la cena de cumpleaños en el Colony tenía que aplazarse. En la nevera quedaba aún estofado de carne; podía comerse eso. Ella llegaría a las ocho para arroparlo. Y recordó a Bobby que, sobre todo, apagara el gas después de calentarse la cena.

Bobby volvió a sentarse ante el televisor, desilusionado pero no sorprendido. En *American Bandstand*, Dick presentaba a los participantes del concurso «Vote por un disco». Bobby pensó que al tipo del medio no le vendría mal un cargamento de parches Stri-Dex para toda la vida.

Se metió la mano en el bolsillo delantero y sacó su nuevo carnet naranja de la biblioteca. Volvió a animarse. No tenía por qué quedarse sentado ante el televisor con una pila de historietas viejas si no quería. Podía ir a la biblioteca y estrenar su carnet, su nuevo carnet de *adulto*. Esa tarde encontraría tras la mesa de préstamos a doña Metomentodo, que en realidad se llamaba señorita Harrington y a Bobby le parecía una belleza. Se ponía perfume. Bobby lo olía siempre en su piel y su cabello, dulce y delicado como un buen recuerdo. Y aunque en ese momento Sully-John estaría en su clase de trombón, Bobby podía pasarse por su casa al salir de la biblioteca y quizá jugar un rato al balón.

También puedo llevar esos cascos a Spicer, pensó. Tengo que ganarme el dinero de la bici de aquí al otoño.

De pronto la vida le pareció plena.



La madre de Sully propuso a Bobby quedarse a cenar, pero él declinó el ofrecimiento. Habría preferido el asado y las crujientes patatas al horno de la señora Sullivan a lo que le esperaba en casa; pero sabía que lo primero que haría su madre al regresar de la oficina sería comprobar si la fiambarrera de plástico con las sobras del estofado

seguía en la nevera. Si seguía allí, preguntaría a Bobby qué había cenado. Lo preguntaría con tranquilidad, casi como de pasada. Si Bobby le decía que había cenado en casa de Sully-John, su madre asentaría y le preguntaría qué había comido, si había tomado postre y también si le había dado las gracias a la señora Sullivan. Quizá incluso se sentara a su lado en el sofá y compartiera con él una tarrina de helado mientras veían el episodio de la serie *Sugarfoot*. Todo transcurriría con total normalidad, pero sólo en apariencia. Tarde o temprano llegaría la represalia. Sería al cabo de un día o dos, o incluso de una semana, pero llegaría. Sin duda su madre había tenido que quedarse hasta tarde en la oficina, pero obligarlo a cenar las sobras del estofado él solo en el día de su cumpleaños era también un castigo por haber dirigido la palabra al nuevo inquilino contra la voluntad de ella. Si Bobby intentaba librarse, el castigo se acumularía igual que el dinero en una cuenta de ahorros.

Cuando Bobby se marchó de casa de Sully-John, eran las seis y cuarto y ya oscurecía. Tenía dos nuevos libros para leer, un Perry Mason —*El caso de las garras de terciopelo*— y una novela de ciencia ficción titulada *Un anillo alrededor del sol*, de Clifford Simak. Los dos parecían la repanocha, y la señorita Harrington no le había puesto el menor problema; al contrario, le había dicho que se llevaba lecturas por encima de su nivel y que siguiera así.

En el camino de regreso a casa Bobby se inventó una historia en la que la señorita Harrington y él viajaban a bordo de un transatlántico que naufragaba. Ellos dos eran los únicos supervivientes, librándose de morir ahogados gracias a un salvavidas marcado con el rótulo S. S. LUSITANIC. Las olas los arrastraron hasta una pequeña isla con palmeras, selva y un volcán, y cuando estaban tendidos en la playa, la señorita Harrington empezó a temblar de frío y pidió a Bobby que la abrazase para darle calor, y él naturalmente la complació encantado. Al cabo de un rato salieron de la selva los indígenas. En un primer momento parecieron amistosos; sin embargo, como más tarde se vio, era una tribu de caníbales que vivía en las laderas del volcán y sacrificaba a sus víctimas en un claro de la selva delimitado por un círculo de cráneos. Las cosas, pues, no pintaban nada bien, pero cuando los llevaban a rastras hacia la olla para guisarlos, el volcán comenzó a retumbar y...

—Hola, Robert.

Bobby alzó la vista, más sobresaltado aún que cuando Carol Gerber salió corriendo de detrás del árbol para darle un beso en la mejilla. Era el nuevo inquilino. Estaba sentado en el peldaño superior de la escalera del porche, fumando un cigarrillo. Se había cambiado los zapatos viejos y gastados por unas zapatillas viejas y gastadas y, como la tarde era cálida, no llevaba ya la chaqueta de popelín. Parecía sentirse como en casa, pensó Bobby.

—Ah, señor Brautigan. Hola.

—No era mi intención asustarte.

—No me ha...

—Yo diría que sí. Estabas a miles de kilómetros de aquí. Y llámame Ted, por favor.

—De acuerdo —respondió Bobby, aunque no sabía si sería capaz de llamarlo Ted. Tutear a un adulto, y más a un adulto *viejo*, contravenía no sólo las enseñanzas de su madre sino también sus propias inclinaciones.

—¿Cómo te ha ido en el colegio? ¿Has aprendido mucho?

—Bien, sí —dijo Bobby, desplazando el peso del cuerpo de uno a otro pie y cambiándose los libros de mano.

—¿Quieres sentarte aquí conmigo un rato?

—Cómo no, pero sólo un momento. Tengo cosas que hacer. —Se refería básicamente a la cena, ya que a esas alturas se le hacía la boca agua pensando en las sobras del estofado.

—Lo comprendo. Tienes tareas pendientes, y *tempus fugit*.

Mientras se sentaba al lado del señor Brautigan —Ted— en el ancho peldaño del porche, oliendo el aroma de su Chesterfield, Bobby pensó que nunca había visto un hombre de aspecto tan cansado como él. ¿Se debía acaso al traslado? Pero ¿podía uno agotarse hasta aquel punto cuanto todo lo que tenía que trasladar eran tres maletas pequeñas y tres bolsas de papel? Bobby supuso que el resto podía haber llegado en un camión de mudanzas, pero lo dudaba. Era sólo una habitación, espaciosa pero sólo una, con la cocina a un lado y todo lo demás al otro. Él y Sully-John habían subido a echar un vistazo cuando la anciana señora Sidley, después de sufrir una embolia, dejó la habitación para irse a vivir con su hija.

—*Tempus fugit* significa «el tiempo vuela» —explicó Bobby—. Mi madre lo dice continuamente. También dice que el tiempo y la marea ni se paran ni esperan y que el tiempo todo lo cura.

—Tu madre conoce muchos dichos, ¿no?

—Sí —confirmó Bobby, y de pronto lo invadió una sensación de cansancio sólo de pensar en todos esos dichos—, muchos.

—Ben Jonson llamaba al tiempo el «estafador viejo y calvo» —dijo Ted Brautigan, dando una intensa calada al cigarrillo y exhalando después el humo por la nariz en dos chorros idénticos—. Y según Boris Pasternak, somos cautivos del tiempo, rehenes de la eternidad.

Bobby lo contempló embelesado, olvidándose por un momento de su estómago vacío. Lo fascinaba esa imagen del tiempo como estafador viejo y calvo; era sumamente acertada, y sin embargo no sabía decir por qué..., pero ¿acaso no le añadía encanto esa misma imposibilidad de decir por qué? Era como algo que se hallara dentro de un huevo, o como una sombra detrás de un grueso cristal.

—¿Quién es Ben Jonson? —preguntó.

—Un inglés, muerto hace muchos años —respondió el señor Brautigan—. Egocéntrico y obsesionado con el dinero, según cuentan; y propenso a la flatulencia. Pero...

—¿Qué es eso? ¿Flatulencia?

Ted asomó la lengua entre los labios e imitó el sonido de un pedo, breve pero realista. Bobby se llevó las manos a la boca y rompió a reír.

—Los niños encuentran divertidos los pedos —comentó Ted Brautigan, moviendo la cabeza en un gesto de asentimiento—. Sí. En cambio, para un hombre de mi edad son simplemente una parte más de este asunto cada vez más extraño que es la vida. Pero Ben Jonson, entre pedo y pedo, dijo muchas cosas muy sensatas. No tantas como el doctor Johnson, Samuel Johnson, pero muchas de todos modos.

—¿Y Boris...?

—Pasternak. Un ruso —contestó el señor Brautigan con desdén—. Nada del otro mundo, en mi opinión. ¿Me dejas ver tus libros?

Bobby se los entregó. El señor Brautigan (Ted, se recordó Bobby, tienes que llamarlo Ted) le devolvió el Perry Mason después de un rápido vistazo al título. Dedicó mayor atención a la novela de Clifford Simak, primero examinando la portada a través de las volutas de humo con los ojos entornados y luego hojeándolo. Simultáneamente, asentía con la cabeza.

—Éste lo he leído —dijo—. Antes de venir aquí tenía mucho tiempo para leer.

—¿Sí? —Un súbito entusiasmo asaltó a Bobby—. ¿Es bueno?

—Uno de los mejores de este autor —respondió el señor Brautigan... Ted. Observó a Bobby de soslayo con un ojo abierto y el otro aún entornado a causa del humo. Le dirigió una mirada sabia y a la vez misteriosa, como la de un personaje no del todo digno de confianza en una película de detectives—. Pero ¿de verdad crees que serás capaz de leer esto? No debes de tener más de doce años.

—Tengo once —precisó Bobby, encantado de que Ted le hubiese echado doce años—. Los cumpla hoy. Seré capaz de leerlo. No lo entenderé todo, pero si la historia es buena, me gustará.

—¡Hoy cumples años! —exclamó Ted, por lo visto impresionado. Dio una última calada al cigarrillo y lo tiró. La colilla cayó en el camino de cemento en medio de una lluvia de chispas—. ¡Feliz cumpleaños, mi querido Robert! ¡Feliz cumpleaños!

—Gracias. Sólo que prefiero que me llamen Bobby.

—Bobby, pues. ¿Vas a salir a celebrarlo?

—No, mi madre volverá tarde de la oficina.

—¿Te apetecería subir a mi habitación? No tengo gran cosa, pero sé abrir una lata. También podría encargarme un pastel...

—Gracias, pero mi madre me ha dejado algo de cena. Debería comerme eso.

—Lo comprendo —dijo Ted, y por asombroso que fuera, parecía entenderlo

realmente. Devolvió a Bobby el ejemplar de *Un anillo alrededor del sol* y añadió—: Simak plantea aquí la idea de que existen otros mundos como el nuestro. No otros planetas sino otras Tierras, Tierras *paralelas*, en una especie de anillo alrededor del sol. Una idea fascinante.

—Sí —convino Bobby. Había leído ya sobre mundos paralelos en otros libros y también en historietas.

Ted Brautigan lo observó de pronto con expresión pensativa.

—¿Qué? —preguntó Bobby con súbita turbación. «¿Tengo monos en la cara?», habría dicho su madre.

Por un instante Bobby tuvo la impresión de que Ted no respondería; parecía sumido en profundas y vertiginosas reflexiones. Finalmente movió la cabeza en un breve gesto de negación e irguió la espalda.

—No, nada —dijo—. Tengo una idea. ¿Te interesaría quizá ganar un poco de dinero extra? No es que ande sobrado, pero...

—¡Sí! ¡Claro que sí! —Estuvo a punto de añadir que había echado el ojo a una bicicleta, pero se contuvo. «En boca cerrada no entran moscas» era otro de los dichos de su madre—. Haría casi cualquier cosa que me pidieras.

Ted Brautigan lo miró con semblante a la vez alarmado y sonriente, un gesto que parecía en cierto modo abrir la puerta a un rostro distinto, y en él Bobby descubrió que en efecto el viejo había sido joven en otro tiempo. Y quizá un joven un tanto descarado.

—No conviene decir eso a un desconocido —advirtió—, y aunque ya nos tuteamos, lo cual es todo un avance, en realidad somos prácticamente unos desconocidos el uno para el otro.

—¿Dice algo sobre los desconocidos alguno de esos Johnson de los que hablabas?

—No que yo recuerde, pero sí puedo citar unas palabras de la Biblia sobre el tema: «Pues soy un forastero junto a ti, un huésped como todos mis padres. Retira tu mirada para que respire antes que me vaya...». —La voz de Ted se desvaneció por un momento. La sonrisa había desaparecido de su cara, y de nuevo parecía un viejo—. «Antes que me vaya y ya no exista más». Libro de los Salmos, no sé qué salmo exactamente.

—Bueno, no mataría ni robaría —aseguró Bobby—; por eso no te preocupes. Pero sí me gustaría ganar un poco de dinero.

—Déjame pensar —dijo Ted—. Déjame pensarlo unos días.

—Claro. Pero si tienes tareas que encargar o algo así, has de saber que soy la persona indicada.

—¿Tareas? Puede ser. Aunque yo no habría elegido esa palabra.

Ted cruzó los huesudos brazos en torno a las rodillas aún más huesudas y miró

hacia la calle por encima del césped. Ya era casi de noche, la parte del día que a Bobby más le gustaba. Los coches llevaban las luces encendidas y desde algún lugar de Asher Avenue la señora Sigsby llamaba a sus hijos para la cena. A esa hora de la tarde —y también al amanecer, cuando Bobby estaba en el baño orinando y le daba en los ojos medio abiertos el sol que entraba por la pequeña ventana— tenía la sensación de formar parte de un sueño en la mente de otra persona.

—¿Dónde vivías antes de venir aquí, Ted?

—En un sitio menos agradable, mucho menos agradable. ¿Y tú cuánto hace que vives aquí, Bobby?

—Desde que tengo memoria. Desde los tres años, cuando murió mi padre.

—¿Y conoces a toda la gente de la calle? —preguntó Ted Brautigan—. ¿O al menos a la de esta manzana?

—Sí, prácticamente.

—Distinguirías, pues, a los desconocidos. Los forasteros. Las caras de quienes no viven aquí.

Bobby sonrió y asintió con la cabeza.

—Sí, creo que sí.

Esperó para ver adónde iría a parar aquello —lo encontraba interesante—, pero por lo visto aquél era el final de la conversación. Ted se puso en pie, despacio, con cuidado. Bobby oyó crujir los huesos de su espalda cuando se llevó atrás las manos y se enderezó con una mueca de dolor.

—Vamos —dijo—. Empieza a refrescar. Entraré contigo. ¿Tu llave o la mía?

—Mejor será que estrenes la tuya, ¿no crees? —sugirió Bobby con una sonrisa.

Ted —a Bobby le resultaba cada vez más natural pensar en él como «Ted»— sacó un llavero del bolsillo. Contenía sólo dos llaves, la de la entrada y la de su habitación, ambas nuevas, de un dorado resplandeciente. Las de Bobby estaban rayadas y habían perdido el brillo. ¿Qué edad tendría Ted?, volvió a preguntarse. Sesenta, como mínimo. Un hombre de sesenta años con sólo dos llaves en el bolsillo. Parecía extraño.

Ted abrió la puerta y entraron en el vestíbulo amplio y oscuro con su paraguero y un viejo cuadro que mostraba a Lewis y Clark contemplando el oeste americano. Bobby lo cruzó en dirección al apartamento de los Garfield y Ted se encaminó hacia la escalera. Apoyó la mano en la barandilla y se detuvo por un momento.

—El libro de Simak tiene un argumento excelente —dijo—, aunque no esté muy bien escrito. No está mal escrito, no es eso lo que quiero decir. Pero créeme, los hay mejores.

Bobby esperó.

—Hay libros muy bien escritos donde el argumento no es gran cosa —continuó Ted—. Lee a veces por el argumento, Bobby. No hagas como los pedantes que no

quieren saber nada de eso. Lee a veces por las palabras, por el lenguaje. No hagas como los comodones que no quieren saber nada de eso. Pero cuando encuentres un libro con un buen argumento y bien escrito, guárdalo como un tesoro.

—¿Hay muchos de éstos? —preguntó Bobby.

—Más de los que creen los pedantes y los comodones. Muchos más. Puede que te regale uno. Un obsequio de cumpleaños con retraso.

—No es necesario.

—No, pero quizá lo haga. Y feliz cumpleaños.

—Gracias. Ha sido un día fantástico.

A continuación Bobby entró en el apartamento, recalentó el estofado (acordándose de apagar el gas cuando el caldo empezó a borbotear y también de dejar la cacerola en el fregadero con agua) y cenó solo, leyendo *Un anillo alrededor del sol* con el televisor encendido como compañía. Apenas oyó farfullar las noticias a Chet Huntley y David Brinkley. Ted tenía razón en cuanto al libro: era formidable. A Bobby el lenguaje tampoco le pareció mal, pero supuso que aún no tenía mucha experiencia en ese terreno.

Me gustaría escribir una historia como ésta, pensó cuando por fin cerró el libro y se echó en el sofá para ver el concurso *I've Got a Secret*. No sé si algún día seré capaz.

Quizá sí. Quizá. Al fin y al cabo, alguien tenía que escribir historias, del mismo modo que alguien tenía que arreglar las cañerías cuando se congelaban o cambiar las lámparas de las farolas del Commonwealth Park cuando se fundían.

Transcurrida una hora más o menos, cuando Bobby había reanudado la lectura de *Un anillo alrededor del sol*, llegó su madre. Tenía el carmín un poco corrido en la comisura de los labios y le asomaba un poco la combinación bajo el dobladillo del vestido. Bobby estuvo a punto de decírselo, pero recordó lo mucho que se molestaba cuando alguien le señalaba que se le veía la combinación. Además, ¿qué importaba? Había terminado ya su jornada de trabajo y, como ella decía a veces, no había gallo en aquel gallinero.

Comprobó si las sobras del estofado habían desaparecido de la nevera; comprobó si el fogón estaba apagado; comprobó si la cacerola y la fiambarrera estaban a remojo en agua jabonosa. Luego dio a Bobby un beso en la sien, un ligero roce, y entró en su habitación para quitarse las medias y el traje de trabajo. Se la notaba distante, preocupada. No le preguntó si había tenido un buen día de cumpleaños.

Más tarde Bobby le enseñó la felicitación de Carol. Su madre le echó una ojeada, sin detenerse realmente a mirarla, la calificó de «mona» y se la devolvió. Cuando acabó el episodio de *Sugarfoot*, dijo a Bobby que fuese a lavarse, cepillarse los dientes y acostarse. Bobby obedeció, sin mencionar su interesante charla con Ted. Considerando su estado de ánimo, eso podía ponerla furiosa. Lo mejor era dejar que

siguiera distante, absorta en sus asuntos, darle tiempo para que gradualmente se acercase de nuevo a él. Sin embargo, cuando Bobby terminó de lavarse los dientes y se metió en la cama, notó que la tristeza se adueñaba otra vez de él. En algunos momentos deseaba con avidez la compañía de su madre, y ella no se daba cuenta.

Volvió a levantarse y cerró la puerta de la habitación, ahogando la voz de Edward R. Murrow en el noticiario. Apagó la luz. Al cabo de un rato, cuando empezaba a vencerle el sueño, su madre entró, se sentó en la cama y se disculpó por haberle prestado tan poca atención esa noche. Había tenido un día agotador en la oficina, dijo; a veces aquello parecía una casa de locos. Le acarició la frente con un dedo y luego se la besó. Bobby se estremeció. Se incorporó y la abrazó. Al notar su contacto, ella se puso tensa por un instante, pero luego se relajó. Incluso le devolvió fugazmente el abrazo. Bobby pensó que quizá no había ya inconveniente en contarle su conversación con Ted, aunque sólo fuese por encima.

—He hablado con el señor Brautigan al volver de la biblioteca —explicó.

—¿Con quién?

—El nuevo inquilino del tercero. Me ha pedido que lo tutee.

—¡Ni se te ocurra! No lo conoces de nada.

—Me ha dicho que un carnet de adulto para la biblioteca era un regalo estupendo —añadió Bobby. Ted no había dicho nada que se le pareciera, pero Bobby conocía lo bastante a su madre para saber qué surtía efecto y qué no.

Ella se tranquilizó un poco.

—¿Te ha dicho de dónde venía?

—De un sitio menos agradable que éste, creo recordar.

—Bueno, eso no nos saca de dudas, ¿no? —repuso su madre. Bobby seguía abrazado a ella. Podría haber continuado así una hora más como mínimo, percibiendo el aroma de su champú y su colonia y el suave olor a tabaco de su aliento, pero ella se desprendió y lo obligó a echarse—. Supongo que si va a ser tu amigo, tu amigo *adulto*, tendré que conocerlo un poco mejor, ¿no crees?

—Bueno...

—Quizá me caiga más simpático cuando no lo vea con todas sus bolsas esparcidas por el césped. —Tratándose de Liz Garfield, esas palabras eran claramente conciliatorias, y Bobby quedó satisfecho. Después de todo, el día había tenido un final más que aceptable—. Buenas noches y por muchos años.

—Buenas noches, mamá.

Su madre salió de la habitación y cerró la puerta. Aquella noche, más tarde —mucho más tarde—, Bobby creyó oírla llorar, pero quizá fuera sólo un sueño.

Dudas sobre Ted. Los libros son como una bomba de agua. Ni se te ocurra. Sully gana un premio. Bobby consigue un empleo. Primeros indicios de los hampones.

En las semanas siguientes, con el verano cada vez más cerca y las temperaturas en aumento, Ted acostumbraba estar en el porche fumando cuando Liz llegaba del trabajo. A veces estaba solo; a veces Bobby estaba sentado con él, hablando de libros. A veces los acompañaban también Carol y Sully-John, y en tales ocasiones los tres niños jugaban a pasarse el balón y Ted los observaba sin dejar de fumar. A veces se les unían otros niños —Denny Rivers con su planeador de madera lleno de parches de cinta adhesiva, el bobalicón de Francis Utterson en su patinete impulsándose con una pierna hipertrofiada, Angela Avery e Yvonne Loving para proponer a Carol si quería ir con ellas a casa de Yvonne a jugar a muñecas o a un juego llamado «enfermera de hospital»—, pero casi siempre estaban sólo S-J y Carol, los mejores amigos de Bobby. Todos tuteaban a Ted, pero Bobby les pidió que lo trataran de usted si su madre rondaba por allí, y cuando explicó sus razones, Ted accedió en el acto.

En las semanas siguientes, con el verano cada vez más cerca y las temperaturas en aumento, Ted acostumbraba estar en el porche fumando cuando Liz llegaba del trabajo. A veces estaba solo; a veces Bobby estaba sentado con él, hablando de libros. A veces los acompañaban también Carol y Sully-John, y en tales ocasiones los tres niños jugaban a pasarse el balón y Ted los observaba sin dejar de fumar. A veces se les unían otros niños —Denny Rivers con su planeador de madera lleno de parches de cinta adhesiva, el bobalicón de Francis Utterson en su patinete impulsándose con una pierna hipertrofiada, Angela Avery e Yvonne Loving para proponer a Carol si quería ir con ellas a casa de Yvonne a jugar a muñecas o a un juego llamado «enfermera de hospital»—, pero casi siempre estaban sólo S-J y Carol, los mejores amigos de Bobby. Todos tuteaban a Ted, pero Bobby les pidió que lo trataran de usted si su madre rondaba por allí, y cuando explicó sus razones, Ted accedió en el acto.

En cuanto a su madre, parecía incapaz de pronunciar el apellido «Brautigan». Siempre decía «Brattigan». Pero quizá no lo hacía a propósito. Bobby empezaba a sentir un prudente alivio respecto a la opinión que su madre tenía de Ted. Al principio temía que a ella le ocurriese con Ted lo mismo que con la señora Evers, su maestra de segundo curso. Su madre tomó aversión a la señora Evers nada más verla, una profunda aversión, sin motivo aparente —o si lo había, Bobby no alcanzaba a comprenderlo—, y se pasó el año entero despotricando de ella: que si la señora Evers se vestía de una manera muy rancia; que si se teñía el pelo; que si abusaba del

maquillaje; que si parecía de esas a las que les gustaba dar pellizcos y cachetes, y más le valía no poner un solo dedo en Bobby. Y todo eso después de una única reunión informativa entre madre y maestra en la que la señora Evers se limitó a decir que Bobby iba bien en todas las asignaturas. A lo largo de ese curso se convocaron otras cuatro reuniones, y la madre de Bobby encontró excusas para no asistir a ninguna.

Las opiniones de Liz sobre las demás personas fraguaban deprisa. Cuando anotaba el adjetivo MALO bajo el retrato mental que se formaba de alguien, casi siempre lo escribía en tinta. Si la señora Evers hubiera rescatado a seis niños de un autobús escolar en llamas, Liz Garfield habría dicho con desdén que probablemente los niños debían aún las dos últimas semanas de comedor a la vieja bruja de ojos saltones.

Ted se esforzaba por tratarla amablemente sin llegar a darle coba (la gente daba coba a su madre, Bobby bien lo sabía; él mismo lo hacía a veces), y obtenía buenos resultados, pero sólo hasta cierto punto. En una ocasión Ted y la madre de Bobby hablaron durante casi diez minutos del lamentable hecho de que los Dodgers se hubieran trasladado a Los Ángeles sin despedirse siquiera, pero ni su común fervor por los viejos Dodgers del estadio de Ebbets Field en Brooklyn logró encender la chispa de una verdadera amistad en ellos. Nunca serían amigos. Su madre no sentía por Ted Brautigan la aversión que le había despertado la señora Evers, pero no acababa de gustarle. Bobby creía conocer el motivo; lo había advertido en la mirada de ella la mañana que el nuevo inquilino llegó a la casa. A Liz no le inspiraba confianza.

Tampoco a Carol Gerber, por lo visto. Una tarde, cuando ella, Bobby y S-J subían hacia Asher Avenue, Carol dijo:

—A veces me pregunto si Ted huye de algo.

Habían estado jugando a pasarse el balón alrededor de una hora, charlando a la vez con Ted, y se dirigían a la heladería Moon's Roadside Happiness a comprar unos cucuruchos. S-J tenía treinta centavos e invitaba él. Llevaba también su bola botadora, que sacó del bolsillo trasero en ese momento y empezó a lanzar arriba y abajo.

—¿Si huye de algo? ¿Es broma? —repuso Bobby, sorprendido ante semejante idea.

Sin embargo, Carol tenía buen ojo para la gente. Incluso la madre de Bobby lo había notado. «Guapa no es, esa niña —comentó una noche—, pero las caza al vuelo».

—«¡Arriba las manos, McCarrigle!» —exclamó Sully-John. Se metió la bola bajo el brazo, se agachó y disparó una metralleta invisible, torciendo el lado derecho de la boca para reproducir el sonido del arma, un zumbido entrecortado y gutural—. «¡Nunca me cogerás vivo, poli...! ¡Maldita sea, Muggsy! ¡Nadie se burla de Rico...!

¡Ah, Dios mío, me han dado!» —S-J se llevó las manos al pecho, giró sobre sí mismo y cayó muerto en el jardín de la señora Conlan.

La dueña, una vieja gruñona de unos setenta y cinco años, gritó:

—¡Eh, tú, niño! ¡Sal de ahí! ¡Vas a chafarme las flores!

No había una sola flor a menos de tres metros de donde Sully-John había caído, pero éste se levantó de un brinco.

—Perdone, señora Conlan.

La mujer, sin añadir una sola palabra, rechazó su disculpa agitando una mano en un gesto de amenaza y no les quitó ojo mientras se alejaban.

—No lo decías en serio, ¿verdad? —preguntó Bobby a Carol—. Me refiero a lo de Ted.

—No —respondió ella—. Supongo que no. Pero ¿te has fijado cómo mira a un lado y otro de la calle?

—Sí. Da la impresión de que busca a alguien, ¿no?

—O de que vigila por si aparece alguien —matizó Carol.

Sully-John reanudó sus habilidades con la bola roja de goma, que pronto se convirtió de nuevo en un borrón en el aire. Sólo se interrumpió cuando pasaron ante el Asher Empire, que tenía en cartelera dos películas de Brigitte Bardot, SÓLO PARA ADULTOS, SIN EXCEPCIONES, OBLIGATORIA LA PRESENTACIÓN DE ALGÚN DOCUMENTO QUE ACREDITE LA EDAD. Una de las películas era nueva; la otra era la socorrida *Y Dios creó a la mujer*, que volvía una y otra vez a la pantalla del Empire como un catarro mal curado. En el cartel, Brigitte aparecía sin nada más que una toalla y una sonrisa.

—Según mi madre, esa mujer es basura —dijo Carol.

—Si esa mujer es basura, me gustaría ser basurero —afirmó S-J, y movió las cejas a lo Groucho.

—¿Tú crees que es basura? —preguntó Bobby a Carol.

—Ni siquiera sé muy bien qué quiere decir mi madre con eso.

Cuando salían de debajo de la marquesina (a través del cristal de la taquilla, junto a las puertas, la señora Godlow —conocida por los niños del barrio como señora Godzilla— los observó con suspicacia), Carol volvió la cabeza para mirar a Brigitte Bardot envuelta en su toalla. Su expresión no era fácil de interpretar. ¿Curiosidad, tal vez? Bobby no lo sabía.

—Pero es guapa, ¿no? —dijo Carol.

—Sí, supongo —convino Bobby.

—Y se necesita valor para mostrarse ante la gente así, con sólo una toalla encima. O eso creo.

Sully-John, perdiendo todo interés en *la femme Brigitte* en cuanto quedó atrás, preguntó:

—¿Dónde vivía Ted antes, Bobby?

—No lo sé. Nunca habla de eso.

Sully-John asintió como si fuera ésa la respuesta que esperaba y puso de nuevo en movimiento su bola botadora, arriba y abajo, a un lado y a otro.



En mayo Bobby empezó a pensar en las vacaciones de verano. Realmente no había en el mundo nada mejor que las «vacas grandes», como las llamaba Sully-John. Pasaría largas horas holgazaneando con sus amigos, tanto en Broad Street como en Sterling House, al otro lado del parque. En verano Sterling House, un centro juvenil, ofrecía distintas posibilidades de diversión, incluidos el béisbol y las excursiones a Patagonia Beach, en West Haven. También dispondría de mucho tiempo para sus cosas. Tiempo para leer, desde luego, pero lo que de verdad deseaba hacer con una parte de ese tiempo era encontrar un trabajo. Tenía poco más de siete pavos en un jarrón marcado con el rótulo fondos para la bici, y siete pavos eran un comienzo, aunque no lo que se diría un gran comienzo. A ese paso Nixon ganaría las elecciones y llevaría dos años en la presidencia cuando Bobby empezase a ir al colegio en bicicleta.

Uno de aquellos días en que las vacaciones flotaban ya en el ambiente, Ted regaló a Bobby un libro encuadernado en rústica.

—¿Recuerdas que te dije que algunos libros tienen un buen argumento y están bien escritos? —preguntó Ted—. Éste es uno de éstos. Un regalo de cumpleaños con retraso de un nuevo amigo. Al menos, espero ser tu amigo.

—Lo eres. Muchas gracias. —Pese a su aparente entusiasmo, Bobby cogió el libro con cierto recelo. Estaba acostumbrado a libros de bolsillo en cuyas portadas aparecían ilustraciones chillonas y prometedoras y frases con gancho («La desdichada acabó en el arroyo... ¡y después cayó aún más bajo!»); aquél no tenía ni lo uno ni lo otro. La portada era blanca casi en su totalidad. Apenas esbozado en una esquina, se veía a un grupo de muchachos en círculo. El libro se titulaba *El señor de las moscas*. No había frase con gancho encima del título, ni siquiera una discreta como, por ejemplo, «Una historia que no olvidarás». En conjunto ofrecía un aspecto severo y poco halagüeño, induciendo a pensar que la historia que contenía era difícil. Bobby no tenía nada contra los libros difíciles, siempre y cuando formasen parte de sus tareas escolares. Ahora bien, en cuanto a la lectura como placer, opinaba que las historias debían ser fáciles, que el autor nunca debía obligarlo a uno a saltar una y otra vez del pasado al presente o de una situación a otra. De lo contrario, ¿qué placer podía hallarse en la lectura?

Hizo ademán de dar la vuelta al libro. Ted se lo impidió apoyando su mano en la de él con delicadeza.

—No leas la contraportada —dijo—. Te lo pido como un favor personal.

Bobby lo miró con cara de incompreensión.

—Adéntrate en el libro como te adentrarías en un territorio inexplorado. Sin mapa. Explóralo y dibuja tú mismo el mapa.

—Pero ¿y si no me gusta?

—En ese caso no lo acabes —respondió Ted con un gesto de indiferencia—. Un libro es como una bomba de agua. No da nada a menos que tú le des algo primero. Una bomba la cebas con tu propia agua; accionas la palanca con tu propia fuerza. Lo haces porque esperas obtener, al final, más de lo que has dado. ¿Estás de acuerdo?

Bobby movió la cabeza en un gesto de asentimiento.

—¿Durante cuánto tiempo cebarías una bomba de agua y accionarías la palanca si no saliese nada? —preguntó Ted.

—No mucho, supongo.

—Este libro tiene doscientas páginas, poco más o menos. Lee un diez por ciento, es decir, unas veinte páginas... ya me he dado cuenta de que en matemáticas no andas tan bien como en lectura. Al llegar ahí, si no te gusta, si no da más de lo que exige, déjalo.

—Ojalá nos permitiesen hacer eso en el colegio —dijo Bobby. Pensaba concretamente en un poema de Ralph Waldo Emerson que debían aprender de memoria. «Junto al robusto puente bajo el que se arqueó la riada», empezaba. S-J llamaba al poeta Ralph Waldo «Emertostón».

—El colegio es otra cosa. —Estaban en la habitación de Ted, sentados a la mesa de la cocina, y contemplaban el jardín posterior, donde todo había florecido. En Colony Street, la calle a la que daba la fachada trasera del edificio, *Bowser*, el perro de la señora O'Hara, ladraba sin cesar al templado aire primaveral. Ted fumaba un Chesterfield—. Y hablando del colegio, no enseñes allí este libro. En él se cuentan cosas que quizá tu profesor no quiera que leas. Podría armarse un bochinche.

—¿Un qué?

—Un jaleo. Si te metes en líos en el colegio, también tendrás líos en casa, de más está que te lo diga. Y tu madre... —Ted dejó la frase inacabada e hizo un movimiento oscilante con la mano que no sostenía el cigarrillo.

Bobby comprendió de inmediato el gesto: tu madre no confía en mí. Recordó que Carol había dicho que quizá Ted huía de algo, y que su madre opinaba de Carol que las cazaba al vuelo.

—¿Qué cuenta el libro que pueda meterme en líos? —preguntó, contemplando *El señor de las moscas* con creciente fascinación.

—Nada por lo que haya que rasgarse las vestiduras —respondió Ted con tono cáustico. Apagó la colilla en un cenicero de latón, fue a su pequeño frigorífico y sacó dos cervezas sin alcohol. No guardaba allí ninguna otra clase de bebidas, sólo cerveza sin alcohol y una botella de leche—. Una escena en que empalan a un jabalí por el

trasero con una lanza, creo que eso es lo peor. Aun así, a algunos adultos los árboles no les dejan ver el bosque. Tú lee las veinte primeras páginas, Bobby. No te arrepentirás, te lo prometo. —Ted colocó las cervezas en la mesa y quitó las chapas con un abridor. A continuación levantó su botella y la entrechocó con la de Bobby—. Por tus nuevos amigos de la isla.

—¿Qué isla?

Ted Brautigan sonrió y extrajo el último cigarrillo de un paquete arrugado.

—Ya lo averiguarás —contestó.



Bobby en efecto lo averiguó, y no necesitó veinte páginas para averiguar asimismo que *El señor de las moscas* era una maravilla, quizá el mejor libro que había leído. Bastaron diez páginas para cautivarlo, y a las veinte páginas estaba embebido en la lectura. Vivió en la isla con Ralph, Jack, Piggy y los pequeños; tembló ante la bestia que resultó ser un aviador muerto atrapado en su paracaídas; presenció, primero con consternación y luego con horror, cómo unos colegiales indefensos degeneraban en un grupo de salvajes y finalmente daban caza al único de ellos que había logrado mantenerse semihumano.

Terminó de leer el libro el sábado de la semana anterior al fin de curso. A mediodía seguía aún en su habitación —no había salido a jugar con los amigos, no había visto los dibujos animados (ni siquiera las Merrie Melodies que hacían de diez a once)—, y su madre se asomó a la puerta y le dijo que se levantara de la cama, dejase de una vez aquel libro y bajase al parque o se buscara alguna otra actividad.

—¿Dónde está Sully? —preguntó ella.

—En Dalhouse Square. La banda del colegio da un concierto allí —contestó Bobby, observando con mirada perpleja y aturdida a su madre, en el umbral de la puerta, y los objetos cotidianos que la rodeaban. El mundo creado por el libro había cobrado tal intensidad que de pronto el mundo real se le antojaba falso e insulso.

—¿Y tu novia? Llévala a pasear al parque.

—Carol no es mi novia, mamá.

—Bueno, lo que sea. Por Dios, Bobby, no te he propuesto que te fugues con ella.

—Carol y unas amigas han dormido en casa de Angie. Por lo que cuenta, cuando pasan la noche juntas, se quedan de juerga hasta altas horas. Seguramente siguen acostadas o están tomando un desayuno-almuerzo.

—Entonces vete solo al parque. Me estás poniendo nerviosa. Con la televisión apagada un sábado por la mañana, tengo la impresión de que te has muerto.

Su madre entró en la habitación y le arrebató el libro de las manos. Bobby la contempló con una especie de embobada fascinación mientras ella hojeaba la novela

y leía fragmentos al azar. ¿Y si encontraba por casualidad la parte en que los niños hablaban de meterle las lanzas por el culo al jabalí? ¿Qué pensaría? Bobby lo ignoraba. Llevaba toda su vida al lado de su madre, habían vivido siempre solos salvo al principio, y sin embargo aún era incapaz de predecir cómo reaccionaría ante una determinada situación.

—¿Es el que te regaló Brattigan?

—Sí.

—¿Por tu cumpleaños?

—Sí.

—¿De qué trata?

—De unos niños que quedan abandonados en una isla. El avión en que viajaban cae al mar. Creo que ocurre después de la Tercera Guerra Mundial. El autor no lo deja muy claro.

—Es ciencia ficción, pues.

—Sí —respondió Bobby. Se sintió un poco confuso. A su juicio, *El señor de las moscas* y *Un anillo alrededor del sol* no podían ser más distintos, pero su madre aborrecía la ciencia ficción, y si algo podía disuadirla de seguir hojeando el libro, y poner fin así, al peligro que ello entrañaba, era eso.

Ella le devolvió el libro y se acercó a la ventana.

—¿Bobby? —dijo sin mirarlo.

Llevaba una blusa vieja y sus pantalones del sábado. Bajo la resplandeciente luz del sol la blusa transparentaba sus contornos, y Bobby advirtió por primera vez lo delgada que estaba, como si se hubiera olvidado de comer o algo así.

—¿Qué, mamá?

—¿Te ha regalado el señor Brattigan alguna otra cosa?

—Se llama Brautigan, mamá.

Ella miró ceñuda su propio reflejo en el cristal, o mejor dicho, miró ceñuda el reflejo de Bobby.

—No me corrijas, Bobby. ¿Te ha regalado algo más o no?

Bobby reflexionó. Ted lo había invitado alguna que otra vez a tomar una cerveza sin alcohol, y a veces un bocadillo de atún o una rosquilla de la panadería donde trabajaba la madre de Sully, pero no le había hecho ningún otro regalo. Sólo el libro, que era uno de los mejores obsequios que había recibido en su vida.

—Pues no, ¿por qué iba a regalarme nada?

—No lo sé —repuso su madre—. Pero tampoco sé por qué te hizo un regalo de cumpleaños un hombre que acababas de conocer. —Dejó escapar un suspiro, cruzó los brazos bajo sus pechos pequeños y bien formados, y continuó mirando por la ventana—. Me dijo que antes trabajaba de funcionario en Hartford pero que ya está jubilado. ¿Te ha contado a ti eso mismo?

—Algo así —contestó Bobby, aunque Ted nunca le había contado nada de su vida laboral, ni a él se le había ocurrido preguntarle.

—¿En qué exactamente? ¿Para qué delegación? ¿Sanidad y Bienestar Social? ¿Transporte? ¿La Oficina del Interventor?

Bobby movió la cabeza en un gesto de negación. ¿Qué demonios era un «interventor»?

—Es posible que se dedicase a la enseñanza —comentó su madre pensativamente—. Habla como un maestro, ¿no?

—Más o menos, sí.

—¿Tiene alguna afición?

—No lo sé —respondió Bobby. A Ted le gustaba la lectura, desde luego. Dos de las tres bolsas de papel que tanto habían indignado a su madre estaban llenas de libros, en su mayoría de aspecto *muy* difícil.

El hecho de que Bobby no supiera nada de las aficiones del nuevo inquilino por alguna razón pareció tranquilizar a su madre, que se encogió de hombros y, más para sí que para Bobby, masculló:

—¡Bah, no es más que un libro! Y en una edición barata, además.

—Me dijo que quizá tuviera un trabajo para mí, pero hasta el momento no me ha propuesto nada en concreto.

Su madre se volvió de inmediato.

—Si te ofrece un trabajo, te encarga alguna tarea, sea lo que sea, consúltame primero. ¿Entendido?

—Sí, claro, entendido —respondió Bobby. La vehemencia de su madre lo sorprendió y lo inquietó un poco.

—Prométemelo.

—Te lo prometo.

—Prométemelo muy en serio, Bobby.

Obediente, Bobby hizo la señal de la cruz sobre el corazón y recitó:

—Se lo prometo a mi madre en el nombre de Dios.

Por lo general, eso bastaba para zanjar cualquier asunto, pero en aquella ocasión su madre no pareció satisfecha.

—¿Alguna vez te ha... alguna vez...? —Se interrumpió, evidenciando un nerviosismo raro en ella. De ese modo actuaban a veces los niños de la clase de Bobby cuando la señora Bramwell los hacía salir a la pizarra para subrayar los sustantivos y verbos de una frase y no sabían.

—Alguna vez ¿qué, mamá?

—¡Déjalo estar! —replicó su madre, enojada—. Márchate ya de una vez, Bobby; vete al parque o a Sterling House. Estoy harta de verte aquí.

¿Para qué has entrado, pues?, pensó Bobby, pero naturalmente no lo dijo. No

estaba molestándote, mamá. No estaba molestándote.

Bobby enrolló el ejemplar de *El señor de las moscas*, se lo metió en el bolsillo trasero y se dirigió hacia la puerta. Antes de salir se volvió. Su madre seguía junto a la ventana, pero vuelta hacia él. En situaciones como aquella Bobby nunca advertía verdadero cariño en su rostro; en el mejor de los casos veía una expresión especulativa, vagamente afectuosa a veces, pero no siempre.

—Ah, mamá —dijo. Pensaba pedirle cincuenta centavos, medio pavo. Con eso podía pagarse un refresco y un par de perritos calientes en el Colony. Le encantaban los perritos calientes del Colony, que servían en panecillos tostados con un acompañamiento de patatas fritas y pepinillos en rodajas.

La vio contraer la boca y supo que ese día no habría perritos calientes.

—No pidas nada, Bobby; ni se te ocurra. —«Ni se te ocurra», una de sus frases preferidas—. Esta semana tengo un montón de facturas, así que bórrate de los ojos el signo del dólar.

Pero lo cierto era que no tenía un montón de facturas, esa semana no. El miércoles anterior Bobby había visto el recibo de la luz y el cheque del alquiler en un sobre dirigido al señor Monteleone. Y no podía pretextar que pronto debería comprarle ropa porque el curso estaba a punto de acabar. Últimamente sólo le había pedido los cinco dólares de la cuota trimestral de Sterling House, e incluso para eso le había puesto pegas, pese a que sabía que incluía natación y un torneo de béisbol para alevines, además del seguro. Si no se hubiera tratado de su madre, habría pensado que aquello era tacañería. Sin embargo, no tenía sentido protestar. Hablar de dinero con su madre casi siempre terminaba en discusión y cuestionar cualquier aspecto de su actitud en cuestiones de dinero, aunque fuera sólo una nimiedad, podía provocar en ella un arrebato de histeria, y cuando se ponía así, daba miedo.

—Está bien, mamá —dijo con una sonrisa.

Ella sonrió también y señaló con la barbilla el jarrón con el rótulo FONDOS PARA LA BICI.

—¿Por qué no coges unas monedas de ahí? Date el capricho. No le contaré nada a nadie, y siempre estás a tiempo de devolverlas.

Bobby mantuvo la sonrisa pero no sin cierto esfuerzo. Qué fácil le resultaba decir aquello, sin pararse a pensar en cómo reaccionaría ella si Bobby se atreviese a insinuar que sacara un poco del dinero reservado para el recibo de la luz o el teléfono o para comprarse sus «ropas de trabajo» sin más motivo que pagarle a él un par de perritos calientes y quizá un trozo de tarta con helado en el Colony, si Bobby le dijera como si tal cosa que no le contaría nada a nadie y que siempre estaba a tiempo de devolverlo. Sí, sin duda se llevaría una bofetada.



Cuando Bobby llegó al Commonwealth Park, su rencor se había disipado y la palabra «tacañería» se había borrado de su mente. Hacía un día magnífico y estaba a punto de acabar un libro fantástico. ¿Cómo podía uno sentir rencor y rabia con semejantes perspectivas? Encontró un banco apartado y volvió a abrir *El señor de las moscas*. Tenía que acabar de leerlo ese mismo día, tenía que enterarse del final.

Tardó una hora en leer las últimas cuarenta páginas, y durante ese tiempo permaneció ajeno a cuanto lo rodeaba. Cuando por fin cerró el libro, vio que tenía el regazo cubierto de florecillas blancas. Notó que también se le habían enredado algunas en el pelo. Sin darse cuenta, había estado en medio de una tormenta de flores de manzano.

Mientras se las sacudía, dirigió la mirada hacia el área de juegos. Había niños balanceándose en los columpios, meciéndose en los balancines y haciendo girar la pelota atada a un poste. Niños riendo, persiguiéndose, revolcándose en la hierba. ¿Era posible que niños como aquéllos llegaran a vivir desnudos y venerar una cabeza podrida de jabalí? Resultaba tentador desechar tales ideas considerándolas simples imaginaciones de un adulto a quien no le gustaban los niños (a muchos no les gustaban, Bobby tenía constancia de ello); pero luego echó un vistazo al cajón de arena y allí vio a un niño pequeño llorar a lágrima viva en tanto que otro mayor que él, sentado a su lado, jugaba despreocupadamente con un camión que le había quitado.

Y en cuanto al final del libro, ¿era feliz o no? Por absurdo que a él mismo le pareciese, era incapaz de decidirse al respecto. Nunca había leído un libro del que, al acabar, no supiese si el final era bueno o malo, feliz o triste. Ted sí debía de saberlo. Se lo preguntaría.



Bobby seguía en el banco cuando, quince minutos después, Sully entró con paso alegre en el parque y lo vio.

—¡Eh, tú, capullo! —exclamó Sully—. He ido a tu casa y tu madre me ha dicho que te encontraría aquí o en Sterling House. ¿Has terminado ya el libro?

—Sí.

—¿Es bueno?

—Sí.

S-J movió la cabeza en un gesto de escepticismo y dijo:

—Nunca he leído un libro que me gustase de verdad, pero aceptaré tu palabra.

—¿Qué tal el concierto? —preguntó Bobby.

—Hemos tocado hasta que se ha marchado todo el mundo —contestó Sully,

encogiéndose de hombros—, así que al menos para nosotros ha estado bien, supongo. ¿Y a que no adivinas quién se ha ganado una semana en el campamento Winiwinaia?

El Winnie, como solían llamarlo, era un campamento mixto organizado por la Asociación de Jóvenes Cristianos a orillas del lago George, en la región boscosa al norte de Storrs. Cada año la CAH —Comisión de Actividades de Harwich— efectuaba una rifa cuyo premio era una semana en el campamento.

Bobby sintió una punzada de envidia.

—No me lo digas.

—Pues sí, chico —anunció Sully-John con una mueca—. Setenta papeletas en el sombrero, *setenta* como mínimo, y el calvo ese, el capullo del señor Coughlin, va y saca la de John L. Sullivan, menor de 12 años, Broad Street 93. Mi madre casi se mea encima.

—¿Cuándo irás?

—La primera semana de vacaciones. Mi madre pedirá unos días libres en la panadería por esas mismas fechas para visitar a mis abuelos en Wisconsin. Cogerá el gran perro gris.

En la jerga de Sully, las «vacas grandes» eran las vacaciones de verano; el «gran chou», el programa que presentaba Ed Sullivan los domingos por la noche, y el «gran perro gris», la compañía de autocares Greyhound, que usaba un perro gris como emblema. En el pueblo, la estación de Greyhound estaba a un paso del Asher Empire y el Colony.

—¿No te gustaría ir con ella a Wisconsin? —preguntó Bobby con un perverso deseo de aguar un poco la alegría de su amigo por su buena suerte.

—Quizá sí, pero prefiero ir de campamento y tirar con arco. —Sully colgó un brazo en torno a los hombros de Bobby—. La lástima es que tú no vengas conmigo, capullo devoralibros.

Al oír este último comentario, Bobby se sintió ruin. Bajó la vista y la fijó en el libro. Supo que pronto lo releería, allá por agosto tal vez si empezaba a aburrirse (como solía ocurrir en agosto, por más que en mayo resultase difícil creerlo). Volvió a mirar a Sully-John, sonrió y también él rodeó con un brazo los hombros de su amigo.

—Eres un suertudo.

—Tú lo has dicho —convino Sully-John.

Permanecieron allí sentados por un rato bajo la intermitente lluvia de flores de manzano, con los brazos entrelazados sobre los hombros, observando jugar a los niños. Finalmente Sully anunció que pensaba ir a la sesión matinal del Empire y que debía ponerse en marcha si no quería perderse los tráilers de los próximos estrenos.

—¿Por qué no vienes conmigo, Bobborino? Ponon *The Black Scorpion*. Salen monstruos para parar un tren.

—No puedo; estoy sin blanca —contestó Bobby, y era verdad (si no contaba los

siete dólares del jarrón con los «fondos para la bici»). Además, no le apetecía ir al cine en ese momento, aunque había oído decir a un niño del colegio que *The Black Scorpion* era una película fuera de serie: los escorpiones gigantes traspasaban a la gente con los agujones y arrasaban Ciudad de México. En realidad, Bobby deseaba volver a casa y hablar con Ted de *El señor de las moscas*.

—Sin blanca —repitió Sully con tristeza—. Es una pena, chico. Te invitaría, pero sólo tengo treinta y cinco centavos.

—No te preocupes. Oye, ¿y dónde has dejado tu bola botadora?

Una expresión aún más triste asomó al rostro de Sully.

—Se ha roto la tira elástica a la que iba atada. Debe de estar en el cielo de las bolas.

Bobby ahogó la risa. «El cielo de las bolas», eso tenía gracia.

—¿Te comprarás otra? —preguntó.

—No creo —respondió Sully—. Quiero un juego de magia que vi en Woolworth. Sesenta trucos distintos, pone en la caja. No me desagradaría ser mago cuando sea mayor, Bobby, ¿sabías? Viajar de un lado a otro con una feria ambulante o un circo, llevar un traje negro y una chistera. Sacaría conejos y toda clase de cosas del sombrero.

—Probablemente los conejos se te cagarían en el sombrero —se burló Bobby.

Sully sonrió.

—Pero sería un capullo con estilo. Y eso es lo que de verdad me atrae, sea cual sea la manera de conseguirlo. —Se levantó—. ¿Seguro que no quieres venir? Quizá puedas colarte sin que te vea Godzilla.

Acudían centenares de niños a las sesiones matinales del Empire, que por lo general incluían una película de monstruos, ocho o nueve cortos de dibujos animados, trailers de próximos estrenos y un noticiario de cine. La señora Godlow se volvía loca intentando obligarlos a hacer cola y estar callados, sin comprender que era imposible que aun los niños mejor educados se comportasen un sábado por la mañana como en el colegio. A la vez, tenía la convicción obsesiva de que docenas de niños mayores de doce años pretendían beneficiarse del precio de entrada reducido que se aplicaba a los menores de doce; si se lo hubieran permitido, habría exigido algún documento que acreditara la edad para los pases matinales de los sábados igual que para las sesiones dobles de Brigitte Bardot. Como no tenía autoridad para ello, se conformaba con bramar «¿En qué año naciste?» a todos los niños que medían más de un metro sesenta. En medio de semejante alboroto, a veces era fácil colarse sin pagar, y en la sesión matinal del sábado no había acomodadores. Pero esa mañana Bobby no estaba interesado en los escorpiones gigantes; había pasado la semana con monstruos más realistas, que en su mayoría probablemente se parecían mucho a él.

—No, creo que me quedará por aquí.

—Muy bien. —Sully-John se deslizó los dedos entre el pelo para quitarse las flores de manzano y luego miró a Bobby con expresión solemne—. Gran Bob, dime que soy un capullo con estilo.

—Sully, eres un capullo con estilo.

—¡Sí! —Sully-John dio un brinco y, riendo, lanzó un puñetazo al aire—. ¡Sí, lo soy! Un capullo con estilo hoy; un mago y capullo con estilo mañana.

Muerto de risa, Bobby se recostó contra el respaldo del banco, extendiendo las piernas e inclinando hacia adentro las punteras de las zapatillas. S-J era de lo más gracioso cuando estaba en vena.

Sully se alejó unos pasos y de pronto se dio media vuelta.

—Por cierto, he visto a un par de tipos raros al entrar en el parque.

—¿Qué tenían de raro?

Sully-John movió la cabeza en un gesto de perplejidad.

—Pues ahora que lo dices, no lo sé —respondió—. La verdad es que no lo sé.

Luego siguió su camino cantando a pleno pulmón una canción de los Dovells, *The Bristol Stomp*. Como los Dovells eran de Connecticut, su música tenía que gustarle a uno por fuerza.

Bobby abrió el libro que le había regalado Ted (ya muy manoseado) y leyó otra vez las dos últimas páginas, la parte donde por fin aparecían unos adultos. De nuevo comenzó a reflexionar sobre el desenlace —¿era feliz o triste?— y poco a poco se olvidó de Sully-John. Más tarde pensó que si a S-J se le hubiera ocurrido mencionar que los tipos raros que había visto llevaban chaquetas amarillas, quizá habría cambiado considerablemente el curso de ciertos acontecimientos posteriores.



—William Golding hizo un comentario interesante sobre ese libro que acaso aclare tus dudas sobre el final... ¿Quieres otra, Bobby?

Bobby dio las gracias pero negó con la cabeza. No le entusiasmaba la cerveza sin alcohol; generalmente sólo la tomaba cuando estaba con Ted, y por cortesía. De nuevo se hallaban sentados a la mesa de la cocina en la habitación de Ted. El perro de la señora O'Hara continuaba ladrando (que Bobby supiera, *Bowser* nunca dejaba de ladrar), y Ted continuaba fumando sus Chesterfield. Al volver del parque, Bobby había entrado un instante en el apartamento y, viendo que su madre estaba echándose una siesta, había subido rápidamente al tercer piso para preguntar a Ted por el final de *El señor de las moscas*.

Ted se levantó y fue por su cerveza, pero de pronto se quedó inmóvil, con la mano apoyada en la puerta del frigorífico y la mirada perdida. Más tarde Bobby se daría cuenta de que fue entonces cuando tuvo por primera vez la clara impresión de

que Ted no estaba del todo bien, o mejor dicho, estaba mal y empeoraba por momentos.

—Uno los percibe primero en el fondo del ojo —dijo con voz clara y total naturalidad. Bobby lo oyó perfectamente.

—Percibe ¿qué?

—Uno los percibe primero en el fondo del ojo —repitió, aún con la mirada perdida y una mano aferrada al tirador del frigorífico.

Bobby empezó a asustarse. En el aire parecía flotar algo, algo como el polen, que le provocaba un cosquilleo en el vello del interior de la nariz y un picor en el dorso de las manos.

A continuación Ted abrió el frigorífico y se inclinó.

—¿De verdad no quieres otra? —preguntó—. Está fresca.

—No..., no, gracias.

Ted regresó a la mesa, y bien decidió pasar por alto lo ocurrido, bien no lo recordaba. En cualquier caso, Bobby advirtió que Ted había recobrado su estado normal, y con eso le bastaba. Los adultos se comportaban de manera extraña, sencillamente. A veces era mejor no dar importancia a sus rarezas.

—Cuéntame qué dijo Golding sobre el final.

—Si la memoria no me engaña —respondió Ted—, fue algo así: «Los niños son rescatados por la tripulación de un buque de guerra, y eso es bueno para ellos; pero ¿quién rescatará a la tripulación?». —Ted se sirvió un vaso de cerveza, esperó a que bajase la espuma, y echó un poco más—. ¿Resuelve eso tus dudas?

Bobby meditó al respecto como si se tratara de un acertijo. Y de hecho *era* un acertijo.

—No —contestó por fin—. Sigo sin entenderlo. A ellos no hay necesidad de rescatarlos..., a los marineros, me refiero..., porque no están en la isla. Además... —Se acordó de los niños que había visto en el cajón de arena del parque, uno deshecho en lágrimas y el otro jugando plácidamente con el juguete robado—. Los marineros son adultos. Los adultos no necesitan que los rescaten.

—¿No?

—No.

—¿Nunca?

Bobby recordó de pronto la actitud de su madre respecto al dinero, y también que una noche creyó oírla llorar. No contestó.

—Piénsalo bien —dijo Ted. Dio una intensa calada al cigarrillo y exhaló una columna de humo—. Los buenos libros obligan a pensar también después de leerlos.

—De acuerdo.

—*El señor de las moscas* no se parece demasiado a las historias de los hermanos Hardy, ¿verdad?

Por un momento cobró forma en la mente de Bobby una nítida imagen de Frank y Joe Hardy corriendo por la selva con lanzas hechas por ellos mismos, anunciando a gritos que matarían al jabalí y le meterían las lanzas por el culo. Soltó una carcajada, y cuando Ted unió sus risas a las de él, Bobby supo que había dejado atrás a los Hardy, a Tom Swift, a Rick Brant, y a Bomba, el niño de la selva. *El señor de las moscas* había acabado con ellos. Se alegró de tener el carnet de adulto de la biblioteca.

—No, desde luego —convino.

—Y los buenos libros no desvelan todos sus secretos en el acto —añadió Ted—. ¿Recuerdas?

—Sí.

—Estupendo. Y ahora dime, ¿te gustaría ganar un dólar a la semana trabajando para mí?

El cambio de tema fue tan repentino que en un primer instante Bobby se desorientó. De pronto sonrió y dijo:

—¡Córcholis, sí! —Las cifras empezaron a saltar vertiginosamente en su cabeza. Aunque las matemáticas no eran su fuerte, sí las dominaba lo suficiente para calcular que, a dólar por semana, pasados tres meses, tendría al menos quince pavos. Si a eso le sumaba lo que ya había ahorrado, más una buena cosecha de cascos retornables y las retribuciones por cortar el césped de algún que otro vecino de la calle durante el verano, a primeros de septiembre podía estar sentado en el sillín de una Schwinn—. ¿Qué quieres que haga?

—Debemos llevar este asunto con discreción. Con mucha discreción. —Ted caviló en silencio y durante tan largo rato que Bobby temió que saliera de nuevo con que percibía cosas en el fondo del ojo. Pero cuando Ted alzó la vista, Bobby no advirtió en su mirada aquel extraño vacío, sino sólo cierta tribulación—. Bobby, nunca pediría a un amigo que mintiera a sus padres, y menos a un amigo de tu edad; sin embargo, por una vez, debo pedirte que participes conmigo en cierta maniobra de distracción. ¿Entiendes lo que quiero decir?

—Claro. —Bobby se acordó de Sully y su nueva ambición de viajar de un lado a otro con el circo, llevando un traje negro y sacando conejos de la chistera—. Es, por ejemplo, lo que hace un mago para engañar al público.

—Dicho así, no suena demasiado bien, ¿no?

Bobby movió la cabeza en un gesto de negación. No, quitando los focos y las lentejuelas, no sonaba bien en absoluto.

Ted bebió un poco de cerveza y se limpió de espuma el labio superior.

—En cuanto a tu madre, Bobby, no puede decirse que le caiga mal, pero tampoco le caigo bien del todo. ¿Estás de acuerdo?

—Creo que sí. Cuando le dije que quizá me ofrecieras un trabajo, reaccionó de

una manera extraña. Me hizo prometer que se lo consultaría antes de aceptar cualquier tarea que me encargases.

Ted Brautigan asintió con la cabeza.

—Se debe probablemente a que traías parte de tus cosas en bolsas de papel cuando te mudaste aquí —dijo Bobby—. Ya sé que parece ridículo, pero no se me ocurre otra explicación.

Creyó que quizá Ted se echaría a reír, pero se limitó a asentir de nuevo.

—Puede que ésa sea la única razón. En todo caso, Bobby, no me gustaría que hicieses nada contra los deseos de tu madre.

Eso eran buenas palabras, pero Bobby Garfield no acabó de creérselo. Si fuera cierto, ¿qué necesidad habría de una maniobra de distracción?

—Dile a tu madre que se me cansa la vista al menor esfuerzo. Es la verdad. —Como para dar prueba de ello, Ted se llevó la mano derecha a los ojos y se los frotó con los dedos pulgar e índice—. Dile que quiero contratarte para leerme el periódico durante un rato cada día, y por ese trabajo te pagaré un dólar a la semana, o un «pavo», como diría tu amigo Sully.

Bobby movió la cabeza en un gesto de asentimiento, pero ¿un pavo a la semana por leer qué resultados obtenía Kennedy en las primarias y si Floyd Patterson conquistaba o no el título de los pesos pesados en junio, incluyendo quizá de paso las historietas de *Blondie* y *Dick Tracy*? Tal vez su madre o el señor Biderman se dejaran engañar, pero Bobby no.

Ted seguía frotándose los ojos, con la mano suspendida sobre la fina nariz como una araña.

—¿Y qué más? —preguntó Bobby, adoptando sin proponérselo un tono anormalmente inexpresivo, como el que empleaba su madre cuando al final del día se encontraba con que él no había recogido aún su habitación pese a haberlo prometido—. ¿Cuál es el verdadero trabajo?

—Quiero que mantengas los ojos bien abiertos —respondió Ted.

—Para ver ¿qué?

—Hampones con chaquetas amarillas.

Ted continuaba masajeándose los ojos. Bobby deseó que dejase de hacerlo de una vez; por alguna razón, ese gesto lo inquietaba. ¿Acaso percibía algo en el fondo de las órbitas? ¿Por eso se los restregaba de aquel modo? ¿Algo que bloqueaba su atención, que alteraba la cordura y el orden normal de su pensamiento?

—¿Gambones? —preguntó Bobby sin comprender. Eso era lo que pedía su madre a veces en el Colony. «Gambones con chaquetas amarillas» le sonaba absurdo, pero no veía otra interpretación.

Ted se echó a reír con una risa radiante y sincera que permitió a Bobby tomar conciencia de su propia intranquilidad.

—Hampones —corrigió Ted—. Esa clase de tipos de aspecto poco inteligente... y muy peligroso. Esos hombres que juegan a los dados en un callejón, por decir algo, y hacen correr de mano en mano una botella de whisky en una bolsa de papel durante la partida. Los hombres que se apoyan contra un poste de telégrafos y silban a las mujeres que pasan por la otra acera a la vez que se secan el cuello con pañuelos que nunca están del todo limpios. Hombres que consideran elegantes los sombreros con plumas en el ala. Hombres que aparentan conocer todas las respuestas a las preguntas estúpidas de este mundo. No me explico con demasiada claridad, ¿no? ¿Entiendes algo de lo que te digo? ¿Sabes a qué me refiero?

Sí, Bobby lo sabía. En cierto modo le ocurría lo mismo que con la imagen del tiempo como un estafador viejo y calvo: tenía la sensación de que la palabra o expresión era plenamente acertada aunque ignoraba por qué. Oyendo hablar de aquellos hombres, no pudo evitar compararlos con el señor Biderman, que nunca parecía recién afeitado aunque sus mejillas despidiesen todavía el dulzón olor de la loción, y al que no costaba imaginar hurgándose la nariz con el dedo cuando viajaba solo en su coche o comprobando inconscientemente si había alguna moneda olvidada en la casilla del cambio de los teléfonos públicos junto a los que pasaba.

—Te entiendo —afirmó.

—Bien. Ni aunque viviera mil años te pediría que cruzaras una sola palabra con hombres de esa calaña, ni que te acercaras siquiera a ellos. Pero sí te pediría que estuvieras alerta, que dieras la vuelta a la manzana una vez al día, Broad Street, Commonwealth Street, Colony Street, Asher Avenue, hasta llegar de nuevo aquí, al 149, manteniendo los ojos bien abiertos por si ves algo.

En la mente de Bobby empezaban a encajar todas las piezas. El día de su cumpleaños —que había coincidido con la llegada de Ted al 149 de Broad Street— Ted le había preguntado si conocía a toda la gente de la calle, si distinguiría a los desconocidos («los forasteros..., las caras de quienes no viven aquí»), a cualquier desconocido que apareciese por allí. Apenas tres semanas después Carol Gerber dijo que a veces tenía la impresión de que Ted huía de algo.

—¿Cuántos hombres son? —preguntó Bobby.

—Tres, cinco, o quizá más hoy por hoy. —Ted se encogió de hombros—. Los reconocerás por sus largas chaquetas amarillas y su piel aceitunada..., aunque ese color de piel más oscuro es sólo un disfraz.

—¿Cómo? ¿Se ponen una de esas cremas para broncear sin sol o algo así?

—Sí, supongo. Los conocerás también por los coches que conducen.

—¿Qué marcas? ¿Qué modelos? —preguntó Bobby. Se sintió como Darren McGavin en *Mike Hammer* y tuvo que recordarse que no debía dejarse llevar por el entusiasmo. Aquello no era la televisión. Aun así, resultaba emocionante.

Ted movió la cabeza en un gesto de negación.

—No tengo la menor idea. Pero los distinguirás de todos modos, porque sus coches son como sus chaquetas amarillas, sus zapatos de punta y la brillantina perfumada que usan para alisarse el pelo: estridentes y vulgares.

—Ordinarios —dijo Bobby, afirmándolo más que preguntando.

—Ordinarios —repitió Ted, y asintió para mayor rotundidad. Tomó un sorbo de cerveza, desvió la mirada hacia los incesantes ladridos de *Bowser* y permaneció en esa posición por unos instantes, como un juguete con un resorte roto o una máquina sin combustible. Finalmente añadió—: Me presienten, y yo también los presiento a ellos. ¡Dios, qué mundo éste!

—¿Qué busca esa gente?

Ted se volvió hacia él como si se hubiera sobresaltado. Dio la impresión de que hubiera olvidado la presencia de Bobby... o hubiera olvidado por un momento quién era Bobby. De inmediato sonrió, extendió el brazo y cubrió la mano de Bobby con la suya. Era una mano grande, cálida y reconfortante, una mano masculina. Su contacto dispuso por completo las relativas reservas que Bobby albergaba.

—Cierta cosa que casualmente tengo yo —respondió Ted—. Dejémoslo ahí.

—No son policías, ¿verdad? ¿O agentes del gobierno? ¿O...?

—¿Quieres saber si soy uno de los diez hombres más buscados por el FBI, o un agente comunista? ¿Una mala persona?

—Sé que no eres una mala persona —aseguró Bobby, pero el rubor que asomó a sus mejillas delataba ciertas dudas al respecto. Aunque no por eso cambiaba el concepto que tenía de Ted. Uno podía sentir simpatía o incluso afecto por una mala persona. Como su propia madre decía, hasta Hitler tenía madre.

—No soy una mala persona. Nunca he atracado un banco ni me he apropiado de un secreto militar. He dedicado demasiado tiempo a leer libros y me he ganado no pocas multas por retrasarme en la devolución; si existiera una policía de bibliotecas, sin duda andarían tras mis pasos. Pero no soy una mala persona como las que ves por televisión.

—Y los hombres con chaquetas amarillas sí lo son —dijo Bobby.

Ted asintió con la cabeza.

—Malos hasta la médula. Y, como te he dicho, peligrosos.

—¿Los has visto?

—Muchas veces, pero aquí no —respondió Ted—. Y existe un noventa y nueve por ciento de probabilidades de que tampoco tú los veas. Sólo te pido que vigiles. ¿Serás capaz?

—Sí.

—¿Algún problema, Bobby?

—No —dijo Bobby. No obstante, algo lo incomodó por un momento, no algo que tuviese una relación directa con aquello, sino sólo el presentimiento de que podía

llegar a tenerla.

—¿Seguro? —insistió Ted.

—Sí.

—De acuerdo. He aquí, pues, la pregunta: ¿Te permitiría tu conciencia ocultar a tu madre esta parte de tus obligaciones?

—Sí —contestó Bobby al instante, pese a comprender que aquello implicaría un gran cambio en su vida..., además de un riesgo. Temía a su madre, y ese miedo se debía sólo en parte a sus ataques de ira y a lo mucho que tardaba en olvidar una ofensa. La causa era, sobre todo, la triste sensación de que lo quería sólo un poco y la necesidad de salvaguardar ese escaso afecto. Pero Ted le caía bien, y le había complacido enormemente el contacto de su mano, la cálida aspereza de la amplia palma, el roce de los gruesos nudillos. Y aquello en realidad no sería una mentira; sería una omisión.

—¿Estás totalmente seguro? —repitió Ted.

Si quieres aprender a mentir, Bobby, callarse algo es tan buen punto de partida como cualquier otro, susurró una voz en su interior. Bobby no le prestó atención.

—Sí —dijo—, totalmente seguro. Ted, ¿esos hombres son peligrosos sólo para ti o para todo el mundo? —Pensaba en su madre, pero también en sí mismo.

—Para mí, podrían ser sin duda muy peligrosos. Para otra gente, para la *mayor parte*, probablemente no. ¿Quieres saber algo muy curioso?

—Claro.

—La mayoría de la gente ni siquiera los ve a menos que estén muy muy cerca. Casi podría decirse que esos hombres tienen la facultad de ofuscar la mente de los demás, como la Sombra en aquel antiguo programa de radio.

—¿Quieres decir que son... bueno...? —Bobby supuso que «sobrenaturales» era la palabra que no se atrevía a pronunciar.

—No, no, ni mucho menos —atajó Ted, desechando la posibilidad aun sin que Bobby llegase a expresarla. Esa noche en su cama, con mayores problemas que de costumbre para conciliar el sueño, Bobby pensó que Ted se le había anticipado por miedo a que esa palabra se articulase en voz alta—. Hay muchas personas, personas corrientes, que no vemos: la camarera que vuelve a casa al final de la jornada con la cabeza baja y las zapatillas de trabajo en una bolsa de papel; los ancianos que a mediodía salen a pasear por el parque; las adolescentes con el pelo rizado que escuchan en sus transistores los cuarenta principales de Peter Tripp. Sin embargo, los niños sí los ven. Los niños ven a todo el mundo. Y tú, Bobby, aún eres un niño.

—Pero esos hombres son de los que se dejan ver.

—Lo dices, supongo, por las chaquetas, los zapatos, los coches llamativos. Pero precisamente por esas cosas algunas personas, muchas de hecho, miran a otra parte cuando se cruzan con ellos. Para levantar una barrera entre el ojo y el cerebro. En

todo caso, no quiero que corras riesgos. Si ves a los hombres con chaquetas amarillas no te acerques a ellos. No les dirijas la palabra aunque ellos te hablen. No creo que eso llegue a ocurrir, probablemente ni siquiera te vean, del mismo modo que a ellos casi nadie los ve; pero hay muchos aspectos de esos hombres que desconozco. Ahora repite lo que acabo de decirte. Es importante.

—No debo acercarme a ellos ni dirigirles la palabra.

—Aunque ellos te hablan a ti —insistió Ted con manifiesta impaciencia.

—Aunque ellos me hablen, de acuerdo. ¿Qué tengo que hacer, pues?

—Volver aquí y contarme dónde los has visto. Aléjate de ellos caminando normalmente, y cuando estés seguro de que ya no te ven, échate a correr. Corre como un rayo. Corre como si el mismísimo demonio te pisase los talones.

—¿Y tú qué harás? —preguntó Bobby, aunque en realidad conocía la respuesta. Quizá no fuera tan avisado como Carol, pero tampoco se chupaba el dedo—. Te marcharás, ¿no?

Ted Brautigan hizo un gesto de duda y apuró el vaso de cerveza rehuendo la mirada de Bobby.

—Lo decidiré cuando llegue el momento. *Si* llega. Con un poco de suerte, los presentimientos que tengo desde hace unos días desaparecerán.

—¿Eso ha pasado ya antes alguna vez?

—Claro que sí. Y ahora ¿por qué no hablamos de algo más agradable?

Durante la siguiente media hora conversaron primero sobre béisbol, luego sobre música (Bobby descubrió con asombro que Ted no sólo conocía la música de Elvis Presley sino que además le gustaban algunas de sus canciones), y por último sobre las esperanzas y temores de Bobby respecto al séptimo curso que empezaría en septiembre. La charla fue bastante agradable, pero en todo momento Bobby percibió a los hampones al acecho. Los hampones se hallaban allí, en la habitación de Ted, como extrañas sombras que no era posible ver con claridad.

Sólo cuando Bobby se disponía a irse, Ted sacó de nuevo el tema a la conversación.

—Debes fijarte en ciertos detalles —dijo—, indicios de que mis... mis viejos amigos andan cerca.

—¿Qué exactamente?

—En tus paseos por el pueblo, presta atención a los avisos de animales perdidos que veas en las paredes, los escaparates o los postes de telégrafos. Por ejemplo: «Se ha perdido un gato atigrado gris de orejas negras, pecho blanco y rabo enroscado. Razón: IROquois 7-7661», o «Se ha perdido un perro mestizo, cruce de beagle, que responde al nombre de *Trixie*, adora a los niños, y nuestros hijos quieren que vuelva a casa. Telefonar a IROquois 7-0984 o entregar directamente en Peabody Street 77». Esa clase de carteles.

—¡Cómo! —exclamó Bobby—. ¿Estás diciéndome que esos hombres se dedican a matar animales? ¿Crees...?

—Creo que muchos de esos animales ni siquiera existen —lo interrumpió Ted con aspecto de cansancio y desánimo—. Aunque aparezca una fotografía pequeña y mal reproducida, creo que en su mayoría son pura invención. Creo que esos carteles son un medio de comunicación, pero ignoro por qué los hombres que los ponen no van al Colony y se comunican mientras comen un estofado con puré de patatas. Por cierto, Bobby, ¿adónde va a comprar tu madre?

—Al Total, el supermercado que está a un paso de la agencia inmobiliaria del señor Biderman.

—¿Y tú la acompañas?

—A veces —respondió Bobby. Cuando era más pequeño, se reunía allí con ella los viernes por la tarde, leyendo una guía de televisión del revistero de la entrada mientras esperaba. En aquellas fechas la tarde del viernes le encantaba, porque era el principio del fin de semana, porque su madre le dejaba empujar el carrito y él hacía como si condujese un coche de carreras, porque quería a su madre. Pero no contó nada de eso a Ted. Era historia pasada. Por entonces tenía sólo ocho años.

—Fíjate en el tablón de anuncios que suele haber en todos los supermercados junto a las cajas —dijo Ted—. En él verás pequeños avisos escritos a mano en los que pone SE VENDE COCHE (DE PARTICULAR A PARTICULAR). Mira si alguno de esos avisos está del revés. ¿Hay algún otro supermercado en el pueblo?

—El A&P, cerca del paso elevado del tren. Mi madre nunca va allí. Dice que el carnicero se la come con los ojos.

—¿Puedes echar un vistazo de vez en cuando también a ese tablón de anuncios?

—Claro —respondió Bobby.

—Por el momento vamos bien, muy bien. Otra cosa: ¿Sabes esas cuadrículas que dibujan los niños en las aceras para jugar a la rayuela?

Bobby asintió con la cabeza.

—Mira si alguna tiene dibujadas a los lados estrellas o lunas, o ambas, normalmente en tiza de otro color. Busca también colas de cometa colgadas de los cables telefónicos; no las cometas, sino sólo las colas. Y...

Ted se interrumpió y arrugó la frente en actitud meditabunda. Mientras sacaba un Chesterfield del paquete que había sobre la mesa y lo encendía, Bobby pensó con fundados motivos y sin el menor asomo de temor: Está chiflado; está como una regadera.

Sí, era indudable. Esperaba al menos que su prudencia fuera pareja a su locura, porque si su madre llegaba a oírlo hablar de aquel modo, no le permitiría acercarse a Ted nunca más. A decir verdad, probablemente avisaría a los loqueros, o pediría al bueno de Don Biderman que se ocupara él mismo del asunto.

—¿Recuerdas el reloj de la plaza, Bobby?

—Sí, claro.

—Puede que empiece a dar mal las horas. Fíjate igualmente en cualquier noticia que traiga el periódico sobre pequeños actos vandálicos en las iglesias. A mis amigos no les gustan las iglesias, pero nunca cometen grandes atrocidades; en ese terreno, prefieren no llamar demasiado la atención. Existen otros indicios de su presencia, pero no quiero agobiarte. Personalmente opino que los carteles son la pista más fiable.

—«Si ven a Ginger, por favor tráiganla a casa» —recordó Bobby a modo de ejemplo.

—Eso es exactamente...

—¿Bobby? —Era la voz de su madre, seguida del chancleteo ascendente de sus zapatillas de fin de semana en la escalera—. Bobby, ¿estás ahí arriba?

El poder de una madre. Bobby empieza a trabajar. «¿Te toca?». El último día de colegio.

Bobby y Ted cruzaron una mirada de culpabilidad. Separados por la mesa, se recostaron contra los respaldos de sus respectivas sillas como si en lugar de hablar de insensateces estuvieran de hecho cometiéndolas.

Mamá se dará cuenta de que tramábamos algo, pensó Bobby, consternado. Se me ve en la cara.

—No —dijo Ted—. No se te ve. En eso radica su poder sobre ti: en que tú lo crees. Es el poder de una madre.

Bobby lo miró perplejo. ¿Me has leído el pensamiento? ¿Acabas de leerme el pensamiento?

Su madre casi había llegado al rellano del tercer piso y ya no quedaba tiempo de responder aun si ésa hubiera sido la intención de Ted. Pero en cualquier caso nada en su semblante indicaba que hubiera respondido de haber tenido tiempo. Y Bobby empezó a dudar de lo que había oído.

Al cabo de un instante su madre se asomó a la puerta abierta y los observó alternativamente con mirada escrutadora.

—Así que estás aquí —dijo—. Por Dios, Bobby, ¿no me has oído llamarte?

—Te has plantado aquí tan deprisa que no he tenido tiempo ni de abrir la boca, mamá.

Su madre dejó escapar un resoplido de escepticismo. A continuación se dibujó en sus labios una sonrisa parca e insustancial: su sonrisa mecánica para la galería. Su mirada iba sin cesar de uno a otro, buscando algo sospechoso, algo que no fuera de su agrado, algo indebido.

—No te he oído llegar de la calle.

—Estabas dormida en tu cama —contestó Bobby.

—¿Cómo está, señora Garfield? —preguntó Ted.

—Sana como una manzana —dijo ella, mirando de uno a otro.

Bobby no sabía qué buscaba, pero dedujo que su anterior expresión de culpabilidad debía de haber desaparecido. Si su madre la hubiera notado, él ya se habría dado cuenta.

—¿Le apetece tomar algo? —ofreció Ted—. Sólo tengo cerveza sin alcohol. No es gran cosa, pero está fresca.

—Sí, muy amable. Gracias. —Liz entró y se sentó a la mesa junto a Bobby, dándole palmadas en la pierna distraídamente mientras observaba a Ted abrir el

pequeño frigorífico y sacar la cerveza—. Aquí arriba todavía no hace calor, señor Brattigan, pero le aseguro que dentro de un mes sí lo hará, y mucho. Le conviene comprarse un ventilador.

—No es mala idea —convino Ted. Echó cerveza en un vaso limpio y se quedó ante el frigorífico con el vaso en alto esperando a que bajase la espuma.

A Bobby se le antojó estar viendo a un científico de un anuncio de televisión, unos de esos tipos obsesionados con la marca X y la marca Y o las virtudes de las tabletas digestivas Roloids, que consumían el exceso de ácido gástrico en una cantidad equivalente a cincuenta y siete veces su propio peso, asombroso pero cierto.

—No me llene el vaso, con eso me basta —dijo Liz, un poco impaciente. Ted le llevó el vaso, y ella lo levantó ante él—. A su salud. —Tomó un trago e hizo una mueca, como si fuera whisky en lugar de cerveza sin alcohol. Luego, mirando por encima del vaso, observó a Ted mientras se sentaba, desprendía la ceniza de su cigarrillo y volvía a introducirse la colilla en la comisura de los labios—. Tú y el señor Brattigan sois uña y carne —comentó—, aquí sentados a la mesa de la cocina, bebiendo cerveza... ¡Qué familiaridad! ¿De qué hablabais?

—Del libro que me regaló el señor Brautigan —respondió Bobby con voz serena y natural, una voz que no escondía secretos—. *El señor de las moscas*. No acababa de entender si el final era feliz o triste, así que he subido a preguntarle.

—¡Ah! ¿Y qué ha dicho?

—Que es las dos cosas a la vez, y me ha aconsejado que reflexione al respecto.

Al parecer, Liz encontró muy gracioso el consejo y rompió a reír.

—Yo leo novelas de misterio, señor Brattigan —dijo—, y me guardo las reflexiones para la vida real. Pero no estoy jubilada, claro.

—No —admitió Ted—. Salta a la vista que está usted en la flor de la vida.

Liz lo miró como diciendo: «Los halagos no le servirán de nada». Bobby conocía bien esa mirada.

—También le he ofrecido a Bobby un trabajito —informó Ted—, y él ha aceptado, si da usted su permiso, naturalmente.

Liz frunció el entrecejo al oír hablar de un trabajo, pero el ceño desapareció de su rostro en cuanto Ted mencionó la palabra «permiso». Alargó el brazo y acarició por un instante el pelo rojo de Bobby, un gesto tan desacostumbrado que Bobby no pudo disimular su asombro. Sin embargo su madre no apartó la mirada de Ted. No sólo desconfiaba de aquel hombre, comprendió Bobby, sino que probablemente *nunca* confiaría en él.

—¿Qué clase de trabajo tiene en mente?

—Quiere que... —intentó decir Bobby.

—Calla —ordenó ella sin dejar de mirar a Ted por encima del vaso.

—Me gustaría que me leyera el periódico, quizá por las tardes —contestó Ted, y a

continuación pasó a explicarle que su vista no era ya la de un joven y que cada día encontraba mayores dificultades con la letra pequeña. Sin embargo, le gustaba mantenerse informado (corrían tiempos muy interesantes, ¿no pensaba lo mismo la señora Garfield?) y también conocer las opiniones de los columnistas como Stewart Alsop, Walter Winchell y otros. Winchell no escribía más que chismes, pero eran chismes *interesantes*, ¿no estaba de acuerdo la señora Garfield?

Bobby escuchaba cada vez más tenso, pese a que por el semblante y la postura de su madre —incluso por el modo en que bebía a sorbos la cerveza— adivinaba que creía las explicaciones de Ted. Hasta ahí todo iba bien, pero ¿y si Ted volvía a quedarse en blanco? ¿y si se quedaba en blanco y, con la mirada perdida, empezaba a farfullar sobre hampones con chaquetas amarillas y colas de cometa colgadas de los cables telefónicos?

Pero eso no ocurrió. Ted concluyó diciendo que también deseaba saber cómo marchaban los Dodgers, en particular Maury Wills, aunque se hubieran trasladado a Los Ángeles. Lo dijo con el aspecto de quien está decidido a contar la verdad a pesar de que la verdad sea un tanto vergonzosa. Bobby lo consideró un toque magistral.

—Pues no veo ningún inconveniente —dijo su madre (casi a regañadientes, pensó Bobby)—. De hecho, parece una bicoca. Ojalá encontrase yo un trabajo así.

—Juraría que es usted muy eficiente en su trabajo, señora Garfield.

Liz volvió a lanzarle la cáustica mirada con que se declaraba impasible ante los halagos.

—Tendrá que pagarle un extra por hacerle los crucigramas —repuso a la vez que se levantaba, y si bien Bobby no entendió el comentario, quedó estupefacto por la crueldad que percibió en sus palabras, incrustada como un trozo de cristal en un pastel de malvavisco. Daba la impresión de que deseara burlarse tanto de su mala vista como de su inteligencia, de que pretendiera ofenderlo por la amabilidad con que trataba a su hijo. Bobby aún se avergonzaba de engañarla y temía que lo descubriera, pero de pronto también le producía placer..., un placer malévolo. Su madre se lo merecía—. Se le dan bien los crucigramas, a mi Bobby.

—No lo dudo —contestó Ted con una sonrisa.

—Vámonos ya, Bob —dijo Liz—. Dejemos descansar al señor Brattigan.

—Pero...

—Creo que me vendría bien acostarme un rato, Bobby —lo interrumpió Ted—. Me duele un poco la cabeza. Me alegra que te haya gustado *El señor de las moscas*. Si quieres, mañana mismo puedes empezar a trabajar, con los reportajes monográficos del dominical. Te advierto que puede ser una auténtica prueba de fuego.

—De acuerdo.

Su madre estaba ya en el pequeño rellano del tercer piso. Bobby la seguía. De

pronto ella se volvió y miró a Ted por encima de la cabeza de Bobby.

—¿Y por qué no salen a leer al porche? —sugirió—. A los dos les probaría bien el aire fresco, mucho mejor que el ambiente viciado de esta habitación. Así, además, yo también oiría desde la sala de estar.

Bobby tuvo la sensación de que se transmitían algún mensaje entre ellos. No exactamente telepático, aunque en cierto modo sí era telepatía. Esa clase de aburrida telepatía que practicaban los adultos.

—Excelente idea —convino Ted—. En el porche estaremos de maravilla. Buenas tardes, Bobby. Buenas tardes, señora Garfield.

A Bobby casi se le escapó un «Hasta la vista, Ted», pero en el último momento lo sustituyó por:

—Hasta la vista, señor Brautigan.

Se dirigió hacia la escalera con una vaga sonrisa, cubierto de un sudor frío como quien acaba de salvarse de un peligroso accidente.

Liz se detuvo en el rellano y preguntó:

—¿Cuánto hace que está jubilado, señor Brattigan, si no es indiscreción?

Bobby casi había llegado a la conclusión de que su madre no pronunciaba mal el apellido de Ted adrede; de pronto cambió de opinión. Sí lo hacía adrede; claro que sí.

—Tres años —respondió Ted. Apagó la colilla en el cenicero rebosante y de inmediato encendió otro cigarrillo.

—¿Tiene, pues..., sesenta y ocho años?

—Sesenta y seis. —Ted seguía hablando con tono cordial y franco, pero a Bobby le pareció que esas preguntas no le entusiasmaban demasiado—. Me concedieron la jubilación con la pensión íntegra dos años antes. Por razones de salud.

No le preguntes qué enfermedad tiene, mamá, gimoteó Bobby en sus adentros. No tengas la desfachatez de preguntárselo.

En lugar de eso, su madre le preguntó a qué se había dedicado en Hartford.

—Era contable, en la Oficina del Interventor.

—Bobby y yo creíamos que se trataba de algo relacionado con la enseñanza. ¡Contable! Eso suena a un trabajo de mucha responsabilidad.

Ted sonrió. Bobby percibió algo inquietante en su sonrisa.

—En veinte años cambié tres veces de máquina sumadora por desgaste. Si eso es responsabilidad, señora Garfield, pues sí, era un puesto de responsabilidad. Apeneck Sweeney estira las piernas; la mecanógrafa pone un disco en el gramófono con brazo automático.

—Ahí sí que me he perdido.

—Es mi forma de decir, en palabras de T. S. Eliot, que pasé demasiados años en un empleo al que no le veía mucho sentido.

—Quizá le habría visto más sentido si hubiera tenido un hijo que criar —replicó

Liz, mirándolo con la barbilla ligeramente levantada, una actitud con la que daba a entender que si Ted pretendía rebatírselo, estaba preparada para defenderlo, que si era su deseo discutirlo, por ella no había inconveniente.

Para alivio de Bobby, Ted no deseaba ni mucho menos enzarzarse en una discusión.

—Posiblemente tiene razón, señora Garfield; toda la razón.

Liz mantuvo la barbilla en alto por un momento, sugiriéndole que se lo replantease, dándole tiempo para cambiar de idea. Al ver que Ted guardaba silencio, sonrió. Era su sonrisa triunfal. Bobby quería a su madre, pero de pronto se dio cuenta también de que estaba harto de ella. Harto de sus gestos, sus dichos, su talante inflexible.

—Gracias por la cerveza, señor Brattigan. Sabía muy bien.

Dicho esto, Liz Garfield cogió a su hijo de la mano y lo llevó escalera abajo. Al llegar al rellano del segundo piso, le soltó la mano y siguió bajando delante de él.

Bobby supuso que volverían a hablar de su nuevo trabajo durante la cena, pero no fue así. Su madre parecía distante, con la mirada en otra parte. Bobby tuvo que pedirle dos veces una segunda rodaja de rollo de carne, y cuando más tarde sonó el teléfono mientras veían la televisión sentados en el sofá, ella se puso en pie de un salto. Descolgó de inmediato, escuchó, contestó algo y luego se sentó otra vez en el sofá.

—¿Quién era? —preguntó Bobby.

—Se han equivocado de número —respondió Liz.



En ese año de su vida Bobby Garfield todavía aguardaba el sueño con la plácida confianza de un niño: tendido boca arriba, con las piernas separadas y los talones apuntando a las esquinas de la cama, las manos bajo la almohada buscando el contacto fresco de la tela y los codos en alto. La noche posterior a su charla con Ted sobre los hampones con chaquetas amarillas (y no olvides los coches, pensó, esos cochazos de colores chillones), Bobby yacía en esa posición tapado sólo hasta la cintura. La luz de la luna bañaba su estrecho torso de niño, dividida en cuatro recuadros por los peinazos de la ventana.

Si hubiera pensado en ello (cosa que no hizo), habría previsto que los hampones de Ted cobrarían mayores visos de realidad en cuanto se quedara solo y a oscuras, sin más compañía que el tictac de su enorme despertador y el murmullo del último noticiario procedente de la sala de estar. Por experiencia sabía que eso era lo más probable. Resultaba fácil reírse de Frankenstein cuando lo veía por televisión en el ciclo de terror, fingir que se desmayaba de pánico y exclamar «¡Oooh, Frankie!»

cuando aparecía el monstruo, especialmente si esa noche Sully-John se quedaba a dormir en casa. Pero en la oscuridad, una vez que S-J empezaba a roncar (o peor aún si estaba solo), la criatura del doctor Frankenstein parecía mucho más... no real exactamente sino... *posible*.

Con los hampones de Ted, en cambio, no llegó a experimentar esa sensación de posibilidad. A lo sumo, la idea de que unos hombres se comunicasen mediante avisos de animales perdidos se le antojó aún más disparatada en la oscuridad. Disparatada pero no peligrosa. En cualquier caso, Bobby no creía que Ted estuviera loco; simplemente poseía una imaginación demasiado viva para su propia conveniencia, sobre todo considerando que tenía pocas cosas en que ocupar su tiempo. Ted era un tanto... caray, un tanto *¿qué?* Bobby no sabía expresarlo. Si se le hubiera ocurrido la palabra «excéntrico», se habría apresurado a aplicarla con satisfacción y alivio.

Pero... parecía que me hubiera leído el pensamiento, se dijo. ¿Y eso cómo se explica?

Bah, estaba equivocado, así de simple; había oído mal. O quizá Ted sí le hubiera leído el pensamiento; quizá se lo hubiera leído mediante esa insípida percepción extrasensorial propia de los adultos, observando su cara y separando de ella la expresión de culpabilidad como una calcomanía mojada de un cristal. Su madre siempre había sido capaz de hacerlo... al menos hasta aquel día.

Pero...

Pero nada. Ted era un hombre agradable que sabía mucho de libros, pero no leía el pensamiento. Como tampoco Sully-John Sullivan era mago ni lo sería nunca.

—Es todo una maniobra de distracción —susurró Bobby. Sacó las manos de debajo de la almohada, las cruzó por las muñecas y las movió. La sombra de una paloma voló sobre su pecho iluminado por la luna.

Bobby sonrió, cerró los ojos y se durmió.



A la mañana siguiente, sentado en el porche, leyó varios artículos de la edición dominical del *Journal* de Harwich. Ted se acomodó en la mecedora y escuchó en silencio fumando sus Chesterfield. Detrás de él, a su izquierda, las cortinas de la sala de estar de los Garfield se agitaban en las ventanas abiertas. Bobby imaginaba a su madre sentada en una silla donde más luz había, con la canastilla de costura a un lado, escuchando y embastando los dobladillos de las faldas (las faldas iban a llevarse otra vez más largas, le había contado hacía un par de semanas; un año las acortaba y en la primavera siguiente tenía que deshacer los puntos y alargarlas de nuevo, y todo porque lo decían unos cuantos maricas de Nueva York y Londres, y no sabía ni por qué se molestaba). Bobby ignoraba si ella realmente estaba allí o no —las ventanas

abiertas y las cortinas sacudidas por el viento no eran en sí mismas prueba de nada—, pero lo imaginaba de todos modos. Pasados unos años caería en la cuenta de que siempre la imaginaba cerca: al otro lado de una puerta, en la parte de la gradería donde la sombra era tan cerrada que impedía ver con claridad, en el hueco oscuro de lo alto de la escalera. Siempre imaginaba su presencia.

Los artículos de la sección de deportes eran interesantes (Maury Wills estaba en vena), los reportajes monográficos no lo eran tanto, y las columnas de opinión eran largas, aburridas e ininteligibles, llenas de expresiones como «responsabilidad fiscal» e «indicadores económicos de carácter recesivo». Así y todo, a Bobby no le molestaba leerlas. Al fin y al cabo, hacía su trabajo, se embolsaba una pasta, y muchos trabajos resultaban tediosos al menos una parte del tiempo. «Uno ha de ganarse las habichuelas», decía a veces su madre cuando el señor Biderman la tenía en la oficina hasta tarde. Bobby se sentía orgulloso de poder articular una frase como «indicadores económicos de carácter recesivo». Además, el otro trabajo —el trabajo secreto— surgía de la descabellada idea concebida por Ted de que unos hombres andaban tras él, y a Bobby le habría incomodado aceptar dinero sólo por eso; habría tenido la sensación de que en cierto modo lo estafaba, pese a que la idea había sido suya.

Sin embargo, disparatado o no, eso seguía formando parte de sus tareas, y se puso manos a la obra el domingo por la tarde. Mientras su madre se echaba una siesta, Bobby dio la vuelta a la manzana, buscando hampones con chaquetas amarillas o algún indicio de su presencia. Vio alguna que otra cosa interesante: en Colony Street, una mujer discutía con su marido, los dos plantados cara a cara como Gorgeous George y Haystacks Calhoun justo antes del comienzo de un combate de lucha libre; en Asher Avenue, un niño pequeño aplastaba chapas con una piedra ennegrecida por el fuego; un grupo de adolescentes reunidos en absoluto silencio frente a Spicer, el baratillo de la esquina de las calles Commonwealth y Broad; una furgoneta con el interesante eslogan SIN PAR PARA EL PALADAR en el costado. Pero no vio chaquetas amarillas ni avisos de animales perdidos en los postes de telégrafos; ni siquiera una cola de cometa colgada de un cable telefónico.

Entró en Spicer a comprar un chicle y echó un vistazo al tablón de anuncios, dominado por las fotografías de las participantes en el concurso de belleza para la elección de la Miss Rheingold del año. Vio dos anuncios de coches en venta de particular a particular, pero ninguno clavado del revés. Había otro en el que se leía VENDO MI PISCINA HINCHABLE DE JARDÍN, EN BUEN ESTADO, A SUS HIJOS LES ENCANTARÁ, y ése estaba torcido, pero Bobby supuso que una ligera inclinación no contaba.

En Asher Avenue vio un Buick enorme aparcado frente a una boca de riego, pero era verde botella, y Bobby no consideró que pudiera calificarse de estridente y vulgar pese a las tomas de aire en los laterales del capó y la parrilla, que parecía la boca

burlona de un bagre de cromo.

El lunes continuó buscando hampones camino del colegio. No vio nada, pero Carol Gerber, que iba con él y S-J, reparó en su actitud vigilante. Su madre tenía razón: a Carol no se le escapaba nada.

—¿Van los agentes comunistas detrás de los planos? —preguntó.

—¿Eh?

—No paras de mirar en todas direcciones, incluso hacia atrás.

Por un momento Bobby pensó en contarles para qué lo había contratado Ted, pero finalmente decidió que no era buena idea. Quizá habría valido la pena si hubiera creído que realmente había algo que buscar —seis ojos verían más que dos, sobre todo considerando que Carol tenía una vista de lince—, pero no era ése el caso. Carol y Sully-John sabían que Ted le pagaba por leerle el periódico a diario, y con eso bastaba. Si les hablaba de los hampones, tendría la sensación de que se lo tomaba a risa, de que traicionaba a Ted.

—¿Agentes comunistas? —repitió Sully, volviéndose en redondo—. ¡Sí! ¡Los he visto, los he visto! —Torció la boca y reprodujo una vez más el zumbido entrecortado y gutural de las balas, su sonido favorito. A continuación se tambaleó, soltó la metralleta invisible y se llevó las manos al pecho—. ¡Me han dado! ¡Estoy mal herido! ¡Seguid sin mí! ¡Decidle a Rose que la quiero!

—Se lo diré mejor a la culigorda de mi tía —repuso Carol, y le dio un codazo.

—Sólo estoy atento por si aparecen los chicos del San Gabriel —mintió Bobby.

Era una explicación convincente. Los alumnos del San Gabriel, un colegio de enseñanza secundaria, se dedicaban a acosar a los niños de la escuela primaria, pasando junto a ellos en sus bicicletas, llamando mariquitas a los chicos y diciendo que las chicas «tragaban», cosa que Bobby interpretaba como que besaban con lengua y se dejaban tocar la tetas por los niños.

—¡Qué va! Esos gilipavos salen más tarde —aseguró Sully-John. Ahora están todavía poniéndose las cruces y peinándose el pelo hacia atrás a lo Bobby Rydell.

—No digas palabrotas —protestó Carol, y le asestó otro codazo.

Sully-John la miró con expresión dolida.

—¿Quién ha dicho palabrotas? Yo no.

—Sí, tú sí.

—Yo no he dicho ninguna palabrota, Carol.

—Sí la has dicho.

—No señora, nada de eso.

—Sí señor; has dicho «gilipavos».

—Eso no es una palabrota —repuso Sully-John—. Un gilipavo es una clase de ave.

S-J se volvió hacia Bobby en busca de ayuda, pero éste miraba en dirección a

Asher Avenue, donde un Cadillac avanzaba lentamente. Era grande, y a Bobby se le antojó un poco ostentoso, pero ¿acaso no lo eran todos los Cadillacs? Aquél en particular era de un discreto color marrón claro y no le parecía ordinario. Además, iba una mujer al volante.

—¿Ah, sí? —dijo Carol—. Enséñame una foto de un gilipavo en la enciclopedia y quizá te crea.

—Debería sacudirte —replicó Sully con tono afable—. Para enseñarte quién manda aquí. Yo Tarzán, tú Jane.

—Yo Carol, tú Cabeza Hueca. Ten. —Carol le plantó tres libros en las manos: el de aritmética, el de ortografía y *La casa de la pradera*—. Llévamelos, por decir palabrotas.

Sully-John parecía aún más dolido.

—¿Por qué iba yo a cargar con tus libracos aunque hubiese dicho palabrotas, cosa que no he hecho?

—Es una penitencia —aclaró Carol.

—¿Qué demonios es una penitencia?

—Algo que se hace en compensación cuando se ha obrado mal. Si dices palabrotas o mentiras, debes pagar con una penitencia. Me lo contó un chico del San Gabriel. Willie, se llama.

—No deberías andar con ellos —advirtió Bobby—. Te pueden jugar una mala pasada.

Bobby lo sabía por propia experiencia. Poco después de las vacaciones de Navidad tres alumnos del San Gabriel lo persiguieron por Broad Street amenazándolo con darle una paliza por «mirarlos mal». Y habrían cumplido sus amenazas, pensaba Bobby, si el que iba delante no hubiera resbalado en la nieve. Al caerse el primero, los otros dos tropezaron con él, y Bobby tuvo tiempo de entrar en el 149 y echar el cerrojo de la enorme puerta. Los chicos del San Gabriel se quedaron un rato en la acera y por fin se marcharon, no sin antes prometer a Bobby que «volverían a verse».

—No todos son unos chuletas; algunos están bien —dijo Carol. Echó una ojeada a Sully-John, cargado con los libros de ella, y se llevó la mano a la boca para ocultar una sonrisa. Si una hablaba deprisa y mostrándose segura de sí misma, podía conseguir cualquier cosa de S-J. Le habría gustado más que Bobby le llevara los libros, pero sólo si él se hubiera ofrecido. Quizá algún día lo hiciese. Carol era optimista. Entretanto, se conformaba con caminar entre ellos bajo el sol de la mañana. Miró furtivamente a Bobby, que observaba una cuadrícula de jugar a la rayuela dibujada en la acera. Era tan molón, y él ni siquiera lo sabía; en cierto modo era eso precisamente lo que más molaba.



Como todos los años, la última semana del curso transcurrió con una lentitud desesperante. Aquellos primeros días de junio Bobby tenía la impresión de que en la biblioteca el olor a cola de encuadernación era tan intenso que podía asfixiar a un gusano, y que la clase de geografía duraba mil años. ¿A quién le interesaba saber cuánto estaño se producía en Paraguay?

En el recreo, Carol contó que en julio iría a pasar una semana a la granja de sus tío Ray y Cora en Pensilvania y S-J repitió una y otra vez que durante la semana de campamento que había ganado en la rifa tiraría con arco y montaría en canoa todos los días. Bobby, por su parte, les habló del gran Maury Wills, que podía establecer un récord de carreras que en su vida verían batir a ningún otro.

Su madre estaba cada día más preocupada. Se sobresaltaba cuando sonaba el teléfono y de inmediato corría a contestar. Se quedaba despierta hasta el final del último noticiario (y a veces, sospechaba Bobby, incluso hasta que terminaba la película de madrugada) y apenas probaba la comida. En ocasiones mantenía largas y acaloradas conversaciones telefónicas, vuelta de espaldas y en voz baja (como si Bobby tuviera algún interés en escucharlas). A veces descolgaba el auricular, empezaba a marcar, volvía a dejarlo en la horquilla y regresaba al sofá.

Una de esas veces Bobby le preguntó si había olvidado el número al que quería llamar.

—Parece que he olvidado muchas cosas —masculló su madre. Luego añadió—: Zapatero a tus zapatos.

Bobby habría notado otros detalles y se habría inquietado aún más —su madre se había adelgazado y volvía a fumar después de haber dejado el tabaco hacía casi dos años— si no hubiera tenido tantos asuntos en que ocupar su mente y su tiempo. Lo mejor de todo era el carnet de la biblioteca, que le parecía un regalo mejor, un regalo más *inspirado*, cada vez que lo usaba. Bobby tenía la impresión de que sólo en la sección adulta de ciencia ficción había millones de novelas que le apetecía leer. Estaba, por ejemplo, Isaac Asimov. Bajo el seudónimo de Paul French, Asimov escribía libros de ciencia ficción para niños sobre un piloto espacial llamado Lucky Starr, y eran bastante buenos. Firmando con su verdadero nombre, había escrito otras novelas, algunas incluso mejores. Al menos tres de ellas trataban de robots. A Bobby le encantaban los robots; en su opinión, el robot Robbie de *Planeta prohibido* era uno de los grandes personajes cinematográficos de todos los tiempos, la repanocha, y los de Asimov no tenían mucho que envidiarle. Bobby pensaba que pasaría mucho tiempo con ellos en el verano que se avecinaba. (Sully llamaba a ese gran escritor «Isaac Pesimov», pero la ignorancia de Sully en cuestión de libros era casi absoluta.)

Al ir al colegio, buscaba a los hampones con chaquetas amarillas o indicios de su presencia; al ir a la biblioteca después de clase hacía otro tanto. Como el colegio y la biblioteca estaban en direcciones opuestas, Bobby consideraba que así cubría la

mayor parte de Harwich. Desde luego, no esperaba ver a esos hampones. Después de la cena, aún con luz de día, leía a Ted el periódico, bien en el porche, bien en la habitación de Ted, sentados a la mesa de la cocina. Siguiendo el consejo de Liz Garfield, Ted había comprado un ventilador. Por otro lado, la madre de Bobby no insistía ya en que leyera al «señor Brattigan» en el porche. Ello se debía en parte a la creciente preocupación en sus problemas de adulta, pensaba Bobby, pero quizá también a una mayor confianza en Ted. Aunque esa confianza no implicaba una mayor simpatía, ni había sido fácil ganársela.

Una noche, mientras estaban en el sofá viendo *Dr. Kildare*, su madre se volvió hacia él casi con furia y preguntó:

—¿Te toca alguna vez?

Bobby comprendió de inmediato a qué se refería, pero no por qué parecía tan alterada.

—Sí, claro —respondió—. Me da alguna que otra palmada en la espalda, y en una ocasión, mientras le leía el periódico, me equivoqué tres veces seguidas en una palabra larguísima y me dio un capón, pero en broma, sin malos tratos ni nada por el estilo. Tampoco creo que tuviese fuerza para mucho más. ¿Por qué lo dices?

—Por nada —contestó su madre—. Es buena persona, supongo. Tiene la cabeza en las nubes, eso sin duda, pero no parece... —Bajó la voz gradualmente hasta interrumpirse, contemplando el humo de su cigarrillo Kool, que ascendía en el aire desde el ascua formando una cinta gris y luego desaparecía. A Bobby le recordó el modo en que los personajes de *Un anillo alrededor del sol* subían por la espiral hacia otros mundos. Al cabo de un momento su madre se volvió de nuevo hacia él y añadió —: Si alguna vez te toca de una manera que no te gusta, dímelo. Enseguida. ¿Me has oído?

—Por supuesto, mamá.

Algo en la mirada de su madre le trajo a la memoria una ocasión en que él le preguntó cómo sabía una mujer que iba a tener un hijo. «Una mujer sangra todos los meses —explicó ella—. Si no sangra, sabe que es porque la sangre va al bebé». Bobby habría deseado preguntar por dónde salía esa sangre cuando no había un bebé en curso (una vez su madre sangró por la nariz pero, aparte de eso, él no recordaba ninguna otra hemorragia materna). Sin embargo, la expresión que entonces vio en su rostro lo disuadió. En ese momento tenía la misma expresión.

Respecto a Ted, en realidad sí se habían producido otros contactos: a veces le pasaba una de sus enormes manos por la cabeza, palmeándole suavemente el hirsuto pelo cortado a cepillo; a veces, cuando a Bobby le costaba pronunciar una palabra, le tiraba con delicadeza de la nariz y exclamaba «¡Suéltala ya!»; si hablaban los dos al mismo tiempo, enroscaba el dedo meñique en torno al meñique de Bobby y decía «Buena suerte, buena voluntad, buena fortuna, no malas». Pronto Bobby empezó a

repetir esas palabras con él, los dos al unísono, sus meñiques entrelazados, con la misma naturalidad que cuando uno pide que le pasen los guisantes o pregunta a otro por su salud.

Sólo en una ocasión se sintió incómodo por el contacto con Ted. Acababa de leer el último de los artículos que interesaban a Ted, un farragoso texto de un columnista según el cual en Cuba no había ningún problema que la tradicional libre empresa de Estados Unidos fuese incapaz de resolver. El anochecer comenzaba a teñir el cielo. Al otro lado de Colony Street los incesantes ladridos de *Bowser*, el perro de la señora O'Hara, sonaban difusos y vagos, como un recuerdo más que como un sonido real y presente.

—Bueno —dijo Bobby, plegando el periódico y poniéndose en pie—, creo que iré a dar la vuelta a la manzana, a ver qué veo por ahí.

Quería que Ted supiera que seguía buscando a los hampones con chaquetas amarillas, pero prefería no hablar de ello directamente.

Ted se levantó también y se acercó a él. Con perplejidad y tristeza, Bobby advirtió temor en su rostro. No deseaba que Ted creyera demasiado en los hampones; no deseaba que la locura se adueñara demasiado de él.

—Vuelve antes de que se haga de noche, Bobby —instó Ted—. Si te pasara algo, nunca me lo perdonaría.

—Iré con cuidado. Y estaré aquí mucho antes de que se haga de noche.

Ted hincó una rodilla en el suelo (era demasiado viejo para ponerse en cuclillas, supuso Bobby) y lo cogió por los hombros. Atrajo a Bobby hacia sí hasta que sus frentes casi se rozaban. Bobby percibió olor a tabaco en su aliento y a pomada en su piel (se daba friegas en las articulaciones, que últimamente, según contaba, le dolían incluso cuando hacía calor).

Estar tan cerca de Ted no lo asustaba, pero sí le causaba cierta inquietud. A esa distancia veía que si bien Ted no era aún rematadamente viejo, pronto lo sería. Probablemente también enfermaría. Tenía los ojos acuosos. Las comisuras de los labios le temblaban un poco. Era una lástima que viviera solo en la habitación del tercer piso, pensó Bobby. Si estuviera casado, quizá no tendría aquella manía de los hampones. Aunque si estuviera casado, quizá Bobby no habría llegado a leer *El señor de las moscas*. Era un planteamiento egoísta, pero Bobby no pudo evitarlo.

—¿No hay señales de esos hombres, Bobby?

Bobby movió la cabeza en un gesto de negación.

—¿Y no notas nada? ¿Aquí? —preguntó. Retiró la mano derecha del hombro izquierdo de Bobby y se tocó la sien, surcada por dos venas azules que palpitaban levemente.

Bobby negó con la cabeza.

—¿O aquí? —Ted se llevó un dedo al ángulo externo del ojo derecho.

Bobby volvió a negar.

—¿O aquí? —Ted se tocó el abdomen.

Bobby negó por tercera vez.

—Muy bien —dijo Ted, y sonrió. Deslizó la mano izquierda hasta la nuca de Bobby y luego colocó allí también la derecha. Dirigió una mirada solemne a Bobby, y éste se la devolvió con igual solemnidad—. Me lo contarías si vieses algo, ¿verdad? ¿No te lo callarías para... no sé... para no herir mis sentimientos?

—No —respondió Bobby. El contacto de las manos de Ted en la nuca le resultaba agradable y desagradable a la vez. Así era como el hombre sujetaba a la chica antes de besarla en las películas—. No; te lo contaría, ése es mi trabajo.

Ted asintió con la cabeza. Separó lentamente las manos y las dejó caer a los lados. Luego se apoyó en la mesa y se irguió, haciendo una mueca de dolor al crujirle sonoramente una rodilla.

—Sí, me lo contarías; eres un buen chico. Ve, pues, a dar tu paseo. Pero no bajes de la acera, Bobby, y vuelve a casa antes de que oscurezca. En los próximos días debes andar con mucho cuidado.

—Tendré cuidado —aseguró Bobby, y empezó a descender por la escalera.

—Y si los ves...

—Echaré a correr.

—Exacto. —El rostro de Ted adquirió un aspecto lúgubre en la débil luz del crepúsculo—. Como si el mismísimo demonio te pisase los talones.

Así pues, habían existido otros contactos entre Ted y él, y quizá en cierto modo los recelos de su madre estaban justificados, quizá se habían producido demasiados contactos, y algunos indebidos. No indebidos en el sentido que ella creía, tal vez, pero indebidos en todo caso. Y peligrosos.

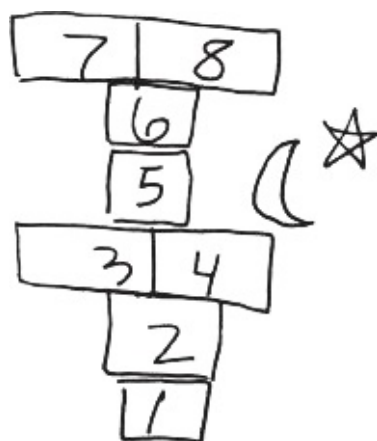


El miércoles de la última semana del curso Bobby vio en Colony Street una cinta roja de tela colgada de una antena de televisión. No habría podido asegurarlo, pero presentaba un sorprendente parecido con una cola de cometa. Bobby paró en seco. Al mismo tiempo se le aceleró el corazón hasta latirle con fuerza del mismo modo que cuando él y Sully-John corrían de casa al colegio para ver quién llegaba primero.

Es una coincidencia, pensó. Aunque sea una cola de cometa, es sólo una lamentable coincidencia. Lo sabes, ¿no?

Quizá. Quizá lo supiera. Al menos casi se había convencido de ello cuando el viernes terminó el curso. Ese día Bobby regresó a casa solo. Sully-John se había ofrecido voluntario para quedarse a guardar los libros en el cuarto del material y Carol estaba invitada a la fiesta de cumpleaños de Tina Lebel. Justo antes de cruzar

Asher Avenue para bajar por Broad Street, vio dibujados en la acera, con tiza de color violeta, los recuadros del juego de la rayuela. Era así:



—¡Dios mío, no! —susurró Bobby—. Tiene que ser una broma.

Se agachó apoyando una rodilla en el suelo como los exploradores de la caballería en las películas del Oeste, ajeno a los niños que pasaban junto a él camino de sus casas, unos a pie, otros en bicicleta, un par en patines, el dentón de Francis Utterson en su oxidado patinete rojo lanzando estridentes carcajadas al viento a la vez que se impulsaba. Los otros niños apenas se fijaban en Bobby; empezaban las vacaciones de verano, y la mayoría tenía la mente puesta en las posibilidades que se abrían ante ellos.

—¡Oh, no! ¡Oh, no! No puedo creerlo. Tiene que ser una broma —repitió Bobby.

Extendió los dedos hacia la estrella y la media luna dibujadas con tiza amarilla —no violeta—, casi las tocó, pero de pronto retiró la mano. Una cinta roja enredada en una antena de televisión quizá no tuviera la menor importancia. Pero si se añadía ese otro hecho, ¿podía tratarse aún de una coincidencia? Bobby no lo sabía. Contaba sólo once años y había millones de cosas que desconocía. Pero temía... temía que...

Se puso en pie y miró alrededor, casi esperando ver desfilar lentamente por Asher Avenue una larga hilera de rutilantes coches como un cortejo fúnebre camino del cementerio, con los faros encendidos en pleno día; casi esperando ver hombres con chaquetas amarillas bajo la marquesina del Asher Empire o frente a la taberna Sukey, fumando Camel y observándolo.

No había coches. Ni hombres. Había sólo niños de regreso a sus casas después de clase. Entre ellos se veían ya los primeros en salir del San Gabriel, destacándose del resto por sus llamativos uniformes verdes.

Bobby se dio media vuelta y desanduvo el camino por Asher Avenue, demasiado inquieto a causa del dibujo en tiza de la acera para preocuparse por los irascibles chicos del San Gabriel. En los postes telegráficos de la avenida no vio nada aparte de unos cuantos carteles donde se anunciaba una velada de bingo en la parroquia de San Gabriel y, en la esquina de Asher con Tacoma, otro de un concierto de Clyde

McPhatter y Dwayne Eddy —el Hombre de la Guitarra Gangosa— organizado en Hartford.

Cuando llegó a la papelería de Asher Avenue, a un paso del colegio, empezó a creer que su reacción era injustificada. Aun así, entró a echar un vistazo al tablón de anuncios. Luego volvió hasta Broad Street y en Spicer compró de nuevo un chicle y también allí comprobó los anuncios. No vio nada sospechoso en ninguno de los dos tabloncillos. En el de Spicer había desaparecido el de la piscina hinchable, pero ¿qué tenía eso de raro? Probablemente el dueño ya la había vendido. ¿Para qué, si no, había puesto el anuncio?

Bobby salió de la tienda y se quedó de pie en la esquina, mascando el chicle y pensando qué convenía hacer.

La maduración de un niño es en esencia una suma de circunstancias fortuitas, un proceso que se desarrolla en etapas irregulares y a veces superpuestas. Bobby Garfield tomó su primera decisión adulta el día que terminó el sexto curso de primaria, llegando a la conclusión de que sería un error informar a Ted de lo que había visto..., al menos por el momento.

Su convicción de que los hampones no existían no era ya tan firme como antes, pero Bobby no estaba dispuesto a ceder todavía. No con las pruebas de que disponía hasta la fecha. Ted se alarmaría si le contaba lo que había visto, quizá se alarmaría hasta el punto de meter sus cosas en las maletas (más las bolsas de papel que guardaba plegadas detrás del pequeño frigorífico) y marcharse. Si realmente lo perseguían unos individuos peligrosos, la huida era una solución lógica, y Bobby no deseaba perder a su único amigo adulto por una falsa alarma. Decidió, por tanto, esperar a ver que ocurría en adelante... si ocurría algo.

Aquella noche Bobby experimentó otro aspecto de la vida adulta: cuando su despertador marcaba las dos de la madrugada, permanecía aún insomne en la cama, con la mirada fija en el techo, preguntándose si había tomado la decisión acertada.

Ted se queda blanco. Bobby va a la playa. McQuown. El pálpito.

El primer día de las vacaciones la madre de Carol Gerber metió a un montón de niños en su ranchera Ford y los llevó a Savin Rock, un parque de atracciones situado en la costa a treinta kilómetros de Harwich. Anita Gerber había hecho eso mismo tres años consecutivos, lo cual convertía aquel viaje en una arraigada tradición para Bobby, S-J, Carol, el hermano menor de Carol, y las amigas de Carol, Yvonne, Angie y Tina. Por separado, ni Sully-John ni Bobby habrían ido a ninguna parte con tres niñas, pero como estaban juntos, no había problema. Además, la visita a Savin Rock era demasiado tentadora para resistirse. Las temperaturas eran aún bajas para bañarse en el mar, y como mucho se mojarían los pies; pero podrían jugar en la playa y todas las atracciones estarían abiertas, incluidas las barracas de feria del paseo principal. El año anterior Sully-John había derribado tres pirámides de botellas de leche con sólo tres pelotas de béisbol, ganando para su madre un enorme oso de peluche rosa, que ocupaba aún un lugar de honor sobre el televisor de su casa. En esta ocasión S-J se proponía ganar otro para hacer pareja.

Para Bobby, el solo hecho de alejarse de Harwich durante unas horas era ya incentivo suficiente. No había visto nada sospechoso desde la estrella y la luna dibujadas junto a los recuadros de la rayuela, pero Ted le había dado un buen susto esa misma mañana mientras le leía el periódico del sábado, y justo después él y su madre se habían enzarzado en una desagradable discusión.

El sobresalto con Ted tuvo lugar mientras Bobby leía un artículo de opinión donde se tomaba a risa la idea de que Mickey Mantle pudiera llegar a batir el récord de *home runs* establecido por Babe Ruth. Según el columnista, Mantle carecía del aguante y la entrega necesarios.

—«El mayor problema de este hombre es su personalidad —leía Bobby—. El tal Mick, como se lo conoce, está más interesado en las salas de fiestas que...»

Ted había vuelto a quedarse en blanco. Bobby se dio cuenta, lo presintió de algún modo, aun antes de levantar la vista del periódico. Ted, con expresión ausente, miraba por la ventana hacia Colony Street, en dirección a los roncós y monótonos ladridos del perro de la señora O'Hara. Era la segunda vez que le ocurría esa mañana, pero la primera había durado sólo unos segundos (Ted, inclinado ante el frigorífico abierto, con los ojos desorbitados y fijos en la blanca luz interior, se había quedado quieto por un instante y luego, tras una ligera sacudida, había alargado el brazo para sacar el zumo de naranja). Esta vez estaba ido por completo. «En Wigsville, amigo», como habría dicho Kookie en *77 Sunset Strip*. Bobby agitó ruidosamente el periódico en un

intento por despertarlo. Nada.

—¿Ted? ¿Te encuentras bi...? —Con súbito terror, Bobby notó algo anormal en las pupilas de Ted. Se dilataban y contraían alternativamente. Daba la impresión de que Ted penetrara y saliera a un ritmo vertiginoso de una cerrada oscuridad... y sin embargo permanecía inmóvil en su silla, a la luz del sol—. ¿Ted?

En el cenicero humeaba un cigarrillo reducido casi íntegramente a ceniza. Al verlo, Bobby comprendió que Ted debía de hallarse en aquel estado prácticamente desde el principio del artículo sobre Mantle. Y aquel extraño movimiento de sus ojos, la alterna dilatación y contracción de las pupilas...

Tiene un ataque de epilepsia o algo semejante, se dijo Bobby. Dios mío, ¿no se tragan a veces la lengua?

En apariencia, la lengua de Ted continuaba en su sitio, pero los ojos... los ojos...

—¿Ted! ¿Ted, despierta!

Casi sin darse cuenta de que se había puesto en pie, Bobby rodeó la mesa y se acercó a Ted. Lo agarró por los hombros y lo sacudió. Fue como sacudir una silueta humana tallada en madera. Bajo el polo de algodón, notó los hombros de Ted duros, rígidos y descarnados.

—¿Despierta! ¿Despierta!

—Ahora se dirigen hacia el oeste —dijo Ted, pero su mirada no se desvió de la ventana, ni se interrumpió el extraño movimiento de sus ojos—. Eso es bueno. Pero podrían volver. Podrían...

Bobby, atemorizado, mantuvo las manos sobre los hombros de Ted, cuyas pupilas seguían dilatándose y contrayéndose, como un latido visible.

—Ted, ¿qué pasa?

—Debo quedarme muy quieto, como una liebre entre los matorrales. Quizá pasen de largo. Manará agua si es la voluntad de Dios, y quizá pasen de largo. Todas las cosas están al servicio de...

—¿Al servicio de qué? —preguntó Bobby casi en un susurro—. ¿Al servicio de qué, Ted?

—Todas las cosas están al servicio del Haz —dijo Ted, y de pronto cerró las manos en torno a las de Bobby.

Las tenía muy frías, las manos, y por un instante un pánico de pesadilla, de vértigo, asaltó a Bobby. Fue como sentirse atrapado por un cadáver que sólo movía las manos y las pupilas de sus ojos sin vida. Al cabo de un momento Ted fijó la mirada en Bobby, y si bien sus ojos traslucían miedo, volvían a ser los de siempre. No unos ojos sin vida.

—¿Bobby?

Bobby apartó las manos de un tirón y echó los brazos en torno al cuello de Ted. Mientras lo abrazaba, Bobby oyó en su cabeza el tañido de una campana, brevemente

pero con absoluta claridad. Incluso oyó variar el tono de la campana tal como cambiaba a veces el tono del silbato de un tren cuando se alejaba rápidamente. Fue como si en su cabeza algo se moviera a gran velocidad. Oyó el golpeteo de unos cascos de caballo contra una superficie dura. ¿Madera? No, metal. Un olor a polvo le inundó la nariz, a polvo seco, presagio de tormenta. A la vez, empezó a notar un escozor en el fondo de los ojos.

—¡Chist! —susurró Ted, y Bobby, al percibir su aliento en la oreja, tuvo la sensación de que era tan seco como el olor a polvo, e íntimo en cierto modo. Sujetando a Bobby por la espalda, con las manos extendidas sobre sus omóplatos, lo obligó a permanecer inmóvil—. No pronuncies una sola palabra. No pienses siquiera. Excepto en... béisbol. Sí, en béisbol, si quieres.

Bobby pensó en Maury Wills abandonando la primera base, al principio caminando, contando los pasos... tres... cuatro... Wills doblado por la cintura, las manos colgando, los talones ligeramente despegados del suelo, preparado para correr en una dirección u otra según lo que haga el lanzador... y cuando el lanzador se dirige hacia la base, Wills parte hacia la segunda en un estallido de velocidad y polvo y...

Todo había desaparecido. Todo. El tañido de la campana, el ruido de cascos, el olor a polvo. Tampoco notaba escozor en el fondo de los ojos. ¿Había sido real, ese escozor? ¿O simplemente lo había imaginado por el temor que le inspiraba la mirada vacía de Ted?

—Bobby —dijo Ted, hablándole de nuevo al oído. Bobby se estremeció al sentir el roce de sus labios—. Dios santo, ¿qué estoy haciendo?

Ted apartó de sí a Bobby con suavidad pero con firmeza. Aunque se lo veía abatido y un tanto pálido, su mirada había vuelto a la normalidad y sus pupilas permanecían estables. Por el momento, era eso lo único que importaba a Bobby. No obstante, tenía una sensación extraña, de embotamiento, como si acabara de despertar de un sueño pesado. Al mismo tiempo, el mundo le parecía envuelto en un asombroso resplandor, mostrándose cada línea y cada forma con total nitidez.

—¡Alehop! —exclamó Bobby, y soltó una convulsiva carcajada—. ¿Qué ha pasado?

—Nada que deba preocuparte. —Ted tendió la mano hacia su cigarrillo y pareció sorprenderse al ver sólo la colilla encendida en la acanaladura donde la había dejado. La empujó con un nudillo para echarla adentro del cenicero—. He vuelto a quedarme en blanco, ¿verdad?

—Sí, y de qué manera. Me he asustado. Creía que te había dado un ataque de epilepsia o algo así. Los ojos...

—No es epilepsia —aseguró Ted—, ni es peligroso. Pero si me ocurre alguna otra vez, vale más que no me toques.

—¿Por qué?

Ted encendió otro cigarrillo.

—Porque sí. ¿Me lo prometes?

—Está bien. ¿Qué es el Haz?

Ted le lanzó una mirada penetrante.

—¿He hablado del Haz?

—Has dicho «Todas las cosas están al servicio del Haz», o eso me ha parecido oír.

—Quizá te lo explique algún día, pero no hoy. Hoy te vas a la playa, ¿no?

Sobresaltado, Bobby consultó el reloj de Ted y vio que eran casi las ocho y media.

—Sí —dijo—. Debería empezar a prepararme. Puedo acabar de leerte el periódico a la vuelta.

—Sí, bien. Buena idea. Tengo que escribir unas cartas.

No es verdad, pensó Bobby; simplemente quieres librarte de mí antes de que haga otras preguntas que prefieres no contestar.

Pero si la intención de Ted era ésa, Bobby no tenía inconveniente en marcharse. Asuntos más importantes reclamaban su atención, como a menudo decía Liz Garfield. Aun así, cuando llegó a la puerta de la habitación, se volvió de mala gana, acordándose de la cinta de tela roja colgada de una antena de televisión y la media luna y la estrella junto a los recuadros de la rayuela.

—Ted, hay una cosa...

—Los hampones, sí, lo sé. —Ted sonrió—. Por ahora puedes estar tranquilo a ese respecto, Bobby. Por ahora todo va bien. No vienen en esta dirección, ni miran siquiera hacia aquí.

—Se dirigen hacia el oeste —dijo Bobby.

Mirándolo fijamente con sus ojos azules a través de un velo de humo ascendente, Ted contestó:

—Sí, y con un poco de suerte se quedarán en el oeste. Por mí, cuanto más al oeste mejor, en Seattle, si puede ser. Pásalo bien en la playa, Bobby.

—Pero vi...

—Quizá sólo viste sombras. En cualquier caso, no es buen momento para hablar de eso. Basta con que recuerdes lo que te he dicho: si vuelvo a quedarme en blanco, no te muevas, simplemente espera. Si tiendo las manos hacia ti, apártate. Si me levanto, ordéname que me siente. En ese estado, obedeceré. Es como si estuviera hipnotizado.

—¿Por qué...?

—No más preguntas, Bobby, por favor.

—Pero ¿te encuentras bien? ¿De verdad?

—Perfectamente —contestó Ted—. Ahora vete, y que te diviertas.

Bobby corrió escalera abajo, sorprendido de nuevo por la nitidez con que percibía cuanto lo rodeaba: el resplandor de los rayos de sol que penetraban oblicuamente por la ventana del rellano del segundo piso; una mariquita que se paseaba por la boca de una botella de leche vacía ante la puerta del apartamento de los Prosky; un zumbido dulce e intenso en los oídos que parecía dar voz al día, el primer sábado de las vacaciones de verano.



De regreso en el apartamento, Bobby sacó los coches y camiones de juguete que guardaba en distintos rincones, bajo la cama y al fondo del armario. Había un par en concreto —un Ford de Matchbox y un volquete azul metálico que le había enviado el señor Biderman por mediación de su madre unos días después de su cumpleaños— que estaban bastante bien, pero ninguno comparable al camión cisterna o el bulldozer amarillo de Sully. El bulldozer era especialmente apropiado para jugar en la arena. Bobby esperaba pasar al menos una hora construyendo carreteras mientras las olas rompían en la playa y el intenso sol de la costa le doraba la piel. Cayó en la cuenta de que no había reunido sus coches y camiones desde el pasado invierno, un feliz sábado posterior a una ventisca en que S-J y él fueron al Commonwealth Park y dedicaron buena parte de la mañana a trazar una red de carreteras en la nieve recién caída. Ahora, a sus once años, era ya mayor, casi demasiado mayor para esa clase de juegos. La idea tenía su lado triste, pero no había motivo alguno para dejarse llevar por la tristeza en ese preciso momento. Quizá sus días de jugar con cochecitos tocarían pronto a su fin, pero el final no sería ese sábado. Ese sábado no.

Su madre le preparó un paquete con el almuerzo para el viaje, pero se negó a darle dinero cuando Bobby se lo pidió; no tenía intención de darle siquiera los cinco centavos que costaba alquilar una de las casetas para cambiarse, alineadas en la acera del paseo principal más próxima al mar. Y casi de improviso se desencadenó lo que Bobby más temía: una discusión con su madre por dinero.

—Con cincuenta centavos tendría bastante —dijo Bobby. Percibió en su propia voz el gimoteo de niño pequeño que tanto detestaba, pero no pudo contenerse—. Sólo medio pavo. Va, mamá, sé buena.

Su madre encendió un Kool, frotando la cerilla con tal fuerza que produjo un sonoro chasquido, y miró a Bobby a través del humo con los ojos entornados.

—Ahora tú también ganas dinero, Bob. La mayoría de la gente se gasta tres centavos en el periódico, y a ti te pagan por leerlo. ¡Un dólar semanal! ¡Dios mío! Cuando yo era niña...

—Mamá, ese dinero es para la bici, y tú lo sabes.

Ella se había vuelto hacia el espejo y, mirándose con el entrecejo fruncido, se arreglaba los hombros de la blusa con nerviosos tirones (pese a ser sábado, el señor Biderman la necesitaba durante unas horas en la oficina). De pronto se volvió, con el cigarrillo aún entre los labios, y dirigió a Bobby su ceñuda expresión.

—Todavía esperas que te compre esa bicicleta, ¿no? *Todavía*. Te dije que no podía permitírmela, pero sigues insistiendo.

—¡No, no es verdad! —Bobby abrió desmesuradamente los ojos de rabia y resentimiento—. Sólo te pido un miserable medio dólar para...

—Medio dólar aquí, otro poco allá, y todo se va sumando, ya lo sabes. Pretendes que yo te pague esa bicicleta sacándome dinero para todo lo demás, así no has de renunciar a ninguno de tus otros caprichos.

—¡Eso es injusto!

Bobby adivinó qué diría su madre a continuación, incluso tuvo tiempo para caer en la cuenta de que se lo había puesto en bandeja.

—La *vida* es injusta, Bobby —replicó ella, volviéndose de nuevo hacia el espejo para retocarse el tirante de la combinación que aún asomaba ligeramente bajo el hombro de la blusa.

—¿Y los cinco centavos de la caseta para cambiarse? —preguntó Bobby—. Podrías al menos...

—Sí, probablemente, imagino —contestó ella con voz entrecortada. Tenía por costumbre darse colorete en las mejillas para ir al trabajo, pero esa mañana la rojez de su rostro no provenía únicamente de la polvera, y Bobby, furioso como estaba, supo que le convenía andarse con cuidado. Si él perdía el control como a veces lo perdía ella, corría el riesgo de quedarse castigado en aquel caluroso apartamento todo el día, sin permiso siquiera para poner los pies en el vestíbulo. Su madre cogió el bolso de la mesa contigua al sofá, apagó la colilla con tal fuerza que partió el filtro y se volvió hacia él—. ¿Qué opinarías si yo te dijera «Vaya, esta semana no tenemos para comer porque vi unos zapatos en Hunsicker y no pude resistirme a comprarlos»?

Opinaría que eras una embustera, mamá, pensó Bobby. Y diría que si tan escasa vas de dinero, ¿qué hace ese catálogo de Sears en el último estante de tu armario? ¿El que tiene varios billetes de un dólar y de cinco —incluso uno o dos de diez— pegados con celo en las páginas centrales de ropa interior? ¿Y qué me dices del jarrón azul escondido en un armario de la cocina, al fondo, en un rincón, detrás de la salsera agrietada, el jarrón azul donde guardas las monedas de veinticinco centavos que te sobran, donde llevas guardándolas desde que murió mi padre? Y cuando el jarrón está lleno, reúnes las monedas en cartuchos de papel y las llevas al banco para cambiarlas por billetes, billetes que luego van a parar al catálogo, a las páginas de ropa interior del catálogo de venta por correo.

Pero Bobby guardó silencio, limitándose a bajar la vista y mirarse las zapatillas,

notando en los ojos el escozor de las lágrimas contenidas.

—Yo me veo obligada a elegir —afirmó su madre—. Y tú, hijo mío, si tienes edad suficiente para trabajar, también debes elegir. ¿Crees que me gusta negarte ese dinero?

No exactamente, pensó Bobby, mirándose las zapatillas y mordiéndose los labios, que pugnaban por rendirse y prorrumper en quejidos de niño pequeño. No exactamente, pero dudo que en realidad te importe demasiado.

—Si fuéramos los Gotrock, te daría cinco dólares para que te los gastases en la playa. ¡Qué cinco, diez! No tendrías que coger dinero de tus ahorros para la bicicleta si quisieras invitar a tu novia a la montaña rusa...

¡No es mi novia!, protestó Bobby en sus adentros. *¡No es mi novia!*

—... o al tren indio. Pero, claro está, si fuéramos los Gotrock, de entrada no tendrías que ahorrar para la bicicleta, ¿no es así? —Su voz subía de volumen gradualmente. Las preocupaciones de los últimos meses amenazaban con desbordarse, efervescentes como la gaseosa, corrosivas como el ácido—. No sé si te has dado cuenta, pero tu padre no nos dejó nadando en la abundancia precisamente, y yo hago todo lo que puedo. Te doy de comer, te compro ropa, y pago el abono de Sterling House para que juegues al béisbol y te diviertas este verano mientras yo estoy enterrada en papeles en aquella sofocante oficina. Te han invitado a ir a la playa con los otros niños, y me alegro por ti, pero los gastos de la excursión son cosa tuya. Si quieres montar en las atracciones, coge dinero de tu jarrón y monta. Si no, confórmate con jugar en la playa o quédate en casa. A mí me es indiferente. Yo sólo quiero que dejes de lloriquear. Detesto ese lloriqueo. Me recuerda... —Se interrumpió, suspiró, abrió el bolso y sacó el paquete de tabaco. A continuación repitió—: Detesto ese lloriqueo.

«Me recuerda a tu padre», así acababa la frase que había dejado incompleta.

—¿Qué dices, pues? —preguntó su madre—. ¿Has terminado de hablar?

Bobby permaneció callado con la vista fija en sus zapatillas, notando el rubor en las mejillas, el escozor en los ojos, concentrando toda su voluntad en contener el llanto. En ese momento un solo sollozo habría sido suficiente para quedarse en casa castigado. Su madre estaba fuera de sus casillas y sólo buscaba un motivo para prohibirle ir de excursión. Y llorar no era el único riesgo que corría. Bobby deseaba decirle a gritos que prefería parecerse a su padre a ser como ella, una vieja agarrada, incapaz de desprenderse siquiera de cinco miserables centavos, ¿y qué si el difunto y no demasiado memorable Randall Garfield no los había dejado nadando en la abundancia? ¿Por qué siempre se lo echaba a Bobby en cara como si la culpa fuera de él? ¿Quién se había casado con Randall?

—¿Seguro, Bobby? ¿No más respuestas descaradas?

Más peligroso que las palabras era el tono: una especie de crispada jovialidad.

Quien no la conociera lo habría interpretado como buen humor.

Bobby siguió mirándose las zapatillas sin decir nada. Se guardó en la garganta el deseo de llorar y la rabia y calló. El silencio los envolvió. Bobby percibía el olor del cigarrillo, y de todos los cigarrillos de la noche anterior, y de los que se había fumado las otras noches en que se sentaba a ver la televisión y en realidad miraba al vacío, más allá de las imágenes, esperando a que sonara el teléfono.

—Muy bien, parece que hemos dejado las cosas claras —dijo después de concederle quince segundos para abrir la boca y meter la pata—. Que te vaya bien, Bobby. —Salió sin darle un beso.

Bobby se acercó a la ventana abierta (las lágrimas resbalaban por sus mejillas pero apenas las notaba), apartó la cortina y la vio alejarse hacia Commonwealth acompañada del sonoro golpeteo de sus tacones altos. Lloroso, respiró hondo un par de veces y fue a la cocina. Miró en dirección al armario en cuyo rincón, tras la salsera, se hallaba escondido el jarrón azul. Podría haber cogido un poco de dinero de allí; su madre no llevaba la cuenta exacta y no habría advertido la desaparición de tres o cuatro monedas. Sin embargo no lo hizo. Gastar ese dinero no le habría proporcionado la menor satisfacción. No sabía por qué estaba tan seguro de eso, pero lo estaba; lo estaba ya incluso a los nueve años, cuando descubrió allí el jarrón oculto. De modo que, más arrepentido que orgulloso de su rectitud, entró en su habitación y contempló el jarrón con los fondos para la bici.

Pensó que su madre tenía razón: podía gastar en Savin Rock una parte de sus ahorros. Quizá tardara un mes más en reunir la cantidad necesaria para la Schwinn, pero gastar ese dinero al menos no le crearía remordimientos de conciencia. Y había otra cuestión. Si se negaba a sacar dinero del jarrón, si se obsesionaba con acumular y ahorrar, estaría actuando como *ella*.

Fue eso lo que finalmente le decidió. Bobby extrajo cinco monedas de diez centavos de los fondos para la bici, se las guardó en el bolsillo y se metió a continuación un Kleenex para evitar que se le cayeran si se echaba a correr. Luego acabó de preparar sus cosas para la playa. Al poco rato estaba silbando, y Ted bajó a ver qué hacía.

—¿Listo para zarpar, capitán Garfield?

Bobby asintió con la cabeza.

—Savin Rock está muy bien. Hay atracciones y demás, ¿lo sabías?

—Naturalmente. Diviértete, Bobby, y no vayas a caerte de algún sitio.

Ya camino de la puerta, Bobby se volvió para mirar a Ted, que estaba de pie en el peldaño inferior de la escalera, con sus zapatillas de andar por casa.

—¿Por qué no sales y te sientas en el porche? —sugirió Bobby—. Hoy seguramente va a hacer calor dentro de la casa.

Ted sonrió.

—Quizá, pero creo que me quedaré dentro.

—¿Estás bien?

—Sí, Bobby; muy bien.

Mientras cruzaba a la acera de Broad Street en que vivían los Gerber, Bobby se dio cuenta de que sentía lástima por Ted, escondido sin motivo alguno en aquella calurosa habitación. Porque no había motivo alguno, ¿no? Claro que no. Incluso en el caso de que existieran los hampones, al acecho en alguna parte (en el oeste, pensó, se dirigen hacia el oeste), ¿qué interés podían tener en un viejo jubilado como Ted Brautigan?



En un primer momento la discusión con su madre lo dejó un tanto abatido (Rionda Hewson, la regordeta y guapa amiga de la señora Gerber, lo acusó de estar «abismado» —a saber qué significaba eso— y empezó a hacerle cosquillas en los costados y las axilas hasta que él se echó a reír en defensa propia), pero después de un rato en la playa volvió a recobrar el ánimo, a ser el de siempre.

Aunque la temporada se hallaba aún en sus inicios, Savin Rock estaba ya en plena actividad: el tiovivo giraba y giraba; los coches de la montaña rusa subían y bajaban con un ruido atronador; los niños chillaban; por los altavoces colocados ante el túnel de la risa sonaba música rock enlatada; los voceadores de las barracas reclamaban a gritos la atención de los visitantes. Sully-John no consiguió el oso de peluche que quería, ya que en el último lanzamiento derribó sólo dos de las tres botellas de leche (según Rionda, algunas tenían un peso en el fondo para evitar que se cayeran a menos que les acertaran de pleno), pero el hombre de la barraca le dio de todos modos un buen premio: un oso hormiguero amarillo con cara de bobo. Impulsivamente, S-J se lo regaló a la madre de Carol. Anita se echó a reír y lo abrazó, diciendo que era el mejor niño del mundo y que si Sully hubiera tenido quince años más, habría cometido bigamia para casarse con él. Sully-John se puso rojo como un tomate.

Bobby probó puntería con los aros y falló en los tres lanzamientos. En la barraca de tiro al blanco tuvo mejor suerte, rompiendo dos platos y ganando un pequeño oso de peluche. Se lo obsequió a Ian el Mocosito, quien por una vez se había portado bien: no había cogido ninguna rabieta, ni se había orinado encima, ni había intentado pegar puñetazos en la entrepierna a Sully y Bobby. Ian abrazó al oso y miró a Bobby como si éste fuera Dios.

—Es precioso y a Ian le encanta —dijo Anita—, pero ¿no preferirías llevárselo a tu madre?

—No, mi madre no es muy aficionada a estas cosas. Pero me gustaría ganar un frasco de perfume para ella.

Bobby y Sully-John se retaron a montar en la montaña rusa y finalmente subieron juntos, aullando como locos cada vez que el coche se precipitaba por una bajada, convencidos a la vez de que vivirían eternamente y morirían en cuestión de segundos. Montaron también en la rueda del diablo y las tazas giratorias. Cuando ya sólo le quedaban quince centavos, Bobby, casi sin darse cuenta, se encontró metido en la noria con Carol. La cabina se detuvo en lo alto, y su suave balanceo produjo a Bobby una ligera sensación de vértigo. A la izquierda, el océano Atlántico se movía hacia la costa en una sucesión de olas coronadas de espuma blanca. La playa era igual de blanca, y el mar de un increíble azul oscuro. La luz del sol se extendía sobre su superficie como un velo de seda. Justo debajo de ellos discurría el paseo principal. En ese momento por los altavoces sonaba Freddy Cannon: «*She comes from Tallahassee, she's got a hi-fi chassis*».

—Todo se ve tan pequeño ahí abajo —comentó Carol con voz desacostumbradamente débil en ella.

—No tengas miedo; no hay ningún peligro —dijo Bobby—. Si no fuese por la altura, la noria sería una atracción de niños pequeños.

Carol era en muchos sentidos la mayor de los tres —firme y segura de sí misma, como había demostrado el día que obligó a S-J a llevarle los libros por decir palabrotas—, pero allí arriba su cara parecía la de una niña: redonda, un poco pálida, dominada por un par de alarmados ojos azules. Sin pensar, Bobby se inclinó, acercó sus labios a los de ella y la besó. Cuando se apartó, Carol tenía los ojos más abiertos que nunca.

—Ningún peligro —repitió Bobby, y sonrió.

—Hazlo otra vez —dijo Carol. Era su primer auténtico beso, se lo habían dado en Savin Rock el primer sábado de las vacaciones de verano, y ella no prestaba atención. Eso pensaba en aquel instante, y por eso le pidió que volviera a besarla.

—Mejor no —respondió Bobby. Aunque... ¿quién iba a verlo y llamarlo mariquita allí arriba?

—Vamos, atrévete, un reto es un reto.

—¿Se lo contarás a alguien?

—No, te lo juro —aseguró Carol—. ¡Venga, deprisa! ¡Antes de que bajemos!

Así pues, Bobby volvió a besarla. Carol tenía los labios cerrados, suaves, calientes por el sol. De pronto la noria se puso en movimiento, y Bobby se apartó. Por un instante Carol mantuvo la cabeza apoyada contra el pecho de él.

—Gracias, Bobby —susurró—. Ha sido muy bonito.

—A mí también me lo ha parecido.

Se separaron un poco, y cuando la cabina se detuvo y un empleado del parque con tatuajes retiró la barra de seguridad, Bobby bajó y, sin volverse a mirar a Carol, corrió hacia donde esperaba S-J. Sin embargo, sabía ya que aquel beso en lo alto de la noria

sería la mejor experiencia de aquel día. También para él era el primer auténtico beso, y nunca olvidaría el contacto de los labios de Carol, secos, suaves, calientes por el sol. Aquel beso sería el rasero por el que juzgaría los demás besos de su vida, pareciéndole todos sólo un pálido reflejo.



A eso de las tres, la señora Gerber les pidió que empezaran a recoger; era hora de marcharse a casa. Carol dejó escapar una simbólica queja y de inmediato comenzó a guardar sus cosas. Sus amigas la ayudaron; incluso Ian colaboró un poco (negándose no obstante a soltar su osito rebozado de arena siquiera mientras acarreaba los bártulos). Al principio Bobby albergaba cierto temor de que Carol se quedara pegada a él el resto del día, y tenía la total certeza de que hablaría a sus amigas del beso en la noria (lo sabría cuando las viera juntas en un apretado corrillo tapándose la boca para disimular la risa, lanzándole vivarachas miradas de complicidad), pero no había hecho ni lo uno ni lo otro. Varias veces, eso sí, la había descubierto mirándolo, y varias veces se había descubierto a sí mismo dirigiéndole a ella furtivos vistazos. El recuerdo de sus ojos en lo alto de la noria seguía vivo en su mente. Unos ojos muy abiertos, con expresión preocupada. Y él la había besado, así sin más. Por sorpresa.

Bobby y Sully cargaron con casi todas las bolsas playeras.

—¡Un buen par de mulas! ¡Arre! —exclamó Rionda entre risas mientras subían por los peldaños que separaban la playa del paseo.

Rionda estaba roja como una langosta bajo la capa de crema hidratante con que se había untado la cara y los hombros, y dijo lastimeramente a Anita Gerber que esa noche no conseguiría pegar ojo, que las quemaduras del sol la tendrían en vela toda la noche, y no sólo las quemaduras sino también la indigestión.

—Nadie te ha obligado a comerte cuatro salchichas vienesas y dos bollos —repuso la señora Gerber, irritada.

Bobby nunca había visto a la madre de Carol de tan mal humor. Estaba cansada, supuso. Él mismo se sentía un tanto embotado por el sol. Le escocía la espalda y tenía arena en los calcetines. Las bolsas que colgaban de sus hombros se balanceaban y chocaban entre sí.

—Pero es que la comida del parque de atracciones es tan *buuuena* —protestó Rionda con tristeza, y Bobby no pudo contener la risa.

Se dirigieron por el paseo hacia el aparcamiento de tierra, sin prestar ya atención a las atracciones. Los voceadores los observaban y pronto se desentendían de ellos para buscar sangre nueva. Para ellos, los visitantes que iban camino del aparcamiento cargados de bultos y con aspecto de cansancio eran una causa perdida.

Al final del paseo, en la acera izquierda, detrás de una mesa improvisada, había

un hombre flaco con unas holgadas bermudas azules, camiseta de tirantes y bombín. El bombín estaba viejo y descolorido, pero lo lucía al sesgo garbosamente, con un girasol de plástico prendido del ala. Era un individuo estafalario, y las niñas encontraron por fin su ocasión de taparse la boca con las manos para disimular la risa.

El hombre las miró con la expresión de quien ha sido ya blanco de las risas de otros más duchos y devolvió la sonrisa. Ante eso, Carol y sus amigas rieron aún con más ganas. El hombre del bombín, todavía sonriente, extendió las manos sobre la mesa, formada por dos caballetes de un chillón color naranja y un tablero de conglomerado. En el tablero había tres cartas con el dorso rojo. Les dio la vuelta con movimientos rápidos y elegantes. Tenía los dedos largos y absolutamente blancos, como si nunca les hubiera dado el sol.

La carta del centro era la reina de corazones. El hombre del bombín la cogió, la mostró y la volteó entre los dedos con gran destreza.

—Busquen la dama de rojo, *cherchez la femme rouge*, a eso se reduce el juego y eso es lo único que han de hacer —declamó—. Más sencillo imposible, sencillo azucarillo, sencillo como tejerle un calzón a un cachorrillo. —Llamó con señas a Yvonne Loving—. Acércate, cara de muñeca, y demuéstrelas cómo se hace.

Aún riendo y sonrojada hasta las raíces de su cabello negro, Yvonne se apretó contra Rionda y musitó que no le quedaba dinero para más juegos, lo había gastado todo.

—No hay problema —respondió el hombre del bombín—. Esto es sólo una demostración, cara de muñeca. Quiero que tu madre y su preciosa amiga vean lo sencillo que es.

—Ninguna de las dos es mi madre —corrigió Yvonne, pero dio un paso al frente.

—Si no nos marchamos ya, encontraremos atasco en la carretera, Evvie —dijo la señora Gerber.

—No, espera un momento; esto es divertido —terció Rionda—. Es el juego de las triles. Parece fácil, como él dice, pero si no vas con cuidado, te dejas llevar y vuelves a casa sin blanca.

El hombre del bombín le lanzó una mirada de reproche, que sustituyó al instante por una sonrisa encantadora. Era la sonrisa de un hampón, pensó Bobby de pronto. No uno de aquellos a quienes Ted temía, pero un hampón en cualquier caso.

—Deduzco que en el pasado ha sido usted víctima de un sinvergüenza —dijo el hombre del bombín—. Aunque escapa a mi comprensión que exista alguien tan cruel como para tratar así a una dama de semejante belleza y clase.

La dama de semejante belleza y clase —metro sesenta y cinco más o menos, noventa kilos más o menos, hombros y cara embadurnados con crema Pond's— soltó una alegre carcajada.

—Déjese de tonterías y enséñele a la niña cómo se juega. Por cierto, ¿pretende

hacerme creer que esto es legal?

El hombre del bombín echó atrás la cabeza y rió también.

—Al final del paseo todo es legal hasta que te cogen y te echan..., como probablemente usted ya sabe. Y ahora dime, cara de muñeca, ¿cómo te llamas?

—Yvonne —contestó ella en voz tan baja que Bobby apenas la oyó. A su lado, Sully-John observaba con gran interés—. A veces me llaman Evvie.

—Muy bien, Evvie, encanto, mira aquí. ¿Qué ves? Señala estas cartas una a una y dime cómo se llaman. Una niña lista como tú tiene que saberlo. Y puedes tocarlas sin miedo. Aquí no hay trampa ni cartón.

—La de este lado es el valet..., la de ese otro lado es el rey..., y la de en medio es la reina.

—Así es, cara de muñeca. En las cartas, como en la vida, muy a menudo hay una mujer entre dos hombres. Ése es su poder; dentro de cinco o seis años tú misma lo descubrirás. —Gradualmente su voz se convirtió en un susurro y adquirió una monótona cadencia, casi hipnótica—. Ahora mira atentamente, sin apartar la vista de las cartas. —Las colocó boca abajo—. ¿Dónde está la reina ahora, cara de muñeca?

Yvonne Loving señaló el dorso rojo de la carta central.

—¿Ha acertado? —preguntó el hombre del bombín al pequeño grupo reunido alrededor de la mesa.

—Por el momento sí —dijo Rionda, y se echó a reír de tal modo que su vientre, libre de la opresión del corsé, se sacudió bajo el vestido playero.

Respondiendo con una sonrisa a las carcajadas de Rionda, el hampón del bombín levantó la esquina de la carta central, revelando la reina roja.

—Ciento por ciento correcto, encanto. Por ahora vas bien. Y ahora fíjate. Mira con atención. Es una carrera entre tu vista y mi mano. ¿Quién ganará? He ahí la cuestión. —Empezó a deslizar rápidamente las tres cartas sobre el tablero, salmodiando al tiempo que las manipulaba—. Abajo y arriba, vueltas sucesivas, adentro y afuera, una vuelta entera, adelante y atrás, míralas pasar. Y ahora están otra vez en su sitio, una al lado de otra. Dime, pues, cara de muñeca, ¿dónde se ha escondido la dama?

Mientras Yvonne escrutaba las tres cartas, que en efecto volvían a hallarse alineadas, Sully se inclinó hacia Bobby y le susurró al oído:

—Ni siquiera hace falta fijarse mientras las mueve. La reina tiene una esquina doblada. ¿Lo ves?

Bobby asintió con la cabeza y felicitó mentalmente a Yvonne cuando ella, con ademán indeciso, señaló la carta situada a la izquierda, la de la esquina doblada. El hombre del bombín descubrió la carta, mostrando la reina de corazones.

—¡Bien hecho! —exclamó—. Tienes buen ojo, cara de muñeca, hay que admitirlo.

—Gracias —dijo Yvonne, ruborizada y con una expresión de felicidad comparable casi a la de Carol cuando Bobby la besó.

—Si hubieras apostado diez centavos a esta mano, ahora mismo te devolvería veinte —explicó el hombre del bombín—. ¿Por qué?, te preguntarás. Porque hoy es sábado, y para mí el sábado es el día de dos por uno. Y ahora veamos, ¿desea alguna de las señoras arriesgar diez centavos en una carrera entre su joven vista y mis manos viejas y cansadas? Luego podrán decirles a sus maridos..., hombres afortunados de tenerlas por esposas, si se me permite decirlo..., que gracias al señor Herb McQuown, el trilerero de Savin Rock, les salió gratis el aparcamiento. ¿O quizá veinticinco centavos? Señalen la reina de corazones, y les devolveré cincuenta centavos.

—¡Medio pavo, sí! —dijo Sully-John—. Yo tengo una moneda de veinticinco, señor, y acepto la apuesta.

—Johnny, eso es jugar por dinero —advirtió la madre de Carol con cierto recelo—. No creo que deba permitirte...

—Vamos, déjalo que aprenda la lección —intervino Rionda—. Además, quizá ese tipo lo deje ganar, como anzuelo para arrastrarnos a los demás al juego. —No hizo el menor esfuerzo por bajar la voz, pero el hombre del bombín, el señor McQuown, la miró sonriendo.

Luego dirigió de nuevo la atención a S-J.

—A ver tu dinero, chico; vamos, afloja la mosca.

Sully-John le entregó su moneda de veinticinco. McQuown la alzó y, cerrando un ojo, la examinó por un instante a la luz de sol.

—Sí, parece buena —decidió, y la colocó sobre el tablero a la izquierda de las tres cartas. A continuación echó un vistazo en ambas direcciones (por si andaba cerca la policía, quizá) y guiñó el ojo a Rionda, que lo observaba con una cínica sonrisa, antes de concentrarse otra vez en Sully-John—. ¿Cómo te llamas, amigo?

—John Sullivan.

McQuown lo miró con expresión admirativa e inclinó el bombín hacia el otro lado, con lo cual el girasol de plástico se cimbrió y cabeceó cómicamente.

—Un nombre distinguido. ¿Sabes a qué me refiero?

—Claro. Puede que algún día yo también sea boxeador —respondió S-J. Lanzó al aire un gancho de izquierda y otro de derecha por encima de la mesa improvisada de McQuown—. ¡Paf, paf!

—Todo un pafpaf, desde luego —dijo McQuown—. ¿Y qué tal estás de la vista, caballero Sullivan?

—Bastante bien.

—Pues prepárala porque empiece la carrera. Ya está en marcha. Tu vista contra mis manos. Abajo y arriba, vueltas sucesivas, dónde estará, Dios sabrá.

Las cartas se deslizaron sobre el tablero, esta vez mucho más deprisa, y por fin perdieron velocidad gradualmente hasta detenerse.

Sully hizo ademán de señalar, pero de pronto arrugó la frente y retiró la mano. Ahora había *dos* cartas con una esquina doblada. Sully miró a McQuown, que esperaba con los brazos cruzados ante la deslavazada camiseta.

—No hay prisa, chico —dijo, sonriente—. Esta mañana no he parado un solo momento, pero la tarde está siendo un poco floja.

«Hombres que consideran elegantes los sombreros con plumas en el ala», pensó Bobby, recordando las palabras de Ted. «Esos hombres que juegan a los dados en un callejón, por decir algo, y hacen correr de mano en mano una botella de whisky en una bolsa de papel durante la partida». McQuown llevaba en el sombrero una estrafalaria flor de plástico en lugar de plumas, y no había botella a la vista..., pero tenía una en el bolsillo. Una pequeña. Bobby estaba seguro. Y hacia el final del día, cuando la actividad decreciera y la perfecta coordinación entre el ojo y la mano pasara a tener menos importancia para él, iría echando tragos cada vez con mayor frecuencia.

Sully señaló la carta de la derecha. No, S-J, pensó Bobby, y cuando McQuown descubrió la carta, apareció el rey de picas. McQuown volvió la carta de la izquierda, mostrando el valet de tréboles. La reina ocupaba nuevamente la posición central.

—Lo siento, hijo; has estado un poco lento, pero tampoco se hunde el mundo. ¿Quieres probar otra vez ahora que has entrado en calor?

—Pero yo... Eso era todo lo que me quedaba —respondió Sully-John, alicaído.

—Mejor para ti, Johnny —dijo Rionda—. Te haría apostar todo lo que tienes y te dejaría en calzoncillos. —Las niñas se desternillaron de risa, y S-J se sonrojó. Rionda no prestó atención a lo uno ni a lo otro—. Trabajé una temporada en Revere Beach cuando vivía en Massachusetts —explicó—. Ahora veréis, chicos, os enseñaré cómo funciona esto. ¿Va un pavo, amigo? ¿O la emoción será demasiado fuerte para usted?

—En su presencia, cualquier emoción sería demasiado fuerte —repuso McQuown con sentimentalismo, y agarró el dólar en cuanto ella lo sacó del bolso. Lo levantó a la luz, lo examinó impasible y lo dejó a la izquierda de las cartas—. Parece bueno —dictaminó—. Juguemos, pues, encanto. ¿Cómo se llama?

—Perengana, pregúntelo otra vez y volverá a quedarse con las ganas —contestó Rionda.

—Ree, ¿no crees...? —trató de disuadirla Anita Gerber.

—Ya te he dicho que conozco el truco —la interrumpió Rionda—. Muévalas, amigo.

—Sin tardanza —convino McQuown, y puso las cartas en movimiento (abajo y arriba, vueltas sucesivas, adelante y atrás, míralas pasar), desdibujándose sus dorsos rojos hasta por fin alinearse de nuevo. Y en esta ocasión, observó Bobby con

asombro, las tres cartas tenían las esquinas un poco dobladas.

La sonrisa se había esfumado de los labios de Rionda. Apartó la mirada de las cartas, la fijó en McQuown, la dirigió nuevamente hacia las cartas y luego contempló el billete de dólar, que se agitaba ligeramente a un lado movido por la brisa. Por último miró otra vez a McQuown.

—Me la ha pegado, ¿verdad, amigo?

—No —contestó McQuown—. La he *ganado*. Y ahora... ¿qué dice?

—Digo que ése era un buen dólar que no me creaba ningún problema y siento mucho despedirme de él —replicó Rionda, y señaló la carta del medio.

McQuown la descubrió, mostrando el rey, e hizo desaparecer el dólar de Rionda en su bolsillo. Esta vez la reina era la carta de la izquierda. McQuown, un dólar y veinticinco centavos más rico que antes, sonrió al grupo de Harwich. La flor de plástico prendida del ala de su sombrero se balanceó en el aire salitroso.

—¿El siguiente? —preguntó—. ¿Quién quiere probar si su vista es más rápida que mi mano?

—Creo que no somos rivales para usted —respondió la señora Gerber. Dirigió una débil sonrisa a McQuown y apoyó una mano en el hombro de su hija y otra en el de su soñoliento hijo para llevárselos de allí.

—¿Señora Gerber? —dijo Bobby. Por un instante se preguntó qué opinaría su madre, casada en otro tiempo con un hombre que siempre iba a por la quinta para la escalera, si viese allí a su hijo, frente a la tosca mesa del señor McQuown, con su peligroso cabello rojo heredado de Randy Garfield brillando bajo el sol. Una fugaz sonrisa se dibujó en su boca ante la idea. Bobby sabía ya qué era la quinta para la escalera, y también un full y una escalera real. Había hecho indagaciones—. ¿Puedo intentarlo?

—Por favor, Bobby, creo que ya hemos tenido bastante por hoy, ¿no te parece?

Bobby rebuscó bajo el Kleenex que se había metido en el bolsillo y sacó sus tres últimas monedas de cinco centavos.

—Sólo tengo esto —dijo, enseñándoselas primero a la señora Gerber y después al señor McQuown—. ¿Es suficiente?

—Hijo —respondió McQuown—, yo he jugado por menos de eso y me he divertido igualmente.

La señora Gerber miró a Rionda.

—¡Oh, vamos! —exclamó Rionda, y pellizcó a Bobby en la mejilla—. Por Dios, es lo que cuesta un corte de pelo. Déjale que lo pierda y luego vámonos a casa.

—De acuerdo, Bobby —accedió la señora Gerber, y lanzó un suspiro—. Si no hay más remedio...

—Pon aquí esas monedas, Bobby, donde todos las veamos —indicó McQuown—. A mí me parecen buenas, sí, sin duda. ¿Estás preparado?

—Eso creo.

—Vamos allá, pues. Dos chicos y una chica se esconden juntos. Los chicos de nada sirven. Encuentra a la chica y dobla tu dinero.

Los dedos pálidos y hábiles volvieron las cartas boca abajo. McQuown inició su salmodia y las cartas se convirtieron en borrosas manchas sobre el tablero. Bobby las observó deslizarse sin hacer un verdadero esfuerzo por seguir el rastro a la reina. No era necesario.

—Primero apresurado, luego pausado, cuando ninguna se mueva, he ahí tu prueba. —Las tres cartas rojas estaban de nuevo alineadas—. Dime, Bobby, ¿dónde se esconde?

—Ahí —respondió Bobby, señalando la carta de la izquierda.

Sully dejó escapar un gruñido.

—Es la carta del medio, bobo. Esta vez no le he quitado el ojo de encima.

McQuown pareció no oír siquiera a Sully. Miraba a Bobby, y Bobby sostenía su mirada. Al cabo de un momento McQuown alargó el brazo y descubrió la carta elegida por Bobby. Era la reina de corazones.

—¡Caramba! —exclamó Sully.

Carol aplaudió y brincó de entusiasmo. Rionda Hewson prorrumpió en un agudo chillido y dio una palmada en la espalda a Bobby.

—¡Esta vez le has dado una lección, Bobby! ¡Bravo!

McQuown sonrió a Bobby con expresión pensativa y luego sacó un puñado de dinero suelto de un bolsillo.

—No ha estado mal, hijo. Es la primera vez que pierdo en todo el día, o para ser más exactos, la primera que pierdo sin dejarme ganar. —Separó una moneda de veinticinco centavos y otra de cinco y las colocó en la mesa junto a los quince centavos de Bobby—. ¿A por el reenvite? —McQuown advirtió que Bobby no lo había entendido y aclaró—: ¿Repetimos?

—¿Puedo? —preguntó Bobby a Anita Gerber.

—¿No sería mejor que abandonaras mientras vas ganando —preguntó ella, pero le brillaban los ojos y parecía haberse olvidado del posible atasco.

—*Todavía* iré ganando cuando abandone.

McQuown soltó una carcajada.

—¡Un niño fanfarrón! —exclamó—. No tendrá un pelo en la barba antes de cinco años y ya fanfarronea. Muy bien, fanfarrón, ¿qué dices? ¿Jugamos?

—Claro —respondió Bobby.

Si Carol o Sully-John lo hubieran acusado de fanfarronear, Bobby habría protestado enérgicamente. Todos sus héroes, desde John Wayne hasta Lucky Starr en la *Patrulla del Espacio*, se distinguían por su modestia, eran de esos que dicen «No ha sido nada» después de salvar a una caravana o a un mundo. Pero Bobby no sentía

la necesidad de defenderse ante el señor McQuown, que era un hampón con bermudas azules y quizá también un fullero. La intención de Bobby no había sido ni mucho menos fanfarronear. Tampoco creía que aquello tuviera nada que ver con ir a por la quinta para la escalera, como hacía su padre. Cuando uno iba a por la quinta para la escalera, todo se reducía a una cuestión de esperanzas y conjeturas —era el «póquer de los tontos», según Charlie Yearman, el conserje de su colegio, que de buena gana había explicado a Bobby acerca de ese juego todo lo que S-J y Denny Rivers no sabían—, pero Bobby no se basaba en conjeturas.

El señor McQuown lo observó aún por un momento. Por lo visto, el aplomo de Bobby lo inquietaba. Finalmente se llevó una mano a la cabeza, se reacomodó el sombrero en un nuevo ángulo, extendió los brazos y movió los dedos como Bugs Bunny antes de empezar a tocar el piano en el Carnegie Hall en una de sus aventuras.

—Prepárate, fanfarrón. Esta vez voy a poner en práctica todos los trucos del oficio, del primero al último.

Las cartas se desdibujaron en una especie de película rosada. A sus espaldas, Bobby oyó musitar a Sully-John:

—¡Rayos!

—¡Va demasiado rápido! —dijo Tina, la amiga de Carol, afectando un tono de remilgada desaprobación.

Bobby volvió a observar el movimiento de las cartas, pero sólo porque era lo que supuestamente debía hacer. Esta vez el señor McQuown no se molestó en recitar sus pareados, lo cual fue en cierto modo un alivio.

Las cartas se detuvieron. McQuown miró a Bobby con las cejas enarcadas. Exhibía una ligera sonrisa, pero tenía la respiración agitada y gotas de sudor sobre el labio superior.

Bobby señaló inmediatamente la carta de la derecha.

—Ésa es.

—¿Cómo lo has sabido? —dijo McQuown, y la sonrisa se borró al instante de su rostro—. ¿Cómo demonios lo has sabido?

—Simplemente lo he sabido —respondió Bobby.

En lugar de descubrir la carta, McQuown volvió la cabeza y miró hacia el paseo. La sonrisa había dado paso a un mohín de rabia: las comisuras de los labios apuntando hacia abajo, una arruga entre los ojos. Incluso el girasol de plástico del sombrero parecía expresar disgusto, siendo su balanceo iracundo en vez de desenfadado.

—Con ese baraje nadie me gana —dijo—. Nadie me ha ganado *nunca* con ese baraje.

Rionda alargó el brazo por encima del hombro de Bobby y puso boca arriba la carta que él había señalado. Era la reina de corazones. En esta ocasión todos los niños

aplaudieron, y cuando McQuown los oyó, la arruga aparecida entre sus ojos se hizo más profunda.

—Según mis cálculos, le debe noventa centavos al fanfarrón de Bobby, aquí presente —advirtió Rionda—. ¿Va a pagar?

—Y si no pago ¿qué? —preguntó McQuown, volviendo hacia Rionda su ceñudo semblante—. Eh, gorda, ¿qué hará entonces? ¿Avisar a un policía?

—Quizá deberíamos irnos y dejarlo estar —propuso Anita Gerber con manifiesto nerviosismo.

—¿Avisar a un policía? ¿Yo? Ni mucho menos —repuso Rionda sin prestar atención a Anita. No apartaba la mirada de McQuown ni un solo instante—. Le vuelan noventa miserables centavos, y menuda rabieta coge. ¡Habrás visto!

Sin embargo, como Bobby sabía, no era el dinero la causa de su indignación. McQuown había perdido sumas mucho mayores en alguna que otra ocasión. A veces cuando perdía se debía a una «engañifa», a veces a un «imponderable». Era el hecho de haber perdido usando precisamente aquel «baraje» lo que más lo exasperaba, y para colmo con un niño.

—Lo que haré —continuó Rionda— es pregonar por el paseo que es usted un agarrado. McQuown el de los noventa céntimos, lo llamaré. ¿Cree que tendrá mucha clientela cuando se sepa la verdad?

—Yo sí que le diría a usted cuatro verdades —masculló McQuown, pero se metió la mano en el bolsillo, sacó otro puñado de monedas, esta vez mayor, y contó rápidamente las ganancias de Bobby—. Ahí tienes. Noventa centavos. Ve a tomarte una copa.

—En realidad no sabía qué carta era; simplemente lo he adivinado —dijo Bobby mientras arrastraba las monedas por el tablero con una mano hasta el hueco de la otra y se las guardaba en el bolsillo, notando su peso al caer. De pronto la discusión de esa mañana con su madre se le antojó absurda. Volvía a casa con más dinero del que tenía al salir, y le era indiferente. Por completo indiferente—. Se me da bien adivinar.

El señor McQuown se relajó. En ningún caso los habría agredido —aunque fuera un hampón, no era de esos que agredían a la gente; jamás cometería la indignidad de convertir en puños aquellas manos de dedos largos y hábiles—, pero Bobby no quería dejarle mal sabor de boca. Quería pasar por un «imponderable», como el propio señor McQuown habría dicho.

—Sí, eso debe de ser —admitió McQuown—. ¿Por qué no pruebas a adivinarlo una tercera vez? Te espera una fortuna.

—Ahora sí tenemos que irnos —se apresuró a decir la señora Gerber.

—Y si probase una vez más, perdería —añadió Bobby—. Gracias, señor McQuown. Ha sido un juego divertido.

—Sí, sí. Piérdete ya, niño.

Al igual que los demás voceadores del paseo, el señor McQuown tenía ya la mira en otra parte. Buscaba sangre nueva.



En el camino de regreso a casa, Carol y sus amigas miraban a Bobby impresionadas, y Sully-John con una mezcla de perplejidad y respeto. Bobby se sentía incómodo. En cierto punto Rionda volvió la cabeza y lo observó atentamente.

—No lo has adivinado así sin más —dijo.

Bobby la miró con cautela, guardando silencio.

—Has tenido un pálpito.

—¿Qué es un pálpito? —preguntó Bobby.

—Mi padre no era muy aficionado al juego, pero de vez en cuando tenía una corazonada con algún número. A eso lo llamaba «pálpito». Entonces sí jugaba. En una ocasión ganó cincuenta dólares. Compró comida para todo un mes. Eso mismo te ha pasado a ti, ¿verdad?

—Es posible —contestó Bobby—. Puede que haya tenido un pálpito.



Cuando llegó a casa, su madre estaba sentada en la mecedora del porche con las piernas encogidas bajo el cuerpo. Se había puesto sus pantalones de los sábados y contemplaba la calle con aire melancólico. Dirigió un parco saludo a la madre de Carol cuando ésta dejó a Bobby en la acera y la observó alejarse en el coche y doblar por el camino de acceso a su propia casa. Bobby sabía qué pensaba su madre en ese momento: el marido de la señora Gerber era marino de la armada, pero por lo menos ella *tenía* marido. Anita Gerber tenía además una ranchera. A Liz no le quedaba más remedio que ir en el coche de San Fernando, o en autobús si el trayecto era más largo, o en taxi si debía desplazarse hasta Bridgeport.

No obstante, Bobby tuvo la impresión de que ya no estaba enfadada con él, y eso era un alivio.

—¿Lo has pasado bien en Savin Rock, Bobby?

—Muy bien —contestó Bobby, y pensó: ¿Qué pasa, mamá? Si lo he pasado bien o mal en la playa, te trae sin cuidado. ¿Qué te ronda realmente por la cabeza? Pero no podía decirle una cosa así.

—Me alegro. Oye, hijo..., siento que hayamos discutido esta mañana. Me revienta tener que trabajar en sábado. —Pronunció esta última frase con rabia, casi como si escupiera.

—No importa, mamá.

Ella le acarició la mejilla y movió la cabeza en un gesto de negación.

—¡Esa piel tuya tan blanca! Nunca te broncearás, Bobby. Tú no. Ven, vamos adentro y te pondré un poco de bálsamo para las quemaduras del sol.

Bobby la siguió. Dentro, se quitó la camisa y se quedó de pie ante su madre mientras ella, sentada en el sofá, le extendía el fragante bálsamo por la espalda, los brazos, el cuello e incluso las mejillas. Le produjo una agradable sensación, y volvió a pensar lo mucho que quería a su madre, lo mucho que le complacía su contacto. Se preguntó qué pensaría si supiera que había besado a Carol en la noria. ¿Sonreiría? Bobby sospechó que no sonreiría. Y si supiera lo de McQuown y las cartas...

—No he visto a tu amigo del tercero —comentó su madre mientras tapaba el frasco de bálsamo—. Sé que está arriba porque oigo el partido de los Yankees por la radio, pero ¿no sería más normal que saliera al porche, donde se está más fresco?

—Supongo que no le apetece —dijo Bobby—. ¿Estás bien, mamá?

Su madre lo miró sorprendida.

—Sí, Bobby, muy bien —respondió ella, y le sonrió.

Bobby le devolvió la sonrisa, con cierto esfuerzo porque no creía que su madre estuviera bien. De hecho, tenía la casi total certeza de que no lo estaba.

Era sencillamente un palpito.



Esa noche Bobby yacía de espaldas en su cama con las piernas separadas y los talones en dirección a las esquinas de la cama, los ojos abiertos y la mirada fija en el techo. La ventana estaba también abierta. Una suave brisa agitaba las cortinas y de alguna otra ventana abierta llegaba la música de los Platters: «*Here, in the afterglow of the day, we keep our rendezvous, beneath the blue*». Más lejos se oían otros sonidos: el monótono zumbido de un avión, los bocinazos de un claxon.

El padre de Rionda lo llamaba «palpito», y una vez ganó cincuenta dólares en la lotería. Bobby había dado la razón a Rionda —«un palpito, claro; he tenido un palpito»—, pero sería incapaz de adivinar qué número saldría premiado en un sorteo aunque le fuera la vida en ello. La cuestión era...

La cuestión es, pensó, que el señor McQuown sabía siempre en qué posición quedaba la reina, y por eso lo sabía yo también.

En cuanto Bobby tomó conciencia de ese hecho, otras cosas empezaron a aclararse. Cosas obvias, en realidad, pero para él eran una simple diversión y... en fin, uno no se cuestionaba algo que sabía con seguridad, ¿no? Uno podía cuestionarse un palpito, un presentimiento salido de la nada, pero no algo que *sabía*.

Ahora bien, ¿cómo sabía que su madre pegaba dinero con celo en las páginas de

ropa interior del catálogo de Sears escondido en el último estante de su armario? Más aún, ¿cómo sabía que el catálogo estaba allí? Ella no se lo había dicho. Tampoco le había hablado nunca del jarrón azul donde guardaba las monedas de veinticinco centavos, y Bobby lo sabía desde hacía años; pero eso, claro, era distinto: no estaba ciego, aunque a veces sospechaba que su madre así lo creía. Pero ¿y el catálogo? ¿Y las monedas de veinticinco empaquetadas en cartuchos y cambiadas por billetes, los billetes que después iban a parar al catálogo? Bobby no tenía manera alguna de averiguar una cosa así, y sin embargo mientras escuchaba tendido en su cama los últimos acordes de *Twilight Time* y el comienzo de *Earth Angel*, sabía que ese catálogo estaba allí. Lo sabía porque *ella* lo sabía, porque el pensamiento había cruzado por la parte frontal de su mente. Y en la noria supo que Carol deseaba que la besara otra vez porque había sido su primer auténtico beso y no estaba prestando atención; había terminado antes de que ella fuera plenamente consciente de que ocurría. Pero saber eso no equivalía a conocer el futuro.

—No, es simplemente leer el pensamiento —susurró Bobby, y de pronto un escalofrío recorrió su cuerpo como si las quemaduras del sol se hubieran convertido en hielo.

Ándate con cuidado, Bobby, si no, acabarás tan chiflado como Ted con sus hampones.

Lejos de allí, en la plaza del pueblo, el reloj empezó a dar las diez. Bobby volvió la cabeza y consultó el despertador de su pupitre; según Big Ben, como él lo llamaba, eran sólo las nueve y cincuenta y dos minutos.

Muy bien, así que el reloj de la plaza va un poco adelantado o el mío un poco atrasado. Nada del otro mundo. Duérmete.

No creía que el sueño le venciera al menos por un rato, pero aquél había sido un día como pocos —la discusión con su madre, las apuestas ganadas al trilero, besos en lo alto de la noria—, y pronto lo invadió una agradable sensación.

Quizá sí sea mi novia, pensó Bobby. Después de todo, quizá sí sea mi novia.

Con la última campanada prematura del reloj de la plaza vibrando todavía en el aire, Bobby se quedó dormido.

Bobby lee el periódico. Pardo con el pecho blanco. Una gran oportunidad para Liz. Campamento Broad Street. Una semana agitada. De viaje a Providence.

El lunes, cuando su madre se fue a la oficina, Bobby subió a leer el periódico a Ted (aunque en realidad no estaba tan mal de la vista como para no poder hacerlo él mismo, Ted decía que le había tomado el gusto a la voz de Bobby y al lujo de que le leyera mientras se afeitaba). De pie en su pequeño cuarto de baño, con la puerta abierta, Ted se deslizaba la navaja por la cara, retirando con ella la espuma, mientras Bobby le daba a elegir entre los titulares de las distintas secciones.

—¿«SE INTENSIFICAN LAS ESCARAMUZAS VIETNAMITAS»?—

—¿Antes del desayuno? Gracias pero no, gracias.

—¿«CARRITOS CAUTIVOS: DETENIDO UN HOMBRE DEL PUEBLO»?—

—El primer párrafo, Bobby —indicó Ted.

—«Cuando la policía se personó en su residencia de Pond Lane, John T. Anderson, natural de Harwich, explicó a los agentes con todo detalle su afición, que, según sostiene, es el coleccionismo de carritos de supermercado. “Contó cosas muy interesantes sobre el tema”, declaró el agente Kirby Malloy, de la policía de Harwich, “pero nos quedaron ciertas dudas sobre la legítima procedencia de algunos de los carritos de su colección.” Resultó que las dudas de Malloy eran justificadas. De los más de cincuenta carritos hallados en el patio trasero de la vivienda del señor Anderson, al menos veinte habían sido robados en los supermercados A&P y Total de Harwich. Incluso había unos cuantos procedentes del IGA de Stansbury».

—Ya es suficiente —dijo Ted, aclarando la navaja en el agua caliente y llevándose de nuevo el filo al cuello enjabonado—. Insulso humor pueblerino en respuesta a patéticos hurtos compulsivos.

—No te entiendo.

—Por lo que se ve, ese señor Anderson padece una neurosis, o dicho de otro modo, un problema mental. ¿Crees que los problemas mentales tienen gracia?

—¡Caramba, no! —respondió Bobby—. Me da pena la gente que tiene flojos los tornillos.

—Me alegra saberlo. He conocido a personas que no sólo tenían flojos los tornillos, sino que los habían perdido todos. A muchas, en realidad. A menudo inspiran lástima, a veces respeto, y en algunos casos miedo, pero nunca son motivo de risa. «Carritos cautivos». ¡Lo que hay que oír! ¿Qué más tenemos?

—¿«JOVEN ACTRIZ MUERE EN UN ACCIDENTE DE TRÁFICO EN EUROPA»?

—¡Uf, no!

—¿«LOS YANKEES FICHAN A UN JUGADOR DE CUADRO DE LOS SENATORS»?

—No me interesa nada de lo que se traen entre manos Yankees y Senators —contestó Ted.

—¿«ALBINI A GUSTO EN EL PAPEL DE VÍCTIMA»?

—Sí, léeme ése, por favor.

Ted escuchó con atención mientras se afeitaba concienzudamente la garganta. A Bobby el artículo no le atraía de manera especial —al fin y al cabo, no hablaba de Floyd Patterson ni de Ingemar Johansson (Sully-John llamaba «Ingie-Baby» al peso pesado sueco)—, pero se esmeró en la lectura de todos modos. El combate a doce asaltos entre Tommy Haywood, alias Huracán, y Eddie Albini se disputaría en el Madison Square Garden la noche del miércoles de la semana siguiente. Los dos púgiles tenían buenos historiales, pero la edad se consideraba un factor importante, quizá decisivo: los veintitrés años de Haywood, el firme favorito, contra los treinta y seis de Eddie Albini. El vencedor tal vez pelease por el título de los pesos pesados en otoño, probablemente por las mismas fechas en que Nixon ganaría las elecciones a la presidencia (la madre de Bobby daba por hecho que así sería, y para bien de todos: Kennedy, aparte de ser católico, era demasiado joven, y seguramente un exaltado).

En el artículo, Albini declaraba que comprendía por qué le atribuían el papel de víctima: empezaba a cargarse de años y algunos consideraban que estaba ya en decadencia a causa de su derrota por K. O. técnico en su reciente combate contra Sugar Boy Masters. Y sabía desde luego que Haywood lo aventajaba y que era, según decían, muy astuto para su edad. Pero había entrenado con ahínco, afirmaba Albini, saltando mucho a la comba y usando un sparring que se movía y pegaba como Haywood. En el texto abundaban las palabras como «garra» y «determinación», y Albini aparecía descrito como «un hombre con redaños». Leyendo entre líneas, Bobby dedujo que el autor del artículo pensaba que Albini iba a llevarse una buena paliza y sintió lástima por el veterano boxeador. Huracán Haywood no había accedido a hablar con el periodista, pero su manager, un individuo llamado I. Kleindienst (Ted enseñó a Bobby cómo se pronunciaba ese nombre), sostenía que aquel sería probablemente el último combate de Eddie Albini. «Fue bueno en su día, pero su día ya pasó», declaraba I. Kleindienst. «Si Eddie llega al sexto, mandaré a la cama sin cenar a mi muchacho».

—Irving Kleindienst es un *ka-mai* —dijo Ted.

—Un ¿qué?

—Un necio. —Ted miraba por la ventana en dirección a los ladridos del perro de la señora O'Hara, no totalmente en blanco como se quedaba a veces, pero sí distante.

—¿Lo conoces? —preguntó Bobby.

—No, no —respondió Ted. Por lo visto, en un primer momento la idea lo sorprendió y luego le pareció graciosa—. Sólo de oídas.

—Da la impresión de que el tal Albini va a acabar hecho puré.

—Nunca se sabe, y eso es lo interesante.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Bobby.

—Nada. Pasa a las historietas, Bobby. Quiero oír la de Flash Gordon. Y descríbeme cómo va vestida Dale Arden.

—¿Por qué?

—Porque la encuentro de lo más chachi —dijo Ted.

Bobby se echó a reír a carcajadas. No pudo contenerse. A veces Ted era la monda.



Al día siguiente, cuando regresaba de Sterling House —donde casi había terminado de rellenar los formularios para el campeonato veraniego de béisbol—, Bobby vio un cartel escrito en pulcra letra de molde clavado con tachuelas a un olmo del Commonwealth Park.

POR FAVOR, AYÚDENNOS A ENCONTRAR A PHIL.

PHIL es nuestro CORGI.

PHIL tiene SIETE AÑOS.

PHIL es PARDO con el PECHO BLANCO.

Tiene los OJOS CASTAÑOS E INTELIGENTES.

Tiene las PUNTAS DE LAS OREJAS NEGRAS.

A la voz de CORRE, PHIL, trae una PELOTA.

TELEFONEAR A HOusitonic 5-8337.

(o)

LLEVARLO a Highgate Avenue 745,
residencia de LA FAMILIA SAGAMORE.

No incluía el retrato de Phil.

Bobby permaneció con la vista fija en el cartel durante largo rato. Una parte de él deseaba correr a casa e informar a Ted no sólo de aquello sino también sobre la estrella y la media luna que había visto dibujadas con tiza junto a unos recuadros de jugar a la rayuela. Otra parte de él aducía que en el parque se colgaba toda clase de carteles —a un paso de donde estaba, en el tronco de otro olmo, veía el anuncio de un concierto en la plaza del pueblo— y sería absurdo inducir a escapar a Ted por algo así. Esas dos opciones entraron en pugna hasta que Bobby tuvo la sensación de que eran dos palos frotándose entre sí y en cualquier momento podía prenderse fuego en su cerebro.

Me niego a pensar en ello, se dijo, apartándose del cartel. Y cuando sonó una voz

en el fondo de su mente —una voz peligrosamente *adulta*— para advertirle que le *pagaban* por pensar en cosas como ésta, por *informar* de cosas como ésta, Bobby mandó callar a la voz. Y la voz obedeció.

Cuando llegó a casa, volvió a encontrar a su madre sentada en la mecedora del porche, esta vez zurciendo la manga de una bata. Ella alzó la mirada, y Bobby reparó en sus párpados hinchados y enrojecidos. Tenía un Kleenex plegado en una mano.

—Mamá...

«¿Qué te pasa?» era el final lógico de la frase, pero completarla no le pareció prudente. Probablemente le hubiera creado problemas. Bobby no había vuelto a experimentar las nítidas percepciones del día de la excursión a Savin Rock, pero *conocía* a su madre: el modo en que le miraba cuando estaba alterada; el modo en que apretaba el Kleenex con la mano, convertida casi en un puño; el modo en que respiraba y se sentaba, con la espalda más erguida, dispuesta a contraatacar a la menor provocación.

—¿Qué? —preguntó ella—. ¿Tienes algo en la cabeza aparte del pelo?

—No —contestó Bobby, notando en su propia voz falta de naturalidad y un extraño apocamiento—. Vengo de Sterling House. Ya han salido las listas del béisbol. Este verano me han puesto otra vez con los Lobos.

Su madre movió la cabeza en un gesto de asentimiento y se relajó un poco.

—Estoy segura de que el año que viene pasarás a los Leones. —Cogió la canastilla de costura que tenía en la mecedora junto a ella y la dejó en el suelo. A continuación indicó el sitio vacío en el asiento con unas palmadas—. Siéntate un momento aquí a mi lado, Bobby. He de decirte una cosa.

Bobby se sentó con cierto temor —al fin y al cabo, su madre había estado llorando y hablaba con mucha seriedad—, pero enseguida averiguó que, al menos en apariencia, no ocurría nada grave.

—El señor Biderman, Don, me ha invitado a acompañarlos a él y a los señores Cushman y Dean a un seminario en Providence. Es una gran oportunidad para mí.

—¿Qué es un seminario?

—Una especie de conferencia. Un grupo de personas se reúne para estudiar un tema y hablar de él. En este caso trata sobre la propiedad inmobiliaria en los años sesenta. Me ha sorprendido mucho que Don me invite. Ya sabía que Bill Cushman y Curtis Dean irían, claro; ellos son agentes. Pero que Don me lo propusiera a *mí*... — Su voz se apagó gradualmente. Se volvió hacia Bobby y sonrió. A él le pareció una sonrisa sincera, pero no concordaba con sus párpados enrojecidos—. Hace mucho tiempo que deseo ser agente, y ahora esto, como caído del cielo... Es una gran oportunidad para mí, Bobby, y podría representar un gran cambio para nosotros.

Bobby sabía que su madre quería dedicarse a la venta de casas. Tenía libros sobre la materia y leía un rato casi todas las noches, a menudo subrayando párrafos. Pero si

era una oportunidad tan grande, ¿por qué lloraba?

—¡Vaya, es una buena noticia! —dijo Bobby—. Estupendo. Espero que aprendas mucho. ¿Cuándo te vas?

—La semana que viene. Saldremos los cuatro de aquí el martes por la mañana temprano y volveremos el jueves a eso de las ocho de la tarde. Todas las reuniones se harán en el hotel Warwick, y es allí donde nos alojaremos; Don ha reservado ya las habitaciones. No me alojo en un hotel desde hace doce años, creo. Estoy un poco nerviosa.

¿Hacía llorar el nerviosismo?, se preguntó Bobby. Quizá a los adultos sí, en especial a las mujeres.

—Quiero que le digas a S-J si puedes quedarte a dormir en su casa el martes y el miércoles —continuó su madre—. Estoy segura de que la señora Sullivan...

Bobby negó con la cabeza.

—Eso no será posible.

—¿Por qué no? —Liz le lanzó una mirada iracunda—. Otras veces has pasado allí la noche y la señora Sullivan nunca ha puesto inconveniente. No te habrás enemistado con ella por algo, ¿verdad?

—No, mamá. Es simplemente que S-J ganó una semana en el campamento Winnie.

Recordando el entusiasmo de Sully-John por su buena suerte en la rifa, Bobby sintió deseos de sonreír, pero se contuvo. Su madre lo miraba aún con ira, y él creyó advertir también pánico en su expresión. Pánico o algo parecido.

—¿Qué es el campamento Winnie? ¿De qué me estás hablando?

Bobby le explicó que S-J había sido premiado con una semana gratis en el campamento Winiwinaia y que la señora Sullivan aprovecharía esos días para visitar a su hermana en Wisconsin, planes que se habían ya concretado, incluida la compra del billete de autocar.

—¡Maldita sea mi suerte! —exclamó su madre. Casi nunca maldecía. En su opinión, los juramentos y las «palabras malsonantes», como ella las llamaba, eran el vocabulario propio de los ignorantes. De pronto golpeó el brazo de la mecedora con el puño—. ¡Maldita sea!

Liz permaneció inmóvil por un momento, pensando. Bobby también pensó. Su otra única amiga de la calle era Carol, y dudaba que su madre telefoneara a Anita Gerber para preguntarle si él podía quedarse a dormir allí. Carol era una niña, y por alguna razón eso representaba una gran diferencia en cuanto a las visitas nocturnas. ¿Alguno de los amigos de su madre, quizá? El problema era que no tenía ninguno..., excepto Don Biderman (y tal vez los otros dos hombres que irían al seminario de Providence). Tenía muchos conocidos, gente que saludaba si se la cruzaba por la calle al volver del supermercado o al ir al cine un viernes por la noche, pero nadie a quien

podiera pedir que cuidase de su hijo de once años durante un par de noches; ni parientes, al menos que Bobby supiera.

Al igual que dos personas que viajan por caminos convergentes, Bobby y su madre tendieron gradualmente hacia el mismo punto. Bobby llegó primero, aunque sólo por uno o dos segundos de ventaja.

—¿Y Ted? —sugirió, y estuvo a punto de llevarse la mano a la boca; de hecho, la levantó un poco.

Su madre lo observó posar de nuevo la mano en el regazo con su cínica media sonrisa de siempre, la que adoptaba para pronunciar dichos como «A la corta o a la larga todo se paga» y «Dos hombres miraban a través de los barrotes de una cárcel: uno veía el barro, el otro veía las estrellas», y naturalmente su frase preferida: «La vida es injusta».

—¿Crees que no sé que lo llamas Ted cuando estáis solos? —preguntó—. Debes de pensar que tomo píldoras para no enterarme de nada, Bobby.

Liz se quedó en silencio mirando a la calle. Pasó lentamente un Chrysler New Yorker con cromados, alerones y protectores en los guardabarros traseros. Bobby lo observó. El hombre sentado al volante, ya de cierta edad, tenía el cabello blanco y llevaba una chaqueta azul. A Bobby no le pareció sospechoso. Era viejo pero no ordinario.

—Puede que sea una solución —dijo Liz por fin con tono pensativo, más para sí misma que para su hijo—. Vamos a hablar con Brautigan y ya veremos.

Mientras la seguía escalera arriba, Bobby se preguntó desde cuándo sabía su madre pronunciar correctamente el apellido de Ted. ¿Desde hacía una semana? ¿Un mes?

Desde el principio, bobo, se dijo. Desde el primer día. Estoy casi seguro.

En realidad, no tenía la menor duda al respecto.



La idea inicial de Bobby era que Ted se quedara en su habitación del tercer piso y él en el apartamento, dejando ambos las puertas abiertas para poder avisarse si alguno de ellos necesitaba algo.

—No creo que a los Kilgallon y los Prosky les entusiasme oírte llamar a gritos al señor Brautigan a las tres de la madrugada si tienes una pesadilla —dijo Liz con aspereza.

Los Kilgallon y los Prosky eran los vecinos de los dos pequeños apartamentos de la segunda planta. Liz y Bobby no mantenían buenas relaciones con ninguno de ellos.

—No tendré pesadillas —aseguró Bobby, profundamente humillado al verse tratado como un niño pequeño—. De verdad.

—Tú estáte callado —replicó su madre con tono tajante.

Se hallaban sentados a la mesa de la cocina en la habitación de Ted, los dos adultos con sendos cigarrillos, Bobby con una cerveza sin alcohol delante.

—Simplemente no es una idea muy acertada —le explicó Ted—. Eres un buen chico, Bobby, responsable y sensato, pero a tus once años, en mi opinión, no tienes aún edad para quedarte solo en casa.

La alusión de Ted a su corta edad le molestó menos que la de su madre. Además, debía reconocer que posiblemente no se sentiría muy tranquilo al despertarse pasada la media noche para ir al baño sabiendo que no había nadie más en el apartamento. Lo superaría, eso sin duda, pero sí, tendría miedo.

—¿Y el sofá? —sugirió Bobby—. Desplegado, sirve de cama, ¿no?

Nunca le habían dado ese uso, pero Bobby creía recordar que su madre le había dicho que podía transformarse en cama. En efecto así era, y eso resolvía el problema. Probablemente ella no habría querido que Bobby durmiera en su cama (y menos aún «Brattigan»), y con toda seguridad no le habría consentido pasar la noche en aquella sofocante habitación del tercer piso. Bobby supuso que su madre, en el esfuerzo por hallar una solución, había pasado por alto la más obvia.

De modo que quedó decidido que el martes y el miércoles de la semana siguiente Ted dormiría en el sofá cama de la sala de estar de los Garfield. Bobby se ilusionó con la perspectiva: pasaría dos días solo —tres, contando el jueves— y tendría compañía por las noches, cuando podía asaltarlo el miedo. Y no una canguro, sino un amigo adulto. No era comparable a la semana en el campamento Winnie de Sully-John, pero en cierto modo se parecía. El campamento Broad Street, pensó Bobby, y casi se echó a reír.

—Lo pasaremos bien —afirmó Ted—. Prepararé mis famosas salchichas con alubias a la cazuela. —Alargó un brazo y alborotó el pelo a Bobby.

—Si va a preparar salchichas con alubias, quizá sería prudente que bajase eso —dijo Liz, señalando el ventilador de Ted con los dedos que sostenían el cigarrillo.

Ted y Bobby rieron. Liz Garfield esbozó su cínica media sonrisa y terminó el cigarrillo. Mientras lo apagaba en el cenicero de Ted, Bobby volvió a notar que tenía los párpados hinchados.

Cuando descendían por la escalera, Bobby se acordó del cartel que había visto en el parque, el aviso sobre el corgi perdido que traía una PELOTA a la voz de CORRE, PHIL. Debería informar a Ted de eso. De eso y de todo lo demás. Pero si lo hacía y Ted se marchaba del 149, ¿quién se quedaría con él la semana siguiente? ¿Qué sería del campamento Broad Street, del plan de cenar juntos las famosas salchichas con alubias de Ted (quizá enfrente del televisor, cosa que su madre rara vez permitía) y quedarse despiertos hasta tan tarde como les viniera en gana?

Bobby se hizo una promesa: se lo contaría todo a Ted el viernes siguiente, cuando

su madre hubiera regresado de la conferencia, seminario o lo que fuese. Le ofrecería un informe completo y Ted podría tomar las medidas que considerara convenientes. Quizá incluso optara por seguir allí.

Una vez tomada esta decisión, Bobby se quitó un peso de encima, y cuando dos días después vio un anuncio de SE VENDE del revés en el tablón de anuncios del supermercado Total —no de un coche sino de una lavadora-secadora—, consiguió apartarlo de su pensamiento casi al instante.



Aun así, aquélla fue una semana agitada para Bobby Garfield, muy agitada de hecho. Vio dos avisos más de animales perdidos, uno en el centro y otro en Asher Avenue, casi un kilómetro más allá del Asher Empire (la manzana donde vivía ya no bastaba, y sus rondas diarias lo llevaban cada vez más lejos). Y aquellos extraños períodos en blanco de Ted empezaron a producirse con mayor frecuencia y a prolongarse más. Cuando se hallaba sumido en ese remoto estado, a veces hablaba, y no siempre en inglés. Cuando hablaba en inglés, sus palabras no siempre tenían sentido. En general, Bobby pensaba que Ted era una de las personas más cuerdas, inteligentes y agradables que había conocido. Sin embargo, cuando se ensimismaba, daba miedo. Afortunadamente su madre no estaba enterada de eso. Bobby no creía que a ella le gustara la idea de dejar a su hijo con un hombre que a veces se trastocaba y comenzaba a desvariar en inglés o decir cosas ininteligibles en otro idioma.

Después de una de estas lagunas, durante la cual Ted no hizo más que mantener la mirada fija en el vacío, sin dar respuesta alguna a las preguntas cada vez más apremiantes de Bobby, éste pensó que quizá Ted no estaba siquiera en su propia cabeza sino en otro mundo, que había abandonado la Tierra tal como los personajes de *Un anillo alrededor del sol*, que descubrían que podían trasladarse a cualquier parte siguiendo las espirales de la peonza de un niño.

Ted sostenía un Chesterfield entre los dedos cuando se quedó en blanco; la ceniza ganó terreno y por fin cayó en la mesa. Cuando el ascua se aproximaba inquietantemente a los abultados nudillos de Ted, Bobby le quitó la colilla de entre los dedos con delicadeza, y en el preciso momento en que la apagaba en el cenicero rebosante, Ted despertó.

—¿Fumando? —preguntó con expresión ceñuda—. Por Dios, Bobby, eres demasiado joven para fumar.

—Sólo estaba apagando tu cigarrillo. He pensado... —Bobby hizo un gesto de indiferencia, súbitamente avergonzado.

Ted se contempló los dedos índice y medio de la mano derecha, donde tenía siempre una mancha amarilla de nicotina. Soltó una carcajada, una especie de breve

gruñido sin ningún humor.

—Te preocupaba que me quemase, ¿verdad?

Bobby asintió con la cabeza.

—¿En qué piensas cuando entras en ese estado? ¿Adónde vas?

—Es difícil explicarlo —contestó Ted, y de inmediato pidió a Bobby que le leyera su horóscopo.

Pensar en los trances de Ted le impedía concentrarse en otras actividades, y no hablar de las cosas que Ted le había encargado buscar lo descentraba más aún. Como consecuencia de ello, Bobby —normalmente un buen bateador— quedó eliminado cuatro veces en una sola tarde mientras jugaba en Sterling House. Perdió también cuatro partidas de barcos seguidas contra Sully el viernes, cuando se quedaron en casa de éste porque llovía.

—¿Dónde demonios tienes la cabeza? —preguntó Sully—. Ya es la tercera vez que tiras en una casilla en la que ya habías tirado antes. Además, prácticamente tengo que gritarte al oído para que me contestes. ¿Qué pasa?

—Nada —dijo, y pensó: todo.

Esa semana también Carol le preguntó un par de veces si se encontraba bien; la señora Gerber se interesó por su «apetito», e Yvonne Loving quiso saber si tenía mononucleosis, echándose luego a reír de tal modo que parecía a punto de reventar.

La única persona que no notó el extraño comportamiento de Bobby fue su madre. Liz Garfield mostraba una creciente preocupación por el viaje a Providence. Todas las noches hablaba por teléfono con el señor Biderman o con uno de los otros dos que también irían (Bill Cushman era uno de ellos; Bobby no recordaba el nombre del otro); extendía su ropa sobre la cama hasta cubrir la colcha casi por completo y luego la miraba moviendo la cabeza en un gesto de enojo y volvía a guardarla en el armario; pedía hora en la peluquería para arreglarse el cabello y después telefoneaba otra vez para preguntar si podían añadir una manicura. Bobby ni siquiera sabía con certeza qué era una manicura. Tenía que preguntárselo a Ted.

Se la veía entusiasmada con los preparativos, pero a la vez se percibía en ella un ánimo un tanto sombrío. Parecía un soldado poco antes de desembarcar en una playa enemiga o un paracaidista que pronto saltaría de un avión tras las líneas enemigas. Una de sus conversaciones telefónicas nocturnas fue, por lo visto, una discusión en voz baja; Bobby tenía la sospecha de que hablaba con el señor Biderman, pero no estaba seguro. El sábado Bobby entró en la habitación de su madre y la encontró contemplando dos vestidos nuevos, vestidos *de vestir*, uno con estrechos tirantes en lugar de hombros y otro sin hombros siquiera, como un bañador. Las cajas donde venían estaban tiradas por el suelo, llenas de papel de seda revuelto. Su madre se hallaba de pie ante los vestidos mirándolos con una expresión que Bobby nunca había visto en ella: los ojos muy abiertos, el entrecejo contraído, las mejillas tensas y

blancas en marcado contraste con las manchas de colorete. Tenía una mano en la boca y se mordía las uñas con sonoros chasquidos óseos. Un Kool se consumía en un cenicero que había en la cómoda, al parecer olvidado. Su mirada iba de uno a otro vestido.

—¿Mamá? —dijo Bobby.

Ella dio un brinco, dio un brinco literalmente, y giró en redondo con una mueca de enojo en los labios.

—¡Dios santo! —gruñó—. ¿Es que no sabes llamar a la puerta?

—Perdona —dijo Bobby, y retrocedió para salir de la habitación. Hasta entonces su madre nunca le había exigido que llamase a la puerta antes de entrar—. ¿Estás bien, mamá?

—¡Perfectamente! —Liz echó un vistazo al cigarrillo, lo cogió y dio una vehemente calada. Exhaló con tal fuerza que Bobby casi creyó que le saldría humo por las orejas además de por la nariz y la boca—. Pero estaría mejor si encontrase un vestido de fiesta con el que no pareciese una vaca. Antes tenía una talla treinta y seis, ¿sabías? Antes de casarme con tu padre llevaba una treinta y seis. ¡Y ahora ya ves! ¡Estoy hecha una vaca! ¡La mismísima *Moby Dick*!

—Mamá, no estás gorda. En realidad, últimamente te noto...

—Sal de aquí, Bobby. Déjame sola, por favor. Me duele la cabeza.

Aquella noche Bobby la oyó llorar otra vez. Al día siguiente la vio guardar con cuidado uno de los vestidos en la maleta, el de tirantes. El otro volvió a la caja de la tienda; en la tapa rezaba VESTIDOS LUCIE DE BRIDGEPORT en elegante letra marrón.

El lunes por la noche Liz invitó a Ted Brautigan a cenar en el apartamento. A Bobby le encantaba el rollo de carne que preparaba su madre y generalmente repetía, pero en esa ocasión a duras penas consiguió comerse la primera ración. Lo aterrorizaba la posibilidad de que Ted entrara en trance y a su madre le diera un ataque de nervios.

Sus temores resultaron infundados. Ted habló tranquilamente de su niñez en Nueva Jersey y también, en respuesta a las preguntas de su madre, de su empleo en Hartford. Bobby lo notó más incómodo al referirse a sus experiencias como contable que al recordar sus paseos en trineo de la infancia, pero al parecer su madre no se dio cuenta. Ted sí pidió una segunda rodaja de rollo de carne.

Cuando acabaron de cenar y recoger la mesa, Liz entregó a Ted una lista de teléfonos, incluidos el del doctor Gordon, el de las oficinas de Sterling House y el del hotel Warwick.

—Si pasa algo, quiero que me avise, ¿de acuerdo?

—De acuerdo —respondió Ted.

—¿Te preocupa algo en particular, Bobby? —preguntó Liz, tocándole la frente con la palma de la mano como hacía a veces para comprobar si tenía fiebre.

—No. Lo pasaremos en grande, ¿verdad, señor Brautigan?

—Venga, llámalo Ted —dijo Liz casi con brusquedad—. Si va a dormir en nuestra sala de estar, quizá sea mejor que también yo lo llame Ted. ¿Me da usted su permiso?

—No faltaría más —contestó él—. Dejémoslo en Ted a partir de este momento.

Ted sonrió. A Bobby le pareció una sonrisa encantadora, abierta y cordial. No entendía cómo podía alguien resistirse a una sonrisa así. Pero su madre sí podía y se resistía. Incluso mientras devolvía a Ted la sonrisa, Bobby vio contraerse su mano de manera intermitente en torno a un Kleenex, un tenso gesto de desagrado habitual en ella. Una de sus frases preferidas acudió entonces a la memoria de Bobby: «Antes llevaría auestas un piano que me fiaría de él (o de ella)».

—Y de ahora en adelante yo seré Liz para ti —dijo su madre. Alargó un brazo por encima de la mesa y se estrecharon la mano como si acabaran de conocerse, pero Bobby sabía que ella tenía ya una opinión formada y definitiva sobre Ted Brautigan. Si no se hubiera hallado entre la espada y la pared, no le habría confiado a Bobby. Ni en un millón de años. Liz abrió su bolso y extrajo un sobre blanco—. Dentro hay diez dólares —explicó, entregando el sobre a Ted—. Al menos una noche os apetecerá cenar fuera, supongo; si no tienes inconveniente, Ted, podría ser en el Colony, que es el sitio que a Bobby más le gusta. Y quizá queráis ir al cine. No sé qué otros gastos pueda haber, pero siempre es mejor que sobre, ¿no?

—Más vale prevenir que curar —convino Ted, guardándose el sobre con cuidado en un bolsillo lateral del pantalón—, pero no creo que gastemos diez dólares en tres días, ¿verdad que no, Bobby?

—¡Qué va! No se me ocurre cómo.

—Quien no malgasta no pasa necesidades —aseveró Liz. Era otro de sus dichos preferidos, junto con «El necio y su dinero no tardan en separarse». Cogió el paquete de tabaco de la mesa contigua al sofá, sacó un cigarrillo y lo encendió con mano vacilante—. Estaréis bien los dos aquí solos. Probablemente lo pasaréis mejor que yo.

Observando los bordes irregulares de sus uñas mordidas, Bobby pensó: Eso sin duda.



Su madre y los otros viajarían a Providence en el coche del señor Biderman, y a la mañana siguiente a las siete Liz y Bobby Garfield salieron al porche a esperarlos. En el aire flotaba esa quietud matutina propia de los días calurosos del verano. Era la hora en que la gente se dirigía a su trabajo y de Asher Avenue llegaba el rumor del denso tráfico, pero allí, en Broad Street, pasaba sólo algún que otro coche o camión de reparto. Bobby oía el suave susurro de los aspersores de los jardines y, al otro lado

de la manzana, los interminables ladridos de *Bowser*. *Bowser* ladraba con el mismo sonido tanto en junio como en enero; a Bobby, *Bowser* le parecía tan inmutable como Dios.

—No hace falta que esperes aquí fuera conmigo —dijo Liz.

Llevaba una chaqueta ligera y fumaba un cigarrillo. Iba un poco más maquillada que de costumbre; aun así, Bobby advirtió que tenía ojeras. Tampoco esa noche había dormido bien.

—No me importa —respondió Bobby.

—Espero que no sea un error dejarte con él.

—No te preocupes, mamá; Ted es un buen hombre.

Su madre masculló un gruñido de escepticismo.

Al pie de la cuesta, un destello metálico anunció la llegada del Mercury del señor Biderman (no vulgar, pero sí enorme), que dobló desde Commonwealth y subió por la calle hacia el 149.

—Ahí está, ahí está —dijo su madre con entusiasmo y agitación. Se inclinó—. Dame un beso, Bobby. Si te lo doy yo, se me correrá el pintalabios.

Bobby apoyó una mano en el brazo de ella y la besó en la mejilla con delicadeza. Percibió el olor de su pelo, su perfume, sus polvos de tocador. Nunca más volvería a besarla con ese mismo candoroso afecto.

Su madre esbozó una vaga sonrisa, sin mirarlo a él sino al descomunal Mercury del señor Biderman, que viró con elegancia para acercarse a la acera y se detuvo frente a la casa. Hizo ademán de coger sus dos maletas (dos maletas se le antojaban a Bobby mucho equipaje para sólo dos días, aunque supuso que el vestido de fiesta ocupaba buena parte del espacio en una de ellas), pero Bobby se le adelantó.

—Pesas mucho, Bobby; tropezarás al bajar por los peldaños.

—No, no tropezaré.

Liz lanzó una mirada distraída a su hijo y de inmediato saludó al señor Biderman con la mano y se dirigió hacia el coche con un sonoro taconeo. Bobby la siguió, procurando disimular el gran esfuerzo que le suponía acarrear las dos pesadas maletas. ¿Qué había cargado en ellas, ropa o ladrillos?

Al menos consiguió llegar hasta la acera sin pararse a descansar. El señor Biderman, ya fuera del coche, dio un informal beso en la mejilla a su madre y sacudió las llaves para separar la del maletero.

—¿Qué tal, valiente? ¿Cómo va? —El señor Biderman siempre llamaba «valiente» a Bobby—. Déjalas en la parte de atrás y ya las meteré yo. Las mujeres siempre se llevan media casa auestas, ¿no? En fin, ya conoces el dicho: no se puede vivir con ellas, ni se las puede matar fuera del estado de Montana. —Enseñó los dientes en una sonrisa que a Bobby le recordó a Jack, el personaje de *El señor de las moscas*—. ¿Te cojo una?

—No, yo puedo —respondió Bobby. Ya al límite de sus fuerzas, siguió al señor Biderman. Le dolían los hombros, tenía la nuca caliente y empezaba a sudar.

El señor Biderman abrió el maletero, agarró las maletas de las manos de Bobby y las colocó con el resto del equipaje. Liz hablaba con los otros hombres a través de la ventanilla trasera. Rió en respuesta a algún comentario de uno de ellos. A Bobby, aquella risa le pareció más postiza que una pata de palo.

El señor Biderman cerró el maletero y miró a Bobby. Era un hombre de cuerpo estrecho y rostro ancho. Siempre tenía las mejillas sonrojadas. Por entre los surcos dejados en su pelo por el peine se veía la piel rosada de su cuero cabelludo. Llevaba unas gafas pequeñas de montura dorada y aros redondos. A Bobby, su sonrisa le pareció tan postiza como la risa de su madre.

—¿Jugarás al béisbol este verano, valiente? —preguntó Don Biderman, flexionando un poco las rodillas y empuñando un bate imaginario.

Bobby pensó que era un imbécil.

—Sí. Con los Lobos, en Sterling House. Tenía la esperanza de que me aceptaran en los Leones, pero...

—Bien, bien. —Con un gesto exagerado, el señor Biderman consultó su reloj (la ancha cadena elástica de oro despedía un brillo cegador bajo los primeros rayos del sol) y luego dio a Bobby una palmada en la mejilla. Bobby necesitó un esfuerzo consciente para no apartar la cara—. En fin, tenemos que poner en marcha esta tartana. Pégale fuerte a la pelota, valiente. Y gracias por prestarnos a tu madre.

Se dio media vuelta y acompañó a Liz hacia el lado del pasajero apoyando una mano contra su espalda. A Bobby, ese gesto le gustó aún menos que verlo besuquearla en la mejilla. Echó un vistazo a los dos hombres rollizos y trajeados que ocupaban el asiento trasero —Dean se llamaba el otro, recordó Bobby de pronto— justo en el momento en que se reclamaban mutuamente la atención a codazos. Los dos sonreían.

Aquí pasa algo raro, pensó Bobby, y cuando el señor Biderman abrió la puerta del coche a su madre, cuando ella le dio las gracias en un susurro y entró recogiendo un poco la falda del vestido para que no se arrugara, Bobby sintió el repentino impulso de decirle que no fuera, que Rhode Island estaba demasiado lejos, que incluso Bridgeport estaría demasiado lejos, que debía quedarse en casa.

Sin embargo, guardó silencio, limitándose a permanecer en el bordillo de la acera mientras el señor Biderman cerraba la puerta del pasajero y volvía a rodear el coche hacia el lado del conductor. Abrió su puerta, se detuvo por un instante y repitió la estúpida pantomima del bateo, esta vez con un ridículo movimiento de cadera. ¡Qué farsante!, pensó Bobby.

—No hagas nada que yo no haría, valiente —dijo.

—Pero si lo haces, ponle mi nombre —añadió Cushman desde el asiento trasero.

Bobby no entendió el chiste, pero debía de ser gracioso, porque Dean soltó una carcajada y el señor Biderman le guiñó un ojo en un gesto de masculina complicidad.

—Pórtate bien, Bobby —dijo su madre, inclinándose hacia él—. Volveré el jueves alrededor de las ocho, como mucho a las diez. ¿Te parece bien?

No, no me parece bien en absoluto, pensó Bobby. No te vayas con ellos, mamá; no te vayas con el señor Biderman y esos dos imbéciles sonrientes sentados detrás de ti. Esos dos farsantes. No te vayas, por favor.

—Claro que le parece bien —aseguró el señor Biderman—. Es un valiente, ¿verdad, valiente?

—¿Bobby? —preguntó su madre sin mirar al señor Biderman—. ¿Te quedas tranquilo?

—Sí —contestó Bobby—. Soy un valiente.

El señor Biderman prorrumpió en una estridente risotada —«Matad al jabalí, cortadle el cuello», pensó Bobby— y puso el motor en marcha.

—¡A Providence o al infierno! —bramó, y el coche viró hacia el otro lado de la calle y subió en dirección a Asher Avenue.

Bobby se despidió con la mano desde la acera mientras el Mercury dejaba atrás la casa de Carol y después la de Sully-John. Se le encogió el corazón. Si eso era una premonición —un palpito—, no quería tener otro en su vida.

Una mano se apoyó en su hombro. Volvió la cabeza y vio a Ted detrás de él en bata y zapatillas, fumando. El pelo, pendiente aún su cita matutina con el peine, se le erizaba en torno a las orejas en cómicos abanicos blancos.

—Así que ése era el jefe —comentó—. Señor... ¿Bidermeyer?

—Biderman —corrigió Bobby.

—¿Y te cae bien, Bobby?

Hablando con grave y enconada claridad, Bobby contestó:

—Antes llevaría a cuestras un piano que me fiaría de él.

Un viejo verde. El guiso de Ted. Un mal sueño. El pueblo de los malditos.
Allí abajo.

Aproximadamente una hora después de ver marcharse a su madre, Bobby se pasó por el campo B, detrás de Sterling House. Hasta el mediodía no se jugaban allí partidos de béisbol, y sólo podía ensayarse el golpe o ejercitarse el movimiento del bate sin pelota, pero incluso eso era mejor que quedarse de brazos cruzados. En el campo A, al norte, los niños de menor edad perdían el tiempo en un juego que guardaba apenas una vaga semejanza con el béisbol: en el campo C, al sur, algunos chicos de secundaria jugaban a algo más parecido al auténtico béisbol.

Poco después de sonar las doce en el reloj de la plaza y tomarse los niños un descanso para ir al puesto ambulante de perritos calientes, Bill Pratt preguntó:

—¿Quién es aquel bicho raro?

Señalaba en dirección a un grada de la zona de sombra, y aunque Ted llevaba una gabardina, un viejo sombrero de fieltro y gafas de sol, Bobby lo reconoció al instante. Supuso que también S-J lo habría reconocido si hubiera estado allí y no en el campamento Winnie. Poco faltó para que Bobby levantara una mano y lo saludara, pero se contuvo, porque Ted iba disfrazado. Aun así, había acudido a los campos para ver jugar a su amigo y vecino. Pese a que no era más que un entrenamiento, Bobby notó un absurdo nudo en la garganta. Su madre sólo había ido a verlo una vez en los dos años que llevaba jugando, en agosto del año anterior, cuando el equipo de Bobby participó en el Campeonato de los Tres Pueblos, e incluso en esa ocasión se marchó durante la cuarta entrada, antes de que Bobby conectase el triple que finalmente les dio la victoria. «Alguien ha de trabajar en esta familia, Bobby», habría contestado su madre si él se hubiera atrevido a reprochárselo. «Tu padre no nos dejó nadando en la abundancia precisamente, ¿sabes?» Y desde luego era verdad: ella tenía que trabajar y Ted, en cambio, estaba jubilado. Salvo por el detalle de que Ted debía esconderse de los hampones con chaquetas amarillas, y ése era un trabajo a jornada completa. El hecho de que esos hombres no existieran era lo de menos. Ted estaba *convencido* de que existían, y aun así, había salido para verlo jugar.

—Probablemente un viejo verde que quiere conseguir una mamada de algún niño pequeño —respondió Harry Shaw.

Harry era un chico de corta estatura y bastante gallito, un chico que iba por la vida sacando el mentón un palmo por delante de él. Viéndose en compañía de Bill y Harry, de pronto Bobby echó en falta a Sully-John, que había salido en autocar hacia el campamento Winnie el lunes por la mañana (a la intempestiva hora de las cinco de

la madrugada). S-J tenía buen carácter y era amable. A veces Bobby pensaba que eso era lo mejor de Sully: su amabilidad.

En el campo C se oyó el potente golpe de un bate, el sonido de un contacto pleno, con autoridad, que ningún niño del campo B era capaz de producir todavía. Siguieron unos feroces gritos de entusiasmo que obligaron a Bill, Harry y Bobby a mirar con cierto nerviosismo en aquella dirección.

—Los alumnos del San Gabriel —dijo Bill—. Se creen los dueños del campo C.

—¡Asquerosos engominados! —exclamó Harry—. Los engominados son todos unos maricas. Yo le puedo a cualquiera de ellos.

—¿Y a quince o veinte juntos? —preguntó Bill, y Harry no contestó.

Más adelante, resplandeciente como un espejo, se hallaba el puesto de perritos calientes. Bobby tocó el dólar que llevaba en el bolsillo. Procedía del sobre que había dejado su madre y se lo había dado Ted, que luego había puesto el sobre detrás de la tostadora, diciéndole que cogiera todo lo que necesitara. Bobby experimentó un sentimiento cercano a la euforia ante tal muestra de confianza.

—Veámosle el lado bueno —comentó Bill—: quizá esos chicos del San Gabriel le den una paliza al viejo verde.

Cuando llegaron al puesto ambulante, Bobby pidió sólo un perrito caliente en lugar de los dos que tenía previstos. Había perdido un poco el apetito. Cuando regresaron al campo B, donde esperaban ya los entrenadores de los Lobos con el carrito del material, no había nadie en la grada en la que minutos antes estaba sentado Ted.

—¡Vamos, vamos! —apremió el entrenador Terrell, dando palmadas—. ¿Quién quiere jugar al béisbol aquí?



Esa noche Ted preparó su famoso guiso en el horno de los Garfield. Para Bobby, eso suponía volver a comer salchichas, pero en el verano de 1960 Bobby Garfield era capaz de engullir salchichas tres veces durante el día y repetir en la cena.

Bobby leyó el periódico a Ted mientras él cocinaba. Sólo quiso oír un par de párrafos acerca de la inminente revancha entre Patterson y Johannsson, que todo el mundo llamaba el combate del siglo; sin embargo, le hizo leer de principio a fin el artículo sobre la pelea entre Albini y Haywood, que se celebraría la noche del día siguiente en el Madison Square Garden de Nueva York. Tal preferencia causó cierta extrañeza en Bobby, pero estaba demasiado contento para quejarse y ni siquiera hizo comentario alguno al respecto.

No recordaba haber pasado una noche sin su madre, y la echaba de menos; sin embargo, también le representaba un alivio separarse de ella por unos días. Desde

hacía unas semanas, o quizá incluso meses, flotaba en el apartamento una tensión anormal. Era como un zumbido eléctrico tan continuo que uno se acostumbraba a él y no se daba cuenta en qué medida formaba parte de su vida hasta que desaparecía. Mientras andaba en esas reflexiones, acudió a su memoria otro de los dichos de su madre.

—¿Qué piensas? —preguntó Ted cuando Bobby se acercó a coger los platos.

—Que un cambio sienta igual de bien que un descanso —respondió Bobby—. Se lo he oído decir a mi madre. Espero que esté pasándolo tan bien como yo.

—Lo mismo digo, Bobby —convino Ted. Se inclinó, abrió el horno y echó un vistazo a la cena—. Lo mismo digo.



La cena fue de chuparse los dedos, con alubias enlatadas B&M —las únicas que en realidad le gustaban a Bobby— y unas exóticas salchichas picantes que no provenían del supermercado sino de la carnicería próxima a la plaza. (Bobby supuso que Ted las había comprado durante su salida de incógnito.) Todo ello iba acompañado de una salsa de rábanos que quemaba en la boca y provocaba una sensación de calor en la cara. Ted repitió una vez; Bobby repitió dos, tomando un vaso tras otro de zumo de uva para ayudar a bajar la comida.

Ted se quedó en blanco sólo una vez durante la cena, diciendo primero que los percibía en el fondo de los ojos y empezando luego a hablar bien en otro idioma, bien en un lenguaje incomprensible; pero el incidente fue breve y no quitó el apetito a Bobby en absoluto. Las lagunas formaban parte de Ted, así de sencillo, al igual que su torpe andar o las manchas de nicotina entre los dedos índice y medio de la mano derecha.

Recogieron los dos la mesa. Ted guardó las sobras de su guiso en la nevera y lavó los platos, y Bobby los secó y guardó cada cosa en su sitio porque él sabía dónde iba todo.

—¿Te interesa venir a Bridgeport conmigo mañana? —preguntó Ted mientras trabajaban en la cocina—. Podríamos ir al cine, a la sesión matinal; luego tengo un recado que hacer.

—¡Caramba, sí! —exclamó Bobby—. ¿Qué quieres ver?

—Acepto sugerencias, pero pensaba quizá en *El pueblo de los malditos*, una película inglesa de ciencia ficción. Está basada en una excelente novela de John Wyndham. ¿Te parece bien?

En un primer momento Bobby quedó mudo del entusiasmo. Había visto los anuncios de *El pueblo de los malditos* en el periódico —todos aquellos niños terroríficos de ojos brillantes—, pero no había considerado siquiera la posibilidad de

verla. No era desde luego la clase de película que se incluía en las sesiones matinales del Harwich —el cine de la plaza— o el Asher Empire. Allí, las sesiones matinales se dedicaban casi exclusivamente a películas de monstruos, del Oeste y de guerra. Y aunque su madre solía llevarlo cuando iba a una sesión de noche, a ella no le gustaba la ciencia ficción (Liz prefería tristes historias de amor como *The Dark at the Top of the Stairs*). Además, los cines de Bridgeport no estaban anticuados como el Harwich ni tenían la funcional apariencia del Empire, con su insulsa marquesina sin adornos. Los cines de Bridgeport eran como castillos encantados, con pantallas enormes (cubiertas por varios telones de terciopelo durante los intermedios), una galáctica profusión de pequeñas luces en el techo, relucientes apliques eléctricos en las paredes... y *dos* galerías.

—¿Bobby?

—¡Claro! —contestó por fin, pensando que probablemente esa noche no podría conciliar el sueño—. Me encantaría. Pero no te dan miedo..., ya sabes...

—Iremos en taxi en lugar de tomar el autobús. Después puedo pedir otro taxi por teléfono para volver. No hay peligro. Además, creo que están alejándose. Ya no los percibo con tanta claridad.

Sin embargo, Ted desvió la mirada al responder, y Bobby, viendo su semblante, tuvo la impresión de que trataba de convencerse de algo que en el fondo no creía. Si la creciente frecuencia de sus lagunas era indicio de algo, pensó Bobby, aquella expresión estaba más que justificada.

Basta ya, se dijo; esos hampones no existen, no son más reales que Flash Gordon y Dale Arden. Las cosas que te ha pedido que busques son sólo... sólo *cosas*. Recuérдалo, Bobby: *cosas* corrientes.

Una vez limpia y guardada la vajilla, se sentaron a ver la serie *Bronco*, protagonizada por Ty Hardin. No se hallaba entre las mejores de las llamadas «series del Oeste para adultos» (*Cheyenne* y *Maverick* eran las mejores), pero tampoco estaba mal. A medio episodio Bobby dejó escapar un pedo moderadamente sonoro. Las alubias a la cazuela de Ted comenzaban a surtir efecto. Miró de reojo para comprobar si Ted se había tapado la nariz o hacía muecas de asco. No, tenía la vista fija en el televisor, en apariencia absorto.

En el intermedio para la publicidad (un anuncio de una actriz que vendía frigoríficos), Ted preguntó a Bobby si le apetecía una cerveza sin alcohol. Bobby aceptó.

—Creo que me tomaré un Alka-Seltzer del frasco que he visto en el cuarto de baño, Bobby. Puede que haya comido demasiado.

Cuando se levantaba, se soltó un prologando pedo que sonó con la fuerza de un trombón. Bobby se llevó las manos a la boca y se echó a reír. Ted le dirigió una sonrisa compungida y salió de la sala de estar. Con la risa, Bobby expulsó más aire

del vientre, una ristra de pedos cortos y nítidos, y cuando Ted regresó con un burbujeante vaso de Alka-Seltzer en una mano y un espumoso vaso de cerveza Hires en la otra, Bobby reía de tal modo que las lágrimas le corrían por las mejillas y quedaban suspendidas en el borde de su mandíbula como gotas de lluvia.

—Con esto nos recompondremos —dijo Ted, y cuando se inclinó para entregarle a Bobby la cerveza, llegó de detrás de él un ruidoso bocinazo. Con total naturalidad, añadió—: Un ganso acaba de salir volando de mi culo.

A Bobby le entró tal ataque de risa que no pudo seguir sentado. Resbaló del sillón y quedó desmadejado en el suelo.

—Enseguida vuelvo —dijo Ted—. Necesitamos una cosa más.

Dejó abierta la puerta del apartamento, y Bobby lo oyó subir por la escalera. Cuando Ted llegó al tercer piso, Bobby había conseguido volver a rastras a su asiento. No se había reído tanto en su vida. Tomó un sorbo de cerveza y se tiró otro pedo.

—Un ganso acaba de salir... de salir volando —balbució, pero fue incapaz de terminar la frase. Se desplomó contra el respaldo del sillón y prorrumpió de nuevo en carcajadas, moviendo la cabeza de un lado a otro.

Los peldaños de la escalera crujieron cuando Ted volvió a bajar. Entró en el apartamento con el ventilador bajo el brazo, el cable pulcramente enrollado en torno a la base.

—Tu madre tenía razón en esto —dijo, y cuando se agachó a enchufarlo, otro ganso salió volando de su culo.

—Casi siempre la tiene —afirmó Bobby, y los dos encontraron gracioso el comentario.

Permanecieron sentados en la sala de estar con el ventilador en marcha, que pivotaba a izquierda y derecha, removiendo el aire cada vez más fragante. Bobby pensó que si continuaba riendo, no tardaría en estallarle la cabeza.

Cuando terminó *Bronco* (para entonces Bobby había perdido por completo el hilo del argumento), ayudó a Ted a desplegar el sofá. La cama que ocultaba en su interior no ofrecía un aspecto muy halagüeño, pero Liz la había dejado ya lista con sábanas y mantas, y Ted dijo que le parecía bien. Después de lavarse los dientes, Bobby se asomó a la puerta de su habitación y observó a Ted, que estaba sentado en los pies del sofá-cama viendo las noticias.

—Buenas noches —dijo Bobby.

Ted se volvió hacia él, y por un instante Bobby creyó que se levantaría, cruzaría la sala y le daría un abrazo y quizá un beso. Sin embargo, se limitó a esbozar un extraño y forzado saludo.

—Que descanses, Bobby.

—Gracias.

Bobby cerró la puerta de su habitación, apagó la luz, se acostó y extendió las piernas apuntando los talones hacia las esquinas del colchón. Contemplando la oscuridad, recordó la mañana en que Ted lo había cogido por los hombros y luego había entrelazado sus manos viejas y nudosas detrás de su cuello. En aquellos momentos sus rostros se hallaban casi tan cerca como lo estarían los rostros de Carol y él en la noria poco antes de besarla. Era el día en que había discutido con su madre. El día en que había sabido que existía dinero pegado con celo en las páginas del catálogo. Y el día en que había ganado noventa centavos al señor McQuown. «Ve a tomarte una copa», había dicho el señor McQuown.

¿Se debía a Ted? ¿Se debía el pálpito al contacto con Ted?

—Sí —susurró Bobby a oscuras—. Sí, probablemente.

¿Y si vuelve a tocarme de ese modo?, pensó.

Bobby consideraba aún esa posibilidad cuando lo venció el sueño.



Soñó que un grupo de gente perseguía a su madre a través de la selva: Jack y Piggy, los pequeños y Don Biderman, Cushman y Dean. Su madre llevaba el vestido nuevo de la tienda Lucie de Bridgeport, el negro con delgados tirantes, pero roto por varios sitios a causa de los enganchones en ramas y espinas. Tenía las medias hechas jirones; parecían tiras de piel muerta colgando de sus piernas. Sus ojos hundidos brillaban de terror. Los chicos que la perseguían iban desnudos. Biderman y los otros dos vestían sus habituales trajes. Todos ellos llevaban franjas rojas y blancas pintadas en la cara; todos blandían lanzas y gritaban: «¡Matad al jabalí, cortadle la garganta! ¡Matad al jabalí, bebeos su sangre! ¡Matad al jabalí, sacadle las tripas!».

Despertó tembloroso bajo la mortecina luz del amanecer y se levantó para ir al baño. Cuando volvió a la cama, ya no recordaba con claridad qué había soñado. Durmió otras dos horas y lo despertó el aroma del beicon y los huevos fritos. Los luminosos rayos del sol estival penetraban oblicuos por la ventana de su habitación y Ted preparaba el desayuno.



El pueblo de los malditos fue la última y más impactante película de la infancia de Bobby Garfield; fue la primera y más impactante película de la época posterior a su infancia, un período sombrío durante el cual a menudo obró mal y estuvo siempre sumido en la mayor confusión, convertido en un Bobby Garfield que tenía la sensación de no conocer realmente. El policía que lo detuvo por primera vez era

rubio, y cuando se lo llevaba de la pequeña tienda en la que había entrado a robar (por entonces Bobby y su madre vivían en un barrio periférico del norte de Boston), acudió a su mente la imagen de aquellos niños rubios de *El pueblo de los malditos*. El policía podría haber sido uno de ellos ya crecido.

Pasaban la película en el Criterion, el vivo ejemplo de los palacios cinematográficos de Bridgeport en los que Bobby pensaba la noche anterior. Era en blanco y negro, pero los contrastes aparecían nítidos, y no desdibujados como en el televisor de casa. Las imágenes eran *colosales*, y también los sonidos, en especial la escalofriante música que sonaba cuando los niños de Midwich comenzaban a utilizar sus poderes.

Bobby quedó cautivado por el argumento, comprendiendo ya en los primeros cinco minutos que era una historia *real* en el mismo sentido que la historia narrada en *El señor de las moscas*. Los personajes parecían personas reales, lo cual hacía aún más terroríficas las partes ficticias. Supuso que Sully-John la habría encontrado aburrida, salvo al final. A S-J le gustaba ver a escorpiones gigantes asolar Ciudad de México o a Gorgo pisotear Londres; aparte de eso, su interés en las «películas de criaturas extrañas», como él las llamaba, era limitado. Pero Sully no estaba allí, y por primera vez desde su marcha Bobby se alegraba de que así fuera.

Llegaron a tiempo para la sesión matinal de la una y el cine estaba casi vacío. Ted (con el sombrero puesto y las gafas de sol plegadas en el bolsillo de la camisa) compró una bolsa de palomitas, un paquete de caramelos, una coca-cola para Bobby y una cerveza (sin alcohol, naturalmente) para él. De vez en cuando ofrecía a Bobby palomitas o caramelos, y Bobby cogía un puñado, pero apenas se daba cuenta de que comía, y menos aún de *qué* comía.

La película empezaba en el momento en que todos los habitantes del pueblo inglés de Midwich quedaban dormidos (un hombre que en ese instante conducía un tractor resultaba muerto, al igual que una mujer que caía de bruces sobre un fogón encendido). Se informaba del hecho al ejército, que enviaba un avión de reconocimiento a la zona. El piloto se dormía tan pronto como comenzaba a sobrevolar el espacio aéreo de Midwich y el avión se estrellaba. Un soldado con una cuerda atada a la cintura se adentraba diez o doce pasos en el pueblo y de pronto quedaba profundamente dormido. Tiraban de él para sacarlo y volvía a despertar en cuanto rebasaba la «línea del sueño» que habían pintado en la carretera.

Finalmente los habitantes de Midwich despertaban y todo parecía volver a la normalidad... hasta que, transcurridas unas semanas, las mujeres del pueblo descubrían que estaban embarazadas. Las viejas, las jóvenes e incluso las niñas de la edad de Carol Gerber, todas embarazadas, y los hijos que daban a luz eran los espeluznantes niños del cartel publicitario, los niños de pelo rubio y ojos brillantes.

Aunque la película no llegaba a desvelarlo, Bobby se figuró que los hijos de los

malditos eran fruto de algún fenómeno del espacio exterior, como las vainas extraterrestres de *La invasión de los ladrones de cuerpos*. Fuera como fuese, crecían más deprisa que los niños normales, poseían una inteligencia superior, podían someter a la gente a su voluntad... y eran despiadados. Cuando el padre de uno de los hijos de los malditos intentaba imponerle disciplina, todos los niños se ponían de acuerdo y dirigían sus pensamientos contra el adulto insumiso (sus ojos brillantes, la música tan vibrante y misteriosa que a Bobby se le puso la carne de gallina mientras bebía su coca-cola) hasta que el hombre se apuntaba a la cabeza con una escopeta y se mataba (esa escena no se veía, para alivio de Bobby).

George Sanders interpretaba el papel principal. Su esposa daba a luz a uno de los niños rubios. S-J se habría mofado de George, llamándolo «capullo amariconado» o «vieja gloria», pero Bobby agradeció el cambio respecto a otros héroes como Randolph Scott, Richard Carlson, o el inevitable Audie Murphy de las películas de guerra. A su peculiar manera inglesa, George era la repanocha. En palabras de Denny Rivers, el bueno de George sabía conservar la sangre fría. Llevaba unas peculiares corbatas muy elegantes y se peinaba hacia atrás con el pelo pegado a la cabeza. No daba la impresión de que fuera capaz de acabar a puñetazos con una pandilla de maleantes de cantina o algo así, pero era el único habitante de Midwich con quien aceptaban relacionarse los hijos de los malditos; de hecho, lo designaban su profesor. Bobby no se imaginaba a Randolph Scott o Audie Murphy enseñando *nada* a un grupo de niños superdotados.

Al final, George Sanders era además quien se deshacía de ellos. Había descubierto que si imaginaba un muro de ladrillo y ocultaba detrás sus pensamientos secretos, impedía que los niños penetraran en su mente, aunque fuera sólo por unos momentos. Y cuando todos habían decidido que los niños debían desaparecer (podía enseñárseles matemáticas pero no entendían qué había de malo en castigar a alguien obligándolo a saltar desde lo alto de un precipicio), Sanders metía una bomba en su cartera y la llevaba al aula, el único sitio donde se reunían todos los niños (Bobby comprendió vagamente que eran sólo versiones sobrenaturales de Jack Merridew y sus cazadores en *El señor de las moscas*).

Los niños presentían que Sanders les ocultaba algo. En la terrible secuencia final de la película se veía saltar por los aires los ladrillos del muro que Sanders había construido en su mente, se los veía saltar cada vez más deprisa a medida que los hijos de los malditos hurgaban en su pensamiento para averiguar qué escondía. Por último, descubrían la imagen de la bomba en la cartera, ocho o nueve cartuchos de dinamita conectados a un reloj. Sus escalofriantes ojos se agrandaban al comprender qué ocurría, pero ya no tenían tiempo de nada. La bomba estallaba. A Bobby le sorprendió la muerte del héroe —Randolph Scott nunca moría en las películas de las sesiones matinales del Empire, ni Audie Murphy o Richard Carlson—, pero entendió

que George Sanders había dado la vida por el bien de la comunidad. Creyó encontrar también la explicación a otra cosa: las lagunas de Ted.

Durante la visita a Midwich de Ted y Bobby, en el sur de Connecticut había empezado a apretar el calor y lucía un sol cegador. En todo caso, Bobby nunca le encontraba mucho encanto al mundo después de ver una buena película; durante un rato la realidad se le antojaba una broma de mal gusto, poblada de gente con la mirada apagada, planes insignificantes y caras imperfectas. A veces pensaba que el mundo sería mucho mejor si tuviera una *trama*.

—¡Brautigan y Garfield mudan de aires! —exclamó Ted cuando salían de debajo de la marquesina (de ella colgaba un cartel donde se leía **ENTRE, LOCAL REFRIGERADO**)—. ¿Qué te ha parecido? ¿Te ha gustado?

—Me ha encantado —respondió Bobby—. Ha sido fabulosa. Gracias por traerme. Es prácticamente la mejor película que he visto. ¿Qué me dices de la escena en que lleva la dinamita? ¿Creías que conseguiría engañarlos?

—Bueno, no olvides que yo ya había leído el libro. ¿Tú lo leerás?

—¡Sí! —De hecho, Bobby sintió el súbito impulso de echarse a correr hacia Harwich a pleno sol, primero por la carretera de Connecticut y luego por Asher Avenue, para sacar inmediatamente de la biblioteca *Los cucos de Midwich* con su carnet de adulto—. ¿Ha escrito alguna otra novela de ciencia ficción?

—¿John Wyndham? Sí, claro, unas cuantas. Y sin duda escribirá más. Una de las ventajas de los autores de ciencia ficción y misterio es que rara vez pierden cinco años en titubeos entre un libro y otro. Eso es prerrogativa de los escritores serios que beben whisky y tienen aventuras con mujeres.

—¿Son las otras tan buenas como la que acabamos de ver?

—*El día de los trífidos* es igual de buena —contestó Ted—, y *Kraken acecha* es aún mejor.

—¿Qué es eso de «kraken»?

Habían llegado a una esquina y aguardaban a que cambiara el semáforo. Ted puso una cara terrorífica y se inclinó hacia Bobby apoyando las manos en las rodillas.

—Es un moonstruo —dijo en una aceptable imitación de Boris Karloff.

Reanudaron el paseo, y mientras caminaban, hablaron primero de la película, luego sobre si realmente podía existir vida en otros planetas, y después acerca de las peculiares y elegantes corbatas de George Sanders en *El pueblo de los malditos* (Ted le explicó que esa clase de corbata se llamaba «chalina»). Cuando Bobby volvió a fijarse en lo que los rodeaba, habían llegado a una zona de Bridgeport donde nunca había estado; cuando visitaba la ciudad con su madre, se movían sólo por las calles del centro, donde se hallaban las principales tiendas. Allí, en cambio, las tiendas eran pequeñas y se sucedían una tras otra. Ninguna vendía lo que acostumbraba encontrarse en los grandes almacenes: ropa, electrodomésticos, zapatos, juguetes.

Bobby vio rótulos de cerrajerías, servicios de cambio de cheques, librerías de viejo. ARMERÍA ROD rezaba un letrero. FIDEOS WO FAT rezaba otro. REVELADO FOTOGRÁFICO rezaba un tercero. En el establecimiento contiguo a WO FAT se vendían RECUERDOS ESPECIALES. Aquella calle presentaba una extraña e indefinida semejanza con el paseo principal de Savin Rock, tanto era así que Bobby casi esperó ver en una esquina al trilero con su mesa improvisada y sus cartas de dorso rojo.

Cuando pasaron ante la tienda de RECUERDOS ESPECIALES, Bobby trató de atisbar el interior a través de la cristalera, pero quedaba oculto tras una gruesa persiana de bambú. No sabía de ninguna tienda que tapase el escaparate en horario comercial.

—¿Quién querrá llevarse un recuerdo especial de Bridgeport? —preguntó.

—Verás, en realidad no creo que vendan recuerdos —respondió Ted—. Supongo que venden artículos relacionados con el sexo, en su mayoría dudosamente legales.

A Bobby se le ocurrieron numerosas preguntas a ese respecto —un millón poco más o menos—, pero consideró más oportuno callar. Frente a una casa de empeños con sus tres bolas doradas sobre la puerta, Bobby se detuvo a contemplar una docena de navajas de afeitar rectas colocadas sobre un tapete de terciopelo con las hojas parcialmente abiertas. Estaban dispuestas en círculo, y el resultado era una imagen extraña y, en opinión de Bobby, bella: mirándolas, se le antojaba estar viendo una pieza extraída de un mecanismo mortífero. Las empuñaduras eran mucho más exóticas que el mango de la navaja que Ted empleaba. Una parecía de marfil, otra de rubí con hilos de oro incrustados, otra de cristal.

—Si te comprases una de éstas, te afeitarías a lo grande, ¿verdad? —preguntó Bobby. Pensó que Ted sonreiría, pero no fue así.

—Cuando la gente compra navajas como éstas, Bobby, no las usan para afeitarse.

—¿Qué quieres decir?

Ted no se lo aclaró, pero le compró un sándwich llamado «giros» en una tienda de comida griega. Venía en un trozo de pan casero enrollado y rezumaba una sospechosa salsa blanca que Bobby encontró muy parecida al pus de un grano. Se obligó a probarlo porque Ted le aseguró que sabía bien, y resultó el mejor sándwich que había comido en su vida, relleno de una carne tan tierna como la de un perrito caliente o una hamburguesa del Colony pero con un gusto exótico que jamás tendría una hamburguesa o un perrito caliente. Y le encantó comer en la calle, paseando con su amigo, mirando y dejándose mirar.

—¿Cómo se llama esta parte de la ciudad? —preguntó Bobby—. ¿Tiene un nombre?

—Hoy en día, vete a saber —respondió Ted con un gesto de indiferencia—. Antes se conocía como el Barrio Griego. Luego llegaron los italianos, más tarde los puertorriqueños y ahora los negros. Hay un novelista llamado David Goodis, la clase de escritor que nunca leen los profesores universitarios, un genio de los expositores

de libro de bolsillo, que la llama «allí abajo». Según él, todas las ciudades tienen un barrio como éste, donde puede comprarse sexo, marihuana o un loro que suelte tacos, donde los hombres se sientan a charlar en las escaleras de entrada a las casas como aquellos hombres que ves en la otra acera, donde parece que las mujeres siempre están llamando a gritos a sus hijos para que entren si no quieren llevarse unos azotes, y donde las botellas de vino van siempre dentro de una bolsa de papel. —Ted señaló una bolsa marrón abandonada junto al bordillo de la acera, de la cual asomaba en efecto una botella—. Es simplemente «allí abajo», como dice David Goodis, el lugar donde de nada te sirve el apellido y, con dinero en el bolsillo, puedes comprar casi cualquier cosa.

Allí abajo, pensó Bobby, observando a tres adolescentes con cazadoras de cuero que los miraron al pasar. Ésta es la tierra de las navajas de afeitar rectas y los recuerdos especiales.

El Criterion y los grandes almacenes Muncie's nunca le habían parecido tan lejos. ¿Y Broad Street? Su calles y todo Harwich podrían haber estado en otro sistema solar.

Por fin llegaron a un establecimiento llamado The Corner Pocket, Billares, Juegos Automáticos, Cerveza Rheingold de Barril. Fuera colgaba también uno de aquellos carteles donde se leía **ENTRE, LOCAL REFRIGERADO**). Cuando Bobby y Ted pasaban por debajo, salió por la puerta un joven con una camiseta de tirantes y un sombrero a lo Frank Sinatra, de ala corta y color chocolate. En una mano sostenía un estuche alargado. Ahí lleva el taco de billar, pensó Bobby con temor y asombro. Lleva el taco de billar en ese estuche como si fuera una guitarra o algo así.

—¿Quién está en la onda, jefe? —preguntó el muchacho a Bobby, y sonrió.

Bobby le devolvió la sonrisa. El muchacho del estuche formó una pistola imaginaria con los dedos y apuntó a Bobby. Bobby imitó el gesto y apuntó hacia él. El muchacho asintió con la cabeza como diciendo «Sí, vale, tú estás en la onda, los dos estamos en la onda», y cruzó la calle chasqueando los dedos de la mano libre y meneándose al ritmo de la música que sonaba en su cabeza.

Ted miró a uno y otro lado de la calle. Más adelante, tres niños negros correteaban y brincaban bajo el surtidor de una boca de riego parcialmente abierta. Atrás, de donde ellos venían, dos jóvenes —uno blanco, el otro tal vez puertorriqueño— quitaban los tapacubos a un viejo Ford con la diligente seriedad de dos cirujanos en una operación. Ted los observó, dejó escapar un suspiro y miró a Bobby.

—El Pocket no es sitio para un niño, ni siquiera en pleno día, pero no voy a dejarte aquí fuera. Vamos.

Cogió a Bobby de la mano y lo guió al interior.

En el Pocket. Hasta la camisa que llevaba puesta. Enfrente del William Penn. La vampi francesa.

Lo que primero llamó la atención a Bobby fue el olor a cerveza. Se hallaba incrustado en el ambiente, como si los parroquianos llevaran bebiendo allí desde los tiempos en que las pirámides estaban aún en proyecto. Luego reparó en el sonido del televisor, sintonizado no en el canal que emitía *Bandstand* sino en otro que ofrecía una de las telenovelas de primera hora de la tarde (seriales «Oh, John, oh, Marsha» las llamaba su madre), y en los chasquidos secos de las bolas de billar al chocar. Sólo después de imprimirse en su mente estas percepciones, comenzó su vista a aportar información, porque había tenido que adaptarse al cambio de luz. Dentro, la iluminación era muy tenue.

El local era alargado, advirtió Bobby. A su derecha, un arco comunicaba el vestíbulo —donde él se hallaba— con una sala en apariencia interminable. En su mayoría, las mesas de billar estaban tapadas, pero unas cuantas se erigían en medio de resplandecientes islotes de luz donde algunos hombres se paseaban lánguidamente, deteniéndose de vez en cuando para inclinarse y tirar. Otros hombres, apenas visibles, observaban sentados en taburetes altos dispuestos en fila contra la pared. Uno de ellos —un viejo que parecía tener más de mil años— se hacía lustrar los zapatos por un limpiabotas.

Enfrente de Bobby había una amplia sala llena de máquinas del millón; el mareante reflejo de cientos de luces de colores rojo y naranja parpadeaba en un cartel donde se leía: SI LADEA LA MISMA MÁQUINA DOS VECES SERÁ EXPULSADO DEL LOCAL. Ante una máquina decorada con imágenes de la patrulla fronteriza había un joven con otro sombrero de ala corta —por lo visto, elemento obligado de la indumentaria de los golfos que vivían «allí abajo»—, accionando frenéticamente los *flippers*. Un cigarrillo pendía de su labio inferior y el humo se elevaba ante su cara y las ondas de cabello que asomaban bajo el sombrero. De su cintura colgaba una chaqueta atada por las mangas y vuelta del revés.

A la izquierda del vestíbulo estaba el bar, y de ahí provenían el sonido del televisor y el olor a cerveza. Había tres hombres sentados a la barra, encorvados sobre sus cervezas, separados entre sí por varios taburetes vacíos. No se parecían en nada a los alegres bebedores de cerveza que mostraban los anuncios; a Bobby se le antojaron las personas más solitarias del mundo. Se preguntó por qué al menos no se agrupaban y charlaban un rato.

Cerca de la entrada había un mostrador. Un individuo grueso salió por la puerta

situada detrás, y por un momento Bobby oyó el sonido de una radio a bajo volumen. El gordo tenía un puro en la boca y vestía una camisa con estampado de palmeras. Chascaba los dedos como el joven vacilón del estuche con quien se habían cruzado en la calle y tarareaba algo así: «*Chu-chu-chou, chu-chu-ca-chou-chou, chu-chu-chou-chou*». Bobby reconoció la melodía: *Tequila*, de los Champs.

—¿Quién es usted, amigo? —preguntó el gordo a Ted—. No le conozco. Además, el niño no puede entrar aquí. ¿Es que no sabe leer? —Apuntó la sucia uña de su grueso pulgar hacia otro cartel, éste colocado sobre el mostrador: SÓLO MAYORES DE 21 AÑOS, LOS MENORES A LA CALLE.

—No me conoce, pero creo que sí conoce a Jimmy Girardi —respondió Ted con tono educado—. Me dijo que era usted la persona indicada... si es usted Len Files, claro está.

—Sí, soy Len —confirmó él. De repente adoptó una actitud mucho más cordial. Tendió a Ted una mano tan blanca y rolliza como los guantes que llevaban Mickey, Donald y Goofy en los dibujos animados—. Así que conoce a Jimmy Gee, ¿eh? ¡Ese condenado Jimmy Gee! Precisamente allí al fondo está su abuelo con el limpiabotas. Últimamente se lustra mucho los zapatos. —Len Files guiñó un ojo a Ted.

Ted sonrió y le estrechó la mano.

—¿Es hijo suyo, el niño? —preguntó Len Files, inclinándose sobre el mostrador para examinar de más cerca a Bobby.

Bobby percibió olor a menta y tabaco en su aliento y a sudor en su cuerpo. Tenía caspa en el cuello de la camisa.

—Es un amigo —dijo Ted, y Bobby se sintió loco de contento—. No quiero dejarlo solo en la calle.

—Más le vale, a menos que esté dispuesto a pagar por su rescate —convino Len Files—. A propósito, chico, me recuerdas a alguien. ¿Por qué será?

Bobby negó con la cabeza, un tanto atemorizado ante la idea de parecerse a un conocido de Len Files.

El gordo apenas prestó atención al gesto de negación de Bobby. Ya se había erguido y miraba de nuevo a Ted.

—No puedo dejar entrar a niños, ¿señor...?

—Ted Brautigan —se presentó Ted, y esta vez fue él quien tendió la mano, y Len Files se la estrechó.

—Ya sabe cómo son las cosas. En locales como éste, la policía no nos quita el ojo de encima.

—Lo comprendo. Pero el niño no se moverá de aquí, ¿verdad, Bobby?

—Claro —aseguró Bobby.

—Y el asunto que me trae por aquí no nos llevará mucho tiempo —añadió Ted—, aunque se trata de un negocio de cierta importancia, señor Files.

—Len.

Len, por supuesto, pensó Bobby. Len a secas. Porque esto es «allí abajo».

—Como te decía, Len, el asunto que quiero proponerte es un buen negocio. Creo que te interesará.

—Si conoces a Jimmy Gee, ya sabrás que no me ocupo de las migajas —dijo Len—. Las migajas se la dejo a los negros. ¿De qué se trata? ¿El Patterson-Johansson?

—El Albini-Haywood, el combate de esta noche en el Madison Square Garden.

Los ojos de Len se desorbitaron y al cabo de un instante sus carrillos carnosos y sin afeitar se ensancharon en una sonrisa.

—¡Vaya, vaya, vaya! Esto tenemos que estudiarlo detenidamente.

—Desde luego.

Len Files salió de detrás del mostrador, cogió a Ted del brazo y lo guió hacia la sala de billares. De pronto paró y se dio media vuelta.

—¿Es Bobby tu nombre, chico? ¿Así te llaman?

—Sí, señor —respondió Bobby. «Sí, señor, Bobby Garfield», habría dicho en cualquier otra parte, pero aquello era allí abajo, y pensó que con «Bobby» bastaba.

—Bien, Bobby, seguramente esas máquinas del millón te atraen y seguramente llevas un par de monedas de veinticinco en el bolsillo, pero haz lo que Adán no hizo y resiste la tentación. ¿Te ves capaz?

—Sí, señor.

—No tardaré —dijo Ted a Bobby, y a continuación se dejó conducir por Len Files a la sala de billares a través del arco.

Pasaron frente a los hombres sentados en los altos taburetes, y Ted se detuvo a hablar con el que se hacía lustrar los zapatos. Al lado del abuelo de Jimmy Gee, Ted Brautigan parecía joven. El anciano alzó la mirada y Ted le dirigió unas palabras. Los dos se echaron a reír. El abuelo de Jimmy Gee tenía una risa potente y retozona para su edad. Ted extendió ambas manos y, en un gesto de ternura, le dio unas suaves palmadas en las mejillas hundidas, provocando de nuevo las risas del anciano. Luego Ted se dejó llevar por Len a una habitación del fondo con cortinas en la puerta.

Bobby se quedó junto al mostrador como si estuviera clavado al suelo, pero Len no le había prohibido echar un vistazo alrededor, y Bobby eso hizo, en todas direcciones. Cubrían las paredes anuncios de cerveza y calendarios con fotografías de mujeres escasas de ropa. Una se encaramaba a una cerca en el campo. Otra salía de un Packard con la falda remangada hasta la cadera y las ligas visibles. Detrás del mostrador había más carteles, que en su mayoría expresaban negaciones (SI NO LE GUSTA ESTA CIUDAD, VAYA A CONSULTAR UN HORARIO DE AUTOBUSES; NO MANDE A UN NIÑO A HACER EL TRABAJO DE UN HOMBRE; LOS ALMUERZOS GRATIS NO EXISTEN; NO SE ADMITEN CHEQUES; EL ESTABLECIMIENTO NO PROPORCIONA PAÑOS DE LÁGRIMAS), y un enorme botón rojo con el rótulo TIMBRE DE AVISO A LA POLICÍA. De un gancho de alambre

polvoriento colgado del techo pendían bolsas de celofán que, según las etiquetas, contenían unas GINSENG, LAS RAÍCES ORIENTALES DEL AMOR y otras DELICIA ESPAÑOLA. Bobby se preguntó si eran vitaminas o algo por el estilo. ¿Por qué venderían vitaminas en un sitio como aquél?

El joven que estaba en la sala de juegos automáticos golpeó el costado de la máquina, retrocedió un paso y le hizo un corte de mangas. Luego salió al vestíbulo reacomodándose el sombrero. Bobby formó una pistola con los dedos y apuntó hacia él. En un primer momento el muchacho pareció sorprendido, pero enseguida sonrió y también apuntó a Bobby con el dedo. Antes de salir por la puerta se desató las mangas de la chaqueta.

—Aquí dentro no podemos llevar la chaqueta de ningún club —explicó, advirtiendo la expresión de curiosidad de Bobby—. No podemos enseñar nuestros colores. Norma de la casa.

—Ah.

El muchacho sonrió y levantó una mano. En el dorso tenía dibujado en tinta azul el tridente del demonio.

—Pero yo llevo el emblema, hermanito. ¿Lo ves?

—¡Caray, sí! —exclamó Bobby, muerto de envidia al descubrir que era un tatuaje.

El muchacho lo notó, y su sonrisa se ensanchó hasta dejar a la vista dos hileras de dientes blancos.

—Los jodidos Diablos, *mano*, el mejor club. Los jodidos Diablos reinan en las calles. Los demás son unos lilas.

—En *estas* calles —matizó Bobby.

—Claro que en éstas, joder, ¿acaso hay otras? Sigue así, hermanito. Me caes bien. Tienes buena pinta, aunque ese corte de pelo da pena.

Se abrió la puerta, entró de la calle una ráfaga de aire caliente y ruido, y el muchacho desapareció.

Una pequeña cesta de mimbre que había sobre el mostrador llamó la atención de Bobby. La ladeó para ver qué contenía. Estaba llena de llaveros rojos, azules y verdes. Bobby sacó uno para leer el rótulo dorado que llevaban en la placa de plástico: THE CORNER POCKET, BILLARES, JUEGOS AUTO. KENMORE 8-2127.

—Adelante, niño, coge uno.

Bobby se sobresaltó de tal modo que estuvo a punto de tirar al suelo la cesta de llaveros. La mujer había salido por la misma puerta que Len Files y era aún más voluminosa, casi tanto como la mujer gorda del circo. Sin embargo, caminaba con la agilidad de una bailarina; Bobby apenas había levantado la vista y ella estaba ya plantada frente a él. Era la hermana de Len, tenía que serlo.

—Lo siento —musitó Bobby, dejando el llavero y apartando la cesta del borde del mostrador con ligeros golpes.

Habría conseguido empujarla hasta el borde opuesto si la mujer no la hubiera sujetado con una mano. Sonreía y no se la veía en absoluto enfadada, para alivio de Bobby.

—En serio, coge uno; no lo digo con segundas. —Sacó un llavero. Tenía la placa verde—. No son gran cosa, pero son gratis. Los regalamos como publicidad. Igual que las cajas de cerillas, ya sabes, aunque yo no daría cerillas a un niño. No fumas, ¿verdad?

—No, señora.

—Buen comienzo. Manténte apartado también de la bebida. Toma, aquí tienes. En este mundo encontrarás pocas cosas gratis, chico, así que no lo rechaces.

Bobby aceptó el llavero de placa verde.

—Gracias, señora. Es muy bonito.

Se guardó el llavero en el bolsillo, consciente de que tendría que deshacerse de él; si su madre llegaba a verlo, no le haría la menor gracia. Se le ocurrirían veinte preguntas —como solía decir Sully—, o quizá incluso treinta.

—¿Cómo te llamas? —preguntó la mujer.

—Bobby.

Esperó a ver si ella quería saber también su apellido y le complació comprobar que no mostraba ningún interés.

—Mi nombre es Alanna. —Tendió una mano cargada de anillos. Centelleaban como las luces del millón—. ¿Has venido con tu padre?

—Con un *amigo* —respondió Bobby—. Creo que ha venido a hacer una apuesta por el ganador del combate de boxeo entre Haywood y Albini.

Alanna lo miró con expresión a la vez alarmada y sonriente. Se inclinó hacia él y, llevándose un dedo a los labios rojos, le pidió silencio con un siseo acompañado de un fuerte olor a alcohol.

—No pronuncies aquí la palabra «apuesta» —advirtió—. Esto es un salón de billar. No lo olvides y te evitarás problemas.

—De acuerdo.

—Eres un diablillo muy agraciado, Bobby. Y me recuerdas... —Se interrumpió—. ¿Conozco por casualidad a tu padre? ¿Es posible?

Bobby movió la cabeza en un gesto de negación pero con cierta reserva, acordándose de que Len también le había encontrado parecido con alguien.

—Mi padre está muerto. Murió hace muchos años. —Siempre añadía esa segunda frase a modo de aclaración para ahorrarse el empalagoso sentimentalismo de la gente.

—¿Cómo se llamaba? —Pero sin darle tiempo a contestar, Alanna Files dijo ella misma el nombre, que brotó de sus labios pintados como una palabra mágica—. ¿Randy, quizá? ¿Randy Garrett, Randy Greer, algo así?

Por un momento Bobby quedó mudo de asombro. Tuvo la sensación de que todo

el aire hubiera escapado de sus pulmones.

—Randall Garfield. Pero ¿cómo...?

Alanna Files lanzó una carcajada de alegría y el pecho le tembló.

—Bueno, sobre todo por el pelo. Pero también por las pecas... y esta especie de trampolín... —Alanna se inclinó y, con delicadeza, deslizó la yema de un dedo por el puente de la nariz de Bobby, que pudo ver la piel tersa y blanca de sus pechos, grandes como bidones.

—¿Venía a jugar al billar? —preguntó Bobby.

—No. Decía que el taco no era lo suyo. Tomaba una cerveza y a veces... —Imitó los rápidos movimientos de un jugador repartiendo cartas de una baraja invisible.

Viendo ese gesto, Bobby se acordó de McQuown.

—Ya —comentó Bobby—. Siempre iba a por la quinta para la escalera, según he oído contar.

—De eso no sé nada, pero era un hombre simpático. A veces venía un lunes por la noche, cuando el local parece siempre una tumba, y en media hora todo eran risas. Ponía en la gramola una canción de Jo Stafford, no recuerdo el título, y decía a Lennie que subiera el volumen. Un verdadero encanto, chico, por eso lo recuerdo; un pelirrojo con encanto no se ve todos los días. Nunca invitaba a beber a un borracho, en eso era tajante, pero por lo demás era un hombre muy generoso, te daba hasta la camisa que llevaba puesta. Bastaba con pedírsela.

—Pero perdía mucho dinero, supongo —dijo Bobby. Le costaba creer que aquella conversación fuera real, que tuviera delante a alguien que había conocido a su padre. Supuso, sin embargo, que muchos descubrimientos se producían de aquel modo, por pura casualidad. Uno seguía su camino, ocupándose de sus asuntos, y de pronto se tropezaba con el pasado.

—¿Randy? —Alanna pareció sorprendida—. No. Venía al bar unas tres veces por semana, cuando algo lo traía por este barrio. Era agente inmobiliario o de seguros o representante...

—Agente inmobiliario —apuntó Bobby.

—Visitaba una oficina por aquí cerca. Algo relacionado con las propiedades industriales, imagino, si era agente inmobiliario. ¿Estás seguro de que no era representante de material médico.

—No, era agente inmobiliario.

—Es curioso cómo funciona la memoria —dijo Alanna—. Algunas cosas se quedan grabadas claramente, y en cambio otras, la mayor parte, se vuelven borrosas con el tiempo y lo que era verde nos parece azul. En cualquier caso, ahora ya han desaparecido todos los negocios de traje y corbata. El barrio se ha ido al demonio. —Movió la cabeza en un gesto de pesar.

A Bobby le traía sin cuidado cómo se había ido el barrio al demonio.

—Pero cuando jugaba, perdía —insistió—. Siempre intentaba completar la escalera y esas cosas.

—¿Te ha contado eso tu madre?

Bobby guardó silencio.

Alanna se encogió de hombros. Cuando hacía ese gesto, se producían en su delantera interesantes movimientos.

—En fin, ése es un asunto entre tú y ella... y, quién sabe, quizá tu padre derrochaba el dinero en otras partes. A mí sólo me consta que aquí únicamente echaba alguna partida con conocidos suyos una o dos veces al mes, jugaba hasta alrededor de las doce de la noche y luego se marchaba a casa. Si hubiera acabado ganando o perdiendo grandes sumas, probablemente me acordaría. Y no me acuerdo, así que probablemente ni ganaba ni perdía la mayoría de las noches que jugaba. Lo cual, dicho sea de paso, significa que era un jugador de póquer más que aceptable. Mejor que muchos de los que se reúnen allí atrás. —Señaló con la mirada en dirección a la cortina tras la que habían desaparecido Ted y el hermano de Alanna.

Bobby la miró con creciente confusión. «Tu padre no nos dejó nadando en la abundancia precisamente», se complacía en decir su madre. Estaban la póliza de seguros vencida y el montón de facturas por pagar. «Lo último que me habría imaginado», había dicho su madre en la primavera pasada, y Bobby empezaba a pensar que esa misma frase podía aplicarse también a él: «lo último que me habría imaginado».

—Era un hombre tan apuesto, tu padre —continuó Alanna—, a pesar de la nariz a lo Bob Hope. Y cabe esperar que tú lo seas también el día de mañana: has salido a él. ¿Tienes novia?

—Sí, señora.

¿Eran las facturas impagadas una invención de su madre? ¿Existía esa posibilidad? ¿Había cobrado en realidad la indemnización del seguro y había guardado el dinero en algún sitio, quizá en una cuenta bancaria en lugar de entre las páginas del catálogo de Sears? Era una sospecha horrenda. Bobby no conseguía imaginar qué interés podía tener su madre en hacerle creer que su padre era

(un hampón, un hampón de pelo rojo)

una mala persona si no lo era; pero por alguna razón intuía que esa idea no iba desencaminada. En ocasiones, la ira cegaba a su madre, ése era el problema con ella. La ira la cegaba. Y en ese estado podía decir cualquier cosa. Era posible que su padre —a quien ella, por lo que Bobby recordaba, nunca había llamado «Randy»— hubiera dado demasiadas veces hasta la camisa que llevaba puesta, enfureciendo con ello a Liz Garfield. Liz Garfield no daba las camisas, ni las que llevaba puestas ni las otras. En este mundo uno tenía que ahorrar para sus camisas, porque la vida era injusta.

—¿Cómo se llama?

—Liz —respondió Bobby, sintiendo el mismo aturdimiento que al dejar la oscuridad del cine y salir a la intensa luz del día.

—Como Liz Taylor. —Alanna parecía complacida—. Es un nombre bonito para una novia.

Bobby rió un poco avergonzado.

—No, Liz es el nombre de mi *madre*. Mi novia se llama Carol.

—¿Es guapa?

—Un auténtico bombón —dijo Bobby, sonriendo y moviendo la mano en un gesto de énfasis. Para su satisfacción, Alanna prorrumpió en sonoras carcajadas; luego alargó el brazo por encima del mostrador, la molla colgando como un descomunal rollo de masa, y le pellizcó la mejilla. Le dolió un poco pero le gustó.

—Eres un niño encantador. ¿Me permites que te diga una cosa?

—Claro, ¿qué?

—El hecho de que un hombre juegue alguna que otra vez a las cartas no lo convierte en un Atila. Lo sabes, ¿no?

Bobby movió la cabeza en un gesto de asentimiento, primero algo vacilante y después con mayor convicción.

—Tu madre es tu madre —prosiguió Alanna—, y yo nunca hablo mal de la madre de nadie porque quería mucho a la mía; pero no todas las madres ven con buenos ojos los juegos de cartas, el billar y... los sitios como éste. Es un punto de vista, pero no hay que darle más importancia de la que tiene. ¿Entiendes?

—Sí —contestó Bobby. Lo entendía. Lo asaltó una extraña sensación, como un deseo de reír y llorar al mismo tiempo. Mi padre estuvo aquí, pensó, y al menos por el momento eso contaba mucho más que cualquier mentira que su madre pudiera haberle dicho sobre él. Mi padre estuvo aquí, quizá justo donde yo estoy ahora. Balbuceando, añadió—: Me alegro de parecerme a él.

Alanna, sonriendo, asintió con la cabeza.

—Ya ves tú qué casualidades: vas andando por la calle y vienes a entrar precisamente aquí. ¿Cómo es posible?

—No lo sé —respondió Bobby—. Pero gracias por hablarme de él. Muchas gracias.

—Si le dejábamos, se pasaba la noche entera poniendo aquella canción de Jo Stafford —dijo Alanna—. Y ahora no vayas a moverte de ahí mientras esperas.

—No, señora.

—No, *Alanna* —corrigió ella.

—Alanna —repitió Bobby con una sonrisa.

Soplándose en la palma de la mano, Alanna le lanzó un beso como hacía a veces su madre y se echó a reír cuando Bobby simuló atraparlo al vuelo. A continuación volvió a entrar por donde había salido. A través de la puerta, Bobby vio una sala de

estar. Un enorme crucifijo colgaba de una pared.

Se metió la mano en el bolsillo, pasó un dedo por la anilla del llavero (era, pensó, un recuerdo especial de su visita allí abajo) y se imaginó pedaleando por Broad Street en la Schwinn de Western Auto, en dirección al parque. Un sombrero de ala corta y color chocolate, ladeado, le cubría la cabeza. Se había dejado crecer el cabello y lo llevaba peinado hacia atrás formando un pico en la nuca; no más cortes de pelo a cepillo. Llevaba una chaqueta con sus colores atada a la cintura y un tatuaje azul en el dorso de la mano, grabado para siempre. Frente al campo B lo esperaba Carol, observándolo acercarse. Estás loco, pensaba ella cuando Bobby frenaba la Schwinn con un brusco giro levantando una lluvia de grava hacia sus zapatillas blancas (pero sin llegar a tocarlas). Loco, sí. Un golfo ambicioso y sin escrúpulos.

Len Files y Ted volvían ya, los dos con semblante satisfecho. A decir verdad, Len parecía el gato que se comió el canario (como a menudo decía la madre de Bobby). Ted se detuvo de nuevo para dirigir unas breves palabras al anciano, que asintió con la cabeza y sonrió. Cuando Ted y Len cruzaron el arco del vestíbulo, Ted hizo ademán de encaminarse hacia la cabina telefónica situada junto a la puerta. Len lo cogió del brazo y lo guió hacia el mostrador.

Mientras Ted rodeaba el mostrador, Len extendió una mano y le revolvió el pelo a Bobby.

—Ya sé a quién te pareces —dijo—. Me he acordado al entrar en la habitación del fondo. Tu padre era...

—Garfield. Randy Garfield. —Bobby miró a Len, que tanto se parecía a su hermana, y pensó en lo extraño y prodigioso que era el vínculo con los de tu propia sangre, un vínculo tan estrecho que incluso podía identificarte gente que no te conocía—. ¿Le caía bien, señor Files?

—¿Quién, Randy? Claro, era un buen tipo. —Pero la respuesta de Len Files era un tanto vaga. No se había fijado en el padre de Bobby con la misma atención que su hermana, concluyó Bobby; probablemente Len no recordaría detalles como la canción de Jo Stafford o la generosidad de Randy Garfield, capaz de dar hasta la camisa que llevaba puesta. Nunca invitaba a beber a un borracho, sin embargo; no, eso no—. Tu amigo también es un buen tipo —continuó Len, ahora con tono más entusiasta—. Me gusta la gente con clase y a la gente con clase le gusto yo, pero rara vez veo por aquí buenos tipos como él. —Se volvió hacia Ted, que buscaba un número en la guía telefónica acercando los ojos al papel—. Prueba en Circle Taxi, KEnmore 6-7400.

—Gracias —dijo Ted.

—No hay de qué.

Len pasó junto a Ted y entró por la puerta situada detrás del mostrador. Bobby volvió a atisbar por un instante la sala de estar y el gran crucifijo. Cuando se cerró la

puerta, Ted miró a Bobby y susurró:

—Apuestas quinientos pavos a una pelea y no tienes que usar el teléfono público como los otros imbéciles. Qué espléndido, ¿no?

Bobby se quedó sin respiración.

—¿Has apostado *quinientos dólares* por Huracán Haywood?

Ted sacudió el paquete de Chesterfield para hacer asomar un cigarrillo, se lo puso entre los labios arqueados en una sonrisa y lo encendió.

—¡No, Dios me libre! —respondió—. Por Albini.



Después de telefonear al servicio de taxis, Ted llevó a Bobby a la barra y pidió dos cervezas sin alcohol. No sabe que en realidad no me gusta la cerveza, pensó Bobby. Por alguna razón, eso parecía otra pieza del rompecabezas: el rompecabezas que Ted representaba para él. Len les sirvió personalmente, sin poner reparo alguno a que Bobby se sentara a la barra, ni recordarle que era un chico simpático pero empañaba el buen nombre del local con su minoría de edad; por lo visto, apostar quinientos dólares a un combate de boxeo no sólo daba derecho a una llamada telefónica gratuita. Y ni siquiera la emoción de la apuesta consiguió distraer a Bobby por mucho tiempo de una indistinta certidumbre que eclipsaba en gran medida el placer de descubrir que, después de todo, su padre no era tan mala persona. La finalidad de la apuesta era obtener dinero para huir. Ted se marchaba.



El taxi era un Checker con un amplio asiento trasero. El taxista estaba tan enfrascado en el partido de los Yankees que retransmitían por la radio que a veces incluso respondía a los locutores.

—Files y su hermana conocían a tu padre, ¿verdad? —dijo Ted. No era en realidad una pregunta.

—Sí. Sobre todo Alanna. Lo consideraba un hombre encantador. —Bobby se interrumpió por un instante—. Pero mi madre no piensa lo mismo.

—Imagino que tu madre veía un aspecto de él que Alanna Files desconocía —respondió Ted—. Más de uno, probablemente. En ese sentido, Bobby, las personas son como los diamantes: tienen muchas caras.

—Pero mi madre dijo... —Era demasiado complicado. De hecho, su madre nunca había dicho *nada*; todo se reducía a meras insinuaciones. Bobby no sabía cómo explicar a Ted que también su madre tenía muchas caras, y algunas de ellas hacían

difícil creer aquellas cosas que nunca decía claramente. Y pensándolo bien, ¿hasta qué punto le interesaba a Bobby realmente conocer la verdad? Al fin y al cabo, su padre estaba muerto; su madre no, y debía vivir con ella... y sentir afecto por ella. No tenía a nadie más en quien depositar su afecto, ni siquiera Ted. Porque...

—¿Cuándo te vas? —preguntó Bobby en un susurro.

—En cuanto vuelva tu madre. —Ted suspiró, echó una ojeada por la ventanilla y luego fijó la vista en sus manos, entrelazadas encima de la pierna que tenía en alto cruzada sobre la otra. No miró a Bobby, todavía no—. El viernes por la mañana, seguramente. No puedo pasar a recoger el dinero antes de mañana por la noche. He apostado cuatro contra uno por Albini, lo cual asciende a dos de los grandes. Mi buen amigo Lennie telefoneará a Nueva York como intermediario.

Cruzaron un canal por un puente y dejaron atrás aquel barrio, «allí abajo». Estaban ya en la parte de la ciudad que Bobby había recorrido con su madre. En las calles, los hombres vestían traje y corbata. Las mujeres llevaban medias en lugar de calcetines. Ninguna de ellas se parecía a Alanna Files, y Bobby supuso que pocas de ellas despedían olor a alcohol cuando siseaban. No a las cuatro de la tarde.

—Sé por qué no has apostado al combate entre Patterson y Johansson —dijo Bobby—: porque no sabes quién ganará.

—Creo que esta vez ganará Patterson —contestó Ted—, porque esta vez está preparado para enfrentarse con Johansson. Podría arriesgar un par de dólares por Floyd Patterson, pero ¿quinientos? Para apostar quinientos hay que tener total seguridad o estar loco.

—El Albini-Haywood está amañado, ¿verdad?

Ted asintió con la cabeza.

—Lo supe cuando me enteré de que Kleindienst estaba involucrado; deduje que se había pactado la victoria de Albini.

—Has apostado ya otras veces a combates de boxeo en los que Kleindienst hacía de manager.

Ted guardó silencio por un momento, limitándose a mirar por la ventanilla. En la radio, alguien acababa de batear en dirección a Whitey Ford. Ford atrapó la pelota y la lanzó a Moose Skowron, situado en la primera base. En ese momento iban por la octava entrada y había ya dos bateadores eliminados. Finalmente Ted dijo:

—Podría haber sido Haywood. No era probable, pero podría haber sido él. Luego... ¿has visto al anciano que estaba allí dentro? ¿El que se hacía lustrar los zapatos?

—Sí, le has dado unas palmadas en la cara.

—Ése es Arthur Girardi. Files le consiente rondar por el local porque antes tenía contactos. O eso cree Files, que los tenía *antes* y ahora no es más que un viejo que va allí a lustrarse los zapatos a las diez y al cabo de un rato se olvida y vuelve a

lustrárselos a las tres. Files piensa que no se entera de nada, como dicen por ahí. Girardi no se molesta en hacerlo cambiar de idea. Si Files afirmara que la luna es un queso verde, Girardi no le llevaría la contraria. El viejo Gee va al local por el aire acondicionado. Y conserva sus contactos.

—A través de Jimmy Gee —aventuró Bobby.

—De él y de otros muchos.

—¿No sabía el señor Files que la pelea estaba amañada?

—No, eso seguro. Yo creía que sí.

—Pero el viejo Gee sí lo sabía. Y sabía quién haría tongo.

—Sí —confirmó Ted—. Ése ha sido mi golpe de suerte. Huracán Heywood se vendrá abajo en el octavo asalto. Y el año próximo, cuando la situación sea propicia, Huracán se resarcirá.

—¿Habrías apostado si no hubiese estado allí el señor Girardi?

—No —contestó Ted sin vacilar.

—¿Y qué habrías hecho para conseguir dinero si tienes que marcharte ya?

Ted pareció abatirse al oír esas últimas palabras: «si tienes que marcharte ya». Hizo ademán de rodear los hombros de Bobby con un brazo, pero se detuvo.

—Siempre hay alguien que sabe algo.

Estaban ya en Asher Avenue, todavía en Bridgeport pero a sólo un par de kilómetros del término municipal de Harwich. Consciente de lo que ocurriría, Bobby alargó el brazo para tocar la mano grande y manchada de nicotina de Ted.

Ted ladeó las rodillas hacia la puerta, apartando a la vez las manos apoyadas en ellas.

—Mejor no —dijo.

Bobby no tenía que preguntar por qué. La gente ponía carteles donde se leía NO TOCAR, RECIÉN PINTADO porque si uno ponía la mano en contacto con la pintura fresca, la piel se manchaba. Después uno podía lavarse la mancha o dejar que se fuera por sí sola con el tiempo, pero de momento allí quedaba la mancha.

—¿Adónde irás?

—No lo sé.

—Me siento avergonzado —admitió Bobby. Notaba en los ojos el escozor de las lágrimas contenidas—. Si te pasa algo, será culpa mía. Vi algunas cosas, las cosas en las que debía fijarme, y no te informé. No quería que te fueras, así que me convencí de que estabas loco, no loco en general sino sólo respecto a esos hampones que creías que te perseguían, y no dije nada. Me encargaste un trabajo y no hice lo que debía.

Ted volvió a levantar el brazo con la intención de apoyarlo en los hombros de Bobby. A medio camino se contuvo, lo bajó y se conformó con darle una breve palmada en la pierna. En el Yankee Stadium, Tony Kubek se había anotado dos dobles. El público estaba enfervorizado.

—Pero yo ya lo sabía —dijo Ted con delicadeza.

Bobby lo miró sorprendido.

—¿Cómo? No te entiendo.

—Los percibía cada vez más cerca. Por eso mis trances eran tan frecuentes en los últimos días. Sin embargo, intenté engañarme a mí mismo, igual que tú. Y por las mismas razones. ¿Crees que deseo separarme de ti ahora, Bobby, viendo a tu madre tan confusa y desdichada? Para serte sincero, no es ella quien me preocupa. No nos caemos bien; desde el instante en que nos vimos no nos hemos caído bien. Pero es tu madre, y...

—¿Qué le pasa a mi madre? —preguntó Bobby. Recordó que debía hablar en voz baja, pero cogió a Ted del brazo y se lo sacudió—. Dímelo. Tú lo sabes; estoy seguro de que lo sabes. ¿Es el señor Biderman el problema? ¿Tiene algo que ver con el señor Biderman?

Ted miró por la ventanilla con el entrecejo fruncido y los labios apretados. Finalmente dejó escapar un suspiro, sacó el paquete de tabaco y encendió un cigarrillo.

—Bobby —dijo—, el señor Biderman no es un buen hombre. Tu madre lo sabe, pero también sabe que a veces debemos avenirnos con personas como él. Uno se ha de avenir para sobrevivir, piensa, y a eso se ha atendido. Ha hecho cosas en el último año de las que no está orgullosa, pero ha ido con cuidado. En cierto modo ha tenido que obrar con tanta cautela como yo, y me inspire simpatía o no, la admiro por eso.

—¿Qué ha hecho? ¿Qué la ha obligado a hacer el señor Biderman? —Bobby notó que algo se le helaba en el pecho—. ¿Porqué la ha llevado a Providence?

—Por la conferencia sobre la propiedad inmobiliaria.

—¿Para nada más? ¿Para nada *más*?

—No lo sé. *Ella* no lo sabía. O quizá sus esperanzas encubrían lo que sabe y teme. No llegué a percibirlo. A veces sí percibo cosas de manera muy clara y directa. En cuanto te vi, por ejemplo, supe que querías una bicicleta, que conseguirla era muy importante para ti, y que te proponías ganar dinero para comprar una este verano si era posible. Admiré tu determinación.

—Me tocaste a propósito, ¿verdad?

—Sí. Aunque sólo la primera vez. Quería conocerte un poco. Pero los amigos no se espían; la verdadera amistad consiste también en respetar la intimidad. Además, cuando toco, transmito una especie de... en fin, una especie de ventana. Creo que ya lo sabes. La segunda vez que te toqué..., que te toqué realmente, prolongando el contacto, ya me entiendes..., fue un simple error, pero no un error grave. Durante un rato supiste más de lo que debías, pero el efecto pasó, ¿no? Ahora bien, si eso se hubiera repetido, si te hubiera tocado una y otra vez como la gente muy unida, llegado un punto las cosas habrían cambiado. Llegado un punto el efecto habría sido

permanente. —Alzó el cigarrillo casi consumido y lo miró con desagrado—. Del mismo modo que si fumas demasiados de éstos, al final quedas enganchado de por vida.

—¿Está bien mi madre ahora? —preguntó Bobby, aun sabiendo que Ted no podía responderle. El don que poseía, fuera cual fuese, no abarcaba esa posibilidad.

—No lo sé. Yo...

De pronto Ted se puso tenso. Miraba por la ventanilla en dirección a algo que se encontraba más adelante. Apagó la colilla en el cenicero del apoyabrazos, aplastándola con tal brusquedad que una lluvia de chispas cayó sobre el dorso de su mano. No pareció notarlo.

—¡Dios mío! —exclamó—. ¡Dios mío, Bobby, ya los tenemos encima!

Bobby se inclinó sobre las piernas de Ted para mirar por la ventanilla, dando vueltas en el fondo de su mente a lo que acababa de decir —«si te hubiera tocado una y otra vez como la gente muy unida»— incluso mientras escudriñaba Asher Avenue arriba.

Más adelante había una triple confluencia: Asher Avenue, Bridgeport Avenue y la carretera de Connecticut, uniéndose las tres en un lugar conocido como Puritan Square. Los raíles del tranvía brillaban bajo el sol vespertino. Los camiones de reparto daban impacientes bocinazos mientras aguardaban su turno en el transitado cruce. Un policía sudoroso con guantes blancos y un silbato en la boca dirigía el tráfico. A la izquierda se hallaba el William Penn Grille, un famoso restaurante donde supuestamente se comían los mejores bistecs de Connecticut (el señor Biderman invitó a almorzar allí a todos sus empleados cuando la agencia vendió la finca Waverley, y la madre de Bobby regresó a casa con una docena de libritos de cerillas publicitarios). Según su madre, la fama del establecimiento se debía sobre todo a que el bar se hallaba en el término municipal de Harwich pero el restaurante propiamente dicho estaba en Bridgeport.

Aparcado enfrente del William Penn Grille, tocando casi a Puritan Square, había un coche, un DeSoto, de un color violeta que Bobby nunca había visto, ni siquiera *concebido*. Era un color tan intenso que hacía daño a la vista. Hacía daño a la cabeza entera.

«Sus coches son como sus chaquetas amarillas, sus zapatos de punta y la brillantina perfumada que usan para alisarse el pelo: estridentes y vulgares».

El coche violeta tenía ostentosos cromados curvos y en forma de dardo. Los guardabarros llevaban protectores acoplados. El adorno del capó —el busto del conquistador español Hernando de Soto— era enorme y relucía bajo la calinosa luz como una joya falsa. La gruesas ruedas tenían los flancos blancos y los tapacubos radiados. En la parte posterior se alzaba una antena, y de la punta pendía una cola de mapache.

—Los hampones —susurró Bobby. No cabía la menor duda. Era un DeSoto, pero a la vez no se parecía en nada a ningún otro coche que hubiera visto en su vida; era tan ajeno a este mundo como un asteroide. Cuando se aproximaron al congestionado cruce, Bobby vio que la tapicería era de un metálico verde libélula que contrastaba de manera exagerada con el color de la carrocería. El volante estaba forrado de piel blanca—. ¡Dios, son ellos!

—Debes fijar la mente en otra cosa —ordenó Ted. Agarró a Bobby por los hombros (en la radio, los seguidores de los Yankees seguían bramando, y afortunadamente el taxista no prestaba la menor atención a sus dos clientes del asiento trasero) y lo sacudió con fuerza una sola vez—. Debes fijar la mente en otra cosa, ¿entendido?

Bobby lo entendió perfectamente. George Sanders había construido un muro de ladrillo tras el que ocultar sus planes a los niños. Anteriormente Bobby había utilizado a Maury Wills con ese propósito, pero dudaba que el béisbol le sirviera en esta ocasión. Y si no ¿qué?

Tres o cuatro manzanas más allá de Puritan Square, Bobby veía ya descollar sobre la acera la marquesina del Asher Empire, y de pronto oyó en su memoria el sonido de la bola botadora de Sully-John. «Si esa mujer es basura —había dicho S-J—, me gustaría ser basurero».

La imagen del cartel que vieron aquel día ocupó por completo la mente de Bobby: Brigitte Bardot («la vampi francesa», como la llamaban en los periódicos) sin más atuendo que una toalla y una sonrisa. Se parecía un poco a la mujer que salía del coche en uno de los calendarios del Corner Pocket, la que llevaba la falda remangada casi hasta la cadera y enseñaba las ligas. Sin embargo, Brigitte Bardot era más guapa. Y era *real*. Desde luego, era demasiado mayor para los niños de la edad de Bobby Garfield

(«*I'm so young and you're so old* —cantaba Paul Anka desde un millar de transistores—, *this my darling I've been told*»)

pero seguía siendo hermosa, y los ojos eran para mirar, como también decía su madre: los ojos eran para mirar. Recostándose contra el asiento, Bobby la vio cada vez con más nitidez, y en sus ojos apareció esa mirada perdida y distante que tenía Ted cuando se quedaba en blanco. Bobby vio su melena rubia y mojada, el nacimiento de sus pechos por encima de la toalla, sus largos muslos, las uñas pintadas de sus pies sobre el rótulo SÓLO PARA ADULTOS, SIN EXCEPCIONES, OBLIGATORIA LA PRESENTACIÓN DE ALGÚN DOCUMENTO QUE ACREDITE LA EDAD. Percibía el olor de su jabón, un olor suave y floral. Percibía el aroma

(*Nuit en Paris*)

de su perfume y oía su radio en la habitación contigua. Sonaba Freddy Cannon, esa personificación veraniega de Savin Rock a ritmo de *bebop*: «*She's dancin to the*

drag, the cha-cha rag-a-mop, she's stompin to the shag, rocks the bunny Shop...».

Bobby advirtió —vagamente, a lo lejos, en otro mundo situado en algún punto superior de las espirales de la peonza— que el taxi en el que viajaban se había detenido justo enfrente del William Penn Grille, justo al lado de aquella especie de moretón violáceo que era el DeSoto. Bobby casi oía el coche en su mente; si aquel coche hubiera podido hablar, habría dicho a gritos: «¡Pégame un tiro, soy demasiado violeta! ¡Pégame un tiro, soy demasiado violeta!». Y no mucho más allá Bobby percibía a los dos hombres. Estaban en el restaurante, cenando antes de hora. Los dos comían lo mismo: un bistec poco hecho, sangrante. Antes de irse quizá colgarían junto a los teléfonos un aviso sobre algún animal perdido o dejarían al camarero de la barra una tarjeta escrita a mano en la que se anunciaba la venta de un coche de particular a particular. Estaban allí dentro, dos hampones con chaquetas amarillas y zapatos blancos, bebiendo vermut con ginebra entre bocado y bocado de carne casi cruda, y si dirigían sus mentes hacía él...

Una nube de vapor se elevaba de la ducha. B. B., descalza, con las uñas de los pies pintadas, se puso de puntillas y abrió la toalla que la envolvía, transformándola en unas pequeñas alas antes de dejarla caer. Y Bobby vio que no era Brigitte Bardot. Era Carol Gerber. «Se necesita valor para mostrarse ante la gente así, con sólo una toalla encima», había dicho Carol, y de pronto se había desprendido incluso de la toalla. Bobby la veía tal como sería pasados ocho o diez años.

La contempló, incapaz de desviar la mirada, incapaz de resistirse al amor, absorto en las fragancias de su jabón y su perfume, el sonido de su radio (Freddy Cannon había dado paso a los Platters: «*heavenly shades of night are falling*»), la visión de las uñas pintadas de sus pies. El corazón de Bobby giraba como una peonza, los surcos de su superficie elevándose y desapareciendo en otros mundos. Otros mundos distintos de éste.

El taxi se puso de nuevo en movimiento y avanzó lentamente. Aquella monstruosidad violeta de cuatro puertas aparcada frente al restaurante (aparcada en una zona de descarga, advirtió Bobby, pero ¿a ellos qué más les daba?) fue quedando atrás. El taxi volvió a parar con un brusco frenazo y el taxista juró entre dientes mientras un tranvía atravesaba a toda marcha Puritan Square con metálico estruendo. El ordinario DeSoto estaba ya detrás de ellos, pero los reflejos de sus cromados llenaban el taxi de danzarines y vacilantes pececillos de luz. Y de repente Bobby notó un intenso escozor en el fondo de los ojos. Inmediatamente después comenzaron a caer en su campo de visión enredadas hebras de hilo negro. No perdió de vista a Carol, pero tenía la sensación de verla a través de una nube de interferencias.

Nos perciben... o perciben algo, pensó. Dios mío, te lo ruego, sácanos de aquí. Te lo ruego, sácanos.

El taxista vio un hueco en el tráfico del cruce y aprovechó la ocasión. Al cabo de

un momento circulaban a buen paso Asher Avenue arriba. Bobby notó que el escozor en el fondo de los ojos remitía. Las hebras de hilo negro que nublaban su campo visual interior se disiparon, y cuando desaparecieron totalmente, vio que la chica desnuda no era Carol (o al menos ya no lo era), ni Brigitte Bardot, sino la mujer del calendario colgado en el Corner Pocket, que la imaginación de Bobby se representaba tal como vino al mundo. La radio de la habitación contigua ya no sonaba. Las fragancias del jabón y el perfume se habían desvanecido. La mujer estaba desprovista de vida; era sólo una... una...

—Es sólo una imagen pintada en un muro de ladrillo —dijo Bobby, y se irguió en el asiento.

—¿Qué dices, niño? —preguntó el taxista, y apagó la radio. El partido había terminado. Mel Allen anunciaba una marca de tabaco.

—Nada —respondió Bobby.

—Supongo que te has dormido, ¿no? Circulación lenta, tarde calurosa... «pasa todos los días», como diría Jimmy Hatlo en su tira cómica. Da la impresión de que tu compañero está todavía en otra parte.

—No; el doctor está en casa —dijo Ted, bromeando. Enderezó la espalda e hizo una mueca de dolor al crujirle una vértebra—. Pero sí me he adormilado. —Echó un vistazo por la ventanilla, pero el William Penn Grille ya no se veía—. Los Yankees han ganado, supongo.

—Han arrollado a esos condenados Injuns —contestó el taxista, y soltó una carcajada—. No entiendo cómo puede dormirse en medio de un partido de los Yankees.

Doblaron por Broad Street, y al cabo de dos minutos el taxi se detenía ante el 149. Bobby contempló el edificio como si esperase verlo pintado de distinto color o quizá ampliado con un anexo. Tenía la sensación de haber estado ausente diez años, y en cierto modo así había sido, ¿o acaso no había visto a Carol Gerber convertida ya en mujer?

Me casaré con ella, decidió Bobby mientras se apeaba del taxi. Al otro lado de la manzana, en Colony Street, el perro de la señora O'Hara continuaba ladrando, como si le negara ese deseo y cualquier otra aspiración humana.

Ted se inclinó junto a la ventanilla del conductor con la cartera en la mano. Extrajo dos billetes de un dólar, reflexionó y luego añadió un tercero.

—Quédese el cambio.

—Es usted un caballero —dijo el taxista.

—Es un buen tipo —corrigió Bobby, y sonrió mientras el taxi arrancaba.

—Entremos —propuso Ted—. No es seguro estar aquí fuera.

Subieron por los peldaños del porche y Bobby abrió con su llave. Seguía pensando en el extraño escozor en el fondo de los ojos y las hebras de hilo negro. Las

hebras habían sido lo más horrendo, como si se hallara al borde de la ceguera.

—¿Nos han visto, Ted? ¿O nos han sentido, o lo que sea?

—Sabes que sí, pero no creo que se hayan dado cuenta de lo cerca que estábamos. —Cuando entraron en el apartamento, Ted se quitó las gafas de sol y se las guardó en el bolsillo de la camisa—. Debes de haber disimulado bien. ¡Vaya, qué calor hace aquí!

—¿Por qué crees que no se han dado cuenta de lo cerca que estábamos?

Ted, que en ese momento abría una ventana, se detuvo y miró a Bobby por encima del hombro.

—Si se hubieran dado cuenta, ese coche violeta habría estado detrás de nosotros cuando hemos llegado aquí.

—No era un coche —dijo Bobby, empezando también él a abrir ventanas. La brisa que entraba, agitando lánguidamente las cortinas, era casi tan caliente como el aire atrapado dentro del apartamento todo el día—. No sé qué era, pero sólo *parecía* un coche. Y la sensación que *ellos* me han producido... —Pese al calor, Bobby se estremeció.

Ted cogió el ventilador, se dirigió a la ventana contigua al estante donde Liz tenía sus adornos, y lo colocó en el alféizar.

—Se camuflan lo mejor que pueden, pero aun así los percibimos. A menudo los perciben incluso las personas que no saben lo que esos hombres son. Una parte de lo que esconden bajo el camuflaje rezuma, y lo que esconden es repugnante. Espero que nunca llegues a saber lo repugnante que es.

Bobby también lo esperaba.

—¿De dónde vienen, Ted?

—De un lugar oscuro.

Ted se arrodilló, enchufó el ventilador y lo encendió. El aire que atrajo hacia el interior de la sala era un poco más fresco, pero no tanto como el del Corner Pocket o el Criterion.

—¿Está en otro mundo, ese lugar, como en *Un anillo alrededor del sol*? Es así, ¿verdad?

Ted permanecía aún de rodillas junto al enchufe. Parecía rezar. También parecía exhausto, casi muerto de cansancio. Bobby no se explicaba cómo podía huir de los hampones. A juzgar por su aspecto, ni siquiera se lo veía capaz de llegar hasta Spicer sin tropezar.

—Sí —respondió por fin—. Vienen de otro mundo. Otro espacio y otro tiempo. Eso es lo único que puedo decirte. Sería peligroso para ti saber más.

Pero Bobby tenía otra pregunta.

—¿Tú eres también de uno de esos mundos?

Ted lo miró con expresión solemne.

—Yo soy de Teaneck, Nueva Jersey.

Bobby lo observó boquiabierto por un instante y de pronto rompió a reír. Ted, todavía de rodillas junto al ventilador, rió también.

—¿En qué has pensado en el taxi, Bobby? —preguntó Ted finalmente cuando consiguieron controlar la risa—. ¿Dónde te has refugiado al empezar los problemas? —Hizo una pausa—. ¿Qué has visto?

Bobby se acordó de Carol a los veinte años con las uñas de los pies pintadas de rosa, Carol desnuda con la toalla en el suelo y el vapor elevándose en torno a su cuerpo. Sólo para adultos. Sin excepciones. Obligatoria la presentación de algún documento.

—No puedo decírtelo —contestó Bobby al cabo de un momento—. Porque..., en fin...

—Porque hay cosas demasiado íntimas. Lo entiendo. —Ted se levantó. Bobby dio un paso hacia él en ademán de ayudarlo, pero Ted le indicó que no se acercase—. Quizá te apetezca salir a jugar un rato. Más tarde, a eso de las seis, digamos, volveré a ponerme las gafas de sol e iremos a cenar algo al Colony.

—Pero nada de alubias.

Las comisuras de los labios de Ted se contrajeron en un amago de sonrisa.

—Nada de alubias, prohibidas las alubias. A las diez telefonearé a mi amigo Len para enterarme de cómo ha ido el combate, ¿eh?

—Esos hampones... ¿también me buscan a mí ahora? —preguntó Bobby.

—Si creyera que existe el menor riesgo, no te permitiría salir por esa puerta —contestó Ted con expresión de sorpresa—. Estás a salvo, y voy a asegurarme de que sigas a salvo. Ahora márchate. Ve a jugar a pasar la pelota o a policías y ladrones o a lo que tú quieras. Tengo cosas que hacer. Pero procura estar aquí a las seis, o empezaré a preocuparme.

—De acuerdo.

Bobby entró en su habitación y devolvió al jarrón de los fondos para la bici las cuatro monedas de veinticinco centavos que se había llevado a Bridgeport. Echó una ojeada alrededor, viendo sus cosas con ojos nuevos: la colcha con el vaquero estampado, el retrato de su madre en una pared y en otra la fotografía firmada —obtenida reuniendo las tapas de las cajas de cereales— de Clayton Moore con su antifaz de Llanero Solitario, los patines en un rincón (uno con la correa rota), el pupitre. Ahora la habitación le parecía más pequeña, no tanto un sitio para volver como un sitio para irse. Se dio cuenta de que estaba acercándose a la madurez que correspondía al carnet naranja de la biblioteca, y en su interior una voz se oponía amargamente a ello. Gritaba: no, no, no.

Bobby hace una confesión. La niña de los Gerber y el niño de los Maltex.
Rionda. Ted hace una llamada. El grito de los cazadores.

En el Commonwealth Park los niños pequeños jugaban a lanzarse la pelota. En el campo B no había nadie; en el campo C unos cuantos adolescentes con la camiseta naranja del San Gabriel practicaban con el bate. Carol Gerber los miraba sentada en un banco con su comba en el regazo. Cuando vio acercarse a Bobby, una sonrisa asomó a sus labios. De pronto la sonrisa desapareció.

—Bobby, ¿qué te pasa?

Bobby no era de hecho consciente de que le pasase algo hasta que Carol lo mencionó, pero la inquietud que vio reflejada en el rostro de ella lo obligó a quitarse la venda de los ojos. Su malestar se debía a un cúmulo de cosas: la existencia real de los hampones y el miedo experimentado ante la inminencia del peligro en el viaje de regreso desde Bridgeport; la preocupación por su madre; y sobre todo a Ted. Sabía de sobra por qué lo había alejado Ted de la casa, y qué hacía Ted en ese preciso momento: guardar sus pertenencias en las pequeñas maletas y las bolsas de papel. Su amigo se marchaba.

Bobby se echó a llorar. No quería mostrarse sensiblero delante de una niña, y menos de *aquella* niña, pero no pudo contenerse.

Por un momento Carol pareció atónita, asustada. Luego se levantó, se acercó a él y lo abrazó.

—Tranquilo —dijo—. Tranquilo, Bobby, no llores, cálmate.

Casi cegado por las lágrimas y llorando aún más intensamente —era como si se hubiera desatado una tormenta de verano en el interior de su cabeza—, Bobby se dejó llevar por Carol hasta una arboleda donde no se los veía desde los campos de béisbol ni desde los caminos principales del parque. Una vez allí, se echó en la hierba. Carol se sentó junto a él, todavía abrazándolo, acariciándole con una mano el cabello erizado y sudoroso. Durante un rato, ella no dijo nada, y Bobby era incapaz de hablar; no hizo más que sollozar hasta que se le irritó la garganta y los ojos le palpitaron en las cuencas.

Finalmente los intervalos entre sollozo y sollozo comenzaron a prolongarse. Bobby se incorporó y se enjugó la cara con el brazo, horrorizado y avergonzado por lo que notó en su piel: no sólo lágrimas sino también saliva y mocos. Debía de haber manchado a Carol.

Eso a ella no pareció preocuparle. Le tocó la cara mojada. Bobby se apartó, lanzando otro sollozo, y bajó la mirada. Su vista, recién aclarada por el llanto, se le

antojó prodigiosamente aguda; veía todas las hojas de hierba y dientes de león.

—Cálmate —repitió Carol, pero Bobby sentía aún demasiada vergüenza para mirarla.

Permanecieron sentados en silencio. Al cabo de un rato, Carol dijo:

—Bobby, si quieres, seré tu novia.

—Ya eres mi novia —repuso Bobby.

—Entonces dime qué te pasa.

Y Bobby se oyó a sí mismo mientras se lo contaba todo, empezando por el día en que Ted se mudó a la casa y su madre sintió un instantáneo rechazo hacia él. Le habló de la primera vez que Ted se quedó en blanco, de los hampones, de los indicios de su presencia. Cuando llegó a ese punto, Carol le tocó el brazo.

—¿Qué? —preguntó Bobby—. ¿No me crees? —Tenía aún en la garganta esa dolorosa sensación de hinchazón posterior al llanto, pero ya se encontraba mejor. Aunque Carol no le creyera, no se enfurecería con ella. En realidad, lo comprendería perfectamente. El hecho mismo de contar todo aquello le representaba de por sí un gran desahogo—. Lo entiendo. Soy consciente de lo absurdo que debe...

—He visto esos extraños dibujos de la rayuela por todo el pueblo —dijo Carol—. Y también Yvonne y Angie. Al lado aparecen pequeñas estrellas y lunas. En algunos casos, incluso cometas.

Bobby la contempló boquiabierto.

—¿Es broma?

—No. Las niñas siempre nos fijamos en los dibujos de la rayuela, no sé por qué. Cierra la boca antes de que te entre un mosquito.

Bobby cerró la boca.

Carol, satisfecha, asintió con la cabeza, le cogió la mano y entrelazó sus dedos con los de él. Bobby notó, asombrado y complacido, lo bien que se acoplaban los dedos de ambos.

—Ahora cuéntame el resto —dijo Carol.

Bobby así lo hizo, terminando por el desconcertante día que acababa de vivir: la película, la visita al Corner Pocket, el hecho de que Alanna hubiera reconocido en él a su padre, el peligro del que se habían librado por muy poco en el camino de regreso a casa. Trató de explicar por qué el DeSoto violeta no era en realidad un coche sino que sólo lo parecía; sin embargo, no le fue fácil expresar esa idea, limitándose a decir que en cierto modo daba la impresión de poseer vida propia, como una perversa versión del avestruz en el que a veces montaba el doctor Doolittle en la serie de libros de animales parlantes que los había encandilado a todos en segundo curso. En su confesión, Bobby sólo omitió las imágenes que había elegido para ocultar sus pensamientos cuando el taxi pasó frente al William Penn Grille y comenzó a escocerle el fondo de los ojos.

Fue saltando de un tema a otro hasta que por fin, a modo de colofón, abordó atropelladamente lo peor de todo: temía que el viaje de su madre a Providence con el señor Biderman y los otros dos hombres fuera un error. Un *grave* error.

—¿Crees que el señor Biderman le tira los tejos? —preguntó Carol mientras volvían al banco donde había dejado su comba.

Al llegar, Bobby la cogió y se la entregó. A continuación salieron del parque y se encaminaron hacia Broad Street.

—Sí, es posible —contestó Bobby con pesimismo al cabo de un rato—. O al menos... —Esa parte constituía su principal temor, aunque era incapaz de definirlo o concretarlo; era como un mal presagio oculto tras una lona—. Al menos *ella* cree que así es.

—¿Va a pedirle que se case con él? Si se casaran, sería tu padrastro.

—¡Dios mío! —exclamó Bobby. No había contemplado la posibilidad de tener a Don Biderman como padrastro, y deseó con toda su alma que Carol no se la hubiera sugerido. Era una perspectiva aterradora.

—Si tu madre lo ama, vale más que te acostumbres a la idea.

Carol hablaba con un tono de mujer madura y experimentada que a Bobby le sobraba. Supuso que en lo que iba de verano había pasado demasiado tiempo viendo telenovelas con su madre. Y curiosamente no le habría importado el hecho de que su madre amase al señor Biderman si todo se reducía a eso. Aunque desde luego sería una desgracia, porque el señor Biderman era un personaje repelente, Bobby lo habría comprendido. Pero había algo más. La mezquindad de su madre con el dinero —su *tacañería*— formaba parte del problema, al igual que los motivos que la habían inducido a volver a fumar y la habían hecho llorar alguna que otra noche. Incluso podía tener algo que ver con todo eso la diferencia entre el Randall Garfield de su madre —el hombre indigno de confianza que dejó facturas pendientes de pago— y el *Randy* Garfield de Alanna —el hombre encantador a quien le gustaba escuchar la gramola a todo volumen—. ¿Realmente habían existido esas facturas? ¿Realmente había existido una póliza de seguros vencida? ¿Por qué mentiría su madre respecto a cosas así? ésas eran cuestiones de las que no podía hablar con Carol. No se trataba de reticencia por su parte; sencillamente no sabía cómo plantearlas.

Empezaron a subir por la cuesta. Bobby sujetó un extremo de la comba y caminaron uno junto al otro, arrastrándola entre ellos por la acera. De pronto Bobby se detuvo y señaló algo.

—Mira.

En la calle, más arriba, una cola amarilla de cometa colgaba de los cables eléctricos, curvándose de tal modo que semejaba un interrogante.

—Sí, ya lo veo —dijo Carol con voz apagada. Siguieron adelante—. Debería marcharse hoy mismo, Bobby.

—No puede. El combate de boxeo es esta noche. Si Albini gana, Ted irá a recoger su dinero al salón de billar mañana por la noche. Creo que lo necesita con urgencia.

—Sin duda lo necesita —afirmó Carol—. Sólo hay que ver la ropa que lleva para darse cuenta de que está al borde de la ruina. Probablemente el dinero de la apuesta era lo último que le quedaba.

La ropa, eso es algo en lo que sólo se fijaría una chica, pensó Bobby, y abrió la boca con la intención de decirlo, pero una voz proveniente de detrás se lo impidió.

—¡Vaya, mirad a quiénes tenemos aquí! Son la niña de los Gerber y el niño del anuncio de los cereales Maltex. ¿Qué tal, niños?

Carol y Bobby se volvieron. Por la cuesta pedaleaban lentamente hacia ellos tres chicos del San Gabriel con camisetas de color naranja. En las cestas de las bicicletas habían cargado sus guantes, pelotas y demás material de jugar al béisbol. Uno de ellos, un zoquete con la cara llena de granos y una cruz de plata colgada del cuello, llevaba el bate en bandolera, suspendido de una correa adaptada para ese fin por él mismo. Se cree Robin Hood, pensó Bobby, pero tenía miedo. Eran chicos mayores, chicos de secundaria, chicos de la *escuela parroquial*, y si decidían enviarlo al hospital, en el hospital acabaría. Hampones adolescentes con camisetas de color naranja, pensó. Hampones adolescentes con camisetas de color naranja, eso es lo que son.

—Hola, Willie —saludó Carol a uno de ellos, no el zoquete del bate en bandolera. Habló con voz serena, casi alegre, pero tras esa apariencia Bobby percibió cierta agitación, como el aleteo un pájaro—. Te he visto jugar. Atrapas bien la pelota.

El tal Willie tenía un rostro poco agraciado, aún a medio formar, bajo una mata de pelo castaño rojizo peinado hacia atrás y sobre un cuerpo de hombre. La bicicleta Huffy que montaba era ridículamente pequeña para él. Bobby pensó que parecía un gnomo de un cuento de hadas.

—¿Y a ti qué te importa, niña Gerber? —replicó.

Los tres chicos del San Gabriel se situaron a la par de Carol y Bobby. Acto seguido dos de ellos —el de la cruz colgada del cuello y el tal Willie— se adelantaron un poco, ya desmontados y empujando las bicicletas. Con creciente desánimo, Bobby se dio cuenta de que Carol y él estaban rodeados. Un olor mezcla de sudor y tónico capilar Vitalis le llegó de los chicos con camisetas de color naranja.

—¿Y tú quién eres, niño Maltex? —preguntó a Bobby el tercer chico del San Gabriel. Se inclinó sobre el manillar para verlo mejor—. ¿Eres Garfield? Sí lo eres, ¿verdad? Billie Donahue todavía te busca desde aquella vez que os encontrasteis el invierno pasado. Quiere partirte los dientes. Quizá yo debería partirte aquí mismo uno o dos, para facilitarle las cosas.

Bobby empezó a notar una desagradable sensación en el estómago, algo parecido al movimiento de varias serpientes dentro de una cesta. No volveré a llorar, se dijo.

Pase lo que pase, aunque me manden al hospital, no volveré a llorar. E intentaré proteger a Carol.

¿Protegerla de chicos de aquella edad? ¡Qué gracioso!

—¿Por qué te comportas así, Willie? —preguntó Carol, dirigiéndose únicamente al chico del cabello rojizo—. Cuando estás solo, no te comportas de esta manera. ¿Por qué lo haces ahora?

Willie se sonrojó. Entre el rubor y el color rojizo de su pelo —mucho más oscuro que el de Bobby—, daba la impresión de que tuviese la cabeza en llamas. No le gustaba, supuso Bobby, que sus amigos supieran que era capaz de actuar como un ser humano cuando ellos no andaban cerca.

—¡Cállate, niña Gerber! —gruñó Willie—. ¿Por qué no cierras la boca y le das un beso a tu novio ahora que aún tiene dientes?

El tercer chico llevaba un cinturón de motorista con la hebilla en el costado y unas viejas zapatillas Snap-Jack manchadas de polvo. Estaba detrás de Carol. Se acercó aún más y, sujetando la bicicleta entre las piernas, le tiró de la coleta con las dos manos.

—¡Ay! —exclamó Carol casi chillando, en parte por el sobresalto, en parte por el dolor. Se apartó con tal brusquedad que estuvo a punto de caerse.

Bobby la agarró, y Willie —quien, según Carol, sabía comportarse como una persona cuando no iba en compañía de sus amigos— soltó una carcajada.

—¿Por qué haces eso? —preguntó Bobby a voz en grito al chico del cinturón de motorista, y tan pronto como esas palabras salieron de su boca tuvo la impresión de haberlas oído mil veces. Todo aquello era como un ritual, las frases que se pronunciaban antes de llegar a los *verdaderos* tirones y empujones y comenzar a volar los puños. Se acordó una vez más de *El señor de las moscas*, de la escena en que Ralph huía de Jack y los otros. En la isla de Golding por lo menos había una selva. Allí, en cambio, él y Carol no tenían a donde correr.

Ahora dirá «Porque me da la gana», pensó; eso es lo que viene a continuación.

Pero antes de que el chico del cinturón abrochado a un lado tuviese ocasión de decirlo, el Robin Hood del bate en bandolera se le adelantó:

—Porque le da la gana. ¿Piensas hacer algo al respecto, niño Maltex?

Dicho esto, lanzó una mano con la rapidez de una serpiente y abofeteó a Bobby. Willie volvió a reírse.

Carol dio un paso hacia él.

—Por favor, Willie, no...

El Robin Hood alargó un brazo, agarró a Carol por la pechera de la blusa y apretó.

—¿Tienes ya tetas? No, no gran cosa. No eres más que una niña.

La apartó de un empujón, y Bobby, con la bofetada resonando aún en su cabeza,

la sujetó por segunda vez para evitar que se cayera.

—Vamos a darle una paliza a este marica —propuso el chico del cinturón de motorista—. No me gusta su cara.

Los tres se aproximaron acompañados de los solemnes chirridos de las ruedas de sus bicicletas. De pronto Willie dejó caer la suya como si fuera un caballo muerto y fue a por Bobby. Bobby alzó los puños en una pobre imitación de Floyd Patterson.

—Eh, chicos, ¿qué pasa ahí? —preguntó alguien desde atrás.

Willie había ya contraído un brazo y preparado el puño. Todavía en ademán de golpear, volvió la cabeza. Lo mismo hicieron el Robin Hood y el chico del cinturón de motorista. Aparcado junto a la acera, había un viejo Studebaker azul con manchas de óxido en la franja inferior de la carrocería y un Jesucristo imantado en el salpicadero. De pie frente al coche, haciendo gala de un busto en extremo generoso y una cadera en extremo amplia, estaba Rionda, la amiga de Anita Gerber. La ropa de verano y ella nunca se avendrían bien (Bobby, pese a sus once años, ya se daba cuenta de eso), pero en aquel momento semejaba una diosa con pantalones pitillo.

—¡Rionda! —exclamó Carol, sin llegar a gritar pero casi.

Se abrió paso entre Willie y el chico del cinturón de motorista. Ninguno de los dos hizo el menor intento de detenerla. Los tres alumnos del San Gabriel miraban fijamente a Rionda. Bobby se descubrió contemplando el puño levantado de Willie. Algunas mañanas Bobby despertaba con el pito tan duro como una piedra, erecto como un cohete espacial. Cuando entraba en el baño a orinar, se ablandaba y languidecía. El brazo en alto de Willie languidecía en ese instante de igual modo, disgregándose el puño de nuevo en cinco dedos. Bobby encontró cómica la comparación, pero contuvo el deseo de sonreír. Si los chicos del San Gabriel advertían una sonrisa en sus labios, por el momento no podrían hacer nada; sin embargo, más tarde, otro día...

Rionda rodeó a Carol con los brazos y la estrechó contra su voluminoso pecho. Sonriente —ella sí sonreía, sin el menor esfuerzo por disimular—, dirigió una mirada escrutadora a los chicos con camisetas de color naranja.

—Tú eres Willie Shearman, ¿no?

El brazo antes en alto de Willie cayó definitivamente a un costado. Mascullando, Willie se agachó para levantar su bicicleta.

—¿Y tú Richie O'Meara?

El chico con el cinturón de motorista se miró las punteras de las polvorientas Snap-Jack y también masculló. Tenía encendidas las mejillas.

—Uno de los hermanos O'Meara, eso sin duda —prosiguió Rionda—; sois tantos que me es imposible seguiros la pista. —Su mirada se posó a continuación en el Robin Hood—. ¿Y tú quién eres, grandullón? ¿Un Dedham? Te veo cierto parecido con los Dedham.

El Robin Hood se miró las manos. Lucía un elegante anillo en un dedo, y empezó a darle vueltas.

Rionda mantenía abrazada por los hombros a Carol, y Carol rodeaba la cintura de Rionda hasta donde le llegaba el brazo. Sin mirar a los chicos, Carol permaneció junto a Rionda cuando ésta subió al bordillo y se plantó en la estrecha franja de césped que orlaba la acera.

—Vale más que me respondas cuando te hablo, hijo —advirtió Rionda sin apartar la vista del Robin Hood—. No me costará mucho saber quién es tu madre si me lo propongo. Me basta con preguntar al padre Fitzgerald.

—Harry Doolin, me llamo —contestó por fin el chico, haciendo girar el elegante anillo aún más deprisa.

—Bueno, no iba muy desencaminada —dijo Rionda con tono jovial, y avanzó otros dos o tres pasos, dejando atrás la franja de césped. Carol, por temor a acercarse más a los chicos, trató de frenarla, pero Rionda siguió a su aire—. Los Dedham y los Doolin siempre se han casado entre sí, ya desde antes de venir de Irlanda.

No era Robin Hood, pues, sino un chico llamado Harry Doolin con el bate colgado al hombro mediante una ridícula bandolera hecha por él mismo. Ni el otro era Marlon Brando en *El salvaje*, sino un chico llamado Richie O'Meara que no tendría una Harley a juego con su cinturón de motorista como mínimo en cinco años... si llegaba a tenerla. Y Willie Shearman, que no se atrevía a tratar bien a una niña cuando estaba con sus amigos. Para encogerlos a su verdadero tamaño, bastaba una mujer obesa con pantalones pitillo y camiseta ajustada, que había acudido al rescate no en un corcel blanco sino en un Studebaker de 1954. La idea debería haber reconfortado a Bobby, pero no fue así. No pudo evitar acordarse del comentario de William Golding sobre el desenlace de *El señor de las moscas*: los niños de la isla eran rescatados por la tripulación de un buque de guerra, y eso era bueno para ellos, pero ¿quién rescataría a la tripulación?

Desde luego, no venía al caso: nadie parecía necesitar menos un rescate que Rionda Hewson en ese momento. Sin embargo, las palabras de Golding seguían resonando en su mente. ¿Y si no existieran los adultos? ¿Y si el propio concepto de adulto fuera una mera ilusión? ¿Y si el dinero de los adultos era como las canicas en un recreo, sus negocios como cambiar cromos de béisbol, sus guerras como jugar a pistoleros en el parque? ¿Y si no eran más que mocosos con sus trajes y vestidos? Por Dios, era imposible. La sola idea resultaba escalofriante.

Rionda continuaba mirando a los chicos del San Gabriel con su sonrisa severa y un tanto peligrosa.

—No estarías por casualidad metiéndoo con niños de menor edad y tamaño que vosotros, ¿verdad? Uno de ellos una niña como vuestras hermanas pequeñas.

Los tres guardaron silencio, esta vez sin atreverse siquiera a mascullar. Se

limitaban a mover los pies.

—Estoy segura de que no era así, porque eso sería de cobardes, ¿no? —Rionda volvió a darles oportunidad de responder y tiempo de sobra para escuchar su propio silencio—. ¿Willie? ¿Richie? ¿Harry? No os estabais metiendo con ellos, ¿verdad?

—Claro que no —dijo Harry.

Bobby pensó que si Harry hacía girar el anillo aún más deprisa, acabaría prendiéndosele fuego en el dedo.

—Si sospechase que ha ocurrido algo semejante —continuó Rionda, todavía con su peligrosa sonrisa en los labios—, no me quedaría más remedio que ir a hablar con el padre Fitzgerald, ¿no? Y probablemente el padre consideraría oportuno sostener una charla con vosotros, y probablemente *vuestros* padres se sentirían en la obligación de calentaros el trasero..., y lo mereceríais, ¿no, chicos? Por meteros con niños más débiles y de menor edad.

Silencio absoluto por parte de los tres chicos, todos ya a horcajadas sobre sus bicicletas desproporcionadamente pequeñas.

—Meterse con niños más débiles y de menor edad es una acción muy fea —afirmó Rionda—. ¿Se han metido contigo, Bobby?

—No —contestó Bobby de inmediato.

Rionda puso un dedo bajo la barbilla de Carol y le volvió la cara hacia ella.

—¿Se han metido contigo, cariño?

—No, Rionda.

Rionda le sonrió, y Carol, pese a tener lágrimas en los ojos, le devolvió la sonrisa.

—Bien, chicos, parece que os habéis librado —dijo Rionda—. Según ellos, no habéis hecho nada que os exija pasar ni un incómodo minuto de más en el confesionario. En mi opinión, les debéis unas palabras de agradecimiento, ¿no?

Susurros entre dientes por parte de los chicos del San Gabriel. Por favor, déjalo ya, rogó Bobby para sí. No los obligues a darnos las gracias. No hace falta que se lo restriegues por la nariz.

Quizá Rionda escuchó sus pensamientos (Bobby tenía ya buenas razones para creer que tales cosas eran posibles).

—Bueno —dijo—, quizá podamos saltarnos esa parte. Marchaos a casa, chicos. Y a propósito, Harry, cuando veas a Moira Dedham, coméntale que Rionda todavía va al bingo en Bridgeport todas las semanas, por si le interesa que la lleve en coche.

—Claro, se lo diré —respondió Harry. A continuación montó en la bicicleta y se alejó calle arriba, la mirada aún fija en la acera. Si hubiera bajado algún peatón en sentido contrario, probablemente lo habría arrollado. Sus dos amigos lo siguieron, poniéndose de pie sobre los pedales para no rezagarse.

Rionda los observó, y su sonrisa se desvaneció gradualmente.

—¡Irlandeses! —exclamó por fin—. Son una continua fuente de conflictos. ¡Bah,

menos mal que nos los hemos quitado de encima! Carol, ¿de verdad estás bien?

Carol asintió.

—¿Y tú, Bobby?

—Sí, estoy bien —contestó Bobby, necesitando auténtica disciplina para no echarse a temblar como la gelatina de arándanos delante de ella. Pero si Carol no se desmoronaba, él tampoco.

—Sube al coche —dijo Rionda a Carol—. Te llevaré hasta tu casa. Tú márchate también, Bobby. Cruza deprisa la calle y métete en casa. Mañana esos chicos se habrán olvidado ya de ti y de mi Carol, pero esta noche lo más sensato es que no os dejéis ver.

—De acuerdo —respondió Bobby, sabiendo que no se habrían olvidado al día siguiente, ni al final de la semana, ni al final del verano. Él y Carol deberían tener cuidado con Harry y sus amigos durante mucho tiempo—. Adiós, Carol.

—Adiós.

Bobby corrió a la otra acera y, desde allí, observó al viejo coche de Rionda mientras avanzaba hasta el bloque de apartamentos donde vivía la familia Gerber. Cuando Carol se apeó, miró calle abajo y levantó la mano en un gesto de despedida. Tras devolverle el saludo, Bobby subió por los peldaños del porche del 149 y entró.

Encontró a Ted sentado en la sala de estar, fumando y leyendo la revista *Life*. En la portada aparecía Anita Ekberg. Bobby sabía con certeza que tenía ya preparadas las maletas y bolsas de papel, pero no estaban a la vista; debía de haberlas dejado en la habitación del tercer piso. Bobby se alegró de que así fuera. Prefería no verlas. Ya era bastante doloroso saber que estaban allí.

—¿Qué has hecho? —preguntó Ted.

—No gran cosa —respondió Bobby—. Creo que me echaré a leer en la cama hasta la cena.

Entró en su habitación. En el suelo, junto a la cama, había una pila de tres libros procedentes de la sección de adultos de la biblioteca: *Umbral cósmico*, de Clifford D. Simak; *El misterio del sombrero de copa*, de Ellery Queen; y *Los herederos*, de William Golding. Bobby escogió *Los herederos* y se tumbó con la cabeza en los pies de la cama y sus pies descalzos sobre la almohada. La ilustración de la portada mostraba un grupo de cavernícolas, pero el dibujo era casi abstracto; en la portada de un libro infantil nunca se habrían visto cavernícolas como aquéllos. Tener un carnet de adulto de la biblioteca estaba bien..., pero no tanto como le había parecido en un principio.



A las nueve ponían *Intriga en Hawai* por televisión, y normalmente Bobby se habría

quedado absorto ante la pantalla (su madre sostenía que series como *Intriga en Hawai* y *Los intocables* eran demasiado violentas para los niños y, por lo general, no le permitía verlas), pero esa noche perdía una y otra vez el hilo del argumento. A menos de cien kilómetros de allí Eddie Albini y Huracán Haywood estarían ya peleando; la chica de Gillette, vestida con un bañador azul y zapatos de tacón azules, se pasearía por el cuadrilátero antes de cada asalto mostrando al público un cartel con un número azul: 1... 2... 3... 4...

A las nueve y media Bobby ni siquiera sabía ya quién era el detective en la serie de televisión, y mucho menos quién había asesinado a la rubia de la alta sociedad. «Huracán Heywood se vendrá abajo en el octavo asalto», le había dicho Ted; el viejo Gee estaba enterado. Pero ¿y si algo fallaba? Bobby no quería que Ted se marchara, pero si era inevitable, le horrorizaba la idea de que se fuera con los bolsillos vacíos. Aunque seguramente eso no podía ocurrir... ¿o sí? Bobby había visto una película en la televisión donde un boxeador debía dejarse ganar y al final cambiaba de idea. ¿Y si sucedía lo mismo esa noche? Dejarse ganar no estaba bien, era un engaño —no hacía falta ser un genio para darse cuenta—, pero si Huracán Haywood *no* se prestaba a ese engaño, Ted se vería en un grave aprieto; «con el agua al cuello por lo menos», como diría Sully-John.

Las nueve y media según el reloj en forma de sol que colgaba de la pared en la sala de estar. Si los cálculos de Bobby eran correctos, el crucial octavo asalto ya se había iniciado.

—¿Qué opinas de *Los herederos*?

Bobby se hallaba tan abstraído en sus cavilaciones que la voz de Ted lo sobresaltó. En la pantalla del televisor, Keenan Wynn, de pie ante un bulldozer, afirmaba que caminaría una milla por un Camel.

—Es mucho más difícil que *El señor de las moscas* —respondió Bobby—. Por lo que se ve, hay dos familias de cavernícolas vagando de un lado a otro, y una familia es más inteligente. Pero los de la otra familia, los más tontos, son los héroes. Estaba a punto de dejarlo, pero ahora empieza a ponerse más interesante. Creo que seguiré leyéndolo.

—La familia que aparece primero, la de la niña, es Neanderthal. La segunda familia, en realidad una tribu (Golding siempre con sus tribus), es Cro-Magnon. Los Cro-Magnon son los herederos. Lo que sucede entre ambos grupos se ajusta a la definición de tragedia: los acontecimientos tienden hacia un final triste e inevitable.

Ted prosiguió, hablando de obras de Shakespeare, poemas de Poe y novelas de un tal Theodore Dreiser. Normalmente Bobby habría mostrado interés, pero esa noche su mente volaba una y otra vez al Madison Square Garden. Veía el cuadrilátero, iluminado con igual intensidad que las pocas mesas de billar en uso del Corner Pocket. Oía el clamor del público cuando Haywood se lanzaba en tromba sobre el

sorprendido Albin, asestándole golpes de izquierda y derecha. Haywood había decidido no hacer tongo; como el boxeador de la película de televisión, iba a infligir un severo castigo a su rival. Bobby olía el sudor y oía el sonoro contacto de los guantes contra la piel. Eddie Albin ponía los ojos en blanco..., se le doblaban las rodillas..., el público, en pie, vociferaba...

—... la noción de destino como fuerza ineludible parece tener su origen en Grecia. Había un autor de teatro llamado Eurípides que...

—Telefona —dijo Bobby, y aunque no había probado un cigarrillo en su vida (en 1964 fumaría más de un cartón por semana), su voz sonaba tan ronca como la de Ted por la noche, después de todo un día de Chesterfields.

—¿Cómo dices, Bobby?

—Telefona al señor Files y entérate de cómo ha ido la pelea. —Bobby echó un vistazo al reloj en forma de sol. Las nueve cuarenta y nueve—. Si sólo ha habido ocho asaltos, ya habrá terminado.

—Estoy de acuerdo en que el combate ha terminado, pero si telefono a Files tan pronto, quizá sospeche que sabía algo —adujo Ted—. Y no a través de la radio; como ambos sabemos, este combate no se retransmite por radio. Es mejor esperar. Más seguro. Dejémosle creer que soy un hombre de buenas corazonadas. Telefonaré a las diez, como si previese que el resultado se decidirá por puntos y no por K. O. Y entretanto, Bobby, tranquilízate. Te aseguro que es coser y cantar.

Bobby desistió de seguir el argumento de *Intriga en Hawai*; se limitó a permanecer inmóvil en el sofá y escuchar el parloteo de los actores. Un hombre gritaba a un grueso policía hawaiano. Una mujer con un bañador blanco corría hacia las olas. Un coche perseguía a otro mientras sonaba de fondo una batería. Las manecillas del reloj en forma de sol avanzaban lentamente, esforzándose por alcanzar una el diez y otra el doce como alpinistas en los últimos cien metros del ascenso al Everest. El hombre que había asesinado a la rubia de la alta sociedad se mataba al salirse de la carretera y estrellarse en una plantación de piña americana, e *Intriga en Hawai* por fin terminaba.

Bobby no esperó a ver el avance del siguiente episodio; apagó el televisor y dijo:

—¿No es ya la hora? Telefona, por favor.

—Enseguida —contestó Ted—. Creo que he tomado una cerveza sin alcohol de más. Parece que con la edad se me ha encogido el depósito.

Arrastrando los pies, entró en el cuarto de baño. Se produjo un silencio interminable y finalmente se oyó caer el chorro de orina en la taza del inodoro.

—¡Aaah! —exclamó Ted con manifiesta satisfacción.

Bobby era incapaz de seguir sentado. Se levantó y comenzó a pasearse por la sala de estar. Tenía la firme convicción de que en ese mismo instante Tommy Haywood, el Huracán, era fotografiado en su rincón del cuadrilátero, magullado pero radiante

mientras los flashes bañaban su rostro en luz blanca. La chica de Gillette estaría junto a él, su brazo sobre los hombros del vencedor, la mano de Haywood en la cintura de ella, en tanto Albin, hundido y olvidado en su propio rincón, apenas podía abrir los ojos de tan hinchados y aún no había recobrado del todo la conciencia después de la paliza recibida.

Cuando Ted volvió del baño, Bobby estaba al borde de la desesperación. *Sabía* que Albin había perdido el combate y su amigo había perdido los quinientos dólares. ¿Se quedaría Ted en Harwich al descubrir que no tenía un centavo? Quizá..., pero si se quedaba y aparecían los hampones...

Bobby, abriendo y cerrando los puños, observó a Ted mientras cogía el auricular y marcaba el número.

—Cálmate, Bobby —dijo Ted—. Todo saldrá bien.

Pero Bobby no podía calmarse. Se sentía como si tuviera alambres en el vientre. Ted sostuvo el auricular junto al oído en silencio durante lo que pareció una eternidad.

—¿Por qué no contestan? —susurró Bobby con vehemencia.

—El timbre sólo ha sonado dos veces, Bobby. ¿Por qué no...? ¿Hola? Soy el señor Brautigan. Ted Brautigan. Sí, señora, ayer. —Para asombro de Bobby, Ted le guiñó un ojo. ¿Cómo podía estar tan tranquilo? Bobby dudaba que él, en el lugar de Ted, fuese siquiera capaz de sostener el auricular, y menos aún de guiñar un ojo—. Sí, señora, está aquí. —Ted se volvió hacia Bobby y, sin tapar el micrófono, dijo—: Alanna me pregunta por tu novia.

Bobby intentó hablar pero sólo pudo resollar.

—Bobby dice que está bien —respondió Ted a Alanna—, preciosa como un día de verano. ¿Puede ponerme con Len? Sí, esperaré. Pero cuénteme entretanto cómo ha ido el combate. —Siguió un silencio que a Bobby nuevamente se le antojó eterno. Ted permanecía inexpresivo. Y esta vez sí tapó el micrófono cuando se volvió hacia Bobby—. Dice que Albin ha recibido bastante en los cinco primeros asaltos, ha aguantado bien en el sexto y el séptimo, y en el octavo se ha sacado de la manga un gancho de derecha que ha mandado a Haywood a la lona. Hora de dormir para el Huracán. Qué sorpresa, ¿no?

—Sí —contestó Bobby. Apenas podía mover los labios. Era verdad, de principio a fin. El viernes a esa misma hora Ted ya se habría marchado. Con dos mil pavos en el bolsillo podía uno huir muy lejos y de muchos hampones; con dos mil pavos en el bolsillo, podía uno recorrer el país de costa a costa en el gran perro gris.

Bobby entró en el cuarto de baño y puso dentífrico en el cepillo de dientes. El terror ante la posibilidad de que Ted hubiera apostado a quien no debía ya había desaparecido, pero la tristeza por la inminente pérdida seguía viva, y en aumento. Nunca habría imaginado que algo que ni siquiera había ocurrido aún pudiera ser tan

doloroso. Dentro de una semana no recordaré dónde estaba su encanto, pensó. Dentro de un año apenas me acordaré de él.

¿Era eso verdad? Dios santo, ¿podía ser verdad?

No, pensó Bobby. Ni hablar. No lo permitiré.

En la sala de estar, Ted conversaba con Len Files. Parecía una charla bastante cordial, ceñida al guión previsto por Ted..., y sí, efectivamente, en ese momento Ted decía que se había dejado llevar por una corazonada, una corazonada clara y firme, de esas que lo obligan a uno a apostar si realmente quiere creerse un jugador. Sí, la noche siguiente a las nueve y media sería una buena hora para pasar a recoger el pago, siempre y cuando la madre de su amigo estuviera de regreso a las ocho; si ella llegaba un poco más tarde, Ted se reuniría con Len a las diez o diez y media, si él estaba de acuerdo. Más risas de Ted, así que por lo visto el viejo y gordo Lennie Files no tenía el menor inconveniente.

Bobby volvió a colocar el cepillo de dientes en el vaso del estante colgado debajo del espejo y luego se metió la mano en el bolsillo. Dentro había algo que sus dedos no reconocieron, algo que no formaba parte del contenido habitual de sus bolsillos. Extrajo el llavero con la placa verde, su recuerdo especial de una zona de Bridgeport que su madre desconocía. La zona situada «allí abajo». THE CORNER POCKET, BILLARES, JUEGOS AUTO. KENMORE 8-2127.

Probablemente ya debería haberlo escondido (o haberse deshecho de él), y de pronto se le ocurrió una idea. Esa noche nada habría levantado el ánimo a Bobby Garfield, pero aquella idea estuvo cerca de conseguirlo: regalaría el llavero a Carol Gerber, advirtiéndole previamente que nunca revelaría a su madre cómo había llegado hasta ella. Sabía que Carol tenía por lo menos dos llaves que podía guardar en él: la de su apartamento y la del diario personal que Rionda le había obsequiado por su cumpleaños. (Carol era tres meses mayor que Bobby, pero nunca se daba importancia ante él por esa diferencia de edad.) Regalarle el llavero equivaldría en cierto modo a pedirle formalmente que fuera su novia. Se ahorraría así la sensiblería y la vergüenza de expresarlo con palabras; Carol lo entendería. Era parte de su encanto.

Bobby dejó el llavero en el estante, junto al vaso con los cepillos de dientes, y fue a ponerse el pijama a su habitación. Cuando salió, Ted estaba sentado en el sofá, fumando un cigarrillo. Miró a Bobby.

—¿Estás bien, Bobby?

—Eso creo. Creo que debo estarlo, ¿no?

Ted asintió con la cabeza y añadió:

—Los dos debemos estarlo.

—¿Volveremos a vernos? —preguntó Bobby, suplicando para sus adentros que Ted no le hablase como el Llanero Solitario, que no empezase con la cursilada de

«Nos encontraremos de nuevo, amigo...», porque no era sólo una *cursilada*; en realidad, esa palabra se quedaba corta. Era una mierda, eso lo definía mejor. Pensaba que Ted nunca le había mentido, y no quería que comenzase a hacerlo precisamente cuando se acercaba el final.

—No lo sé. —Ted observó el ascua del cigarrillo, y cuando alzó otra vez la mirada, Bobby vio lágrimas en sus ojos—. No lo creo.

Esas lágrimas desbordaron la resistencia de Bobby. Se echó a correr hacia Ted movido por el deseo de abrazarlo, por la *necesidad* de abrazarlo. Se detuvo cuando Ted levantó los brazos y los cruzó ante la pechera de holgada camisa de anciano con una expresión a medio camino entre el horror y la sorpresa.

Bobby se quedó inmóvil, los brazos aún extendidos en ademán de abrazarlo. Los bajó lentamente. Nada de abrazos, nada de contactos. Era la norma, pero la norma era mala. La norma era errónea.

—¿Me escribirás? —preguntó.

—Te enviaré postales —respondió Ted tras meditarlo por un instante—. Pero no a ti directamente, eso podría resultar peligroso para los dos. ¿Qué hago? ¿Se te ocurre alguna idea?

—Envíaselas a Carol —sugirió Bobby sin pararse siquiera a pensar.

—¿Cuándo le has hablado de los hampones, Bobby? —dijo Ted. En su voz no se advertía el menor tono de reproche. ¿Por qué iba a reprochárselo? Al fin y al cabo, se marchaba, ¿no? Para el caso, su situación podía verse desde fuera como la noticia del ladrón de carritos de supermercado; el periodista podría escribir en el periódico: VIEJO CHIFLADO HUYE DE LOS INVASORES ALIENÍGENAS. La gente lo comentaría ante el café y los cereales del desayuno y se echaría a reír. ¿Cómo lo había definido Ted aquel día? Insulso humor pueblerino o algo así. Pero si era tan gracioso, ¿por qué causaba dolor? ¿Por qué causaba tanto dolor?

—Hoy —susurró Bobby—. La he visto en el parque y... me ha salido todo de dentro.

—Esas cosas pasan —dijo Ted con total seriedad—. Conozco bien la sensación; a veces la presa simplemente revienta. Y quizá sea mejor así. ¿Le dirás que quizá me ponga en contacto contigo a través de ella?

—Sí.

Ted, pensativo, se tocó los labios con un dedo. Finalmente asintió con la cabeza.

—En el encabezamiento de las postales que le envíe escribiré «Querida C.» en lugar de «Querida Carol». Al pie, firmaré como «Un amigo». Así los dos sabréis quién las manda. ¿De acuerdo?

—Sí —contestó Bobby—. Estupendo.

No era estupendo. Nada de aquello era estupendo, pero serviría.

De pronto Bobby alzó una mano, se besó las yemas de los dedos y se sopló en

ellas. Ted, sentado en el sofá, sonrió, atrapó el beso y se lo llevó a la arrugada mejilla.
—Ahora mejor será que te acuestes, Bobby. Ha sido un día agotador y ya es tarde.
Bobby se fue a dormir.



Al principio creyó que era el mismo sueño de la otra vez: Biderman, Cushman y Dean persiguiendo a su madre a través de la selva de la isla de William Golding. Al cabo de un rato Bobby se dio cuenta de que los árboles y enredaderas pertenecían al dibujo del papel pintado de la pared, y de que el sendero que pisaban los desalados pies de su madre era una moqueta marrón. No estaban en una selva sino en el pasillo de un hotel. Aquello era su versión imaginaria del hotel Warwick.

Aun así, el señor Biderman y los otros dos imbéciles la perseguían; eso no había cambiado. Y ahora también iban tras ella los chicos del San Gabriel: Willie, Richie y Harry Doolin. Todos ellos llevaban franjas rojas y blancas pintadas en la cara. Y todos vestían jubones amarillos en los cuales había dibujado un ojo de un color rojo encendido:



Bajo los jubones, iban desnudos. Sus partes pudendas se sacudían y balanceaban en medio de espesos nidos de vello púbico. Salvo Harry Doolin, todos blandían lanzas; Harry empuñaba su bate, afilado por ambos extremos.

—¡Matad a la zorra! —gritaba Cushman.

—¡Bebeos su sangre! —exclamaba Don Biderman, y arrojaba la lanza a Liz Garfield justo en el instante en que ella doblaba una esquina. La lanza se clavaba en una de las paredes pintadas a modo de selva, con el asta vibrando.

—¡Metérsela por ese coño inmundo! —bramaba Willie. Willie, que sabía comportarse como una persona cuando no estaba en compañía de sus amigos. El ojo encarnado de su pecho miraba fijamente. Más abajo, su pene también parecía mirar fijamente.

¡Corre, mamá!, intentaba decir Bobby, pero las palabras no salían de su garganta. No tenía boca, ni cuerpo. Estaba allí y a la vez no estaba. Volaba junto a su madre como su sombra. Oía su agitada respiración, veía sus labios trémulos y contraídos en una mueca de terror y sus medias rotas. También llevaba hecho jirones el vestido de fiesta. Tenía un arañazo en un pecho y la herida sangraba. Apenas podía abrir uno de sus ojos. Daba la impresión de que acabase de combatir a unos cuantos asaltos contra Eddie Albini o Huracán Haywood... o quizá incluso contra los dos simultáneamente.

—¡Vamos a abrirte en canal! —aulló Richie.

—¡A comerte viva! —añadía Curtis Dean (a todo volumen)—. ¡A bebernos tu sangre y desparramar tus tripas!

Su madre volvía la cabeza para mirarlos y sus pies descalzos (había perdido los zapatos en alguna parte) tropezaban entre sí. No hagas eso, mamá, gimoteaba Bobby. No hagas eso, por lo que más quieras.

Como si lo hubiera oído, Liz miraba de nuevo al frente e intentaba correr más deprisa. Pasaba junto a un cartel pegado a la pared:

POR FAVOR, AYÚDENNOS A ENCONTRAR
A NUESTRO JABALÍ
LIZ es nuestra MASCOTA
LIZ TIENE 34 AÑOS
ES UN JABALÍ HEMBRA CON MAL GENIO pero
LA QUEREMOS
A la voz de «TE LO PROMETO»
(o)
«NO CUESTA DINERO»
hace todo lo que se le pide
LLAMAR A HOusitonic 5-8337
(o)
TRAERLA al WILLIAM PENN GRILLE
preguntar por LOS HAMPONES CON
CHAQUETAS AMARILLAS
Nuestro lema: «NOS LA COMEMOS **CRUDA**»

Su madre también vio el cartel, y esta vez sí cayó cuando se le enredaron los tobillos.

¡Levanta, mamá!, gritó Bobby, pero ella no se levantó. Quizá no podía. Se arrastró por la moqueta marrón, mirando hacia atrás mientras avanzaba, con mechones de cabello empapado de sudor adheridos a la frente y las mejillas. Tenía desgarrada la parte posterior del vestido, y Bobby le vio el trasero desnudo; las bragas habían desaparecido. Peor aún, manchas de sangre salpicaban sus muslos. ¿Qué le habían hecho? Dios santo, ¿qué le habían hecho a su madre?

Don Biderman dobló la esquina del pasillo *delante* de ella; había encontrado un atajo para cortar el paso. Los otros se hallaban justo detrás. Ahora el señor Biderman tenía la polla erecta como Bobby algunas mañanas antes de levantarse de la cama e ir al baño. Sólo que la polla del señor Biderman era *descomunal*, parecía un kraken, un trífido, un monstruo, y Bobby, a su pesar, creyó encontrar la explicación a la sangre en las piernas de su madre.

¡Déjela en paz!, trató de gritar Bobby al señor Biderman. Déjela en paz, ¿no le ha hecho ya bastante daño?

De pronto el ojo escarlata pintado en el jubón amarillo del señor Biderman se abrió más... y miró de soslayo. Bobby era invisible; su mundo se hallaba en un plano

inferior de la peonza. Sin embargo, el ojo lo vio. El ojo encarnado lo veía *todo*.

—Matad al jabalí, bebeos su sangre —dijo el señor Biderman con una voz pastosa, casi irreconocible, y dio un paso al frente.

—Matad al jabalí, bebeos su sangre —entonaron al unísono Bill Cushman y Curtis Dean.

—Matad al jabalí, desparramad sus tripas, comeos su carne —salmodiaron Willie y Richie después de los imbéciles. Sus pollas, al igual que las de los hombres, se habían convertido en lanzas.

—Coméosla, bebéosla, desparramadla, folláosla —musitó Harry.

¡Levanta, mamá! ¡Corre! ¡No dejes que se te acerquen!

Liz lo intentó. Pero cuando apenas había conseguido ponerse de rodillas, Biderman se abalanzó sobre ella. Los otros lo siguieron, arremolinándose en torno a ella, y cuando empezaron a arrancar de su cuerpo jirones de ropa, Bobby pensó: Quiero salir de aquí, quiero volver a bajar por la peonza a mi propio mundo, detener su rotación y hacerla girar en sentido opuesto para regresar a mi habitación en mi mundo...

Pero no era una peonza, y Bobby se dio cuenta de ello incluso cuando las imágenes del sueño comenzaban a desintegrarse y oscurecerse. No era una peonza sino una torre, un eje fijo en torno al cual se movía y giraba todo cuanto existía. Finalmente desapareció y durante un rato sólo hubo un misericordioso vacío. Cuando abrió los ojos, el sol bañaba su habitación, el sol veraniego de la mañana de un jueves en el último junio del mandato presidencial de Eisenhower.

El jueves negro.

Una cosa podía afirmarse de Ted Brautigan: sabía cocinar. El desayuno que puso ante Bobby —huevos ligeramente revueltos, tostadas, beicon crujiente— superaba con diferencia a cualquiera de los desayunos que preparaba su madre (su especialidad eran unos crepes enormes e insípidos que ambos comían anegados en arrope) y podía compararse a cualquiera de los platos que servían en el Colony o el Harwich. El único problema era que Bobby había perdido el apetito. No recordaba los detalles del sueño, pero le constaba que había sido una pesadilla, y suponía que en algún momento había llorado, porque al despertar notó húmeda la almohada. Sin embargo, el sueño no era la única razón de su desánimo aquella mañana; al fin y al cabo, los sueños no eran reales. La marcha de Ted, en cambio, sí sería real. Y se iría para siempre.

—¿Te marcharás en cuanto salgas del Corner Pocket? —preguntó Bobby cuando Ted se sentó frente a él con su propio plato de huevos y beicon—. Sí, ¿verdad?

—Sí, será lo más prudente. —Empezó a comer, pero despacio y sin aparente placer. También él debía de sentir tristeza, lo cual agradó a Bobby—. Le diré a tu madre que mi hermano, que vive en Wisconsin, está enfermo. No necesita saber más.

—¿Tomarás el gran perro gris?

Una breve sonrisa se dibujó en los labios de Ted.

—Probablemente me iré en tren. Ahora soy rico, ¿recuerdas?

—¿En qué tren?

—Mejor será que no conozcas los detalles, Bobby. Lo que no sabes no lo puedes decir. Ni pueden obligarte a decirlo.

Bobby pensó en ello por un momento y luego preguntó:

—¿Te acordarás de las postales?

Ted cogió un trozo de beicon y volvió a dejarlo.

—Postales, un montón de postales. Te lo prometo. Y ahora dejemos ya el tema.

—¿Y de qué hablamos, pues?

Ted reflexionó y finalmente sonrió. Era una sonrisa tierna y franca. Cuando Ted sonreía, Bobby veía a través de su expresión como debió de ser a los veinte años, con sus fuerzas aún intactas.

—De libros, claro está —respondió Ted—. Charlaremos de libros.



Iba a ser un día muy caluroso, eso era ya evidente a las nueve de la mañana. Bobby ayudó con los platos, secándolos y guardándolos, y después se sentaron en la sala de estar, donde el ventilador de Ted hacía lo que podía para mover el aire cansado, y charlaron de libros. Y esta vez, ya sin la distracción del combate entre Albini y Haywood, Bobby escuchó ávidamente. No comprendía todo lo que Ted decía, pero comprendía lo suficiente para darse cuenta de que los libros constituían un mundo aparte, y que ese mundo no era la Biblioteca Pública de Harwich. La biblioteca era sólo la puerta de entrada a ese mundo.

Ted habló de William Golding y lo que éste denominaba «fantasía distópica», siguió luego con *La máquina del tiempo* de H. G. Wells, estableciendo una relación entre los morlocks y los eloi de Wells y los personajes Jack y Ralph de la isla de Golding; habló asimismo de lo que él llamaba «el único pretexto de la literatura», que era la exploración de dos cuestiones básicas: la inocencia y la experiencia, el bien y el mal. Hacia el final de esta conferencia improvisada mencionó una novela titulada *El exorcista*, que abordaba ambas cuestiones («en un contexto popular»), y de pronto se interrumpió. Sacudió la cabeza como para despejársela.

—¿Qué pasa? —preguntó Bobby, y tomó un sorbo de cerveza sin alcohol. Seguía sin gustarle demasiado, pero era la única bebida que había en el frigorífico. Además, estaba fría.

—¿En qué estoy pensando? —Ted se pasó una mano por la frente como si de repente le hubiera venido un dolor de cabeza—. Ésa no se ha escrito todavía.

—¿Qué quieres decir?

—Nada. Divagaciones mías. ¿Por qué no sales a dar una vuelta, a estirar las piernas? No me vendría mal descansar un rato. Esta noche pasada no he dormido muy bien.

—De acuerdo —dijo Bobby—, suponiendo que un paseo al aire libre —aunque fuera aire libre *caliente*— no le sentaría mal. Y si bien escuchar a Ted resultaba interesante, empezaba a tener la sensación de que se le caían encima las paredes del apartamento. Era porque sabía que se iría, supuso Bobby. He ahí una triste rima: sabía que se iría.

Cuando volvió a entrar en su habitación para coger el guante de béisbol, se le pasó por la cabeza llevarse el llavero: tenía intención de regalárselo a Carol para que supiera que su relación iba en serio. Se acordó entonces de Harry Doolin, Richie O'Meara y Willie Shearman. Andaban por allí cerca, eso sin duda, y si encontraban a Bobby solo, probablemente lo molerían a palos. Por primera vez en dos o tres días, Bobby lamentó la ausencia de Sully. Sully era un niño de su misma edad, pero no se dejaba intimidar. Doolin y sus amigos podían darle una paliza, pero Sully-John los haría pagar por el privilegio. En todo caso, S-J se había ido de campamento, y eso no podía cambiarse.

Bobby no consideró siquiera la posibilidad de quedarse en casa —no podía esconderse durante todo el verano de Willie Shearman y los de su calaña, eso sería absurdo—, pero al salir se recordó que debía llevar cuidado, permanecer alerta por si aparecían. En tanto los viera venir, no habría problema.

Con la mente puesta en los niños del San Gabriel, Bobby abandonó el 149 sin volver a pensar en el llavero, su recuerdo especial de allí abajo. Seguía en el estante del cuarto de baño, junto al vaso con los cepillos de dientes, el sitio donde lo había dejado la noche anterior.



Recorrió todo Harwich, o eso se le antojó: desde Broad Street hasta el Commonwealth Park (ese día no había chicos del San Gabriel en el campo C; estaba allí el equipo de la Legión Americana, ejercitando el bateo y la recuperación de tiros altos bajo el intenso sol), desde el parque hasta la plaza, desde la plaza hasta la estación. Mientras se hallaba ante el quiosco situado bajo el paso elevado del ferrocarril, ojeando los libros de bolsillo (el señor Riley, el encargado, permitía mirar siempre y cuando no se tocara lo que él llamaba la «*mercanmía*»), sonó la sirena de la fábrica, sobresaltándolos.

—¡Virgen santa! ¿Qué le pasa a eso? —protestó el señor Riley, molesto. A causa del susto, había tirado una pila de paquetes de chicles por el suelo, y con el delantal donde guardaba el cambio colgando de la cintura, se agachó a recogerlos—. ¡Son sólo las once y cuarto!

—Ha sonado antes de hora, desde luego —convino Bobby, y se alejó del quiosco poco después. Para él, mirar las portadas de los libros no tenía ya el menor encanto. Fue a River Avenue, deteniéndose en la panadería Tip-Top para comprar media barra del día anterior (dos centavos) y preguntar a Georgie Sullivan por S-J.

—Está bien —contestó el hermano mayor de S-J—. Recibimos una postal el martes donde decía que echaba de menos a la familia y quería volver a casa. Ayer llegó otra donde contaba que está aprendiendo a lanzarse del trampolín. En la de esta mañana dice que se lo está pasando como nunca y quiere quedarse allí para toda la vida. —Se echó a reír, un fornido irlandés de veinte años con robustos brazos y hombros de irlandés—. Puede que él quiera quedarse allí para siempre, pero nuestra madre lo añoraría si se quedase. ¿Vas a dar de comer a los patos con ese pan?

—Sí, como siempre.

—No dejes que te picoteen los dedos. Esos condenados patos de río contagian enfermedades. Son...

En la plaza, el reloj del ayuntamiento empezó a dar las doce, pese a que faltaba aún un cuarto de hora.

—¿Qué pasa hoy? —preguntó Georgie—. Primero la sirena suena antes de tiempo y ahora se adelanta el condenado reloj de la plaza.

—Quizá sea por el calor —dijo Bobby.

Georgie miró a Bobby sin mucha convicción.

—Bueno, es una explicación tan válida como cualquier otra.

Sí, pensó Bobby cuando salía. Y menos peligrosa que muchas.



Bobby bajó hasta River Avenue, comiendo pan mientras caminaba. Cuando encontró un banco libre cerca del río Housatonic, buena parte de la media barra había ido a parar a su propio estómago. Los patos salieron apresuradamente de entre los juncos, y Bobby empezó a desmigalar el resto del pan para ellos, divirtiéndose como siempre ante la avidez con que corrían tras los trozos y la manera en que echaban hacia atrás la cabeza para tragárselos.

Al cabo de un rato comenzó a amodorrarse. Contempló el río, las cuadrículas de luz reflejada rielando en su superficie, y se amodorró más aún. La noche anterior había dormido muchas horas, pero su sueño no había sido apacible. Poco a poco se quedó dormido con las manos llenas de migas. Los patos se terminaron el pan esparcido por la hierba y se acercaron a Bobby, lanzando graznidos graves y pensativos. El reloj de la plaza dio las dos a las doce y veinte, y al oírlo, los transeúntes que estaban en las inmediaciones hicieron gestos de desaprobación y se preguntaron entre sí adónde iría a parar el mundo a ese paso. Bobby se sumió en un sueño cada vez más profundo, y cuando una sombra se proyectó sobre él, no la vio ni presintió siquiera.

—Eh, niño.

Era una voz queda e intensa. Bobby, sobresaltado, irguió la espalda y ahogó una exclamación, cayéndosele de las manos el resto del pan. Volvió a notar en el estómago algo parecido al movimiento de varias serpientes. Quien se hallaba a sus espaldas no era Willie Shearman ni Richie O'Meara ni Harry Doolin —pese a estar despertando aún del sueño, se dio cuenta de eso—; sin embargo, casi habría preferido que fuera uno de ellos. O incluso los tres juntos. Una paliza no era lo peor que podía ocurrirle a uno. No, no era lo peor. Demonios, ¿a quién se le ocurría quedarse dormido?

—Niño.

Los patos estaban a los pies de Bobby, peleándose por el imprevisto regalo. Le golpeaban los tobillos y espinillas con las alas, pero era una sensación lejana, muy lejana. En la hierba, frente a él, veía la sombra de la cabeza de un hombre. El hombre se hallaba detrás de él. El hampón.

—Niño.

Bobby se volvió lentamente, convencido de que la chaqueta de aquel hombre sería amarilla y tendría en alguna parte un ojo, un ojo escarlata de mirada fija...

Pero el hombre que vio allí de pie llevaba un traje veraniego marrón, con la chaqueta un tanto abultada en la parte delantera por efecto de una pequeña barriga camino de convertirse en una gran barriga, y Bobby supo de inmediato que no era uno de *ellos*. No sentía escozor en el fondo de los ojos, ni hebras de hilo negro nublaban su campo visual; pero su convicción se debía, sobre todo, a que no era una *criatura* haciéndose pasar por persona; *era* una persona.

—¿Qué? —preguntó Bobby, con voz apagada. Aún no podía creer que se hubiera quedado allí dormido sin más, ajeno a todo—. ¿Qué quiere?

—Te daré dos pavos si me dejas hacerte una mamada —dijo el hombre del traje marrón. Se metió la mano en el bolsillo interior de la chaqueta y sacó la cartera—. Podemos irnos detrás de aquel árbol. Nadie nos verá. Y te gustará.

—No —contestó Bobby, poniéndose en pie. No estaba muy seguro de qué le hablaba el hombre del traje marrón, pero sí tenía una idea aproximada. Los patos retrocedieron, pero el pan era demasiado tentador para resistirse y enseguida volvieron a picotear y brincar en torno a las zapatillas de Bobby—. He de irme a casa. Mi madre...

El hombre se acercó, aún con la cartera en la mano, como si hubiera decidido dársela a Bobby con todo su contenido en lugar de los dos miserables dólares.

—Tú no tienes que hacérmela a mí; sólo te la haré yo a ti. Vamos, ¿qué dices? Aumento a tres dólares. —Ahora le temblaba la voz, saltando arriba y abajo de la escala, pareciendo tan pronto al borde de la risa como a punto de llorar—. Con tres dólares, puedes pagarte el cine un mes entero...

—No, en serio, he...

—Te gustará, a todos mis chicos les gusta.

El hombre alargó un brazo, y Bobby se acordó súbitamente de Ted sujetándole los hombros, Ted cruzando las manos tras su nuca, Ted atrayéndolo hacia sí hasta que la distancia que los separaba era tan corta que podrían haberse besado. Aquello no era lo mismo... y sin embargo sí lo era. En cierto modo era lo mismo.

Sin pensar, Bobby se agachó y agarró a un pato. Alzó al sorprendido animal en un remolino de alas, pico y patas en movimiento, vio por un instante su ojo negro, y se lo arrojó al hombre del traje marrón. Éste lanzó un alarido y levantó las manos para protegerse la cara, dejando caer la cartera.

Bobby apretó a correr.



Cuando cruzaba la plaza, camino de casa, vio un cartel clavado a un poste telegráfico frente a la tienda de chucherías. Se acercó y lo leyó con mudo terror. No recordaba el sueño de la noche anterior, pero algo semejante aparecía en él. Estaba seguro.

¿HA VISTO ALGUIEN A BRAUTIGAN?
Es un CHUCHO VIEJO pero LO ADORAMOS
BRAUTIGAN tiene EL PELO BLANCO
Y LOS OJOS AZULES
Es CORDIAL
COME EN LA PALMA DE LA MANO
Ofrecemos UNA SUSTANCIOSA RECOMPENSA
(\$ \$ \$ \$)
SI HAN VISTO A BRAUTIGAN
TELEFONEEN A HOusitonic 5-8337
(o)
TRAIGAN A BRAUTIGAN a Highgate Avenue 745,
residencia de la FAMILIA SAGAMORE

Éste no es un buen día, pensó Bobby mientras extendía la mano y arrancaba el cartel del poste. Más allá, suspendida de una bombilla de la marquesina del cine Harwich, vio una cola de cometa azul. Éste no es un buen día en absoluto. Debería haberme quedado en el apartamento. A decir verdad, no debería haberme siquiera levantado de la cama.

HOusitonic 5-8337, igual que en el aviso sobre Phil, el corgi perdido..., salvo que si existía en Harwich una zona con el prefijo HOusitonic, Bobby no la conocía. Algunos números llevaban el prefijo HARwich, otros COMmonwealth. Pero ¿HOusitonic? No. Allí no, tampoco en Bridgeport.

Hizo una bola con el cartel y lo tiró a la papelera de la esquina, en la que se leía el rótulo MANTENGA LIMPIO EL PUEBLO. Pero en la acera de enfrente encontró otro idéntico. Más adelante había otro pegado a un buzón. Los arrancó también. Los hampones se hallaban más cerca o estaban desesperados. Quizá tanto lo uno como lo otro. Ted no podía salir de casa en todo el día; Bobby debía advertírselo. Y tenía que estar preparado para huir. También eso se lo diría.

Bobby atajó por el parque casi a la carrera en su urgencia por llegar a casa, y apenas oyó el grito ahogado que llegó de su izquierda cuando acababa de dejar atrás los campos de béisbol.

—Bobby...

Se detuvo y miró hacia la arboleda adonde Carol lo había llevado el día anterior al verlo llorar. Y cuando el grito ahogado se repitió, Bobby reconoció la voz de Carol.

—Bobby, si eres tú, ven a ayudarme, por favor...

Se desvió del camino de cemento y, agachándose bajo las ramas, se adentró en la

arboleda. Al contemplar lo que allí le esperaba, se le cayó el guante de béisbol. Era un Alvin Dark, aquel guante, y Bobby nunca volvió a verlo. Alguien pasó y se lo apropió, supuso. ¿Qué más daba? A medida que avanzó el día, aquel miserable guante de béisbol se convirtió en la última de sus preocupaciones.

Carol se hallaba sentada bajo el mismo olmo junto al que le había ofrecido consuelo. Tenía las piernas recogidas contra el pecho y estaba pálida. Unas negras ojeras le conferían cierto aspecto de mapache. Un hilo de sangre descendía de una de las ventanas de su nariz. Tenía el brazo izquierdo cruzado ante la cintura, tirándose de la blusa, que quedaba ceñida a los incipientes bultos que en uno o dos años serían sus pechos. Se sujetaba el codo de ese brazo con la mano derecha.

Vestía pantalones cortos y una blusa ancha de manga larga, con canesú, la clase de prenda que uno simplemente se ponía por la cabeza. Más tarde, Bobby achacaría a esa ridícula blusa buena parte de lo que sucedió. Debía de llevarla para protegerse del sol; a Bobby no se le ocurría otra razón para ir de manga larga con aquel insufrible calor. ¿La habría elegido ella o la habría obligado a ponérsela la señora Gerber? Pero ¿tenía eso alguna importancia? Sí, la tenía, pensaría Bobby cuando llegara el momento de pensar. Claro que la tenía, y mucha.

Sin embargo, por el momento, la blusa de manga larga era una cuestión secundaria. En aquel primer instante, Bobby se fijó sólo en la parte superior del brazo izquierdo de Carol. A ese lado, parecía tener no un hombro sino dos.

—Bobby —dijo Carol, mirándolo con ojos brillantes y expresión aturdida—. Me han hecho daño.

Sin duda Carol se hallaba en estado de shock. Por entonces, el propio Bobby se hallaba en estado de shock, actuando de manera instintiva. Intentó levantarla, y ella gritó de dolor. Fue un alarido escalofriante.

—Correré a buscar ayuda —dijo Bobby, dejándola de nuevo en el suelo—. Tú quédate aquí y procura no moverte.

Carol negó con la cabeza, llevando cuidado para no alterar la posición del brazo. El dolor y el miedo oscurecían sus ojos azules, ahora casi negros.

—No, Bobby, no me dejes aquí sola. ¿Y si vuelven y me hacen algo peor?

Parte de los sucesos de aquel largo y caluroso jueves se borraron de la memoria de Bobby, se borraron a causa de la conmoción, pero aquel momento en particular le quedó grabado claramente: Carol mirándolo y preguntándole «¿Y si vuelven y me hacen algo peor?».

—Pero... Carol...

—Puedo andar. Si me ayudas, podré andar.

Bobby probó a rodearle la cintura con un brazo, esperando que no volviera a gritar. El anterior chillido le había puesto los pelos de punta.

Carol se puso en pie lentamente, apoyando la espalda contra el tronco del árbol.

El brazo izquierdo se le movió un poco mientras se levantaba. El grotesco doble hombro sobresalió y se flexionó. Carol dejó escapar un gemido pero, gracias a Dios, no gritó.

—Vale más que te quedes quieta —aconsejó Bobby.

—No, quiero marcharme de aquí. Ayúdame. ¡Dios, cómo duele!

Cuando Carol consiguió erguirse por completo, la situación pareció mejorar un poco. Salieron de la arboleda con la lenta solemnidad de una pareja camino del altar. Al abandonar la sombra de los árboles, dio la impresión de que el calor era aún más intenso y el sol cegador. Bobby echó un vistazo alrededor y no vio a nadie. En algún lugar del parque un grupo de niños pequeños (probablemente Gorrones o Petirrojos de Sterling House) cantaba una canción, pero la zona próxima a los campos de béisbol estaba desierta: no había niños, ni madres empujando cochecitos de bebé, ni rastro alguno del agente Raymer, el policía que a veces los invitaba a un helado o una bolsa de cacahuets si estaba de buen humor. Todo el mundo se había refugiado del calor.

Con igual lentitud, avanzaron por el camino que salía al cruce entre Commonwealth y Broad, Bobby rodeando la cintura de Carol con un brazo. En Broad Street tampoco se veía un alma; el pavimento brillaba trémulamente, como el aire sobre un incinerador. No había a la vista un solo peatón ni un solo coche en movimiento.

Ya en la acera de Commonwealth, Bobby se disponía a preguntar a Carol si sería capaz de cruzar la calle cuando ella, de pronto, susurró:

—Bobby, voy a desmayarme.

Él la miró alarmado y vio que se le quedaban los ojos en blanco. Carol se balanceó como un árbol con el tronco casi totalmente cortado. En un impulso, Bobby se inclinó y la sostuvo por los muslos y la espalda justo en el momento en que a ella se le doblaban las rodillas. Como se hallaba a la derecha de Carol, logró sujetarla sin agravar aún más el estado de su brazo izquierdo; además, Carol, incluso al desvanecerse, mantuvo la mano derecha ahuecada en torno al codo izquierdo, prácticamente inmovilizando el brazo.

Carol Gerber era de igual estatura que Bobby, quizá un poco más alta, y casi del mismo peso. Bobby no habría podido, ni siquiera a trompicones, ascender por Broad Street con ella en brazos; pero las personas en estado de shock son capaces de asombrosos despliegues de fuerza. Bobby la acarreó, y no con paso vacilante, sino corriendo bajo el sol abrasador de junio. Nadie lo detuvo, nadie le preguntó qué le ocurría a la niña, nadie le ofreció ayuda. Oía el rumor del tráfico en Asher Avenue, pero esa otra parte del mundo se semejaba extrañamente a Midwich, donde el sueño había invadido a todos los habitantes al mismo tiempo.

Bobby no consideró siquiera la posibilidad de llevar a Carol con su madre. El

apartamento de la familia Gerber estaba más lejos, pero no era ése el motivo. Ted era la única opción. Tenía que llevarla con Ted. Ted sabría qué hacer.

La prodigiosa fuerza que le había permitido llegar hasta allí comenzó a abandonarlo cuando subía por los peldaños del porche. Se tambaleó, y el grotesco doble hombro de Carol golpeó contra la barandilla. Se tensó en los brazos de Bobby y lanzó un alarido, abriendo desorbitadamente los ojos antes cerrados.

—Ya casi estamos —dijo Bobby con un susurro entrecortado que poco se parecía a su voz—. Ya casi estamos. Perdóname por el golpe, pero ya casi estamos...

Se abrió la puerta y salió Ted. Llevaba unos pantalones grises de traje y una camiseta. Los tirantes sueltos le colgaban hasta las rodillas, formando dos lazadas vacías y oscilantes. Mostró sorpresa y preocupación, pero no miedo.

Bobby consiguió llegar hasta el peldaño superior y allí perdió el equilibrio, inclinándose peligrosamente hacia atrás. Por un espantoso momento, pensó que se desplomaría, partiéndose quizá el cráneo contra el cemento del camino de acceso. Pero Ted lo sujetó y evitó que cayera.

—Yo la cogeré —dijo Ted.

—Ponte primero a este lado —respondió Bobby, jadeante. Tenía los brazos tensos como cuerdas de guitarra y le ardían los hombros—. Ése es el lado herido.

Ted los rodeó y se colocó junto a Bobby. Carol los miraba, su cabello rubio rojizo cayendo sobre la muñeca de Bobby.

—Me han hecho daño —susurró a Ted—. Willie... le he pedido que los detuviera, pero no ha querido.

—No hables —dijo Ted—. Te pondrás bien.

La cogió de los brazos de Bobby con toda la delicadeza posible, pero no pudieron evitar que el brazo izquierdo se le moviera un poco. El doble hombro se desplazó bajo la tela blanca de la blusa. Carol gimió y luego empezó a llorar. La nariz volvió a sangrarle, una gota de un rojo intenso en contraste con su piel clara. Una imagen del sueño de la noche anterior asaltó por un instante a Bobby: el ojo. El ojo escarlata.

—Aguántame la puerta, Bobby.

Bobby la mantuvo abierta de par en par. Ted, con Carol en brazos, cruzó el vestíbulo y entró en el apartamento.

En ese preciso momento Liz Garfield —que acababa de llegar a la estación de Harwich en un tren de la línea de Connecticut-Nueva York— descendía por la escalera de hierro que daba a Main Street, donde había una parada de taxis. Se movía con la consciente lentitud de un inválido crónico. Acarreaba una maleta en cada mano. El señor Riley, que estaba casualmente fuera de su quiosco fumando un cigarrillo, observó a Liz cuando ésta, al pie de la escalera, se apartó de la cara el velo del sombrero y se enjugó cuidadosamente el sudor con la punta de un pañuelo. Hacía una mueca de dolor cada vez que se tocaba. Iba maquillada, muy maquillada, pero de

poco le servía. El maquillaje inducía a fijarse aún más en el lamentable estado de su rostro. El velo cumplía mejor su función, pese a cubrirle sólo la parte superior de la cara, y después de secarse, volvió a bajarlo. Se acercó al primero de los tres taxis de la fila, y el taxista salió a ayudarla con el equipaje.

Riley se preguntó quién la habría maltratado de aquel modo. Esperaba que quienquiera que lo hubiese hecho estuviera en esos momentos recibiendo un buen masaje en la cabeza de manos de robustos policías armados con duras porras. Era lo mínimo que merecía una persona capaz de tratar así a una mujer. Una persona capaz de tratar así a una mujer no podía andar suelta por la calle. Ésa era la opinión de Riley.



Bobby pensó que Ted tendería a Carol en el sofá, pero no fue así. En la sala de estar había una silla de respaldo recto, y allí se sentó, sosteniendo a Carol en su regazo como el Santa Claus de los almacenes Grant sostenía a los niños que acudían a su trono en Navidad.

—¿Dónde más te duele, aparte del hombro?

—Me han pegado en el estómago. Y en el costado —respondió Carol.

—¿En qué costado?

—El derecho.

Ted le levantó cuidadosamente la blusa en ese lado. Bobby tomó aire con un silbido al ver el moretón que se extendía en diagonal sobre las costillas. Reconoció de inmediato la forma del bate de béisbol y supo a quién pertenecía el bate: Harry Doolin, el zoquete lleno de granos que se veía como Robin Hood en el mísero paisaje creado por su imaginación. Él, Richie O'Meara y Willie Shearman la habían abordado en el parque y Harry la había golpeado con el bate mientras Richie y Willie la sujetaban, los tres riendo y llamándola niña Gerber. Quizá habían empezado en broma y perdido el control. ¿Acaso no era eso en gran medida lo que ocurría en *El señor de las moscas*? ¿Que la situación se descontrolaba?

Ted palpó la cintura de Carol, extendiendo sus nudosos dedos y deslizándolos lentamente por el costado de ella. Entretanto, mantenía la cabeza ladeada, como si más que tocar escuchase. Quizá era eso lo que hacía. Carol ahogó un quejido cuando Ted llegó al moretón.

—¿Te duele? —preguntó Ted.

—Un poco. No tanto como el hombro. Me han roto el brazo, ¿verdad?

—No, no lo creo —respondió Ted.

—He oído el crujido —dijo Carol—, y ellos también. Por eso han salido corriendo.

—Estoy seguro de que lo has oído. Sí, sin duda.

Carol seguía pálida y tenía lágrimas en las mejillas, pero parecía más tranquila. Ted le levantó la blusa hasta la axila y examinó el moretón. También él ha reconocido esa forma, pensó Bobby.

—¿Cuántos eran, Carol? —preguntó Ted.

Tres, pensó Bobby.

—T-tres.

—¿Tres chicos?

Carol movió la cabeza en un gesto de asentimiento.

—Tres chicos contra una niña. Debían de tenerte miedo. Debían de creer que eras un león. ¿Eres un león, Carol?

—Ojalá —respondió Carol. Intentó sonreír—. Ojalá hubiera podido ahuyentarlos de un rugido. Me han hecho d-d-daño.

—Lo sé. Lo sé. —Ted deslizó la mano por el costado y cubrió con ella el moretón—. Respira.

El moretón se hinchó bajo la mano de Ted; Bobby veía la forma violácea entre los dedos manchados de nicotina.

—¿Te duele?

Carol negó con la cabeza.

—¿No te duele al respirar?

—No.

—¿Ni cuando las costillas hacen presión contra mi mano?

—No. Es sólo una molestia. Lo que me duele es... —Lanzó un fugaz vistazo al espantoso contorno de su doble hombro.

—Lo sé —aseguró Ted—. Pobre Carol. Pobre niña. Enseguida nos ocuparemos de eso. ¿Dónde más te han pegado? ¿En el estómago, decías?

—Sí.

Ted le levantó la blusa por delante. Había allí otro moretón, pero no parecía tan profundo ni tan inflamado. Palpó suavemente con los dedos, primero por encima del ombligo y luego por debajo. Carol repitió que nada le dolía tanto como el hombro, que en el vientre sentía sólo una molestia como en las costillas.

—¿No te han golpeado en la espalda? —preguntó Ted.

—N-no.

—¿Y en la cabeza o el cuello?

—No, sólo en el costado y el estómago. Luego me han pegado en el hombro, han oído el crujido y se han marchado a toda prisa. Yo creía que Willie Shearman era un buen chico. —Carol miró a Ted con tristeza.

—Vuelve la cabeza hacia mí, Carol..., bien..., ahora hacia el otro lado. ¿No te duele nada al volverla?

—No.

—¿Y estás segura de que no te han golpeado en la cabeza?

—No. Es decir, sí, estoy segura.

—Una chica con suerte.

Bobby se preguntó cómo demonios podía pensar Ted que era una chica con *suerte*. A él, el brazo izquierdo de Carol no sólo le parecía roto; le parecía medio arrancado. De pronto Bobby se acordó del pollo asado que comían a veces los domingos, y del sonido que producía el muslo al desprenderlo. Sintió un nudo en el estómago. Por un momento creyó que vomitaría el desayuno y el trozo de pan a que se había reducido su almuerzo.

No, se dijo; ahora no, imposible. Ted tiene ya bastantes problemas sin añadirte a ti a la lista.

—¿Bobby? —preguntó Ted con voz clara e imperiosa. Hablaba como un hombre con más soluciones que problemas, lo cual representaba un gran alivio—. ¿Te encuentras bien?

—Sí —respondió Bobby, y pensó que en realidad así era. Sus náuseas empezaban a desaparecer.

—Perfecto. Traerla hasta aquí ha sido ya toda una hazaña. ¿Podemos contar con tu ayuda un rato más?

—Sí.

—Necesito unas tijeras —dijo Ted—. ¿Sabes dónde hay unas?

Bobby entró en la habitación de su madre, abrió el primer cajón del tocador y sacó la canastilla de la costura. Dentro había unas tijeras de tamaño medio. Sin pérdida de tiempo, regresó con ellas a la sala de estar y se las enseñó a Ted.

—¿Sirven éstas?

—Sí —contestó Ted a la vez que las cogía. Dirigiéndose a Carol, dijo—: Voy a estropearle la blusa, Carol. Lo siento mucho, pero ahora he de examinarte el hombro y no quiero causarte más dolor que el estrictamente inevitable.

—Da igual —respondió Carol, y de nuevo intentó sonreír.

Bobby estaba impresionado por su valentía; si *él* hubiera tenido el hombro en aquel estado, probablemente habría berreado sin parar como un cordero atrapado en una alambrada.

—Puedes ponerte una camisa de Bobby para volver a casa. ¿Se la prestarás, Bobby?

—Claro, no me importa que me la devuelva con unos cuantos microbios —bromeó Bobby.

—Muy gracioso —dijo Carol.

Con sumo cuidado, Ted cortó la blusa de abajo arriba primero por detrás y luego por delante. Cuando terminó, retiró las dos piezas como si fueran una cáscara de

huevo. Extremó la cautela en el lado izquierdo; aun así, Carol lanzó un ronco chillido cuando le rozó el hombro con los dedos. Bobby se sobresaltó y volvió a acelerársele el corazón.

—Perdona —musitó Ted—. ¡Caramba, fíjate en esto!

Es imposible no fijarse, pensó Bobby. El hombro de Carol presentaba mal aspecto, pero no tan malo como él temía (quizá rara vez se cumplían las peores expectativas de uno cuando se miraba a las cosas directamente). El segundo hombro se elevaba por encima del hombro normal, y en esa zona la piel estaba tan tensa que Bobby no se explicó cómo no se había desgarrado. Tenía, asimismo, un peculiar color lila.

—¿Está muy mal? —preguntó Carol, que miraba en otra dirección. Su rostro pequeño ofrecía el aspecto contraído y demacrado de los niños de la UNICEF. Que Bobby supiera, Carol, tras un primer vistazo fugaz, no volvió a mirarse el hombro maltrecho—. Me pasaré el verano entero escayolada, ¿verdad?

—No creo que haya siquiera que ponerte escayola —dictaminó Ted.

Carol miró a Ted a la cara con expresión de sorpresa.

—No está roto, pequeña, sino sólo dislocado. Alguien te ha golpeado en el hombro...

—Harry Doolin...

—... con fuerza suficiente para sacar de su articulación el hueso largo del brazo. Puedo devolverlo a su posición, creo. ¿Serás capaz de soportar por unos instantes un dolor intenso si sabes que todo volverá después a la normalidad?

—Sí —respondió Carol de inmediato—. Arréglemelo, señor Brautigan. Arréglemelo, por favor.

Bobby miró a Ted con cierto recelo.

—¿De verdad puedes arreglárselo?

—Sí. Dame tu cinturón.

—¿Cómo? —dijo Bobby.

—Tu cinturón. Dámelo.

Bobby se quitó el cinturón —uno bastante nuevo que le habían comprado en Navidad— y se lo entregó a Ted, que lo cogió sin apartar la vista de Carol.

—¿Cómo te llamas de apellido, pequeña?

—Gerber. Esos chicos me llamaban «niña Gerber», pero ya no soy tan niña.

—Claro que no. Y ahora estás demostrándolo. —Ted se levantó, dejó a Carol en la silla y se arrodilló como un personaje de una película antigua dispuesto a declararse. Plegó dos veces el cinturón entre sus grandes manos y luego obligó a Carol a sujetarlo con la mano del brazo ileso y soltarse a la vez el codo—. Muy bien. Ahora llévatelo a la boca.

—¿Me llevo a la boca el cinturón de Bobby?

Ted mantenía la mirada fija en ella. Empezó a acariciarle el brazo ileso desde el codo hasta la muñeca. Sus dedos descendían por el antebrazo, se detenían y volvían a subir hasta el codo. Es como si estuviera hipnotizándola, pensó Bobby. Pero en realidad ese «como» sobraba: Ted *estaba* hipnotizándola. Sus pupilas habían iniciado una vez más aquel extraño movimiento, dilatándose y contrayéndose, dilatándose y contrayéndose, dilatándose y contrayéndose. Se movían exactamente al mismo ritmo que sus dedos. Carol clavó la mirada en el rostro de Ted, separando los labios.

—Ted... tus ojos...

—Sí, sí —repuso Ted con impaciencia, no muy interesado en lo que ocurría con sus ojos—. El dolor sube, Carol, ¿lo sabías?

—No...

La mirada de Carol permanecía fija en la de él. Los dedos de Ted continuaban en el brazo de ella, arriba y abajo, arriba y abajo. Sus pupilas semejaban un lento latido. Bobby vio cómo se relajaba Carol en la silla. Sostenía aún el cinturón, y cuando Ted interrumpió sus caricias sólo el tiempo necesario para tocarle el dorso de la mano, ella la levantó sin protestar.

—Sí, claro que sí —prosiguió Ted—, el dolor sube desde su origen hasta el cerebro. Cuando vuelva a encajarte el brazo en el hombro, el dolor será muy intenso; pero atraparás la mayor parte con la boca cuando suba hacia el cerebro. Lo morderás con los dientes y lo mantendrás sujeto, de manera que sólo llegue una pequeña cantidad a la cabeza, que es donde más duele. ¿Me has entendido, Carol?

—Sí... —Su voz era más distante, se la veía muy menuda en la silla de respaldo alto, vestida sólo con los pantalones cortos y las zapatillas de deporte.

Las pupilas de Ted, advirtió Bobby, mantenían otra vez un tamaño estable.

—Ponte el cinturón en la boca —ordenó.

Carol se lo colocó entre los labios.

—Muérdelo cuando notes dolor.

—Cuando note dolor —repitió Carol.

—Atrapa el dolor.

—Lo atraparé.

Ted recorrió por última vez el brazo de Carol con el dedo índice desde el codo hasta la muñeca y miró a Bobby.

—Deséame suerte —dijo.

—Suerte —respondió Bobby con fervor.

Distante, como en sueños, Carol susurró:

—Bobby le ha lanzado un pato a un hombre.

—¿En serio? —preguntó Ted. Con extrema delicadeza, cerró la mano izquierda en torno a la muñeca de Carol.

—Bobby creía que era un hampón.

Ted dirigió una mirada a Bobby.

—No esa clase de hampón —aseguró Bobby—. Era sólo... ¡Bah, no importa!

—En cualquier caso, están muy cerca —dijo Ted—. El reloj de la plaza, la sirena...

—Lo he oído —lo interrumpió Bobby con tono lúgubre.

—No esperaré a que vuelva tu madre esta noche. No me atrevo. Pasaré el día en el cine o en un parque o donde sea. Si falla todo lo demás, en Bridgeport hay albergues para vagabundos. ¿Estás preparada, Carol?

—Preparada.

—Cuando suba el dolor, ¿qué harás? —preguntó Ted.

—Atraparlo. Morderé el cinturón de Bobby para que no pase de ahí.

—Buena chica. En diez segundos te encontrarás mucho mejor.

Ted respiró hondo. Alzó la mano derecha y la dejó suspendida sobre el bulto de color lila que deformaba el hombro de Carol—. Allá va el dolor, cielo. Sé valiente.

No transcurrieron diez segundos, ni siquiera cinco. A Bobby se le antojó un solo instante. Con la base de la mano, Ted presionó directamente sobre la protuberancia que se elevaba en la piel tensa de Carol. Al mismo tiempo, tiró con fuerza de su muñeca. Las mandíbulas de Carol se cerraron en torno al cinturón de Bobby. Bobby oyó un ligero crujido, como los que a veces le hacía a él el cuello cuando lo tenía entumecido y volvía la cabeza. Y de pronto el bulto del hombro de Carol desapareció.

—¡Premio! —exclamó Ted—. ¡Esto tiene muy buen aspecto! ¿Carol?

Ella abrió la boca. El cinturón de Bobby cayó sobre su regazo. Bobby vio una hilera de pequeños puntos grabada en la piel; casi lo había traspasado con los dientes.

—Ya no me duele —dijo Carol con manifiesto asombro. Se llevó la mano derecha a la zona magullada, ahora de un color morado más oscuro, se tocó el hematoma e hizo una mueca.

—Lo tendrás inflamado durante una semana más o menos —advirtió Ted—. Y será mejor que hasta dentro de dos semanas no levantes peso ni lances nada con ese brazo. Si lo hicieras, podría dislocarse otra vez.

—Tendré cuidado. —Carol se atrevía ya a mirarse el brazo. Se palpó el hematoma una y otra vez con suavidad.

—¿Has conseguido atrapar buena parte del dolor? —preguntó Ted, y si bien mantenía una expresión seria, Bobby creyó percibir una sonrisa en su voz.

—Sí, casi todo —respondió Carol—. Apenas me ha dolido.

Sin embargo, tan pronto como esas palabras salieron de sus labios, se desplomó contra el respaldo de la silla, con los ojos abiertos pero desenfocados. Carol se había desmayado por segunda vez.



Ted pidió a Bobby que fuese por un paño húmedo.

—Mójalo en agua fría —añadió—, y escúrrerlo pero no mucho.

Bobby corrió al cuarto de baño, cogió una toallita del estante situado junto a la bañera y la empapó en agua fría. La mitad inferior de la ventana del baño era de cristal esmerilado, pero si Bobby hubiera mirado por la mitad superior, habría visto detenerse frente a la casa el taxi en que llegaba su madre. Bobby no miró; estaba concentrado en su tarea. No se acordó tampoco del llavero verde, pese a que continuaba en el estante, justo ante sus ojos.

Cuando Bobby regresó a la sala de estar, Ted se hallaba de nuevo sentado en la silla de respaldo recto con Carol en sus rodillas. Bobby reparó en lo morenos que Carol tenía los brazos en comparación con el resto de su piel, que era de un blanco puro y terso (excepto en las zonas magulladas). Da la impresión de que lleva medias de nailon en los brazos, pensó, viéndole cierta gracia. Aunque había vuelto en sí y consiguió seguir a Bobby con la mirada cuando él se acercó, no ofrecía aún un aspecto precisamente maravilloso: tenía el cabello alborotado, la cara sudorosa, y el hilo de sangre seca entre la nariz y la comisura de los labios.

Ted cogió la toallita y comenzó a humedecerle las mejillas y la frente. Bobby se arrodilló junto al brazo de la silla. Carol se irguió un poco, levantando agradecida el rostro al notar el fresco contacto de la toallita mojada. Ted le limpió la sangre de la nariz y luego dejó la toallita en la mesa contigua al sofá. Apartó el pelo sudado de la frente de Carol. Cuando unos mechones volvieron a caer, Ted alzó la mano para retirárselos otra vez.

En ese momento se abrió ruidosamente la puerta del porche. Unas pisadas cruzaron el vestíbulo. La mano de Ted quedó inmóvil en la frente húmeda de Carol. Bobby y Ted cruzaron una mirada y un único pensamiento fluyó entre ellos, un potente mensaje telepático compuesto de una única palabra: *ellos*.

—No —dijo Carol—, no son ellos, Bobby; es tu ma...

La puerta del apartamento se abrió y apareció Liz con la llave en una mano y el sombrero —el que iba provisto de un velo— en la otra. Detrás de ella, al otro extremo del vestíbulo, la puerta al caluroso mundo exterior permanecía abierta. En el felpudo del porche, una junto a otra, estaban sus dos maletas, donde las había dejado el taxista.

—Bobby, ¿cuántas veces te he dicho que eches el cerrojo de esta maldita...?

En ese punto se interrumpió. En años posteriores Bobby reproduciría mentalmente esa escena hasta la saciedad, viéndola cada vez más tal como su madre la había visto a su regreso del desastroso viaje a Providence: su hijo arrodillado junto a la silla donde estaba sentado el viejo que nunca le había inspirado simpatía ni de hecho confianza, con la niña en el regazo. La niña parecía aturdida. El cabello le caía en sudados mechones. Tenía la blusa rota —las dos piezas tiradas en el suelo—, y

pese a que ella misma apenas podía abrir los ojos a causa de la hinchazón, Liz había visto los moretones de Carol: uno en el hombro, uno en las costillas, uno en el vientre.

Y Carol y Bobby y Ted Brautigan la vieron simultáneamente con esa atónita claridad de un instante detenido en el tiempo: los dos ojos morados (el ojo derecho de Liz no era en realidad más que un destello en el fondo de una masa de carne de color violáceo); el labio inferior tumefacto y partido por dos sitios, todavía con restos de sangre seca como manchas de un carmín trasnochado y antiestético; la nariz torcida, con la punta abultada y curva, semejava casi una versión exagerada de la nariz de la bruja de los Looney Tunes.

Silencio, un momento de pensativo silencio en una cálida tarde de verano. En algún lugar se oyó el petardeo de un coche. En algún lugar un niño gritó: «¡Vamos allá, chicos!». Y desde Colony Street, detrás de ellos, llegaba el sonido que en el futuro Bobby más identificaría con su infancia en general y con aquel jueves en particular: *Bowser*, el perro de la señora O'Hara, abriéndose paso a ladridos a lo largo del siglo XX.

Jack la alcanzó, pensó Bobby. Jack Merridew y sus imbéciles amigos.

—Dios mío, ¿qué te ha pasado? —preguntó Bobby a su madre, rompiendo el silencio. No quería saberlo, y sin embargo tenía que saberlo. Corrió hacia ella, echándose a llorar de miedo pero también de pena: su cara, su pobre cara. No parecía su madre ni remotamente. Parecía una anciana, y no una anciana de la sombreada Broad Street sino de «allí abajo», donde la gente bebía vino de botellas metidas en bolsas de papel y no tenía apellido—. ¿Qué te ha hecho? ¿Qué te ha hecho ese hijo de puta?

Liz no le prestó atención, no pareció oírlo siquiera. Sin embargo lo agarró; lo agarró de los hombros con tal fuerza que Bobby notó los dedos hundirse en su carne, con fuerza suficiente para hacerle daño. Lo agarró y luego lo apartó a un lado sin dirigirle la mirada.

—Suéltela, viejo asqueroso —dijo Liz con voz baja y ronca—. Suéltela ahora mismo.

—Señora Garfield, no se confunda, por favor. —Ted retiró a Carol de su regazo, con cuidado incluso entonces de no tocarle el hombro dolorido, y se puso en pie. Se sacudió las perneras de los pantalones, un maniático gesto característico de Ted—. Estaba herida. Bobby la encontró...

—¡Cabron! —exclamó Liz a voz en cuello.

A su derecha había una mesa, y sobre ésta un jarrón. Cogió el jarrón y se lo lanzó a Ted. Ted se agachó, pero no con la agilidad necesaria para esquivarlo por completo: la base del jarrón le atinó en la coronilla, rebotó como una piedra en un estanque y fue a hacerse añicos contra la pared.

Carol chilló.

—¡No, mamá! —gritó Bobby—. ¡No ha hecho nada malo! ¡No ha hecho nada malo!

Liz hizo caso omiso.

—¿Cómo se atreve a tocarla? ¿También ha tocado así a mi hijo? Sí, ¿verdad? Le da lo mismo un sexo que otro, con tal de que sean niños.

Ted avanzó un paso hacia ella. Las lazadas vacías de sus tirantes oscilaron junto a sus piernas. Bobby vio manar sangre entre su ralo cabello allí donde le había golpeado el jarrón.

—Señora Garfield, le aseguro...

—¡Esto es lo que yo le aseguro, cabrón indecente!

Desaparecido el jarrón, no quedaba nada más en la mesa, de modo que Liz levantó la propia mesa y la arrojó. Golpeó a Ted en el pecho, lanzándolo hacia atrás, y lo habría derribado de no ser por la silla de respaldo recto. Ted cayó sentado en ella, contemplando a Liz con ojos desorbitados y expresión de incredulidad. Le temblaban los labios.

—¿Estaba ayudándole? —preguntó Liz, blanca como el papel. Los hematomas de su rostro se destacaban como manchas de nacimiento—. ¿Ha enseñado a mi hijo a ayudarlo?

—¡Mamá, él no le ha hecho daño! —gritó Bobby, y la sujetó por la cintura—. No le ha hecho daño, le...

Liz levantó a su hijo en el aire igual que el jarrón, igual que la mesa, y Bobby pensaría más tarde que en ese momento ella poseía tanta fuerza como él al acarrear a Carol cuesta arriba desde el parque. Luego lo lanzó a través de la sala. Bobby fue a estrellarse contra la pared, golpeando el reloj en forma de sol con la cabeza, tirándolo al suelo y parándolo para siempre. Unos puntos negros flotaron en su campo visual, recordándole de manera breve y confusa

(acercándose ahora que los carteles llevan escrito su propio nombre)

a los hampones. Al caer al suelo, trató de mantenerse en pie, pero se le doblaron las rodillas.

Liz le echó una ojeada, al parecer sin mucho interés, y luego clavó la mirada de nuevo en Ted, que estaba sentado en la silla con la mesa sobre el regazo y las piernas extendidas. En ese momento sangraba también de una herida en la mejilla y tenía el cabello más rojo que blanco. Intentó hablar, pero de su garganta salió únicamente una tos seca y convulsa de viejo fumador.

—Asqueroso, más que asqueroso —repitió Liz—. De buena gana le bajaría los pantalones y le arrancaría de un tirón ese asqueroso colgajo que tiene entre las piernas. Volvió la cabeza y miró a su hijo, acurrucado en el suelo, y la expresión que Bobby vio en el único ojo que realmente veía —desdeñosa, acusadora— lo hizo

llorar aún con mayor desesperación. Aunque no dijo «Y a ti también», Bobby lo adivinó en su mirada. Luego Liz se volvió otra vez hacia Ted—. ¿Sabe una cosa? Va a ir a la cárcel. —Lo señaló con un dedo, y Bobby, pese a que las lágrimas enturbiaban su visión, advirtió que la uña que aún tenía en ese dedo al marcharse en el Mercury el señor Biderman había desaparecido; en su lugar había una llaga sanguinolenta. Hablaba con voz difusa, como si los sonidos se dispersaran al pasar sobre el abultado labio inferior—. Ahora voy a telefonar a la policía. Si sabe lo que le conviene, quédese ahí sentado. Mantenga la boca cerrada y no se mueva de esa silla. —Su voz aumentaba de volumen por momentos. Agitaba amenazadoramente los puños, con los nudillos lacerados y tumefactos—. Si intenta escapar, lo seguiré y lo abriré en canal con el cuchillo de trincar más largo que encuentre en la cocina. Pruébelo y verá si soy capaz. Lo haré en plena calle para que todo el mundo lo vea, y empezaré a cortar por esa parte que, según parece, le crea..., les crea a usted y a todos los hombres..., tantos problemas. Así que quédese ahí sentado, *Brattigan*. Si quiere vivir lo suficiente para llegar a la cárcel, no se mueva.

El teléfono estaba en la mesa contigua al sofá. Liz se acercó a él. Ted permaneció sentado con la mesa sobre las piernas y un hilo de sangre en la mejilla. Bobby seguía acurrucado junto al reloj caído, el que su madre había conseguido reuniendo cupones. Flotando en la corriente de aire generada por el ventilador de Ted, llegaban los ladridos de *Bowser*.

—Usted no sabe qué ha pasado aquí, señora Garfield. A usted le ha ocurrido una horrible desgracia, y la compadezco por ello..., pero no es eso lo que le ha ocurrido a Carol.

—Cállese —ordenó Liz sin escuchar ni mirarlo siquiera.

Carol corrió en dirección a Liz, extendió los brazos hacia ella, y de pronto se detuvo. Los ojos se agrandaron en su cara pálida. Abrió la boca en expresión de asombro.

—¿Le quitaron el vestido? —preguntó en una voz entre susurro y gemido. Liz dejó de marcar y se volvió lentamente para mirarla—. ¿Por qué le quitaron el vestido?

Liz pareció buscar una respuesta. Pareció pensar desesperadamente en busca de una respuesta.

—Cállate —dijo por fin—. Cállate, ¿entendido?

—¿Por qué la persiguieron? ¿Quién le pegó? —prosiguió Carol con tono vacilante—. ¿Quién le pegó?

—¡Cállate! —Liz colgó el auricular y se tapó los oídos.

Bobby la observó con creciente pánico.

Carol se volvió hacia él, de nuevo con lágrimas en las mejillas. En su mirada se advertía que hablaba con pleno conocimiento, un *conocimiento* como el de Bobby,

pensó éste, cuando el señor McQuown trató de engañarlo.

—La persiguieron —prosiguió Carol—. Cuando intentó marcharse, la persiguieron y la obligaron a volver.

Bobby lo sabía. Habían perseguido a su madre por el pasillo de un hotel. Él lo había visto. No recordaba dónde, pero lo había visto.

—¡Que alguien los detenga! ¡No quiero seguir viéndolo! —gritó Carol—. ¡Ella se defiende pero no puede escapar! ¡Se defiende pero no puede escapar!

Ted se quitó la mesa de encima y se puso en pie con visible esfuerzo. Le brillaban los ojos.

—¡Abrázala, Carol! ¡Abrázala con fuerza y dejarás de verlo!

Carol rodeó a la madre de Bobby con el brazo ileso. Liz retrocedió con paso vacilante, se le enganchó el tacón de un zapato en la pata del sofá y a punto estuvo de caerse. Consiguió mantener el equilibrio, pero tiró el teléfono, que rebotó en la alfombra y fue a parar junto a los pies de Bobby con un áspero tintineo.

Por un instante la escena quedó congelada, como si estuvieran jugando a Un, dos tres, toca pared. Fue Carol la primera en moverse, retirando el brazo de la cintura de Liz Garfield y dando un paso atrás. El cabello empapado en sudor le colgaba ante los ojos. Ted se dirigió hacia ella y alargó un brazo para apoyarle la mano en el hombro.

—No la toque —dijo Liz, pero habló de manera mecánica, sin convicción. Lo que había cruzado por su mente al ver a la niña en el regazo de Ted Brautigan pasó a segundo plano, al menos de momento. Parecía extenuada.

No obstante, Ted bajó la mano.

—Tiene usted razón —convino.

Liz respiró hondo, contuvo el aire en los pulmones por unos segundos y lo expulsó. Miró a Bobby y al cabo de un instante desvió la vista. Bobby deseó con toda su alma que ella le tendiera una mano, lo ayudara un poco, lo ayudara a levantarse, sólo eso; pero su madre se volvió hacia Carol. Bobby se puso en pie por sus propios medios.

—¿Qué ha pasado aquí? —preguntó Liz a Carol.

Aunque todavía lloraba y la respiración entrecortada apenas le permitía hablar, Carol explicó a la madre de Bobby que los tres chicos mayores la habían parado en el parque y que al principio todo había empezado en broma, como tantas veces, una broma más pesada que de costumbre pero una broma al fin y al cabo. De pronto Harry la golpeó en serio mientras los otros dos la sujetaban. Al oír un crujido en su hombro, se asustaron y huyeron. Contó a Liz que, cinco o quizá diez minutos más tarde —el dolor era tan intenso que había perdido la noción del tiempo—, la encontró Bobby y la llevó hasta allí. Y que Ted le había encajado el brazo después de darle el cinturón de Bobby para que lo mordiera y atrapara así el dolor. Se inclinó, cogió el cinturón y le enseñó a Liz las diminutas marcas de los dientes en la piel con una

mezcla de orgullo y vergüenza.

—No lo he atrapado todo, pero sí la mayor parte.

Liz apenas echó un ligero vistazo al cinturón y se volvió hacia Ted.

—¿Por qué le ha roto la blusa, jefe?

—¡No se la ha roto! —exclamó Bobby. Una súbita furia se adueñó de él—. La ha *cortado* para examinarle el hombro y arreglárselo sin hacerle daño. ¡Por Dios, yo mismo le he traído las tijeras! ¿Por qué eres tan tonta, mamá? ¿Por qué eres incapaz de ver...?

Sin siquiera volverse a mirar, Liz giró rápidamente sobre sus talones y cogió a Bobby desprevenido. El revés le dio de pleno en la cara, con tan mala fortuna que el dedo índice de su madre se le metió en el ojo, provocándole una punzada de dolor que le traspasó la cabeza. De repente Bobby cesó de llorar, como si un cortocircuito hubiese dejado sin energía la bomba del surtidor de lágrimas.

—No me llames tonta, Bobby —advirtió Liz—. Ni por asomo.

Carol contemplaba temerosa a la bruja de nariz torcida que había llegado en taxi vestida con la ropa de la señora Garfield. La señora Garfield, que había intentado escapar y había forcejeado cuando ya no pudo seguir corriendo. Aun así, al final aquellos hombres habían obtenido lo que querían de ella.

—No debería pegarle a Bobby —dijo Carol—. Él no es como esos hombres.

—¿Es tu novio? —Liz soltó una carcajada—. ¿Sí? Enhorabuena. Pero te diré un secreto, encanto: Bobby es igual que su padre y que el tuyo y que todos los demás. Y ahora entra en el cuarto de baño. Te lavaré y buscaré algo que ponerte. ¡Dios, qué desastre!

Carol la miró inmóvil aún por un momento y por fin se dio media vuelta y se encaminó hacia el baño. Su espalda desnuda se veía pequeña y vulnerable. Y blanca. Muy blanca en contraste con los brazos morenos.

—¡Carol! —dijo Ted—. ¿Va mejor ahora?

Bobby no creyó que esta vez se refiriera al brazo.

—Sí —contestó Carol sin volverse—. Pero todavía la oigo, a lo lejos. Oigo sus gritos.

—¿Quién grita? —preguntó Liz. Carol no respondió. Entró en el baño y cerró la puerta. Liz miró por un instante la puerta, como para asegurarse de que Carol no volvía a salir, y luego se dirigió a Ted—. ¿Quién grita?

Ted se limitó a observarla con cautela, como si previera otro ataque con misiles de un momento a otro.

Liz esbozó una sonrisa. Bobby reconoció aquella sonrisa: era un aviso de que estaba a punto de perder la paciencia. ¿Podía ser que aún le quedara algo de paciencia por perder? Unida a los ojos morados, la nariz rota y el labio hinchado, aquella sonrisa le confería un aspecto horrendo: no parecía su madre sino una demente.

—Todo un buen samaritano, ¿no? ¿Y la ha toqueteado bien mientras la curaba? No tiene mucho que tocar, pero ya debe de haberlo comprobado usted, ¿verdad? No pierde una ocasión, ¿eh? Vamos, admítalo.

Bobby miró a su madre con creciente desesperación. Carol le había contado todo lo ocurrido —la verdad punto por punto—, y para ella nada había cambiado. Nada en absoluto.

—En esta habitación hay un adulto peligroso —dijo Ted—, pero no soy yo.

Liz observó a Ted primero con cara de incompreensión, luego de incredulidad y por último de ira.

—¿Cómo se atreve? ¿*Cómo se atreve?*

—¡Él no ha hecho nada! —clamó Bobby—. ¿No has oído a Carol? ¿No has...?

—Cierra la boca —ordenó su madre sin dirigirle la mirada, que mantenía fija en Ted—. La policía estará muy interesada en usted, creo. Don telefoneó a Hartford el viernes, antes... antes... Se lo pedí yo. Él tiene amigos allí. Nunca ha sido funcionario del Estado de Connecticut, ni en la Oficina del Interventor ni en ninguna otra parte. Ha estado en la cárcel, ¿no es así?

—Sí, en cierto modo, supongo —respondió Ted. Parecía ya más sereno, pese a la sangre que manaba de su mejilla. Extrajo un paquete de tabaco del bolsillo, lo miró y volvió a guardárselo—. Pero no en la clase de cárcel que usted imagina.

Y no en este mundo, pensó Bobby.

—¿Por qué lo encerraron? —preguntó Liz—. ¿Por consolar a las niñas de primero de primaria?

—Poseo algo valioso —explicó Ted. Alzó una mano y se tocó la sien. Al separar el dedo, tenía la yema manchada de sangre—. Existen otros como yo. Y hay cierta gente cuya misión es atraparnos, retenernos y utilizarnos para..., en fin, utilizarnos, dejémoslo ahí. Yo y otros dos escapamos. A uno le dieron caza; al otro lo mataron. Sólo quedo yo en libertad. —Mirando alrededor, añadió—: Si a esto llamamos libertad.

—Está chiflado, Brattigan, viejo chocho, como una regadera. Voy a avisar a la policía, y que decidan ellos si quieren devolverlo a la cárcel de donde escapó o encerrarlo en el manicomio de Danbury. —Se agachó a recoger el teléfono.

—¡No, mamá! —exclamó Bobby, y se abalanzó hacia ella—. ¡No...!

—¡No, Bobby! —ordenó Ted con severidad.

Bobby se detuvo y miró primero a su madre, encorvada sobre el teléfono, y luego a Ted.

—Tal como está ahora, no —dijo Ted a Bobby—. En su actual estado, no puede dejar de herir.

Liz Garfield dirigió a Ted una sonrisa radiante, casi indescriptible —«Buen intento, hijo de puta», daba a entender— y descolgó el auricular del teléfono.

—¿Qué pasa? —preguntó Carol desde el cuarto de baño—. ¿Ya puedo salir?

—Todavía no, cielo —contestó Ted—. Espera un poco.

Liz accionó varias veces los resortes de la horquilla del teléfono, escuchó y pareció satisfecha. Empezó a marcar.

—Ahora averiguaremos quién es usted —dijo con un extraño tono de seguridad—. Será muy interesante. Y también descubriremos qué ha hecho. Eso puede ser más interesante aún.

—Si telefonea a la policía —advirtió Ted—, también averiguarán quién es *usted* y qué ha hecho.

Liz se interrumpió y lo miró. Era una maliciosa mirada de reojo que Bobby no había visto antes.

—¿De qué demonios habla?

—De una mujer insensata que debería haber elegido mejor. Una mujer insensata que conocía de sobra a su jefe para no saber qué le convenía; que había oído los comentarios de él y sus compinches demasiadas veces para no saber qué le convenía, para no saber que todos los «seminarios» a los que asistían incluían básicamente alcohol y sexo. Y quizá también un poco de marihuana. Una mujer insensata que ha antepuesto la codicia al sentido común...

—¿Qué sabe usted lo que es la soledad? —repuso Liz—. ¡Tengo un hijo que criar! —Miró a Bobby, como si se acordase del hijo que tenía que criar por primera vez en mucho rato.

—¿Cuánto quiere que oiga Bobby? —preguntó Ted.

—No sabe nada. No puede saberlo.

—Lo sé *todo*. La cuestión es: ¿Qué quiere que sepa Bobby? ¿Qué quiere que sepan sus vecinos? Si la policía viene a detenerme, se enterarán de lo que yo sé, se lo prometo. —Hizo una pausa. Sus pupilas permanecieron estables, pero dio la impresión de que sus ojos se agrandaban—. Lo sé *todo*. Créame; no lo ponga a prueba.

—¿Qué interés tiene en hacerme sufrir de ese modo?

—Ninguno. Sólo recurriré a eso si no me queda otra opción. Ya ha sufrido bastante, por su propia culpa y por culpa de los demás. Déjeme marchar, sólo le pido eso. Pensaba marcharme de todos modos. Déjeme marchar. No he hecho más que tratar de ayudar.

—Sí, claro —replicó Liz, y se echó a reír—. Bonita ayuda. Con la niña casi sin ropa sentada en su falda. Bonita ayuda.

—También la ayudaría a *usted* si...

—Sí, desde luego, ya me imagino cómo. —Volvió a reír.

Bobby se dispuso a hablar, pero Ted lo disuadió con una mirada de advertencia. Al otro lado de la puerta del baño se oía correr el agua en el lavabo. Liz agachó la

cabeza en ademán pensativo. Al cabo de un momento, la levantó y dijo:

—De acuerdo, esto es lo que haré. Ayudaré a la *novia* de Bobby a lavarse. Le daré una aspirina y le buscaré algo que ponerse para volver a casa. Entretanto, le preguntaré unas cuantas cosas. Si las respuestas me convencen, podrá marcharse. La escoria es mejor perderla de vista.

—Mamá...

Liz obligó a callar a Bobby alzando una mano como un agente de tráfico. No apartaba la vista de Ted, quien a su vez la miraba a ella.

—Acompañaré a la niña a su casa —continuó— y me iré en cuanto ella cruce la puerta. Lo que decida contarle a su madre no es de mi incumbencia. Mi obligación es dejarla en su casa sana y salva, sólo eso. Después daré un paseo hasta el parque y me sentaré un rato a la sombra. He pasado una noche agitada. —Tomó aire y lo expulsó en un lastimero suspiro—. Muy agitada. Así que daré un paseo hasta el parque, me sentaré a la sombra y pensaré en el futuro. Pensaré cómo hacer para que mi hijo y yo no acabemos en un asilo.

»Si lo encuentro todavía aquí cuando vuelva del parque, encanto, *avisaré* a la policía... y no lo ponga a prueba. Ya puede contar lo que quiera. Nadie le va a conceder mucho crédito si digo que me presenté en el apartamento unas horas antes de lo previsto y lo sorprendí con la mano bajo los pantalones de una niña de once años.

Bobby miró a su madre con muda estupefacción. Ella no se dio cuenta; no apartaba de Ted sus ojos hinchados.

—Y si cuando vuelvo, por el contrario, ha tomado ya el portante, no tendré que telefonar a nadie ni decir nada. Asunto zanjado.

Me iré contigo, Ted, pensó Bobby. Me tienen sin cuidado los hampones. Prefiero huir de mil hampones con chaquetas amarillas —o de un millón— a seguir viviendo con ella. ¡La odio!

—¿Y bien? —preguntó Liz.

—Trato hecho. Dentro de una hora ya me habré ido. Quizá antes.

—¡No! —exclamó Bobby. Esa mañana al despertar veía la marcha de Ted con resignación, con tristeza pero con resignación. De pronto volvía a resultarle insoportable, más aún que antes—. ¡No!

—Silencio —espetó su madre, sin dignarse a mirarlo todavía.

—No hay otra alternativa, Bobby, tú lo sabes —terció Ted. Dirigiéndose a Liz, dijo—: Atienda a Carol; yo hablaré con Bobby.

—No está usted en posición de dar órdenes —replicó Liz, pero se fue.

Mientras atravesaba la sala en dirección al baño, Bobby notó que cojeaba. Se le había roto el tacón de un zapato, pero Bobby tuvo la impresión de que eso no era lo único que le impedía caminar derecho. Llamó a la puerta del baño y entró sin esperar

respuesta.

Bobby se acercó a Ted, pero cuando intentó abrazarlo, el anciano le cogió las manos, le dio un breve apretón y se las soltó.

—Llévame contigo —suplicó Bobby con vehemencia—. Te ayudaré a vigilar. Cuatro ojos ven más que dos. ¡Llévame contigo!

—No es posible, Bobby, pero puedes acompañarme a la cocina. Carol no es la única que necesita lavarse.

Ted avanzó con paso vacilante, casi tambaleándose. Bobby alargó un brazo para sujetarlo, y Ted de nuevo le apartó la mano con un gesto suave pero firme. A Bobby le dolió; no tanto como el rechazo de su madre a ayudarlo (o incluso mirarlo) después de lanzarlo contra la pared, pero le dolió.

Acompañó a Ted a la cocina, sin tocarlo pero manteniéndose a corta distancia para agarrarlo en caso de que se cayera. Ted no se cayó. Miró su borroso reflejo en el cristal de la ventana situada sobre el fregadero, exhaló un suspiro y abrió el grifo. Humedeció el paño de cocina y empezó a limpiarse la sangre de la mejilla, echando algún que otro vistazo a su reflejo como referencia.

—Tu madre te necesita ahora más que nunca —dijo—. Necesita alguien en quien confiar.

—No confía en mí —repuso Bobby—. Ni siquiera me tiene simpatía.

Ted apretó los labios, y Bobby comprendió que había puesto el dedo en alguna verdad descubierta por Ted en la mente de su madre. Bobby sabía que su madre no sentía simpatía por él, lo *sabía*. ¿Por qué, pues, estaba a punto de echarse a llorar de nuevo?

Ted extendió una mano hacia él, recordó al parecer que debía evitar el contacto, y siguió enjugándose con el paño.

—Está bien —admitió—, quizá *no* te tenga simpatía. Si eso es verdad, no se debe a nada que hayas hecho. Se debe a lo que eres.

—Un chico —dijo Bobby con resentimiento—. Un jodido *chico*.

—Y el hijo de tu padre, no te olvides de eso. Pero, Bobby, te tenga simpatía o no, te quiere. Suena a frase hecha, lo sé, pero es la verdad. Te quiere y te necesita. Eres lo único que tiene. Ahora está muy dolida...

—Ella se lo ha buscado —prorrumpió Bobby—. Conocía los riesgos. Tú mismo lo has dicho. Conocía los riesgos desde hacía semanas. Meses. Pero no estaba dispuesta a dejar ese empleo. Lo sabía, y aun así fue con ellos a Providence. Fue con ellos a pesar de todo.

—Un domador de leones conoce los riesgos, y aun así entra en la jaula —adujo Ted—. Entra porque ésa es su manera de ganarse la vida.

—Mi madre tiene dinero —dijo Bobby casi con desdén.

—No suficiente, por lo visto.

—Nunca tendrá suficiente —replicó Bobby, y supo que ésa era la verdad en cuanto salió de sus labios.

—Te quiere.

—Me da igual. Yo no la quiero a ella.

—Sí la quieres. La querrás. Debes quererla. Es el *ka*.

—¿El *ka*? ¿Qué es eso? —preguntó Bobby.

—El destino. —Ted se había limpiado casi por completo la sangre del pelo. Cerró el grifo y echó una última ojeada a su etérea imagen en el cristal. Más allá se extendía todo aquel cálido verano, joven como Ted Brautigan nunca volvería a serlo; joven como Bobby nunca volvería a serlo, de hecho—. *Ka* es el destino. ¿Sientes afecto por mí, Bobby?

—Ya sabes que sí —contestó Bobby, empezando a llorar otra vez. Últimamente no parecía hacer otra cosa. Le dolían los ojos de tanto llorar—. Mucho afecto.

—Entonces procura ser amigo de tu madre. Si no por ti, al menos por mí. Quédate a su lado y ayúdala a curarse de esta herida. Y de vez en cuando te mandaré una postal.

Regresaban ya a la sala de estar. Bobby se encontraba un poco mejor, pero deseaba que Ted le rodeara los hombros con un brazo. Lo deseaba más que nada en el mundo.

La puerta del cuarto de baño se abrió. Carol salió primero, mirándose los pies con una timidez poco común en ella. Tenía el cabello mojado, peinado hacia atrás y recogido en una cola. Llevaba una blusa vieja de la madre de Bobby; le iba tan grande que casi le llegaba a las rodillas, como un vestido. Los pantalones cortos quedaban totalmente ocultos.

—Ve al porche y espérame —dijo Liz.

—De acuerdo.

—No te marcharás a tu casa sin mí, ¿verdad?

—¡No! —exclamó Carol, y una súbita expresión de inquietud asomó a su abatido semblante.

—Bien. Quédate al lado de las maletas.

Carol se dirigió hacia el vestíbulo y antes de salir volvió la cabeza.

—Gracias por curarme el brazo, Ted. Espero que eso no te cree problemas. Yo no quería...

—Vete al maldito porche —ordenó Liz.

—... causar problemas a nadie —terminó Carol con voz débil, casi el susurro de un ratón en una película de dibujos animados. Luego salió, la blusa de Liz ondeando alrededor de un modo que habría resultado cómico en otras circunstancias.

Liz miró a Bobby, y cuando éste la observó atentamente, el desánimo se apoderó de él. Liz volvía con renovada ira. Un vivo color rojo se extendía por su rostro

magullado y su cuello.

Dios, ¿qué pasa ahora?, se preguntó Bobby. Conoció la respuesta en cuanto ella alzó la mano y mostró el llavero verde.

—¿De dónde has sacado esto, Bobby?

—Yo... me... —Pero no se le ocurrió nada que decir: ningún pretexto, ninguna mentira descarada, ni siquiera la verdad. Lo invadió un súbito cansancio. Su único deseo en ese instante era arrastrarse hasta su habitación, esconderse entre las sábanas y dormir.

—Se lo di yo —terció Ted—. Ayer.

—¿Llevó a mi hijo a un garito de apuestas de Bridgeport? ¿Un salón de póquer de Bridgeport?

En la placa del llavero no pone «garito de apuestas», pensó Bobby. Tampoco pone «salón de póquer»..., porque esas cosas son ilegales. Sabe a qué se dedican allí porque mi padre frecuentaba el local. Y de tal palo tal astilla. Ése es el dicho: de tal palo tal astilla.

—Lo llevé al cine —corrigió Ted—. Al Criterion; pasaban *El pueblo de los malditos*. Mientras él veía la película, yo fui al Corner Pocket por un asunto.

—¿Qué clase de asunto?

—Una apuesta a un combate de boxeo.

Por un momento Bobby se sumió aún más en el desánimo y pensó: ¿Qué haces? ¿Por qué no le mientes? Si supieras qué opina de esas cosas...

Pero Ted lo *sabía*. Claro que lo sabía.

—Una apuesta a un combate de boxeo —repitió Liz, asintiendo con la cabeza—. Ajá. Dejó a mi hijo solo en un cine de Bridgeport para ir a apostar a un combate de boxeo. —Porrumpió en una estridente carcajada—. Estupendo, y supongo que debo estarle agradecida, ¿no? Agradecida por traerle un recuerdo tan bonito. Si algún día Bobby decide apostar él mismo o perder el dinero jugando al póquer como su padre, sabrá adónde ir.

—Lo dejé durante dos horas en un cine —dijo Ted—. Usted lo dejó conmigo. Por lo que se ve, ha sobrevivido a lo uno y lo otro, ¿no?

En un primer instante Liz reaccionó como si la hubieran abofeteado, luego pareció a punto de echarse a llorar. Finalmente toda expresión se borró de su rostro. Cerró el puño en torno al llavero verde y se lo metió en el bolsillo del vestido. Bobby supo que no volvería a verlo. No le importó. No *quería* volver a verlo.

—Bobby, vete a tu habitación —dijo Liz.

—No.

—¡Bobby, vete a tu habitación!

—¡No! ¡No quiero!

De pie bajo una franja de sol en el felpudo de la entrada, junto a las maletas de

Liz Garfield, flotando entre la tela de la blusa vieja de Liz Garfield, Carol empezó a llorar al oír el griterío dentro de la casa.

—Vete a tu habitación, Bobby —dijo Ted con calma—. Ha sido un placer conocerte.

—Un *placer* —repitió la madre de Bobby con tono airado e insinuante, pero Bobby no captó la indirecta y Ted no se dio por aludido.

—Vete a tu habitación —insistió Ted.

—¿Saldrá todo bien? Ya sabes a qué me refiero.

—Sí. —Ted sonrió, se besó los dedos y envió el beso a Bobby con un soplo. Bobby lo atrapó y cerró el puño con fuerza—. Todo saldrá bien.

Bobby se encaminó lentamente hacia la puerta de su habitación con la cabeza gacha y la mirada fija en las punteras de sus zapatillas. Ya casi había llegado cuando de pronto se dijo: No puedo hacer esto, no puedo dejarlo marchar así.

Corrió hacia Ted, lo abrazó y le cubrió el rostro de besos: la frente, las mejillas, el mentón, los labios, los finos y sedosos párpados.

—¡Te quiero, Ted! —dijo.

Ted se rindió y lo estrechó también entre sus brazos. Bobby percibió la ya tenue fragancia del jabón que usaba para afeitarse y el aroma más intenso de sus cigarrillos Chesterfield, olores que lo acompañarían durante mucho tiempo, como el recuerdo de sus grandes manos acariciándole la espalda, tocándole la cabeza.

—Yo también te quiero, Bobby —respondió Ted.

—¡Por el amor de Dios! —exclamó Liz casi a voz en grito.

Al volverse hacia ella, Bobby vio a Don Biderman empujarla hacia un rincón. En un equipo de alta fidelidad sonaba a todo volumen *One O’Clock Jump*, interpretada por la orquesta de Benny Goodman. El señor Biderman tenía la mano levantada en ademán de pegar. El señor Biderman preguntaba a su madre si quería un poco más, que si era así como le gustaba, podía recibir un poco más. Bobby sintió casi el pánico de su madre al comprender su error.

—No lo sabías, ¿verdad? —preguntó—. Al menos no todo, todo lo que querían. Ellos creían que sí, pero tú no lo sabías.

—Vete a tu habitación ahora mismo o llamo a la policía y pido que manden un coche patrulla —amenazó su madre—. Hablo en serio, Bobby.

—Ya sé que hablas en serio —repuso Bobby.

Entró en su habitación y cerró la puerta. Al principio pensó que se encontraba bien; luego pensó que vomitaría, o se desmayaría, o las dos cosas. Se acercó a la cama con paso vacilante. Su intención era sólo sentarse en el borde, pero acabó tendido al través, como si le hubieran desaparecido todos los músculos del abdomen y la espalda. Trató de levantar los pies, pero las piernas no le obedecieron, aparentemente desprovistas también de musculatura. De pronto acudió a su mente

una imagen de Sully-John en bañador, trepando por la escalerilla de una plataforma flotante, corriendo hasta el extremo del trampolín y lanzándose de cabeza al agua. Deseó estar con S-J en ese momento. Deseó estar en cualquier parte menos allí. En cualquier parte menos allí. En cualquier parte, donde fuera, menos allí.



Cuando Bobby despertó, la luz en la habitación era más débil, y cuando miró al suelo, apenas vio la sombra del árbol que se alzaba frente a su ventana. Llevaba tres horas dormido o inconsciente, quizá cuatro. Estaba empapado en sudor y tenía las piernas entumecidas; no había llegado a extenderlas sobre la cama.

Intentó hacerlo, y apenas pudo contener un grito al notar el repentino hormigueo. Optó por deslizarse hasta el suelo, y el hormigueo le subió por los muslos hasta la entrepierna. Se sentó con las rodillas a la altura de las orejas, la espalda dolorida, las piernas dormidas y la cabeza embotada. Algo horrible había ocurrido, pero en un primer momento no recordó de qué se trataba. Mientras estaba apoyado contra la cama, contemplando la fotografía de Clayton Moore con su antifaz de Llanero Solitario, todo volvió a su memoria: el brazo dislocado de Carol; su madre magullada y enloquecida, sacudiendo el llavero verde ante su cara, furiosa con él; y Ted...

A esas horas Ted se habría marchado ya, y probablemente era lo mejor, pero resultaba doloroso pensarlo.

Bobby se puso en pie y dio dos vueltas a su habitación. Se detuvo ante la ventana y se asomó, frotándose la nuca, rígida y sudorosa, con ambas manos. En la calle, un poco más abajo, las gemelas Sigsby, Dina y Dianne, saltaban a la comba, pero los demás niños habían vuelto ya a sus casas, para cenar o acostarse. Pasó un coche con las luces de posición encendidas. Bobby advirtió que era más tarde de lo que pensaba. Se cernían ya las sombras de la noche.

Recorrió de nuevo el perímetro de su habitación para desentumecerse las piernas, con la misma sensación de un preso paseándose por su celda. Su puerta —al igual que la de su madre— carecía de cerrojo, pero Bobby se sentía de todos modos como un recluso. Le daba miedo salir. Su madre no lo había llamado para la cena, y aunque tenía hambre —no mucha, en realidad—, le daba miedo salir. Temía el estado en que encontraría a su madre... o no encontrarla siquiera. ¿Y si se había cansado ya de Bobby, el estúpido y embustero Bobby, el hijo de su padre? Incluso si seguía allí y había vuelto en apariencia a la normalidad, ¿existía realmente algo que pudiera describirse como «normalidad»? La gente ocultaba cosas horrendas tras el rostro. Bobby ya lo había averiguado.

Tendió la mano hacia el pomo de la puerta, pero vio un papel en el suelo y se detuvo. Se agachó a cogerlo. Había aún luz suficiente para leer la nota con facilidad.

Querido Bobby:

Cuando leas esto, ya me habré ido..., pero te llevaré en mi pensamiento. Por favor, quiere a tu madre y recuerda que ella te quiere a ti. Esta tarde estaba asustada, dolida y avergonzada, y cuando vemos así a una persona, vemos lo peor de ella. Te he dejado una cosa en mi habitación. No olvidaré mi promesa.

Con todo mi cariño,

Ted

Las postales, eso prometió, se dijo Bobby. Enviarme postales.

Más animado, Bobby plegó la nota que Ted le había dejado antes de marcharse y abrió la puerta de su habitación.

La sala estaba vacía pero otra vez en orden. Podía pensarse que allí no había pasado nada si uno no sabía que antes colgaba de la pared, junto al televisor, un reloj en forma de sol; sólo quedaba el gancho que lo sostenía, ya sin función alguna.

Bobby oyó roncar a su madre en su habitación. Siempre roncaba, pero esta vez los ronquidos era estentóreos, como los de un anciano o un borracho dormido en el cine. Eso es porque le han hecho daño, pensó Bobby, y por un instante se acordó del
(«¿Qué tal, valiente? ¿Cómo va?»)

señor Biderman y los dos imbéciles dándose codazos y sonriendo en el asiento trasero. Matad al jabalí, cortadle la garganta, pensó Bobby. No quería pensarlo, pero lo pensó.

Cruzó la sala tan sigilosamente como Jack en el castillo del gigante, abrió la puerta del apartamento y salió. Subió de puntillas por el primer tramo de escalera (pegado a la barandilla porque había leído en una novela de los hermanos Hardy que en ese lado los peldaños no crujían tanto) y a zancadas por el segundo tramo.

La puerta de Ted estaba abierta, y la habitación casi desnuda. Los escasos elementos decorativos incorporados por él —una fotografía de un hombre pescando al atardecer, una imagen de María Magdalena lavando los pies a Jesús, un calendario— habían desaparecido. En la mesa, junto al cenicero vacío, se hallaba una de las bolsas de papel de Ted. Contenía cuatro libros encuadernados en rústica: *Rebelión en la granja*, *Las semillas del mal*, *La isla del tesoro* y *De ratones y hombres*. Escrito en el exterior de la propia bolsa, con la letra vacilante pero perfectamente legible de Ted, rezaba el siguiente mensaje: «Lee primero el Steinbeck. “Los tipos como nosotros”, dice George cuando cuenta a Lenny la historia que éste siempre ha deseado oír. ¿Quiénes son los tipos como nosotros? ¿Quiénes eran para Steinbeck? ¿Quiénes son para ti? Hazte tú también estas preguntas».

Bobby cogió los libros pero dejó la bolsa. Temía que su madre volviera a perder los estribos si veía una de las bolsas de Ted. Miró en el frigorífico y vio sólo un frasco de mostaza y una caja de bicarbonato. Cerró el frigorífico y echó un vistazo alrededor. Daba la impresión de que nadie hubiera vivido nunca allí. Salvo por...

Se acercó al cenicero, se lo llevó a la nariz y respiró hondo. Al percibir el intenso olor a Chesterfield, revivió con total nitidez la presencia de Ted: Ted sentado a la mesa hablando de *El señor de las moscas*; Ted de pie ante el espejo del cuarto de baño, afeitándose con aquella temible navaja suya, escuchando a través de la puerta abierta los artículos de opinión que Bobby leía sin entender.

Ted dejando una última pregunta anotada en el exterior de una bolsa de papel: los tipos como nosotros. ¿Quiénes son los tipos como nosotros?

Bobby volvió a respirar hondo, inhalando pequeñas partículas de ceniza y conteniendo el deseo de estornudar, reteniendo aquel olor, grabándoselo en la memoria, cerrando los ojos, y oyendo por la ventana el ineluctable ladrido de *Bowser*, que llamaba a la oscuridad como en un sueño.

Dejó el cenicero en la mesa. El deseo de estornudar había remitido. Fumaré Chesterfield, decidió. Fumaré Chesterfield toda mi vida.

Sosteniendo los libros contra el pecho, volvió a bajar, arrimándose de nuevo al exterior de la escalera en el tramo que descendía al vestíbulo. Penetró con sigilo en el apartamento, cruzó la sala de puntillas (los ronquidos de su madre eran aún más estridentes) y entró en su habitación. Guardó los libros bajo la cama, al fondo. Si su madre los encontraba, le diría que se los había dado el señor Riley. Era mentira, pero si decía la verdad, su madre le quitaría los libros. Además, mentir ya no le creaba tantos remordimientos de conciencia. Mentir podía convertirse en una necesidad. Con el tiempo podía convertirse incluso en un placer.

¿Y ahora qué?, se preguntó. Los ruidos de su estómago lo ayudaron a decidirse: un par de sándwiches de mantequilla de cacahuete y mermelada serían lo siguiente.

Se dirigió hacia la cocina, pasando de puntillas ante la puerta entornada de la habitación de su madre sin pensarlo siquiera. De pronto se detuvo. Su madre se revolvía en la cama. Los ronquidos eran irregulares y hablaba en sueños. Era un susurro lastimero que Bobby no logró entender, pero entonces cayó en la cuenta de que no era necesario que entendiera sus palabras. Podía oírlas de todos modos. Y podía ver cosas. ¿Sus pensamientos? ¿Sus sueños? Fuera lo que fuese, inspiraba pavor.

Avanzó otros tres pasos hacia la cocina y de repente entrevió algo tan espantoso que se le cortó la respiración: ¿HA VISTO ALGUIEN A BRAUTIGAN? Es un CHUCHO VIEJO pero LO ADORAMOS.

—No —musitó Bobby—. Oh, mamá, no.

No deseaba entrar en la habitación de su madre, pero los pies lo llevaron en esa

dirección. Se dejó guiar por ellos como un rehén. Vio cómo su propia mano extendida empujaba la puerta y la abría de par en par.

La cama estaba aún hecha. Su madre yacía vestida sobre la colcha con una pierna encogida casi contra el pecho. Bobby vio el extremo superior de la media y la liga, y esa imagen le recordó a la mujer del calendario colgado en el Corner Pocket, la que salía de un coche con la falda remangada hasta la cadera..., excepto por el hecho de que la mujer que salía del Packard no tenía horribles moretones por encima de la media.

Liz tenía el rostro sonrojado allí donde no había moretones, el cabello apelmazado a causa del sudor, las mejillas sucias y pegajosas debido a las lágrimas y el maquillaje. Una tabla crujió bajo el pie de Bobby cuando entró en la habitación. Su madre gritó, y él se quedó inmóvil, convencido de que abriría los ojos.

En lugar de despertar, se apartó de él, volviéndose hacia la pared. Allí dentro, en la habitación, el caos de pensamientos e imágenes procedentes de ella no era más claro sino más repugnante, más acre, como el sudor de un enfermo. El sonido de Benny Goodman tocando *One O'Clock Jump* y el sabor de la sangre en la garganta de su madre se hallaban omnipresentes.

¿Ha visto alguien a Brautigan?, pensó Bobby. Es un chucho viejo pero lo adoramos ¿Ha visto alguien...?

Su madre había bajado las persianas antes de acostarse y la oscuridad era casi total. Bobby avanzó otro paso, deteniéndose junto al tocador ante el que ella se sentaba a veces para maquillarse. Su bolso estaba allí. Bobby se acordó del abrazo de Ted, el abrazo que Bobby tanto anhelaba, tanto necesitaba. Las caricias de Ted en su espalda, en su cabeza. «Cuando toco, transmito una especie de ventana», le había dicho Ted en el taxi durante el viaje desde Bridgeport. Y allí de pie junto al tocador de su madre, con los puños apretados, Bobby se asomó con cautela a la mente de su madre a través de esa ventana.

La vio por un breve instante en el tren de regreso a casa, acurrucada en un rincón, la cara vuelta hacia la ventanilla —contemplando los diez mil patios traseros que componían el paisaje entre Providence y Harwich— para que la gente no advirtiera sus magulladuras; la vio escudriñar el llavero verde abandonado en el estante, junto al vaso con los cepillos de dientes, mientras Carol se ponía su blusa vieja; la vio acompañar a Carol hasta su casa, haciéndole una pregunta tras otra durante todo el camino, disparándolas como balas de ametralladora. Carol, demasiado alterada y exhausta para fingir, había contestado a todas. Bobby vio encaminarse a su madre, cojeando, hacia el Commonwealth Park; la oyó pensar: Si al menos pudiera sacarse algo bueno de esta pesadilla, si al menos pudiera sacarse algo bueno de esta pesadilla, por poco que fuera...

La vio sentarse en un banco a la sombra y levantarse al cabo de un rato con la

intención de ir a Spicer a comprar polvos contra el dolor de cabeza y una Nehi con la que tomárselos antes de volver a casa. Y entonces, justo antes de salir del parque, Bobby la vio observar atentamente algo clavado a un árbol, el mismo «algo» que aparecía expuesto por todo el pueblo. Probablemente había pasado ya junto a un par, camino del parque, sin darse cuenta de tan absorta como estaba en sus pensamientos.

Una vez más Bobby se sintió como un pasajero en su propio cuerpo, simplemente eso. Vio extenderse su mano; vio a dos de sus dedos (los dos que, transcurridos unos años, exhibirían las manchas amarillas de fumador empedernido) ejecutar un movimiento de tijera y atrapar el extremo de lo que sobresalía del interior del bolso. Bobby tiró del papel, lo desdobló y leyó las dos primeras líneas bajo la débil luz que entraba por la puerta:

¿HA VISTO ALGUIEN A BRAUTIGAN?
Es un CHUCHO VIEJO pero LO ADORAMOS

Saltó directamente a las líneas centrales del texto, las que sin duda habían despertado el interés de su madre y alejado de su mente cualquier otro pensamiento:

Ofrecemos UNA SUSTANCIOSA RECOMPENSA
(\$ \$ \$ \$)

Ahí tenía ese «algo bueno» que deseaba, que esperaba, que rogaba; ahí tenía: UNA SUSTANCIOSA RECOMPENSA.

Y ¿había dudado? ¿Había pensado «Un momento, mi hijo adora a ese viejo desgraciado»? ¿Se le había pasado siquiera por la cabeza?

No.

Uno no podía permitirse vacilaciones. Porque en la vida abundaban los Don Bidermans, y la vida era injusta.

Bobby salió de puntillas de la habitación con el cartel en la mano, alejándose de su madre con silenciosas zancadas, quedándose inmóvil cuando una tabla crujía bajo sus pies y siguiendo adelante al cabo de un momento. A sus espaldas, los balbuceos de su madre habían dado paso de nuevo a los ronquidos. Ya en la sala de estar, cerró la puerta de la habitación de su madre, manteniendo el picaporte tensado hasta ajustarla perfectamente al marco para evitar el chasquido del pestillo en el cajetín. A continuación corrió hasta el teléfono, tomando conciencia sólo entonces, una vez alejado de ella, de que el corazón le latía con fuerza y un sabor a monedas viejas le impregnaba la garganta. Cualquier vestigio de hambre se había desvanecido.

Levantó el auricular del teléfono, echó un vistazo hacia la puerta de su madre para cerciorarse de que continuaba cerrada y marcó sin consultar siquiera el cartel. El

número se le había grabado a fuego en la memoria: HOusitonic 5-8337.

Cuando acabó de marcar, la línea quedó en silencio, lo cual no le sorprendió, porque en Harwich no existía el prefijo HOusitonic. Y si una sensación de frío se extendía por todo su cuerpo (excepto en los testículos y las plantas de los pies, que tenía anormalmente calientes), se debía sólo a que temía por la seguridad de Ted. Sólo a eso. Nada más...

En la línea se oyó un chasquido pétreo cuando Bobby se disponía ya a colgar. Y después una voz dijo:

—¿Sí?

¡Es Biderman!, pensó Bobby con desesperación. ¡Dios, es Biderman!

—¿Sí? —repitió la voz.

No, no era Biderman. La voz tenía un timbre más grave que la de Biderman. Pero era una voz de imbécil, eso sin duda, y mientras la temperatura de su piel seguía bajando por momentos hacia el cero absoluto, Bobby supo que el vestuario del hombre que hablaba al otro lado de la línea incluía alguna chaqueta amarilla.

De pronto empezaron a arderle los ojos y a escocerle en el fondo de las órbitas. «¿Vive ahí la familia Sagamore?», se proponía preguntar, con la idea de que si la respuesta era afirmativa, les rogaría que dejaran en paz a Ted. Les diría que él, Bobby Garfield, haría lo que le pidieran con tal de que dejaran tranquilo a Ted. Y sin embargo ahora, cuando se presentaba realmente la ocasión, Bobby se quedaba sin habla. Hasta ese momento no había dado total crédito a la existencia de los hampones. Pero ahora había algo al otro lado de la línea, algo que no guardaba la menor similitud con la vida tal como Bobby la conocía.

—¿Bobby? —dijo la voz, y se traslució en su tono una especie de insinuado placer, una sensual complacencia en el hecho de haberlo reconocido—. Bobby —repitió, esta vez sin interrogante.

Las hebras anegaron el campo visual de Bobby; la sala de estar se llenó súbitamente de nieve negra.

—Por favor... —susurró Bobby. En un supremo esfuerzo de voluntad, se obligó a terminar la frase—. Por favor, déjenlo marchar.

—Ni hablar —replicó la voz desde el vacío—. Pertenece al Rey. Quédate al margen, Bobby. No te entrometas. Ted es nuestro perro. Si no quieres acabar siendo tú también nuestro perro, quédate al margen.

Se cortó la comunicación.

Bobby sostuvo el auricular junto al oído aún por un momento, pese al temblor y la sensación de frío. No obstante, el escozor en el fondo de los ojos comenzó a remitir, y las hebras a fundirse con la oscuridad general. Finalmente se apartó el auricular de la cara, hizo ademán de colgarlo, y de pronto se detuvo. Los orificios del auricular se habían convertido en diminutos círculos rojos. Era como si la voz de la

cosa que hablaba desde el otro extremo de la línea hubiese hecho sangrar al teléfono.

Con la respiración agitada, Bobby lo dejó en la horquilla y fue a su habitación. «No te entrometas», había advertido el hombre que había atendido el teléfono de la familia Sagamore. «Ted es nuestro perro». Pero Ted no era un perro. Era un hombre, y era amigo de Bobby.

Quizá mamá les haya dicho dónde podían encontrarlo esta noche, pensó Bobby. Creo que Carol lo sabe. Si es así, y si se lo ha contado a mamá...

Bobby cogió el jarrón con los fondos para la bici. Sacó todo el dinero ahorrado y salió del apartamento. Pensó en dejarle una nota a su madre, pero desechó la idea. Podía volver a telefonar a HOusitonic 5-8337 e informar al imbécil de voz grave de lo que se proponía su Bobby. Ésa era una de las razones para no dejar una nota. La otra era que si conseguía prevenir a Ted a tiempo, se marcharía con él. Dadas las circunstancias, Ted no tendría más remedio que permitirle acompañarlo. ¿Y si los hampones lo mataban o secuestraban? Bueno, esas posibilidades eran casi como escapar, ¿o no?

Bobby recorrió el apartamento con la mirada por última vez, y al oír los ronquidos de su madre, sintió un involuntario tirón en el corazón y la mente. Ted tenía razón: a pesar de todo, aún la quería. Si existía el *ka*, el amor a su madre formaba parte del suyo.

Aun así, esperaba no volver a verla nunca más.

—Adiós, mamá —susurró Bobby. Un minuto después corría Broad Street abajo en la creciente oscuridad, el puño cerrado en torno al dinero que llevaba en el bolsillo para no perderlo.

De nuevo allí abajo. Los zánganos. Hampones con chaquetas amarillas. El pago.

Pidió un taxi desde el teléfono público de Spicer, y mientras esperaba, arrancó del tablón de anuncios uno de los carteles con el nombre de BRAUTIGAN. Quitó asimismo una tarjeta clavada del revés donde se daba a conocer la venta de particular a particular de un Rambler del 57. Los arrugó y los tiró a un cubo de basura colocado junto a la puerta, sin molestarse siquiera en volverse a mirar si Spicer, el anciano propietario de la tienda —cuyo mal genio era legendario entre los niños del lado oeste de Harwich—, lo había visto.

Las gemelas Sigsby habían bajado hasta allí, dejando a un lado sus combas para jugar a la rayuela. Bobby se acercó a ellas y contempló las formas



dibujadas junto a los recuadros. Se arrodilló, y Dina Sigsby, que se disponía a lanzar su piedra a la casilla 7, se interrumpió para observarlo. Dianne se llevó los mugrientos dedos a la boca y se echó a reír. Sin prestarles atención, Bobby emborronó las formas de tiza con las manos. Al terminar, se irguió y se sacudió el polvo. Se encendió la farola que alumbraba el pequeño aparcamiento de Spicer, con capacidad sólo para tres coches; de pronto Bobby y las niñas proyectaron sombras desproporcionadamente grandes.

—Bobby Garfield, tonto, ¿por qué has hecho eso? —dijo Dina—. Los dibujos eran bonitos.

—Traen mala suerte —respondió Bobby—. ¿Por qué no estáis ya en casa? —Tenía, no obstante, una idea bastante aproximada del motivo; sus rostros lo revelaban con igual claridad que los anuncios de cerveza en la cristalera de Spicer.

—Mamá y papá se están peleando —explicó Dianne—. Ella dice que él tiene una amiga. —Se echó a reír y su hermana rió con ella, pero se advertía miedo en sus miradas.

Viéndolas, Bobby se acordó de los pequeños en *El señor de las moscas*.

—Volved a casa antes de que sea de noche —aconsejó.

—Mamá ha dicho que nos quedemos fuera —contestó Dina.

—Entonces es una idiota, y vuestro padre también. ¡Marchaos!

Las gemelas cruzaron una mirada, y Bobby se dio cuenta de que las había asustado aún más. No le importó en absoluto. Las observó mientras recogían sus combas y corrían calle arriba. Al cabo de cinco minutos, el taxi se detuvo en el aparcamiento de la tienda, formando los haces de sus faros un abanico de luz sobre la grava.

—¿Eh? —dijo el taxista—. No sé si debo llevar a un niño de tu edad a Bridgeport a estas horas, aun suponiendo que tengas dinero para pagar el viaje.

—No se preocupe —respondió Bobby a la vez que subía en la parte trasera. Si el taxista tenía intención de sacarlo de allí, más le valía llevar una palanca en el maletero—. Mi abuelo irá a recogerme. —Pero no al Corner Pocket, había decidido ya Bobby; no quería bajarse del taxi enfrente mismo del local. Alguien podía seguirle hasta allí—. Me espera delante de la tienda Fideos Wo Fat, en Narragansett Avenue. —El Corner Pocket estaba también en Narragansett. Bobby no recordaba el nombre de la calle, pero no le había resultado difícil encontrarlo en las Páginas Amarillas después de telefonar al servicio de taxis.

El taxista había echado ya marcha atrás para salir de nuevo a la calle, pero al oír la dirección volvió a parar el coche.

—¿Narragansett Avenue, en los bajos fondos? Dios mío, eso no es una zona de la ciudad para niños, ni siquiera en pleno día.

—Mi abuelo irá a recogerme —repitió Bobby—. Me ha dicho que le dé medio pavo de propina. Ya sabe, cincuenta centavos.

El taxista vaciló por un momento. Bobby pensó alguna otra manera de persuadirlo, pero no se le ocurrió nada. Finalmente el taxista lanzó un suspiro, bajó la bandera y puso el coche en marcha. Cuando pasaron frente al 149 de Broad Street, Bobby echó una ojeada para ver si había alguna luz encendida en el apartamento. Seguía a oscuras. Se arrellanó en el asiento y aguardó a que Harwich quedara atrás.



El taxista se llamaba Roy DeLois, como podía leerse en el taxímetro. No despegó los labios en todo el trayecto a Bridgeport. Estaba triste porque había tenido que llevar a *Pete* al veterinario para sacrificarlo. *Pete* contaba catorce años, una avanzada edad para un collie. Era el único verdadero amigo de Roy DeLois. «Vamos, grandullón, acábatelo todo; yo invito», decía Roy DeLois cuando daba de comer a *Pete*. Decía lo mismo todas las noches. Roy DeLois estaba divorciado. A veces iba a un club de *strip-tease* de Hartford. Bobby vio vagas imágenes de las bailarinas, que en su mayoría llevaban plumas y largos guantes blancos. La imagen de *Pete* era más nítida. Al abandonar la consulta del veterinario, Roy DeLois no parecía muy afectado, pero cuando vio el plato vacío de *Pete* en la despensa de su casa, se deshizo en lágrimas.

Pasaron ante el William Penn Grille. Todas las ventanas irradiaban una intensa luz y había coches alineados en ambas aceras a lo largo de tres manzanas, pero Bobby no vio ningún DeSoto estrafalario ni otros coches que semejaran criaturas vivas escasamente disfrazadas. No sintió escozor en el fondo de los ojos, ni flotaron hebras de hilo negro en su campo visual.

El taxi cruzó el puente del canal y llegaron allí abajo. Una estridente música latina surgía de bloques de apartamentos en cuyas fachadas laterales pendían escaleras de incendios zigzagueantes como relámpagos de hierro. En algunas esquinas se reunían grupos de muchachos con el cabello lustroso y peinado hacia atrás; en otras se reunían grupos de risueñas muchachas. Cuando el taxi paró en un semáforo, se acercó con parsimonia un hombre de piel morena, cuyos pantalones de tela de gabardina se ceñían a su cimbreada cadera por debajo de la cinturilla de unos calzoncillos blancos, y se ofreció a limpiar el parabrisas con un paño mugriento que sostenía en una mano. Roy DeLois movió la cabeza en un cortante gesto de negación y arrancó a toda prisa en cuanto cambió el semáforo.

—¡Esos condenados hispanos! —masculló—. Deberían prohibirles la entrada en el país. ¿Es que no tenemos ya bastante con nuestros negros?

De noche, Narragansett Avenue presentaba un aspecto distinto, algo más temible, y también algo más fabulosa. Cerrajerías, servicios de cambio de cheques, un par de bares de los que salían risas, música de gramola y hombres con cervezas en la mano, ARMERÍA ROD, y sí, justo después de la armería y al lado de la tienda que vendía RECUERDOS ESPECIALES, apareció el rótulo de FIDEOS WO FAT. El Corner Pocket no podía estar a más de cuatro manzanas de allí. Eran sólo las ocho. Bobby había llegado con tiempo de sobra.

Cuando Roy DeLois paró el taxi junto a la acera, el taxímetro marcaba ochenta centavos. Eso, sumado a la propina de cincuenta centavos, representaba un considerable agujero en los fondos para la bici, pero a Bobby le traía sin cuidado. Nunca daría tanta importancia al dinero como su madre. Si lograba prevenir a Ted antes de que los hampones lo atraparan, Bobby no tendría inconveniente en seguir desplazándose a pie el resto de su vida.

—No me gusta la idea de dejarte aquí —dijo Roy DeLois—. ¿Dónde está tu abuelo?

—Ah, no tardará en llegar —contestó Bobby, esforzándose por adoptar un tono desenfadado y casi consiguiéndolo. Resultaba asombroso lo que uno era capaz de hacer cuando se encontraba entre la espada y la pared.

Bobby le tendió el dinero. En lugar de embolsárselo, Roy DeLois dudó por un momento; se planteó llevarlo de regreso a Spicer. Pero si lo de su abuelo es mentira, pensó Roy DeLois, ¿qué hace aquí un niño de su edad? Es demasiado joven para querer ir de putas.

No me pasará nada, transmitió Bobby... y sí, aparentemente también los mensajes telepáticos estaban a su alcance, aunque de manera limitada. Márchese, no se preocupe; no me pasará nada.

Roy DeLois aceptó por fin el billete de dólar arrugado y las tres monedas de diez centavos.

—Esta propina es excesiva —protestó.

—Mi abuelo me ha dicho que no sea agarrado como cierta gente —adujo Bobby, apeándose del taxi—. Quizá debería comprarse otro perro, ¿sabe? Un cachorro.

Roy DeLois rondaba los cincuenta años, pero con expresión de sorpresa aparentaba muchos menos.

—¿Cómo...?

A continuación Bobby lo oyó decidir que no le importaba cómo. Roy DeLois puso su taxi en marcha y se alejó, dejando a Bobby frente a Wo Fat.

Bobby permaneció allí hasta que las luces de posición del taxi se perdieron de vista y entonces se encaminó lentamente hacia el Corner Pocket, deteniéndose a echar un vistazo al polvoriento escaparate de RECUERDOS ESPECIALES. La persiana de bambú estaba levantada, pero el único recuerdo especial expuesto era un cenicero de cerámica en forma de váter. En el asiento tenía una acanaladura para dejar el cigarrillo. En la cisterna se leía: APARCA AQUÍ TU PITILLO. Bobby lo consideró bastante ingenioso, pero no tanto como para exhibirlo en un escaparate; él albergaba la vaga esperanza de ver objetos relacionados con el sexo, teniendo en cuenta sobre todo que el sol ya se había puesto.

Siguió caminando y pasó ante varios establecimientos: IMPRENTA B'PORT, REPARACIÓN DE CALZADO EN EL ACTO Y ELEGANTES TARJETAS PARA TODAS LAS OCASIONES. Más adelante había otro bar, más muchachos reunidos en la esquina, y la música de los Cadillac: «*Brrrrr, black slacks, make ya cool, Daddy-O, when ya put em on you're a-rarin to go*». Bobby apretó el paso y cruzó la calle con los hombros encorvados, la cabeza gacha y las manos en los bolsillos.

Frente al bar había un restaurante abandonado, y un toldo hecho jirones colgaba aún sobre las vidrieras sucias. Bobby se deslizó entre las sombras que proyectaba sobre la acera y siguió adelante, sobrecogiéndose al oír unos gritos y ruido de cristales rotos. Cuando llegó a la siguiente esquina, volvió a cruzar a la acera de Narragansett Avenue donde se hallaba el Corner Pocket.

Mientras caminaba, trató de sintonizar su mente con el exterior para captar la presencia de Ted, pero no percibió nada. No le sorprendió. De haber estado en el lugar de Ted, Bobby se habría refugiado en algún sitio como la Biblioteca Pública de Bridgeport, donde podía pasar inadvertido durante horas. Al cerrar la biblioteca, quizá iría a comer algo y matar así el rato. Finalmente tomaría otro taxi y acudiría a recoger el dinero. Bobby no creía que Ted se hallase ya cerca, pero siguió escuchando

por si acaso. Escuchaba con tal atención que tropezó con un tipo sin siquiera verlo.

—¡Eh, *cabrón!*^[1] —exclamó el tipo, riendo pero no de un modo cordial. Agarró a Bobby por los hombros—. ¿Dónde te crees que vas, tú, *putino*?

Bobby alzó la mirada y vio a cuatro jóvenes —lo que su madre habría llamado «zánganos»— enfrente de un local que llevaba por nombre bodega. Eran puertorriqueños, pensó, y todos vestían pantalones con la raya muy marcada. Botas negras de punteras afiladas asomaban bajo las vueltas de las perneras. Lucían asimismo chaquetas azules de seda con la palabra diablos en la espalda. La «I» aparecía representaba como el tridente del demonio. Aquel tridente le resultó familiar, pero no tenía tiempo para pensar en eso. Alarmado, comprendió que se había topado con cuatro miembros de alguna banda.

—Lo siento, de verdad —dijo casi sin voz—. Perdón.

De un tirón, se desprendió de las manos que lo sujetaban y se apartó de aquel individuo dispuesto a seguir su camino. Apenas dio un paso, lo agarró otro del grupo.

—¿Adónde vas, *tío*? —preguntó éste—. ¿Adónde vas, *tío mío*?

Bobby volvió a zafarse, pero el cuarto tipo lo empujó hacia donde estaba el segundo. El segundo tipo volvió a agarrarlo, esta vez con menos miramientos. Era como verse rodeado por Harry y sus amigos, sólo que mucho peor.

—¿Tienes dinero, *tío*? —preguntó el tercer tipo—. Porque esto es una carretera de peaje, ¿sabes?

Los cuatro prorrumpieron en carcajadas y se acercaron. Bobby percibió el olor de sus fragantes lociones para después del afeitado, de sus tónicos capilares, y de su propio miedo. No oía las voces de sus mentes, pero ¿necesitaba oírlas? Probablemente le darían una paliza y le robarían el dinero. Con suerte, eso sería todo... pero podía no tener suerte.

—Muchacho —dijo el cuarto tipo casi cantando. Alargó el brazo, le echó la mano a la cabeza y le tiró del pelo con tal fuerza que a Bobby se le saltaron las lágrimas—. *Muchacho*, ¿qué tal andas de dinero, eh? ¿Cuánto *dinero* llevas encima? Si tienes algo, te dejamos pasar. Si no tienes nada, te rompemos las pelotas.

—Déjalo en paz, Juan.

Todos se volvieron —incluido Bobby—, y apareció allí un quinto tipo, también con la chaqueta de los Diablos y la raya de los pantalones muy marcada; sin embargo, calzaba mocasines en lugar de botas, y Bobby lo reconoció de inmediato. Era el joven que jugaba al millón en el Corner Pocket el día anterior mientras Ted hacía su apuesta. No era extraño que a Bobby le hubiera resultado familiar el tridente: aquel tipo lo tenía tatuado en la mano. Llevaba la chaqueta vuelta del revés y atada a la cintura («aquí dentro no podemos llevar la chaqueta de ningún club», había dicho a Bobby), pero él exhibía el emblema de los Diablos de todos modos.

Bobby intentó penetrar en la mente del recién llegado y vio sólo formas

desdibujadas. Aquella peculiar facultad volvía a debilitarse, como había ocurrido el día que la señora Gerber los llevó a Savin Rock; poco después de dejar el puesto de McQuown en el paseo principal, esa facultad desapareció. En esta ocasión el palpito había durado más, pero igualmente comenzaba a desvanecerse.

—¡Eh, Dee! —saludó el tipo que acababa de tirarle del pelo a Bobby—. Sólo queremos sacarle un poco de pasta a este muchachito, cobrarle el peaje por cruzar el territorio de los Diablos.

—A éste no —repuso Dee—. Lo conozco. Es mi *compadre*.

—A mí me parece un marica del otro lado de la ciudad —dijo el que había llamado a Bobby *cabrón* y *putino*—. Le enseñaré lo que es un poco de respeto.

—No necesita ninguna lección de ti —replicó Dee—. ¿Acaso quieres que te dé yo una lección, Moso?

Moso retrocedió con expresión ceñuda y sacó un cigarrillo. Otro miembro del grupo encendió una cerilla y le dio fuego, y Dee se llevó a Bobby aparte.

—¿Qué haces aquí, *amigo*? —preguntó, sujetando a Bobby por el hombro con la mano tatuada—. Es una tontería que hayas venido aquí solo, y una locura que hayas venido solo y de noche.

—No tenía otra elección —respondió Bobby—. He de encontrar al hombre con el que vine ayer. Se llama Ted. Es viejo, flaco y bastante alto. Camina medio encorvado, como Boris Karloff... ¿sabes a quién me refiero, el que sale en las películas de miedo?

—Sé quién es Boris Karloff, pero no conozco a ningún Ted —dijo Dee—. Ni siquiera de vista. Chico, tienes que largarte de aquí.

—He de ir al Corner Pocket —insistió Bobby.

—Yo vengo de allí, y no he visto a nadie que se parezca a Boris Karloff.

—Aún es pronto. Creo que llegará entre nueve y media y diez. Tengo que estar allí cuando venga, porque unos hombres van detrás de él. Llevan chaquetas amarillas y zapatos blancos; conducen coches grandes y llamativos, uno es un DeSoto violeta, y...

Dee lo agarró y lo lanzó contra la puerta de una casa de empeños con tal brusquedad que Bobby pensó por un momento que finalmente había decidido seguir el juego a sus amigos. Dentro de la casa de empeños, un viejo con unas gafas encasquetadas en la calva se volvió a mirarlos, molesto, y luego siguió leyendo el periódico.

—Los *jefes* con chaquetas amarillas largas —masculló Dee—. He visto a esos individuos. Otros los han visto también. No te conviene andar jugando con esa clase de gente, *chico*. Esos tipos tienen algo raro. No parecen normales. A su lado, los matones que frecuentan el Mallory's Saloon parecen angelitos.

Bobby vio algo en la expresión de Dee que le recordó a Sully-John, y de pronto

acudió a su memoria un comentario de S-J respecto a unos tipos extraños que había visto a la entrada del Commonwealth Park. Cuando Bobby le preguntó qué tenían de extraño, Sully no supo qué era exactamente lo que le había llamado la atención. En cambio Bobby sí lo sabía: Sully había visto a los hampones. Por entonces andaban ya husmeando por el pueblo.

—¿Cuándo los has visto? —preguntó Bobby—. ¿Hoy?

—¡Eh, chico, sin agobiar! —dijo Dee—. Hace apenas dos horas que me he levantado, y la mayor parte de ese tiempo lo he pasado en el baño acicalándome. Los vi salir del Corner Pocket, a un par de ellos... anteayer, creo. Y en ese local últimamente pasa algo raro. —Pensó por un momento y luego llamó a uno de sus amigos—. ¡Tú, Juan, ven aquí!

El tipo que le había tirado del pelo a Bobby corrió hacia ellos. Dee le habló en español. Juan le contestó y Dee añadió unas palabras señalando a Bobby. Juan se inclinó hacia Bobby, apoyando las manos en las rodillas de sus pantalones bien planchados.

—Has visto a esos tipos, ¿eh?

Bobby asintió con la cabeza.

—¿Un grupo en un enorme DeSoto de color violeta? ¿Un grupo en un Chrysler? ¿Un grupo en un Oldsmobile 98?

Bobby sólo conocía el DeSoto, pero asintió.

—Esos coches no son coches en realidad —dijo Juan. Miró a Dee de reojo para ver si se reía. Dee no se rió, limitándose a indicarle a Juan que siguiera—. Son otra cosa.

—Creo que están vivos —apuntó Bobby.

Los ojos de Juan se iluminaron.

—¡Sí! ¡Parece que están vivos! Y esos hombres...

—¿Qué aspecto tenían? —preguntó Bobby—. He visto uno de sus coches, pero no a ellos.

Juan intentó describirlos pero fue incapaz, al menos en inglés, y acabó pasando al español. Dee tradujo parte de lo que decía, pero distraídamente, cada vez más enfrascado en la conversación con Juan, olvidándose de Bobby. Los otros muchachos —y por su edad, advirtió Bobby, realmente podía llamárselos muchachos— se acercaron y aportaron también información. Bobby no los entendía, pero notó que tenían miedo, todos ellos. Eran tipos duros —en aquel barrio había que ser un tipo duro simplemente para llegar al final del día—, y aun así, los hampones los intimidaban. Bobby captó una última imagen nítida: una figura alta con una chaqueta de color mostaza y faldón largo, por debajo de la rodilla, prácticamente una gabardina, de esas que a veces llevaban los hombres en películas como *Duelo de titanes* y *Los siete magníficos*.

—Yo vi a cuatro de ellos salir de la barbería, esa que tiene al fondo una sala de apuestas hípicas —dijo uno de ellos llamado Filio—. A eso se dedican, esos tipos: entran en los locales y hacen preguntas. Y siempre dejan junto a la acera uno de sus enormes coches con el motor en marcha. Uno pensaría que hay que estar loco para hacer eso aquí, dejar un coche aparcado en la calle con el motor en marcha, pero ¿quién va a robar uno de esos malditos trastos?

Nadie, como Bobby bien sabía. Si alguien lo intentaba, el volante podía convertirse en serpiente y estrangularlo, o el asiento podía convertirse en arenas movedizas y engullirlo.

—Salen todos en grupo —prosiguió Filio—, todos con esas largas chaquetas amarillas aunque haga tanto calor que pueda freírse un huevo en la acera. Todos llevan esos bonitos zapatos blancos, unos zapatos con mucho estilo... ya sabéis que siempre me fijo en lo que calza la gente, es una debilidad... y no creo... no creo... — Se interrumpió, tomó aliento y dijo algo a Dee en español.

Bobby preguntó qué había dicho.

—Dice que sus zapatos no tocaban el suelo —respondió Juan con los ojos muy abiertos. Su mirada no reflejaba desdén ni incredulidad—. Dice que llegaron en el enorme Chrysler rojo, y cuando volvieron al coche, sus jodidos zapatos no tocaban el suelo. —Juan se llevó una mano a la boca, formó una horquilla con dos dedos y escupió entre ellos. Luego se santiguó.

Todos guardaron silencio por un momento. Finalmente Dee se inclinó de nuevo hacia Bobby con expresión grave.

—¿Son éstos los tipos que buscan a tu amigo?

—Los mismos —contestó Bobby—. Tengo que prevenirlo.

Albergaba la absurda esperanza de que Dee se ofrecería a acompañarlo al Corner Pocket y luego el resto de los Diablos se unirían a él; avanzarían por la calle chasqueando los dedos al unísono como los Jets en *West Side Story*. A partir de ese momento serían sus amigos, pandilleros que casualmente tenían buen corazón.

Por supuesto, no ocurrió nada semejante. Lo que ocurrió fue que Moso escurrió el bulto, regresando al lugar donde se había tropezado con Bobby. Los otros lo siguieron. Juan sólo se quedó el tiempo suficiente para advertir:

—Si te cruzas con esos *caballeros amarillos*, serás un *putino* muerto, *tío mío*.

Cuando se habían marchado todos menos Dee, éste dijo:

—Juan tiene razón. Deberías volver a tu parte del mundo. Deja que tu *amigo* se las arregle solo.

—No puedo —repuso Bobby. Con sincera curiosidad, añadió—: ¿Podrías tú?

—Contra hombres corrientes quizá no, pero éstos no son hombres corrientes. ¿No acabas de oírlo?

—Sí —admitió Bobby—. Pero...

—Chico, estás chiflado. *Un poco loco*.

—Sí, supongo. —Bobby tenía en efecto la impresión de que se había vuelto loco. Y no *un poco loco*. Estaba más loco que un ratón en un cagadero, como habría dicho su madre.

Dee se alejó, y Bobby sintió un profundo desánimo. Cuando Dee llegó a la esquina —sus compañeros lo esperaban en la otra acera—, se dio media vuelta, formó una pistola con los dedos y apuntó a Bobby. Bobby sonrió e imitó el gesto.

—*Vete con Dios, mi loco amigo* —se despidió Dee, y cruzó parsimoniosamente la calle con el cuello de la chaqueta levantado.

Bobby siguió su camino en dirección contraria, rehuyendo las zonas iluminadas por parpadeantes letreros de neón y procurando mantenerse al amparo de las sombras.



Enfrente del Corner Pocket había una funeraria; POMPAS FÚNEBRES DESPEGNI, se leía en el toldo verde. En la vidriera colgaba un reloj cuya esfera se hallaba delimitada por un frío círculo de neón azul. Bajo el reloj, un cartel rezaba: EL TIEMPO Y LA MAREA NI SE PARAN NI ESPERAN. Según el reloj, eran las ocho y veinte. Pese a haberse entretenido, Bobby había llegado con tiempo de sobra, y vio un callejón más allá del Pocket donde podía aguardar con relativa seguridad. Sin embargo, Bobby no podía quedarse esperando de brazos cruzados, aun sabiendo que sería lo más inteligente. Pero si en realidad hubiera sido inteligente, ni siquiera habría ido hasta allí. No era un hombre maduro y sensato; era sólo un niño asustado que necesitaba ayuda. No creía que fuera a encontrarla en el Corner Pocket, pero tal vez se equivocaba.

Bobby pasó bajo el cartel donde se leía **ENTRE, LOCAL REFRIGERADO**. Nunca había sentido menor necesidad de aire acondicionado en su vida; la noche era cálida pero él estaba helado.

Dios, si estás ahí, ayúdame ahora, te lo suplico. Dame valor... y dame suerte.

Bobby abrió la puerta y entró.



El olor a cerveza era más intenso y más reciente, y la sala de las máquinas del millón era un caos de luces y ruido. Donde el día anterior sólo jugaba Dee, había en esos momentos por lo menos dos docenas de hombres, todos fumando, todos con camisetas de tirantes y sombreros a lo Frank Sinatra, todos con botellas de Bud sobre la superficie de cristal de las máquinas.

La zona en torno al mostrador de Len Files estaba más iluminada porque había

más luces encendidas en el bar (donde no quedaba un solo taburete libre), así como en la sala de las máquinas. La sala de billares, que el miércoles se hallaba prácticamente a oscuras, estaba mejor alumbrada que un quirófano. En todas las mesas había hombres inclinándose, paseando alrededor y tirando en medio de una neblina azul de humo de tabaco; todos los taburetes dispuestos contra las paredes estaban ocupados. Bobby vio al viejo Gee en el taburete del limpiabotas, con los pies apoyados en los soportes, y...

—¿Qué carajo haces tú aquí?

Bobby volvió la cabeza, sobresaltado por la voz y sorprendido de oír aquella palabra en labios de una mujer. Era Alanna Files. La puerta de la sala de estar situada tras el mostrador se cerraba en ese preciso instante. Esa noche lucía una blusa blanca de seda que dejaba a la vista sus hombros —unos hombros bonitos, níveos, y tan redondos como sus senos— y el nacimiento de su prodigioso pecho. Bajo la blusa blanca llevaba los pantalones rojos más amplios que Bobby había visto jamás. El miércoles Alanna se había mostrado amable, sonriente..., de hecho, casi se había reído de él, aunque de un modo que no le había molestado. Esa noche, en cambio, parecía muerta de miedo.

—Lo siento... Sé que no debería estar aquí, pero he de encontrar a mi amigo Ted y he pensado... he pensado que... —Bobby oyó desinflarse su voz como un globo que se hubiese dejado volar con la entrada de aire abierta.

Algo grave ocurría. Era como un sueño que Bobby tenía a veces en el que se hallaba sentado en su pupitre del colegio, estudiando ortografía o ciencias o simplemente leyendo un relato, y de pronto todos sus compañeros empezaban a reírse de él, y entonces se daba cuenta de que se había olvidado de ponerse los pantalones antes de salir de casa y estaba sentado en el pupitre con todo colgando, a la vista de los demás, niñas, profesores, todos.

El campanileo de las máquinas del millón no se acalló completamente, pero disminuyó su intensidad. En el bar, la conversación y las risas prácticamente habían quedado interrumpidas. El golpeteo de los tacos y las bolas de billar había cesado. Bobby miró alrededor, sintiendo de nuevo aquella especie de movimiento de serpientes en el estómago.

No era el centro de todas las miradas, pero sí de la mayor parte. El viejo Gee lo observaba con unos ojos que parecían dos agujeros abiertos por una llama en un papel sucio. Y si bien la ventana de la mente de Bobby era ya casi opaca, tuvo la sensación de que muchos de los presentes esperaban su llegada. Dudaba, sin embargo, que lo esperasen de manera consciente, y aun si era así, ignoraban el motivo de su visita. Era como si estuvieran dormidos, igual que los habitantes de Midwich. Los hampones habían pasado por allí. Los hampones habían...

—Márchate, Randy —dijo Alanna con un débil susurro. En su estado de

inquietud, había llamado a Bobby por el nombre de su padre—. Márchate ahora que aún estás a tiempo.

El viejo Gee abandonó su taburete. La arrugada chaqueta se le enganchó en uno de los soportes para los pies y se le desgarró en cuanto dio un paso, pero no prestó atención al forro de seda que quedó suspendido junto a su rodilla como un paracaídas de juguete. Ahora sus ojos se asemejaban aún más a agujeros incandescentes.

—Cogedlo —ordenó el viejo Gee con voz vacilante—. Coged a ese niño.

Bobby había visto ya suficiente. Allí no encontraría ayuda. Huyó atropelladamente hacia la puerta y la abrió de un tirón. Tuvo la sensación de que a sus espaldas la gente empezaba a moverse, pero muy despacio. Demasiado despacio.

Bobby Garfield se escabulló en la oscuridad de la noche.



Corrió a lo largo de dos manzanas hasta que una punzada en el costado lo obligó primero a aflojar el paso y finalmente a detenerse. Nadie lo seguía, lo cual fue un alivio, pero si Ted entraba en el Corner Pocket a recoger su dinero, estaría perdido, acabado, *kaput*. No sólo debía guardarse de los hampones, sino también del viejo Gee y todos los demás, y Ted no lo sabía. La cuestión era qué podía hacer Bobby para avisarlo.

Miró alrededor y no vio escaparates de tiendas; había llegado a una zona de almacenes. Se alzaban como rostros gigantes de los cuales se habían borrado casi todas las facciones. Olía a pescado y serrín, y también flotaba en el aire un indistinto hedor a descomposición como de carne pasada.

Nada podía hacer para ayudar a Ted. Era sólo un niño, y aquello se escapaba de sus manos. Bobby era consciente de ello, pero también sabía que no podía dejar entrar a Ted en el Corner Pocket sin intentar por lo menos prevenirlo. No había en ese propósito el menor asomo de heroísmo a lo hermanos Hardy; sencillamente no podía marcharse sin hacer el esfuerzo. Y era su madre quien lo había abocado a aquella situación. Su propia madre.

—Te odio, mamá —susurró. Aún tenía frío, pero el sudor bañaba todo su cuerpo; notaba húmedo cada centímetro de su piel—. Me trae sin cuidado lo que te hicieron Don Biderman y esos otros tipos; eres una mala zorra y te odio.

Bobby se dio media vuelta y desanduvo el camino, amparándose en las sombras. Un par de veces oyó acercarse gente y se acurrucó contra la puerta más próxima, convertido en un bulto insignificante. Pasar por un bulto insignificante no le resultó difícil. En toda su vida se había sentido más insignificante.



Esta vez entró en el callejón. A un lado había cubos de basura y al otro cajas de cartón llenas de envases retornables que olían a cerveza. Aquella columna de cartón se alzaba dos palmos por encima de Bobby, y cuando se ocultó detrás, era imposible verlo desde la calle. Durante la espera, algo caliente y peludo le rozó el tobillo, y un grito escapó de su garganta. Logró ahogarlo en parte, miró al suelo y vio un gato roñoso que a su vez lo miraba a él con unos ojos verdes y brillantes como faros.

—¡Zape! —masculló Bobby, y le asestó un puntapié.

El gato le enseñó unos dientes afilados como agujas, bufó y se alejó lentamente por el callejón con la cola en alto en muestra de desdén, sorteando montones de basura y cristales rotos. A través del muro de ladrillo junto al que se hallaba, Bobby oía las vibraciones rítmicas y apagadas de la gramola del Corner Pocket. Mickey y Sylvia cantaban *Love is Strange*. El amor es extraño. Sin duda era extraño. Un grano en el culo enorme y extraño.

Desde su escondrijo, Bobby no veía el reloj de la funeraria y no tenía la menor idea de si había transcurrido mucho o poco tiempo. Más allá del hedor a basura y cerveza del callejón, se desarrollaba una ópera callejera de verano. La gente vociferaba, a veces entre risas, a veces con ira, a veces en inglés, a veces en una docena de idiomas distintos. Se oyó una serie de detonaciones, y Bobby se puso tenso —en un primer instante pensó que se trataba de disparos—, pero no tardó en darse cuenta de que eran petardos, probablemente triquitraques, y volvió a relajarse un poco. En cierto momento pareció desencadenarse una pelea, con gente alrededor dando gritos de aliento a los contendientes. Más tarde pasó una mujer, al parecer triste y borracha, que cantaba *Where the Boys Are* con una bella voz aguardentosa. Al cabo de un rato se oyeron sirenas de policía aproximarse y volver a desvanecerse a los lejos.

Bobby no llegó a dormirse exactamente, pero entró en un estado de ensoñación. Él y Ted vivían en una granja, quizá en Florida. Dedicaban largas jornadas a las labores del campo, pero Ted trabajaba de firme para un hombre de su edad, sobre todo desde que había dejado el trabajo y recobrado parte de su energía. Bobby iba al colegio con un nombre falso —Ralph Sullivan—, y por las noches se sentaban en el porche a comer los guisos de Ted y beber té helado. Bobby le leía el periódico, y cuando se acostaban, dormían profunda y plácidamente, sin pesadillas que alteraran su sueño. Cuando iban a comprar comida los viernes por la tarde, Bobby buscaba en el tablón de anuncios avisos de animales perdidos y tarjetas del revés notificando alguna venta de particular a particular, pero nunca encontraba nada de esas características. Los hampones habían perdido el rastro a Ted. Ted no era ya el perro de nadie y ningún peligro los amenazaba en su granja. No eran padre e hijo, ni abuelo y nieto, sino simplemente amigos.

Los tipos como nosotros, pensó Bobby en su estado de sopor. Estaba apoyado

contra el muro de ladrillo y la cabeza se le caía casi hasta tocarse el pecho con el mentón. Los tipos como nosotros, ¿por qué no hay un lugar para los tipos como nosotros?

La luz de unos faros inundó el callejón. Hasta ese momento, cada vez que eso ocurría, Bobby se asomaba de inmediato a echar un vistazo desde detrás de las cajas. En esa ocasión estuvo a punto de no hacerlo —deseaba cerrar los ojos y pensar en la granja—, pero se obligó a mirar y vio la aleta corta y amarilla de un taxi, un Checker, que acababa de detenerse frente al Corner Pocket.

La adrenalina empezó a correr por las venas de Bobby, encendiendo en su cabeza luces de alarma que ni siquiera sabía que existieran. Rodeó la pila de cajas, derribando las dos de arriba. Tropezó con un cubo de basura vacío, y éste fue a chocar contra la pared. Casi pisó algo peludo y sibilante: otra vez el gato. Bobby lo apartó de una patada y corrió hacia la calle. Al doblar hacia el Corner Pocket resbaló en algo viscoso y fue a dar con una rodilla en el suelo. Vio el reloj de la funeraria enmarcado por el frío aro azul: 9.45. El taxi estaba parado frente a la puerta del Corner Pocket. Ted Brautigan se hallaba de pie bajo el cartel que rezaba **ENTRE, LOCAL REFRIGERADO**, pagando al taxista. Así encorvado junto a la ventanilla, Ted se parecía más que nunca a Boris Karloff.

En la otra acera, aparcado ante la funeraria, había un enorme Oldsmobile tan rojo como los pantalones de Alanna. Bobby no lo había visto antes allí, de eso estaba seguro. Su forma no era totalmente sólida. Al mirarlo, a uno no sólo empezaban a llorarle los ojos; empezaba a llorarle la *mente*.

¡Ted!, trató de gritar Bobby, pero de su garganta salió únicamente un quebradizo susurro. ¿Por qué no los presiente?, pensó Bobby. ¿Cómo es posible que no se dé cuenta?

Tal vez porque los hampones podían bloquearlo de algún modo. O acaso era la gente congregada dentro del Corner Pocket quien lo bloqueaba. El viejo Gee y todos los demás. Quizá los hampones los habían convertido en esponjas humanas capaces de absorber las señales de alerta que Ted percibía normalmente.

Otros faros iluminaron la calle. Cuando Ted se irguió y el Checker arrancó, el DeSoto violeta dobló la esquina a toda marcha. El taxi se vio obligado a realizar un brusco viraje para esquivarlo. Bajo la luz de las farolas, el DeSoto semejaba un descomunal coágulo de sangre adornado con cromo y cristal. Sus faros se movían y titilaban como luces vistas bajo el agua..., y de pronto parpadearon. No eran faros. Eran ojos.

¡Ted! Tampoco esta vez Bobby consiguió emitir más que un apagado susurro, y se veía incapaz de ponerse en pie. Ya ni siquiera estaba seguro de querer ponerse en pie. Un miedo atroz, tan desorientador como la gripe y tan debilitante como una diarrea aguda, se había adueñado de él. Pasar junto al coágulo de sangre que era el DeSoto

frente al William Penn Grille había sido una experiencia horrenda; sentirse atrapado bajo la mirada de sus faros cada vez más cercanos era mil veces peor. No mil, un millón.

Notó que se había roto el pantalón y le sangraba la rodilla; oyó la voz de Little Richard procedente de una ventana de alguno de los pisos superiores, y veía aún el círculo azul en torno a la esfera del reloj de la funeraria como la imagen residual de una bombilla que, aun después de apagarse, permanecía grabada en la retina. Sin embargo, nada de aquello le parecía real. Narragansett Avenue se le antojó de pronto un mero telón de fondo mal pintado. Detrás se ocultaba una realidad insospechada, y esa realidad era *oscura*.

La rejilla delantera del DeSoto se movía. Estaba gruñendo. «Esos coches no son coches en realidad», había dicho Juan. «Son otra cosa».

Eran otra cosa, sin duda.

—Ted... —Esta vez Bobby logró elevar un poco el volumen..., y Ted lo oyó.

Se volvió hacia Bobby, con los ojos desmesuradamente abiertos, y en ese momento el DeSoto subió a la acera detrás de él y lo enfocó con sus faros cegadores y trémulos, agrandando su sombra como se habían agrandado las sombras de Bobby y las hermanas Sigsby al encenderse la farola en el aparcamiento de Spicer.

Ted giró sobre sus talones hacia el DeSoto, levantando una mano para protegerse los ojos del resplandor. Otras luces barrieron la calle. En esta ocasión se trataba de un Cadillac procedente de la zona de almacenes, un Cadillac verde moco que parecía medir un kilómetro como mínimo, un Cadillac con aletas curvas como sonrisas y costados que se movían como los lóbulos de un pulmón. Saltó el bordillo justo detrás de Bobby, parando a menos de dos palmos de él. Bobby oyó un ligero jadeo. El motor del Cadillac respiraba, descubrió.

Se abrieron las puertas de los tres coches y salieron hombres del interior, o cosas con apariencia humana a primera vista. Bobby contó seis, contó ocho, dejó de contar. Vestían largas chaquetas de color mostaza —la clase de prenda que se conocía como guardapolvo—, y todas ellas tenían en la solapa derecha el ojo escarlata que Bobby recordaba de su sueño. Supuso que esos ojos hacían las veces de placas. Las criaturas que los llevaban eran... ¿qué? ¿Policías? No. ¿Una partida de búsqueda al mando de un sheriff, como en una película? Eso se acercaba más. ¿Una patrulla de vigilancia? Aún más cerca pero no del todo exacto. Eran...

Son reguladores. Como los de la película que S-J y yo vimos en el Empire el año pasado, aquella en la que actuaban John Payne y Karen Steele.

Eso eran, sí, desde luego. Al final, los reguladores de la película resultaban ser un hatajo de maleantes, pero al principio uno creía que eran fantasmas, monstruos o algo así. Bobby pensó que estos otros reguladores sí eran en realidad monstruos.

Uno de ellos agarró a Bobby por debajo del brazo. Bobby gritó. Aquel contacto

era lo más espeluznante que había experimentado en su vida. En comparación, ser lanzado por su madre contra la pared era una pequeñez. El contacto con el hampón era como sentirse agarrado por una bolsa de agua caliente a la que de pronto le hubieran crecido unos dedos..., salvo por el hecho de que los dedos del hampón producían una sensación cambiante. Los notaba en su axila ahora como dedos, ahora como garras. Dedos... garras. Dedos... garras. Ese indescriptible contacto bullía en su carne, subiendo y bajando a la vez. Es la vara de Jack, pensó en su desesperación. La que está afilada por ambos extremos.

Llevaron a Bobby a rastras hacia Ted, que estaba ya rodeado por los otros. Tenía las piernas demasiado débiles para andar y avanzaba a trompicones. ¿Había creído que sería capaz de avisar a Ted? ¿Que huirían los dos juntos por Narragansett Avenue, corriendo y quizá dando brincos como hacía Carol? Resultaba gracioso, ¿no?

Asombrosamente, Ted no parecía asustado. Permanecía inmóvil ante el semicírculo de hampones y su rostro no reflejaba más emoción que inquietud por Bobby. La cosa que mantenía sujeto a Bobby —ahora con una mano, ahora con unos repulsivos y palpitantes dedos de goma, ahora con una garra— lo soltó de pronto. Bobby se tambaleó. Uno de los otros lanzó un agudo ladrido y lo empujó de un manotazo en plena espalda. Bobby salió despedido hacia adelante, y Ted lo cogió.

Sollozando de terror, Bobby apretó la cara contra la camisa de Ted. Olió los reconfortantes aromas de su tabaco y su jabón de afeitar, pero éstos no bastaron para librarlo del hedor que emanaban los hampones —un tufo a carne y basura— y el olor más penetrante, parecido al del whisky quemado, que provenía de los coches.

Bobby miró a Ted.

—Ha sido mi madre —dijo—. Ha sido mi madre quien les ha informado.

—Al margen de lo que tú pienses, no es culpa suya —repuso Ted—. Simplemente me quedé demasiado tiempo.

—Pero ¿han sido unas agradables vacaciones, Ted? —preguntó un hampón. Su voz vibraba con un horripilante zumbido, como si tuviera insectos adheridos a las cuerdas vocales, langostas o acaso grillos. Podía ser el que había hablado con Bobby por teléfono, el que había dicho que Ted era su perro..., pero quizá tenían todos la misma voz. «Si no quieres acabar siendo tú también nuestro perro, quédate al margen», le había advertido el hampón por teléfono, y sin embargo él había ido allí abajo de todos modos, y ahora... huy ahora...

—No han estado mal —contestó Ted.

—Espero que al menos hayas echado algún polvo —comentó otro—, porque difícilmente tendrás otra oportunidad.

Bobby miró alrededor. Los hampones estaban hombro con hombro en torno a ellos dos, rodeándolos, sofocándolos con su olor a sudor y carne agusanada, impidiéndoles ver la calle con sus chaquetas amarillas. Tenían la piel oscura, los ojos

hundidos, los labios rojos (como si hubieran estado comiendo cerezas)..., pero no eran lo que aparentaban. No eran lo que aparentaban ni mucho menos. Para empezar, sus rostros no permanecían dentro del contorno de sus rostros: sus mejillas, sus mentones y su pelo intentaban continuamente expandirse más allá de sus facciones (Bobby era incapaz de interpretar de otro modo lo que veía). Bajo sus pieles oscuras había pieles tan blancas como sus puntiagudos zapatos de baile. Pero sus labios siguen siendo rojos, pensó Bobby; sus labios siempre son rojos. Al igual que sus ojos —no ojos en realidad, sino cavernas— eran siempre negros. Y son tan altos..., notó Bobby. Tan altos y delgados... En sus cerebros no hay pensamientos como los nuestros, ni en sus corazones sentimientos como los nuestros.

En la otra acera se oyó un babeante y denso resoplido. Bobby miró en esa dirección y vio que uno de los neumáticos del Oldsmobile se había transformado en un tentáculo gris negruzco. Se extendió, atrapó un papel de fumar y volvió a contraerse. Al cabo de un momento el tentáculo era de nuevo un neumático, pero el papel de fumar sobresalía de su superficie como algo a medio tragar.

—¿Estás listo para regresar, caballo? —preguntó a Ted uno de los hampones. Se inclinó hacia él, y los pliegues de su chaqueta amarilla crujieron como tela almidonada, el ojo escarlata de la solapa mirando fijamente—. ¿Estás listo para regresar y cumplir con tu deber?

—Regresaré —respondió Ted—, pero el niño se queda aquí.

Unas manos se posaron en Bobby, y algo semejante a una rama viva le acarició la nuca. Al percibir ese roce, un zumbido volvió a traspasarle los oídos, algo que era a la vez una alarma y una enfermedad. Penetraba en su cabeza y bullía dentro de ella como un enjambre de abejas. Intercalado en ese demencial zumbido, oyó primero una campana, tañendo rápidamente, y luego muchas más. Una infinidad de campanas en una espantosa y negra noche de tórridos vientos huracanados. Supuso que aquello era una percepción del lugar de procedencia de los hampones, un mundo extraño a billones de kilómetros de Connecticut y su madre. Los pueblos ardían bajo constelaciones desconocidas, la gente gritaba, y ese contacto en su nuca..., ese siniestro contacto...

Bobby dejó escapar un gemido y volvió a esconder la cabeza contra el pecho de Ted.

—Quiere estar contigo —canturreó una voz indescriptible—. Creo que nos lo llevaremos, Ted. No posee aptitudes innatas como disgregador, aun así... todas las cosas están al servicio del Rey, ya lo sabes.

Los indescriptibles dedos acariciaron de nuevo a Bobby.

—Todas las cosas están al servicio del *Haz* —rectificó Ted con tono cáustico, su tono de maestro.

—No por mucho tiempo —repuso el hampón, y soltó una carcajada.

Al oír aquel sonido, Bobby notó que se le aflojaba el vientre.

—Llémoslo —dijo otra voz. Parecía tener mayor autoridad. Aunque sus voces no se diferenciaban apenas, ésta era la que había hablado por teléfono, Bobby estaba seguro.

—¡No! —exclamó Ted, estrechando a Bobby con fuerza—. ¡Él se queda aquí!

—¿Quién eres tú para dar órdenes? —preguntó el hampón al mando—. ¡Qué orgulloso te has vuelto durante tu breve período de libertad, Ted! ¡Qué altivo! En cualquier caso, pronto estarás otra vez en la habitación donde has pasado tantos años, con los otros, y si yo digo que el niño *viene*, el niño *viene*.

—Si lo lleváis, tendréis que seguir arrancándome a la fuerza lo que necesitáis de mí —advirtió Ted con voz queda pero firme.

Bobby se aferró a él y cerró los ojos. No quería ver a los hampones, no quería verlos nunca más. Lo peor de ellos era que su contacto se parecía en cierto modo al de Ted: abría una ventana. Pero ¿quién desearía mirar por una ventana así? ¿Quién desearía ver a aquellas formas altas y delgadas de labios rojos tal como eran realmente? ¿Quién desearía ver al dueño de aquel ojo escarlata?

—Eres un disgregador, Ted. Fuiste creado con esa misión, naciste destinado a cumplirla. Y si te ordenamos que disgregues, disgregarás, te lo aseguro.

—Podéis obligarme, desde luego; no soy tan estúpido como para creer que puedo resistirme. Pero si lo dejáis aquí, os entregaré lo que poseo voluntariamente. Y poseo mucho más de lo que podrías..., bueno, quizá sí *podrías* imaginarlo.

—Quiero al niño —dijo el hampón al mando, pero de pronto el tono de su voz era pensativo, quizá incluso indeciso—. Lo quiero como adorno, como obsequio para el Rey.

—Dudo mucho que el Rey Carmesí te esté agradecido por un adorno insignificante si entorpece sus planes —adujo Ted—. Hay un pistolero...

—¡Bah, un pistolero!

—No obstante, él y sus amigos han llegado a la frontera del Mundo Final —prosiguió Ted, y ahora era él quien había adoptado un tono pensativo—. Si os doy lo que queréis en lugar de obligaros a arrancármelo, puedo acelerar el curso de los acontecimientos y ahorraros cincuenta años o más. Como tú dices, soy un disgregador, creado con esa misión y destinado a cumplirla. No somos muchos, y nos necesitáis a todos, especialmente a mí, porque soy el mejor.

—Te crees indispensable... y sobrevaloras tu importancia para el Rey.

—¿Ah, sí? Tengo mis dudas. Hasta que los Haces se disgreguen, la Torre Oscura permanecerá en pie..., supongo que no es necesario que te lo recuerde. ¿Vale la pena correr riesgos por un niño?

Bobby no sabía de qué hablaba Ted ni le importaba. Él sólo sabía que su futuro estaba decidiéndose en medio de la calle, frente a una salón de billar de Bridgeport.

Oía crujir las chaquetas de los hampones; los olía; ahora que Ted había vuelto a tocarlo, los percibía con mayor claridad. También notaba de nuevo aquel horrible escozor en el fondo de los ojos. De hecho, armonizaba extrañamente con el zumbido que taladraba su cabeza. Las manchas negras flotaban en su campo visual, y súbitamente creyó comprender su finalidad, para qué servían. En la novela de Clifford Simak, *Un anillo alrededor del sol*, aparecía una peonza que lo llevaba a uno a otros mundos; sólo había que seguir las espirales ascendentes. En realidad, sospechaba Bobby, eran las manchas las que lo transportaban a uno. Las manchas negras. Estaban vivas...

Y eran voraces.

—Que sea el niño quien decida —propuso por fin el jefe de los hampones. La rama viva que tenía por dedo acarició otra vez la nunca de Bobby—. Te quiere mucho, Ted. Eres su *te-ka*, ¿no? Eso, Bobby, significa «amigo predestinado». ¿No es eso lo que ves en este viejo oso de peluche con olor a tabaco? ¿Tu amigo predestinado?

Bobby guardó silencio, limitándose a hundir su cara fría y palpitante en la camisa de Ted. Se arrepentía con toda su alma de haber ido allí —se habría quedado en su casa, escondido debajo de la cama, si hubiera conocido la realidad respecto a los hampones—, pero sí, supuso que Ted era su *te-ka*. Bobby nada sabía de cuestiones como el destino —no era más que un niño—, pero Ted era su amigo. Los tipos como nosotros, pensó Bobby con tristeza. Los tipos como nosotros.

—Y bien, pues, ¿qué opinas ahora que nos ves? —preguntó el hampón—. ¿Te gustaría acompañarnos para estar cerca del bueno de Ted? ¿Para visitarlo algún que otro fin de semana? ¿Hablar de *literatura* con tu querido y viejo *te-ka*? ¿Aprender a comer lo que nosotros comemos y a beber lo que nosotros bebemos? —Los horripilantes dedos acariciaron de nuevo a Bobby. En su cabeza, el zumbido aumentó de intensidad. Las manchas negras, ahora más gruesas, parecían dedos, dedos que hacían señas—. Lo comemos caliente, Bobby —susurró el hampón—. Y también lo bebemos caliente. Caliente... y dulce. Caliente... y dulce.

—Basta ya —dijo Ted.

—¿O preferirías quedarte con tu madre? —prosiguió la voz canturreante, sin prestar atención a Ted—. No lo creo. No un niño con principios como tú. No un niño que ha descubierto los placeres de la amistad y la *literatura*. Seguramente preferirás venir con este viejo y jadeante *ka-mai*, ¿verdad? ¿Verdad? Decídetes, Bobby. Decídetes ya, sabiendo que lo que decidas será para siempre.

Asaltó a Bobby un delirante recuerdo de las cartas rojas desdibujadas bajo los dedos largos y blancos de McQuown: «Primero apresurado, luego pausado, cuando ninguna se mueva, he ahí tu prueba».

No la he superado, pensó. No he superado la prueba.

—Déjeme marchar, señor —dijo Bobby lastimeramente—. No me lleve con usted, por favor.

—¿Aunque eso signifique que tu *te-ka* ha de irse sin tu maravillosa y revitalizante compañía?

En la voz se advertía una sonrisa, pero Bobby percibió claramente el tono de desprecio oculto tras su aparente buen humor, y se estremeció. Con alivio, porque comprendió que probablemente lo dejarían en libertad, con vergüenza porque sabía que eso era una cobarde huida. Era lo que nunca harían los héroes de los libros y películas que más le gustaban. Pero los héroes de los libros y las películas nunca tenían que enfrentarse a algo como los hampones con chaquetas amarillas o el horror de las manchas negras. Y lo que Bobby veía allí, frente al Corner Pocket, no era más que una pequeña muestra de algo mucho peor. ¿Y si veía el resto? ¿Y si las manchas negras lo transportaban a un mundo donde veía a los hombres con chaquetas amarillas tal como eran en realidad? ¿Y si veía las formas que se escondían bajo la apariencia que adoptaban en este mundo?

—Sí —respondió, y se echó a llorar.

—Sí ¿qué?

—Aunque Ted tenga que irse sin mí —dijo Bobby.

—Ah. E incluso si eso significa volver con tu madre.

—Sí.

—Quizá ahora comprendes un poco mejor a la mala zorra de tu madre, ¿no?

—Sí —dijo Bobby por tercera vez, ya casi en un gemido—. Supongo que sí.

—Ya es suficiente —terció Ted—. Déjalo ya.

Pero la voz no había terminado. Todavía no.

—Has aprendido a ser un cobarde, Bobby, ¿verdad?

—¡Sí! —contestó a voz en cuello sin despegar la cara de la camisa de Ted—. ¡Soy un crío, un cagueta, sí, sí, sí! ¡Me da igual! ¡Sólo quiero que me deje irme a casa! —Tomó aire con una larga y trémula inhalación y, gritando, añadió—: ¡Quiero a mi madre! —Era el aullido de un niño pequeño aterrorizado que por fin había visto a la bestia salida del agua, la bestia caída del cielo.

—De acuerdo —respondió el hampón—. Ya que lo expresas en esos términos, y siempre y cuando tu osito de peluche confirme que trabajará por propia voluntad, sin necesidad de encadenarlo a su remo como hasta ahora...

—Lo prometo —dijo Ted, y soltó a Bobby. Bobby permaneció donde estaba, aferrado a él, con la cara contra su pecho, hasta que Ted lo apartó con delicadeza—. Entra al salón de billar, Bobby. Dile a Files que te lleve a casa. Dile que si lo hace, mis amigos lo dejarán en paz.

—Lo siento, Ted. Quería ir contigo. Tenía intención de ir contigo. Pero no puedo. Lo siento mucho.

—No seas demasiado severo contigo mismo —aconsejó Ted, pero su semblante reflejaba pesar, como si supiera que a partir de esa noche Bobby sería incapaz de vivir sin juzgarse con severidad.

Dos de los hampones agarraron a Ted por los brazos. Ted miró al que se hallaba detrás de Bobby, el que le había acariciado la nuca con un horrendo dedo semejante a una rama.

—Eso no es necesario, Cam. Os acompañaré sin oponer resistencia.

—Soltadlo —ordenó Cam. Los hampones que sujetaban a Ted obedecieron. Luego Cam tocó la nuca de Bobby con el dedo por última vez. Bobby ahogó un gemido, pensando: Si vuelve a tocarme, me volveré loco, no podré evitarlo. Empezaré a gritar y no podré parar. Seguiré gritando aunque me estalle la cabeza—. Entra ahí, chico. Entra antes de que cambie de idea y te lleve con nosotros de todos modos.

Bobby se dirigió con paso vacilante hacia el Corner Pocket. La puerta estaba abierta pero no había nadie en ella. Subió el peldaño de la entrada y se volvió. Tres hampones rodeaban a Ted, pero él caminaba por propia voluntad hacia el DeSoto parecido a un coágulo de sangre.

—¡Ted!

Ted se volvió, sonrió e hizo ademán de despedirse con la mano. De pronto Cam se abalanzó hacia él, lo agarró y lo metió en el coche a empujones. Cuando Cam cerró la puerta trasera del DeSoto, Bobby vio por un breve instante a un ser extraordinariamente alto, extraordinariamente flaco, envuelto en una larga chaqueta amarilla, una criatura de piel tan blanca como la nieve virgen y labios tan rojos como la sangre fresca. Hundidas en las cuencas de los ojos, sus pupilas se dilataban y contraían tal como ocurría a veces con las de Ted y en ellas danzaban furiosamente puntos de luz y manchas de oscuridad. Separó los labios rojos, revelando unos dientes afilados como agujas que no tenían nada que envidiar a los del gato del callejón. Una lengua negra asomó entre esos dientes e hizo un obsceno gesto de despedida. A continuación la criatura con la chaqueta amarilla rodeó rápidamente el DeSoto violeta, rechinándole las piernas, subiendo y bajando a toda velocidad las descarnadas rodillas, y se sentó de un salto al volante. El Oldsmobile arrancó al otro lado de la calle, y su motor resonó como el rugido de un dragón que acabara de despertar. Quizá *era* un dragón. El Cadillac cruzado sobre la acera hizo lo mismo. Sus faros vivos inundaron de un palpitante resplandor esa parte de Narragansett Avenue. El DeSoto cambió de sentido con un brusco giro, rozando el suelo con el protector del guardabarros y dejando tras de sí una breve estela de chispas, y por un momento Bobby vio el rostro de Ted a través de la ventanilla trasera. Bobby levantó una mano y se despidió. Le pareció que Ted le devolvía el saludo, pero no habría podido decirlo con seguridad. Un ruido de cascos de caballo volvió a sonar en su cabeza.

Nunca más vio a Ted Brautigan.



—Largo de aquí, chico —dijo Len Files.

Estaba blanco como el papel, y su cara parecía colgar del cráneo del mismo modo que la molla colgaba de los brazos de su hermana. A sus espaldas, las luces de las máquinas del millón destellaban y parpadeaban sin que nadie les prestara atención; los jóvenes vacilones que acudían todas las noches a jugar al millón en el Corner Pocket se arracimaban detrás de Len Files como niños. A la derecha de Len se hallaban los jugadores de billar, muchos de ellos blandiendo los tacos como si fueran porras. El viejo Gee estaba a un lado, junto a la máquina de tabaco. Él no blandía un taco de billar; en su vieja mano sostenía una pequeña pistola automática. Bobby no se asustó al verla. Después de haber conocido a Cam y sus amigos con chaquetas amarillas, creía que nada podría asustarlo. En ese momento era inmune al miedo.

—Coge la puerta y lárgate, chico. Ahora mismo.

—Más vale que te vayas, niño —aconsejó Alanna, que estaba detrás del mostrador—. Bobby la miró y pensó: Si fuera mayor, estoy seguro de que te regalaría algo; estoy seguro. Ella vio su mirada —el significado de su mirada— y desvió la vista, sonrojada, temerosa y confusa.

Bobby miró de nuevo a su hermano.

—¿Quiere que esos tipos vuelvan por aquí?

La cara colgante de Len se alargó aún más.

—¿Estás de broma? ¡Por Dios!

—Muy bien, pues —dijo Bobby—. Haga lo que voy a pedirle y me marcharé. No volverá a verme nunca. —Guardó silencio por un instante—. Ni a mí ni a ellos.

—¿Qué es lo que quieres, chico? —preguntó el viejo Gee con su voz temblorosa.

Bobby conseguiría cualquier cosa que pidiese; lo leía en la mente del viejo Gee como si fuera un enorme letrero luminoso. Esa mente pensaba ahora con igual claridad que cuando pertenecía al joven Gee, era tan fría, calculadora y desagradable como lo fue en su juventud, pero parecía inocente en comparación con Cam y sus reguladores. Inocente como un helado.

—Dos cosas —respondió Bobby—. La primera, que me lleven a casa.

Luego, dirigiéndose al viejo Gee en lugar de a Len, dijo la segunda.



Len tenía un Buick: grande, largo y nuevo. Vulgar pero no ordinario. Simplemente un

coche. En la radio sonaba música de baile de los años cuarenta. Len habló sólo una vez durante el viaje a Harwich.

—No se te ocurra poner una emisora de rock and roll. Ya oigo bastante esa mierda en el trabajo.

Pasaron ante el Asher Empire, y Bobby vio la silueta de Brigitte Bardot recortada en cartón, a tamaño natural, junto a la taquilla. La miró sin demasiado interés. En ese momento se sentía demasiado mayor para B. B.

Abandonaron Asher Avenue; el Buick se deslizó Broad Street abajo como un susurro pronunciado con la mano ahuecada en torno a la boca. Bobby señaló el edificio donde vivía. Todas las luces del apartamento estaban encendidas. Bobby consultó el reloj del salpicadero y vio que eran casi las once de la noche.

Cuando el Buick se detuvo junto a la acera, Len Files volvió a salir de su mutismo.

—¿Quiénes eran ésos, chico? ¿Quiénes eran esos granujas?

Bobby estuvo a punto de sonreír, acordándose de que al final de casi todos los episodios de *El Llanero Solitario*, alguien preguntaba: «¿Quién era ese enmascarado?».

—Hampones —respondió a Len—. Hampones con chaquetas amarillas.

—No me gustaría estar en la piel de tu amigo en estos momentos.

—No —convino Bobby. Un escalofrío recorrió su cuerpo como una ráfaga de viento—. A mí tampoco. Gracias por traerme.

—No hay de qué. Y a partir de ahora no vuelvas a acercarte a mis mesas de billar y mis máquinas. Te prohíbo la entrada de por vida.

El Buick —enorme, casi un barco, pero no ordinario— se puso en marcha. Entró parcialmente en un camino de acceso del otro lado de la calle y echó marcha atrás para enfilar el sentido contrario. Bobby lo observó alejarse calle arriba, pasando ante la casa de Carol. Cuando el coche dobló la esquina, Bobby alzó la vista y contempló las estrellas, miles de millones, un puente de luz. Estrellas y más estrellas, arremolinadas en la negrura.

Hay una Torre, pensó. Lo mantiene todo unido. Hay Haces que de algún modo la protegen. Hay un Rey Carmesí, y disgregadores a su servicio con la misión de destruir los Haces..., no porque los disgregadores así lo deseen, sino porque *él* desea que los destruyan. El Rey Carmesí.

¿Estaría ya Ted con los otros disgregadores?, se preguntó Bobby. ¿Ya de regreso, empuñando su remo?

Lo siento, pensó, encaminándose hacia el porche. A su memoria acudió la imagen de Ted allí sentado, mientras él le leía el periódico. Un par de tipos, simplemente. Quería ir contigo pero no pude. Al final, no pude.

Se detuvo ante los peldaños del porche y prestó atención esperando oír los

ladridos de *Bowser* al otro lado de la manzana, en Colony Street. No oyó nada. *Bowser* dormía. Era un milagro. Con un asomo de sonrisa en los labios, Bobby siguió adelante. Su madre debió de oír el crujido del segundo peldaño del porche —un sonoro crujido—, porque empezó a llamar a Bobby y corrió hacia la puerta. Bobby estaba ya en el porche cuando ella salió, vestida aún con la misma ropa que llevaba al regresar de Providence. El pelo le caía en torno a la cara en enmarañados mechones.

—¡Bobby! —exclamó—. ¡Bobby, oh Bobby! ¡Gracias a Dios! ¡Gracias a Dios!

Lo levantó en el aire y comenzó a girar con él en brazos en una especie de danza. Bobby notó en la cara el contacto húmedo de sus lágrimas.

—No quería aceptar su dinero —balbuceó—. Han vuelto a telefonear y me han preguntado la dirección para enviarme un cheque, y les he dicho que no se molestaran, que había cometido un error, dejándome llevar por los nervios y el resentimiento. Les he dicho que no, Bobby, les he dicho que no, les he dicho que no quería su dinero.

Bobby vio que mentía. Alguien había pasado un sobre a nombre de ella por debajo de la puerta del vestíbulo. No un cheque, sino trescientos dólares en efectivo. Trescientos dólares de recompensa por la entrega de su mejor disgregador; trescientos miserables dólares. Los hampones eran aún más tacaños que ella.

—He dicho que no lo quería, ¿me oyes?

Su madre entró en el apartamento con Bobby a cuestas. Con sus casi cuarenta y cinco kilos, pesaba ya demasiado para ella; aun así lo llevó en brazos, con la misma facilidad con que él había acarreado a Carol. Mientras su madre seguía farfullando, Bobby vio que no había avisado a la policía, sintiendo cierto alivio ante la idea de ahorrarse al menos las explicaciones a los agentes. Su madre se había limitado básicamente a esperar allí sentada, tirándose de los pliegues de la falda arrugada y rogando con balbuceos incoherentes por que Bobby regresara a casa. Lo quería. Ese sentimiento revoloteaba en la mente de su madre como un pájaro atrapado en un granero. Lo quería. No era un gran consuelo... pero sí un pequeño consuelo. Aunque fuese una trampa, era un pequeño consuelo.

—He dicho que no lo quería, que no lo necesitábamos, que podían guardarse su dinero. He dicho... se lo he dicho...

—Eso está bien, mamá. Muy bien. Pero bájame.

—¿Dónde has estado? ¿Te encuentras bien? ¿Tienes hambre?

Bobby contestó a sus preguntas en orden inverso.

—Sí, tengo hambre, pero me encuentro perfectamente. He ido a Bridgeport. He traído esto.

Se metió la mano en el bolsillo del pantalón y sacó lo que quedaba del fondo para la bici. Sus billetes de un dólar y sus monedas aparecieron mezclados con un revuelto puñado de billetes de diez, veinte y cincuenta. Su madre contempló asombrada el

dinero mientras caía en la mesa contigua al sofá, abriendo de tal modo el ojo relativamente ileso que Bobby temió que fuera a salirse de la órbita. Su otro ojo permanecía comprimido bajo la masa de carne negra azulada. Liz Garfield parecía un viejo y maltrecho pirata deleitándose con la visión de un tesoro recién desenterrado, una imagen que Bobby habría preferido no ver... y que nunca olvidó por completo durante los quince años que transcurrieron desde esa noche hasta la noche de la muerte de su madre. Sin embargo, una parte de él nueva y no especialmente agradable *disfrutó* contemplando la expresión de su madre, una expresión que la hacía vieja, fea y cómica, una persona tan estúpida como avariciosa. Ésta es mi madre, pensó en una voz a lo Jimmy Durante. Ésta es mi madre. Los dos lo hemos entregado a sus perseguidores, pero yo he cobrado mejor el servicio, mamá, ¿no? ¡Sí! ¡Claro que sí!

—Bobby —musitó ella con voz trémula. Tenía el aspecto de un pirata y hablaba como el concursante ganador de *El precio justo*—. ¡Cuánto dinero, Bobby! ¿De dónde ha salido?

—De la apuesta de Ted —respondió Bobby—. Ése es el pago.

—Pero Ted... ¿es que él no...?

—Ya no lo necesita.

Liz hizo una mueca de dolor, como si de pronto hubiera sentido una punzada en una de sus magulladuras. De inmediato empezó a recoger el dinero de la mesa, agrupando a la vez los billetes según su valor.

—Voy a comprarte esa bicicleta —dijo. Movía los dedos con la agilidad de un experto trilero. «Con ese baraje nadie me gana», pensó Bobby, recordando las palabras de McQuown. «Nadie me ha ganado *nunca* con ese baraje».— Será lo primero que haga mañana, en cuanto abran Western Auto. Luego iremos...

—No quiero una bicicleta —repuso Bobby—. No comprada con ese dinero. Y no viniendo de ti.

Su madre se quedó inmóvil con el dinero en las manos, y Bobby notó aflorar su ira en el acto, algo rojo y eléctrico.

—No me lo agradeces, ¿verdad? Tonta de mí por esperarlo. ¡Maldita sea, eres igual que tu padre!

Ella volvió a echar atrás la mano abierta en ademán de pegarle. La diferencia fue que esta vez Bobby lo vio venir. Nunca volvería a cogerlo desprevenido.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Bobby—. Has dicho tantas mentiras sobre él que ya no recuerdas cómo era en realidad.

Y eso era cierto. Bobby había mirado en el interior de su madre y no quedaba allí prácticamente nada de Randall Garfield, sólo una caja con su nombre y una imagen desdibujada que podría haber sido casi cualquiera. Era la caja donde ella guardaba las cosas que le causaban dolor. No recordaba lo mucho que a él le gustaba la canción de

Jo Stafford; no recordaba (si es que alguna vez lo había sabido) que Randy Garfield era un verdadero encanto que le daba a uno hasta la camisa que llevaba puesta. No había lugar para esa clase de recuerdos en aquella caja. Bobby pensó que debía de ser horrible necesitar una caja así.

—Nunca invitaba a beber a un borracho —dijo—, ¿lo sabías?

—¿De qué me hablas?

—No conseguirás que odie a mi padre... ni conseguirás convertirme en una réplica de él. —Bobby cerró la mano derecha y alzó el puño a la altura de su cabeza—. No seré su fantasma. Créete tantas mentiras como quieras sobre las facturas que dejó sin pagar y la póliza vencida y la quinta para la escalera que siempre esperaba, pero a mí no me las cuentas. Ya no.

—No me levantes la mano, Bobby. Nunca me levantes la mano.

En respuesta, Bobby alzó también el otro puño.

—Vamos. ¿Quieres pegarme? Te devolveré el golpe. Puedes aguantar unos cuantos más. Sólo que esta vez te los habrás merecido. Vamos.

Su madre se amilanó. Bobby notó disiparse su cólera tan deprisa como había brotado, dejando en su lugar una horrenda negrura. En esa negrura, vio Bobby, había miedo. Miedo de su hijo, miedo de que le hiciera daño. No esa noche, no, no con aquellos puños pequeños y mugrientos de niño. Pero los niños crecían.

¿Y acaso era él tanto mejor que ella como para sentirse autorizado a mirarla con desprecio y darle lecciones de moral? ¿Era en realidad mejor que ella? En su mente oyó la voz indescriptible y canturreante que le había preguntado si deseaba volver a casa aunque Ted tuviera que marcharse sin él. «Sí», había contestado Bobby. Y luego Cam le había preguntado si ahora comprendía un poco mejor a su madre, y Bobby había dicho que sí otra vez.

Y cuando ella reconoció la pisada de su hijo en el porche, en un primer momento no había en su mente más que amor y alivio. Esos sentimientos habían sido sinceros.

Bobby relajó los puños. Tendió una mano y cogió la de ella, que mantenía en alto para golpear, pero ya sin mucha convicción. Al principio su madre se resistió, pero finalmente Bobby logró aplacar la tensión de su mano. Se la besó. Contempló su rostro magullado y volvió a besarle la mano. La conocía muy bien, mejor de lo que habría querido. Deseó que la ventana de su mente se cerrase, deseó la impenetrabilidad que hacía del amor no sólo algo posible sino también necesario. Cuanto menos se conocía a otro persona, más fácil era creerla.

—Lo único que no quiero es una bicicleta —dijo—. ¿Entiendes? Sólo eso.

—¿Y qué quieres? —preguntó ella con voz vacilante y lúgubre—. ¿Qué quieres de mí, Bobby?

—Crepes —contestó Bobby—. Muchos crepes. —Intentó sonreír—. Estoy muuuerto de hambre.

Su madre preparó crepes para los dos, y desayunaron a medianoche sentados a la mesa de la cocina, cara a cara. Al acabar, Bobby insistió en ayudarla con los platos, pese a que era ya casi la una. ¿Por qué no?, preguntó. Al día siguiente no había colegio y podía levantarse a la hora que quisiese.

Mientras su madre desaguaba el fregadero y Bobby guardaba los cubiertos, en Colony Street Bowser empezó otra vez a ladrar a la oscuridad de un nuevo día. Bobby y su madre cruzaron una mirada, se echaron a reír, y por un momento a él no le importó saber qué había en la mente de ella.



Al principio se tendió en la cama como de costumbre, boca arriba, con las piernas extendidas y los talones apuntando a las esquinas del colchón, pero ya no se sentía cómodo en su antigua postura. Se sentía desprotegido, como si cualquier criatura que deseara matar a un niño pudiera salir de pronto del armario y destriparlo con una sola garra. Se volvió de lado y se preguntó dónde estaría Ted. Desplegó su mente, buscando a tientas algo que pudiera ser Ted, pero no detectó indicio alguno, como tampoco había percibido nada horas antes en Narragansett Avenue. Bobby deseó llorar por Ted, pero no pudo. Todavía no.

Atravesando la oscuridad como un sueño, llegó el sonido del reloj de la plaza: una sola campanada. Bobby echó un vistazo a las manecillas luminosas del despertador y vio que marcaban la una. Buena señal.

—Se han ido —dijo Bobby—. Los hampones se han ido.

No obstante, durmió de costado con las rodillas encogidas contra el pecho. Sus noches de dormir boca arriba con los miembros extendidos habían terminado.

Lobos y leones. Bobby al bate. El agente Raymer. Bobby y Carol. Malos tiempos. Un sobre.

Sully-John regresó del campamento con la piel bronceada, diez mil picaduras de mosquito, y un millón de anécdotas que contar..., sólo que Bobby no oyó muchas de ellas. Aquél fue el verano en que se rompió la vieja y espontánea amistad entre Bobby, Sully y Carol. A veces bajaban juntos a Sterling House, pero en cuanto llegaban allí se separaban para participar cada uno en sus propias actividades. Carol y sus amigas se habían inscrito en trabajos manuales, softball y bádminton; Bobby y Sully en excursiones y béisbol.

Sully, cuya destreza comenzaba ya a madurar, ascendió de categoría, pasando de los Lobos a los Leones. Y cuando todos los niños iban de excursión a la playa o a la montaña, viajando en la parte trasera de la destartada camioneta de Sterling House con sus bañadores y sus almuerzos en bolsas de papel, S-J se sentaba cada vez más a menudo con Ronnie Olmquist y Duke Wendell, con quienes había estado en el campamento. Contaban las anécdotas de siempre sobre las bromas nocturnas — plegarle a alguien la sábana de arriba para que al acostarse se encontrara con que no podía meterse en la cama, enviar a los niños pequeños a cazar inexistentes agachadizas—, y Bobby acabó por aburrirse. Daba la impresión de que S-J hubiera pasado cincuenta años en el campamento.

El Cuatro de Julio los Lobos y los Leones disputaron su partido anual. En la década y media transcurrida desde el final de la Segunda Guerra Mundial, los Lobos no habían ganado ni un solo encuentro, pero en el enfrentamiento de 1960 lograron al menos ser dignos rivales... gracias principalmente a Bobby Garfield. Acertó en sus tres golpes y en una jugada, incluso sin su guante Alvin Dark, atrapó la pelota en el centro del campo con un espectacular salto. (Al ponerse en pie y oír los aplausos, lamentó sólo por un breve instante la ausencia de su madre, que no había acudido a aquella celebración anual en el lago Canton.)

El último golpe de Bobby se produjo coincidiendo con el último turno de bateo de los Lobos. Estaban dos carreras por debajo y tenían un jugador en la segunda base. Bobby envió lejos la pelota a la izquierda del campo, y cuando apretó a correr hacia la primera base, oyó exclamar a S-J desde su posición de catcher tras la meta: «¡Buen golpe, Bob!». Era en efecto un buen golpe, pero Bobby tenía en sus manos la oportunidad de empatar el partido y debería haberse detenido en la segunda base. Sin embargo intentó llegar a la tercera. Los niños menores de trece años rara vez conseguían devolver la pelota al interior del diamante con precisión, pero en esa

ocasión Duke Wendell, el nuevo amigo de Sully, lanzó un auténtico proyectil desde la zona exterior izquierda hacia Ronnie Olmquist, el *otro* nuevo amigo de Sully. Bobby se tiró al suelo para completar la carrera, pero notó el guante de Ronnie en su tobillo una décima de segundo antes de tocar la base.

—¡Eliminado! —declaró a voz en cuello el árbitro, que había corrido hasta allí desde la meta para seguir de cerca la jugada. Fuera del campo, los amigos y familiares de los Leones prorrumpieron en histéricos gritos de entusiasmo.

Bobby se puso en pie y miró furioso al árbitro, un monitor de Sterling House que tenía unos veinte años y llevaba un silbato y una mancha blanca de óxido de cinc en la nariz.

—¡Estaba a salvo!

—Lo siento, Bob —dijo el muchacho, abandonando su papel de árbitro y adoptando de nuevo el de monitor—. Ha sido un buen golpe y un magnífico deslizamiento, pero estabas fuera de la base.

—¡Estaba dentro! ¡Embustero! ¿Por qué haces trampa?

—¡échalo! —exclamó el padre de alguien—. ¡No hay necesidad de aguantar esa clase de impertinencias!

—Ve a sentarte, Bobby —dijo el monitor.

—¡Estaba a salvo! —repitió Bobby a voz en grito—. ¡Estaba a salvo de largo! —Señaló al hombre que había aconsejado expulsarlo del partido—. ¿Te ha pagado ése para que te asegures de que perdemos? ¿Ese gordo de ahí?

—Basta ya, Bobby —dijo el monitor. ¡Qué ridículo estaba con aquella boina alargada de alguna asociación universitaria y con el silbato!—. Estás amonestado.

Ronnie Olmquist se dio la vuelta como si le indignara aquella discusión. Bobby lo odió también a él.

—No eres más que un tramposo —replicó Bobby. Pudo contener las lágrimas pero no evitar que le temblara la voz.

—Eso es lo último que pienso tolerarte —advirtió el monitor—. Ve a sentarte y cálmate. Estás...

—Un tramposo y un *soplapollas*, eso es lo que eres.

Una mujer que se hallaba cerca de la tercera base ahogó una exclamación y miró hacia otra parte.

—Se acabó —dijo el monitor con tono inexpresivo—. Sal del campo. Ahora mismo.

Bobby, arrastrando los pies, se dirigió lentamente hacia la línea de banda entre la tercera base y la meta. A medio camino, se volvió y dijo:

—Por cierto, tienes una cagada de pájaro en la nariz. Imagino que eres tan tonto que ni te has dado cuenta. Mejor será que te la limpies.

A Bobby el comentario le pareció gracioso cuando lo tenía aún en la cabeza pero

estúpido cuando salió de sus labios, y nadie se rió. Sully estaba de pie con las piernas separadas tras la meta, grande como una casa y serio como un juez con su mal conjuntada indumentaria de catcher. La careta protectora, con parches de cinta adhesiva negra por todas partes, pendía de su mano. Parecía avergonzado e iracundo. También parecía un niño que nunca más pertenecería a los Lobos. S-J había ido al campamento Winnie, había gastado bromas a sus compañeros, se había quedado despierto hasta altas horas contando historias de fantasmas junto a una hoguera. Sería un León para siempre, y Bobby lo odió.

—¿Qué te pasa? —preguntó Sully cuando Bobby se retiraba del campo.

En los dos banquillos reinaba el silencio. Todos los niños lo miraban. Todos los padres lo miraban también. Lo miraban como si fuera algo repulsivo. Bobby supuso que probablemente lo era. Sólo que no por las razones que ellos creían.

¿Sabes qué, S-J?, pensó Bobby, tú estuviste en el campamento Winnie, pero yo estuve allí abajo. *En pleno* allí abajo.

—¿Bobby? —insistió Sully.

—No me pasa nada —contestó Bobby con la vista fija en sus zapatillas, sin mirar a S-J ni detenerse.



Liz Garfield no se dedicaba a cultivar amistades («Soy una polilla vulgar y corriente, no una sociable mariposa», decía a veces a Bobby), pero durante sus primeros años en Home Town Real Estate había mantenido buenas relaciones con una mujer llamada Myra Calhoun. (En el idioma de Liz, ella y Myra «hacían buena liga», «marchaban al unísono», «estaban en la misma onda», etcétera, etcétera.) Por aquel entonces, Myra era la secretaria particular de Don Biderman y Liz era el comodín de la oficina, yendo de agente en agente, organizándoles las visitas, preparándoles el café, mecanografiándoles la correspondencia. Myra dejó la agencia de improviso, sin muchas explicaciones, en 1955. Liz la sustituyó en el puesto de secretaria del señor Biderman a principios de 1956.

Liz y Myra permanecieron en contacto, enviándose felicitaciones por Navidad y alguna que otra carta. Myra —que era lo que Liz llamaba «una mujer soltera y sin compromiso»— se trasladó a Massachusetts y abrió allí, por su cuenta, una pequeña agencia inmobiliaria. A finales de junio de 1960, Liz le escribió para preguntarle si estaría dispuesta a aceptarla como socia —de entrada como socia adjunta, naturalmente— en Calhoun Real Estate Solutions. Podía aportar cierto capital; no mucho, pero tres mil quinientos dólares tampoco eran moco de pavo.

Quizá la señorita Calhoun había sufrido el mismo calvario que su madre, o quizá no. Lo importante fue que accedió —incluso mandó un ramo de flores a su madre—,

y Liz se sintió feliz por primera vez desde hacía semanas. Quizá verdaderamente feliz por primera vez desde hacía años. Lo importante fue que se trasladaron de Harwich a Danvers, Massachusetts. Se marcharían en agosto, de modo que Liz dispondría de mucho tiempo para encontrar un nuevo colegio a su Bobby, su ahora callado y a menudo taciturno Bobby.

Lo importante era asimismo que el Bobby de Liz Garfield dejara resuelto un asunto pendiente antes de irse de Harwich.



Por su corta edad y su aún escasa estatura, no podía hacer lo que debía hacer de una manera directa. Tendría que obrar con cautela, y tendría que obrar con astucia. Bobby no veía nada de malo en recurrir a la astucia; ya no le interesaba demasiado actuar como Audie Murphy o Randolph Scott en las películas de las sesiones matinales, y además ciertas personas merecían una emboscada, aunque sólo fuera para descubrir qué se sentía en tales situaciones. El escondite elegido fue la pequeña arboleda adonde lo había llevado Carol el día que se dejó llevar por la sensiblería y se echó a llorar; un sitio idóneo para esperar a Harry Doolin, el viejo Robin Hood, Robin Hood cabalgando a través del bosque.

Harry había encontrado un empleo de mozo a media jornada en el supermercado Total. Bobby lo sabía desde hacía semanas, lo había visto allí al ir de compras con su madre. Bobby lo había visto también volver a casa a pie al terminar su turno a las tres de la tarde. Harry solía ir con uno o varios de sus amigos. Richie O'Meara era su acompañante más habitual; al parecer, Willie Shearman había salido de la vida del viejo Robin Hood de igual manera que Sully había salido de la de Bobby. Pero tanto solo como acompañado, Harry Doolin siempre atravesaba el Commonwealth Park al volver a casa.

Bobby empezó a pasearse por allí todas las tardes. Como era ya pleno verano y apretaba el calor, sólo se jugaba al béisbol durante las primeras horas de la mañana, y a las tres no había nadie en los campos A, B y C. Tarde o temprano Harry, a su regreso del trabajo, pasaría junto a aquellos campos de béisbol desiertos sin Richie ni ninguno de sus alegres secuaces. Entretanto, Bobby esperaba todos los días de tres a cuatro entre los árboles donde había llorado con la cabeza apoyada en el regazo de Carol. A veces se llevaba un libro para leer. Con el que contaba la historia de George y Lennie volvieron a saltársele las lágrimas. «Los tipos como nosotros, que trabajan en ranchos, son los más solitarios del mundo». Ése era el punto de vista de George. «Los tipos como nosotros no tienen nada que esperar del futuro». Lennie pensaba que los dos se establecerían en una granja y criarían conejos; pero mucho antes de llegar al final de la novela Bobby sabía ya que no habría granja ni conejos para George y

Lennie. ¿Por qué? Porque la gente necesitaba una bestia que cazar. Encontraban a un Ralph o un Piggy o a una mole sin cerebro como Lennie y se convertían en hampones. Se ponían sus chaquetas amarillas, afilaban una vara por ambos extremos y salían de caza.

Pero los tipos como nosotros a veces nos resarcimos un poco, pensó Bobby mientras aguardaba el día en que Harry apareciese solo. A veces lo conseguimos.

El 6 de agosto resultó ser el día. Harry cruzaba el parque tranquilamente hacia la esquina de Broad y Commonwealth todavía con su delantal rojo del supermercado Total —¡qué jodido imbécil!— y cantaba *Mack the Knife* con una voz que habría podido fundir tornillos. Procurando no mover las ramas de la espesa arboleda, Bobby se situó a sus espaldas y se aproximó con sigilo por el camino, sin alzar el bate de béisbol hasta que estuvo suficientemente cerca para asegurar el golpe. Cuando levantaba el bate, recordó que Ted había dicho: «Tres chicos contra una niña. Debían de creer que eras un león». Pero desde luego Carol no era un león; tampoco él. Sully era allí el único León, y Sully no había estado presente la vez anterior, ni lo estaba ahora. El que se acercaba en silencio a Harry Doolin por la espalda no era siquiera un Lobo. Era sólo una hiena, pero ¿qué más daba? ¿Acaso Harry Doolin merecía algo mejor?

No, pensó Bobby, y dejó ir el bate. Conectó con la misma satisfactoria contundencia que había notado en el lago Canton en su tercer y mejor golpe, el que había enviado la pelota a la izquierda del campo. Conectar con los riñones de Harry Doolin le produjo aún mayor placer.

Harry lanzó un alarido de dolor y sorpresa y cayó de bruces al suelo. Cuando se volvió boca arriba, Bobby se apresuró a golpearle con el bate en la pierna, acertando a darle justo por debajo de la rodilla izquierda.

—¡Aaaay! —gritó Harry. Oír gritar a Harry Doolin fue una experiencia muy satisfactoria, rayana en la felicidad absoluta, de hecho—. ¡Aaaay, eso duele! ¡Eso dueeele!

No puedo dejar que se levante, pensó Bobby, eligiendo con calculadora frialdad su siguiente blanco. Es el doble de grande que yo. Si fallo una vez y se levanta, me hará pedazos. Me matará.

Harry intentaba retroceder, hincando las zapatillas en la grava del camino, trazando un surco con el trasero, ayudándose con los codos. Bobby levantó el bate y lo golpeó en el abdomen. A Harry se le cortó la respiración y perdió el apoyo de los codos, quedando tendido de espaldas cuan largo era. En sus ojos se advertía una mirada aturdida y el brillo de las lágrimas bajo el sol. Sus granos se destacaban sobre la piel, grandes puntos rojos y violáceos. Su boca —apretada y remisa el día que Rionda Hewson acudió a rescatarlos— era en ese momento una abertura enorme y temblorosa.

—¡Aaaay! ¡Para, me rindo, me rindo!

No me ha reconocido, advirtió Bobby. El sol le da en los ojos y ni siquiera sabe quién soy.

Eso no era lo que Bobby quería. «¡No es satisfactorio, chicos!», decían los monitores del campamento Winnie cuando no quedaban contentos tras una inspección de cabañas. Se lo había contado Sully, aunque a Bobby le traía sin cuidado. ¿A quién le importaban un carajo las inspecciones de cabañas?

Pero a Bobby sí le importaba aquello otro, y mucho, así que se inclinó, acercándose al desesperado rostro de Harry.

—¿Te acuerdas de mí, Robin Hood? —preguntó—. Te acuerdas de mí, ¿verdad? Soy el niño Maltex.

Harry dejó de gritar. Miró a Bobby fijamente y por fin lo reconoció.

—Te... cogeré... —consiguió decir.

—Tú no cogerás una mierda —replicó Bobby, y cuando Harry trató de agarrarle el tobillo, le asestó un puntapié en las costillas.

—¡Aaaaay! —aulló Harry Doolin, volviendo de inmediato a su anterior papel de víctima.

¡Qué marica!, pensó Bobby. Eso probablemente me ha dolido más a mí que a ti. Es de tontos dar patadas cuando uno lleva unas simples zapatillas.

Harry se volvió de lado, y cuando intentaba levantarse, Bobby lanzó un golpe de home-run, acertando de pleno en las nalgas de Harry. El contacto produjo un sonido comparable al de un atizador contra una pesada alfombra, un sonido *magnífico*. Sólo habría podido mejorar aquel momento tener tendido en el camino del parque también al señor Biderman. Bobby sabía dónde le habría golpeado exactamente.

Más vale poco que nada, pensó. O eso decía siempre su madre.

—Ése ha sido por la niña Gerber —dijo Bobby.

Harry yacía otra vez en el suelo, sollozando. Dos chorros de mocos verdes y viscosos le caían de la nariz. Con una mano se frotaba el culo en un débil intento por recuperar la sensibilidad.

Bobby volvió a sujetar firmemente la empuñadura del bate, recubierta de cinta adhesiva. Deseaba levantarlo y dejarlo caer una última vez, y no en la espinilla de Harry ni en la espalda de Harry sino en la cabeza de Harry. Deseaba oír el crujido de su cráneo al partirse, ¿y acaso no sería mejor el mundo sin él, sin aquel irlandés de mierda, aquel miserable...?

Cálmate, Bobby, dijo la voz de Ted. Ya es suficiente, así que cálmate. Contrólate.

—Tócala otra vez y te mataré —advirtió Bobby, agachándose junto a Harry—. Tócame a *mí* otra vez y te quemaré la casa. Imbécil de mierda.

A continuación se irguió, echó un vistazo alrededor y se marchó. Cuando se cruzó con las gemelas en Broad Street, iba silbando.



En los años siguientes, Liz Garfield llegó casi a acostumbrarse a ver policías ante su puerta. El primero en aparecer fue el agente Raymer, el grueso policía del barrio que a veces compraba cacahuètes a los niños en el puesto del parque. Cuando llamó al timbre del apartamento del 149 de Broad Street la tarde del 6 de agosto, el agente Raymer no parecía muy contento. Lo acompañaban Harry Doolin —que no podría sentarse en un asiento sin cojines durante una semana como mínimo— y su madre, Mary Doolin. Harry ascendió por los peldaños del porche con las manos en los riñones, como un anciano.

Cuando Liz abrió la puerta, Bobby estaba a su lado. Mary Doolin lo señaló con el dedo y exclamó:

—¡Es ése! ¡Ése es el chico que le ha pegado a mi Harry! ¡Deténgalo! ¡Cumpla con su deber!

—¿A qué viene esto, George? —preguntó Liz.

El agente Raymer guardó silencio por un momento, mirando primero a Bobby (un metro sesenta y dos de estatura, cuarenta y cuatro kilos de peso) y luego a Harry (un metro ochenta y cinco de estatura, ochenta kilos de peso). Sus ojos grandes y acuosos delataban incredulidad.

Harry Doolin era tonto, pero no hasta el punto de no saber interpretar el significado de aquella mirada.

—Me ha tendido una trampa —afirmó—. Me ha atacado por la espalda.

Raymer se inclinó hacia Bobby, apoyando sus agrietadas manos de rojos nudillos en las lustrosas rodillas del pantalón del uniforme.

—Según dice Harry Doolin, le has dado una paliza en el parque cuando volvía a casa del trabajo. —Raymer pronunció la palabra «trabajo» sin la «t»: «rabajo». Bobby nunca olvidaría ese detalle—. Sostiene que estabas escondido y que te has abalanzado sobre él con un bate de béisbol antes de que pudiera volverse. ¿Qué dices, chico? ¿Es verdad?

Bobby, que no tenía un pelo de tonto, había ya contemplado la posibilidad de aquella escena. Habría deseado poder decir a Harry en el parque que lo uno por lo otro y lo hecho hecho estaba, que si Harry contaba a alguien que Bobby le había pegado, Bobby hablaría también, contaría que Harry y sus amigos habían maltratado a Carol, lo cual se consideraría mucho peor. El problema era que los amigos de Harry lo negarían; sería la palabra de Carol contra la de Harry, Richie y Willie. Por eso Bobby se había marchado sin añadir esa advertencia, confiando en que la humillación —verse apaleado por un niño mucho más pequeño que él— impediría hablar a Harry. No había sido así, y Bobby supo por qué al observar el estrecho rostro de la señora Doolin, sus labios apretados y sin carmín, su mirada furiosa. Su madre se lo había

son sacado. Había acosado a Harry hasta obligarlo a hablar.

—Yo no le he tocado —respondió Bobby, sosteniendo con firmeza la mirada de Raymer.

Mary Doolin, atónita, ahogó una exclamación. Incluso Harry, para quien la mentira debía ya de ser una forma de vida a la edad de dieciséis años, pareció sorprendido.

—¡Qué desfachatez! —dijo la señora Doolin—. Déjeme hablar a mí con él, agente, y verá si le saco o no la verdad.

La mujer dio un paso al frente. Raymer la hizo retroceder con una mano sin apartar la mirada de Bobby.

—Vamos, chico, ¿por qué un cabeza de alcornoque del tamaño de Harry Doolin iba a decir una cosa así de un renacuajo como tú si no fuera verdad?

—¡No llame «cabeza de alcornoque» a mi hijo! —protestó la señora Doolin—. ¿No ha tenido ya bastante con la paliza de muerte que le ha dado ese cobarde? ¿Por qué...?

—Cállese —la interrumpió la madre de Bobby. Era la primera vez que hablaba después de preguntarle al agente Raymer a qué se debía la visita, y su voz no revelaba la menor inquietud—. Déjele contestar.

—Todavía me la tiene guardada desde el invierno pasado, por eso —explicó Bobby a Raymer—. Él y otros chicos del San Gabriel me persiguieron por la calle. Harry resbaló en el hielo, se cayó y quedó empapado. Dijo que se la pagaría, y supongo que ésta es su venganza.

—¡Embustero! —prorrumpió Harry—. No fui yo quien te persiguió; fue Billy Donahue. Eso...

Se interrumpió y miró alrededor. Había metido la pata, y la expresión que asomó a su rostro denotaba que acababa de caer en la cuenta.

—No he sido yo —insistió Bobby. Hablaba con serenidad, mirando a Raymer a los ojos—. Si intentase pegarle a un chico de ese tamaño, me mataría.

—¡Los mentirosos van al infierno! —clamó Mary Doolin.

—¿Dónde estabas a eso de las tres y media de esta tarde, Bobby? —preguntó Raymer—. ¿Puedes responder a eso?

—Aquí —dijo Bobby.

—¿Señora Garfield?

—Sí, por supuesto —contestó ella con total tranquilidad—. Ha estado aquí conmigo toda la tarde. He fregado el suelo de la cocina y Bobby ha limpiado los zócalos. Estamos preparándonos para mudarnos, y quiero que el apartamento quede bien cuando nos vayamos. Bobby ha protestado un poco, cosa propia de niños, pero ha hecho su tarea. Y después hemos tomado té con hielo.

—¡Embustera! —exclamó la señora Doolin. Harry no salía de su asombro—.

¡Eso es una mentira descarada!

Volvió a abalanzarse hacia adelante, extendiendo las manos en dirección al cuello de Liz Garfield. De nuevo el agente Raymer la obligó a retroceder sin mirarla. Esta vez con mayor brusquedad.

—¿Me da usted su palabra de que el niño estaba aquí esta tarde? —preguntó el agente Raymer a Liz.

—Se lo juro.

—Bobby, ¿no le has puesto la mano encima a este chico? ¿Me lo juras?

—Lo juro.

—¿Lo juras por Dios?

—Lo juro por Dios.

—Me las pagarás, Garfield —amenazó Harry—. Voy a arreglarte esa...

Raymer se dio media vuelta tan repentinamente que Harry, de no haberlo sujetado su madre, habría rodado por los peldaños del porche lastimándose en las antiguas magulladuras abriéndose heridas nuevas.

—Cierra el pico, estúpido —ordenó Raymer, y cuando la señora Doolin hizo ademán de intervenir, el agente la señaló con el dedo y añadió—: Cállese usted también, Mary Doolin. Si quiere presentar cargos por agresión, debería quizá empezar por su condenado marido. Encontraríamos muchos más testigos.

La mujer lo miró boquiabierta de ira y vergüenza.

Raymer bajó la mano con que la señalaba como si de pronto hubiera aumentado de peso. Miró alternativamente a Harry y Mary en el porche y a Bobby y Liz en el vestíbulo. Luego se apartó de los cuatro, se quitó la gorra, se rascó la cabeza sudorosa y volvió a ponerse la gorra.

—Algo huele a podrido en Dinamarca —dijo por fin—. Hay aquí alguien que miente más que habla.

Harry y Bobby se acusaron mutuamente al unísono, pero el agente George Raymer no tenía interés en escuchar a ninguno de los dos.

—¡Silencio! —bramó con tal potencia que dos ancianos que paseaban por la otra acera se volvieron a mirar—. Declaro el caso cerrado. Pero si vuelve a haber problemas entre vosotros dos —señalando a los chicos— o entre *ustedes* —señalando a las madres—, alguien se arrepentirá. A buen entendedor pocas palabras bastan, como suele decirse. Harry, ¿estás dispuesto a estrechar la mano a Bobby y hacer las paces, a comportarte como un hombre...? No, ¿verdad? Ya lo suponía. Este mundo es una desgracia. Vamos, Doolin madre y Doolin hijo, les acompañaré hasta su casa.

Bobby y su madre los observaron bajar por los peldaños del porche, Harry exagerando su cojera hasta el punto de que parecía caminar por la cubierta de un barco sacudido por las olas. Al llegar a la acera, la señora Doolin le golpeó de pronto en el codo con la palma de la mano.

—¡No compliques aún más las cosas, pedazo de idiota! —dijo.

Después de eso Harry se moderó un poco, pero seguía tambaleándose de babor a estribor. Bobby tuvo la impresión de que esa cojera residual era genuina. Sí, probablemente lo era. El último golpe de bate, el que le había dado de pleno en el trasero, había sido magistral.

Ya en el apartamento, hablando con igual tranquilidad que antes, Liz preguntó:

—¿Era ése uno de los chicos que hicieron daño a Carol?

—Sí.

—¿Puedes eludirlo hasta que nos traslademos?

—Creo que sí.

—Bien —dijo su madre, y luego lo besó. Rara vez lo besaba, y cuando lo hacía, era maravilloso.



Menos de una semana antes del traslado —el apartamento había ya empezado a llenarse de cajas de cartón y ofrecer un aspecto de extraña desnudez— Bobby se acercó a Carol Gerber en el parque. Por una vez, iba sola. La había visto a menudo pasear con sus amigas, pero eso no le servía; no quería hablar con ella en presencia de las otras. Aquel día por fin la encontró sola, y sólo cuando ella lo miró por encima del hombro con miedo en los ojos, Bobby comprendió que había estado rehuyéndolo.

—Bobby —dijo—, ¿cómo estás?

—No lo sé —respondió él—. Bien, supongo. Hacía tiempo que no te veía.

—No has venido a buscarme a casa.

—No. No, he... —¿Qué podía decir? ¿Cómo tenía que acabar la frase? Finalmente recurrió a una socorrida excusa—: He estado muy ocupado.

—Ah, ya.

Bobby podría haber soportado su indiferencia. En cambio, le era imposible soportar el miedo que ella intentaba disimular. Miedo de él. Como si fuera un perro capaz de morderla. En una absurda fantasía, Bobby se imaginó a sí mismo a cuatro patas y ladrando.

—Me voy del pueblo.

—Eso me dijo Sully. Pero no sabía adónde te marchas exactamente. Da la impresión de que ya no estáis tan unidos como antes.

—No —confirmó Bobby—. Ya no es como antes. Pero toma, aquí tienes. —Se metió la mano en el bolsillo trasero y sacó una hoja de cuaderno doblada. Carol la miró indecisa, hizo ademán de cogerla, pero retiró la mano—. Es sólo mi nueva dirección. Nos trasladamos a Massachusetts, a un pueblo que se llama Danvers.

Bobby le tendió el papel doblado, pero ella se resistió de nuevo a aceptarlo, y a

Bobby le entraron ganas de llorar. Se acordó de cuando estaban juntos en lo alto de la noria y de lo que se sentía al ver abajo un mundo resplandeciente. Se acordó de una toalla que se desplegaba como unas alas, unos pies con las uñas pintadas, un olor a perfume. «*She's dancing to the drag, the cha-cha rag-a-mop*», cantaba Freddy Cannon en la radio de la habitación contigua, y era Carol, era Carol, era Carol.

—He pensado que quizá querías escribirme —dijo Bobby—. Recién llegado a otro pueblo y todo eso, seguramente sentiré añoranza.

Carol se decidió por fin a coger el papel y, sin mirarlo, se lo guardó en el bolsillo de sus pantalones cortos. Probablemente lo tirará a la basura en cuanto llegue a casa, pensó Bobby, pero no le importó. Al menos, lo había aceptado. Eso le serviría a Bobby de trampolín en los momentos en que necesitara evadirse de la realidad..., cosa que, como había descubierto, podía ocurrirle aunque no hubiera cerca hampones con chaquetas amarillas.

—Dice Sully que has cambiado —comentó Carol.

Bobby no contestó.

—Y no es el único que lo dice —añadió Carol.

Bobby no contestó.

—¿Le diste una paliza a Harry Doolin? —preguntó, y agarró la muñeca de Bobby con una fría mano—. ¿Fuiste tú?

Bobby asintió lentamente con la cabeza.

Carol le echó los brazos alrededor del cuello y lo besó con tal vehemencia que los dientes de ambos se entrechocaron. Sus bocas se separaron con un audible chasquido. Bobby tardaría tres años en besar a otra chica en los labios..., y ninguna lo besaría de aquel modo en su vida.

—¡Bien hecho! —exclamó Carol con fiereza. Fue casi un gruñido—. ¡Bien hecho!

Al instante, arrancó a correr en dirección a Broad Street, sus piernas —morenas por el sol del verano y llenas de costras como resultado de numerosos juegos y numerosas aceras— rápidas como rayos.

—¡Carol! —llamó Bobby—. ¡Carol, espera!

Carol siguió corriendo.

—¡Carol, te quiero!

Carol se detuvo al oír esa declaración... o quizá simplemente porque había llegado a Commonwealth Avenue y debía prestar atención al tráfico. En cualquier caso, paró por un momento, con la cabeza gacha, y volvió la vista atrás. Tenía los ojos muy abiertos y los labios separados.

—¡Carol!

—He de irme a casa; me toca a mí preparar la ensalada —pretextó ella, y se echó a correr de nuevo.

Corriendo, cruzó la calle y salió de la vida de Bobby sin mirar atrás una segunda vez. Quizá fuera mejor así.



Bobby y su madre se trasladaron a Danvers. Bobby se matriculó en la Escuela Primaria de Danvers, hizo algún que otro amigo, y muchos enemigos. Pronto empezaron las peleas y poco después el absentismo escolar. En la sección de COMENTARIOS de su primer boletín de notas, la señora Rivers escribió: «Robert es un chico de una inteligencia extraordinaria. También es extraordinariamente conflictivo. ¿Tendría la amabilidad de venir a verme para hablar de él, señora Garfield?».

La señora Garfield fue, y la señora Garfield colaboró en la medida de lo posible, pero eran muchas las cuestiones sobre las que no podía hablar: Providence, cierto aviso de un animal perdido, y cómo había llegado a sus manos buena parte del dinero que le permitió aportar capital en un nuevo negocio e iniciar una nueva vida. Las dos mujeres coincidieron en que Bobby sufría cada vez más, en que echaba de menos su pueblo y a sus viejos amigos. Tarde o temprano superaría aquella crisis. Era demasiado apto e inteligente para pensar lo contrario.

Liz prosperó en su naciente carrera como agente inmobiliario. Bobby sacó buena nota en literatura (obtuvo un sobresaliente en un trabajo donde comparaba *De ratones y hombres* de Steinbeck con *El señor de las moscas* de Golding) y suspendió las demás asignaturas. Empezó a fumar.

Carol le escribía de vez en cuando: textos breves y vacilantes en los que hablaba del colegio, los amigos y un fin de semana en Nueva York con Rionda. Al pie de una carta recibida en marzo de 1961 (en todas usaba papel de barba con ositos danzando en los márgenes), añadió una lúgubre posdata: «Creo que mis padres van a divorciarse. Mi padre ha solicitado otro “reenganche” en la marina, y mi madre sólo hace que llorar». Sin embargo, por lo general elegía temas más alegres: estaba aprendiendo a manejar el bastón de *majorette*; le habían regalado unos patines de cuchilla por su cumpleaños; seguía gustándole Fabian pese a que sus amigas Yvonne y Tina no compartían su opinión; había ido a una fiesta y había bailado un twist tras otro.

Cada vez que abría una de sus cartas, Bobby pensaba: ésta es la última. No volveré a tener noticias tuyas. Los niños no escriben cartas durante mucho tiempo aunque prometan hacerlo. Hay demasiadas novedades en su vida. El tiempo pasa deprisa. Demasiado deprisa. Me olvidará.

Pero Bobby no tenía intención de darle motivos para ello. Inmediatamente después de leer cada una de sus cartas, se sentaba a escribir la respuesta. Le habló de la casa que su madre había vendido en Brookline por veinticinco mil dólares,

embolsándose una comisión equivalente al salario de seis meses en su anterior empleo. Le habló del sobresaliente en el trabajo de literatura. Le habló de su amigo Morrie, que estaba enseñándole a jugar al ajedrez. No le contó, sin embargo, que a veces salían de expedición en sus bicicletas (Bobby había ahorrado por fin el dinero necesario para comprársela) con el único propósito de romper ventanas, recorriendo a toda velocidad Plymouth Street y lanzando a su paso las piedras que llevaban en sus cestas contra los sórdidos bloques de edificios. Omitió asimismo cierto episodio con el señor Hurtle, el subdirector del colegio de Danvers: Bobby dijo al señor Hurtle que le besara el rosado culo, y el señor Hurtle, en respuesta, le dio una bofetada y lo llamó «niño pesado e insolente». Tampoco le confió que había empezado a cometer pequeños hurtos en las tiendas, ni que había bebido alcohol cuatro o cinco veces (una en compañía de Morrie y las demás solo), ni que a veces se acercaba a las vías del ferrocarril y se preguntaba si tenderse sobre los raíles y dejarse arrollar por el expreso de South Shore sería la manera más rápida de acabar con todo. Simplemente un tufo a gasóleo, una sombra proyectándose sobre el rostro, y luego nada. O quizá no fuera tan rápido.

En todas sus cartas a Carol terminaba del mismo modo:

*Añorada con tristeza por
tu amigo,
Bobby*

Pasaban semanas enteras sin correspondencia —al menos, para él— y un buen día aparecía en el buzón otro sobre con corazones y ositos pegados al dorso, otra cuartilla de papel de barba, y más noticias sobre el patinaje y el bastón de *majorette* y los nuevos zapatos y sus dificultades con los quebrados. Cada carta era como un estertor más de un ser querido cuya muerte parecía inevitable. Un estertor más.

Incluso Sully-John le escribió alguna vez. Sus cartas dejaron de llegar a principios de 1961, pero Bobby se sintió asombrado y conmovido por el mero hecho de que Sully lo intentase. En su letra grande e infantil y sus chirriantes faltas de ortografía, Bobby adivinaba al futuro adolescente de buen corazón que practicaría deportes y se acostaría con las animadoras con igual entusiasmo, un muchacho que se perdería en la espesura de los signos de puntuación con la misma facilidad con que atravesaría las líneas defensivas de los equipos de fútbol rivales. Bobby creyó ver incluso al hombre que Sully sería en las décadas siguientes, el hombre que lo esperaba en el futuro tal como uno esperaría un taxi: un vendedor de coches que con el tiempo se establecería por su cuenta. El Honrado John, se llamaría su negocio, naturalmente; el Honrado John, Concesionario de Chevrolet en Harwich. Una voluminosa tripa le colgaría sobre el cinturón, tendría las paredes del despacho cubiertas de placas conmemorativas, entrenaría a equipos infantiles y para levantarles el ánimo

empezaría sus arengas diciendo «Atentos, chicos», iría a misa y participaría en los desfiles y llegaría a concejal. Sería una buena vida: la granja y los conejos en lugar de la vara afilada por los dos extremos. Sin embargo, también a Sully lo aguardaba la vara; lo aguardaba en la provincia de Dong Ha junto con la vieja *mama-san*, la que nunca desaparecía por completo.



Bobby tenía catorce años cuando el policía lo sorprendió saliendo de la tienda con dos cajas de cervezas (Narragansett) y tres cartones de tabaco (Chesterfield, por supuesto; «de la mezcla de veintiún excelentes tabacos surgen veinte magníficos cigarrillos», como decía la publicidad). Aquél era el policía rubio de *El pueblo de los malditos*.

Bobby explicó al policía que no había forzado la cerradura, que la puerta de atrás estaba abierta, y simplemente había entrado; pero cuando el policía enfocó con su linterna la cerradura, ésta colgaba torcida de la madera vieja, prácticamente arrancada. «¿Y esto qué es?», preguntó el policía, y Bobby se encogió de hombros. Sentado en el coche (el policía permitió a Bobby ocupar el asiento delantero, pero no le dejó encender un pitillo cuando Bobby se lo pidió), el policía comenzó a rellenar un formulario prendido de un sujetapapeles. Preguntó al hosco y delgado muchacho cómo se llamaba. Ralph, dijo Bobby. Ralph Garfield. Pero cuando aparcaron frente a la casa donde entonces vivía con su madre —una casa entera de dos plantas, pues corrían buenos tiempos—, Bobby confesó que había mentido.

—En realidad me llamo Jack —declaró.

—¿Ah, sí? —dijo el policía rubio de *El pueblo de los malditos*.

—Sí —confirmó Bobby, asintiendo con la cabeza—. Jack Merridew Garfield. Ése es mi nombre.



Las cartas de Carol Gerber dejaron de llegar en 1963, casualmente el año en que expulsaron a Bobby del colegio por primera vez y también el año de su primera visita al Correccional de Menores de Massachusetts en Bedford. La causa de dicha visita fue la posesión de cinco cigarrillos de marihuana, que Bobby y sus amigos llamaban «petardos». Bobby fue condenado a noventa días, que se redujeron a sesenta por buena conducta. Leyó muchos libros. Algunos de los otros chicos lo apodaron el Profesor. A Bobby no le molestó.

Cuando abandonó el correccional de Bedford, el agente Grandelle —funcionario

del tribunal de menores de Danvers— fue a verlo y le preguntó si estaba preparado para enmendarse e ir por el buen camino. Bobby dijo que sí, que había aprendido la lección, y durante una temporada dio la impresión de que en efecto así era. Sin embargo, en otoño de 1964 dio una brutal paliza a otro chico, que tuvo que ser ingresado en el hospital y llegó a dudarse de que fuera posible su total recuperación. El chico se había negado a darle a Bobby su guitarra, así que Bobby la emprendió a golpes con él y se la quitó. Bobby estaba en su habitación tocando la guitarra (no muy bien) cuando lo detuvieron. Había dicho a Liz que había comprado la guitarra, una Silverstone acústica, en una casa de empeños.

Liz se quedó llorando en la puerta mientras el agente Grandelle conducía a Bobby al coche patrulla aparcado junto a la acera.

—¡Acabaré lavándome las manos si no cambias de actitud! —dijo Liz a voz en grito—. ¡Hablo en serio!

—Lávatelas —replicó Bobby cuando entraba en la parte trasera del coche—. Adelante, mamá, lávatelas ya de una vez y nos ahorraremos tiempo.

En el trayecto, el agente Grandelle dijo:

—Creía que te enmendarías e irías por el buen camino.

—Yo también —respondió Bobby. Esta vez pasó seis meses en Bedford.



Cuando salió del correccional, fue a que le reembolsaran el precio del billete de tren y regresó a Danvers en autoestop. Cuando entró en la casa, su madre no salió a saludarlo.

—Hay una carta para ti —dijo Liz desde la oscuridad de su habitación—. Está en tu escritorio.

En cuanto vio el sobre, el corazón empezó a latirle con fuerza contra las costillas. Los ositos y corazones habían desaparecido —ya era demasiado mayor para eso—, pero Bobby reconoció la letra de inmediato. Cogió el sobre y lo abrió. Contenía una sola cuartilla —de papel de barba— y otro sobre de menor tamaño. Bobby leyó rápidamente la nota de Carol, la última que recibió de ella.

Querido Bobby:

¿Cómo estás? Yo estoy bien. Llegó algo de tu viejo amigo, el que me curó el brazo aquella vez. Supongo que me lo envió a mí porque no sabía dónde encontrarte. Añadió una nota pidiéndome que te lo mandara. Y eso hago. Saludos a tu madre.

CAROL.

Ninguna noticia de sus aventuras con el bastón de *majorette*. Ninguna noticia de cómo le iba con las matemáticas. Ninguna noticia sobre sus novios tampoco, pero Bobby imaginó que habría tenido ya unos cuantos.

Cogió el sobre cerrado con manos temblorosas y torpes. El corazón le latía con más fuerza que nunca. En el anverso, escrito con lápiz de punta blanda, se leía una sola palabra: su nombre. Era la letra de Ted. Bobby lo supo en el acto. Con la boca seca, sin darse cuenta de que tenía lágrimas en los ojos, Bobby abrió el sobre, que no era mayor que los que usaban los niños de primer curso de primaria para enviar felicitaciones.

Lo primero que salió del interior fue el aroma más dulce que Bobby había percibido jamás. Al olerlo, evocó los abrazos de su madre cuando era pequeño, los aromas de su perfume, su desodorante y la loción que se ponía en el pelo; evocó la fragancia del Commonwealth Park en verano; evocó el olor de las pilas de libros de la biblioteca de Harwich, acre, vago y en cierto modo explosivo. Las lágrimas se desbordaron de sus ojos y resbalaron por sus mejillas. Se había ya acostumbrado a sentirse viejo; sentirse joven otra vez —saber que *podía* sentirse joven otra vez— le causó un extraña desorientación.

No había carta, ni nota, ni escrito de ninguna clase. Cuando Bobbyladeó el sobre, cayó sobre el escritorio una lluvia de pétalos de rosa del color rojo más intenso que había visto en su vida.

Sangre del corazón, pensó, exaltado sin saber por qué. De repente, y por primera vez en muchos años, recordó cómo podía hacer volar la mente, cómo podía poner la mente en libertad condicional. E incluso mientras tomaba conciencia de ello, notó elevarse sus pensamientos. Los pétalos de rosa resplandecieron sobre la arañada superficie del escritorio como rubíes, como una luz secreta derramada por el corazón secreto del mundo.

No sólo un mundo, pensó Bobby. No sólo uno. Hay otros mundos aparte de éste, millones de mundos, girando todos en torno a un mismo eje: la Torre.

Y a continuación pensó: Ha vuelto a escapar de ellos. Vuelve a ser libre.

Los pétalos no dejaban lugar a dudas. Eran una prueba inequívoca, inconfundible, definitiva.

Primero apresurado, luego pausado, pensó Bobby, consciente de que había oído antes esas palabras, sin recordar dónde ni saber por qué acudían a su memoria en ese preciso momento. Ni importarle tampoco.

Ted era libre. No en este mundo ni en este tiempo —esta vez había huido en otra dirección—, pero en *algún* mundo.

Bobby recogió los pétalos, cada uno como una pequeña moneda de seda. Se los puso en el hueco de la mano como un puñado de sangre y luego se los llevó a la cara. Podría haberse ahogado en su dulce aroma. Ted estaba presente en ellos, Ted tan claro

como el agua con su peculiar andar encorvado, su cabello blanco ralo como el de un bebé, y las manchas amarillas de nicotina indeleblemente grabadas en los dedos índice y medio de la mano derecha. Ted con sus bolsas de papel.

Al igual que el día en que había castigado a Harry Doolin por hacer daño a Carol, oyó la voz de Ted. En aquella ocasión había sido básicamente fruto de su imaginación. Esta vez, en cambio, Bobby pensó que era real, algo impregnado en los pétalos de rosa y guardado allí para él.

Cálmate, Bobby. Ya es suficiente, así que cálmate. Contrólate.

Permaneció un largo rato sentado a su escritorio con aquellos pétalos de rosa contra el rostro. Finalmente, llevando cuidado de no perder ninguno, volvió a meterlos en el sobre y plegó el borde rasgado.

Es libre. Está... en alguna parte. Y se ha acordado.

—Me ha recordado —dijo Bobby—. Me ha recordado.

Se levantó, fue a la cocina y puso la tetera a calentar. Luego entró en la habitación de su madre. Estaba tendida en la cama con los pies en alto y llevaba sólo una combinación. Bobby la notó envejecida. Su madre volvió la cara hacia otro lado cuando él se sentó junto a ella, convertido en un adolescente casi tan alto como un hombre; sin embargo, le permitió que le cogiera la mano. Bobby la sostuvo entre las suyas y la acarició, esperando a que sonara el silbido de la tetera. Al cabo de unos minutos su madre se volvió para mirarlo.

—¡Oh, Bobby! —susurró—. Nos hemos arruinado la vida, los dos, tú y yo. ¿Qué vamos a hacer?

—Lo mejor que podamos hacer —respondió él, acariciándole todavía la mano. Se la llevó a los labios y besó la palma donde confluían brevemente la línea de la vida y la del corazón antes de volver a separarse—. Lo mejor que podamos hacer.

1966: Chico, no podíamos parar de reír.

1966

CORAZONES EN LA ATLÁNTIDA

1

Cuando ingresé en la Universidad de Maine en 1966, la ranchera que heredé de mi hermano conservaba aún un adhesivo de la campaña electoral de Barry Goldwater, ajado y desvaído pero claramente legible (AuH₂O-4-USA)^[2]. Cuando dejé la universidad en 1970, no tenía coche. Sí tenía, en cambio, barba, una melena hasta los hombros y una mochila con una pegatina que rezaba: RICHARD NIXON ES UN CRIMINAL DE GUERRA. En la insignia que llevaba prendida en el cuello de la cazadora vaquera se leía NO SOY UN HIJO AFORTUNADO. El paso por la facultad es siempre un período de cambio, supongo, la última gran convulsión de la pubertad, pero dudo que en otras épocas haya habido cambios de igual magnitud que aquellos que experimentaron los estudiantes llegados a los campus a finales de los años sesenta.

Ahora la mayoría de nosotros no habla mucho de aquellos años, y no porque los hayamos olvidado, sino porque se ha perdido el lenguaje mediante el cual nos comunicábamos por aquel entonces. Cuando trato de hablar sobre la década de los sesenta —incluso cuando trato de pensar en ella—, siempre sucumbo al horror y la hilaridad. Veo pantalones de pata de elefante y zapatos con la suela más estrecha en el tacón que en la puntera. Huelo a maría y pachuli, a incienso y caramelos de menta. Y oigo a Donovan Leitch cantar su dulce y estúpida canción sobre la Atlántida, el continente desaparecido, cuya letra todavía encuentro profunda a altas horas de la noche, cuando no logro conciliar el sueño. A medida que cumplo años, más me cuesta pasar por alto la estupidez de esa canción y centrarme en su dulzura. Debo recordarme que por aquel entonces éramos más chicos, lo bastante chicos para vivir nuestras alegres vidas debajo de setas, creyendo que eran árboles, la protección contra el cielo protector. Me consta que estas palabras carecen de verdadero sentido, pero no puedo hacerlo mejor: salve, Atlántida.

2

En el último año de carrera abandoné la residencia de estudiantes y me instalé en LSD Acres, un grupo de ruinosos bungalows situado a la orilla del río Stillwater; pero en 1966, recién llegado a la universidad, viví en el Chamberlain Hall, que formaba parte de un complejo de tres residencias: Chamberlain (hombres), King (hombres) y Franklin (mujeres). Había asimismo un comedor, el Holyoke Commons, que se

hallaba a cierta distancia de las residencias, no muy lejos, quizá sólo a unos doscientos metros, pero el camino se hacía interminable en las noches de invierno cuando arreciaba el viento y las temperaturas bajaban de cero grados. Tan lejos parecía el Holyoke que se lo conocía como el Palacio de las Grandes Llanuras.

Durante mi etapa universitaria aprendí mucho, en las aulas donde menos. Aprendí a besar a una chica y ponerme un condón al mismo tiempo (una práctica necesaria pero a veces pasada por alto), a beberme medio litro de cerveza de un trago sin vomitar, a ganar un dinero extra en mi tiempo libre (escribiendo los trabajos semestrales a compañeros en mejor situación económica que yo, como era el caso de la mayoría de ellos), a no apoyar al Partido Republicano pese a descender de una familia en la que ésa era la tradición desde hacía muchas generaciones, a salir a las calles con una pancarta en alto gritando consignas como «Uno, dos y tres, en vuestra guerra no lucharé» y «Eh, tú, presidente, ¿a cuántos has enviado hoy a la muerte?». Aprendí que uno debía intentar colocarse en la dirección del viento cuando lanzaban gases lacrimógenos, y si no era posible, respirar despacio a través de un pañuelo o una bufanda. Aprendí que cuando aparecían las porras, convenía tenderse de costado con las piernas encogidas contra el pecho y cubrirse con las manos la parte posterior de la cabeza. En Chicago, en 1968, aprendí que la policía podía molerte a palos por bien que te cubrieras.

Pero antes de aprender cualquiera de esas cosas, conocí los placeres y los riesgos de los corazones. En otoño de 1966, la tercera planta del Chamberlain Hall alojaba a treinta y dos estudiantes repartidos en dieciséis habitaciones; en enero de 1967, diecinueve de esos chicos se habían trasladado o habían colgado los libros por culpa del juego de los corazones. Se propagó entre nosotros como un virulento brote de gripe. Sólo tres de los jóvenes de la tercera planta, creo, fueron por completo inmunes. Uno era mi compañero de habitación, Nathan Hoppenstand. Otro era David Dearborn, alias Dearie, el encargado de planta. El tercero era Stokely Jones III, que pronto sería conocido como Ris-Ras entre sus vecinos del Chamberlain Hall. A veces pienso que es de Ris-Ras de quien quiero hablar; a veces pienso que es de Skip Kirk (más tarde apodado, inevitablemente, Capitán Kirk), mi mejor amigo durante esos años; a veces pienso que es de Carol. A veces creo que en realidad quiero hablar de los años sesenta en sí mismos, por imposible que siempre me haya parecido. Pero antes de empezar a hablar de cualquier otra cosa, será mejor que explique en qué consiste el juego de los corazones.

En una ocasión Skip dijo que el whist es el bridge de los tontos, y los corazones es el bridge de los tontos de remate. Personalmente no tengo nada que objetar al respecto, pero aquí no es ésa la cuestión. Los corazones es un juego divertido, ésa es la cuestión, y cuando se juega por dinero —en la tercera planta del Chamberlain, el valor de las apuestas se establecía normalmente en cinco centavos el tanto—, no tarda

en convertirse en una práctica compulsiva. Cuatro es el número ideal de jugadores. Se reparten todas las cartas y se juega por bazas. Después de repartir y antes de jugarse la primera baza, cada jugador pasa a su vecino (de la izquierda o la derecha, variándose el orden en cada mano) tres cartas boca abajo, que debe elegir antes de mirar las tres cartas que le han pasado a él. Cada mano asciende a un total de veintiséis tantos: un tanto por cada carta de corazones y trece por la dama de picas (que llamábamos «la bruja»). La partida se da por terminada cuando uno de los cuatro jugadores supera los cien tantos. Gana el jugador con menor puntuación.

En nuestros maratones, la pasta que debían aflojar los tres perdedores venía determinada por la diferencia entre sus puntuaciones y la del ganador. Si, por ejemplo, la diferencia entre mi puntuación y la de Skip era de veinte tantos al final de la partida, yo tenía que pagarle un dólar, con arreglo al habitual valor de cinco centavos por tanto. Calderilla, diríamos ahora, pero aquí nos referimos al año 1966, y un dólar no era precisamente calderilla para los estudiantes de escasos medios que vivían en la tercera planta del Chamberlain.

3

Recuerdo con toda claridad el momento en que se desató la epidemia de corazones: el primer fin de semana de octubre. Me acuerdo porque acababa de concluir la primera tanda de exámenes preliminares, y yo había sobrevivido. Describirlo como «supervivencia» no era una exageración en el caso de la mayoría de los muchachos de la tercera planta del Chamberlain; estábamos en la universidad gracias a diversas becas, préstamos (en su mayor parte, incluido el mío, gentileza de la Ley de Defensa de la Educación Nacional) y empleos para estudiantes. Era como participar en una carrera de bólidos de cartón a bordo de un coche cuyas piezas se habían unido con cola en lugar de clavos, y si bien nuestras respectivas situaciones variaban ligeramente —dependiendo sobre todo de la habilidad de cada cual a la hora de rellenar formularios y la diligencia en sus gestiones de nuestros correspondientes orientadores vocacionales del instituto—, para todos existía una ineludible realidad. Dicha realidad se hallaba sintetizada en el pañito que colgaba en la sala común de la tercera planta, donde se desarrollaban nuestros torneos maratonianos de corazones. Había bordado el pañito la madre de Tony DeLucca, y se lo entregó a su hijo cuando partió hacia la universidad, diciéndole que lo colocara en algún sitio donde lo viera a diario. Cuando el otoño de 1966 dio paso al invierno, el pañito de la señora DeLucca parecía más grande y resplandeciente a cada mano de corazones, a cada aparición de

la dama de picas, la bruja, y a cada nueva noche que me acostaba con los libros sin abrir, los apuntes sin repasar, los trabajos sin hacer. Una o dos veces incluso soñé con él:

2,5

Eso se leía en el pañito, con enormes guarismos rojos en labor de ganchillo. La señora DeLucca conocía bien su significado, y también nosotros. Si uno se alojaba en una residencia corriente —Jacklin o Dunn o Pease o Chadbourne—, podía conservar su plaza en la promoción de 1970 con una media de 1,6..., siempre y cuando, claro está, papá y mamá pagaran los recibos. Aquélla era una universidad estatal, subvencionada con dinero público, detalle que no debe olvidarse; no hablamos aquí de Harvard o Wellesley. Para los estudiantes que caminaban en la cuerda floja del sistema de financiación mixta beca-préstamo, el 2,5 era la línea trazada en la tierra. Unas calificaciones inferiores a 2,5 —dicho en otras palabras, bajar de una C a una C-menos (en una escala de la A a la F)—, y el pequeño bólide de cartón estaba condenado a desarmarse casi con toda seguridad. «Estaremos en contacto, nena, hasta la vista», como acostumbraba decir Skip Kirk.

Yo obtuve buenos resultados en la primera tanda de exámenes preliminares, en especial para un chico casi enfermo de nostalgia (en toda mi vida sólo había estado lejos de casa durante una semana en unas colonias deportivas, de las que regresé con un esguince de muñeca y unos extraños hongos entre los dedos de los pies y bajo los testículos). Tenía cinco asignaturas y saqué una B en todas salvo en Introducción a la Literatura Inglesa. En ésta conseguí una A. Mi profesor —que más tarde se divorciaría y acabaría como músico callejero en Sproul Plaza, en el campus de Berkeley— escribió junto a una de mis respuestas: «Tu ejemplo de onomatopeya es francamente bueno». Envié el examen por correo a mis padres. Mi madre me respondió con una postal que al dorso llevaba escrita fervorosamente una única palabra: «¡Bravo!». Ese recuerdo me causa una imprevista punzada de dolor, una sensación rayana en el sufrimiento físico. Fue, supongo, la última vez que enseñé en casa un examen con una estrella dorada pegada en una esquina.

Tras aquella primera tanda de preliminares calculé con satisfacción mi media global hasta el momento, un 3,3. Nunca volví siquiera a acercarme a esa puntuación, y a finales de diciembre comprendí que mis opciones eran en realidad muy sencillas: abandonar el juego y quizá sobrevivir hasta el siguiente semestre con mi precaria ayuda económica intacta, o continuar a la caza de la bruja bajo el pañito de la señora DeLucca en la sala común de la tercera planta hasta Navidad y luego regresar a Gates Falls para siempre.

Conseguiría un empleo en la fábrica textil de Gates Falls; mi padre había trabajado allí veinte años, justo hasta el accidente que le costó la vista, y mediaría para que me admitieran. A mi madre no le gustaría en absoluto, pero no se opondría si le decía que ése era mi deseo. A la hora de la verdad, siempre era ella la realista de la familia. Por un tiempo le dolería mi fracaso en la universidad, y por un tiempo yo me reconcomería de culpabilidad, pero los dos lo superaríamos. Al fin y al cabo, quería ser escritor, no un condenado profesor de literatura, y en el fondo pensaba que sólo los escritores pedantes necesitaban la universidad.

Con todo, no deseaba colgar los libros. Se me antojaba un mal comienzo de mi vida adulta. Olía a fracaso, y todas mis reflexiones whitmanianas sobre la conveniencia de que un autor escribiera su obra en contacto con el pueblo olían a racionalización de ese fracaso. Y aun así sentía la llamada de la sala común de la tercera planta: el chasquido de los naipes contra la mesa; un jugador que preguntaba si en esa mano se pasaba hacia la derecha o hacia la izquierda, otro que quería saber quién tenía la jeringa (en una mano de corazones se sale siempre con el dos de tréboles, una carta conocida entre los adictos de la tercera planta como «la jeringa»). Tenía sueños en los que Ronnie Malenfant, el primer auténtico gilipollas congénito que conocí después de escapar de los fanfarrones del instituto, empezaba a echar picas una detrás de otra y exclamaba con su aguda voz aflautada: «¡Ya es hora de ir a la caza de la bruja! ¡Persigamos a la hija de puta!». Casi siempre sabemos qué nos conviene más, pienso, pero a veces lo que sabemos importa poco en comparación con lo que sentimos. Difícil de creer pero cierto.

4

Mi compañero de habitación no jugaba a los corazones. Mi compañero de habitación no veía sentido a la guerra no declarada de Vietnam. Mi compañero de habitación escribía a diario a su novia, una estudiante de último curso en el instituto Wisdom. Si uno ponía un vaso de agua al lado de Nate Hoppenstand, era el agua lo que parecía rebosante de vida.

Él y yo ocupábamos la habitación 302, junto a la escalera, frente al apartamento del encargado de planta (guarida del siniestro Dearie) y en el extremo del pasillo opuesto a la sala común con sus mesas de juego, sus ceniceros de pie y su vista del Palacio de las Grandes Llanuras. Nuestro emparejamiento inducía a pensar —a mí, por lo menos— que las más macabras hipótesis del alumnado acerca de la oficina de alojamiento universitario eran probablemente acertadas. En el cuestionario que había

remitido a la oficina de alojamiento en abril de 1966 (cuando mi mayor preocupación era si debía o no invitar a Annmarie Soucie a comer después del baile de fin de curso del instituto), había declarado que era A. fumador; B. miembro de las Juventudes Republicanas; C. aspirante a guitarrista folk; D. noctámbulo. En su discutible sabiduría, la oficina de alojamiento me emparejó con Nate, un dentista en ciernes no fumador, hijo de unos demócratas del condado de Aroostook (el hecho de que Lyndon Johnson perteneciera al Partido Demócrata no servía a Nate de consuelo respecto a la presencia de tropas estadounidenses en Vietnam del Sur). Yo tenía un póster de Humphrey Bogart sobre la cabecera de la cama; sobre la suya, Nate había colgado fotos de su perro y su novia. La chica era una criatura cetrina que vestía el uniforme de *majorette* del instituto Wisdom y empuñaba el bastón como si de una porra se tratase. Se llamaba Cindy. El perro se llamaba *Rinty*. Tanto la chica como el perro exhibían idénticas sonrisas. Era jodidamente surrealista.

El peor defecto de Nate, por lo que nos atañía a Skip y a mí, era su colección de discos, cuidadosamente colocados por orden alfabético en un estante debajo de Cindy y *Rinty* y justo encima de su magnífico tocadiscos RCA. Constaba de tres discos de Mitch Miller (*Sing Along with Mitch*, *More Sing Along with Mitch*, *Mitch and the Gang Sing John Henry and Other American Folk Favorites*), *Meet Trini López*, un LP de Dean Martin (*Dino Swings Vegas!*), un LP de Gerry y los Pacemakers, el primer álbum de los Dave Clark Five —posiblemente el peor y más ruidoso disco de rock jamás grabado— y otros muchos de la misma índole. No los recuerdo todos, y quizá sea mejor así.

—Nate, no —dijo Skip una noche, poco antes de desencadenarse el furor de los corazones—. No, por favor.

—No, por favor ¿qué? —preguntó Nate sin alzar la vista del escritorio.

Daba la impresión de que pasaba todas sus horas de vigilia en clase o ante el escritorio. A veces lo sorprendía hurgándose la nariz y limpiándose subrepticamente la cosecha (tras una minuciosa y completa inspección) bajo el cajón central del escritorio. Era su único vicio, exceptuando, claro está, su pésimo gusto musical.

Skip había revisado los discos de Nate, cosa que hacía sin el menor recato en todas las habitaciones que visitaba. Tenía la expresión de un médico examinando una radiografía poco halagüeña, una que revela la existencia de un jugoso (y casi con toda seguridad maligno) tumor. Se hallaba de pie entre la cama de Nate y la mía, luciendo una gorra de béisbol y una cazadora con las iniciales del instituto donde había estudiado. Tanto en mis años de universidad como después, rara vez he conocido a un hombre que me pareciera tan atractivo al estilo puramente americano como el Capitán. Skip no parecía consciente de su buena planta, pero tenía que serlo, al menos en parte, o no habría mojado tanto como mojaba. Aquella era una época en la que casi *cualquiera* mojaba, desde luego, pero incluso para la norma de esos tiempos Skip

llevaba mucho ajeteo. No obstante, nada de eso había empezado aún en el otoño de 1966; aquel otoño el corazón de Skip, como el mío, pertenecía a los corazones.

—Esto es malo, amiguito —dijo Skip con un ligero tono de censura—. Lo siento, pero da pena.

Yo estaba sentado a mi escritorio, fumando un Pall Mall y buscando el abono del comedor. Siempre andaba perdiendo el jodido abono.

—¿Qué da pena? ¿Por qué estás mirando mis discos? —repuso Nate. Tenía abierto ante sí el manual de botánica y estaba dibujando una hoja de árbol en una lámina de papel milimetrado. En la cabeza, caído hacia atrás, llevaba el casquete azul de alumno de primero. Nate Hoppenstand fue, si no recuerdo mal, el único estudiante novato que se puso aquel ridículo trapo azul hasta que el desafortunado equipo de fútbol de Maine logró por fin anotar un ensayo..., es decir, una semana antes de Acción de Gracias poco más o menos.

Skip siguió examinando el álbum.

—Esto es una puta mierda, te lo digo en serio.

—¡No me gusta oírte hablar así! —exclamó Nate, resistiéndose obstinadamente a alzar la vista. Skip sabía que a él no le gustaba que hablara así, y por eso lo hacía—. ¿De qué me hablas, en todo caso?

—Lamento que mi vocabulario te resulte ofensivo, pero no retiro el comentario. No puedo. Porque esto es malo. Hierde mi sensibilidad. ¡Joder si la hierde!

—¿Qué? —Nate levantó por fin la vista, apartándola indignado de su hoja de árbol, representada con la misma meticulosidad que un mapa de carreteras de Rand McNally—. ¿Qué?

—Esto.

En la funda del álbum que Skip sostenía, una muchacha de rostro desenfadado y pechos pequeños y desenfadados marcándose bajo una blusa de cuello marinero bailaba en la cubierta de un torpedero. Tenía una mano en alto, con la palma abierta, formando una pequeña y desenfadada ola. Adornaba su cabeza una pequeña y desenfadada gorra de marinero.

—Me juego algo a que eres el único estudiante universitario del país que se ha traído a la facultad *Diane Renee Sings Navy Blue* —dijo Skip—. Mal hecho, Nate. Esto debería estar en el desván de tu casa, junto con los pantalones vieneses que seguramente te ponías para acudir a las concentraciones de confraternidad del instituto y las reuniones sociales de la parroquia.

Si con aquello de «pantalones vieneses» se refería a los Sansabelt de poliéster con una estrafalaria e inútil hebilla detrás, mucho me temía que Nate se había traído consigo la mayor parte de su colección... y que, de hecho, llevaba unos en ese preciso momento. No obstante, guardé silencio. Levanté la fotografía enmarcada de mi propia novia y descubrí detrás el abono del comedor. Lo cogí y me lo metí en el

bolsillo de los Levi's.

—Ése es un buen disco —repuso Nate con dignidad—. Es un excelente disco. Tiene... *swing*.

—Swing, ¿eh? —repitió Skip, echando el álbum a la cama de Nate. (Nunca volvía a dejar en el estante los discos de Nate, porque sabía que lo sacaba de quicio.) —. «*My steady boy said ship ahoy and joined the Nay-yayvee?*» Si ésa es tu idea de buena música, recuérdame que no te permita hacerme un jodido chequeo médico en la vida.

—Estudio para dentista, no para médico —aclaró Nate entre dientes. Empezaban a sobresalir los tendones de su cuello. Que yo sepa, Skip Kirk era la única persona del Chamberlain Hall, y quizá de toda la universidad, capaz de encender la aguada sangre de mi compañero de habitación—. Estoy en primero de odontología. ¿Sabes lo que significa la raíz «odonto»? Significa «diente», Skip. Significa...

—Recuérdame, pues, que no te permita hacerme un jodido empaste en la vida.

—¿Por qué has de decir esa palabra una y otra vez?

—¿Qué palabra? —preguntó Skip, sabiendo cuál era la palabra en cuestión pero deseando que Nate la pronunciara.

Nate siempre acababa haciéndolo, y cuando por fin cedía, invariablemente le subían los colores. Esa reacción fascinaba a Skip. De hecho, todo en Nate fascinaba a Skip; en una ocasión el Capitán afirmó estar casi convencido de que Nate era un alienígena, teletransportado a la Tierra desde el planeta Buen Chico.

—«Jodido» —dijo Nate Hoppenstand, y de inmediato el rubor tiñó sus mejillas. Por un momento pareció un personaje de Dickens, uno de esos jóvenes serios y formales retratados en los *Cuentos de Boz*—. Esa palabra.

—Tuve malos modelos de conducta —contestó Skip—. Me horroriza pensar en tu futuro, Nate. Joder, ¿y si vuelve Paul Anka?

—Nunca has escuchado este disco —aseveró Nate, recuperando el *Diane Renee Sings Navy Blue* e insertándolo de nuevo entre Mitch Miller y *Stella Stevens Is in Love!*

—Ni putas ganas que he tenido —dijo Skip—. Venga, Pete, vamos a cenar. Estoy muerto de hambre.

Cogí mi manual de geología; había un examen el martes siguiente. Skip me lo arrancó de las manos y lo tiró otra vez sobre el escritorio, tumbando la fotografía de mi novia, que se negaba a follar pero, cuando estaba de humor, hacía una pajas lentas como para morir de gusto. En cuestión de pajas, nadie supera a las chicas católicas. En el curso de mi vida he cambiado de opinión sobre muchas cosas, pero a ese respecto me mantengo firme.

—¿Por qué has hecho eso? —pregunté.

—No está bien leer en la mesa —respondió Skip—. Ni siquiera cuando se come

la porquería del comedor de estudiantes. ¿En qué clase de establo te criaste?

—A decir verdad, Skip, me crié en el seno de una familia donde se leía en la mesa. Ya sé que te cuesta admitir que exista otra manera de hacer las cosas aparte de como tú las haces, pero existe.

Mirándome con inesperada gravedad, Skip me agarró de los antebrazos y dijo:

—Al menos no estudies mientras comes, ¿vale?

—Está bien —contesté, reservándome mentalmente el derecho a estudiar cuando me viniera en gana o lo considerara necesario.

—Si caes en la mala costumbre de comer de cualquier manera, te saldrán úlceras. Las úlceras mataron a mi viejo. Siempre comía de cualquier manera; no podía evitarlo.

—Lo siento —dije.

—No te preocupes; hace ya mucho tiempo. Y ahora vamos, antes de que nos dejen sin nuestra jodida ración de atún sorpresa. ¿Vienes, Nate?

—Tengo que acabar de dibujar la hoja.

—Manda la hoja a la mierda.

Si cualquier otra persona le hubiera dicho eso, Nate la habría observado como a algo descubierto bajo un tronco podrido y habría reanudado su trabajo en silencio. En esa ocasión, Nate pensó por un momento y finalmente se puso en pie y descolgó la chaqueta con cuidado de la percha de detrás de la puerta, donde siempre la dejaba. Se la puso. Se reacomodó el casquete en la cabeza. Ni siquiera Skip osaba aludir a la obstinada negativa de Nate a abandonar el casquete de novato. (Cuando pregunté a Skip dónde había desaparecido el suyo —era nuestro tercer día en la Universidad de Maine y el día después de conocernos—, dijo: «Me limpié el culo con él y lo lancé a la copa de un árbol». Probablemente no era verdad, pero tampoco llegué a descartarlo por completo.)

Bajamos ruidosamente por los tres tramos de escalera y salimos al templado anochecer de octubre. Estudiantes de las tres residencias iban camino del Holyoke Commons, donde me ganaba con mi trabajo nueve comidas semanales. Pertenecía al grupo encargado de fregar y secar los platos, al que había ascendido tras una primera etapa en el grupo que se ocupaba de los cubiertos. Si me comportaba debidamente, pasaría a formar parte del grupo que guardaba la vajilla antes de las vacaciones de Acción de Gracias. Chamberlain, King y Franklin se alzaban en lo alto de un promontorio. El Palacio de las Grandes Llanuras se hallaba también en alto, en otro promontorio, y para llegar a él los estudiantes descendían por calles de cemento hasta el fondo de una hondonada semejante a un largo valle, confluían en una amplia avenida de ladrillo y volvían a subir. El Holyoke era el mayor de los cuatro edificios y resplandecía en la oscuridad como un transatlántico en el mar.

La intersección de las calles de cemento se conocía como la Carrera de Bennett

(si alguna vez supe el porqué de ese nombre, lo olvidé hace mucho tiempo). Los chicos del King y el Chamberlain utilizaban dos de las calles; las chicas del Franklin iban por la tercera. En la confluencia, chicos y chicas confluían también, charlando y riendo y cruzando miradas, con timidez o descaro según los casos. A partir de ahí ascendían juntos hasta el comedor por la amplia avenida de ladrillo conocida como paseo Bennett.

En sentido contrario, abriéndose paso entre la muchedumbre con la cabeza gacha y la hermética expresión de costumbre en su cara pálida y adusta, venía Stokely Jones III. Era alto, pero uno difícilmente reparaba en su estatura porque iba siempre encorvado sobre las muletas. El cabello, de un negro lustroso sin un solo pelo a la vista mínimamente más claro, le caía en picos sobre la frente y le ocultaba las orejas, con algún mechón suelto cruzando en diagonal ante sus blancas mejillas.

Por aquel entonces estaba en pleno apogeo el corte de pelo a lo Beatle, que para la mayor parte de los chicos consistía simplemente en peinarse hacia adelante en lugar de hacia atrás, cubriéndose así la frente (y una buena cosecha de granos las más de las veces). Stoke Jones no estaba para esa clase de pamplinas. Su media melena campaba siempre a su antojo. La encorvadura de su espalda pronto sería permanente, si no lo era ya. Por lo general, mantenía baja la mirada, como si siguiera los arcos de sus muletas. Si por alguna casualidad alzaba la vista y uno cruzaba con él la mirada, quedaba asombrado por la desbordante inteligencia reflejada en aquellos ojos. Era un Heathcliff de Nueva Inglaterra, sólo que reducido a un mero esqueleto de cintura para abajo. Cuando asistía a clase, normalmente llevaba las piernas enfundadas en aparatosos armazones metálicos, ya que si bien no las tenía por completo paralizadas, sólo podía moverlas débilmente, como los tentáculos de un calamar moribundo. En comparación, la mitad superior de su cuerpo se veía en extremo fornida. La combinación producía un extraño efecto. Stoke Jones parecía el anuncio de un gimnasio de culturismo en el que el ANTES y el DESPUÉS se hubieran mezclado en un solo cuerpo. Siempre iba a comer en cuanto el Holyoke abría, e incluso cuando habían transcurrido sólo tres semanas de curso, todos sabíamos ya que no lo hacía por su invalidez sino porque, como Greta Garbo, quería estar solo.

«Que le den por el culo», dijo un día Ronnie Malenfant cuando íbamos a desayunar (acababa de saludar a Jones, y Jones se había limitado a seguir su camino sin dirigirle siquiera un gesto; sin embargo, todos lo oímos musitar algo entre dientes). Y añadió: «Tullido de mierda». Así era Ronnie, siempre tan compasivo. Se había criado en el ambiente tabernario de Lisbon Street, en Lewiston, y probablemente a eso se debía su gentileza y su encanto y su *joie de vivre*.

—¿Qué tal, Stoke? —preguntó Skip aquella noche cuando Jones se acercaba hacia nosotros impulsándose con las muletas.

Stoke iba a todas partes con el mismo ritmo regular y vigoroso, inclinando

siempre su torso de Bluto Blutarsky de tal modo que semejaba un mascarón de proa, maldiciendo continuamente lo que fuera que le había dejado inservibles las piernas, haciendo continuamente a todo un corte de mangas, clavándote su inteligente mirada y mandándote a la mierda, diciéndote que te metieras el dedo en el culo y bailarás.

No respondió pero levantó la cabeza por un instante y miró fijamente a Skip. De inmediato dejó caer el mentón y pasó apresuradamente junto a nosotros. El sudor caía de su cabello enmarañado y resbalaba por su cara. Entre dientes musitaba «Ris ras, ris ras, ris ras», como si marcara el paso..., o articulara así el deseo de rompernos en pedazos a los demás, a los que caminábamos sin muletas..., o quizá lo uno y lo otro. Cerca de él, uno percibía su olor, el olor acre del sudor, que siempre emanaba porque se negaba a ir despacio; ir despacio parecía *ofenderle*. Pero se notaba algo más. El olor a sudor era penetrante pero no molestaba. Había, en cambio, cierto tufo de fondo mucho menos agradable. En el instituto, yo practicaba el atletismo (en el primer año de universidad, obligado a elegir entre los Pall Mall y las carreras de relevos, me quedé con el tabaco) y ya antes había olido esa peculiar combinación, generalmente cuando un chico con catarro o gripe o faringitis se obstinaba en correr de todos modos. El único olor parecido a ése es el que desprende el transformador de un tren eléctrico que ha estado en funcionamiento a plena potencia durante demasiado tiempo.

Al cabo de un instante nos dejó atrás: Stoke Jones, poco después apodado Ris-Ras por Ronnie Malenfant, libre ya a esas horas de los aparatosos armazones de las piernas y de regreso a la residencia.

—Eh, ¿qué es eso? —dijo Nate.

Se había detenido y miraba hacia atrás. Skip y yo nos paramos también a mirar. Me disponía a preguntar a Nate a qué se refería cuando de pronto también yo lo vi. Jones vestía una cazadora vaquera. En la espalda, dibujada aparentemente con rotulador negro y apenas visible en la decreciente claridad de aquel anochecer de principios del otoño, llevaba una forma encerrada en un círculo.

—No lo sé —respondió Skip—. Parece una huella de gorrión.

El muchacho de las muletas se perdió entre la multitud de estudiantes que se dirigían al comedor universitario para una cena más la noche de un jueves más en un octubre más. La mayoría de los chicos iban recién afeitados; la mayoría de las chicas lucían blusas de cuello redondo. Una luna casi llena proyectaba sobre ellos una luz anaranjada. Faltaban aún dos años para el pleno apogeo de la Era Hippy, y ninguno de nosotros tres tuvo conciencia de que acabábamos de ver por primera vez el símbolo de la paz.

El desayuno del sábado era una de las comidas en que me correspondía trabajar en el Holyoke. Era un buen turno, porque el comedor nunca estaba muy concurrido los sábados por la mañana. Carol Gerber, del grupo encargado de los cubiertos, ocupaba el primer lugar junto a la cinta transportadora. Yo era el siguiente, y mi tarea consistía en coger los platos cuando las bandejas se desplazaban por la cinta, enjuagarlos y dejarlos en un carrito. Si el tráfico de bandejas en la cinta era intenso, como solía ocurrir a la hora de la cena entre semana, me limitaba a amontonar los platos en el carrito, tan sucios como llegaran, y los enjuagaba más tarde cuando aflojaba el trabajo. El siguiente en la fila era el chico o la chica responsable de los vasos, que retiraba los vasos y las tazas y los colocaba en unas rejillas de lavaplatos especiales. El Holyoke no era un mal sitio para trabajar. De vez en cuando algún lumbreras con la sensibilidad de Ronnie Malenfant devolvía una salchicha entera con algún adorno obsceno en una punta, o los copos de avena regresaban con un trozo de servilleta de papel cuidadosamente cortado donde se leía VOY A JODERTE (en una ocasión, adherido a la superficie de un tazón de consomé lleno de espeso jugo de carne, llegó el mensaje SOCORRO, ESTOY PRISIONERO EN UNA UNIVERSIDAD PARA PALETOS), y nadie se imagina las marranadas que son capaces de hacer algunos — platos rebosantes de ketchup, vasos de leche llenos de puré de patatas, verduras masticadas y escupidas—; pero de hecho no era un mal trabajo, en especial los sábados por la mañana.

En determinado momento miré por encima de Carol (que estaba extraordinariamente guapa para aquella temprana hora de la mañana) y vi a Stoke Jones. Se hallaba de espaldas a la ventanilla que comunicaba el comedor y la cocina, pero a uno no podían pasarle inadvertidas ni las muletas apoyadas junto a él contra la mesa ni el extraño dibujo de su cazadora. Skip tenía razón: aquella forma recordaba a la huella de un gorrión (casi un año después oí a alguien en televisión describirla como «la huella de la gran gallina americana»).

—¿Sabes qué es eso? —pregunté a Carol, señalando el símbolo.

Carol contempló el dibujo por un rato y finalmente negó con la cabeza.

—No. Debe de ser alguna broma entre él y sus amigos.

—¡Vaya idea, Stoke nunca bromea!

—Mira, un pareado —dijo Carol—. Eres poeta y no te habías dado cuenta.

—Vamos, Carol, no me tomes el pelo.

Cuando terminó nuestro turno, la acompañé a su residencia (intentando convencerme de que lo hacía por simple cortesía, de que acompañar a Carol Gerber hasta el Franklin Hall no era en modo alguno una infidelidad para con Annmarie Soucie, mi novia de Gates Falls) y luego regresé tranquilamente al Chamberlain,

preguntándome quién podía saber qué significaba aquella huella de gorrión. Sólo ahora caigo en la cuenta de que nunca se me ocurrió interrogar al propio Jones al respecto. Y cuando llegué a mi planta de la residencia, algo cambió por completo el rumbo de mis pensamientos. Había salido de allí a las seis y media de la mañana, con un ojo abierto y otro cerrado, para ocupar mi puesto detrás de Carol junto a la cinta transportadora, y durante mi ausencia alguien había embadurnado de espuma de afeitar la puerta de David Dearborn: todo el contorno, el picaporte, y una franja de mayor espesor ante el umbral. En esta capa inferior vi la huella de un pie descalzo y no pude evitar sonreír. Dearie abre la puerta para ir a las duchas, sin más ropa que una toalla ceñida a la cintura, y ¡*paf!*!, pisa de pleno.

Todavía sonriente, entré en la habitación 302. Nate escribía sentado ante su escritorio. Observando el modo en que protegía el cuaderno con el brazo, deduje que aquello era la carta diaria a Cindy.

—Alguien ha rociado de espuma de afeitar la puerta de Dearie —dije, encaminándome hacia mis estantes para coger el manual de geología. Me proponía ir a la sala común de la tercera planta y estudiar un rato para el examen del martes.

Nate trató de poner cara de seriedad y desaprobación, pero tampoco él pudo reprimir una sonrisa. Por aquel entonces siempre intentaba adoptar una actitud de superioridad moral y nunca lo conseguía plenamente. Supongo que con los años ha perfeccionado la pose, por desgracia.

—Tendrías que haberlo oído gritar —comentó Nate. Lanzó una carcajada y de inmediato se llevó el puño a la boca para ahogar cualquier otra inconveniencia—. Y a soltar *tacos*... Por un momento ha estado a la altura de Skip.

—En cuestión de tacos, creo que nadie está a la altura de Skip.

Nate me miró con el entrecejo fruncido en un gesto de preocupación.

—No habrás sido tú, ¿verdad? Porque sé que has madrugado...

—Si hubiera decidido decorar la puerta de Dearie, habría optado por el papel de váter —contesté—. La espuma de afeitar la uso exclusivamente en mi cara. Soy un estudiante con presupuesto limitado, igual que tú, ¿recuerdas?

Nate abandonó su ceño de preocupación y recuperó su habitual semblante de niño cantor de iglesia. Advertí entonces que sólo llevaba puestos los calzoncillos y el ridículo casquete azul.

—Más vale —continuó Nate—, porque David ha dicho que averiguará quién ha sido y se encargará de que le impongan un período de prueba disciplinario.

—¿Un PPD por embadurnarle de espuma la puerta? Lo dudo, Nate.

—Ya sé que suena excesivo, pero tengo la impresión de que hablaba en serio —dijo Nate—. A veces David Dearborn me trae a la memoria aquella película sobre un capitán de barco chiflado. Actuaba Humphrey Bogart. ¿Sabes a cuál me refiero?

—Sí, *El motín del Caine*.

—Ésa, sí. Y David..., en fin, hay que reconocerlo, a eso se reduce su misión de encargado de planta, a decidir quién debe someterse a un PPD y quién no.

En el reglamento y código de conducta de la universidad, la expulsión era la principal arma, reservada a faltas como el robo, la agresión y la tenencia o consumo de drogas. El período de prueba disciplinario era el segundo castigo en importancia, usado para penalizar faltas tales como tener a una chica en la habitación (después del toque de queda podía ser incluso motivo de expulsión, aunque hoy en día cueste creerlo), tener bebidas alcohólicas en la habitación, copiar en los exámenes y plagiar trabajos. Teóricamente cualquiera de estas últimas faltas podía redundar en expulsión, y a menudo así era cuando lo sorprendían a uno copiando en un examen (sobre todo en los exámenes parciales y finales), pero generalmente se castigaban con un período de prueba disciplinario, que se prolongaba durante un semestre. No me gustaba la idea de que un encargado de planta tratara de obtener de Garretsen, el prefecto de asuntos disciplinarios, una sanción de esa magnitud por un poco de inocua espuma de afeitar..., pero así era Dearie, un santurrón que hasta la fecha había insistido en las inspecciones de habitación semanales y llevaba consigo un pequeño taburete para mirar en los estantes superiores de los treinta y dos armarios que, al parecer, consideraba parte de sus responsabilidades. Probablemente había contraído ese hábito en el CIOR (Campamento de Instrucción de Oficiales en la Reserva), un curso de formación militar que Dearie adoraba con el mismo fervor con que Nate adoraba a Cindy y *Rinty*. Además, apercibía a los estudiantes —el apercibimiento seguía vigente en la normativa académica, pero su uso había quedado prácticamente restringido al CIOR— que no mantenían limpias y ordenadas sus habitaciones. Tras cierto número de apercibimientos se aplicaba un PPD. En teoría, uno podía ser expulsado de la universidad, perder la prórroga de estudios, ser reclutado y acabar pegando tiros en Vietnam por haber olvidado repetidamente vaciar la papelera o barrer debajo de la cama.

David Dearborn dependía también de una beca, y su trabajo como encargado de planta —también en teoría— no se diferenciaba en nada de mi trabajo en la cocina. Sin embargo, no era ésa la teoría de Dearie. Dearie se consideraba superior a los demás, uno de los pocos elegidos, los orgullosos, los magníficos. Procedía de la costa, y eso lo explicaba todo, concretamente de Falmouth, donde en 1966 seguían en vigor más de cincuenta severas leyes referentes al asueto dominical heredadas de los colonos puritanos. Su familia se había visto envuelta en algún problema, había caído en desgracia como las familias de los antiguos melodramas; aun así, Dearie seguía vistiendo como un alumno de un colegio privado de Falmouth, poniéndose chaqueta para asistir a clase y traje los domingos. Era el polo opuesto de Ronnie Malenfant, que juraba como un carretero, estaba cargado de prejuicios y poseía una natural aptitud para los números. Cuando ambos se cruzaban en el pasillo, uno veía casi

encogerse a Dearie para poner distancia entre él y Ronnie, cuyos revueltos rizos rojos caían sobre un rostro que parecía huir de sí mismo, desde la salediza frente hasta la barbilla casi invisible de tan hundida. Entre la frente y la barbilla se hallaban sus ojos perpetuamente legañosos y su nariz perpetuamente mocosa..., por no hablar de los labios, tan rojos que parecía llevarlos pintados con un carmín barato y chillón.

Dearie no apreciaba a Ronnie, pero Ronnie no afrontaba solo su desaprobación; por lo visto, Dearie no apreciaba a *ninguno* de los chicos que se encontraban bajo su responsabilidad. Tampoco nosotros sentíamos la menor simpatía por él, y Ronnie lo aborrecía manifiestamente. La antipatía de Skip Kirk hacia él incluía cierto grado de desprecio. Skip había estado con Dearie en el CIOR (al menos hasta noviembre, fecha en que Skip abandonó el curso), y decía que Dearie lo hacía todo mal menos lamer culos. Skip, que en su último año de secundaria había estado a punto de ser seleccionado para el equipo estatal de béisbol, tenía una explícita queja contra nuestro encargado de planta: Dearie, sostenía Skip, era incapaz de atrapar una pelota al vuelo. Para Skip, ése era el peor de los pecados. Uno tenía que ser capaz de atrapar una pelota al vuelo, aunque luego no supiera qué hacer con ella.

A mí, Dearie me desagradaba tanto como a cualquier otro. Tolero muchos defectos humanos, pero no resisto a los santurrones. Así y todo, también me inspiraba lástima. Para empezar, Dearie carecía de sentido del humor, y en mi opinión ésa es una clase de atrofia tan lamentable como la que padecía Stoke Jones. Por otro lado, dudo que Dearie se apreciara mucho a sí mismo.

—El PPD no llegará siquiera a plantearse si Dearie no descubre al culpable —dije a Nate—. Y en caso de que lo descubra, me cuesta creer que el prefecto Garretsen acceda a imponer semejante castigo a alguien por rociar de espuma la puerta del encargado de planta.

No obstante, Dearie era muy persuasivo cuando se lo proponía. Por más que su familia hubiera caído en desgracia, él conservaba cierto aire de clase alta, y ése era, naturalmente, otro de los motivos de nuestra antipatía hacia él. «Trotador», lo llamaba Skip, porque en las sesiones de preparación física del CIOR, mientras los demás corrían por la periferia del campo de fútbol, él se limitaba a seguirlos a un trote rápido.

—Con tal de que no hayas sido tú... —dijo Nate, y casi me eché a reír. Nate Hoppenstand sentado allí sin más indumentaria que los calzoncillos y el casquete, con su pecho estrecho de niño, sin vello y salpicado de pecas. Nate mirándome seriamente por encima de las delicadas costillas de su prominente caja torácica. Nate en el papel de padre. Bajando la voz, añadió—: ¿Crees que ha sido Skip?

—No. Puestos a pensar en alguien de esta planta que pueda encontrar gracioso llenar de espuma la puerta del encargado, diría...

—Ronnie Malenfant.

—Exacto —confirmé, apuntando a Nate con un dedo a modo de pistola y guiñándole el ojo.

—Te he visto ir hasta el Franklin con esa chica rubia, Carol —comentó Nate—. Es guapa.

—Sólo la acompañaba —dije.

Nate sonrió como dando a entender que a él no lo engañaba. Quizá tenía razón. Carol me gustaba, desde luego, pero apenas sabía nada de ella, salvo que era de Connecticut. Entre los universitarios que estudiaban y trabajaban, pocos procedían de otros estados.

Me encaminé por el pasillo hacia la sala común con el manual de geología bajo el brazo. Ronnie estaba allí, luciendo el casquete con la parte delantera alzada de modo que semejaba el sombrero de fieltro de un periodista. Sentados a la misma mesa, había otros dos chicos de nuestra planta, Hugh Brennan y Ashley Rice. No daba la impresión de que aquél fuera el sábado más apasionante de sus vidas, pero cuando Ronnie me vio, se le iluminó la mirada.

—¡Pete Riley! —exclamó—. ¡Precisamente la persona que andaba buscando! ¿Sabes jugar a los corazones?

—Sí. Por suerte, también sé estudiar —contesté, y levanté el manual de geología, pensando ya que probablemente tendría que bajar a la sala de la segunda planta si de verdad quería aprovechar el tiempo. Porque Ronnie nunca callaba. En apariencia, era incapaz de callar. Ronnie Malenfant era una auténtica cotorra.

—Vamos, sólo una partida a cien tantos —insistió, tratando de engatusarme—. Jugamos a cinco centavos por tanto, y a estos dos se les da tan bien el juego como la jodienda a un par de viejos.

Hugh y Ashley esbozaron una estúpida sonrisa, como si acabaran de oír un cumplido. Los insultos de Ronnie eran tan burdos y directos, rezumaban tal causticidad, que la mayoría de la gente los tomaba a broma, quizá incluso como velados halagos. No eran ni lo uno ni lo otro. Ronnie hacía sus hirientes comentarios con toda intención.

—Ronnie, tengo un examen el martes, y no me aclaro con ese lío del geosinclinal.

—Manda a la mierda el geosinclinal —repuso Ronnie, y Ashley Rice rió disimuladamente—. Te queda todo el día por delante, y todo mañana y todo el lunes para dedicarle al geo-jodido-sinclinal.

—El lunes tengo clase, y mañana Skip y yo pensamos ir a Oldtown. Hay un recital de entrada libre en la iglesia metodista, y queremos...

—Déjalo, no sigas, no me hables de esa mierda folk y ahórrame un dolor de escroto. Yo eso me lo paso por el culo, ¿vale? Oye, Pete...

—Ronnie, en serio...

—Vosotros dos no mováis el puto culo de ahí, par de papanatas —advirtió Ronnie

a Ashley y Hugh, lanzándoles una mirada asesina.

Ninguno de los dos rechistó. Probablemente ambos tenían dieciocho años, como todos los demás, pero cualquiera que haya pasado por la universidad sabe que cada septiembre se matriculan muchachos de dieciocho años recién cumplidos y muy inmaduros, sobre todo en las zonas rurales. Precisamente eran ésos los estudiantes entre los que Ronnie gozaba de mayor predicamento. Les imponía respeto. Les pedía prestados el abono del comedor, los azotaba con la toalla en las duchas, los acusaba de respaldar las ideas de Martin Luther King (quien, según Ronnie, iba a las manifestaciones en su Jaguar), los sableaba, y si alguien le pedía fuego, contestaba: «Machácatela hasta que salten chispas, pelele». A pesar de todo eso, o *debido* a todo eso, ellos adoraban a Ronnie. Lo adoraban porque lo encontraban muy... *universitario*.

Ronnie me cogió por el cuello y trató de llevarme a rastras al pasillo para hablar conmigo en privado. Yo, que no sentía el menor respeto por él y sí, en cambio, cierta repugnancia por el olor a tigre procedente de sus sobacos, le agarré los dedos, se los doblé hacia atrás y le aparté la mano.

—No hagas eso, Ronnie.

—¡Ay, eh, ay! ¡Vale, vale, vale! Sólo quiero que me acompañes afuera un momento. Y suéltame, me haces daño. Además, ésa es la mano que uso para cascármela, joder.

Le solté la mano (preguntándome si se la habría lavado desde la última paja), pero salí con él al pasillo. Allí me cogió de los brazos y, con sus legañosos ojos muy abiertos, me habló con seriedad.

—Esos dos no saben jugar —susurró con tono confidencial—. Acaban de salir del huevo, Pete, pero les encanta ese juego. Se pirran por ese juego, ¿sabes? A mí, a diferencia de ellos, no me gusta, pero sé jugar. Por otra parte, estoy a dos velas, y esta noche pasan dos películas de Bogart en el auditorio Hauck. Si puedo sacarles a éstos un par de pavos...

—¿Películas de Bogart? ¿No será una de ellas *El motín del Caine*?

—Acertaste. *El motín del Caine* y *El halcón maltés*, Bogie en su máxima expresión, ahí, mirándote, encanto. Si les saco a esos dos pardillos un par de pavos, podré ir. Si les saco cuatro, podré invitar a alguna nena del Franklin y quizá conseguir luego una mamada. —Ése era Ronnie, siempre tan romántico. Me lo representé por un momento como Sam Spade en *El halcón maltés* diciendo a Mary Astor que se bajara al pilón. Sólo de pensarlo se me cortó el aliento—. Pero tengo un grave problema, Pete. Jugar a los corazones con sólo tres jugadores es arriesgado. ¿Quién se atreve a ir a por todas sobrando una jodida carta que no conoces?

—¿Cómo vais a jugar? ¿Partida a cien tantos y todos los perdedores pagan al ganador?

—Sí. Y si te apuntas, te daré la mitad de lo que gane y te devolveré lo que pierdas —respondió con una angelical sonrisa.

—¿Y si te gano yo?

Ronnie me miró por un momento con expresión de sorpresa y luego desplegó los labios en una sonrisa aún más amplia.

—No en esta vida, encanto. Soy un científico de la baraja.

Consulté la hora en mi reloj y luego eché un vistazo a Ashley y Hugh. Realmente no parecían grandes rivales, los desdichados.

—Te propongo otra cosa —dije—. Una partida a cien tantos. Cinco centavos el tanto. Nadie devuelve nada. Jugamos, luego me pongo a estudiar, y buen fin de semana para todos.

—Trato hecho. —Cuando entramos de nuevo en la sala, añadió—: Me caes bien, Pete, pero los negocios son los negocios, y esta mañana voy a joderte como no te jodió ninguno de esos novios maricas que tenías en el instituto.

—En el instituto no tenía ningún novio marica —respondí—. Casi todos los fines de semana me iba en autostop a Lewiston para darle por el culo a tu hermana.

Ronnie sonrió, se sentó cogió el mazo de cartas y empezó a barajar.

—En cuanto al culo de mi hermana, te abrí bien el camino, ¿verdad?

Era imposible caer más bajo que el hijo de la señora Malenfant, eso era un hecho. Muchos lo intentaron pero, por lo que yo sé, nadie lo consiguió.

6

Ronnie era un fanático de lengua viperina, tenía una personalidad abyecta y despedía siempre un asqueroso hedor a hongos, pero sabía jugar a cartas, eso he de reconocerlo. No era el genio que creía ser, al menos en el juego de los corazones, donde la suerte desempeña un papel importante, pero se le daba bien. Cuando se concentraba plenamente, era capaz de recordar todos los naipes jugados hasta el momento, y por eso, supongo, no le gustaban las partidas a tres, con una carta excluida. Sin el inconveniente de la carta sobrante, Ronnie era implacable.

Aun así, las cosas no me fueron mal aquella primera mañana. Cuando Hugh Brennan rebasó la barrera de los cien tantos en la partida inicial, yo tenía una puntuación de treinta y tres, contra los veintiocho de Ronnie. Hacía dos o tres años que no jugaba a los corazones, ésa era la primera vez que jugaba por dinero, y veinticinco centavos se me antojaron un precio barato por tan imprevisto pasatiempo. Esa partida le costó a Ashley dos dólares y cincuenta centavos; el desventurado Hugh

tuvo que apoquinar tres con sesenta. Por lo visto, Ronnie había ganado después de todo dinero suficiente para las entradas al cine de él y una acompañante; no obstante, la chica en cuestión debería ser una incondicional admiradora de Bogart para hacerle a Ronnie una mamada. O incluso para darle un beso de despedida.

Ronnie se hinchó como un cuervo custodiando los restos de un animal recién atropellado en una carretera.

—Lo conseguí —dijo—. Os compadezco a vosotros los perdedores, pero lo conseguí, Riley. Es como dice esa canción de los Doors: los hombres no lo saben pero las niñas lo entienden.

—Eres un enfermo, Ronnie —contesté.

—Quiero jugar otra —declaró Hugh. Creo que P. T. Barnum tenía razón: cada minuto nace uno como Hugh—. Quiero recuperar mi dinero.

—Bueno —respondió Ronnie, revelando sus dientes sucios en una amplia sonrisa —, estoy dispuesto a darte por lo menos una oportunidad. —Se volvió hacia mí—. ¿Y tú qué dices, colega?

El manual de geología permanecía olvidado en el sofá, detrás de mí. Deseaba recobrar mis veinticinco centavos, y ganar de paso unos cuantos más para que tintinearan con los otros en mi bolsillo. Pero, sobre todo, deseaba darle una buena lección a Ronnie Malenfant.

—Reparte —dije, y luego pronuncié la frase que repetiría un millar de veces en las turbulentas semanas venideras—: ¿En esta mano se pasa a la izquierda o a la derecha?

—A principio de partida, siempre a la derecha. ¡Qué tarado! —Ronnie soltó una carcajada, se desperezó, y contempló alegremente cómo salían los naipes del mazo y se deslizaban por la mesa—. ¡Dios, me encanta este juego!

7

Aquella segunda partida fue en realidad el inicio de mi adicción. Esta vez no fue Hugh sino Ashley quien aumentó meteóricamente su cuenta hacia el centenar de tantos, con la entusiasta ayuda de Ronnie, que no perdía ocasión de endosarle la bruja. A lo largo de la partida, la dama de picas me cayó sólo dos veces. La primera vez la aguanté durante cuatro bazas consecutivas pese a que podría habérsela colocado a Ashley. Al final, cuando empezaba a pensar que acabaría comiéndomela, Hugh ganó una baza y en la siguiente salió él en lugar de Ashley, echando diamantes. Debería haber sabido que yo no tenía cartas de ese palo, que no lo había seguido ni

una sola vez desde el comienzo de la mano, pero los Hughs de este mundo no se enteran de casi nada. Por eso, supongo, los Ronnies de este mundo muestran tanto interés en jugar a cartas con ellos. Cerré la baza con la bruja, me tapé la nariz con los dedos y emití un bocinazo dedicado a Hugh. Ésa era nuestra peculiar manera de mofarnos allá por los extraños y ya lejanos años sesenta.

—¿Por qué has hecho eso? —me preguntó Ronnie con desdén—. Podrías haber dejado fuera de la partida a ese soplapollas. —Señaló con el mentón a Ashley, que nos miraba con expresión ausente.

—Sí, pero no soy tan idiota. —Apoyé un dedo en la hoja de puntuaciones. A esas alturas de la partida Ronnie llevaba treinta tantos; yo, treinta y cuatro. Los otros dos sumaban cantidades mucho mayores. La cuestión no era quién de las dos víctimas de Ronnie perdía, sino quién de los dos que sabíamos jugar ganaba—. Tampoco a mí me importaría ir a ver esas películas de Bogie, ¿sabes, encanto?

Ronnie exhibió en una mueca sus objetables dientes. En ese momento actuaba para la galería, ya que habíamos atraído una media docena de espectadores, entre ellos Skip y Nate.

—Así es como quieres jugar, ¿eh? —dijo Ronnie—. De acuerdo. Ábrete de nalgas, tarado; estás a punto de tomar por el culo.

Dos manos después, fui yo quien le dio por el culo a él. Ashley, que comenzó la última mano con noventa y ocho tantos, sobrepasó el tope sin tardanza. Los espectadores guardaban un silencio sepulcral, esperando a ver si yo conseguía realmente colocarle seis corazones a Ronnie, el número de tantos en que él debía aumentar su cuenta para que lo venciese por uno de diferencia.

Ronnie empezó bien, echando en todas las bazas una carta inferior a la de salida y evitando así tener que salir él a la siguiente baza. En el juego de los corazones, cuando uno recibía cartas bajas, era prácticamente imbatible.

—¡Riley está listo! —informó al público—. ¡Joder, está a punto de caramelo!

Eso mismo creía yo, pero al menos tenía la dama de picas. Si lograba endosársela, aún podía ganar. No sacaría demasiado dinero de Ronnie, pero a los otros iba a costarles cara la broma: más de cinco dólares entre los dos. Y vería demudarse el rostro de Ronnie. Ése era mi mayor deseo: ver cómo el regodeo daba paso a la rabia. Quería taparle la boca de una vez.

La mano llegó a las tres últimas bazas. Ashley echó el seis de corazones. Hugh tiró el cinco. Yo seguí con el tres, y vi desvanecerse la sonrisa de Ronnie cuando echaba el nueve y asentaba la baza. Con eso, su ventaja se reducía a sólo tres tantos, y mejor aún, salía él en la siguiente baza. A mí me quedaban el valet de tréboles y la dama de picas. Si Ronnie tenía un trébol más bajo y lo echaba, yo iba a comerme la bruja y a verme obligado a soportar su autobombo, que sería mordaz. Pero si...

Salió con el cinco de diamantes. Hugh se mantuvo por debajo echando el dos de

diamantes; Ashley, con una sonrisa de perplejidad que inducía a pensar que no entendía nada, tiró una carta de otro palo.

En la sala reinaba un silencio absoluto.

Sonriente, completé la baza —la baza de *Ronnie*— echando la dama de picas sobre las otras tres cartas. Se oyó un suspiro general en torno a la mesa, y cuando alcé la mirada, vi que la media docena de espectadores se había convertido en casi una docena. David Dearborn, reclinado contra el marco de la puerta, con los brazos cruzados, nos observaba con expresión ceñuda. Detrás de él, en el pasillo, había alguien más; alguien apoyado en un par de muletas.

Supongo que Dearie ya había consultado su sobado manual de normas —*Reglamento para las residencias de la Universidad de Maine, edición 1966-67*— y descubierto con honda decepción que ninguna prohibía los juegos de naipes, ni siquiera con apuestas. Pero su decepción no era nada en comparación con la de Ronnie.

En este mundo hay buenos perdedores, hay perdedores picajosos, perdedores malhumorados, perdedores desafiantes, perdedores llorones... y hay también perdedores absolutamente enloquecidos. Ronnie pertenecía a esta última clase. Las mejillas se le tiñeron de rojo en el centro y casi morado alrededor. Contrajo la boca de tal modo que quedó reducida a apenas una sombra, y vi tensarse sus mandíbulas cuando se mordió los labios.

—¡Vaya! —exclamó Skip—. Mirad quién la ha cagado.

—¿Por qué has hecho eso? —prorrumpió Ronnie sin prestar atención ni a Skip ni a ningún otro de los presentes salvo a mí—. ¿Por qué has hecho eso, imbécil de mierda?

La pregunta me desconcertó y —admitámoslo— su ira me causó un profundo placer.

—Verás —dije—, según Vince Lombardi, ganar no lo es todo, es lo único. Y ahora a pagar, Ronnie.

—Eres un maricón —repuso—. Eres un jodido marica. ¿Quién ha repartido?

—Ashley —contesté—. Y si tienes intención de llamarme tramposo, dilo a las claras. Entonces yo daré la vuelta a la mesa, te agarraré antes de que te escapes y te partiré la cara.

—¡En mi planta nadie le parte la cara a nadie! —advirtió Dearie con tono enérgico desde la puerta, pero nadie pareció oírlo. Todos estaban pendientes de Ronnie y de mí.

—No te he llamado tramposo; sólo he preguntado quién ha repartido —dijo Ronnie. Casi percibía su esfuerzo por controlarse, por tragarse la humillación y sonreír, pero tenía lágrimas de rabia en los ojos (grandes y verdes, aquellos ojos eran el único rasgo de su cara que se salvaba), y bajo los lóbulos de las orejas, las

articulaciones de la mandíbula seguían contrayéndose y distendiéndose. Semejaban dos corazones gemelos latiendo a ambos lados de su rostro—. Me importa un carajo. Sólo me has ganado de diez tantos; eso son cincuenta centavos. Ya ves tú qué fortuna.

En el instituto, yo no fui un gran deportista como Skip Kirk —debate y atletismo eran mis únicas actividades extraacadémicas—, y en mi vida había amenazado a nadie con partirle la cara. Sin embargo, Ronnie parecía un buen comienzo, y sabe Dios que hablaba en serio. Creo que todos se dieron cuenta. Una erupción de adrenalina adolescente se había producido en la sala; se olía, casi se paladeaba. Una parte de mí —una gran parte— deseaba que Ronnie me provocara. Una parte de mí deseaba sacudirle el polvo. Sacudirle de lo lindo.

En la mesa comenzó a aparecer dinero. Dearie se acercó, el ceño aún más marcado, pero no dijo nada..., por lo menos a ese respecto. Preguntó, en cambio, si alguno de los presentes le había embadurnado la puerta de espuma de afeitar, o sabía quién lo había hecho. Todos nos volvimos a mirarlo, advirtiéndole que Stoke Jones se había situado en el umbral en cuanto Dearie entró en la sala. Stoke permanecía suspendido de las muletas, observándonos con su mirada inteligente.

Tras unos instantes de silencio, Skip dijo:

—¿Seguro que no eres sonámbulo y lo has hecho tú mismo mientras dormías, David?

El chiste fue recibido con carcajadas, y en esta ocasión le tocó a Dearie sonrojarse. El rubor empezó a asomarle por el cuello y le subió por las mejillas y la frente hasta las raíces del cabello cortado a cepillo (el peinado a lo Beatle y esas mariconadas no iban con él).

—Vale más que no vuelva a pasar, ya podéis hacer correr la voz —dijo Dearie, imitando también él a Bogie sin proponérselo—. No pienso permitir a nadie que se burle de mi autoridad.

—¡Bah, corta el rollo! —masculló Ronnie, que había reunido los naipes y los barajaba desconsoladamente.

En tres zancadas, Dearie se plantó ante Ronnie, lo agarró por los hombros de su camisa con el emblema de la Ivy League y tiró de él. Ronnie se puso en pie por propia iniciativa para evitar que se le rompiera la camisa. No tenía muchas camisas de buena calidad; ni él ni ninguno de nosotros.

—¿Qué has dicho, Malenfant?

Ronnie miró alrededor y vio lo que probablemente había visto durante la mayor parte de su vida: ni ayuda ni solidaridad. Como de costumbre, estaba solo. Y no sabía por qué.

—No he dicho nada. Joder, Dearborn, no seas tan paranoico.

—Exijo una disculpa —repuso Dearie.

Ronnie forcejeó entre sus manos.

—No he dicho nada. ¿Por qué he de pedirte disculpas?

—Discúlpate de todos modos, y quiero oír verdadero arrepentimiento.

—Vamos, dejadlo ya —terció Stoke Jones—. Todos. Tendríais que veros. Estupidez elevada a la enésima potencia.

Dearie lo miró sorprendido. Todos nos sorprendimos, creo, quizá incluso el propio Stoke.

—David, estás cabreado por que alguien te ha llenado la puerta de espuma —dijo Skip.

—En eso te doy la razón: estoy cabreado. Y te exijo una disculpa, Malenfant.

—Déjalo estar —insistió Skip—. Ronnie sólo se ha dejado llevar por el mal genio porque acaba de perder una partida muy reñida. Él no ha embadurnado la jodida puerta.

Observé a Ronnie para ver cómo reaccionaba ante la insólita experiencia de que alguien saliera en su defensa y advertí un revelador cambio en sus ojos verdes, casi un estremecimiento. En ese momento tuve prácticamente la certeza de que había sido Ronnie quien había rociado de espuma de afeitar la puerta de Dearie. ¿Quién, si no, era el más firme candidato entre todos mis conocidos?

Si Dearie hubiera notado ese ligero parpadeo de culpabilidad, seguramente habría llegado a la misma conclusión que yo. Pero Dearie tenía la mirada fija en Skip, quien a su vez lo miraba a él con serenidad. Transcurridos unos segundos para convencerse de que obraba por propia voluntad, Dearie soltó a Ronnie. Ronnie se sacudió, se alisó las arrugas de los hombros y empezó a rebuscarse en los bolsillos para sacar unas monedas con que pagarme.

—Lo siento —se disculpó Ronnie finalmente—. No sé qué te ha jodido tanto, pero lo siento. No te imaginas cuánto lo siento, estoy hecho mierda de tanto como lo siento, hasta me duele el culo de lo mucho que lo siento. ¿Contento?

Dearie retrocedió un paso. Yo había percibido momentos antes la adrenalina en el ambiente, y sospeché que Dearie percibía con igual claridad la generalizada animadversión que confluía en su persona. Incluso Ashley Rice, que parecía el osito gordinflón de una historieta de dibujos animados, miraba a Dearie con manifiesta hostilidad. Se daba allí una situación que el poeta Gary Snyder habría descrito como béisbol bajo un mal karma. Dearie era el encargado de planta: strike uno. Intentaba dirigir nuestra planta como si fuera un apéndice de su adorado CIOR: strike dos. Y era un vulgar estudiante de segundo en una época en que los estudiantes de segundo creían que acosar a los de primero formaba parte de sus obligaciones morales: strike tres, y Dearie al banquillo.

—Haced correr la voz de que no voy a tolerar mamarrachadas de instituto en mi planta —dijo Dearie (era su planta, por si alguien lo dudaba aún). Permanecía más tieso que una vara con su camiseta de la Universidad de Maine y su pantalón caqui,

su pantalón caquí *planchado* pese a ser sábado—. Esto *no* es el instituto; esto es el Chamberlain Hall de la Universidad de Maine. Vuestros días de bromas pesadas han quedado atrás. Ya es hora de que os comportéis como estudiantes universitarios.

Supongo que mi elección como «payaso de la clase» en el anuario de 1966 del instituto de Gates Falls estaba justificada. Golpeando los tacones y llevándome la mano a la sien en un saludo militar al estilo británico, con la palma casi totalmente hacia adelante, contesté a pleno pulmón:

—¡A la orden, mi sargento!

Se oyeron risas nerviosas entre los espectadores; Ronnie soltó una ponzoñosa carcajada, y Skip sonrió. Skip miró a Dearie con los hombros encogidos, las cejas enarcadas y una mano en alto apuntando al cielo. «¿Ves lo que has conseguido?», daba a entender. «Actúa como un gilipollas, y te tratarán como tal». La elocuencia perfecta, creo, es casi siempre muda.

Dearie clavó la mirada en Skip, también en silencio. Luego me miró a mí con semblante inexpresivo, casi sin vida, y deseé haber reprimido por una vez el impulso a hacerme el gracioso. Pero cuando uno tiene la tendencia innata a hacerse el gracioso, el problema es que el impulso se materializa aun antes de que el cerebro haya puesto la primera marcha. Me figuro que en los tiempos lejanos de los valerosos caballeros andantes más de un bufón de corte terminaba colgado de los huevos cabeza abajo. En *La muerte de Arturo* no se narran esas cosas, pero probablemente así era: a ver si te ríes ahora, hijo de puta disfrazado de arlequín. En cualquier caso, comprendí de inmediato que acababa de crearme un enemigo.

Dearie dio una marcial media vuelta casi impecable y salió de la sala común marcando el paso. Ronnie torció la boca en una mueca que afeó más aún su cara de por sí fea: la sonrisa del villano en un melodrama. Hizo un gesto obsceno en dirección a la erguida espalda de Dearie. Hugh Brennan ahogó una estúpida risita, pero nadie rió realmente. Stoke Jones había desaparecido, asqueado por lo visto de todos nosotros.

Ronnie echó una vivaz mirada alrededor.

—¿Y bien? —preguntó—. Yo sigo a vuestra disposición. Cinco centavos el tanto, ¿quién quiere jugar?

—Yo —respondió Skip.

—Y yo también —dije sin lanzar siquiera un vistazo al manual de geología.

—¿A corazones? —preguntó Kirby McClendon. Con sus dos metros de estatura, era el estudiante más alto de la planta, quizá el más alto del campus, y tenía un rostro alargado y melancólico de sabueso—. Claro que quiero jugar. Una buena elección.

—¿Y nosotros? —protestó Ashley.

—¡Eso digo yo! —añadió Hugh. A eso se llamaba masoquismo.

—No dais la talla para jugar en esta mesa —contestó Ronnie con un tono que,

tratándose de él, podía interpretarse casi como amabilidad—. ¿Por qué no organizáis una partida por vuestra cuenta?

Ashley y Hugh siguieron su consejo. A las cuatro de la tarde todas las mesas de la sala común estaban ocupadas por cuartetos de estudiantes de la tercera planta, modestos becarios que tenían que comprar sus manuales en la sección de viejo de la librería, enfrascados en el juego de los corazones a cinco centavos el tanto. En nuestra residencia había empezado la temporada de locura.

8

El sábado por la noche volvía a tocarme lavar platos en el Holyoke. Pese a mi naciente interés por Carol Gerber, intenté cambiarle el turno a Brad Witherspoon —Brad tenía que trabajar en la cocina el domingo por la mañana, y madrugar le gustaba tan poco como a Skip—, pero se negó. A esas alturas, también él jugaba, y había perdido dos pavos. Estaba desesperado por recuperarlos. Se limitó a mover la cabeza en un gesto de negación y a echar la carta de picas que tenía en la mano.

—¡Vamos a la caza de la bruja! —exclamó, y su voz sonó extrañamente parecida a la de Ronnie Malenfant. Lo más insidioso de Ronnie era que la gente con poca personalidad lo consideraba digno de emulación.

Dejé mi asiento en la mesa inicial, donde había pasado la mayor parte del día, y de inmediato ocupó mi lugar un muchacho llamado Kenny Auster. Me había embolsado casi nueve dólares (básicamente porque Ronnie se había ido a otra mesa para no ver reducidas sus ganancias por mi causa) y debería haber estado contento, pero no lo estaba. Lo importante no era el dinero; era el juego. Deseaba continuar jugando.

Me alejé desconsoladamente por el pasillo, entré un momento en la habitación y pregunté a Nate si le apetecía cenar temprano con los ayudantes de cocina. Se limitó a negar con la cabeza sin apartar la vista de su libro de historia. Cuando la gente habla del activismo estudiantil en los sesenta, debo recordarme que la mayoría de los universitarios vivieron aquella temporada de locura del mismo modo que Nate: con la cabeza gacha y la mirada fija en el libro de historia mientras la historia se desarrollaba a un paso de ellos. No quiero decir que Nate permaneciera por completo ajeno, o por completo entregado a los estudios y al margen de todo, no, ni mucho menos. Pero de eso ya hablaremos más adelante.

Me encaminé hacia el Palacio de las Grandes Llanuras, subiéndome la cremallera de la cazadora para protegerme del aire cada vez más frío. Eran las cuatro y cuarto de

la tarde. El comedor no se abría al público hasta las cinco, de modo que a aquella hora apenas transitaba nadie por las calles que confluían en la Carrera de Bennett. No obstante, sí estaba allí Stoke Jones, encorvado sobre sus muletas y contemplando pensativamente algo que había en el suelo. No me sorprendió encontrarlo. Los estudiantes con alguna clase de discapacidad física podían comer una hora antes que el resto. Si no recuerdo mal, ése era el único trato especial que recibían los inválidos. Si uno tenía una tara física, estaba autorizado a comer con los ayudantes de cocina. La negra huella de gorrión que llevaba dibujada en la espalda se veía nítidamente bajo la luz del atardecer.

Cuando me acerqué a él, descubrí qué miraba: la *Introducción a la sociología*. Se le había caído en los gastados ladrillos rojos del paseo Bennett y buscaba una manera de recuperarlo sin acabar de bruces en el suelo. Empujaba una y otra vez el libro con la punta de una muleta. Stoke tenía dos o quizá tres pares distintos de muletas; aquéllas en particular iban provistas de una serie de abrazaderas ascendentes que se ajustaban a los antebrazos. Lo oí musitar entre dientes «Ris ras, ris ras» mientras desplazaba el libro en vano de un lado a otro. Cuando caminaba impulsándose con las muletas, emitía ese «ris ras» con tono resuelto. En las actuales circunstancias, en cambio, reflejaba frustración. Más tarde, cuando conocí mejor a Stoke (no lo llamaré Ris-Ras, aunque muchos de los imitadores de Ronnie lo apodaban así al final del semestre), quedé fascinado por la gran diversidad de matices que podía entrañar aquel «ris ras». Eso fue antes de averiguar que los navajos tenían cuarenta maneras diferentes de decir la palabra «nube». Eso fue antes de averiguar muchas cosas, en realidad.

Al oír mis pisadas, volvió la cabeza con tal ímpetu que casi se desplomó de todos modos. Alargué un brazo para sujetarlo. Stoke se apartó bruscamente, pareciendo flotar en la vieja trenca que llevaba puesta.

—¡No te acerques a mí! —exclamó como si pensara que pretendía empujarlo. Alcé las manos para demostrar mis pacíficas intenciones y me agaché—. ¡Y no toques mi libro!

A esta última exigencia hice oídos sordos, limitándome a coger el manual del suelo y encajárselo bajo el brazo como un periódico.

—¡No necesito tu ayuda!

Estuve a punto de contestarle con aspereza, pero reparé de nuevo en la lividez de sus mejillas en torno a sendas manchas rojas en el centro y en su cabello empapado de sudor. Otra vez percibí su olor —ese aroma a transformador recalentado— y advertí que también lo oía: su respiración iba acompañada de un sonido ronco y flemoso. Si Stoke Jones no había averiguado aún dónde estaba la enfermería, sospeché que no tardaría en enterarse.

—Por Dios, tampoco es que me haya ofrecido a llevarte a caballo —dije. Intenté

alegrar mi avinagrado semblante con una sonrisa y lo conseguí hasta cierto punto. ¿Por qué no iba a sonreír? ¿Acaso no llevaba nueve pavos en el bolsillo que no tenía al comienzo del día? Para lo que corría en la tercera planta del Chamberlain, era rico.

Jones me miró con sus ojos oscuros. Apretó los labios por un momento, pero finalmente movió la cabeza en un gesto de asentimiento.

—Muy bien. Mensaje comprendido. Gracias.

Dicho esto reanudó su apresurado ascenso por el paseo. Al principio, me sacó una considerable ventaja, pero más adelante la empinada cuesta hizo mella en sus fuerzas y lo obligó a aminorar la marcha. Se le aceleró la respiración y el ronco estertor se hizo más audible. Lo oí con toda claridad cuando lo alcancé de nuevo.

—¿Por qué no te lo tomas con calma? —pregunté.

Me lanzó una mirada de impaciencia, como molesto de verme aún allí, y repuso:

—¿Por qué no te vas a la mierda?

Señalé su libro de sociología.

—Se te está resbalando otra vez.

Stoke se detuvo, se reacomodó el libro bajo el brazo y volvió a afianzarse en las muletas, encorvado como una garza furiosa y mirándome torvamente a través de sus greñas negras.

—Sigue adelante —dijo—. No necesito tus cuidados.

Me encogí de hombros.

—No pretendía cuidar de ti; sólo buscaba compañía.

—Prefiero estar solo.

Proseguí mi camino, irritado pese a los nueve pavos. Nosotros los payasos de la clase no tenemos una desesperada necesidad de amigos —con dos o tres nos basta para toda la vida—, pero no reaccionamos demasiado bien cuando nos despiden con cajas destempladas. Nuestro objetivo es contar con un gran número de conocidos a quienes hacer reír.

—Riley —me llamó Stoke desde atrás.

Me volví. Había decidido atemperarse un poco, después de todo, pensé. ¡Qué equivocado estaba!

—Hay gestos y gestos —dijo Stoke—. Poner espuma de afeitar en la puerta del encargado de planta no se diferencia mucho de limpiarse los mocos en el asiento del pupitre de la pequeña Susie porque no se nos ocurre otra manera de expresarle nuestro amor.

—Yo no he puesto espuma en la puerta de Dearie —reliqué, aún más irritado.

—No, pero juegas a cartas con el gilipollas que lo ha hecho, dándole así credibilidad —declaró Stoke. Creo que aquélla era la primera vez que oía esa palabra, una palabra que tendría una trayectoria excepcionalmente sórdida en los setenta y los desbravados ochenta. Sobre todo en el mundo de la política. Creo que la

«credibilidad» murió de vergüenza alrededor de 1986, cuando todos aquellos manifestantes antibelicistas e intrépidos defensores de la igualdad racial de los sesenta empezaron a descubrir los bonos basura, las revistas de decoración y jardinería, y los andadores motorizados de uso doméstico—. ¿Por qué pierdes el tiempo?

Esa acusación fue lo bastante directa para crisparme, y di una respuesta que hoy en día, volviendo la vista atrás, me parece increíblemente estúpida.

—Tengo tiempo de sobra que perder.

Jones asintió con la cabeza como si no esperase nada mejor de mí. Se puso de nuevo en marcha y pasó ante mí con su acostumbrado ímpetu, la cabeza gacha, la espalda encorvada, el cabello empapado en sudor, y el libro bajo el brazo. Aguardé a que volviera a resbalársele. Esta vez, cuando eso ocurriera, le dejaría empujarlo con la punta de la muleta.

Pero no se le cayó, y cuando lo vi llegar al Holyoke, lidiar con la puerta y finalmente entrar, reemprendí mi camino. Después de llenar de comida mi bandeja, me senté con Carol Gerber y los demás ayudantes de cocina. Estábamos todo lo lejos que se podía estar de Stoke Jones, y por mí tanto mejor. También se sentaba aparte de los otros chicos inválidos, recuerdo. Stoke Jones se sentaba aparte de todo el mundo. Un Clint Eastwood con muletas.

9

Los demás comensales empezaban a llegar a las cinco. Un cuarto de hora después los ayudantes de cocina estaban en plena actividad y seguían así durante una hora. Muchos estudiantes volvían a sus casas el fin de semana, pero todos los que se quedaban en las residencias acudían al comedor para la cena del sábado, que se componía de alubias, salchichas de Frankfurt y pan de maíz. De postre había gelatina con sabor a frutas. En el Palacio de las Grandes Llanuras casi siempre había gelatina de postre. Si el cocinero estaba animado, cabía la posibilidad de que la gelatina se sirviera con trozos de fruta.

Carol se ocupaba de los cubiertos, y justo cuando comenzaba a disminuir el trabajo, se apartó de la ventanilla desternillándose de risa. Un intenso color carmesí teñía sus mejillas. Lo que apareció arrastrado por la cinta transportadora era obra de Skip. Él mismo lo admitiría esa noche, unas horas después, pero yo lo adiviné al instante. Aunque Skip estaba matriculado en la Facultad de Pedagogía y destinado probablemente a dar clases de historia y entrenar al equipo de béisbol en el Dexter, su

antiguo instituto, hasta caerse muerto de un ataque al corazón por abusar del alcohol a la edad de cincuenta y nueve años más o menos, en realidad tenía sobradas aptitudes para estudiar bellas artes... y quizá lo habría hecho de no ser porque descendía de cinco generaciones de granjeros semianalfabetos. Él era sólo el segundo o tercer miembro de su numerosa familia (hablando de la religión que practicaban, Skip dijo una vez que eran «alcohólicos irlandeses») que iba a la universidad. El clan Kirk podía imaginar —a duras penas— un profesor en la familia, pero no un pintor o un escultor. Y a los dieciocho años, Skip no veía mucho más allá que su parentela. Sólo sabía que no acababa de encajar en el agujero en el que intentaba meterse, y eso le causaba cierto desasosiego, que lo inducía a vagar por habitaciones que no eran la suya, inspeccionar los discos ajenos y criticar el gusto musical de casi todo el mundo.

En 1969 tenía una idea más clara de quién y qué era. Fue en ese año cuando creó un retablo en cartón piedra que representaba a una familia vietnamita. Dicho retablo fue quemado al final de una concentración pacifista frente a la biblioteca Fogler mientras se oía de fondo el *Get Together* de los Youngbloods a través de unos amplificadores prestados y una multitud de hippies a tiempo parcial se movían al ritmo de la música como guerreros tribales después de una cacería. ¿Se dan cuenta del revoltijo de recuerdos que hay en mi mente? Sólo una cosa sé con total seguridad: aquello era la Atlántida, hundida en el fondo del mar. La familia de cartón piedra ardió; los manifestantes hippies, mientras bailaban, entonaron la consigna «¡Napalm! ¡Napalm! ¡Basura caída del cielo!», y al cabo de un rato los deportistas y los chicos de los clubes universitarios empezaron a lanzar objetos. Al principio, huevos. Después piedras.

No era una familia de cartón piedra lo que había provocado las risas de Carol y avanzaba por la cinta transportadora aquella noche del otoño de 1966; era un obsceno hombrecillo modelado en salchicha que se erguía en lo alto de un Everest de alubias con tomate. Un cipote hecho con un trozo de limpiapipas sobresalía erecto y gallardo en el lugar debido. En la mano sostenía un pequeño banderín de la Universidad de Maine y en la cabeza llevaba un pedazo de pañuelo azul plegado imitando el casquete de los alumnos de primero. En la parte frontal de la bandeja, cuidadosamente deletreado con migas de pan de maíz, se leía el mensaje: COMA MÁS ALUBIAS DE MAINE.

Una gran cantidad de obras de arte comestibles desfilaron ante mis ojos sobre la cinta transportadora durante mi época como ayudante de cocina en el Palacio de las Grandes Llanuras, pero creo que aquélla superaba a todas las demás. Sin duda Stoke Jones la habría considerado una pérdida de tiempo, pero esta vez, a mi juicio, se habría equivocado. Nada capaz de hacernos reír todavía treinta años después es una pérdida de tiempo. En mi opinión, algo así raya en la inmortalidad.

Acabé de trabajar a las seis y media, descendí por la rampa que salía de la parte trasera de la cocina con una última bolsa de basura y la eché en uno de los cuatro contenedores de acero alineados detrás del comedor como pequeños vagones de carga.

Cuando me di la vuelta, vi a Carol Gerber y un par de chicas más de pie en la esquina del edificio, fumando y contemplando la luna. Las otras dos se marcharon cuando me acercaba sacando el paquete de Pall Mall del bolsillo de la cazadora.

—¡Eh, Pete, come más alubias de Maine! —exclamó Carol, y se echó a reír.

—Sí, buena idea. —Encendí un cigarrillo. Acto seguido, sin pensarlo demasiado, dije—: Esta noche pasan dos películas de Bogart en el auditorio Hauck. La sesión empieza a las siete. Aún nos da tiempo de llegar. ¿Quieres ir?

Aspiró el humo de su cigarrillo, guardando silencio por un momento, pero aún sonreía, y supe que accedería. Un rato antes sólo deseaba regresar a la sala común de la tercera planta del Chamberlain y seguir jugando a los corazones. Sin embargo ahora, lejos de allí, el juego se me antojaba mucho menos importante. ¿Había estado esa mañana tan crispado como para amenazar a Ronnie Malenfant con partirle la cara? Por lo visto, sí; conservaba un recuerdo bastante claro del episodio. No obstante, allí fuera, en compañía de Carol, respirando el aire frío de la noche, me costaba entender por qué.

—Tengo un novio en Connecticut —respondió ella por fin.

—¿Es eso un no?

Carol, aún sonriente, negó con la cabeza. El humo del cigarrillo flotaba ante su rostro. Su cabello, libre de la redecilla que debían usar las chicas en la cocina, se agitaba con suavidad sobre su frente.

—Es información —dijo—. ¿Recuerdas *El prisionero*, la serie de televisión? «Número Seis, queremos... *información*».

—También yo tengo una novia en mi pueblo —repuse—. Más información.

—Tengo otro trabajo: clases particulares de matemáticas. He prometido a una chica de la segunda planta que le dedicaría una hora esta noche. Cálculo. ¡Qué horror! La pobre es un caso perdido y no para de gimotear, pero me sale a seis dólares la hora. —Carol rió—. Esto se pone bien; estamos intercambiando información como descosidos.

—Pero no pinta bien en cuanto a Bogie —comenté sin la menor preocupación. Sabía que iríamos a ver a Bogie. Sabía también, creo, que nos enamoraríamos en el futuro, y la perspectiva me producía una extraña sensación de ingravidez en el

estómago, una sensación como de estar despegando en un avión.

—Podría telefonar a Esther desde el Hauck y pedirle que dé la clase por mí a las diez —sugirió Carol—. Esther es una desdichada. Nunca sale. Se pasa la mayor parte del tiempo sentada con rulos en el pelo, escribiendo a su familia para contarles lo dura que es la vida en la universidad. Podríamos ver al menos la primera película.

—Eso ya está mejor —convine.

Nos encaminamos hacia el auditorio. Aquéllos eran tiempos felices, desde luego. Uno no tenía que contratar a una canguro, ni sacar al perro, ni dar de comer al gato, ni conectar la alarma antirrobo. Sólo había que ponerse en movimiento.

—¿Es esto algo así como una cita? —preguntó Carol al cabo de un momento.

—Bueno, supongo que podría llamárselo así —contesté. Pasábamos ante el Anexo Este, y otros muchos estudiantes transitaban por la calle, camino del auditorio.

—Menos mal, porque he dejado el bolso en la habitación. No podré pagar mi entrada.

—No te preocupes, soy rico. Hoy me he forrado jugando a las cartas.

—¿Al póquer?

—A los corazones. ¿Sabes jugar?

—¿Que si sé jugar? Un verano, a los doce años, pasé tres semanas en el campamento Winiwinaia, junto al lago George. Era un campamento que organizaba la Asociación Cristiana de Jóvenes; un campamento para pobres, lo llamaba mi madre. Llovió casi todos los días, y no hacíamos otra cosa que jugar a los corazones e ir a la caza de la bruja. —De pronto su mirada se tornó distante, como ocurre cuando uno tropieza con un recuerdo del mismo modo que un pie tropezaría en la oscuridad—. Buscad la dama de negro. *Cherchez la femme noire*.

—En eso consiste el juego, sí —dije, consciente por un momento de que, para ella, yo no estaba allí. Por fin regresó, me sonrió y extrajo el paquete de tabaco del bolsillo de los vaqueros. Por aquel entonces fumábamos mucho. Todos nosotros. En aquella época ni siquiera estaba prohibido fumar en las salas de espera de los hospitales. Una vez se lo conté a mi hija y de entrada no me creyó.

Saqué también yo mis cigarrillos y encendí el suyo y el mío. Fue un buen momento, los dos mirándonos a la luz de la llama del Zippo. No tan placentero como un beso, pero agradable. Volví a experimentar aquella sensación de ingravidez, de estar despegando. A veces nuestra visión se hace más amplia y aumentan nuestras esperanzas. A veces nos creemos capaces de ver detrás de las esquinas, y quizá podamos. Ésos son buenos momentos. Apagué el encendedor y seguimos adelante, fumando, su mano y la mía cerca pero sin llegar a rozarse.

—¿De cuánto dinero hablamos? —preguntó—. ¿Suficiente para escaparse a California, o quizá no tanto?

—Nueve dólares.

Carol se echó a reír y me cogió la mano.

—Considerémoslo, pues, una cita, acepto —dijo—, y de paso puedes invitarme a palomitas.

—De acuerdo. ¿Te es indiferente cuál sea la primera película?

Carol movió la cabeza en un gesto de asentimiento.

—Bogie es Bogie.

—Cierto —convine, pero esperaba que la sesión comenzara con *El halcón maltés*.

Así fue. Hacia la mitad de la película, mientras Pete Lorre interpretaba su siniestro y afeminado papel y Bogie lo contemplaba con cortés y sonriente incredulidad, miré a Carol. Ella me miraba a mí. Me incliné y le besé la boca manchada del aceite de las palomitas a la luz de la luna en blanco y negro de la inspirada primera película de John Huston. Sus labios eran tiernos y receptivos. Me aparté un poco. Seguía mirándome. Volvía a sonreír. Me tendió la bolsa de palomitas y yo correspondí a su ofrecimiento con mi paquete de caramelos, y vimos el resto de la película.

11

Cuando regresábamos al complejo de residencias Chamberlain-King-Franklin, la cogí de la mano sin pensar. Carol permitió que nuestros dedos se entrelazaran con bastante naturalidad, pero esta vez me pareció notar cierta reserva.

—¿Volverás al auditorio para ver *El motín del Caine*? —preguntó—. Podrías, si conservas la entrada. O puedo darte la mía.

—No, tengo que estudiar geología.

—Estoy segura de que acabas jugando a las cartas toda la noche.

—No puedo permitírmelo —respondí, y hablaba en serio. Tenía la firme intención de ponerme a estudiar.

—*Esfuerzos solitarios*, o *La vida de un becario* —bromeó Carol—. Una conmovedora novela de Charles Dickens. Llorarán cuando el heroico Peter Riley se arroja al río después tras descubrir que la oficina de ayudas económicas le ha retirado la beca.

Solté una carcajada. Carol era muy ocurrente.

—Yo voy en el mismo barco, ¿sabes? —prosiguió—. Si la cagamos, podríamos cometer un suicidio doble. De cabeza al Penobscot. Adiós, mundo cruel.

—A propósito, ¿qué hace una chica de Connecticut en la Universidad de Maine? —pregunté.

—Es un poco complicado. Y por si planeas pedirme que salga contigo alguna otra vez, debes saber que estás haciendo proposiciones a una menor. No cumpliré los dieciocho hasta noviembre. En secundaria, pasé directamente de sexto a octavo. Fue el año que mis padres se divorciaron, y yo me sentía fatal. La alternativa era estudiar a todas horas o convertirme en una de las chicas ligeras del instituto de Harwich. Son las que se especializan en besar con lengua y suelen quedar embarazadas a los dieciséis. ¿Sabes a qué clase de chicas me refiero?

—Claro —contesté. En Gates se las veía riendo en corrillos frente a la heladería o la lechería, esperando a que llegaran los chicos en sus Ford de carrocería pegada al suelo y sus Plymouth trucados, coches rápidos con protectores en los guardabarros y adhesivos en la luna trasera donde se leía UNA MARINA RENOVADA y ESTADO CUÁQUERO. En el otro extremo de Main Street se veía a esas chicas transformadas ya en mujeres, con diez años y veinte kilos más, bebiendo cerveza y whisky en la taberna.

—Me convertí en una máquina de estudiar. Mi padre era marino de la armada. Tuvo que retirarse por razones de salud y se trasladó aquí a Maine..., a Damariscotta, un pueblo de la costa. ¿Te suena?

Asentí con la cabeza, acordándome de Diane Renee y su canción sobre el novio formal que se había alistado en la marina.

—Vivía en Connecticut con mi madre y estudiaba en el instituto de Harwich. Solicité plaza en dieciséis universidades y me aceptaron todas menos tres... pero...

—Pero esperaban que te pagaras tú la carrera y no podías.

Carol movió la cabeza en un gesto de asentimiento.

—Creo que me faltaban unos veinte puntos en la prueba de aptitud para acceder a las mejores becas. Un par de actividades extraacadémicas probablemente me habrían ayudado, pero estaba muy ocupada empollando. Y por entonces andaba ya liada con Sully-John...

—Tu novio, ¿no?

Carol asintió, pero no como si el tal Sully-John le interesara demasiado.

—Las dos únicas universidades con programas de ayuda económica razonables eran Maine y UConn. Me decanté por Maine porque no me llevaba bien con mi madre. Discutíamos mucho.

—¿Te llevas mejor con tu padre?

—Rara vez lo veo —dijo ella con un tono indiferente y realista—. Vive con una mujer que..., en fin, beben mucho y se pelean mucho, dejémoslo ahí. Pero él consta como residente en este estado, yo soy su hija, y esto es una universidad estatal. La ayuda no cubre todos mis gastos... UConn ofrecía las mejores condiciones, francamente... pero no me asusta trabajar. Aunque sólo sea por estar lejos, vale la pena.

Aspiró hondo el aire de la noche y lo expulsó ligeramente condensado. Casi

habíamos llegado al Franklin. Desde fuera, vi en el vestíbulo a unos cuantos muchachos sentados en las escuetas sillas de plástico, esperando a que bajasen sus chicas. Juntos, parecían los retratos de una colección de carteles de búsqueda y captura. «Aunque sólo sea por estar lejos, vale la pena», había dicho Carol. ¿A qué se refería? ¿Lejos de la madre, el pueblo y el instituto, o incluía también al novio?

Ya ante la ancha puerta de entrada de su residencia, rodeé a Carol con los brazos y me incliné para besarla. Ella apoyó las manos en mi pecho y me detuvo. No me apartó, simplemente me detuvo. Me miró a los ojos con su leve sonrisa. Podía llegar a adorar aquella sonrisa, pensé; era la clase de sonrisa con cuyo recuerdo podía uno despertar en plena noche. También sus ojos azules y su cabello rubio, pero sobre todo su sonrisa, con los labios apenas arqueados y, sin embargo, dos profundos hoyuelos en las comisuras.

—El nombre completo de mi novio es John Sullivan —dijo—, como el boxeador. Ahora dime cómo se llama tu novia.

—Annmarie —contesté, sin gustarme mucho cómo sonaba en cuanto lo pronuncié—. Annmarie Soucie. Es estudiante de último curso en el instituto de Gates Falls.

Solté a Carol, y ella retiró sus manos de mi pecho y cogió las mías.

—Esto es información —repitió—. Nada más que información. ¿Todavía quieres besarme?

Asentí con la cabeza. Quería besarla más que nunca.

—Muy bien. —Eché atrás la cabeza, cerró los ojos y separó un poco los labios. Parecía una niña aguardando al pie de la escalera a que su padre le diese un beso antes de marcharse a la cama. Resultaba una pose tan encantadora que casi me eché a reír. No obstante, me incliné y la besé. Me devolvió el beso con placer y entusiasmo. No hubo contacto entre las lenguas, pero fue de todos modos un profundo beso de exploración. Cuando apartó la cara, tenía las mejillas sonrojadas y le brillaban los ojos—. Buenas noches. Gracias por invitarme al cine.

—¿Quieres hacerlo otra vez?

—Tendré que meditarlo —respondió. Sonreía pero su mirada era seria. Probablemente pensaba en su novio, del mismo modo que yo pensaba en Annmarie—. Quizá sea mejor que tú lo medites también. Nos veremos el lunes en la cocina. ¿Qué turnos tienes?

—Almuerzo y cena.

—A mí me tocan el desayuno y el almuerzo. Nos veremos, pues, en el almuerzo.

—Come más alubias de Maine —dije.

El comentario la hizo reír. Entró en la residencia. La observé alejarse, quedándome inmóvil ante la puerta con el cuello de la cazadora levantado, las manos en los bolsillos y un cigarrillo entre los labios. Me sentía todo un Bogie. La vi cruzar

unas palabras con la chica de recepción y correr luego escalera arriba, todavía riendo. Regresé al Chamberlain bajo la luz de la luna, resuelto a sumergirme de pleno en el geosinclinal.

12

Entré en la sala común de la tercera planta sólo para coger mi libro de geología, lo juro. Cuando llegué allí, todas las mesas —más una o dos sustraídas seguramente de otras plantas— estaban ocupadas por cuartetos de necios jugando a los corazones. Incluso había un grupo sentado en el suelo en un rincón, los cuatro con las piernas cruzadas y la mirada fija en las cartas. Parecían torpes yoguis.

—¡Vamos a la caza de la puta! —exclamó Ronnie Malenfant, dirigiéndose a todos en general—. ¡Vamos a sacar a esa bruja a patadas de su escondrijo, chicos!

Recogí el manual de geología del sofá donde había estado todo el día y parte de la noche (alguien se había sentado encima, hundiéndolo entre dos cojines, pero era demasiado voluminoso para quedar totalmente oculto) y lo contemplé como quien mira un artefacto cuya utilidad desconoce. En el auditorio Hauck, junto a Carol Gerber, aquella descabellada timba se me antojaba un sueño. Sin embargo, una vez allí era Carol la que me parecía parte de un sueño: Carol con sus hoyuelos y su novio con nombre de boxeador. Aún tenía seis pavos en el bolsillo y era absurdo sentir frustración sólo porque no hubiera sitio para mí en ninguna de las partidas en curso.

Estudiar, eso era lo que debía hacer. Congraciarme con el geosinclinal. Me acomodaría en la sala común del segundo piso o quizá buscaría un rincón silencioso en la sala de juegos de la planta baja.

En el preciso instante en que salía con mi *Geología histórica* bajo el brazo, Kirby McClendon tiró sus cartas y dijo:

—¡Joder! ¡Estoy en la ruina! Y todo porque he de cargar una y otra vez con la jodida dama de picas! Os entregaré pagarés, chicos, pero os doy mi palabra de que estoy en la ruina.

Pasó junto a mí sin mirar atrás y agachó la cabeza para cruzar la puerta (siempre he pensado que una estatura semejante es casi una maldición). Un mes más tarde Kirby estaría en la ruina en un sentido mucho más amplio, apartado de la universidad por asustados padres después de una crisis nerviosa y un ridículo intento de suicidio. No fue la primera víctima de la fiebre de corazones aquel otoño, ni la última, pero sí la única que trató de quitarse la vida ingiriendo dos frascos de aspirina infantil con sabor a naranja.

Lennie Doria ni siquiera se molestó en seguirlo con la mirada cuando se marchaba. Me miró a mí en lugar de a Kirby.

—¿Quieres ocupar el sitio, Riley?

Me debatí breve pero sinceramente por la salvación de mi alma. Necesitaba estudiar. Tenía *planeado* estudiar, y para un becario como yo ése era un buen plan, sin duda mucho más sensato que sentarme en aquella sala llena de humo y sumar los vertidos de mis propios Pall Mall al viciado ambiente. Así que dije:

—Sí, ¿por qué no?

Y me senté y jugué a los corazones casi hasta la una de la madrugada. Cuando por fin me arrastré a mi habitación, Nate yacía en su cama leyendo la Biblia. Eso era lo último que hacía todas las noches antes de dormirse. Según me había dicho, había leído ya dos veces de principio a fin lo que él siempre llamaba «La Palabra del Señor», y aquélla era la tercera. Iba por el Libro de Nehemías. Alzó la vista y me miró con una serena expresión interrogativa, una expresión que nunca cambiaba apenas. Ahora que lo pienso, nada en él ha cambiado apenas a lo largo de los años. Estaba en primero de odontología, y siguió con ello hasta acabar la carrera; en su última felicitación navideña adjuntó una fotografía de su nueva consulta en Houlton. La fotografía mostraba un pesebre en el jardín nevado de la consulta, con tres Reyes Magos en torno a una cuna llena de paja. Detrás de María y José se leía el letrero de la puerta: NATHANIEL HOPPENSTAND, ODONTÓLOGO. Se casó con Cindy. Continúan casados, y sus tres hijos son ya casi adultos. Imagino que *Rinty* murió y fue sustituido.

—¿Has ganado? —preguntó Nate. Empleó prácticamente el mismo tono que utilizaría años más tarde mi esposa cuando llegaba a casa medio borracho después de la partida de póquer de los jueves por la noche.

—Pues sí —contesté. Me había dejado llevar hasta la mesa donde jugaba Ronnie y había perdido tres de los seis dólares que me quedaban. Luego había ido a parar a otra mesa donde los recuperé y gané además otro par de pavos. Pero no me había acercado siquiera al geosinclinal o los misterios de las placas tectónicas.

Nate llevaba un pijama de rayas rojas y blancas. Era, creo, la única persona con quien compartí habitación en mi época universitaria que usaba pijama. Aunque, claro está, también era el único que tenía el disco *Diane Renee Sings Navy Blue*. Cuando empecé a desvestirme, Nate se deslizó entre las sábanas de su cama y alargó el brazo para apagar la lámpara de su escritorio.

—¿Ya has estudiado todo lo que entra en tu examen de geología? —preguntó cuando la oscuridad engulló su mitad de la habitación.

—Lo llevo bien —dije. Años más tarde, cuando volvía de las partidas de póquer y mi esposa me preguntaba si había bebido mucho, respondía con ese mismo tono animado: «Sólo un par de copas».

Me metí en la cama, apagué la luz y me quedé dormido casi de inmediato. Soñé que jugaba a los corazones. Repartía Ronnie Malenfant. Stoke Jones se hallaba en el umbral de la puerta, encorvado sobre sus muletas, observándome —observándonos a todos— con la severa desaprobación de un colono puritano. En el sueño, había una gran cantidad de dinero sobre la mesa, cientos de dólares en arrugados billetes de cinco y uno, pagarés al portador e incluso un par de cheques nominativos. Contemplé el dinero y luego volví a mirar hacia la puerta. Carol Gerber se hallaba ahora a un lado de Stokely. Nate, con su pijama a rayas, estaba al otro lado.

—Queremos información —dijo Carol.

—No la tendréis —contesté. En la serie de televisión, Patrick McGoochan siempre respondía eso al Número Dos.

—Has dejado la ventana abierta, Pete —reprochó Nate—. La habitación se ha enfriado y se te han volado todos los papeles.

No supe qué responder a eso, así que cogí las cartas que me habían dado y las desplegué en abanico ante mis ojos. Trece cartas, y todas eran la dama de espadas. Todas eran la *femme noire*. Todas eran la bruja.

13

En Vietnam, la guerra iba bien, según declaró Lyndon Johnson durante una breve gira por el Pacífico Sur. *Había*, no obstante, unos cuantos contratiempos menores. Las fuerzas del Vietcong abatieron tres Hueys estadounidenses a un paso de Saigón; casi en la periferia del área metropolitana de Saigón, un millar de miembros del Vietcong, según un cálculo aproximado, aniquiló a una unidad del ejército regular survietnamita con el doble de efectivos por lo menos. En el delta del Mekong, los helicópteros de Estados Unidos hundieron ciento veinte patrulleras del Vietcong donde casualmente viajaba —¡oh, sorpresa!— un gran número de niños refugiados. Estados Unidos perdió su cuadringentésimo avión de la guerra aquel octubre, un F-105 Thunderchief. El piloto saltó en paracaídas y fue rescatado sano y salvo. En Manila, el primer ministro de Vietnam del Sur Nguyen Cao Ky, insistió en que no era un político corrupto. Tampoco lo eran los miembros de su gabinete, declaró, y el hecho de que una docena de miembros del gabinete presentara la dimisión aprovechando el viaje de Ky a las Filipinas era pura coincidencia.

En San Diego, Bob Hope actuó para los soldados destinados a Vietnam. «Quería telefonear a Bing para mandarlo con vosotros —dijo Bob—, pero ese fumador de pipa hijo de su madre ha pedido que su número no figure en la guía». Los soldados

prorrumpieron en carcajadas.

El grupo ? and the Mysterians sonaba a todas horas en la radio. Su canción *96 Tears*, tuvo un éxito arrollador. Aquél fue su primer y último éxito.

En Honolulu, el presidente Johnson fue recibido por bailarinas de hula-hula.

En las Naciones Unidas, el secretario general U Thant intercedía con Arthur Goldberg, el representante estadounidense, por el cese al menos temporal de los bombardeos sobre Vietnam del Norte. Arthur Goldberg se puso en contacto con el Gran Padre Blanco en Hawai para transmitirle la súplica de Thant. El Gran Padre Blanco, quizá aún con su *lei* —la tradicional guirnalda polinesia— alrededor del cuello, contestó que ni hablar, que pararíamos cuando parase el Vietcong, pero entretanto esos comunistas iban a derramar 96 lágrimas. 96 como *mínimo*. (Johnson dio unos torpes pasos de danza con las bailarinas de hula-hula; recuerdo que al ver las imágenes por televisión pensé que bailaba tan mal como todos los hombres blancos que yo conocía, que, dicho sea de paso, eran todos los hombres que conocía.)

En Greenwich Village, la policía disolvió una manifestación por la paz. Los manifestantes carecían de permiso, afirmaron fuentes policiales. En San Francisco, las fuerzas antidisturbios dispersaron mediante el uso de gases lacrimógenos a los participantes en una concentración contra la guerra que exhibían cráneos de plástico ensartados en palos y llevaban la cara pintada de blanco como una compañía de mimos. En Denver, la policía arrancó miles de carteles en los que se anunciaba un mitin antibelicista en el Chautauqua Park. La policía había descubierto una ley que prohibía esa clase de carteles. Dicha ley, explicó el jefe de policía de Denver, no prohibía la colocación de carteles donde se anunciaran películas, campañas de recogida de ropa usada, bailes de asociaciones de veteranos de guerra o recompensas por la recuperación de animales perdidos. *Estos* carteles, aclaró el jefe de policía, no eran de carácter político.

En nuestro pequeño rincón del mundo, hubo una sentada en el Anexo Este, donde la empresa de productos químicos Coleman realizaba entrevistas de trabajo. Coleman, al igual que Dow, fabricaba napalm. Coleman también fabricaba Agente Naranja —un herbicida en extremo tóxico usado para destruir las cosechas en Vietnam del Norte—, botulina y ántrax, aunque nadie se enteró de eso hasta que la empresa quebró en 1980. En el *Campus*, el periódico de la Universidad de Maine, apareció una pequeña fotografía del momento en que los manifestantes eran desalojados de allí. Una fotografía de mayor tamaño mostraba a un guardia de seguridad del campus sacando a rastras a un manifestante por la puerta del Anexo Este mientras otro guardia, a su lado, sostenía las muletas del manifestante; dicho manifestante era, claro está, Stoke Jones, que llevaba su trenca con la huella de gorrión dibujada en la espalda. Los guardias lo trataron con relativa amabilidad, no me cabe duda —por entonces, los pacifistas se consideraban aún más una novedad

que un estorbo—, pero el contraste entre el corpulento guardia y el tambaleante muchacho producían de todos modos un efecto escalofriante. Recordé con frecuencia esa imagen entre 1968 y 1971, los años en que, en palabras de Bob Dylan, «el juego se endureció». En aquel mismo número del periódico, la fotografía más grande, la única en la mitad superior de la plana, mostraba a los estudiantes del CIOR vestidos de uniforme desfilando por el campo de fútbol ante una gran multitud de espectadores. LAS MANIOBRAS BATEN EL RÉCORD DE PÚBLICO, rezaba el titular.

En un ámbito aún más reducido, un tal Peter Riley sacó una D en el examen de geología y una D-más en el de sociología dos días más tarde. El viernes me devolvieron un «ensayo de opinión» de una hoja que había escrito a toda prisa justo antes de la clase de lengua (composición) el lunes por la mañana. El tema era «La corbata: debería/no debería exigirse su uso a los hombres en los restaurantes». Yo me decanté por el no. Este breve ejercicio de redacción volvió a mis manos calificado con una enorme C roja, la primera C que me ponían en lengua desde que ingresé en la Universidad de Maine con una A de media en el instituto y una puntuación de 740 en el apartado de expresión verbal de las pruebas de aptitud. Ese semicírculo rojo me afectó mucho más que las Des de los otros dos exámenes, y también me enfureció. En lo alto de la hoja, el señor Babcock había escrito: «Tu habitual claridad está presente, pero en este caso sólo sirve para poner de manifiesto la insustancialidad del contenido. Tu sentido del humor, aunque fluido, dista mucho del ingenio. En realidad, la C es casi un regalo. Mal trabajo».

Pensé en ir a hablar con él después de clase, pero finalmente deseché la idea. El señor Babcock, que llevaba pajarita y grandes gafas de concha, había dejado muy claro en sólo cuatro semanas de curso que, para él, los estudiantes que se dedicaban a mendigar nota eran la forma de vida académica menos desarrollada. Además, eran las doce del mediodía. Si tomaba un bocado en el Palacio de las Grandes Llanuras, podía estar de regreso en el Chamberlain a la una. A las tres de la tarde, todas las mesas de la sala común (y las cuatro esquinas) estarían ocupadas, pero a la una aún encontraría algún sitio libre. A esas alturas me había embolsado ya casi veinte dólares, y tenía planeado que aquel último fin de semana de octubre fuera especialmente lucrativo. También planeaba ir al baile del sábado por la noche en el gimnasio Lengyll. Carol había accedido a acompañarme. Actuaban los Cumberlands, un popular grupo universitario. En algún momento de la velada (más probablemente en *varios* momentos) tocarían su propia versión de *96 Tears*.

La voz de la conciencia, hablando ya en el mismo tono que Nate Hoppenstand, sugirió que me convenía dedicar a los libros al menos una parte del fin de semana. Tenía que leer dos capítulos de geología, dos capítulos de sociología y cuarenta páginas de historia (toda la Edad Media de un tirón), amén de contestar a una serie de preguntas sobre las rutas comerciales.

Lo haré, no te preocupes, lo haré, dije a esa voz. El domingo es mi día de estudio. Dalo por hecho, confía en mí. Y de hecho el domingo leí durante un rato sobre intragrupos, extragrupos y sanciones en el seno de un grupo. Entre mano y mano de naipes, leí sobre eso. Luego las cosas se pusieron interesantes y mi libro de sociología acabó en el suelo bajo el sofá. Al acostarme el domingo por la noche —el domingo a *altas* horas de la noche—, tomé conciencia de que, aparte de haber visto reducidas mis ganancias en lugar de acrecentadas (Ronnie parecía ahora decidido a resarcirse), no había avanzado mucho en el estudio. Además, no había hecho cierta llamada telefónica.

«Si realmente quieres poner ahí la mano», había dicho Carol con aquella peculiar sonrisa suya, la sonrisa que prácticamente era sólo hoyuelos y una expresión en la mirada. «Si realmente quieres poner ahí la mano».

El sábado por la noche, hacia la mitad del baile, Carol y yo salimos a fumar. Era una noche templada, y a lo largo de la fachada norte del Lengyll había unas veinte parejas abrazándose y besándose a la luz de la luna. Carol y yo nos sumamos a ellas. Al poco rato yo tenía una mano bajo su jersey. Froté con el pulgar el suave algodón de su sujetador, notando como se endurecía el pezón. Mi temperatura aumentaba por momentos. También la suya, advertí. Me miró a los ojos con los brazos alrededor de mi cuello y dijo:

—Si realmente quieres poner ahí la mano, creo que le debes a alguien una llamada de teléfono, ¿no te parece?

Hay tiempo, pensé cuando empezaba a vencerme el sueño. Hay tiempo de sobra para estudiar, tiempo de sobra para telefonar. Tiempo de sobra.

14

Skip Kirk suspendió un examen de antropología; acabó tratando de adivinar la mitad de las respuestas y sacó un cincuenta y ocho. Consiguió una C-menos en cálculo avanzado, y sólo porque parte del temario lo había dado ya en el último curso de matemáticas del instituto. Los dos íbamos a la misma clase de sociología, y Skip consiguió sólo setenta puntos, quedándose con una D-menos.

No éramos los únicos con problemas. Ronnie era un ganador en el juego de los corazones —una renta de más de cincuenta dólares así lo atestiguaba, si uno daba crédito a su palabra (todos pensábamos que el cálculo era un tanto exagerado, pero nos constaba que ganaba sin cesar)—, pero un perdedor en sus estudios. Cateó un examen de francés, le dieron calabazas en el breve ensayo de lengua en la clase que

teníamos en común («¿Qué carajo me importan a mí las corbatas? Yo como en McDonald's», dijo), y aprobó por los pelos un examen de historia porque echó un vistazo a los apuntes de un admirador justo antes de la clase.

Kirby McClendon había dejado de afeitarse y empezó a morderse las uñas entre mano y mano de corazones. También comenzó a faltar a un número considerable de clases. Jack Frady convenció a su tutor para que le permitiera dejar la asignatura de estadística, pese a que oficialmente la práctica de dejar y añadir materias durante el curso ya no estaba permitida.

—Le lloré un poco —me dijo una noche con naturalidad en la sala común mientras, a la caza de la bruja, se nos echaba encima la madrugada—. Es un truco que aprendí en el taller de teatro.

Lennie Doria llamó a mi puerta un par de noches después mientras empollaba (Nate llevaba ya una hora o más en el sobre, durmiendo el sueño de los justos y los estudiantes con todas sus asignaturas al día) y me preguntó si me interesaba hacerle un trabajo sobre Crispo Ático. Había oído decir que yo tenía facilidad para esas cosas. Me pagaría bien, aseguró Lennie; en esos momentos llevaba diez dólares ganados con el juego. Le dije que, sintiéndolo mucho, no podía ayudarlo. Yo mismo iba retrasado en un par de trabajos pendientes. Lennie asintió con la cabeza y se fue.

Ashley Rice apareció de la noche a la mañana con una espantosa erupción de acné supurante en toda la cara; Mark St. Pierre tuvo un episodio de sonambulismo después de perder veinte pavos en una catastrófica velada, y Brad Witherspoon se enzarzó en una pelea con un estudiante de la primera planta. El otro chico, en broma, hizo un inocuo comentario —el propio Brad admitiría más tarde que había sido inocuo—, pero Brad, que acababa de cargar con la bruja tres veces en cuatro manos y sólo quería una coca-cola de la máquina del primer piso para aliviar la sequedad de garganta, no estaba de un humor precisamente inocuo. Se dio media vuelta, dejó la botella sin abrir en el lecho de arena de un amplio cenicero, y la emprendió a puñetazos con el otro chico, rompiéndole las gafas y aflojándole un diente. De modo que Brad Witherspoon, por lo general menos peligroso que el mimeógrafo de una biblioteca, fue el primero en verse sometido a un período de prueba disciplinario.

Pensé en telefonear a Annmarie y contarle que salía con otra chica, pero se me antojó un trabajo excesivo —un esfuerzo físico excesivo— añadido a todo los demás. Me conformé con esperar a que me escribiera una carta explicándome que, en su opinión, había llegado la hora de que empezáramos a relacionarnos con otras personas. En lugar de eso, recibía una carta suya en la que me decía lo mucho que me echaba de menos y me anunciaba estaba preparándose «algo especial» para Navidad. Se refería probablemente a un jersey de punto, un jersey adornado con un reno. Los jerséis con reno eran una de las especialidades de Annmarie (sus lentas y acariciadoras pajas eran otra). Incluyó un retrato suyo en minifalda. Al contemplarla,

no me puse cachondo sino que me sentí cansado, culpable y desbordado. También Carol me desbordaba. Yo había deseado experimentar algo nuevo, simplemente, no cambiar toda mi vida. Ni la suya, en realidad. Pero Carol me gustaba, eso sin duda. Y mucho. Aquella sonrisa suya, y su agudo ingenio. «Esto se pone bien; estamos intercambiando información como descosidos».

Una semana después poco más o menos, al regresar del Holyoke —donde había coincidido con Carol en el turno de cocina del almuerzo—, vi acercarse lentamente por el pasillo de la tercera planta a Frank Stuart, cargado con su baúl. Frank era de la zona oeste de Maine, de uno de esos pueblos que en realidad son sólo cuatro casas dispersas en medio del bosque, y tenía un marcado acento norteamericano. Era un mediocre jugador de corazones —solía quedar a mitad de camino entre el ganador y el perdedor que rebasaba los cien tantos—, pero una excelente persona. Siempre tenía una sonrisa en los labios, al menos hasta aquella tarde en que lo vi camino de la escalera con su baúl.

—¿Cambias de habitación, Frank? —pregunté, pero ya en ese momento creí adivinar qué ocurría: lo reflejaba su rostro, serio, pálido y abatido.

Negó con la cabeza.

—Vuelvo a casa. He recibido una carta de mi madre. Dice que necesitan un conserje en uno de los grandes hoteles que hay cerca de allí a la orilla de un lago. No me lo he pensado dos veces. Aquí no hago más que perder el tiempo.

—¡No estás perdiendo el tiempo! —exclamé, un tanto conmovido—. ¡Por Dios, Frankie, estás estudiando una carrera universitaria!

—No, no estudio, ése es el problema. —El pasillo estaba en penumbra, envuelto en lúgubres sombras, y fuera llovía. Aun así, me pareció ver un asomo de rubor en las mejillas de Frank. Creo que estaba avergonzado. Creo que por eso se iba a esa hora de un día entre semana, cuando la residencia se hallaba más vacía—. No hago otra cosa que jugar a cartas, y ni siquiera demasiado bien. Además, llevo retraso en todas mis asignaturas.

—¡No puedes llevar mucho retraso! ¡Estamos sólo a 25 de octubre!

Frank asintió con la cabeza.

—Ya lo sé. Pero yo no soy tan listo como otros. Ya no lo era en el instituto. Yo tengo que apuntarme bien en el hielo y perforar, como con una barrena. No lo he hecho, y sin agujero en el hielo, no es posible atrapar percas. Me marché, Pete. Abandoné antes de que me echen en enero.

Siguió adelante y empezó a bajar por la escalera sosteniendo el baúl por las asas frente a él. Su camiseta blanca flotaba en la oscuridad; al pasar junto a una ventana salpicada de lluvia, el pelo cortado a cepillo le relució como el oro.

Cuando llegó al rellano de la segunda planta y sus pasos se oyeron como un eco, corrí a asomarme por el hueco de la escalera.

—¡Frankie! ¡Eh, Frank!

Los pasos se detuvieron. Entre las sombras, vi su cara redonda vuelta hacia arriba y el oscuro contorno del baúl.

—Frank, ¿y el servicio militar? Si dejas la universidad, te reclutarán.

Un largo silencio, como si buscara una respuesta. Pero si la encontró, se abstuvo de expresarla de viva voz. Contestó con los pies. El eco de sus pisadas resonó de nuevo en la escalera. Nunca volví a ver a Frank.

Recuerdo que permanecí inmóvil junto al hueco de la escalera, asustado, pensando: Eso podría ocurrirme a mí..., quizá está ocurriéndome ya. De inmediato aparté la idea de mi mente.

Ver a Frank con su baúl fue un aviso, decidí, y no lo pasaría por alto. Me enmendaría. Había estado moviéndome por inercia, y ya era hora de volver a encender los motores. Pero al otro extremo del pasillo oía a Ronnie anunciar a voz en grito que iba a la caza de la bruja, que se proponía sacar a esa furcia de su escondrijo, y decidí que llevaría a cabo mis buenos propósitos a partir de esa noche. Llegada la noche tendría aún tiempo más que suficiente de encender esos fabulosos motores. Pero esa tarde jugaría a los corazones, jugaría una partida de despedida. O dos. O cuarenta.

15

Pasaron años hasta que conseguí aislar la parte clave de mi última conversación con Frank Stuart. Le dije que no podía llevar mucho retraso hallándose aún el curso en sus inicios, y él me contestó que eso se debía a sus dificultades para estudiar. Los dos estábamos equivocados. Sí era posible rezagarse catastróficamente en un corto período de tiempo, y eso ocurría por igual a los estudiantes rápidos —como yo y Skip y Mark St. Pierre— y a los lentos. En el fondo, nos aferrábamos a la idea de que podíamos holgazanear y luego apretar, holgazanear y luego apretar, que era como la mayoría de nosotros había ido saliendo del paso en nuestros adormecido institutos de pueblo. Sin embargo, como Dearie Dearborn había señalado, aquello no era el instituto.

Ya he contado que de los treinta y dos estudiantes que empezaron el semestre de otoño en nuestra planta del Chamberlain (treinta y tres si contamos a Dearie..., pero él era inmune al hechizo de los corazones), sólo trece permanecían allí al inicio del semestre de primavera. Ahora bien, eso no significa que los diecinueve que se marcharon fueran todos unos zoquetes, ni mucho menos. De hecho, aquel otoño de

1966 los chicos más inteligentes de la tercera planta del Chamberlain fueron probablemente los que se trasladaron antes de que el fracaso se convirtiera en una posibilidad real. Steve Ogg y Jack Frady, que ocupaban la habitación contigua a la nuestra, se mudaron al Chadbourne Hall la primera semana de noviembre, alegando «distracciones» en su solicitud conjunta de traslado. Cuando la oficina de alojamiento universitario preguntó a qué clase de distracciones se referían, respondieron que eran las habituales: tertulias hasta altas horas de la noche, cabezas empastadas con dentífrico, ásperas desavenencias con un par de compañeros. Como de pasada, los dos añadieron que quizá perdían demasiado tiempo jugando a cartas en la sala común. Habían oído decir que el Chadbourne era una de las dos o tres «residencias para empollones» del campus y se respiraba allí un ambiente más tranquilo. Preveían esa pregunta por parte de la oficina de alojamiento y tenían tan ensayada la respuesta como una exposición oral en una clase de oratoria. Ni Steve ni Jack deseaban que se suspendiera la casi interminable partida de corazones; eso les habría granjeado la animadversión de cierta gente que pensaba que cada cual debía ocuparse de sus asuntos. Sólo querían perder de vista la tercera planta del Chamberlain mientras aún estaban a tiempo de salvar sus becas.

16

Las malas notas en pruebas y trabajos menores no fueron más que desagradables reveses. Para Skip y para mí y para muchos de nuestros compañeros de juego, la segunda ronda de exámenes preliminares resultó un desastre sin paliativos. Saqué una A-menos en la prueba de redacción de lengua y una D en historia europea, pero suspendí los exámenes de sociología y geología, ambos tipo test (la sociología por poco, la geología por mucho). Skip suspendió los preliminares de antropología, historia colonial y sociología. Sacó una C en cálculo (pero también ahí el hielo era cada vez más fino, me dijo) y una B en la prueba de redacción. Coincidimos en que la vida sería mucho más sencilla si todo se redujera a pruebas de redacción en las aulas, ejercicios de escritura que forzosamente tenían lugar lejos de la sala común de la tercera planta. En otras palabras, y aunque no fuéramos conscientes de ello, echábamos de menos el instituto.

—Bueno, basta ya —dijo Skip aquel viernes por la noche—. A partir de ahora voy a romperme los codos, Peter. Me importa un carajo ser un hombre con estudios universitarios o tener un título que colgar sobre la repisa de la chimenea de mi cuarto de juegos, pero no estoy dispuesto a volver a Dexter y pasar las horas muertas en la

jodida bolera con los otros retrasados mentales hasta que el Tío Sam me reclame.

Estaba sentado en la cama de Nate, que había ido al Palacio de las Grandes Llanuras a engullir el pescado del viernes por la noche. Era un consuelo saber que alguien de la tercera planta del Chamberlain conservaba el apetito. En todo caso, aquélla era una conversación que no podíamos sostener con Nate presente; mi rústico compañero de habitación se daba por satisfecho con los resultados obtenidos en la última ronda de preliminares, todo Ces y Bes. No habría hecho ningún comentario si nos hubiera oído, pero habría dado a entender con la mirada que carecíamos de sentido común, que, aunque quizá la culpa no fuera nuestra, éramos moralmente débiles.

—Lo mismo digo —convine, y en ese instante se oyó un grito de desesperación («¡Oh..., mierda!») al otro extremo del pasillo que reconocimos de inmediato: alguien acababa de quedarse una baza con la bruja. Cruzamos una mirada. No sabría decir qué pensaba Skip (pese a ser mi mejor amigo en la universidad), pero yo seguía convencido de que aún tenía tiempo de sobra..., ¿y por qué no iba a creerlo? En mi caso, siempre había sido así.

Skip empezó a sonreír. Yo empecé a sonreír. Skip empezó a reír. Yo empecé a reír con él.

—¡Qué carajo! —exclamó.

—Sólo por esta noche —dije—. Mañana iremos juntos a la biblioteca.

—Estudiaremos en serio.

—Todo el día. Pero ahora...

Skip se levantó.

—Ahora vamos a la caza de la bruja.

Así lo hicimos. Y no fuimos los únicos. Eso no es explicación, lo sé; es sencillamente lo que ocurrió.

Al día siguiente, en el desayuno, mientras trabajábamos hombro con hombro en la cocina, Carol comentó:

—He oído contar que en tu residencia se ha organizado una timba por todo lo alto, ¿es verdad?

—Sí, supongo —contesté.

Volvió la cabeza y me miró con su peculiar sonrisa, la que siempre me venía a la mente cuando pensaba en Carol, la que aún hoy recuerdo.

—¿Jugáis a corazones? ¿A la caza de la bruja?

—A corazones, sí. A la caza de la bruja.

—Dicen que algunos chicos están con la soga al cuello, que el juego ha afectado a sus notas.

—Es posible —respondí. No llegaba nada por la cinta transportadora, ni una sola bandeja. El trabajo nunca se amontona cuando uno más lo necesita, he notado.

—¿Qué tal te van a *ti* las notas? —preguntó Carol—. Sé que no es asunto mío, pero quiero...

—Información, sí, ya lo sé. No me van mal. Además, voy a dejar el juego.

Volvió a dirigirme aquella sonrisa, y sí, sin duda la recuerdo a veces todavía. Los hoyuelos, la ligera curva de aquel labio inferior que tan bien sabía besar, la chispeante mirada de sus ojos azules. En aquellos tiempos ninguna chica veía más que el vestíbulo de las residencias de los chicos... y viceversa, claro. Aun así, tengo la impresión de que durante un breve período entre octubre y noviembre de 1966 Carol vio muchas cosas, más que yo. Pero naturalmente no estaba loca, al menos por entonces. La guerra de Vietnam se convirtió en *su* locura. También en la mía. Y en la de Skip. Y en la de Nate. El juego de los corazones no fue nada en realidad, sólo un ligero temblor de tierra, de esos que provocan el vaivén de la mosquitera en la puerta y vibraciones en los vasos de los estantes. El terremoto brutal, el apocalíptico seísmo capaz de engullir un continente, estaba aún por venir.

17

Tanto Barry Margeaux como Brad Witherspoon recibían el *News* de Derry en sus habitaciones, y generalmente al final del día los dos ejemplares habían rondado ya por toda la planta; los encontrábamos en la sala común cuando ocupábamos nuestros asientos para la sesión nocturna de corazones, las hojas rotas y desordenadas, el crucigrama resuelto por cuatro manos distintas. En las fotografías, los rostros de Lyndon Johnson, Ramsey Clark y Martin Luther King lucían bigotes pintados con tinta, y alguien —nunca averigüé quién exactamente— añadía siempre unos grandes e inconfundibles cuernos al vicepresidente Humphrey y escribía debajo en diminutas letras mayúsculas EL DIABLO HUBERT. En cuanto a la guerra, el *News* propugnaba la línea dura, ofreciendo siempre la versión más positiva de los acontecimientos militares del día y relegando cualquier protesta a las profundidades del periódico..., normalmente bajo el programa de actividades de la comunidad.

Con todo, mientras se repartían las cartas, cada vez hablábamos menos de películas, novias o clases, y más de la guerra de Vietnam. Por buenas que fueran las noticias o por alto que fuera el número de bajas entre los vietcong, siempre aparecía como mínimo una fotografía de soldados estadounidenses angustiados después de una emboscada o niños vietnamitas llorando ante su aldea en llamas. Siempre había algún detalle inquietante arrinconado al pie de lo que Skip llamaba «la sección diaria de autobombo», como el episodio de los niños muertos en el ataque a las patrulleras

del Vietcong en el delta.

Nate no jugaba a las cartas, por supuesto. Ni se prestaba a discutir los pros y los contras de la guerra; dudo que supiera, como tampoco yo lo sabía, que Vietnam había sido en otro tiempo colonia francesa, o qué había ocurrido a los desafortunados *monsieurs* que se hallaban en la ciudad fortaleza de Dien Bien Phu en 1954, o menos aún quién había decidido que era ya hora de que el presidente Diem ascendiera a ese gran arrozal de los cielos para que Nguyen Cao Ky y los generales asumieran el poder. Nate sólo sabía que él no tenía nada en contra de aquellos vietcong, y que no era previsible que aparecieran por Mars Hill o Presque Isle en el futuro inmediato.

—¿Es que no has oído hablar de la teoría del dominó, capullo? —preguntó una tarde a Nate un guasón y menudo estudiante de primero llamado Nicholas Prouty.

Mi compañero de habitación rara vez se dejaba ver por la sala común de la tercera planta, optando casi siempre por la de la segunda, mucho más tranquila, pero aquel día decidió pasarse por allí un momento.

Nate miró a Nick Prouty, hijo de un pescador de langostas y ferviente discípulo de Ronnie Malenfant, y exhaló un suspiro.

—Cuando el dominó aparece, yo me marchó —respondió por fin Nate—. Me parece un juego aburrido. Ésa es *mi* teoría del dominó. —Me lanzó una mirada. Yo desvié la vista tan deprisa como pude, pero no a tiempo de eludir el mensaje: ¿Qué demonios te pasa? A continuación salió de la sala y se alejó por el pasillo hacia la habitación 302, arrastrando sus zapatillas de lana cubiertas de pelusa, para estudiar un rato más o, dicho de otro modo, para reanudar el bien planificado camino que lo llevaría de estudiante de odontología a odontólogo.

—Riley, tu jodido compañero de habitación es un caso clínico, ¿sabías? —dijo Ronnie—. Un cigarrillo le pendía de la comisura de los labios. De pronto encendió una cerilla con una sola mano, una de sus especialidades —los estudiantes demasiado feos y desagradables para conseguir chicas tenían toda clase de especialidades— y acercó la llama al extremo del cigarrillo.

Te equivocas, pensé. Nate no tiene ningún problema. Somos nosotros los casos clínicos. Por un segundo sentí verdadera desesperación. En ese segundo tuve clara conciencia de que me había metido en un terrible aprieto y no sabía cómo salir de él. Advertí que Skip me miraba, y tuve la impresión de que si tiraba las cartas, si se las lanzaba a Ronnie a la cara y me marchaba de allí, Skip me seguiría. Probablemente con alivio. Pero la sensación desapareció. Se desvaneció con la misma rapidez con que había llegado.

—A Nate no le pasa nada —dije—. Tiene alguna que otra idea rara, sólo eso.

—Alguna que otra idea rara de *comunista*, eso es lo que tiene —afirmó Hugh Brennan. Su hermano mayor se había alistado en la marina y, según últimas noticias, navegaba por el mar de China Meridional. Hugh no simpatizaba con los pacifistas.

Como republicano partidario de Goldwater, yo debería haber compartido esos sentimientos, pero Nate había empezado a hacer mella en mí. Tenía en la cabeza muchas ideas preconcebidas, pero ningún argumento sólido a favor de la guerra... ni tiempo para hilvanar alguno. Estaba demasiado ocupado para preparar mis exámenes de sociología, así que ya no digamos para ponerme al día en política exterior estadounidense.

Creo recordar que ésa fue la noche en que casi telefoneé a Annmarie Soucie. La cabina situada junto a la sala común estaba libre, yo tenía el bolsillo lleno de monedas gracias a mi última victoria en la guerra de los corazones, y de pronto decidí que había llegado la hora. Marqué el número de memoria (aunque tuve que detenerme a pensar un momento antes de los cuatro últimos dígitos: ¿Eran 8146 u 8164?) e introduje tres monedas de veinticinco centavos cuando la operadora me lo indicó. Dejé sonar el timbre una sola vez, luego colgué el auricular con un brusco golpe y recuperé las monedas cuando las oí caer en la casilla de devolución.

18

Uno o dos días más tarde, poco antes de Todos los Santos, Nate compró un disco de un cantante que yo apenas conocía: Phil Ochs. Era un cantante folk, pero no de esos que aparecían cencerreando con un banjo en el programa musical *Hootenanny*. La funda del álbum, que mostraba a un desaliñado trovador sentado en el bordillo de una acera de Nueva York, desentonaba entre las fundas de los otros discos de Nate: Dean Martin en esmoquin y con aspecto un tanto achispado; Mitch Miller con aquella sonrisa que invitaba a cantar; Diane Renee con su blusa y su desenfadada gorra de marinero. El disco de Ochs se titulaba *I Ain't Marchin' Anymore*, y Nate comenzó a ponerlo con frecuencia a medida que se acortaban los días y bajaban las temperaturas. Yo mismo lo ponía de vez en cuando, y a Nate no parecía molestarle.

En la voz de Ochs se advertía una mezcla de ira y frustración. Supongo que me gustaba porque la mayor parte del tiempo también yo sentía frustración. Tenía cosas en común con Dylan, pero era menos complejo en su expresión y más claro en su rabia. El mejor tema —también el más perturbador— era el que daba título al álbum. En esa canción, Ochs no sólo insinuaba sino que declaraba abiertamente que la guerra no merecía la pena, nunca merecía la pena. Aun si existía una causa digna, no merecía la pena. Esta idea, unida a la imagen de millares y decenas de millares de jóvenes marchándose al frente por Lyndon y su obsesión con Vietnam, estimulaba mi imaginación de un modo que nada tenía que ver con la historia, la política o el

pensamiento racional. Debo de haber matado a un millón de hombres y ahora quieren que vuelva, pero no voy a marchar más, cantaba Phil Ochs por el altavoz del magnífico tocadiscos RCA de Nate. En otras palabras, niégate. Niégate a hacer lo que ellos te piden, niégate a hacer lo que ellos quieren, niégate a seguirles el juego. Es un viejo juego, y en éste es la bruja quien te caza a ti.

Y quizá para demostrar que hablas en serio, empiezas a exhibir un símbolo de tu resistencia, algo que despierte primero la curiosidad de los demás y más adelante, quizá, sus simpatías. Fue un par de días después de Todos los Santos cuando Nate Hoppenstand nos mostró cuál sería ese símbolo. El hallazgo comenzó con uno de aquellos periódicos arrugados que se abandonaban en la sala común de la tercera planta.

19

—Hijo de puta, fíjate en esto —exclamó Billy Marchant.

Harvey Twiller repartía las cartas en la mesa de Billy, Doria sumaba las puntuaciones de la última mano, y Billy aprovechaba la ocasión para hojear la sección de información local del *News*. Kirby McClendon —sin afeitarse, alto y nervioso, camino ya de su cita con los dos frascos de aspirina infantil— se inclinó a echar un vistazo.

Billy se apartó de él, sacudiendo una mano frente a la cara.

—Por Dios, Kirb, ¿cuánto hace que no te duchas? ¿Desde el día de la Hispanidad? ¿Desde el Cuatro de Julio?

—Déjame ver —dijo Kirby sin prestarle atención, y le arrancó el periódico de las manos—. ¡Anda la hostia, pero si es Ris-Ras!

Ronnie Malenfant se levantó tan deprisa que tumbó la silla, fascinado por la idea de que Stoke saliera en el diario. Cuando un estudiante aparecía en el *News* de Derry (salvo en la sección de deportes, claro está), era siempre porque se había metido en algún lío. Otros se arracimaron en torno a Kirby, Skip y yo entre ellos. Era Stokely Jones III, sin duda, y no estaba solo. En segundo plano, sus rostros se veían desdibujados a causa del grueso grano de la fotografía, pero eran reconocibles...

—Dios santo, creo que ése es Nate —dijo Skip con un tono entre atónito y festivo.

—Y la que está delante de él es Carol Gerber —añadí con cómica estupefacción. Conocía la cazadora con el rótulo INSTITUTO HARWICH a la espalda; conocía aquel cabello rubio recogido en una coleta que colgaba sobre el cuello de la cazadora;

conocía aquellos vaqueros desteñidos. Y conocía aquella cara. Pese a estar parcialmente vuelta y oscurecida por la sombra de una pancarta donde se leía ¡EE. UU. FUERA DE VIETNAM YA!, conocía aquella cara—. Es mi novia. —Era la primera vez que pronunciaba la palabra «novia» en relación con Carol, aunque pensaba en ella como tal desde hacía al menos un par de semanas.

LA POLICÍA DISUELVE UNA MANIFESTACIÓN CONTRA EL SERVICIO MILITAR OBLIGATORIO, rezaba el pie de foto. No se daban nombres. Según el artículo correspondiente, una docena de manifestantes de la Universidad de Maine se había congregado frente al edificio del gobierno federal en el centro de Derry. Marcharon en círculo ante la entrada de la oficina de reclutamiento durante una hora aproximadamente, portando pancartas, cantando canciones y «gritando consignas, algunas obscenas». Se avisó a la policía, que inicialmente permaneció en actitud pasiva, permitiendo que la manifestación siguiera su curso. Sin embargo, al cabo de un rato, apareció un grupo de manifestantes de signo opuesto, en su mayoría obreros de la construcción que salían a almorzar. Éstos lanzaron sus propias consignas, y si bien el *News* no mencionaba si eran obscenas o no, supuse que incluían invitaciones a volver a Rusia, sugerencias sobre dónde podían guardarse los manifestantes sus pancartas cuando dejaran de usarlas, e indicaciones de cómo llegar a la barbería más cercana.

Cuando los manifestantes respondieron a los obreros de la construcción y los obreros de la construcción comenzaron a arrojar trozos de fruta de sus fiambreras a los manifestantes, la policía decidió intervenir. Aduciendo que los manifestantes carecían de permiso (por lo visto, la policía de Derry desconocía el derecho de los ciudadanos estadounidenses a reunirse pacíficamente), los agentes detuvieron a los chicos y los trasladaron a la subcomisaría de Witcham Street, donde los pusieron en libertad. «Sólo pretendíamos apartarlos de un ambiente hostil», declaró uno de los policías. «Si vuelven allí, es que son aún más tontos de lo que parecen».

La fotografía no se diferenciaba mucho de la que se había tomado en el Anexo Este durante la protesta contra la empresa de productos químicos Coleman. Mostraba a los agentes de policía en el momento en que se llevaban a los manifestantes mientras los obreros de la construcción (un año después poco más o menos todos ellos lucirían pequeñas banderas de Estados Unidos en los cascos) los abucheaban, reían y blandían los puños. Recogía asimismo el preciso instante en que un policía tendía la mano hacia el brazo de Carol; Nate, de pie detrás de ella, no había atraído aparentemente su atención. Otros dos agentes acompañaban a Stoke Jones, de espaldas a la cámara pero inconfundible con sus muletas. Por si se requerían más elementos para su identificación, en su chaqueta se veía una huella de gorrión dibujada a mano.

—¡Fijaos en ese tonto del culo! —exclamó Ronnie con fanfarronería. (Ronnie, que había suspendido dos de las cuatro asignaturas en la última ronda de

preliminares, tenía el valor de llamar a alguien «tonto del culo».)—. ¡Como si no tuviera otra cosa mejor que hacer!

Skip pasó por alto el comentario. También yo. A nosotros, las baladronadas de Ronnie nos resultaban ya indiferentes, fuera cual fuera el tema. Estábamos fascinados viendo a Carol... y detrás de ella a Nate Hoppenstand, que observaba mientras la policía se llevaba a los manifestantes. Nate, tan pulcro como siempre con una camisa de la Ivy League y unos vaqueros con raya y vueltas. Nate, a un paso de los abucheantes y amenazadores obreros, quienes sin embargo no le prestaban la menor atención. Tampoco los policías le prestaban atención. Ninguno de los dos grupos sabía que mi compañero de habitación era desde hacía un tiempo admirador del subversivo Phil Ochs.

Corrí a la cabina telefónica y llamé al Franklin Hall, segunda planta. Alguien contestó desde el teléfono de la sala común, y cuando pregunté por Carol, la chica me dijo que Carol no estaba, había ido a estudiar a la biblioteca con Libby Sexton.

—¿Eres Pete?

—Sí —contesté.

—Aquí hay una nota para ti. Carol la ha dejado pegada al cristal. —Ésa era una práctica habitual en las residencias por aquel entonces—. Dice que te telefoneará ella más tarde.

—Bien, gracias.

Skip esperaba fuera de la cabina, indicándome con impacientes gestos que saliera. Nos dirigimos hacia mi habitación para ver a Nate, aun sabiendo que perderíamos nuestros sitios en las mesas donde estábamos jugando. Por una vez, la curiosidad se impuso a la obsesión.

El semblante de Nate no se demudó apenas cuando le enseñamos el periódico y le preguntamos por la manifestación del día anterior, pero su semblante nunca registraba grandes cambios. Aun así, percibí en él cierto descontento, abatimiento incluso. No entendía por qué; al fin y al cabo, todo había acabado bien: nadie había ido a la cárcel, y el periódico ni siquiera daba nombres.

Casi había llegado a la conclusión de que estaba excediéndome en mi interpretación de su silencio, de hecho una actitud habitual en él, cuando Skip dijo:

—¿Qué te tiene tan alterado?

En su voz se advertía una especie de brusca preocupación. Cuando Nate lo oyó, le tembló el labio inferior por un instante. Se inclinó sobre su ordenado escritorio (el mío estaba ya cubierto por unas diecinueve capas de papeles y objetos diversos) y cogió un Kleenex de la caja que tenía junto al tocadiscos. Se sonó con fuerza repetidas veces. Cuando terminó, había recobrado de nuevo la serenidad, pero noté frustración en su mirada. Una parte de mí —una parte perversa— se alegró. Se alegró de saber que no era necesario convertirse en un adicto a los corazones para tener

problemas. La naturaleza humana es a veces una auténtica mierda.

—Fui allí en coche con Stoke y Harry Swidrowski y unos cuantos más —explicó Nate.

—¿Iba Carol con vosotros? —pregunté.

Nate movió la cabeza en un gesto de negación.

—Creo que ella iba con el grupo de George Gilman. Nos repartimos en cinco coches —dijo Nate. Yo no conocía de nada a ese George Gilman, a pesar de lo cual no pude evitar lanzarle un dardo de virulentos celos—. Harry y Stoke son del Comité de Resistencia. Gilman también. El caso es que...

—¿El Comité de Resistencia? —repitió Skip—. ¿Qué es eso?

—Una asociación de estudiantes —respondió Nate, y dejó escapar un suspiro—. Ellos creen que es algo más, sobre todo Harry y George, que son unos auténticos agitadores..., pero es una asociación como tantas, como las que organizan bailes de disfraces o las peñas deportivas.

Nate admitió que él se había unido al grupo porque era martes, y los martes por la tarde no tenía clases. Nadie daba órdenes; nadie exigía juramentos de lealtad. Ni siquiera había recogida de firmas. No existía presión de ninguna clase, ni el fervor paramilitar que se adueñó más tarde del movimiento antibelicista. Carol y los chicos que la acompañaban se reían y se pegaban en broma con las pancartas al salir del aparcamiento del gimnasio, según Nate. (Riendo. Riendo con George Gilman. Lancé otro de aquellos emponzoñados dardos de celos.)

Cuando llegaron al edificio del gobierno federal, unos se manifestaron, marchando en círculo frente a la oficina de reclutamiento, y otros no. Nate fue uno de los que prefirieron no hacerlo; al decírnoslo, su rostro normalmente relajado se contrajo de nuevo en un gesto que podría haber sido de profundo abatimiento en una persona menos ecuaníme.

—Quería manifestarme con ellos —declaró—. Durante todo el camino esperé con ilusión el momento de manifestarme con ellos. Era emocionante, los seis allí apretujados en el Saab de Swidrowski. Un auténtico viaje. Hunter McPhail..., ¿lo conocéis?

Skip y yo negamos con la cabeza. Creo que a los dos nos había causado una honda impresión descubrir que el autor de *Meet Trini Lopez y Diane Renee Sings Navy Blue* tenía lo que en definitiva era una vida secreta, inclusive conexiones con la clase de gente que atraía la atención tanto de la policía como de la prensa.

—Él y George Gilman fundaron el Comité. Como decía, Hunter llevaba las muletas de Stoke asomando por la ventanilla del Saab porque no cabían dentro, e íbamos cantando *I Ain't Marchin' Anymore* y hablando de la posibilidad de detener la guerra si mucha gente como nosotros se ponía de acuerdo..., o mejor dicho, todos hablábamos de eso menos Stoke. Él es bastante callado.

Ahí lo tienes, pensé. Ni siquiera con ellos habla..., excepto, cabe suponer, cuando decide que conviene dar un sermón sobre la credibilidad. Pero Nate no pensaba en Stoke; Nate pensaba en Nate. Cavilaba con amargura sobre la inexplicable negativa de sus piernas a llevarlo adonde su corazón claramente deseaba ir.

—Durante todo el viaje pensé: Me manifestaré con ellos, me manifestaré con ellos porque es lo correcto..., al menos creo que es lo correcto..., y si alguien me golpea, responderé con la no violencia, igual que aquella gente en las sentadas para acabar con la segregación racial en los restaurantes. Aquella gente ganó; quizá nosotros también ganemos. —Nos miró—. En serio, no tenía la menor duda. ¿Entendéis?

—Sí —dijo Skip—. Te entiendo.

—Pero al llegar allí, he sido incapaz. He ayudado a distribuir las pancartas con las consignas BASTA DE GUERRA; EE. UU. FUERA DE VIETNAM YA; TRAED A LOS CHICOS A CASA... Carol y yo hemos ayudado a Stoke, a sujetar la suya para que pudiera manifestarse a pesar de las muletas..., pero no he sido capaz de levantar una yo mismo. Me he quedado en la acera con Bill Shadwick y Kerry Morin y una chica que se llama Lorlie McGinnis... es compañera mía en el laboratorio de botánica... —Cogió la hoja de periódico de la mano de Skip y la escrutó como para verificar que aquello había ocurrido realmente, que el dueño de *Rinty* y el novio de Cindy en efecto había acudido a una manifestación antibelicista. Respiró y dejó caer la hoja al suelo. Una acción así era tan impropia de él que casi me dolió.

—Pensaba manifestarme con ellos. De verdad, ¿para qué ir, si no? No lo he dudado una sola vez en todo el camino.

Me miró con una expresión de súplica o algo así. Asentí con la cabeza como si lo comprendiera.

—Pero no lo hice, y no sé por qué.

Skip se sentó en la cama junto a él. Yo busqué el álbum de Phil Ochs y lo puse en el tocadiscos. Nate miró a Skip por un momento y luego desvió la vista. Nate tenía las manos pequeñas y cuidadas como toda su persona, salvo las uñas. Las uñas las tenía rotas y en carne viva de mordérselas.

—De acuerdo —dijo como si Skip hubiera formulado una pregunta—. Sí sé por qué. Temía que los detuvieran y me detuvieran a mí con ellos, que mi fotografía en el momento de la detención apareciera en el periódico y mis padres la vieran. —Se produjo un prolongado silencio. El pobre Nate hacía acopio de valor para decir el resto. Sostuve en alto la aguja del fonocaptor sobre el primer surco del disco, esperando a que Nate hablara. Por fin lo consiguió—. Que mi madre la viera.

—Es comprensible, Nate —dijo Skip.

—A mí me parece inaceptable —repuso Nate con voz trémula—. Inaceptable. —Eludía la mirada de Skip, contemplándose las roídas cutículas. Llevaba sólo el

pantalón del pijama y el casquete de novato, dejando a la vista la piel blanca de su pecho y las prominentes y frágiles costillas—. No me gusta hablar de la guerra. A Harry sí... y a Lorlie... y a George Gilman no digamos. Dios santo, no para de hablar del tema, igual que casi todos los demás del Comité. Pero en eso me parezco más a Stoke.

—No existe nadie parecido a Stoke —aseveré, recordando el día que nos encontramos en el paseo Bennett. «¿Por qué no te lo tomas con calma?», le pregunté, y el señor Credibilidad contestó: «¿Por qué no te vas a la mierda?».

Nate seguía examinándose las cutículas.

—Lo que yo *pienso* —continuó— es que Johnson envía a morir allí a los jóvenes americanos sin razón alguna. No se trata de imperialismo ni de colonialismo como cree Harry Swidrowski; no se trata de ningún *ismo*. Para Johnson, la guerra está en el mismo saco que Davy Crockett, Daniel Boone y los Yankees de Nueva York, así de simple. Y si ésa es mi opinión, debo expresarla. Debo tratar de impedir que las cosas sigan así. Eso me enseñaron en la iglesia, en el colegio, e incluso en los condenados campamentos de boy scouts. Uno debe oponerse. Si uno ve algo que está mal, como cuando un chico mayor pega a otro más pequeño, debe oponerse e intentar al menos impedirlo. Pero yo temía que mi madre viera la fotografía de mi detención y llorara.

Nate alzó la cabeza, y vimos que él mismo lloraba. Sólo un poco, apenas cierta humedad en los párpados y las pestañas, nada más. Sin embargo, tratándose de él, ya era mucho.

—He averiguado una cosa —dijo—. Ya sé qué es ese dibujo que lleva Stoke Jones en la espalda.

—¿Qué es? —preguntó Skip.

—Una combinación de dos letras del código de señales de la marina británica. Fijaos. —Nate se levantó y juntó los talones descalzos. Apuntó el brazo izquierdo hacia el techo y mantuvo el derecho pegado al cuerpo, formando una línea recta—. Esto significa «N». —A continuación extendió los brazos, ambos en un ángulo de cuarenta y cinco grados respecto al cuerpo. Vi de inmediato que esas dos formas, superpuestas, configuraban el signo que Stoke llevaba dibujado con tinta en la espalda—. Esto significa «D».

—N-D —dijo Skip—. ¿Y bien?

—Juntas, esas dos letras son las siglas de «desarme nuclear». Bertrand Russell creó el símbolo en los años cincuenta. —Nate lo dibujó en la contratapa de su

cuaderno: —. Lo llamó símbolo de la paz.

—Genial —afirmó Skip.

Nate sonrió y se limpió las lágrimas de los ojos con los dedos.

—Eso mismo pensé yo —convino—. Es fantástico.

Dejé caer la aguja en el disco y escuchamos a Phil Ochs. Lo «pasamos teta»

escuchándolo, como decíamos por entonces los atlantes.

20

La sala común de la tercera planta del Chamberlain se había convertido en mi Júpiter, un inquietante planeta con una colosal atracción gravitatoria. Aun así, aquella noche logré resistirme y no entré en ella sino en la cabina telefónica contigua para volver a ponerme en contacto con el Franklin Hall. En esta ocasión sí encontré a Carol.

—Estoy bien —dijo entre risas—. Estoy perfectamente. Uno de los polis incluso me llamó «señorita». ¡Caray, Pete, qué preocupado estás por mí!

¿Cuánto se preocupa por ti el tal Gilman?, sentí deseos de preguntar, pero ya a los dieciocho años sabía que no era ése el camino adecuado.

—Deberías haberme avisado —reproché—. Quizá os hubiera acompañado. Podríamos haber cogido mi coche.

Carol se echó a reír; era un sonido grato pero desconcertante.

—¿Qué pasa? —pregunté.

—Estaba imaginándome la impresión que causaría ir a una manifestación contra la guerra en una ranchera con un adhesivo de Goldwater en el parachoques.

Supuse que, en efecto, la imagen tenía cierta gracia.

—Además —añadió Carol—, me figuro que estabas ocupado.

—¿Qué quieres decir? —pregunté, como si no supiera de sobra a qué se refería. A través del cristal de la cabina y el de la puerta de la sala común veía jugar a las cartas a la mayoría de mis compañeros de planta en medio de una nube de humo. E incluso allí dentro, con la puerta de la cabina cerrada, oía la risa socarrona y estridente de Ronnie Malenfant. Estamos dando caza a la bruja, chicos, estamos *cherchez-ando* a la puta *noire*, y vamos a obligarla a salir de entre los matorrales.

—Que supuse que tenías pensado estudiar o jugar a los corazones —contestó Carol—. Estudiar, espero. Una chica de mi planta sale con Lennie Doria..., o salía cuando a él aún le quedaba tiempo para esas cosas. Ella llama a los corazones el juego del infierno. ¿Tienes la impresión de que te estoy sermoneando?

—No —respondí, sin saber en realidad si era ésa la intención de Carol. Tal vez necesitaba que me sermonearan—. Carol, ¿estás bien?

Siguió un largo silencio.

—Sí —dijo ella por fin—. Claro que estoy bien.

—Los obreros de la construcción que salían...

—Se les iba la fuerza por la boca —aseguró Carol—. No te preocupes, de verdad.

Pero yo notaba algo anormal en ella, algo no del todo normal..., y en todo caso George Gilman era ya motivo suficiente para preocuparme. De hecho Gilman me inquietaba mucho más que Sully, el novio que ella había dejado en su pueblo.

—¿Pertenece a ese comité del que me ha hablado Nate? —pregunté—. ¿El Comité de Resistencia o algo así?

—No —contestó Carol—. Todavía no. George me ha pedido que me una a ellos. Es un estudiante de ciencias políticas. George Gilman. ¿Lo conoces?

—Sólo de oídas —dije. Tenía el auricular aferrado con demasiada fuerza y a la vez me sentía incapaz de relajar la mano.

—Por él supe lo de esa manifestación. Fui con él y unos cuantos más. Yo... —De pronto se interrumpió y al cabo de un instante preguntó con sincera curiosidad—: No estarás celoso de él, ¿verdad?

—Bueno —respondí con cautela—, pasó una tarde contigo. Estoy celoso de *eso*, supongo.

—No hay motivos. Es inteligente, y mucho, pero tiene calvas en el pelo y nunca mira a los ojos. Se afeita, pero parece que siempre se le olvida pasarse la cuchilla por media cara. *Él* no es la principal atracción en todo esto, créeme.

—¿Cuál es entonces?

—¿Podemos vernos? Quiero enseñarte una cosa. Sólo será un momento. Pero me serviría de desahogo si pudiera explicar... —La voz le tembló al pronunciar esa última palabra, y noté que estaba al borde del llanto.

—¿Qué te pasa?

—¿Aparte de que probablemente mi padre no me permitirá volver a entrar en su casa en cuanto me vea en el *News*, quieres decir? Hará cambiar la cerradura antes del fin de semana, si es que no la ha cambiado ya.

Recordé el temor de Nate a que su madre viera la fotografía de su detención. El ojito derecho de su madre, el modoso estudiante de odontología, pescado en Derry manifestándose sin permiso ante el edificio del gobierno federal. ¡Dios, qué vergüenza, qué vergüenza! ¿Y el padre de Carol? No era el mismo caso, pero se parecía. Al fin y al cabo, el padre de Carol había sido un novio formal que se había alistado en la marina, como en la canción de Diane Renee.

—Quizá tu padre no lea la noticia —sugerí—. Aun si la lee, el periódico no daba nombres.

—¿Y la *fotografía*? —recordó Carol con paciencia, como si hablara a alguien que no puede evitar su simpleza—. ¿No has visto la fotografía?

Empecé a decir que en la instantánea tenía la cara prácticamente vuelta y oscurecida por una sombra, pero recordé de pronto su cazadora con el rótulo INSTITUTO HARWICH claramente visible en la espalda. Además, hablábamos de su

padre. Incluso con la cara vuelta la reconocería.

—Puede que tampoco vea la fotografía —aduje sin convicción—. Damariscotta queda casi en la periferia de la zona de distribución del *News*.

—¿Es así como quieres vivir tu vida, Pete? —Seguía empleando un tono paciente, pero ahora comenzaba a adivinarse el límite de su paciencia—. ¿Haciendo lo que se te antoje y esperando que la gente no se entere?

—No —contesté. ¿Y acaso tenía derecho a enfadarme con ella por ese reproche considerando que Annmarie Soucie aún no conocía ni remotamente la existencia de Carol Gerber? A mi entender, no lo tenía. Carol y yo no estábamos casados ni nada por el estilo, pero no era ésa la cuestión—. No, no es eso lo que quiero. Pero Carol... tampoco hace falta que le plantes a tu padre el puñetero periódico ante las narices, ¿no?

Carol se echó a reír. Esta vez el sonido carecía de la viveza que había percibido antes en su risa, pero más valía una risa compungida que nada.

—No será necesario. Se enterará por su cuenta. Mi padre es así. Pero tenía que ir a esa manifestación, Pete. Y probablemente me uniré al Comité de Resistencia pese a que George Gilman siempre parece un niño que acaban de sorprender haciendo albondiguillas y a Harry Swidrowski le apesta el aliento. Porque es... lo importante es... ¿cómo te diría?... —Lanzó un suspiro de frustración, incapaz de explicarse—. Oye, ¿sabes el sitio donde salimos a fumar en los descansos?

—¿En el Holyoke? Sí, claro, al lado de los contenedores.

—Te espero allí —dijo Carol—. Dentro de quince minutos. ¿Es posible?

—Sí.

—Tengo que estudiar, así que no podré quedarme mucho rato, pero necesito... sólo...

—Allí estaré.

Colgué y salí de la cabina. Ashley Rice, en la puerta de la sala, fumaba y se paseaba con visible nerviosismo. Deduje que estaba entre partida y partida. Tenía la cara muy pálida y, por contraste, los pelos negros de su barba de dos días se destacaban como marcas de lápiz en un papel. Llevaba la camisa tan arrugada y sucia como si durmiera con ella puesta. En sus ojos desorbitados había una mirada en la que parecía leerse PELIGRO, ALTO VOLTAJE, una mirada que años más tarde acabé asociando a los cocainómanos empedernidos. Y eso era en realidad el juego: una especie de droga, y no precisamente de las que lo apaciguaban a uno.

—¿Qué dices, Pete? —preguntó—. ¿Te apetece jugar unas cuantas manos?

—Más tarde, quizá —respondí, y me alejé por el pasillo.

Stoke Jones regresaba del cuarto de baño envuelto en una bata vieja y raída. Sus muletas dejaban húmedas huellas redondas en el linóleo rojo del suelo. Llevaba mojada su larga y rebelde melena. Sentí curiosidad por saber cómo se las arreglaba en

la ducha; de más está decir que por entonces los lavabos públicos no estaban provistos de las barandillas y asideros que más tarde serían la norma. No obstante, tuve la impresión de que no le entusiasmaría hablar del tema. Ni de ése ni de ningún otro.

—¿Cómo va, Stoke? —pregunté.

Pasó de largo sin contestar, la cabeza gacha, el cabello chorreante pegado a las mejillas, el jabón y la toalla bajo el brazo, musitando entre dientes: «Ris ras, ris ras». Nunca me miraba siquiera. Dijeran lo que dijeran de Stoke Jones, una cosa era segura: siempre lo mandaba a uno a la mierda.

21

Carol estaba ya en el Holyoke cuando llegué. Había cogido un par de cajones de leche vacíos de los que solía haber apilados junto a los contenedores y estaba sentada en uno de ellos con las piernas cruzadas, fumando. Me senté en el otro, la rodeé con un brazo y la besé. Sin hablar, apoyó la cabeza en mi hombro por un momento. Esa actitud no era muy propia de ella, pero resultaba agradable. Manteniéndola abrazada, miré las estrellas. Pese a estar ya cerca el final del otoño, aún no hacía frío, y mucha gente —parejas, sobre todo— salía a pasear, aprovechando el buen tiempo. Oía el murmullo de sus conversaciones. En el comedor, encima de nosotros, sonaba *Hang On, Sloppy*. Debía de ser la radio de algún portero, supuse.

Carol levantó la cabeza y se apartó un poco de mí, sólo lo suficiente para darme a entender que ya podía retirar el brazo. Eso sí era más propio de ella.

—Gracias —dijo—. Necesitaba un abrazo.

—Ha sido un placer.

—Me asusta un poco enfrentarme con mi padre. No mucho, pero un poco sí.

—Todo saldrá bien —comenté, no porque lo pensara realmente, yo no podía adivinar el desenlace de aquello, sino porque era lo que se decía en esos casos. Sólo una manera de hablar.

—Mi padre no es la razón que me impulsó a ir con Harry y George y los demás. No se trata de una gran rebelión freudiana ni nada por el estilo.

Lanzó su colilla por el aire, y contemplamos el surtidor de chispas que despedía al chocar contra los ladrillos del paseo Bennett. A continuación, cogió el pequeño bolso sin asas que tenía en el regazo, lo abrió, sacó la cartera, la abrió y empezó a pasar una por una las fotografías insertadas en los varios compartimentos de celuloide transparente. Se detuvo, extrajo una y me la entregó. Me incliné para verla a la luz de

las ventanas del comedor, donde probablemente los porteros estaban fregando el suelo.

En la fotografía aparecían dos niños y una niña de once o doce años. Los tres vestían camisetas azules con el rótulo STERLING HOUSE en mayúsculas rojas. Estaban de pie en un aparcamiento, rodeándose entre sí con los brazos en una natural pose de amigos para siempre que poseía un peculiar encanto. La niña se hallaba en medio. La niña era Carol, por supuesto.

—¿Quién es Sully-John? —pregunté. Carol me miró, algo sorprendida... pero con su característica sonrisa. En cualquier caso, creía saberlo ya. Sully-John debía de ser el niño de espaldas anchas, amplia sonrisa y alborotado cabello negro. Me recordó al cabello de Stoke, sólo que el del niño, aun revuelto, parecía menos despeinado. Lo señalé con un dedo—. Es éste, ¿verdad?

—Ése es Sully —confirmó, y luego tocó la cara del otro niño con la uña. Más que bronceado, parecía quemado por el sol. Tenía la cara más estrecha, los ojos algo más juntos, y un pelo de color zanahoria y cortado a cepillo que le confería el aspecto de uno de los niños de las ilustraciones de Norman Rockwell para la portada del *Saturday Evening Post*. Fruncía un poco la frente. Sully tenía unos brazos ya muy musculosos para su edad; los del otro niño, en cambio, eran delgados y huesudos. Probablemente de mayor seguía teniéndolos igual de delgados y huesudos. En la mano que no colgaba del hombro de Carol llevaba puesto un guante de béisbol marrón—. Éste es Bobby —dijo Carol. Su voz había cambiado. Contenía un matiz que nunca antes había percibido en ella. ¿Pena, quizá? Pero Carol aún sonreía. Si era pena lo que sentía, ¿por qué estaba sonriendo?—. Bobby Garfield. Fue mi primer novio. Mi primer amor, podría decirse. Él, Sully y yo éramos amigos íntimos en aquella época. No muy lejana, en 1960, pero *parece* que ha pasado una eternidad.

—¿Qué fue de él? —pregunté, convencido por alguna razón de que me diría que había muerto, aquel niño de cara estrecha y pelo rojo cortado a cepillo.

—Él y su madre se marcharon del pueblo. Nos escribimos durante una época, pero al final perdimos el contacto. Ya sabes cómo son los niños.

—Un buen guante de béisbol.

Carol conservaba la sonrisa. Vi lágrimas en sus ojos mientras contemplábamos la fotografía, pero conservaba la sonrisa. Bajo la luz blanca de los fluorescentes del comedor, sus lágrimas parecían de plata, las lágrimas de una princesa en un cuento de hadas.

—Ese guante era la posesión más preciada de Bobby —prosiguió Carol—. Hay un jugador de béisbol que se llama Alvin Dark, ¿no?

—Lo hubo.

—El guante de Bobby era de esa clase, modelo Alvin Dark.

—El mío era un Ted Williams. Creo que mi madre lo vendió a una tienda de

artículos de segunda mano hace un par de años.

—A Bobby se lo robaron —dijo Carol. No estoy muy seguro de que supiera que yo continuaba allí. Seguía tocando con la yema del dedo la cara estrecha y algo ceñuda del niño. Parecía que estuviera experimentando una regresión a su pasado. He oído contar que los hipnotizadores logran provocar ese estado en sujetos especialmente predispuestos—. Lo cogió Willie.

—¿Willie?

—Willie Shearman. Lo vi jugar al béisbol con ese guante un año después, en Sterling House. Me puse furiosa. Por esas fechas, mis padres discutían continuamente, preparando el terreno para el divorcio, supongo, y yo estaba siempre furiosa. Furiosa con ellos, furiosa con mi profesor de matemáticas, furiosa con el mundo entero. Aún le tenía miedo a Willie, pero sobre todo estaba furiosa con él... y además no iba sola, aquel día no. Fui derecha hacia Willie y le dije que sabía que aquel guante era de Bobby y que debía dármelo. Dije que conocía la dirección de Bobby en Massachusetts y se lo enviaría. Willie me contestó que estaba loca, que el guante era *suyo*, y para demostrarlo me enseñó su nombre escrito en el costado. Había borrado el de Bobby, lo mejor que pudo, y escrito el suyo encima. Pero aún se veía la «bby» de Bobby.

Una extraña indignación se había adueñado de su voz. En ese momento parecía la voz de una persona de menor edad. Y también su expresión parecía la de una persona de menor edad. Quizá me engaña la memoria a ese respecto, pero estoy casi seguro de que así era. Sentada allí, en la periferia de la luz blanca procedente del comedor, aparentaba, creo, unos doce años. Trece a lo sumo.

—Sin embargo —prosiguió—, no pudo borrar la firma de Alvin Dark de la palma, ni escribir encima... y se sonrojó. Se puso rojo como un tomate. ¿Y sabes qué dijo entonces? Me pidió disculpas por lo que me habían hecho él y sus dos amigos. Pero mintió sobre el guante. Dudo que tuviera mucho interés en quedárselo: estaba viejo y tenía los refuerzos de piel descosidos y le venía pequeño. Aun así, mintió para poder quedárselo. No entiendo por qué. Nunca lo he entendido.

—He perdido el hilo —dije.

—¿Cómo no ibas a perderlo? Para mí misma es todo muy confuso, y eso que yo lo viví. Mi madre me dijo una vez que esa confusión es normal en las personas que han sufrido un accidente o se han visto envueltas en una pelea. Recuerdo algunas cosas con bastante claridad, sobre todo las partes que guardan relación con Bobby, pero casi todo lo demás lo sé por lo que otra gente me ha contado después.

»Yo estaba en el parque que había al final de mi calle, y se me acercaron esos tres chicos, Harry Doolin, Willie Shearman y otro. No recuerdo el nombre del tercero. Tampoco tiene la menor importancia. Me pegaron. Yo tenía sólo once años, pero eso no los detuvo. Harry Doolin me golpeó con un bate de béisbol. Willie y el otro me

sujetaron para que no me escapase.

—¿Con un bate de béisbol? ¿Me tomas el pelo?

Carol movió la cabeza en un gesto de negación.

—Empezaron en broma, creo, y luego... la broma se les fue de las manos. En uno de los golpes, se me dislocó el brazo. Grité y supongo que huyeron. Me quedé allí sentada, agarrándome el brazo. Me dolía tanto y estaba tan... tan conmocionada, imagino..., que no sabía qué hacer. O quizá intenté levantarme para pedir ayuda y no pude. Entonces Bobby pasó por allí. Me ayudó a salir del parque y ya en la calle me cogió en brazos y me llevó hasta su apartamento. Broad Street arriba, un buen trecho, y uno de los días más calurosos de aquel verano. Me llevó en brazos.

Sostuve la fotografía a la luz y me incliné sobre ella, observando al niño del pelo cortado a cepillo. Observé sus brazos descarnados y luego observé a la niña. Era varios centímetros más alta que él y tenía las espaldas más anchas. Observé al otro niño, Sully, el del cabello negro revuelto y la sonrisa típicamente americana: el cabello de Stoke Jones; la sonrisa de Skip Kirk. No me costó imaginar a Sully llevando a la niña en brazos, pero el otro niño...

—Lo sé —dijo Carol—. Con ese tamaño, parece incapaz, ¿no? Pero cargó conmigo. Perdí el conocimiento y cargó conmigo. —Volvió a coger la fotografía.

—¿Y mientras él te ayudaba, ese tal Willie, el que te sujetaba mientras el otro te pegaba, regresó y robó el guante?

Carol asintió con la cabeza.

—Bobby me llevó a su apartamento. Allí había un viejo que vivía arriba, en la misma casa. Ted, se llamaba, y por lo visto sabía un poco de todo. Él volvió a colocarme el brazo en la articulación. Recuerdo que me dio su cinturón para que lo mordiera mientras él devolvía el hueso a su sitio. O quizá era el cinturón de Bobby. Me dijo que así podía atrapar el dolor, y eso hice. Después... después ocurrió algo horrible.

—¿Peor que ser apaleada con un bate de béisbol? —pregunté.

—En cierto modo sí. Prefiero no hablar de eso. —Se limpió las lágrimas con el dorso de la mano, primero un lado de la cara y luego el otro, sin apartar la mirada de la fotografía—. Un tiempo después, antes de que él y su madre se marcharan de Harwick, Bobby dio una paliza al chico que me había pegado con el bate, Harry Doolin. —Guardó la fotografía en su compartimiento transparente—. Lo que mejor recuerdo de aquel día, lo único que merece la pena recordar, es que Bobby me ayudó. Sully era más fuerte, y Sully *podría* haberme ayudado si hubiera estado allí, pero no estaba. Bobby sí estaba, y me llevó en brazos cuesta arriba. Hizo lo que debía. Es lo mejor, lo más importante, que alguien ha hecho por mí en la vida. ¿Me comprendes, Pete?

—Sí.

Comprendía también otra cosa: Carol decía casi exactamente lo mismo que Nate había dicho apenas una hora antes..., salvo que ella sí se había manifestado. Había empuñado una pancarta y se había manifestado. Aunque, claro está, Nate Hoppenstand nunca había recibido una paliza de tres chicos que empezaron en broma y decidieron acabar en serio. Y quizá ahí residía la diferencia.

—Me llevó en brazos cuesta arriba —repitió Carol—. Siempre deseé decirle lo mucho que lo quería por eso, y lo mucho que lo quería por enseñarle a Harry Doolin que cuando uno hace daño a alguien, especialmente a una persona que es más débil y no representa ninguna amenaza, debe pagar por ello.

—Así que te manifestaste.

—Me manifesté. Necesitaba explicar a alguien la razón. Necesitaba explicárselo a alguien capaz de entenderlo. Mi padre no querría y mi madre no podría. Su amiga Rionda me telefoneó para decirme... —No completó la frase; simplemente se quedó en silencio allí sentada, sobre el cajón de leche, manoseando el bolso.

—Para decirte ¿qué?

—Nada.

Se la veía exhausta, alicaída. Deseé besarla o al menos abrazarla, pero sospeché que eso estropearía lo que acababa de ocurrir. Porque *había* ocurrido algo. Existía magia en su relato. No en el centro mismo del relato, sino flotando alrededor. La percibía.

—Me manifesté —prosiguió Carol—, y probablemente me uniré al Comité de Resistencia. Mi compañera de habitación dice que me he vuelto loca, que nunca encontraré un trabajo si en mi expediente académico consta que he pertenecido a un grupo estudiantil comunista; pero creo que voy a hacerlo de todos modos.

—¿Y tu padre? ¿Qué pasará con él?

—Mi padre, que se joda.

Se produjo un silencio de relativa consternación mientras asimilábamos la magnitud de sus palabras, pero de pronto Carol dejó escapar una risita.

—Eso sí es freudiano. —Se puso en pie—. Debo irme a estudiar. Gracias por venir, Pete. Nunca le había enseñado esa foto a nadie. Yo misma no la miraba desde hacía Dios sabe cuánto tiempo. Ahora me encuentro mejor. Mucho mejor.

—Me alegro. —Me levanté también—. Antes de volver a la residencia, ¿te importaría ayudarme a hacer una cosa?

—En absoluto. ¿Qué?

—Ya lo verás. No tardaremos mucho.

La guié hasta el extremo del Holyoke y empezamos a subir por el promontorio que se alzaba detrás. A unos doscientos metros de allí se hallaba el aparcamiento contiguo a la central térmica, donde tenían que dejar el coche los estudiantes sin derecho a ocupar las plazas de los otros aparcamientos más céntricos (es decir, los

estudiantes de primero y segundo y casi todos los de tercero). Cuando llegaban los fríos del invierno, aquélla era la principal zona de magreo del campus, pero esa noche la idea de darnos el lote en mi ranchera ni siquiera se me había pasado por la cabeza.

—¿Llegaste a contarle a Bobby quién se había quedado su guante de béisbol? —pregunté—. Has dicho que le escribías.

—No vi razón para contárselo.

Caminamos en silencio durante un rato. Finalmente dije:

—Voy a cortar con Annmarie durante el puente de Acción de Gracias. El otro día estuve a punto de telefonarla, incluso marqué el número, pero colgué antes de que contestara. Si he de hacerlo, prefiero reunir valor para anunciárselo cara a cara. —Yo no sabía que hubiera tomado tal decisión, al menos conscientemente, pero por lo visto sí la había tomado. Desde luego, no lo dije por complacer a Carol.

Ella asintió con la cabeza, abriendo surcos entre las hojas caídas con las zapatillas al andar, sosteniendo el pequeño bolso en una mano, eludiendo mi mirada.

—Yo tuve que recurrir al teléfono. Llamé a S-J y le dije que salía con un chico.

Me detuve.

—¿Cuándo?

—La semana pasada —respondió, y de pronto se volvió para mirarme. Hoyuelos, el labio inferior ligeramente arqueado: la sonrisa.

—¿La semana pasada? ¿Y no me habías dicho nada?

—Era asunto mío —replicó Carol—. Mío y de Sully. Quiero decir que él no va a venir a buscarte con un... —Se interrumpió, permaneciendo callada el tiempo suficiente para que los dos pensáramos: con un bate de béisbol. Luego continuó—: No va a venir a buscarte ni nada semejante. Sigamos, Pete. Si tenemos que hacer algo, hagámoslo. Pero no voy a irme de paseo contigo. Tengo que estudiar, de verdad.

—Nada de paseos.

Reanudamos la marcha. Por aquel entonces, el aparcamiento de la central térmica me parecía enorme: centenares de coches aparcados en docenas de filas a la luz de la luna. Apenas recordaba donde había dejado la vieja ranchera Ford de mi hermano. La última vez que visité la Universidad de Maine, el aparcamiento era tres o cuatro veces mayor, con espacio para mil coches o más. El tiempo pasa y todo crece menos nosotros.

—Oye, Pete —dijo Carol, mirándose de nuevo las zapatillas pese a que volvíamos a pisar asfalto y no había hojas entre las que abrir surcos.

—Sí.

—No quiero que rompas con Annmarie por mí. Porque sospecho que nuestra relación es... pasajera. ¿De acuerdo?

—Sí. —Sus palabras me entristecieron (sentí lo que los habitantes de la Atlántida llamábamos «un frustré»), pero en realidad no me sorprendieron—. Supongo que sí.

—Me gustas, y me gusta estar contigo; pero sólo me gustas, no hay nada más, y prefiero ser sincera. Así que si quieres mantener la boca cerrada cuando vayas a casa a pasar el puente...

—¿Vienes a sugerirme más o menos que la mantenga entretenida en el pueblo? ¿Algo así como una rueda de recambio por si pinchamos aquí en la universidad?

Por un momento Carol pareció desconcertada y luego se echó a reír.

—*Touché* —dijo.

—*Touché* ¿respecto a qué?

—Ni siquiera lo sé, Pete... pero me gustas.

Se detuvo, se volvió hacia mí y me rodeó el cuello con los brazos. Nos besamos entre dos filas de coches, nos besamos hasta que estuve bien empalmado, tanto que sin duda ella tuvo que notarlo. Me rozó una última vez con los labios y seguimos caminando.

—¿Cómo reaccionó Sully cuando se lo dijiste? No sé si debo preguntarlo, pero...

—... pero quieres *información* —completó Carol, adoptando el áspero tono del Número Dos. Luego rió. Era de nuevo la risa compungida—. Esperaba que se enfadara, o incluso que se echara a llorar. Sully es enorme, y cuando juega al fútbol, da miedo a los jugadores del equipo contrario, pero siempre tiene los sentimientos a flor de piel. No esperaba, en cambio, que sintiera alivio.

—¿Alivio?

—Alivio. Sale con una chica de Bridgeport desde hace un mes o poco más..., sólo que Rionda, la amiga de mi madre, me contó que en realidad no es una chica sino una mujer hecha y derecha, de veinticuatro o veinticinco años.

—Eso parece la fórmula perfecta para un desastre —comenté, esperando que mis palabras reflejaran comedimiento y consideración. Lo cierto era que la noticia me alegraba. Y si el bueno de John Sullivan convertía su vida en una triste balada, pues, en fin, habría cuatrocientos millones de personas en la China roja a los que les importaría un carajo, y a mí me importaría aún menos.

Casi habíamos llegado a mi coche. Era sólo un viejo montón de chatarra entre otros muchos, pero aquél, por gentileza de mi hermano, me pertenecía.

—Tiene en mente otras cosas aparte de su nuevo amor —prosiguió Carol—. Va a alistarse en el ejército en cuanto acabe el curso en el instituto el próximo junio. Ha ido ya a la oficina de reclutamiento y presentado la solicitud. Está impaciente por marcharse a Vietnam y librar al mundo de la amenaza contra la democracia.

—¿Discutiste con él por la guerra?

—No. ¿De qué habría servido? Para ser sinceros, ¿qué podía decirle? ¿Que para mí todo tiene que ver con Bobby Garfield? ¿Que la palabrería de Harry Swidrowski y George Gilman y Hunter McPhail me parece intrascendente en comparación con el esfuerzo de Bobby cuando me llevó a cuestas Broad Street arriba? Sully pensaría que

estoy loca. O diría que mi problema es que soy demasiado lista. Sully siente lástima por la gente demasiado lista. Sostiene que ser demasiado listo es una enfermedad. Y quizá no le falte razón. En cierto modo le quiero, ¿sabes? Es tierno. También es la clase de hombre que necesita alguien que cuide de él.

Y espero que encuentre a alguien, pensé. Siempre y cuando no seas tú.

Carol contempló mi coche con mirada crítica.

—Muy bien —dijo—. Es feo, pide a gritos un lavado, pero es un medio de transporte. La pregunta es: ¿Qué hacemos aquí cuando yo debería estar leyendo un relato de Flannery O'Connor.

Saqué mi navaja de bolsillo y la desplegué.

—¿Llevas por casualidad una lima de uñas en el bolso?

—Pues sí. ¿Vamos a pelear? ¿El Número Dos y el Número Seis la emprenden a cuchilladas en el aparcamiento de la central térmica?

—Déjate de bromas. Tú saca la lima y sígueme.

Una vez situados detrás de la ranchera, Carol empezó a reír, no con la risa compungida sino con las sonoras carcajadas que yo había oído cuando el obsceno hombrecillo modelado por Skip a partir de una salchicha apareció en la cinta transportadora de la cocina. Carol había comprendido por fin para qué estábamos allí.

Comenzamos cada uno por un extremo del adhesivo pegado a lo largo del parachoques y nos encontramos en el medio. Luego observamos alejarse los jirones arrastrados por el viento. *Au revoir*, AuH2O-4-USA. Adiós, Barry. Y nos echamos a reír. Chico, no podíamos parar de reír.

22

Un par de días después, mi amigo Skip, que había llegado a la universidad con la conciencia política de un molusco, colgó un póster en su mitad de la habitación que compartía con Brad Witherspoon. Mostraba a un sonriente ejecutivo con traje y chaleco. Tendía una mano en ademán de saludar con un apretón. Escondía la otra detrás de la espalda, pero algo que sostenía en ella goteaba sangre entre sus zapatos. LA GUERRA ES UN BUEN NEGOCIO, rezaba el póster. INVIERTE A TU HIJO.

Dearie quedó horrorizado.

—¿Así que ahora estás en contra de la guerra de Vietnam? —preguntó cuando lo vio.

Pese a su arrogante agresividad, sospecho que nuestro querido encargado de planta estaba hondamente conmocionado por aquel póster. Al fin y al cabo, Skip

había sido un jugador de béisbol de primera línea en el instituto. Se esperaba además que siguiera jugando en el equipo de la universidad. Tanto Delta Tau Delta como Phi Gam —las dos asociaciones estudiantiles para deportistas— habían intentado atraerlo. Skip no era un tullido enfermizo como Stoke Jones (Dearie Dearborn también había acabado llamando Ris-Ras a Stoke), ni un bicho raro de ojos saltones como George Gilman.

—Eh, ese póster sólo quiere decir que mucha gente está haciéndose de oro a costa de un sangriento embrollo —adujo Skip—. McDonnell-Douglas. Boeing. GE. Dow y Coleman en el sector químico. La jodida Pepsi-Cola. Y muchas más.

La penetrante mirada de Dearie transmitía la idea (o eso pretendía) de que había reflexionado acerca de esas cuestiones mucho más a fondo de lo que Skip Kirk podría reflexionar jamás.

—Permíteme que te haga una pregunta: ¿Crees que simplemente deberíamos quedarnos al margen y dejar que el tío Ho tomara allí el poder?

—No sé lo que creo —respondió Skip—, todavía no. Empecé a interesarme por el tema hace sólo un par de semanas. Aún estoy intentando ponerme al día.

Eran las siete y media de la mañana, y un pequeño grupo de estudiantes camino de la clase de las ocho se había congregado frente a la habitación de Skip. Vi a Ronnie (más Nick Prouty; por entonces los dos eran inseparables), Ashley Rice, Lennie Doria, Billy Marchant y quizá otros cuatro o cinco. Nate estaba apoyado contra el marco de la puerta de la 302, con una camiseta y el pantalón del pijama. En la escalera, Stoke Jones se sostenía sobre sus muletas. Por lo visto, ya dispuesto a irse, se había dado media vuelta para escuchar la discusión.

—Cuando los vietcong entran en una aldea de Vietnam del Sur —dijo Dearie—, lo primero que hacen es buscar a personas que lleven crucifijos, medallas de san Cristóbal, medallas de la Virgen, y esa clase de cosas. Se mata a los católicos. Se mata a la gente que cree en *Dios*. ¿Te parece que debemos quedarnos al margen mientras los comunistas matan a gente que cree en Dios?

—¿Por qué no? —preguntó Stoke desde la escalera—. Nos quedamos al margen durante seis años mientras los nazis mataban a los judíos. Los judíos creen en Dios, o eso me han contado.

—¡Ris-Ras del carajo! —exclamó Ronnie—. ¿Quién coño te ha dado vela en este entierro?

Pero para entonces Stoke Jones, alias Ris-Ras, bajaba ya por la escalera. El resonante golpeteo de sus muleta me trajo a la memoria la reciente marcha de Frank Stuart.

Dearie se volvió de nuevo hacia Skip. Tenía los puños en jarras. Ante la pechera de su camiseta blanca pendían varias placas de identificación. Su padre las había llevado en Francia y Alemania, nos explicó; las había llevado cuando estaba tendido

detrás de un árbol, a cubierto del fuego de una ametralladora que había acabado con la vida de dos hombres de su compañía y herido a otros cuatro. Qué tenía aquello que ver con el conflicto de Vietnam era algo que escapaba a nuestra comprensión, pero obviamente significaba mucho para Dearie, así que nadie le preguntó. Incluso Ronnie tuvo la sensatez suficiente para mantener la boca cerrada.

—Si les permitimos tomar Vietnam del Sur, luego tomarán Camboya. —Dearie nos miró uno por uno, a Skip, a mí, a Ronnie..., a todos—. Luego Laos. Luego las Filipinas. Una detrás de otra.

—Si son capaces de hacerlo, quizá merezcan ganar —dije.

Dearie, horrorizado, clavó en mí la mirada. También yo estaba en cierto modo horrorizado, pero no me retracté.

Había otra tanda de preliminares antes del puente de Acción de Gracias, y para los jóvenes universitarios de la tercera planta del Chamberlain era un desastre. Para entonces, casi todos comprendíamos ya que el desastre lo éramos *nosotros*, que estábamos cometiendo una especie de suicidio colectivo. Kirby McClendon llevó a cabo su intensa experiencia emocional y desapareció como un conejo en la chistera de un mago. Kenny Auster, que solía sentarse en el rincón durante las partidas maratónicas y hurgarse la nariz cuando dudaba qué carta echar, simplemente se largó de la noche a la mañana. Dejó en su almohada una dama de picas en la que había escrito: «Me retiro». George Lessard se reunió con Steve Ogg y Jack Frady en el Chadbourne, la residencia de los empollones.

Seis menos, y otros trece a punto de seguir sus pasos.

Con aquello debería haber bastado. Sólo con lo que le ocurrió al pobre Kirby debería haber bastado; en los tres o cuatro días previos a su crisis nerviosa, las manos le temblaban de tal modo que apenas podía sostener las cartas y saltaba del asiento si alguien daba un portazo en el pasillo. Con Kirby debería haber bastado, pero no bastó. Tampoco el tiempo que pasaba con Carol fue la respuesta. Cuando estaba con ella, sí, me encontraba a gusto. Cuando estaba con ella, sólo deseaba información (y quizá matarla a polvos). Sin embargo, cuando estaba en la residencia, especialmente en la condenada sala común de la tercera planta, afloraba otra personalidad de Peter Riley. En la sala común de la tercera planta, yo mismo no me conocía.

A medida que se acercaba Acción de Gracias, una especie de ciego fatalismo se adueñó de nosotros. No obstante, nadie hablaba de ello. Hablábamos de películas, de sexo («¡Toco más culos que el caballo de un tiovivo!», alardeaba Ronnie, normalmente sin previo aviso o sin que viniera a cuento), pero sobre todo hablábamos de Vietnam... y los corazones. Nuestras conversaciones acerca del juego se centraban en quiénes llevaban más dinero ganado, quiénes llevaban más dinero perdido, quiénes parecían incapaces de dominar las sencillas estrategias del juego: desprenderse cuanto antes de todas las cartas de al menos un palo; pasar corazones de valor medio a los jugadores aficionados a ir a por todas (si en una mano alguien conseguía acaparar todos los triunfos, es decir, los trece corazones y la bruja, en lugar de sumarse veintiséis tantos a su puntuación, se restaban, y a eso se llamaba «ir a por todas»); si uno debía ganar forzosamente una baza, era preferible ganarla con una carta alta.

Nuestra única respuesta real a la inminente tercera ronda de preliminares fue organizar el juego en una especie de interminable torneo rotatorio. Seguíamos

jugando a cinco centavos el tanto, pero ahora, además, todos competíamos en una clasificación global basada en un determinado reparto de puntos por partida. El sistema de puntuación por partidas era bastante complejo, pero Randy Echolls y Hugh Brennan elaboraron una excelente fórmula en dos febriles sesiones de trabajo hasta altas horas de la noche. Ambos, dicho sea de paso, tenían sendos suspensos en el curso de introducción a las matemáticas; ninguno de los dos fue invitado a reanudar sus estudios una vez concluido el semestre de otoño.

Han pasado treinta y tres años desde aquella ronda de preliminares previa al día de Acción de Gracias, y el hombre en que aquel muchacho se convirtió hace aún hoy una mueca de dolor al recordarla. Sólo aprobé la sociología y la lengua. Ni siquiera tuve que ver las notas para saberlo. Skip dijo que sólo había superado el listón en cálculo, y en eso por los pelos. Esa noche había quedado con Carol para ir al cine, nuestra cita de despedida antes de aquellas breves vacaciones (y la última, aunque entonces no lo sabía), y cuando me dirigía a coger el coche, vi a Ronnie Malenfant. Le pregunté cómo le habían ido los exámenes. Ronnie sonrió, me guiñó un ojo y dijo:

—De pistón, chaval. Sobresaliente en todo. Estoy muy tranquilo al respecto. — Pero a la luz del aparcamiento vi que su sonrisa vacilaba ligeramente en las comisuras de los labios. Estaba muy pálido, y su acné, ya virulento al principio del curso, había empeorado de manera considerable—. ¿Y a ti?

—Van a nombrarme decano de artes y ciencias —contesté—. ¿Te dice eso algo?

Ronnie soltó una carcajada.

—¡Estás como una puta regadera! —Me dio una palmada en el hombro. En su mirada, la expresión de gallito se desvaneció y dejó paso al temor, dándole un aspecto más infantil—. ¿Sales con alguien esta noche?

—Sí.

—¿Con Carol?

—Sí.

—Me alegro por ti. Está muy buena. —Tratándose de Ronnie, el comentario era de una sinceridad casi conmovedora—. Y por si no nos vemos luego en la sala, que disfrutes del pavo este fin de semana.

—Igualmente, Ronnie.

—Sí, claro. Yo desde luego pienso disfrutarlo —dijo, mirándome de reojo, esforzándose por mantener la sonrisa—. Pase lo que pase, creo que los dos tenemos el pavo asegurado, ¿no crees?

—Sí, supongo que a eso se reduce todo.

Hacía calor. Incluso con el motor apagado y la calefacción apagada hacía calor. Habíamos caldeado el interior del coche con nuestros cuerpos. Los cristales se habían empañado y la luz del aparcamiento penetraba difusa, como la luz a través del vidrio opaco de la ventana de un cuarto de baño. La radio estaba puesta, y John Marshall, alias el Poderoso, ofrecía una selección de viejos éxitos, el Modesto y sin embargo Poderoso ponía a los Four Seasons, los Dovells, Jack Scott, Little Richard, Freddie «Boom Boom» Cannon, a todas esas glorias del pasado. Ella tenía desabrochada la rebeca, y su sujetador colgaba en el respaldo del asiento, un sujetador de tirantes blancos y gruesos; por aquel entonces, la tecnología de los sujetadores no había dado aún ese gran salto hacia adelante. Y su piel despedía calor, y su pezón erecto se hallaba en mi boca, y llevaba aún las bragas puestas pero sólo a medias, porque las tenía retorcidas y bajadas. Y yo le había metido primero un dedo y luego dos. Chuck Berry cantaba *Johnny Be Goode* y los Royal Teens cantaban *Short Shorts*. Y su mano, ya dentro de mi bragueta, forcejeaba con el elástico de mis calzoncillos, y yo percibía su olor, el perfume de su cuello y el sudor de sus sienes, y la oía, oía el latido vivo de su respiración, susurros inarticulados en mi boca cuando nos besamos. Todo ello con el asiento de la ranchera echado hacia atrás cuanto daba de sí. En esos momentos no pensaba en suspensos ni en la guerra de Vietnam ni en LBJ con un *lei* alrededor del cuello ni en los corazones ni en nada; sólo la deseaba allí y en ese preciso instante. Y de pronto ella se irguió y me irguió también a mí, plantándome las dos manos en el pecho, empujándome con las palmas extendidas hacia el volante. Me acerqué de nuevo a ella, deslizando una mano por su muslo, y ella dijo con tono tajante:

—¡Pete, no!

Juntó las piernas de manera tan enérgica que oí entrechocarse sus rodillas, con ese chasquido rotundo que significaba que, me gustase o no, se había acabado el magreo. No me gustaba pero me detuve.

Apoyé la cabeza contra la ventanilla empañada del lado del conductor, respirando agitadamente. Tenía la polla como una barra de hierro embutida bajo el calzoncillo, tan dura que me dolía. Eso pronto pasaría —no hay *trempera* que dure eternamente, creo que lo dijo Benjamin Disraeli—, pero incluso después de desaparecer la erección, en los huevos persiste la hinchazón. Es una de las realidades con las que ha de convivir un hombre.

Habíamos salido del cine a media película —un tostón insufrible sobre el típico chico bueno víctima de una injusticia, con Burt Reynolds como protagonista— y habíamos regresado al aparcamiento de la central térmica, ambos con la misma idea en la mente... o eso esperaba yo. Supongo que sí era la misma idea, salvo que yo esperaba un poco más de lo que había recibido.

Carol se había cerrado la rebeca, pero el sujetador seguía colgado en el respaldo

del asiento, de modo que ella ofrecía un aspecto en extremo deseable, con los pechos tratando de desbordarse por la abertura de la rebeca y media areola visible en la tenue luz. Había abierto el bolso y, con manos temblorosas, buscaba a tientas el paquete de tabaco.

—¡Uf! —exclamó. La voz le temblaba tanto como las manos—. ¡Caramba!

—Con la rebeca así, medio abierta, pareces Brigitte Bardot —dije.

Carol alzó la vista, sorprendida y —me pareció advertir— halagada.

—¿De verdad lo crees? ¿O es sólo por el pelo rubio?

—¿El pelo? No, qué va. Es sobre todo por... —Señalé su delantera.

Inclinó la cabeza para mirarse y rió. No se abrochó los botones, sin embargo, ni trató siquiera de taparse mejor. En todo caso, no sé si lo habría conseguido, pues, por lo que recuerdo, aquella rebeca era muy ajustada.

—En Harwich, había un cine cerca de casa, el Asher Empire. Ahora ya ha desaparecido, pero cuando éramos niños, Bobby, Sully-John y yo, daba la impresión de que siempre ponían películas de Brigitte Bardot. Me parece que una en particular, *Y Dios creó a la mujer*, estuvo mil años en cartel.

Rompí a reír y cogí mis cigarrillos del salpicadero.

—En el autocine de Gates Falls, ésa era siempre la tercera película en las sesiones triples de los viernes y los sábados por la noche.

—¿La fuiste a ver alguna vez?

—¿Estás de broma? —repuse—. Ni siquiera me dejaban ir al autocine, como no fuera a una sesión doble de Disney. Creo que vi *Tonka*, con Sal Mineo en el papel principal, al menos siete veces. Pero sí recuerdo los trailers: Brigitte con su toalla.

—No voy a volver a la universidad —anunció Carol de pronto, y encendió su cigarrillo. Lo dijo con tal calma que en un primer momento pensé que seguíamos hablando de viejas películas, o de la medianoche en Calcuta, o lo que fuera necesario para convencer a nuestros cuerpos de que era hora de descansar, que la acción había terminado.

—¿Has... has dicho...?

—He dicho que no volveré después del puente. Y en mi casa, si es que puedo llamar a eso *mi* casa, no habrá grandes celebraciones de Acción de Gracias, pero qué más da.

—¿Algún problema con tu padre?

Carol negó con la cabeza, dando una calada al cigarrillo. A la luz del ascua, su rostro era un conjunto de reflejos anaranjados y medias lunas de sombra gris. Parecía de mayor edad. Todavía hermosa, pero de mayor edad. En la radio, Paul Anka cantaba *Diana*. La apagué.

—Mi padre no tiene nada que ver con esto. Vuelvo a Harwich. ¿Recuerdas que te mencioné a una amiga de mi madre, Rionda?

Me acordaba vagamente, de modo que asentí.

—Rionda hizo la fotografía que te enseñé, aquella en la que salgo yo con Bobby y S-J. Dice... —Carol se miró la falda, que aún llevaba remangada casi hasta la cintura, y empezó a arreglársela. Uno nunca sabe qué puede avergonzar a la gente: a veces son las necesidades corporales; a veces son los deslices sexuales de los parientes; a veces son los comportamientos ostentosos. Y a veces, claro está, es la bebida—. Por decirlo de alguna manera, mi padre no es el único de la familia que tiene problemas con el alcohol. Enseñó a mi madre a empinar el codo, y ella resultó una alumna aventajada. No bebía desde hacía mucho tiempo..., iba a las reuniones de Alcohólicos Anónimos, creo..., pero dice Rionda que ha vuelto a caer. Así que vuelvo a casa. No sé si seré capaz de cuidar de ella o no, pero debo intentarlo. Tanto por ella como por mi hermano. Según Rionda, Ian está muy confuso. Siempre lo ha estado. —Sonrió.

—Carol, quizá eso no sea muy buena idea. Echar por la borda tus estudios de esa forma...

Me miró airada.

—¡Vaya quién fue a hablar de echar los estudios por la borda! ¿Quieres saber qué he oído contar últimamente sobre la tercera planta del Chamberlain y vuestro jodido juego de cartas? Que *todos* los estudiantes de esa planta tendrán que dejar la carrera en Navidad por bajo rendimiento, incluido tú. Penny Lang dice que al comienzo del semestre de primavera sólo quedará allí ese gilipollas de encargado de planta que tenéis.

—Qué va —respondí—, eso es una exageración. Nate seguirá. Stokely Jones también, a no ser que una noche se rompa el cuello bajando por la escalera.

—Hablas como si lo encontraras divertido —reprochó Carol.

—No tiene nada de divertido —aseveré. No, no era para tomarlo a risa.

—¿Por qué no dejas el juego de una vez, pues?

Ahora era yo quien empezaba a enojarme. Carol me había apartado de ella y había juntado las rodillas, me había anunciado que se marchaba justo cuando comenzaba no sólo a desear su presencia sino a necesitarla, me había abandonado a mi suerte con un caso agudo de hinchazón de huevos..., y de pronto todo era culpa mía. De pronto el único problema eran las cartas.

—No sé por qué no lo dejas —contesté—. ¿Por qué no buscas a alguien que cuide de tu madre? ¿Por qué esa amiga suya, Rawanda...

—Ri-on-da.

—... no se hace cargo de ella? ¿Qué culpa tienes tú de que tu madre sea una borracha?

—¡Mi madre no es una borracha! —replicó Carol—. ¡No la llames borracha!

—Algo así debe de ser si has de dejar la universidad por ella. Si las cosas han

llegado a ese punto, Carol, algo así debe de ser.

—Rionda trabaja y tiene ya bastantes preocupaciones con su propia madre —explicó Carol. Su ira se había desvanecido. Estaba alicaída, sin ánimos. Recordé a la chica que se había reído a carcajadas junto a mí mientras veíamos alejarse los jirones del adhesivo de Goldwater arrastrados por el viento, pero ésta no parecía la misma—. Mi madre es mi madre. Cuidar de ella es obligación sólo de Ian y mía, y Ian apenas da abasto con el instituto. Además, siempre puedo ir a UConn.

—¿Quieres cierta *información*? —pregunté con voz trémula, empañada—. La vas a oír quieras o no, ¿de acuerdo? Estás rompiéndome el corazón. Ésa es la *información*. Estás rompiéndome el corazón.

—No es así —repuso Carol—. Los corazones son muy resistentes, Pete. Casi nunca se rompen. La mayoría de las veces sólo se doblan.

Ya, ya, y Confucio dice que si una mujer cae en picado, se estrella. Me eché a llorar. No mucho, pero eran lágrimas, sin duda. Sobre todo, creo, por el hecho de cogerme tan desprevenido. Y sí, bueno, quizá lloré también por mí mismo. Porque tenía miedo. Había suspendido o estaba en peligro de suspender todas mis asignaturas menos una; uno de mis amigos planeaba apretar el botón de EYECCIÓN, y yo era incapaz de dejar de jugar. Nada salía como yo esperaba al ingresar en la universidad, y estaba aterrorizado.

—No quiero que te vayas —dije—. Te amo. —Intenté sonreír—. Eso es sólo un poco más de información, ¿entendido?

Me miró con una expresión que me fue imposible interpretar. Luego bajó el cristal de la ventanilla y tiró el cigarrillo. Volvió a subir el cristal y extendió los brazos hacia mí.

—Ven aquí.

Apagué mi colilla en el rebosante cenicero y me deslicé hacia su lado del asiento. Hacia sus brazos. Me besó y después me miró a los ojos.

—Quizá me amas, quizá no. Nunca trataría de disuadir a alguien de amarme, eso te lo aseguro, porque el amor nunca sobra. Pero estás confuso, Pete. Confuso en cuanto a la universidad, los corazones, Annmarie, y confuso también en cuanto a mí.

Estuve a punto de negarlo, pero era verdad.

—Puedo estudiar en UConn. Si mi madre se recupera, iré a UConn. Si no, puedo estudiar a tiempo parcial en la academia Pennington de Bridgeport, o incluso ir a clases nocturnas de formación profesional en Stratford o Harwich. Me quedan esas opciones, puedo permitirme el lujo de elegir entre esas posibilidades porque soy mujer. Gracias a Lyndon Johnson, éstos son buenos tiempos para ser mujer, créeme.

—Carol...

Me tapó la boca delicadamente con una mano.

—Si suspendes en diciembre, tienes muchas probabilidades de estar en la selva en

diciembre del año próximo. Debes tener eso muy en cuenta, Pete. En el caso de Sully, es distinto. Él cree que es su obligación y *quiere* ir. Tú no tienes las ideas claras y no sabes lo que quieres, ni lo sabrás hasta que dejes el juego.

—Oye, arranqué del parachoques el adhesivo de Goldwater, ¿o no? —repliqué, y a mí mismo me pareció una estupidez.

Carol guardó silencio.

—¿Cuándo te vas? —pregunté.

—Mañana por la tarde. Tengo ya el billete para el autocar de Trailways que sale a las cuatro para Nueva York. La parada de Harwich está a menos de tres calles de mi casa.

—¿Lo cogerás en Derry?

—Sí.

—¿Puedo llevarte a la estación? —propuse—. Podría pasar a recogerte por la residencia a eso de las tres.

Carol lo pensó por un momento y finalmente asintió con la cabeza..., pero advertí una expresión sombría en su mirada. Era difícil no advertirla, porque siempre tenía los ojos muy abiertos y no había en ellos el menor rastro de malicia.

—Estaría bien —dijo—. Gracias. Y no te mentí, ¿verdad? Te avisé de que nuestra relación sería pasajera.

Dejé escapar un suspiro.

—Sí —admití, sólo que había sido mucho más pasajera de lo que yo esperaba.

—Ahora, Número Seis, queremos... *información*.

—No la tendréis —contesté. No era fácil hablar con la firmeza de Patrick McGoochan en *El prisionero* cuando uno tenía aún ganas de llorar, pero hice lo que pude.

—¿Y si te lo pido por favor?

Carol cogió mi mano, la deslizó bajo la rebeca y la colocó sobre su pecho izquierdo. La parte de mí que había empezado a decaer, volvió de inmediato a la posición de firmes.

—Bueno...

—¿Lo has hecho alguna vez? Hasta el final, quiero decir. Ésa es la información que deseo.

Vacilé. Es una pregunta que a la mayoría de los chicos les incomoda, y ante la cual casi todos mienten. Yo no quería mentir a Carol.

—No —respondí.

Se despojó con gracia de las bragas, las tiró al asiento trasero y entrelazó los dedos detrás de mi cuello.

—Yo sí. Dos veces. Con Sully. Creo que no lo hacía muy bien..., pero él no ha ido a la universidad. Tú sí.

Noté la boca seca, pero debía de ser sólo una impresión, porque cuando la besé, los dos teníamos húmeda la boca; lenguas, labios y dientes se deslizaban sin fricción alguna. Cuando pude hablar, dije:

—Haré todo lo posible por compartir mi formación universitaria.

—Pon la radio —musitó Carol mientras me desabrochaba el cinturón y el botón de los vaqueros—. Pon la radio, Pete. Me gustan los viejos éxitos.

Así que puse la radio y besé a Carol, y había un punto, un determinado punto, al que me guiaron sus dedos, y dentro ella estaba muy caliente. Muy caliente y muy tensa. Haciéndome cosquillas con los labios, me susurró al oído:

—Despacio. Cómete toda la verdura y quizá haya postre.

Jackie Wilson cantó *Lonely Teardrops* y yo fui despacio. Roy Orbison cantó *Only the Lonely* y yo fui despacio. Wanda Jackson cantó *Let's Have a Party* y yo fui despacio. El Poderoso John intercaló una cuña publicitaria del Brannigan, el bar de copas más animado de Derry, y yo fui despacio. De pronto ella empezó a gemir, y no eran ya sus dedos lo que yo notaba en el cuello sino sus uñas, clavadas en la piel, y cuando comenzó a mover la cadera en embestidas cortas e impetuosas, ya no pude seguir yendo despacio. En ese momento sonaban por la radio los Platters; los Platters cantaban *Twilight Time* y ella, gimiendo, dijo que no lo sabía, que no tenía la menor idea, oh Dios, oh Pete, oh Dios mío, Pete, y sentí sus labios en la boca, el mentón y la mandíbula, besándome con frenesí. Oía crujir el asiento, olía el humo del tabaco y el aroma del ambientador con olor a pino que colgaba del retrovisor, y también yo empecé a gemir, mientras los Platters decían: «Cada día rezo por que sigas junto a mí al caer la noche». Y entonces comenzó a ocurrir. El movimiento se convierte en éxtasis. Cerré los ojos, la abracé con los ojos cerrados y así continué penetrándola, tembloroso, oyendo el tamborileo espasmódico de mi tacón contra la puerta del conductor, pensando que podría hacer aquello aunque me estuviera muriendo, aunque me estuviera muriendo, aunque me estuviera muriendo; pensando también que era información. El movimiento se convierte en éxtasis, las cartas caen donde caigan, el mundo nunca se detiene, la dama se esconde, la dama aparece, y todo era información.

25

A la mañana siguiente tuve una breve reunión con mi profesor de geología, que me dijo que «estaba al borde de una grave situación». Eso no es precisamente información nueva, Número Seis, habría deseado responder, pero me callé. El mundo

parecía distinto esa mañana, mejor y peor a la vez.

Cuando regresé al Chamberlain, encontré a Nate ya preparado para marcharse a casa. En una mano sostenía una maleta con un adhesivo donde se leía YO SUBÍ AL MONTE WASHINGTON. Colgado al hombro, llevaba un talego lleno de ropa sucia. Como todo lo demás, Nate también parecía cambiado.

—Feliz día de Acción de Gracias, Nate —dije, abriendo mi armario y comenzando a sacar pantalones y camisas al azar—. Come mucho relleno del pavo. Estás en los huesos.

—Así lo haré. Y también salsa de arándanos. En la primera semana de curso, cuando más añoraba a mi familia, prácticamente no pensaba en otra cosa que en la salsa de arándanos de mi madre.

Llené la maleta, pensando que podía acompañar a Carol a la estación de autobuses de Derry y luego seguir mi camino. Si el tráfico era fluido en la Interestatal 136, llegaría a Gates Falls antes de anoecer. Quizá incluso podía parar en la heladería Frank a tomar una cerveza sin alcohol antes de enfilear Sabbatus Road en dirección a casa. De pronto salir de allí, perder de vista el Chamberlain Hall y el Holyoke Commons y la universidad entera, se convirtió en mi prioridad absoluta. «Estás confuso, Pete», había dicho Carol la noche anterior. «No tienes las ideas claras y no sabes lo que quieres, ni lo sabrás hasta que dejes el juego».

Pues, bien, esos días representaban una oportunidad inmejorable para abandonar el juego. Me dolía saber que Carol se iba, pero mentiría si dijera que era ésa mi mayor preocupación en aquellos momentos. Mi mayor preocupación era alejarme de la sala común de la tercera planta. Alejarme de la bruja. «Si suspendes en diciembre, tienes muchas probabilidades de estar en la selva en diciembre del año próximo». Estaremos en contacto, nena, hasta la vista, como solía decir Skip Kirk.

Cuando cerré la maleta y miré alrededor, Nate seguía plantado ante la puerta. Me sobresalté y dejé escapar una exclamación de sorpresa. Fue como recibir la visita del jodido fantasma de Banquo.

—Vamos, lárgate —dije—. El tiempo y la marea ni se paran ni esperan, ni siquiera por un estudiante de odontología.

Nate permaneció inmóvil, mirándome.

—Vas a suspender —afirmó.

De nuevo pensé en el extraño parecido que existía entre Nate y Carol, casi como versiones masculina y femenina de una misma personalidad. Traté de sonreír, pero Nate no me devolvió la sonrisa. Tenía la cara pequeña, blanca y contraída. El arquetipo de la cara nortea. Cuando uno se encuentra con un tipo flaco, que al sol siempre se quema en lugar de broncearse y por vestir bien entiende ponerse una corbata estrecha y aplicarse abundante loción capilar, un tipo que parece no haber tenido una camisa decente en tres años, casi con toda seguridad ese tipo ha nacido y

se ha criado al norte del río White, New Hampshire. Y es muy posible que sus últimas palabras en el lecho de muerte sean: «Salsa de arándanos».

—No —contesté—. No te preocupes, Natie. Todo va bien.

—Vas a suspender —repitió. Un apagado color rojo ladrillo empezaba a afluir a sus mejillas—. Tú y Skip sois los mejores chicos que conozco. En el instituto no había gente como vosotros, o al menos en *mi* instituto. Y vais a suspender por una estupidez.

—No voy a suspender —dije..., pero la noche anterior había comenzado a aceptar la idea de que *podía* suspender. Estaba *al borde* de una grave situación, sí, así era—. Skip tampoco. Todo está bajo control.

—¡El mundo se viene abajo, y vosotros vais a tener que dejar la universidad por los corazones, por un juego de mierda!

Sin darme tiempo a contestar, se marchó, rumbo al condado donde lo esperaban el pavo y la salsa de su madre. Quizá incluso una paja de Cindy frotándosela a través de los pantalones. ¿Y por qué no? Era Acción de Gracias.

26

No leo mi horóscopo, he visto *Expediente X* en contadas ocasiones, y *nunca* he telefoneado a un consultorio parapsicológico. Aun así, creo que todos entrevemos el futuro de vez en cuando. Yo tuve una de esas premoniciones aquella tarde cuando detuve la vieja ranchera de mi hermano frente al Franklin Hall: Carol ya se había marchado.

Entré en la residencia. El vestíbulo, donde por lo general había ocho o nueve visitantes masculinos sentados en las sillas de plástico, estaba anormalmente vacío. Una mujer del servicio de limpieza con uniforme azul pasaba la aspiradora por la moqueta. La recepcionista leía un ejemplar de la revista *McCall's* y escuchaba la radio. ? and the Mysterians, de hecho. Lloro, llora, llora, nena, 96 lágrimas.

—Soy Pete Riley y vengo a buscar a Carol Gerber —dije—. ¿Puedes avisarla?

La recepcionista alzó la cabeza, dejó la revista y me dirigió una mirada tierna y compasiva. Era la mirada de un médico que ha de anunciarle a un paciente que, sintiéndolo mucho, el tumor es inoperable y vale más que se ponga a bien con Dios.

—Carol ha tenido que marcharse antes. Ha ido a Derry en autobús. Pero me ha dicho que pasarías y que te diera esto.

Me entregó un sobre con mi nombre escrito en el anverso. Le di las gracias y salí del Franklin con el sobre en la mano. Al llegar a la acera, me detuve por un momento

junto al coche y contemplé a lo lejos el Holyoke Commons, el legendario Palacio de las Grandes Llanuras y lugar de origen del obsceno hombrecillo hecho con una salchicha. Más abajo, en el paseo Bennett, las hojas caídas de los árboles volaban y crepitaban por efecto del viento. Habían perdido sus vivos colores, teñidas todas del marrón oscuro propio de noviembre. Era la víspera del día de Acción de Gracias, el umbral del invierno en Nueva Inglaterra. El viento y una fría luz se habían adueñado de todo. Me había echado a llorar otra vez. Me di cuenta al notar en las mejillas el contacto tibio de las lágrimas. 96 lágrimas, nena; llora, llora, llora.

Entré en la ranchera donde había perdido la virginidad la noche anterior y abrí el sobre. Contenía una única cuartilla. La brevedad es la esencia del ingenio, según Shakespeare. Si eso es verdad, la carta de Carol era el colmo del ingenio.

Querido Pete:

Prefiero que la noche de ayer sea nuestra despedida, ¿qué otra manera mejor de despedirse podría haber? Quizá te escriba a la universidad o quizá no; ahora estoy demasiado confusa para saberlo (¡eh, puede que incluso cambie de idea y decida volver!). Pero, por favor, deja que sea yo quien se ponga en contacto, ¿de acuerdo? Dijiste que me amabas. Si es así, deja que sea yo quien se ponga en contacto. Lo haré, lo prometo.

Carol

P. D.: Anoche experimenté el mayor placer de mi vida. Si puede mejorarse más aún, no me explico cómo es posible que la gente sobreviva a la experiencia.

P. P. D.: Deja ya ese estúpido juego de cartas.

Decía que había experimentado el mayor placer de su vida, pero no añadía «Te quiero» al pie de la carta, sino sólo su firma. Sin embargo..., «si puede mejorarse más aún, no me explico cómo es posible que la gente sobreviva a la experiencia». Entendía el comentario. Alargué el brazo y toqué el lado del asiento donde ella había estado tendida. Donde los dos habíamos estado tendidos.

«Pon la radio, Pete. Me gustan los viejos éxitos».

Consulté el reloj. Había llegado a la residencia antes de la hora (quizá movido por aquella premonición semiconsciente), y acababan de dar las tres. Podía llegar sobradamente a la estación de Trailways antes de que saliera su autocar hacia Connecticut..., pero no pensaba ir. Carol tenía razón: nuestra despedida en mi vieja ranchera era inmejorable; cualquier otra cosa desmerecería al lado de aquello. En el

mejor de los casos, nos quedaríamos como estábamos; en el peor, empañaríamos el recuerdo de la noche anterior con una discusión.

«Queremos información».

Sí. Y ya la teníamos. Bien sabía Dios que ya la teníamos.

Doblé la carta, me la guardé en el bolsillo de atrás de los vaqueros y partí camino de Gates Falls. Al principio, la vista se me nublaba una y otra vez y tenía que enjugarme las lágrimas. Un rato después encendí la radio y las cosas mejoraron un poco. La música siempre ayuda. Paso ya de los cincuenta, y la música sigue ayudándome. Es el fabuloso remedio espontáneo.

27

Llegué a Gates Falls alrededor de las cinco y media. Reduje la velocidad al pasar frente a la heladería Frank, pero seguí adelante. Por entonces me apetecía mucho más volver a casa que tomar una Hires de barril y chismorrear con el dueño, Frank Parmeleau. La bienvenida de mi madre consistió en decirme que se me veía muy delgado, que llevaba el pelo demasiado largo y que no me había «acercado lo suficiente a la cuchilla de afeitar». Luego se sentó en su mecedora y lloriqueó un poco por el regreso del hijo pródigo. Mi padre me besó en la mejilla, me estrechó con un brazo y fue al frigorífico en busca de un vaso del té rojo que preparaba mi madre; su cabeza, echada hacia adelante, asomaba por el cuello de su viejo suéter marrón como la cabeza de una tortuga curiosa.

Nosotros —es decir, mi madre y yo— pensábamos que mi padre conservaba el veinte por ciento de la visión del ojo izquierdo, quizá un poco más. Era difícil saberlo, porque él rara vez hablaba. Su actual situación se debía a un accidente en la sala de empaquetado, una espantosa caída desde un segundo piso. Profundas cicatrices le surcaban el lado izquierdo de la cara y el cuello; en una zona de la cabeza, tenía el cráneo hundido y nunca había vuelto a crecerle el pelo. El accidente lo dejó casi ciego y le afectó también al cerebro. Pero no era un «absoluto alelado», como una vez oí decir a un gilipollas en la barbería Gendron, ni se había quedado mudo, como algunos parecían creer. Permaneció en coma durante diecinueve días. Desde aquello apenas hablaba, eso era cierto, y a menudo se hallaba en un estado de gran confusión; pero a veces se lo notaba ahí, presente y dueño de sus actos. Cuando llegué a casa, estaba lo bastante presente para besarme y darme aquel apretón con un solo brazo, su manera de abrazar desde que yo tenía memoria. Quería mucho a mi padre... y después de pasar un semestre jugando a las cartas con Ronnie Malenfant,

había descubierto que el habla es una cualidad muy sobrevalorada.

Me senté un rato con ellos, contándoles algunas de mis anécdotas universitarias (sin mencionar, no obstante, la caza de la bruja) y luego salí al jardín. A la luz del crepúsculo, rastrillé las hojas caídas —notar el aire frío en la cara se me antojó una bendición— y saludé a los vecinos que pasaban. En la cena, me comí tres de las hamburguesas de mi madre. Después me dijo que tenía que irse a la parroquia, donde la Asociación Benéfica de Mujeres estaba preparando comidas de Acción de Gracias para los enfermos. Dudaba, añadió, que me apeteciera pasar mi primera noche en casa con un puñado de viejas, pero si quería acompañarla, sería bienvenido. Le agradecí el ofrecimiento y dije que prefería hacerle una visita a Annmarie.

—No sé por qué, pero no me sorprende —bromeó, y se marchó.

Oí el motor del coche y a continuación, sin gran entusiasmo, fui a rastras hasta el teléfono y llamé a Annmarie Soucie. Al cabo de una hora llegó en la furgoneta de su padre, sonriente, con la melena suelta cayendo sobre los hombros y los labios relucientes de carmín. La sonrisa no duró demasiado, como probablemente ustedes ya se habrán imaginado, y quince minutos después de haber llegado, Annmarie salió de la casa y de mi vida. Estaremos en contacto, nena, hasta la vista. Por las fechas en que se celebró el festival de rock de Woodstock, Annmarie contrajo matrimonio con un agente de seguros de Lewiston y pasó a llamarse Annmarie Jalbert. Tuvieron tres hijos y continúan casados. Supongo que es buena señal, ¿no? Y aun si no lo es, habrán de admitir que es condenadamente americano.

Me quedé ante el fregadero de la cocina mirando por la ventana y vi alejarse las luces traseras de la furgoneta del señor Soucie. Me avergoncé de mí mismo —Dios, qué expresión de incredulidad apareció en sus ojos desorbitados, cómo se desvaneció su sonrisa y empezaron a temblarle los labios—, pero también me sentí miserablemente a gusto, asquerosamente aliviado; libre de un gran peso y tan ligero que podría haber bailado por las paredes y el techo como Fred Astaire.

Oí arrastrarse unos pies por el linóleo a mis espaldas. Me volví y allí estaba mi padre, en zapatillas, con su lento andar de tortuga. Siempre avanzaba con una mano extendida ante sí, y la piel de ésta empezaba a parecer un guante enorme y holgado.

—¿Es posible que haya oído a una joven señorita llamar «gilipollas de mierda» a un joven caballero? —preguntó con tono afable, sin darle importancia.

—Bueno..., sí. —Me moví nerviosamente—. Puede que lo hayas oído.

Abrió el frigorífico, buscó algo a tientes en el interior y sacó la jarra de té rojo. Lo bebía sin azúcar. Yo lo he tomado así en alguna que otra ocasión, y puedo afirmar que no sabe a nada. Mi teoría es que mi padre siempre optaba por el té rojo, porque era la bebida de color más vivo que había en el frigorífico, y siempre sabía qué era.

—La hija de los Soucie, ¿no?

—Sí, papá. Annmarie.

—En la familia Soucie, todos tienen muy mal genio. Ha cerrado de un portazo, ¿verdad?

Sonreí. No pude contenerme. Era un milagro que el cristal de aquella vieja puerta siguiera indemne.

—Eso parece.

—La has cambiado por un modelo más nuevo allí en la universidad, ¿no?

Ésa era una pregunta sumamente complicada. La respuesta más sencilla —y quizá en el fondo la más sincera— era que no. Y esa respuesta di.

Mi padre asintió con la cabeza, cogió el vaso más grande del armario contiguo al frigorífico, y a continuación pareció dispuesto a tirar todo el té por el mármol y mojarse de paso los pies.

—Déjame que te ayude —dije—. ¿Te parece?

No contestó, pero retrocedió un paso para permitirme servirle el té. Le puse el vaso en la mano lleno en sus tres cuartas partes y guardé la jarra en el frigorífico.

—¿Está bueno, papá?

Nada. Simplemente permaneció inmóvil con el vaso sujeto entre ambas manos, como lo sostendría un niño, bebiendo a sorbos. Esperé, llegué a la conclusión de que no respondería, y fui a por la maleta, que había dejado en un rincón. Saqué de ella los libros de texto, colocados sobre la ropa.

—Estudiando la primera noche de las fiestas —dijo mi padre, y me sobresalté; casi había olvidado que seguía allí—. ¡Por Dios!

—Tengo el trabajo un poco atrasado en un par de asignaturas. Los profesores avanzan mucho más deprisa que en el instituto.

—La universidad —dijo. Un largo silencio—. Vas a la universidad.

Casi parecía una pregunta, así que contesté:

—Así es, papá.

Continuó allí un rato más, como si me observara apilar los libros y cuadernos. Quizá me observaba. O quizá simplemente estaba allí como podía estar en otro sitio. Era difícil saberlo. Finalmente se dirigió hacia la puerta, con el cuello estirado, la mano defensiva ligeramente en alto, la otra —la que sostenía el vaso de té rojo— recogida ahora contra el pecho. Al llegar a la puerta, se detuvo. Sin volverse, dijo:

—Has hecho bien rompiendo con esa chica, la hija de los Soucie. Todos los Soucie tienen muy mal carácter. Aunque la mona se vista de seda, mona se queda. Encontrarás algo mejor.

Salió, sujetando el vaso de té contra el pecho.

Hasta que por fin llegaron de New Gloucester mi hermano y su mujer, en efecto estudié. Recuperé la mitad del terreno perdido en sociología y recorrí laboriosamente cuarenta páginas del manual de geología, y eso sólo en tres horas con el cerebro a todo gas. Cuando hice un alto para preparar café, empecé a ver un débil rayo de esperanza. Llevaba retraso, un retraso desastroso, pero quizá no fuera aún un retraso de consecuencias *funestas*. Me sentí como un jugador exterior de béisbol que ha corrido hasta la valla que rodea el campo sin perder de vista la pelota; allí permanece inmóvil mirando hacia arriba pero sin darse por vencido, consciente de que la pelota rebasará la valla, pero sabiendo también que si salta en el momento preciso, puede atraparla al vuelo antes de que salga. Yo podía conseguirlo.

Siempre y cuando, claro está, en el futuro no volviera a poner los pies en la sala común de la tercera planta.

A las diez menos cuarto apareció mi hermano, que jamás llega a ninguna parte antes de ocultarse el sol si puede evitarlo. Su esposa desde hacía ocho meses, luciendo un esplendoroso abrigo con el cuello de visón auténtico, traía un pudín de pan. Dave sostenía entre las manos un cuenco de judías blancas. Sólo a mi hermano se le ocurriría transportar de un condado a otro un cuenco de judías blancas para la celebración de Acción de Gracias. Es buena persona, Dave, seis años mayor que yo y por entonces, en 1966, contable de una modesta cadena de hamburgueserías con media docena de locales en Maine y New Hampshire. En 1996, el número de locales había ascendido a ochenta y mi hermano, junto con otros tres socios, era propietario de la compañía. Tiene una fortuna de tres millones de dólares —al menos sobre el papel— y lleva implantado un triple bypass. Un bypass por cada millón, podríamos decir.

Inmediatamente después de llegar Dave y Katie, regresó mi madre de la Asociación Benéfica de Mujeres, cubierta de harina, llena de júbilo por sus buenas obras y rebosante de alegría por tener a sus dos hijos en casa. Charlamos animadamente. Nuestro padre, sentado en un rincón, escuchaba sin aportar nada a la conversación..., pero sonreía y sus extraños ojos de grandes pupilas se posaban alternativamente en Dave y en mí. En realidad, supongo, eran nuestras voces a lo que respondían sus ojos. Dave quiso saber dónde estaba Annmarie. Expliqué que Annmarie y yo habíamos decidido dejarlo correr durante un tiempo. Dave empezó a preguntar si eso debía interpretarse como que habíamos...

Antes de terminar la frase, tanto su madre como su esposa le dieron esos discretos y severos codazos femeninos que significan: «Ahora no, chico, ahora no». Advirtiéndome la mirada de sorpresa de mi madre, supuse que ella misma me sometería a un interrogatorio más tarde. Probablemente un exhaustivo interrogatorio. Mi madre quería *información*. Como todas las madres.

Aparte de ser tratado de «gilipollas de mierda» por Annmarie y preguntarme de vez en cuando cómo le iría a Carol Gerber (sobre todo si habría cambiado de opinión en cuanto a su regreso a la universidad y si celebraría el día de Acción de Gracias con el bueno de Sully-John, comprometido ya con el ejército), aquéllas fueron por lo demás unas fiestas bastante agradables. La familia entera nos visitó en uno u otro momento a lo largo del jueves y el viernes; se paseaban por la casa y roían patas de pavo, veían partidos de fútbol por televisión y rugían de entusiasmo con las mejores jugadas, cortaban leña para la estufa de hierro colado de la cocina (el domingo por la noche tenía ya leña suficiente para calentar la casa todo el invierno con la estufa de la cocina si quería). Después de la cena, comimos tarta y jugamos al scrabble. Lo más divertido fue una acalorada discusión entre Dave y Katie con motivo de la casa que planeaban comprar, en especial cuando Katie lanzó a mi hermano una fiambarrera con sobras de la comida. A lo largo de los años, yo me había llevado más de un chichón de manos de Dave, y disfruté viendo rebotar en su cabeza la fiambarrera de plástico. Fue francamente gracioso.

Pero por debajo de aquel bienestar, la elemental alegría que uno siente con toda la familia alrededor, seguía atenazándome el miedo a lo que ocurriría cuando volviera a la universidad. La noche del jueves, ya tarde, pude dedicar una hora a estudiar una vez que las sobras de la cena se guardaron en el frigorífico y todos se acostaron, y otras dos el viernes por la tarde, cuando se produjo un paréntesis en la procesión de visitas y Dave y Katie, sus diferencias resueltas por el momento, se retiraron a echar una «siesta», a mi juicio en extremo ruidosa.

Tenía aún la impresión de que podía ponerme al día —la certeza, de hecho—, pero sabía asimismo que no conseguiría hacerlo yo solo, ni con Nate. Debía aliarme con alguien que comprendiera la atracción suicida que ejercía la sala común de la tercera planta, y como bullía la sangre cuando alguien empezaba a sacar picas en un intento por obligar a salir a la bruja. Alguien que comprendiera el primario placer que producía endosarle a Ronnie *la femme noire*.

Tendría que ser Skip, pensé. Aun si Carol volvía, nunca sería capaz de ponerse en mi piel en igual medida que Skip. Teníamos que hacerlo Skip y yo juntos, regresando a nado hacia la costa desde alta mar. Si permaneciáramos unidos, los dos lograríamos salir del aprieto. Tampoco puede decirse que él me preocupara demasiado. Admitirlo suena mezquino, pero es la pura verdad. Llegado el sábado de aquel puente de Acción de Gracias, yo había hecho ya un profundo examen de conciencia y comprendido que básicamente me preocupaban mis propios intereses, que básicamente buscaba a un Número Seis. Si Skip quería utilizarme, me parecía bien. Porque desde luego yo quería utilizarlo a él.

Hacia el mediodía del sábado había leído ya suficiente material de geología para saber que necesitaba ayuda con algunos conceptos, y cuanto antes. Ese semestre

quedaban sólo dos períodos de exámenes importantes: una tanda de preliminares y los finales. Tendría que puntuar muy alto tanto en unos como en otros para conservar la beca.

Dave y Katie se marcharon el sábado a eso de las siete de la tarde, discutiendo aún (pero en un tono más cordial) sobre la casa que planeaban comprar en Pownal. Me senté a la mesa de la cocina y empecé a leer el apartado sobre las sanciones de los extragrupos en el manual de sociología, que en esencia planteaba que incluso los gansos necesitan alguien en quien cagarse. Una idea deprimente.

En cierto punto noté que no estaba solo. Alcé la mirada y vi a mi madre, con su vieja bata rosa y una cara fantasmal a causa de la crema limpiadora Pond's que llevaba puesta. No me sorprendió no haberla oído entrar; después de vivir veinticinco años en aquella casa pequeña, se conocía todos los sitios donde crujía y chirriaba. Supuse que finalmente había llegado el momento del interrogatorio sobre Annmarie, pero resultó que nada había más lejos de su mente que mi vida amorosa.

—¿Es grave el problema en que estás metido, Pete? —preguntó.

Por mi cabeza pasaron cien respuestas distintas, pero al final opté por la verdad.

—En realidad, no lo sé.

—¿Es una cosa en particular?

Esta vez no dije la verdad, y volviendo la vista atrás, comprendo por qué mentí: una parte de mí, ajena a mis intereses pero muy poderosa, se reservaba aún el derecho de llevarme al borde del abismo... y hacerme saltar al vacío.

Sí, mamá, el problema es la sala común de la tercera planta, el problema son las cartas; sólo unas cuantas manos, me digo siempre, y cuando miró el reloj, son las doce menos cuarto de la noche y estoy demasiado cansado para estudiar. ¡No demasiado cansado, qué carajo! Demasiado *colgado* para estudiar. Aparte de jugar a los corazones, lo único que en realidad he conseguido este otoño es perder la virginidad.

Si hubiera sido capaz de decir al menos la primera parte de aquello, creo que habría sido como adivinar el nombre del Enano Saltarín y pronunciarlo en voz alta. Pero no fui capaz. Le dije que se debía sólo al ritmo de las clases en la universidad; tenía que redefinir mi manera de estudiar, adquirir nuevos hábitos. Pero podía hacerlo. Estaba seguro.

Permaneció inmóvil aún por un momento, con los brazos cruzados y las manos dentro de las mangas de la bata —cuando adoptaba aquella postura, parecía un mandarín chino—, y luego dijo:

—Siempre te querré, Pete. También tu padre. Él no lo dice, pero lo siente. Los dos te queremos. Ya lo sabes.

—Sí —respondí—, ya lo sé.

Me levanté y la abracé. Un cáncer de páncreas fue lo que se la llevó unos años

más tarde. Al menos ése es un cáncer rápido, pero no fue lo bastante rápido. Supongo que ninguno lo es cuando afecta a un ser querido.

—Pero has de esforzarte en tus estudios. Hoy en día mueren muchos chicos que no se han esforzado en sus estudios. —Sonrió, pese a que no veía en ello la menor gracia—. Probablemente ya lo sabías.

—He oído rumores.

—Aún estás creciendo —comentó, ladeando la cabeza.

—No creo.

—Sí. Has crecido al menos un par de centímetros desde el verano. ¡Y ese pelo! ¿Por qué no te lo cortas?

—Me gusta así.

—Lo llevas largo como un chica. Sigue mi consejo, Pete: córtate el pelo. Tú no eres uno de esos Rolling Stones o Herman's Hermit.

Prorrumpí en carcajadas. No pude evitarlo.

—Lo pensaré, mamá, ¿de acuerdo?

—Eso, piénsalo. —Me dio otro abrazo y me soltó. Se la notaba cansada, pero yo la encontré también muy guapa—. Están matando a muchos chicos al otro lado del mar —dijo—. Al principio creía que se debía a una buena causa, pero tu padre sostiene que es un disparate, y me parece que no anda muy equivocado. Estudia de firme. Si necesitas algo más de dinero para libros... o para un profesor particular..., ya lo sacaremos de algún sitio.

—Gracias, mamá. Eres un encanto.

—No —contestó—. Soy sólo una vieja yegua de pies cansados. Voy a acostarme.

Estudí durante una hora más, y llegado ese punto las palabras empezaron a duplicarse y triplicarse ante mis ojos. También yo me fui a la cama pero no pude dormirme. Cada vez que el sueño estaba a punto de vencerme, me veía a mí mismo recoger una mano de corazones y comenzar a ordenar los naipes por palos. Finalmente abrí los ojos y me quedé mirando al techo. «Hoy en día mueren muchos chicos que no se han esforzado en sus estudios», había dicho mi madre. Y recordé asimismo las palabras de Carol a ese respecto: «Gracias a Lyndon Johnson, éstos son buenos tiempos para ser mujer».

Vamos a la caza de la bruja.

¿Se pasa a la izquierda o a la derecha?

¡Por Dios, el cabrón de Riley va a por todas!

Voces en mi mente. Voces que parecían rezumar del aire.

Abandonar el juego era la única solución sensata a mis problemas. Sin embargo, aun hallándose a más de doscientos kilómetros de donde yo yacía, la sala común de la tercera planta me tenía bajo su dominio, un dominio totalmente ajeno a la sensatez o la racionalidad. Había sumado ya doce puntos en el «gran torneo»; sólo Ronnie, con

quince, me aventajaba. No me imaginaba renunciando a esos doce puntos, abandonando sin más y dejando pista libre al boceras de Malenfant. Gracias a las esclarecedoras observaciones de Carol, veía a Ronnie en su verdadera dimensión, lo tenía por el repugnante gnomo de piel enfermiza y miras estrechas que era. Pero si Carol se iba...

Ronnie tampoco tardará en marcharse, intervino la voz de la razón. Si llega a fin de semestre, será un milagro. Tú bien lo sabes.

Cierto. Y entretanto Ronnie no tenía nada a qué agarrarse salvo los corazones, ¿no? Era torpe, barrigón y enclenque, un viejo aguardando su hora. Con su ponzoñoso resentimiento camuflaba al menos en parte su descomunal complejo de inferioridad. Los alardes respecto a su éxito con las chicas eran ridículos. Además, no poseía en realidad la inteligencia de algunos de los otros estudiantes que corrían el riesgo de suspender (Skip Kirk, por ejemplo). Los corazones y la charlatanería vacua eran lo único en que destacaba, así que ¿por qué no retirarme y dejarlo dando cartas y dándole a la lengua mientras aún podía?

Porque no me venía en gana, por eso. Porque deseaba borrar la sonrisa de aquella cara cínica y llena de granos y acallar sus chirriantes carcajadas. Era una bajeza por mi parte, pero era la verdad. Ronnie me caía mejor cuando lo veía airado, cuando me miraba furioso con grasientos mechones de pelo colgando sobre la frente y el labio inferior salido.

Por otra parte, estaba el propio juego. Me encantaba jugar. Ni siquiera allí, tendido en la cama de mi infancia, conseguía apartarlo de mi mente, así que ¿cómo iba a mantenerme alejado de la sala común cuando regresara? ¿Cómo iba a desoír las exclamaciones de Mark St. Pierre instándome a apresurarme porque había un sitio libre, las puntuaciones estaban a cero y la partida a punto de comenzar? ¡Dios mío!

Seguía despierto cuando el reloj de cucú del salón dio las dos. Me levanté, me puse la vieja bata de cuadros escoceses sobre la ropa interior, y bajé al piso inferior. Me serví un vaso de leche y me senté a la mesa de la cocina. Todas las luces estaban apagadas salvo el fluorescente que iluminaba la estufa de hierro colado; no se oía nada excepto el susurro de la caldera a través de la rejilla del suelo. Tenía la sensación de estar fuera de mis cabales, como si la mezcla del pavo y la empollada hubiera provocado un pequeño terremoto en mi cabeza. Y como si no fuera a pegar ojo hasta, pongamos, agosto.

Miré casualmente hacia la entrada. Allí, sobre la leñera, colgaba mi cazadora del instituto, con una G y una F grandes y blancas entrelazadas en el pecho. Sólo las iniciales del instituto (los alumnos seleccionados para representar al centro en algún deporte llevaban también bordada la inicial del deporte en cuestión); como ya he dicho, no fui un gran deportista. Cuando Skip me preguntó, poco después de conocernos en la universidad, si había conseguido la letra de honor en algo, le dije

que tenía la M de masturbación, primer equipo, especializado en el lanzamiento de arriba abajo. Skip rió hasta que se le saltaron las lágrimas, y quizá fue ese el inicio de nuestra amistad. En realidad, supongo, podría haber obtenido la D de debate o arte dramático, pero por esa clase de actividades no concedían letras de honor. Ni entonces ni ahora.

Aquella noche el instituto se me antojaba muy lejano en el tiempo, casi en otro sistema planetario..., pero allí estaba la cazadora, un regalo de mis padres en mi decimosexto cumpleaños. Me acerqué a la entrada y la descolgué. Me la llevé a la cara y la olí, acordándome de la hora de estudio posterior a la cuarta clase del día bajo la vigilancia del señor Mezensik: el penetrante aroma de las virutas de madera después de sacar punta a los lápices; los murmullos y risas ahogadas de las chicas; gritos procedentes del patio, donde uno de los grupos, durante la clase de educación física, jugaba a lo que los deportistas del instituto llamaban «balonvolea de rehabilitación». Advertí que la cazadora conservaba la forma de la percha en el sitio por donde había estado colgada; probablemente no la había usado nadie desde abril o mayo del año anterior, ni siquiera mi madre cuando salía por las mañanas a recoger el correo en camión.

Me acordé de la imagen congelada y grumosa de Carol en la fotografía del periódico, su cara oscurecida por la sombra de una pancarta que rezaba ¡EE. UU. FUERA DE VIETNAM YA!, su cabello recogido en una cola que caía sobre el cuello de la cazadora de su propio instituto..., y tuve una idea.

Nuestro teléfono, un dinosaurio de baquelita con disco rotatorio, se hallaba en la consola del recibidor. Debajo de él, en un cajón, estaban el listín telefónico de Gates Falls, la agenda de mi madre, y diversos utensilios de escritura en total desorden, entre ellos un rotulador negro de punta gruesa. Lo cogí y volví con él a la mesa de la cocina. Extendí la cazadora sobre mis rodillas y, con el rotulador, dibujé una gran huella de gorrión en la espalda. Mientras trabajaba en ello, noté desvanecerse la tensión nerviosa de mis músculos. Se me ocurrió que bien podía otorgarme yo mismo una letra de honor si me apetecía, y eso era en cierto modo lo que hacía.

Cuando terminé, sostuve en alto la cazadora y contemplé mi obra. En la tenue luz blanca del fluorescente, mi dibujo se veía tosco, chillón y un tanto infantil:



Pero me gustaba. Me gustaba, el jodido símbolo. Ni siquiera entonces tenía muy clara mi opinión sobre la guerra, pero le encontraba bastante encanto a aquella huella de gorrión. Y empezó a invadirme una sensación de sueño; dibujarla me había

servido al menos para eso. Enjuagué el vaso de leche y subí a mi habitación con la cazadora bajo el brazo. La metí en el armario y me eché en la cama. Me acordé de Carol deslizándose mi mano bajo su rebeca y del sabor de su aliento en mi boca. Me acordé de que, ocultos tras los cristales de mi vieja ranchera, habíamos sido nosotros mismos, quizá lo mejor de nosotros. Y me acordé de nuestras risas en el aparcamiento de la central térmica mientras veíamos alejarse los fragmentos del adhesivo de Goldwater. Esa imagen tenía en la memoria cuando por fin me quedé dormido.

El domingo, al volver a la universidad, me llevé en la maleta la cazadora modificada; pese a las dudas que recientemente había manifestado respecto a la guerra de los señores Johnson y McNamara, mi madre me habría hecho muchas preguntas sobre la huella de gorrión, y yo no tenía las respuestas, todavía no.

Me sentía, no obstante, en disposición de ponerme la cazadora, y así lo hice. Derramé en ella cerveza y ceniza, vomité en ella, sangré en ella, estuve en medio de una nube de gases lacrimógenos en Chicago llevándola puesta y gritando a pleno pulmón: «¡El mundo entero lo está viendo!». Varias chicas lloraron sobre la G y la F entrelazadas del lado izquierdo del pecho, y una chica yació sobre ella mientras hacíamos el amor. Lo hicimos sin protección, así que probablemente quedan también restos de semen en el forro guateado. Cuando lié los bártulos y me marché de LSD Acres en 1970, el símbolo de la paz que había dibujado en la espalda de la cazadora sentado en la cocina de la casa de mi madre era sólo una sombra. Pero la sombra permanecía. Tal vez otros no la veían, pero yo siempre supe qué era.

29

Regresamos a la universidad el domingo posterior a Acción de Gracias en este orden: Skip a las cinco de la tarde (vivía en Dexter y era por tanto el que estaba más cerca), yo a las siete, y Nate alrededor de las nueve.

Telefoneé al Franklin Hall incluso antes de deshacer la maleta. No, contestó la recepcionista, Carol Gerber no había vuelto. Se mostró claramente reacia a seguir hablando, pero tanto insistí que al final cedió. En recepción había dos fichas de color rosa, las que se utilizaban para notificar que un estudiante había causado baja. Una de ellas llevaba escrito el nombre y el número de habitación de Carol.

Le di las gracias y colgué. Me quedé inmóvil por un momento, llenando la cabina de humo de tabaco, y luego me di la vuelta. A través del cristal, vi a Skip sentado en una de las mesas de la sala, recogiendo las cartas dispersas de una baza ganada.

A veces me pregunto si los acontecimientos se habrían desarrollado de otro modo

si hubiera regresado Carol, o incluso si yo hubiera llegado antes que Skip a la residencia y tenido oportunidad de interponerme entre él y la sala común de la tercera planta. Sin embargo, no había sido así.

Permanecí en la cabina fumando un Pall Mall y sintiendo lástima de mí mismo. De pronto en la sala alguien gritó:

—¡Mierda, no! ¡Joder, no puedo creerlo!

A lo cual Ronnie Malenfant (desde la cabina no lo veía, pero su voz era tan inconfundible como el chirrido de una sierra mecánica al tropezar con un nudo en la rama de un pino) respondió con un alegre aullido:

—¡Vaya, fijaos! ¡Randy Echolls se lleva la primera bruja de la era post-Acción de Gracias!

No entres ahí, me dije. Si entras, la has cagado, la has cagado definitivamente.

Pero entré, por supuesto. Todas las mesas estaban ocupadas, pero había otros tres chicos esperando turno: Billy Marchant, Tony DeLucca y Hugh Brennan. Podíamos sentarnos en un rincón si queríamos.

Skip apartó la vista de sus cartas y me saludó alzando una mano en el aire cargado de humo.

—Bienvenido al manicomio, Pete.

—¡Eh! —exclamó Ronnie, volviendo la cabeza—. ¡Mirad quién está aquí! El único gilipollas del lugar que medio sabe jugar a cartas. ¿Dónde has estado, sonrisas?

—En Lewiston —respondí—, tirándome a tu abuela.

Ronnie soltó una carcajada, y sus mejillas salpicadas de granos enrojecieron.

Skip me observó con expresión seria, y quizá se traslucía algo en su mirada. No estoy seguro. El tiempo pasa, la Atlántida se hunde cada vez más en el mar, y uno tiene tendencia a idealizar. A mitificar. Quizá vi en su mirada que se había rendido, que se proponía continuar allí jugando a cartas y luego aceptar lo que viniera; quizá me daba permiso para seguir en mi propia dirección. Pero yo contaba dieciocho años. Nunca había tenido un amigo como Skip. Skip era audaz; Skip decía un taco cada dos palabras; cuando Skip comía en el Palacio de las Grandes Llanuras, las chicas no le quitaban ojo. Ejercía una atracción en el sexo opuesto que Ronnie sólo habría concebido en sus sueños más obscenos. Pero a la vez en el interior de Skip flotaba algo a la deriva, algo así como una astilla de hueso que podía, después de desplazarse inocuamente por el cuerpo durante años, perforar el corazón u obstruir el riego sanguíneo del cerebro. Él mismo era consciente de ello. Incluso entonces, con el instituto adherido todavía a él como una placenta, incluso entonces cuando pensaba aún que de un modo u otro acabaría dando clases en un colegio y entrenando al equipo de béisbol, era consciente de ello. Y yo lo adoraba. Su mirada, su sonrisa, su manera de andar y hablar. Lo adoraba y no me separaría de él.

—¿Y bien? —dije a Billy, Tony y Hugh—. ¿Queréis que os dé una lección?

—¡A cinco centavos el tanto! —respondió Hugh, riendo como un demente. Joder, era un demente—. ¡Vamos allá! ¡A barajar y repartir!

En cuestión de segundos estábamos ya acomodados en el rincón, los cuatro fumando frenéticamente, y las cartas volaban entre nosotros. Recordé mi desesperada empollada durante el fin de semana; recordé que mi madre había dicho que estaban muriendo muchos chicos que no se habían esforzado en sus estudios. Recordé todo eso, pero todo se me antojaba tan lejano como la noche en que hice el amor con Carol en la ranchera mientras los Platters cantaban *Twilight Zone*.

En cierto punto levanté la mirada y vi a Stoke Jones en la puerta, apoyado en las muletas y observándonos con su habitual expresión de distante desprecio. Parecía tener más pelo que nunca, los rizos más alborotados en torno a las orejas y más espesos sobre el cuello del jersey. Sorbía continuamente, le goteaba la nariz y le lloraban los ojos, pero por lo demás no se lo veía más enfermo que antes de las fiestas.

—¡Stoke! —dije—. ¿Cómo te va?

—Ah, bien, ¿quién sabe? —respondió—. Mejor que a ti, quizá.

—Ven aquí, Ris-Ras, acerca un taburete —propuso Ronnie—. Te enseñaremos cómo se juega.

—Tú no sabes nada que a mí me interese aprender —replicó Stoke, y se marchó.

Oímos alejarse el golpeteo de las muletas y un ataque de tos.

—Ese marica tullido me adora —comentó Ronnie—. Simplemente es incapaz de expresarlo.

—Yo sí que te voy a enseñar algo a ti si no repartes de una jodida vez —amenazó Skip.

—Tengo mucho pero que mucho miedo —dijo Ronnie en una imitación del Elmer de Lonney Tunes que sólo él encontró graciosa. Apoyó la cabeza en el brazo de Mark St. Pierre para demostrar lo aterrorizado que estaba.

Mark retiró el brazo bruscamente.

—Aparta de ahí, joder —prorrumpió—. Esta camisa es nueva, Malenfant, y no quiero que me la llenes de pus de tus granos.

Antes de que el rostro de Ronnie volviera a iluminarse y se echara a reír, percibí en él un instante de desesperado dolor. No me conmovió. Ronnie podía tener verdaderos problemas, pero no por ello despertaba mayor simpatía. Para mí, era sólo un fanfarrón que sabía jugar a las cartas.

—Vamos —dijo Billy Marchant—. Reparte deprisa. Después quiero estudiar un rato.

Pero naturalmente nadie estudió aquella noche. En lugar de remitir durante las fiestas, la fiebre era aún más intensa que antes.

Salí en busca de un paquete de tabaco a eso de las diez menos cuarto y supe que

Nate había regresado cuando me hallaba aún a seis puertas. De la habitación que Nick Prouty compartía con Barry Margeaux llegaba la canción *Love Grows Where My Rosemary Goes*, pero más allá oí cantar *The Draft Dodger Rag* a Phil Ochs.

Nate, con medio cuerpo dentro del armario, colgaba su ropa. No sólo era la única persona que llevaba pijama de cuantas conocí en la universidad, sino que, además, era la única que usaba las perchas. Yo sólo había colgado la cazadora del instituto. La saqué y empecé a buscar el tabaco en los bolsillos.

—Eh, Nate, ¿qué tal? ¿Te has hartado de salsa de arándanos?

—Me... —comenzó a decir, pero de pronto vio el símbolo dibujado en la espalda de mi cazadora y rompió a reír.

—¿Qué? —pregunté—. ¿Tan gracioso lo encuentras?

—En cierto modo —dijo, y se inclinó más aún hacia el interior del armario—. Mira. —Reapareció con un viejo chaquetón marinero en las manos. Le dio la vuelta para mostrarme la espalda. En ella, realizada con mucha más pulcritud que mi obra a mano alzada, estaba la huella del gorrión. Nate la había representado mediante cinta adhesiva de color plata brillante. Esta vez reímos los dos.

—Dos que duermen en el mismo colchón, se hacen de la misma opinión —comenté.

—Tonterías. Las grandes mentes recorren el mismo camino.

—¿Es así como lo ves?

—Bueno..., es al menos lo que me gustaría creer. ¿Significa eso que has cambiado de opinión sobre la guerra, Pete?

—¿Qué opinión? —pregunté.

30

Andy White y Ashley Rice ni siquiera volvieron a la universidad: ocho menos, ya. Para el resto de nosotros, tuvo lugar un evidente cambio a peor en los tres días anteriores a la primera tormenta del invierno. Es decir, evidente para cualquier otra persona. Si uno estaba metido en el ajo, ardiendo por efecto de la fiebre, todo parecía sólo uno o dos pasos al norte de lo normal.

Antes del puente de Acción de Gracias, los cuartetos de jugadores reunidos en la sala común tendían a disgregarse y reconstituirse a lo largo de la semana lectiva; a veces, desaparecían por completo durante un tiempo mientras los chicos asistían a sus clases. Ahora, en cambio, los grupos eran casi estáticos, produciéndose variaciones sólo cuando alguien salía de allí con paso tambaleante para acostarse o cambiaba de

mesa para escapar a la pericia y el impertinente parloteo de Ronnie. Esta nueva situación se dio porque la mayoría de los jugadores de la tercera planta no habían regresado a la universidad para proseguir sus estudios; Barry, Nick, Mark, Harvey y qué se yo cuántos más habían renunciado prácticamente a la parte académica. Habían regresado a fin de aumentar su cuenta de inútiles puntos por partida en la clasificación del torneo. De hecho, muchos de los estudiantes de la tercera planta del Chamberlain cursaban ahora la especialidad de corazones. Skip y yo, tristemente, nos contábamos entre ellos. El lunes fui a un par de clases y falté al resto. El martes falté a todas mis clases, jugué a los corazones en sueños el martes por la noche (en un fragmento que recordé al despertar, echaba la bruja y veía que su rostro era el de Carol), y pasé todo el miércoles jugando en la realidad. La geología, la sociología, la historia... todo ello conceptos carentes de sentido.

En Vietnam, una flotilla de B-52 atacó un aeródromo de las afueras de Dong Ha donde hacía escala la aviación del Vietcong. En el mismo bombardeo —oh, mierda—, alcanzó a una compañía de marines estadounidense, causando doce muertos y cuarenta heridos. Y la previsión meteorológica para el jueves era de intensas nevadas por la mañana y lluvias y temperaturas bajo cero por la tarde. Pocos de nosotros prestamos atención a ese pronóstico, y desde luego yo no habría pensado jamás que aquella tormenta cambiaría el rumbo de mi vida.

El miércoles me acosté a las doce de la noche y dormí profundamente. Si soñé con los corazones o con Carol Gerber, no lo recuerdo. Cuando desperté a las ocho de la mañana del jueves, nevaba con tal intensidad que apenas veía las luces del Franklin Hall por la ventana. Me duché y me acerqué a la sala común para ver si había empezado ya la partida. Había una mesa ocupada: Lennie Doria, Randy Echolls, Billy Marchant y Skip. Iban sin afeitar y ofrecían un aspecto pálido y cansado, como si hubieran pasado la noche en vela. Probablemente así era. Me apoyé contra el marco de la puerta y observé la partida. Fuera, en la nieve, ocurría algo mucho más interesante que las cartas, pero ninguno de nosotros se enteró hasta más tarde.

31

Tom Huckabee vivía en el King, la otra residencia masculina de nuestro complejo. Becka Aubert vivía en el Franklin. Habían intimado bastante en las últimas tres o cuatro semanas, y eso incluía comer juntos. Volvían de desayunar aquella nevosa mañana de finales de noviembre cuando vieron algo escrito en la fachada norte del Chamberlain Hall. Ésa era la fachada que daba al resto del campus..., que

daba en concreto al Anexo Este, donde las grandes empresas llevaban a cabo sus entrevistas de trabajo.

Se acercaron, abandonando la calle y pisando la nieve recién caída, que por entonces alcanzaba ya unos diez centímetros de espesor.

—Mira —dijo Becka, señalando la nieve.

Había allí unas extrañas huellas, no pisadas sino más bien surcos, y a ambos lados sendas líneas de agujeros. Tom Huckabee dijo que le recordaban a las huellas de una persona con esquís y bastones de esquí. A ninguno de los dos se le ocurrió que alguien con muletas podía dejar unas huellas así. Al menos, de momento.

Se aproximaron más a la fachada de la residencia. Las letras escritas en ella eran grandes y negras, pero en esos momentos nevaba tanto que tuvieron que situarse a menos de tres metros de la pared para leer las palabras, pintadas por alguien con un espray..., y en un estado de absoluto delirio a juzgar por el irregular aspecto del mensaje. (Tampoco se les ocurrió pensar que alguien que intentara pintar un mensaje con un espray y a la vez mantenerse en equilibrio sobre unas muletas quizá no fuera capaz de una gran pulcritud.)

El mensaje rezaba:

☺ ¡VETE A LA MIERDA, JOHNSON!
¡PRESIDENTE ASESINO!
¡EE.UU. FUERA DE VIETNAM YA! ☺

32

He leído que algunos criminales —quizá la gran mayoría de los criminales— desean ser descubiertos. Pienso que ése era el caso de Stoke Jones. Fuera lo que fuera lo que había venido a buscar a la Universidad de Maine, no lo encontraba. Creo que había decidido que era ya hora de marcharse..., y puestos a irse, haría antes el gesto más grandilocuente de que fuera capaz un hombre con muletas.

Tom Huckabee habló a docenas de compañeros de aquella pintada en nuestra residencia; lo mismo hizo Becka Aubert. Una de las personas a cuyos oídos llegó la historia fue la encargada de la segunda planta del Franklin, una chica flaca y mojigata llamada Marjorie Stuttenheimer. En 1969, Marjorie se convirtió en todo un personaje en el campus como fundadora y presidenta de Cristianos por la América Universitaria. El CAU dio apoyo a la guerra de Vietnam, y en su caseta del centro

estudiantil vendía las insignias de solapa en forma de bandera que Richard Nixon popularizó.

El jueves tenía turno de cocina en el Palacio de las Grandes Llanuras a la hora del almuerzo, y aunque dejara de asistir a clase, nunca se me pasó por la cabeza faltar al trabajo; algo así no habría sido propio de mí. Cedí mi asiento en la sala común a Tony DeLucca y me encaminé hacia el Holyoke alrededor de las once para cumplir con mis obligaciones. Vi a una multitud de estudiantes congregada en la nieve, contemplando algo en la fachada norte de mi residencia. Me acerqué, leí el mensaje y supe de inmediato quién lo había escrito.

En la calle, junto al camino de acceso a la puerta lateral del Chamberlain, había un sedán azul de la Universidad de Maine y uno de los dos coches patrulla del campus. Margie Stuttenheimer estaba allí, parte de un pequeño grupo compuesto por cuatro guardias de seguridad, el prefecto de asuntos disciplinarios y Charles Ebersole, el jefe de seguridad.

Cuando yo me sumé a la multitud, ésta ascendía a unas cincuenta personas; durante los cinco minutos que permanecí allí curioseando, aumentó a setenta y cinco. Al acabar el turno de cocina a la una y cuarto y regresar al Chamberlain, había probablemente unos doscientos espectadores repartidos en corrillos. Supongo que ahora cuesta creer que una pintada pudiera atraer tal cantidad de público, sobre todo en un día de perros como aquél, pero hablamos de un mundo muy distinto, un mundo donde ninguna revista de Estados Unidos (salvo, muy de vez en cuando, *Popular Photography*) mostraba un desnudo tan desnudo que quedara a la vista el vello púbico, donde ningún periódico se atrevía a aludir ni de pasada a la vida sexual de un político. Aquello sucedió antes del hundimiento de la Atlántida; aquello sucedió en un tiempo remoto y un mundo lejano donde por lo menos un humorista fue a parar a la cárcel por pronunciar «joder» en público. Era un mundo donde algunas palabras todavía escandalizaban.

Sí, conocíamos la palabra «joder» y otros muchos tacos. Claro que los conocíamos. *Decíamos* tacos sin cesar: vete a la mierda, jódete, cómprate un donut y fóllatelo, fóllate un poste, anda y que te joda tu madre. Todos nosotros hablábamos así. Pero allí, escrito en letras negras de un metro y medio de altura, se leía: ¡VETE A LA MIERDA, JOHNSON! ¡Mandaban a la mierda al *presidente de Estados Unidos*! Y ¡PRESIDENTE ASESINO! ¡Alguien había llamado criminal al *presidente de los Estados Unidos de América*! No dábamos crédito a nuestros ojos.

Cuando volví del Holyoke, estaba allí también el otro coche patrulla del campus y había seis guardias de seguridad —casi todos los efectivos del campus, calculé— intentando cubrir el mensaje con una gran lona amarilla. Un rumor empezó a surgir de la multitud, que enseguida se convirtió en una abucheo. Los guardias miraron molestos a los estudiantes. Uno les gritó que se dispersaran, que todos tenían otras

cosas que hacer. Posiblemente era verdad, pero por lo visto la mayoría de ellos preferían quedarse allí, porque la muchedumbre apenas disminuyó.

El guardia que sujetaba el extremo izquierdo de la lona resbaló en la nieve y estuvo a punto de caer. Unos cuantos mirones aplaudieron. El guardia que había resbalado miró hacia el lugar de donde provenían los aplausos con el rostro momentáneamente enrojecido por un odio ciego, y para mí fue ése el instante en que las cosas comenzaron a cambiar realmente, en que se abrió el abismo generacional.

El guardia que había resbalado se volvió y empezó a forcejear de nuevo con la lona. Finalmente se conformaron con tapar el primer símbolo de la paz y las cuatro primeras palabras de la frase ¡VETE A LA MIERDA, JOHNSON! Y una vez oculto a la vista el término *verdaderamente malsonante*, la multitud comenzó a dispersarse. La nieve había dado paso a una intensa aguanieve, y resultaba desagradable quedarse allí plantados.

—Vale más que los guardias no vean la espalda de tu cazadora —dijo Skip, y volví la cabeza. Estaba a mi lado, con la capucha del suéter puesta y las manos hundidas en la faltriquera que el propio suéter llevaba cosida delante. Penachos de aliento condensado surgían de su boca, y mantenía fija la mirada en los guardias de seguridad y el fragmento del mensaje todavía visible: ¡JOHNSON! ¡PRESIDENTE ASESINO! ¡FUERA DE VIETNAM YA!—. Pensarán que lo has escrito tú. O yo.

Con una ligera sonrisa, Skip se dio la vuelta. En la espalda del suéter, dibujada en tinta roja, lucía también una huella de gorrión.

—¡Dios mío! —exclamé—. ¿Cuándo te has pintado eso?

—Esta mañana —respondió Skip—. Vi el de Nate. —Se encogió de hombros—. Era una chulada, y no he podido resistir la tentación de copiármelo.

—No pensarán que hemos sido nosotros... ni por un momento.

—No, quizá no.

La cuestión era por qué estaban interrogando ya a Stoke..., ni siquiera tendrían que insistir demasiado para que les dijera la verdad. Pero si Ebersole, el jefe de seguridad, y Garretsen, el prefecto de asuntos disciplinarios, no estaban hablando con él, era sólo porque no habían hablado aún con...

—¿Dónde está Dearie? —pregunté—. ¿Lo sabes?

El aguanieve había arreciado y sacudía ruidosamente las ramas de los árboles; las frías gotas pinchaban como alfileres en cada centímetro de piel desprotegida.

—El joven y heroico señor Dearborn ha salido a echar sal en las aceras y calzadas con una docena de compañeros suyos del CIOR —informó Skip—. Los hemos visto desde la sala común. Van de un lado a otro en un auténtico camión del ejército. Según Malenfant, se les debe de haber puesto tan tiesa que no podrán dormir boca abajo en una semana. El comentario me ha parecido bastante gracioso, para ser de Ronnie.

—Cuando Dearie vuelva...

—Sí, cuando vuelva. —Skip hizo un gesto de indiferencia, como diciendo que todo eso escapaba a nuestro control—. Entretanto, ¿por qué no nos refugiamos de esta aguanieve y jugamos un rato a las cartas? ¿Qué dices?

Deseaba decir muchas cosas respecto a diversas cuestiones..., pero callé una vez más. Entramos en la residencia, y a primera hora de la tarde la sala común volvía a estar en plena efervescencia. Había cinco partidas en curso; el humo del tabaco teñía de azul el aire, y alguien había traído un tocadiscos para que pudiéramos escuchar a los Beatles y los Rolling Stones. Alguien sacó un single rayado de *96 Tears*, que giró en el plato a cuarenta y cinco rpm durante al menos una hora: llora, llora, llora. Las ventanas ofrecían una buena vista de la Carrera de Bennett y el paseo Bennett, y yo lanzaba una ojeada de vez en cuando, esperando ver de un momento a otro a David Dearborn y unos cuantos de sus compinches de caqui contemplar la fachada norte de la residencia, discutiendo quizá si debían ir en busca de Stoke Jones con sus carabinas o simplemente darle caza con las bayonetas. Por supuesto, no harían nada por el estilo. Por más que coreasen consignas como «¡Muerte al Vietcong! ¡Arriba Estados Unidos!» durante la instrucción en el campo de fútbol, Stoke era un inválido. Se darían por satisfechos con ver expulsado de la Universidad de Maine a aquel rojillo.

Yo no deseaba que eso ocurriera, pero no veía la manera de impedirlo. Stoke exhibía la huella de gorrión en su espalda desde el principio del curso, mucho antes de que los demás nos enterásemos de su significado, y Dearie lo sabía. Además, Stoke se confesaría autor de la pintada en el acto. Contestaría a las preguntas del prefecto de asuntos disciplinarios y el jefe de seguridad del mismo modo que manejaba sus muletas: a todo tren.

Y en cualquier caso el asunto comenzaba a parecer lejano. Como las clases. Como Carol, ahora que comprendía que realmente se había marchado. Como la idea de ser reclutado y enviado a morir en la selva. Lo único que se me antojaba real e inmediato era la caza de la bruja mala, o ir a por todas y aumentar de golpe en veintiséis tantos las puntuaciones del resto de los jugadores de la mesa. Lo que se me antojaba real eran los corazones.

Pero entonces ocurrió algo.

33

Alrededor de las cuatro el aguanieve se convirtió en lluvia, y hacia las cuatro y media, cuando empezaba a oscurecer, vimos que la Carrera de Bennett se hallaba bajo ocho o diez centímetros de agua. La mayor parte del paseo parecía un canal.

Bajo el agua había una gelatinosa capa de nieve medio derretida.

El ritmo del juego se ralentizó mientras contemplábamos recorrer la distancia entre las residencias y el Palacio de las Grandes Llanuras a los desventurados que tenían turno de cocina. Algunos —los más sensatos— atajaron por la ladera del promontorio, abriéndose paso a través de la nieve, que se fundía ya rápidamente. Otros descendieron por las calles, resbalando y deslizándose por la traicionera superficie helada. Una espesa neblina había comenzado a levantarse de la tierra mojada, impidiendo a la gente ver por dónde pisaba. Un chico del King se reunió con una chica del Franklin allí donde confluían las calles. Cuando iniciaron el ascenso por el paseo Bennett, el chico patinó y se agarró a la chica. Estuvieron a punto de caerse, pero finalmente lograron mantener el equilibrio entre los dos. Todos aplaudimos.

En mi mesa empezaba entonces una «mano atada» (cada cuatro manos, los jugadores conservaban todas sus cartas tras el reparto, sin pasar ni a izquierda ni a derecha, y eso se conocía como «mano atada»). Nick, el raquítico amigo de Ronnie, me dio las mejores cartas que jamás había recibido. Era una oportunidad única de ir a por todas: seis corazones y ninguno de ellos bajo, el rey y la dama de picas, y figuras también en otros dos palos. Tenía el siete de corazones, una carta de valor muy medio y por tanto arriesgada, pero en una mano atada es fácil coger desprevenidos a los otros; nadie espera que un jugador vaya a por todas en una situación en la que no se puede mejorar la mano inicial desprendiéndose al comienzo de los naipes menos propicios.

Salió Lennie Doria con la jeringa. Ronnie no tenía tréboles y se deshizo a la primera del as de picas, convencido de que era una magnífica jugada. También a mí me pareció magnífica: gracias a eso, mis dos figuras de picas eran cartas ganadoras. La dama sumaba trece tantos, pero si conseguía llevarme todos los corazones, no sería yo quien se anotase esos tantos en la cuenta; les caerían a Ronnie, Nick y Lennie.

Dejé que Nick asentara la baza. Siguieron otras tres bazas sin incidencias destacables —primero Nick y después Lennie salieron con diamantes—, y luego yo me quedé con el diez de corazones mezclado con una baza de tréboles.

—Ya hemos roto los corazones, y Riley se ha comido el primero —narró Ronnie alegremente—. Estás perdiendo facultades, palurdo.

—Puede ser —dije. Y también podía ser, pensé, que a Ronnie Malenfant le cambiara en breve la cara. Si conseguía mi propósito, dejaría al imbécil de Nick Prouty por encima de los cien tantos y a Ronnie le costaría una partida que iba camino de ganar.

Tres bazas después, mis intenciones eran ya casi evidentes. Como había previsto, la sonriente mueca de Ronnie se convirtió en la expresión que más me complacía ver en su rostro: el mohín de disgusto.

—Imposible —dijo—. No me lo trago. No en una mano atada. No tienes cartas para eso. —Sin embargo, sabía que sí era posible. Se adivinaba en su voz.

—Bueno, veamos —repuse, y eché el as de corazones. A partir de ese punto jugaba a cara descubierta, pero ¿por qué no? Si los corazones estaban distribuidos de manera uniforme, podía ganar la partida sin mayor problema—. Veamos qué...

—¡Mirad! —exclamó Skip desde la mesa más próxima a la ventana. Su voz revelaba incredulidad y cierto temor—. ¡Dios santo, es el jodido de Stokely!

Se interrumpió el juego. Todos nos volvimos para mirar por las ventanas el mundo encharcado y cada vez más oscuro que se extendía bajo nosotros. Los cuatro chicos sentados en el rincón se pusieron de pie para ver qué ocurría. Las viejas farolas de hierro forjado del paseo Bennett proyectaban débiles haces de luz a través de la neblina, trayéndome a la mente imágenes de Londres, Tyne Street y Jack el Destripador. En lo alto del promontorio, el Holyoke Commons semejaba más que nunca un trasatlántico. Su silueta temblaba a lo lejos por efecto del agua que corría por los cristales de las ventanas.

—Ese Ris-Ras del carajo ahí afuera con lo que está cayendo... no puedo creerlo —masculó Ronnie.

Stoke bajaba rápidamente por la calle que comunicaba la entrada norte del Chamberlain con la Carrera de Bennett. Llevaba su vieja trenca, y a juzgar por lo empapada que estaba, era obvio que Stoke no acababa de salir de la residencia. Incluso a través del cristal mojado, veíamos el símbolo de la paz en su espalda, tan negro como las palabras ahora parcialmente cubiertas por una lona amarilla (si es que ésta seguía allí). Su pelo rebelde había sucumbido a la acción del agua.

Concentrado en impulsarse hacia el paseo Bennett, Stoke no miró una sola vez su pintada. Iba más deprisa que nunca, ajeno a la intensa lluvia, la neblina y los restos de nieve. ¿Deseaba caerse? ¿Desafiaba el peligro que representaba para él aquel suelo resbaladizo? No lo sé. Quizá estaba demasiado absorto en sus pensamientos para darse cuenta de la velocidad a que se movía o las pésimas condiciones en que se hallaba la calle. En cualquier caso, no llegaría lejos si no aminoraba la marcha.

Ronnie empezó a reírse, y el sonido se propagó por la sala común del mismo modo que una llama prende en la yesca seca. Yo no quería reírme pero fui incapaz de contenerme. Por lo que vi, lo mismo le ocurrió a Skip. En parte porque la risa es contagiosa; en parte, también, porque el espectáculo era divertido. Soy consciente de lo cruel que resulta esa afirmación, claro que soy consciente, pero a estas alturas del relato no puedo ya dejar de contar la verdad sobre aquel día... y sobre el día de hoy, casi media vida después. Porque todavía lo encuentro divertido, todavía sonrío cuando recuerdo el aspecto de Stoke, un desenfrenado juguete mecánico vestido con una trenca avanzando bajo la lluvia torrencial, levantando agua a su paso con las muletas. Sabíamos qué iba a suceder, lo *sabíamos*, y eso era lo más divertido de todo:

la duda de hasta dónde lograría llegar antes de la inevitable caída.

Lennie reía a carcajadas con una mano en la cara, mirando fijamente por entre los dedos extendidos, saltándosele las lágrimas. Hugh Brennan se sujetaba la no despreciable panza y rebuznaba como un asno atascado en un barrizal. Mark St. Pierre aullaba de modo incontrolable y decía que iba a mearse encima, que había bebido demasiada coca-cola e iba a mojarse los jodidos vaqueros. Yo reía de tal manera que no podía sostener las cartas; los nervios de mi mano derecha se me durmieron, mis dedos se relajaron, y aquellos últimos triunfos cayeron en mi regazo. Tenía la cabeza a punto de estallar y apenas podía contener el llanto.

Stoke llegó al fondo de la hondonada, el punto de donde partía el paseo. Allí se detuvo y, por alguna razón, dio un delirante giro de trescientos sesenta grados, pivotando al parecer sobre una sola muleta. Blandió la otra como una metralleta, del mismo modo que si en su imaginación estuviera disparando contra todo el campus: ¡Muerte a los encargados de planta! ¡Bayoneta para esos estudiantes de segundo!

—¡Y... los jueces olímpicos le otorgan... todo dieces! —declamó Tony DeLucca, imitando a la perfección la voz de un comentarista deportivo.

Eso fue el toque final: la sala se convirtió al instante en una casa de locos. Las cartas volaron por todas partes. Se volcaron los ceniceros, rompiéndose uno de los de cristal (la mayoría eran de aluminio, de esos pequeños y planos como platos de postre). Alguien se cayó de la silla y empezó a rodar por el suelo, bramando y pataleando. Chico, no podíamos parar de reír.

—¡Ya está! —gritó Mark—. Acabo de mearme encima. No he podido evitarlo.

Detrás de él, Nick Prouty se arrastraba de rodillas hacia la ventana con lágrimas resbalándole por el rostro enrojecido y las manos extendidas, el mudo gesto suplicante de alguien que quiere decir basta ya, basta ya antes de que se me reviente un vaso sanguíneo en medio del cerebro y me caiga muerto aquí mismo.

Skip se levantó, tumbando la silla. Yo me levanté. Desternillándonos de risa, nos buscamos a tientas y, abrazados, nos acercamos a la ventana con paso tambaleante. Abajo, sin saber que era blanco de las miradas y las risas de dos docenas de desquiciados jugadores de cartas, Stoke Jones, asombrosamente, permanecía en pie.

—¡Vamos, Ris-Ras! —comenzó a jalearse Ronnie—. ¡Vamos Ris-Ras!

Entre risas, Nick unió su voz a la de él. Había llegado a la ventana y tenía la frente apoyada contra el cristal.

—¡Vamos, Ris-Ras!

—¡Vamos, chico!

—¡Vamos!

—¡Ánimo, Ris-Ras! ¡Acaba con ellos!

—¡Dale duro a esas muletas, campeón!

—¡Vamos, Ris-Ras del carajo!

Parecía la última jugada de un partido de fútbol muy reñido, salvo que todos coreaban «Vamos, Ris-Ras» en lugar de «Avanza otra línea» o «Bloquea esa patada». *Casi* todos; yo no gritaba con los demás, y creo que Skip tampoco, pero los dos nos reíamos. Nos reíamos con las mismas ganas que el resto.

De pronto me acordé de la noche en que Carol y yo nos sentamos en los cajones de leche junto al Holyoke, la noche en que me enseñó la fotografía de ella misma y sus amigos de la infancia... y me contó luego lo que le habían hecho aquellos otros chicos. «Empezaron en broma, creo», le dijo Carol. ¿Y se reían? Probablemente sí. Porque era lo normal cuando uno gastaba una broma, cuando pasaba un buen rato; en esos casos, uno se reía.

Stoke se quedó inmóvil por un momento, suspendido de las muletas con la cabeza gacha, y luego acometió la cuesta con el mismo ímpetu que los marines al desembarcar en Tarawa. Subió desaladamente por el paseo Bennett, salpicando agua en todas direcciones con sus aceleradas muletas; era como contemplar a un pato enfermo de rabia.

El griterío alcanzó un volumen ensordecedor:

—¡Vamos, Ris-Ras! ¡Vamos, Ris-Ras! ¡Vamos, Ris-Ras!

«Empezaron en broma», dijo Carol cuando estábamos sentados en los cajones de leche, fumando. En ese momento lloraba, sus lágrimas como la plata bajo la luz blanca procedente de las ventanas del comedor. «Empezaron en broma, creo, y luego... la broma se les fue de las manos».

Con ese recuerdo, terminó para mí la broma respecto a Stoke, lo juro. Y sin embargo no podía parar de reír.

Stokely recorrió aproximadamente un tercio de la subida hacia el Holyoke, llegando casi hasta donde los ladrillos del suelo volvían a ser visibles, y allí la resbaladiza nieve derretida le ganó por fin la partida. Plantó las muletas muy por delante del cuerpo —demasiado por delante incluso si el paseo hubiera estado seco—, y cuando estaba en pleno balanceo, las dos muletas patinaron bajo su peso. Sus piernas volaron como las de un gimnasta realizando un extraordinario ejercicio en la barra sueca, y cayó de espaldas con un ruido tremendo. Lo oímos incluso desde la sala común de la tercera planta. Era el perfecto toque final.

La sala parecía un manicomio donde todos los pacientes se hubieran intoxicado al mismo tiempo por comer alimentos en mal estado. Empezamos a ir de un lado a otro tambaleándonos, riendo y agarrándonos la garganta, con los ojos llorosos. Yo seguía colgado de Skip porque las piernas ya no me tenían; y las rodillas se me doblaban como fideos. Me reía como nunca en mi vida, ni antes ni después de aquel día, creo, y sin embargo continuaba acordándome de Carol sentada en el cajón de leche junto a mí, con las piernas cruzadas, el cigarrillo en una mano y la fotografía en la otra, Carol diciéndome: «Harry Doolin me golpeó con un bate de béisbol. Willie y el otro me

sujetaron para que no me escapase... Empezaron en broma, creo, y luego... la broma se les fue de las manos».

En el paseo Bennet, Stoke intentó incorporarse. Levantó parcialmente del agua la mitad superior del cuerpo... y luego volvió a tenderse cuan largo era, como si aquella agua helada y resbaladiza fuera una cama. Alzó los dos brazos hacia el cielo en un gesto casi invocatorio y los dejó caer de nuevo. Era la imagen misma de la rendición resumida en tres movimientos: tenderse otra vez, alzar los brazos, dejarlos caer sonoramente a los lados. Era el definitivo a la mierda, haced lo que queráis, yo abandono.

—Vamos —dijo Skip. Reía aún y al mismo tiempo estaba completamente serio. Oía la seriedad en su voz risueña y la veía en la histérica mueca de su rostro. Me alegré de descubrir en él esa seriedad, Dios si me alegré—. Vamos, antes de que ese gilipollas se ahogue.

Skip y yo cruzamos la puerta de la sala hombro con hombro y corrimos por el pasillo a trompicones, rebotando el uno contra el otro como bolas en una máquina del millón, casi tan descontroladamente como Stoke en el paseo. Nos siguieron casi todos los demás. El único que con toda certeza no venía detrás era Mark; ése fue a su habitación para cambiarse los pantalones mojados.

Encontramos a Nate en el rellano de la segunda planta, casi lo arrollamos. Estaba allí con un montón de libros en una bolsa de plástico, mirándonos con expresión un tanto alarmada.

—¡Santo cielo! —exclamó. Ése era Nate en su grado sumo de procacidad: santo cielo— ¿Qué os pasa?

—Acompáñanos —dijo Skip. Tenía la garganta tan cerrada que su voz sonó como un gruñido. Si no hubiera estado con él un rato antes, habría pensado que acababa de salir de un ataque de llanto—. A nosotros nada; es el jodido de Jones. Se ha caído. Necesita... —Skip se interrumpió cuando la risa se apoderó nuevamente de él. Se apoyó contra la pared y puso los ojos en blanco como en una especie de agotamiento hilarante. Movié la cabeza como para negarlo, pero uno no puede resistirse a la risa; cuando viene, se apoltrona en tu sillón preferido y se queda ahí todo el tiempo que le da la gana. Por encima de nosotros comenzaron a resonar en la escalera las pisadas de los jugadores de cartas de la tercera planta. Enjugándose los ojos, Skip terminó la frase—: Necesita ayuda.

Nate me miró con creciente perplejidad.

—Si necesita ayuda, ¿por qué os reís?

No podía explicárselo. Dios, ni siquiera yo mismo podía explicármelo. Agarré a Skip del brazo y tiré de él. Corrimos escalera abajo. Nate nos siguió, y también todos los demás.

Lo primero que vi cuando salimos a toda prisa por la puerta norte fue la lona amarilla. Estaba tirada en el suelo, cubierta de agua y cuajarones de nieve. Después el agua que encharcaba la calle empezó a calarme las zapatillas y dejé de interesarme por el paisaje. La temperatura había caído por debajo de los cero grados. Al contacto con la piel, las gotas de lluvia semejaban agujas casi heladas.

En la Carrera de Bennett el agua llegaba a la altura de los tobillos, y pasé de notar frío en los pies a no sentirlos siquiera. Skip resbaló y lo cogí del brazo. Nate nos sujetó a los dos desde detrás, impidiendo que cayéramos de espaldas. Más adelante, oí un desagradable sonido a mitad de camino entre la tos y los esfuerzos por respirar de alguien medio ahogado. Stoke yacía en el agua como un tronco empapado, la trenca flotando alrededor de su cuerpo y la melena negra flotando alrededor de su cara. La tos era profunda y bronquial. Pequeñas gotas saltaban de su boca como de un surtidor a cada arranque jadeante y ahogado. Una de las muletas se hallaba junto a él, atrapada entre su brazo y su costado; la otra se alejaba en dirección al Bennett Hall, arrastrada por la corriente.

El agua corría sobre el rostro de Stoke. La tos empezó a sonar como un gorgoteo. Tenía los ojos abiertos y la mirada fija en la lluvia y la neblina. No dio señales de oír que nos acercábamos, pero cuando yo me arrodillé a un lado y Skip al otro, trató de apartarnos a golpes. Le entró agua en la boca y comenzó a retorcerse. Se me habían pasado las ganas de reír, pero quizá estuviera aún riendo. «Empezaron en broma», dijo Carol. «Empezaron en broma. Pon la radio, Pete, me gustan los viejos éxitos».

—Levántalo —instó Skip a la vez que agarraba a Stoke por un hombro. Stoke le dio una débil bofetada con una mano que parecía la de un muñeco de cera. Skip lo pasó por alto, o quizá ni siquiera lo notó—. Deprisa, por Dios.

Cogí a Stoke por el otro hombro. Me echó agua a la cara como si chapoteáramos en una piscina. Había supuesto que estaría tan helado como yo, y en cambio su piel despedía un calor enfermizo. Miré a Skip por encima del cuerpo empapado de Stoke.

Skip asintió con la cabeza.

—Preparados..., listos..., ya.

Tiramos los dos a una. Stoke salió parcialmente del agua —de cintura para arriba—, pero eso fue todo. Quedé atónito al descubrir lo mucho que pesaba. Los faldones de la camisa se le habían salido del pantalón y flotaban en torno a su cintura como el tutú de una bailarina. Debajo vi su piel blanca y el ombligo negro como un orificio de bala. También tenía allí cicatrices, cicatrices antiguas que irradiaban en todas direcciones como una maraña de cordones trenzados.

—¡Échanos una mano, Natie! —gruñó Skip—. ¡Aguántalo erguido, joder!

Nate se arrodilló, salpicándonos a los tres, y sujetó a Stoke desde atrás pasando los brazos bajo sus axilas y rodeándole el tronco. Intentamos levantarlo totalmente, pero los ladrillos estaban tan resbaladizos a causa de la nieve semifundida que nos era imposible mantener el equilibrio simultáneamente para aunar nuestras fuerzas. Y Stoke, todavía tosiendo y medio ahogado, se resistía también, forcejeando en la medida de sus posibilidades para zafarse de nosotros. Stoke quería volver al agua.

Llegaron los otros, Ronnie a la cabeza.

—Ris-Ras del carajo —dijo entre dientes. Aún reía, pero parecía asimismo un tanto asustado—. Esta vez sí que la has cagado bien, desde luego.

—¡No te quedes ahí parado, inútil! —prorrumpió Skip—. ¡Ayúdanos!

Ronnie permaneció inmóvil aún por un momento, no enojado, sino estudiando la situación para encontrar la mejor manera de ayudarnos. Luego se volvió para ver quién más había allí. Resbaló y Tony DeLucca —también riendo todavía— lo sujetó y evitó que cayera. Se hallaban todos apiñados en el paseo anegado de agua, todos mis compinches de juego de la sala común de la tercera planta, y la mayoría de ellos aún no podían parar de reír. Ofrecían cierto parecido con algo, pero no supe exactamente con qué. Tal vez nunca lo habría sabido de no ser por el regalo que Carol me envió por Navidad..., pero eso, claro está, vino después.

—Tú, Tony —dijo Ronnie—. Brad, Lennie, Barry. Agarrémoslo de las piernas.

—¿Y yo, Ronnie? —preguntó Nick—. ¿Y yo?

—Tú eres demasiado enano para ayudar a levantarlo —contestó Ronnie—, pero quizá se anime un poco si le chupas la polla.

Nick retrocedió.

Ronnie, Tony, Brad, Lennie y Barry Margeaux se situaron junto a nosotros a ambos lados de Stoke. Ronnie y Tony lo cogieron por las pantorrillas.

—¡Dios santo! —exclamó Tony con aversión, aún riendo de vez en cuando—. Aquí no hay nada. Tiene las piernas como un espantapájaros.

—Las piernas como un espantapájaros, las piernas como un espantapájaros —repitió Ronnie, remedando a Tony maliciosamente—. ¡Agárralo bien de una puñetera vez, espagueti de mierda, esto no es la clase de apreciación artística! Lennie y Barry, vosotros poneros debajo de su desfavorecido culo cuando lo tengamos a media altura. Luego empujad hacia arriba...

—... cuando vosotros lo levantéis —completó Lennie—. Entendido. Y no llames espagueti de mierda a mi *paisan*.

—Dejadme en paz —protestó Stoke entre toses—. Basta ya, apartaos de mí..., jodidos perdedores... —Un violento ataque de tos le impidió seguir. Basqueó con sonoras y espeluznantes arcadas. A la luz de las farolas, sus labios se veían lívidos y brillantes.

—Mirad quién fue a acusarnos de perdedores —dijo Ronnie—. Este marica de mierda, tullido y medio ahogado. —Miró a Skip, la lluvia resbalando por su pelo rizado y su cara llena de granos—. A la de tres, Kirk. Cuenta tú.

—Uno..., dos..., tres..., ya.

Tiramos hacia arriba. Stoke salió del agua como un barco rescatado. Nos tambaleamos con él en alto. Uno de sus brazos cayó ante mí; permaneció allí suspendido por un momento y luego la mano unida a su extremo trazó un arco y me abofeteó con fuerza. ¡Maldito chiflado! Rompí a reír de nuevo.

—¡Bajadme, hijos de puta! ¡Bajadme!

Nos tambaleamos, nos deslizamos por la nieve deshecha, Stoke chorreando agua, nosotros chorreando agua.

—¡Echolls! —bramó Ronnie—. ¡Marchant! ¡Brennan! Pedazos de carne sin cerebro, ¿qué os parece si ayudáis un poco, joder?

Randy y Billy se acercaron chapoteando por el agua. Otros —tres o cuatro atraídos por el vocerío y el ruido del agua, pero la mayoría de ellos jugadores de corazones de la tercera planta— acudieron a sostener también a Stoke. Lenta y torpemente, empezamos a girar. Supongo que a cierta distancia parecíamos el grupo de animadoras más espasmódico del mundo, ensayando por alguna razón nuestro número bajo aquel aguacero. Stoke había dejado de oponer resistencia. Yacía en nuestras manos con los brazos colgando a los lados y las palmas abiertas, recogiendo en ellas agua de lluvia. Decrecientes cascadas de agua caían de su trenca empapada y de los fondillos de sus pantalones. «Me cogió en brazos y me llevó hasta su apartamento», había dicho Carol, hablando del niño con el pelo cortado al cepillo, el niño que había sido su primer amor. «Broad Street arriba, un buen trecho, y uno de los días más calurosos de aquel verano. Me llevó en brazos». No podía apartar su voz de mi pensamiento. En cierto modo, nunca he podido.

—¿A la residencia? —preguntó Ronnie a Skip—. ¿Lo llevamos a la residencia?

—Caray, no —dijo Nate—. A la enfermería.

Puesto que habíamos logrado sacarlo del agua —ésa era la parte más difícil y estaba ya resuelta—, llevarlo a la enfermería parecía lo más sensato. Era un pequeño edificio de ladrillo situado justo detrás del Bennett Hall, a no más de trescientos o cuatrocientos metros de allí. En cuanto abandonáramos el pavimento de ladrillo del paseo, sería más fácil mantener el equilibrio.

Así pues, lo trasladamos a la enfermería, sosteniéndolo a la altura de los hombros, como un héroe caído transportado ceremonialmente desde el campo de batalla. Algunos reían aún con ahogados ronquidos y resoplidos, yo entre ellos. Una de las veces vi que Nate me miraba como si yo no fuera digno ni de su desprecio, así que traté de contener los sonidos que escapaban de mi garganta. Lo lograba durante un rato, pero luego me acordaba de Stoke pivotando sobre la muleta («¡Y... los jueces

olímpicos le otorgan... todo dieces!») y empezaba de nuevo.

Stoke habló sólo una vez camino de la enfermería.

—Dejadme morir —dijo—. Por una vez en vuestras rapaces y estúpidas vidas haced algo que merezca la pena. Bajadme y dejadme morir.

35

La sala de espera estaba vacía. En un rincón, un televisor ofrecía un viejo episodio de *Bonanza* para nadie en absoluto. Por aquellos tiempos, no habían encontrado aún el truco a la televisión en color, y la cara de papá Cartwright era del color de un aguacate fresco. Debíamos de producir el mismo estrépito que una manada de hipopótamos recién salidos del abrevadero, y la enfermera de guardia vino corriendo. Detrás de ella aparecieron un joven auxiliar (probablemente un estudiante trabajando a tiempo parcial como yo) y un tipo de corta estatura con bata blanca. Un estetoscopio colgaba de su cuello, y un cigarrillo de la comisura de sus labios. En la Atlántida fumaban incluso los médicos.

—¿Qué le pasa a este chico? —preguntó el médico a Ronnie, bien porque parecía el responsable del grupo, bien porque era el que se hallaba más cerca.

—Se ha dado un chapuzón en la Carrera de Bennett cuando iba al Holyoke —respondió Ronnie—. Casi se ahoga. —Hizo una pausa y luego añadió—: Es un inválido.

Como para remarcar ese detalle, Billy Marchant alzó y sacudió una de las muletas de Stoke. Por lo visto, nadie se había molestado en recuperar la otra.

—Baja eso, joder —protestó Nick Prouty con tono sarcástico a la vez que se agachaba—. ¿Es que te has propuesto aplastarme los sesos?

—¿Qué sesos? —preguntó Brad, y todos nos echamos a reír de tal modo que casi se nos cayó Stoke.

—Mámamela de canto, caraculo —replicó Nick, pero también él reía.

El médico nos observaba con el entrecejo fruncido.

—Traedlo aquí, y guardar ese vocabulario para vuestras tertulias.

Stoke empezó a toser de nuevo, con un sonido ronco, como de carraca. Era una tos tan profunda que uno esperaba ver manar de su boca sangre y fragmentos de tejidos.

Acarreemos a Stoke por el pasillo de la enfermería formando una hilera de conga, pero de ese modo no podíamos entrarlo por la puerta.

—Dejadme a mí —se ofreció Skip.

—Se te caerá —advirtió Nate.

—No —repuso Skip—. No se me caerá. Basta con que me dejéis sujetarlo bien.

Se colocó junto a Stoke y, con la cabeza, hizo una señal primero a mí, a su derecha, y luego a Ronnie, a su izquierda.

—Bajadlo —dijo Ronnie.

Eso hicimos. Skip soltó un gruñido cuando todo el peso de Stoke recayó en él, y vi cómo se le hinchaban las venas del cuello. A continuación, retrocedimos, y Skip entró a Stoke en la habitación y lo tendió en la mesa de reconocimiento. La fina sábana de papel que cubría la mesa quedó empapada de inmediato. Skip dio un paso atrás. Stoke lo miraba fijamente, su rostro lívido salvo por dos manchas rojas en las mejillas, casi en los pómulos, rojas como el carmín. Hilos de agua caían de su pelo.

—Lo siento, chico —dijo Skip.

Stoke volvió la cabeza y cerró los ojos.

—Afuera —ordenó el médico a Skip. Se había deshecho del cigarrillo en algún sitio. Nos miró a los demás, una pandilla de chicos, quizá una docena, la mayoría aún sonrientes, todos chorreando agua en las baldosas del pasillo—. ¿Alguien conoce la causa de su invalidez? Puede ser importante a la hora de elegir un tratamiento.

Recordé las cicatrices que había visto, aquella maraña de cordones trenzados, pero guardé silencio. En realidad, no sabía nada. Y además, una vez desaparecido el incontenible impulso de reír, me sentía demasiado avergonzado de mí mismo para hablar.

—Es sólo una de esas enfermedades de los tullidos, ¿no? —comentó Ronnie. Frente a un adulto, había perdido su estridente engreimiento. Se lo notaba inseguro, quizá incluso violento—. ¿Parálisis muscular o distrofia cerebral?

—Eres un payaso —dijo Lennie—. Es distrofia muscular y parálisis...

—Quedó así por un accidente de coche —explicó Nate. Todos nos volvimos a mirarlo. Pese a estar calado hasta los huesos, Nate ofrecía el aspecto pulcro y compuesto de siempre. Aquella tarde llevaba un gorro de esquí del instituto Fort Kent. El equipo de fútbol de Maine había logrado por fin anotarse un ensayo y eximido así a Nate de ponerse el casquete—. Hace cuatro años. Su padre, su madre y su hermana mayor murieron. Él fue el único superviviente de la familia.

Se produjo un silencio. Miré hacia la sala de reconocimiento por entre los hombros de Skip y Tony. Stoke seguía goteando en la mesa, la cabeza vuelta y los ojos cerrados. La enfermera le tomaba la tensión arterial. Los pantalones se le adherían a las piernas, y me acordé del desfile del 4 de Julio que se organizaba en Gates Falls cuando yo era niño. El gigantesco Tío Sam aparecía entre la banda del colegio y las diminutas motos de una compañía de circo, alzándose al menos tres metros con su sombrero azul adornado de estrellas, pero cuando el viento agitaba sus pantalones contra las piernas, se veía el truco. Eso mismo parecían las piernas de

Stoke Jones dentro de los pantalones mojados: un truco, una simple trampa, unos zancos recortados con zapatillas en los extremos.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Skip—. ¿Te lo ha contado él, Natie?

—No. —Nate parecía avergonzado—. Se lo contó a Harry Swidrowski después de una reunión del Comité de Resistencia. Estábamos en el Bear's Den. Harry le preguntó sin rodeos qué le había pasado en las piernas y Stoke se lo dijo.

Creí comprender la expresión de vergüenza aparecida en el rostro de Nate. Después de la reunión, había dicho. *Después*. Nate no sabía de qué se había hablado en la reunión, porque él no había estado presente. Nate no pertenecía al Comité de Resistencia; Nate se mantenía al margen. Acaso coincidiera con los objetivos y tácticas del Comité..., pero debía pensar en su madre. Y en su futuro como dentista.

—¿Una lesión en la columna vertebral? —preguntó el médico con tono aún más enérgico.

—Sí, eso creo —respondió Nate.

—Muy bien. —El médico empezó a hacer gestos con las manos como si ahuyentara a una bandada de gansos—. Volver a vuestras residencias. Cuidaremos bien de él.

Comenzamos a retroceder hacia la recepción.

—¿De qué os reíais cuando lo habéis traído? —preguntó de pronto la enfermera. Se hallaba de pie junto al médico con la abrazadera de tomar la tensión en las manos—. ¿Por qué sonreís ahora? —Parecía enojada. No, parecía *iracunda*—. ¿Qué tiene de divertida la desgracia de este chico para que os rierais de ese modo?

Pensé que nadie contestaría, que todos permaneceríamos callados mirándonos los pies y dándonos cuenta de que no estábamos tan lejos del cuarto curso de secundaria como nos creíamos. Pero sí contestó alguien. Contestó Skip. Incluso se atrevió a mirarla a la cara mientras contestaba.

—Precisamente su desgracia, señora. De eso nos reíamos, tiene usted razón. Era su desgracia lo que encontrábamos divertido.

—Es espantoso —dijo ella con lágrimas de rabia en los ojos—. Sois espantosos.

—Sí, señora —convino Skip—. Me parece que también a ese respecto tiene usted razón. —Se dio media vuelta para marcharse.

Lo seguimos hacia la recepción en un grupo apiñado, húmedo y vencido. No puedo decir que ser calificado de «espantoso» fuera el punto más bajo de mi etapa universitaria («Si guardas muchos recuerdos de los años sesenta, es que no estabas allí», declaró en una ocasión el hippy conocido como Wavy Gravy), pero quizá sí lo fuera. La sala de espera continuaba vacía. En esos momentos la pantalla mostraba al menor de los Cartwright, Joe, igual de verde que su padre. Un cáncer de páncreas fue también lo que acabó con la vida de Michael Landon; él y mi madre tuvieron eso en común.

Skip se detuvo. Ronnie, con la cabeza gacha, lo apartó para dirigirse hacia la puerta, seguido de Nick, Billy, Lennie y los otros.

—Un momento —dijo Skip, y ellos se volvieron—. Quiero hablar con vosotros de un asunto.

Nos congregamos en torno a él. Skip lanzó una ojeada en dirección a la puerta que conducía a la sala de reconocimiento para cerciorarse de que estábamos solos y empezó a hablar.

36

Diez minutos más tarde Skip y yo caminábamos de regreso a la residencia, los dos solos. Los otros se habían adelantado. Nate nos acompañó durante un rato, pero debía de haber captado la vibración de que yo deseaba hablar en privado con Skip. Nate siempre sabía captar una vibración. Supongo que es un buen dentista, que despierta simpatías especialmente entre los niños.

—Para mí, se acabaron los corazones —anuncié.

Skip permaneció en silencio.

—No sé si aún estoy a tiempo de remontar mis malas notas anteriores lo suficiente para conservar la beca, pero voy a intentarlo. Tampoco me preocupa demasiado si lo consigo o no. La jodida beca no es la cuestión.

—No. La cuestión son *ellos*, ¿verdad? Ronnie y los otros.

—Creo que ellos son sólo una parte del problema. —Cuando anocheció, el frío y la lluvia arreciaron de tal modo que daba la impresión de que nunca volvería a ser verano—. Chico, no sabes lo mucho que echo de menos a Carol. ¿Por qué tenía que irse?

—No lo sé —respondió Skip.

—Cuando Stoke se ha caído, aquello parecía un manicomio —comenté—. No una residencia universitaria, sino un jodido *manicomio*.

—Tú también te has reído, Pete. Igual que yo.

—Lo sé. —Quizá no me habría reído si hubiera estado solo, y quizá Skip y yo no nos habríamos reído si hubiéramos estado únicamente nosotros dos, pero era imposible saberlo. Seguía pensando en Carol y los chicos que la atacaron con bate de béisbol. Y recordaba el modo en que me había mirado Nate un rato antes, como si yo no fuera digno ni de su desprecio—. Lo sé.

Caminamos en silencio durante unos minutos.

—Puedo vivir con la vergüenza de haberme reído de él, supongo —dije

finalmente—, pero no quiero descubrir a los cuarenta años, cuando mis hijos me pregunten cómo era la universidad, que sólo consigo acordarme de Ronnie Malenfant contando chistes de polacos y de ese pobre gilipollas, McLendon, intentando suicidarse con aspirina infantil. —Recordé a Stoke Jones girando en torno a su muleta, y me entraron ganas de reír; lo recordé tendido en la mesa de reconocimiento de la enfermería, y me entraron ganas de llorar. ¿Y sabes una cosa? Esos dos impulsos, por lo que yo percibí, obedecían a un mismo sentimiento—. Sencillamente me crea remordimientos de conciencia, me hace sentir fatal.

—A mí también —admitió Skip.

La lluvia caía sobre nosotros, fría y penetrante. Las luces del Chamberlain Hall estaban encendidas, pero no resultaban especialmente acogedoras. Vi tirada en la hierba la lona amarilla que los guardias de seguridad habían colocado, y más arriba, en la pared, las vagas formas de las letras escritas con espray. La pintura se había corrido a causa del aguacero; al día siguiente, serían ilegibles.

—Cuando era pequeño, siempre me imaginaba como el héroe —prosiguió Skip.

—Joder, y yo también. ¿Qué niño se imagina como uno más entre la turba de linchamiento?

Skip se miró las zapatillas embebidas de agua y luego se volvió hacia mí.

—¿Podría estudiar contigo durante un par de semanas?

—Siempre que quieras.

—¿De verdad no te importa?

—¿Por qué carajo iba a importarme? —Adopté un tono airado porque no deseaba que notase el enorme alivio que sentía, más que alivio casi júbilo. Porque podía dar buen resultado. Tras un breve silencio, añadí—: Respecto a lo otro..., ¿crees que nos saldremos con la nuestra?

—No lo sé. Puede ser.

Casi habíamos llegado a la puerta norte, y señalé las letras emborronadas antes de entrar.

—Quizá el prefecto Garretsen y ese otro fulano, Ebersole, dejen correr el asunto. La pintada de Stoke no ha tenido tiempo de secarse. Mañana habrá desaparecido.

Skip negó con la cabeza.

—No lo dejarán correr.

—¿Por qué no? —pregunté—. ¿Por qué estás tan seguro?

—Porque Dearie se encargará de que no lo olviden.

Y naturalmente tenía razón.

Por primera vez en muchas semanas la sala común estuvo vacía durante un rato mientras los empapados jugadores se secaban y cambiaban de ropa. Algunos de ellos llevaron a cabo asimismo cierta tarea que Skip Kirk les había encomendado en la sala de espera de la enfermería. Sin embargo, cuando Nate, Skip y yo regresamos después de la cena, las cosas habían vuelto a la normalidad en la sala: había tres mesas ocupadas y en activo.

—¡Eh, Riley! —exclamó Ronnie—. Aquí Twiller dice que tiene una cita con los libros. Si quieres sustituirlo, te enseñaré cómo se juega.

—Esta noche no —contesté—. También yo tengo que estudiar.

—Ya —dijo Randy Echolls—, el arte del onanismo.

—Exacto, monada, con un par de semanas más de trabajo intenso seré capaz de cambiar de mano sin perder el ritmo, igual que tú.

Cuando me marchaba, Ronnie añadió:

—Te lo habría impedido, Riley.

Me di media vuelta. Ronnie estaba retrepado en su silla, exhibiendo aquella desagradable sonrisa suya. Por un breve espacio de tiempo, fuera bajo la lluvia, había entrevisto a un Ronnie distinto, pero aquel joven había vuelto a esconderse.

—No —respondí—, ni mucho menos. Tenía ganada la partida.

—Nadie va a por todas en una mano atada —afirmó Ronnie, retrepándose más aún. Se rascó una mejilla, descabezándose un par de granos. Rezumaron pequeñas volutas de materia de un color blanco amarillento—. No, al menos en mi mesa. Te lo habría impedido echando tréboles.

—No tenías tréboles, a no ser que hayas renunciado en la primera baza. Has tirado el as de picas cuando Lennie ha salido con la jeringa. Y en corazones tenía yo todas las figuras.

La sonrisa de Ronnie se desvaneció por un instante y luego reapareció con más fuerza. Señaló el suelo, de donde se habían recogido ya todos los naipes caídos (el contenido de los ceniceros volcados, en cambio, seguía allí; la mayoría de nosotros se había criado en hogares donde las madres limpiaban esa clase de cosas).

—Todas las cartas altas del palo de corazones, ¿eh? Es una lástima que no podamos comprobarlo.

—Sí. Una lástima —convine, y nuevamente me dispuse a marcharme.

—Vas a rezagarte en la clasificación por partidas —advirtió Ronnie—. Lo sabes, ¿no?

—Puedes quedarte los míos, Ronnie. Ya no los quiero.

No volví a jugar otra mano de corazones en la universidad. Muchos años después enseñé el juego a mis hijos, que de inmediato lo aprendieron como si lo llevaran en la sangre. En el pueblo donde veraneamos se celebra un torneo todos los veranos. No

hay premio en metálico pero sí un trofeo: una copa de la amistad. Un año lo gané yo, y lo conservo sobre mi escritorio, donde puedo verlo. Fui a por todas en dos ocasiones, pero no en una mano atada. Como decía mi viejo compañero de residencia Ronnie Malenfant, nadie va a por todas en una mano atada. Más fácil sería que la Atlántida surgiera del mar, sus palmeras agitándose al viento.

38

A las ocho de aquella tarde, Skip Kirk se hallaba sentado ante mi escritorio, absorto en su manual de antropología. Tenía las manos hundidas entre el pelo, como si le doliera la cabeza. Nate preparaba un trabajo de botánica en su mesa. Yo estaba tumbado en la cama, peleándome con mi vieja amiga la geología. En el estéreo, Bob Dylan cantaba: «*She was the funniest woman I ever seen, the great-grandmother of Mr. Clean*».

Se oyeron dos enérgicos golpes en la puerta:

—¡Reunión de planta! —anunció Dearie—. ¡Reunión de planta en la sala de recreo a las nueve en punto! ¡Asistencia obligatoria!

—Dios mío —dije. Quemad los documentos secretos y comeos la radio.

Nate bajó el volumen del tocadiscos, y oímos a Dearie llamar de puerta en puerta a lo largo del pasillo, avisando a gritos de la reunión de planta en la sala de recreo. La mayoría de las habitaciones debían de estar vacías, pero eso no era problema: encontraría a los ocupantes en la sala común, a la caza de la bruja.

Skip me miraba.

—Te lo he dicho —recordó.

39

Las tres residencias de nuestro complejo se habían construido simultáneamente, y cada una de ellas, además de las salas situadas en el centro de cada planta, tenía una gran área común en el sótano. Allí había un salón con televisor que se llenaba principalmente durante las retransmisiones deportivas de los fines de semana y, en días lectivos, a la hora en que emitían un serial de vampiros titulado *Dark Shadows*; un bar en un rincón con media docena de máquinas expendedoras; una mesa de

pimpón y tableros de ajedrez. Incluía también una zona de reuniones provista de un podio y varias filas de sillas de madera plegables. Habíamos celebrado allí una reunión de planta a principio de curso, en la cual Dearie nos explicó las normas de la residencia y las funestas consecuencias de las inspecciones de habitación insatisfactorias. Debería añadir que las inspecciones de habitación eran la gran pasión de Dearie. Eso y el CIOR, claro.

Se hallaba de pie en el pequeño podio de madera y había dejado sobre el atril una delgada carpeta. Supuse que contenía sus anotaciones. Llevaba aún el húmedo y embarrado traje de faena del CIOR. Parecía agotado después de todo un día amontonando nieve con una pala y echando sal, pero también parecía sobreexcitado.

En la primera reunión de planta, Dearie estaba solo; en esta ocasión, tenía refuerzos. Sentado contra la pared verde de cemento, se encontraba Sven Garretsen, el prefecto de asuntos disciplinarios, con las manos cruzadas sobre el regazo y las rodillas recatadamente juntas. Apenas intervino en la reunión y mantuvo un semblante benévolo incluso cuando creció la tensión ambiental. De pie junto a Dearie, vestido con un abrigo negro sobre un traje gris marengo, estaba Ebersole, el jefe de seguridad, adoptando una aire eficiente.

Cuando nos acomodamos en las sillas y los fumadores encendimos nuestros cigarrillos, Dearie miró primero a Garretsen y luego a Ebersole. Ebersole le dirigió una escueta sonrisa y dijo:

—Adelante, David, por favor. Son tus chicos.

Me asaltó una súbita indignación. Yo podía ser muchas cosas, entre ellas un canalla que se reía de los inválidos cuando se caían bajo una lluvia torrencial, pero no era «un chico» de Dearie Dearborn.

Dearie se agarró al atril y nos miró con expresión solemne, pensando quizá (muy en el fondo de la parte de su mente que reservaba para los sueños más fantasiosos) que llegaría un día en que se dirigiría de aquel modo a sus oficiales de Estado Mayor para poner en marcha una gran ofensiva contra Hanoi.

—Jones ha desaparecido —anunció por fin. La frase sonó pomposa y trillada, como una parte de un diálogo en una película de Charles Bronson.

—Está en la enfermería —dije, regodeándome al ver su cara de sorpresa.

También Ebersole parecía sorprendido. Garretsen simplemente mantuvo su benévola mirada fija en algún punto situado en segundo plano, como un Sherlock Holmes absorto en profundas cavilaciones.

—¿Qué le ha pasado? —preguntó Dearie.

Eso no estaba en el guión —ni en el que él había concebido, ni en el que él y Ebersole habían preparado juntos—, y Dearie empezó a arrugar el entrecejo. Asimismo, agarró con más fuerza el atril como si temiese que pudiera alzar el vuelo.

—Resbaló y ¡pataplum! —dijo Ronnie, y se hinchó al oír las risas de los que

estaban sentados alrededor—. Además, creo que tiene una pulmonía o una bronquitis doble o algo por el estilo. —Cruzó una mirada con Skip, y me pareció advertir que Skip movía la cabeza en un gesto de asentimiento casi imperceptible. Allí era Skip quien llevaba la batuta, no Dearie, pero si teníamos un poco de suerte —si *Stoke* tenía un poco de suerte—, los tres que se hallaban frente a nosotros nunca lo sabrían.

—Contadme eso desde el principio —dijo Dearie, su ceñuda expresión cada vez más iracunda. Esa misma cara había puesto tras descubrir que le habían embadurnado la puerta con espuma de afeitar.

Skip explicó a Dearie y sus nuevos amigos que habíamos visto a *Stoke* dirigirse hacia el Palacio de las Grandes Llanuras desde las ventanas de la sala común de la tercera planta, que se había caído en el agua, que lo habíamos rescatado y trasladado a la enfermería, que el médico había dicho que *Stoke* estaba enfermo. El médico no había dicho nada semejante, pero no era necesario. Quienes habíamos tocado su piel sabíamos que tenía fiebre, y todos habíamos oído su espantosa tos. Skip no contó, sin embargo, que *Stoke* iba muy deprisa, como si quisiera matar al mundo entero y luego morirse él, ni que nos habíamos desternillado de risa, *Mark St. Pierre* hasta tal punto que se había mojado los pantalones.

Cuando Skip terminó, Dearie se volvió hacia *Ebersole* con actitud vacilante. *Ebersole* le dirigió una mirada vagamente alentadora. Detrás de ellos, el prefecto *Garretsen* mantenía su sonrisa de *Buda*. La conclusión era obvia: Dearie llevaba la voz cantante, así que más le valía empezar a cantar.

Dearie respiró hondo y nos miró.

—Creemos que *Stokely Jones* es el responsable del acto de vandalismo y obscenidad pública perpetrado en la fachada norte del *Chamberlain Hall* esta mañana a una hora que desconocemos.

Reproduzco literalmente sus palabras, sin cambiar ni una sola. Aparte de la declaración «Fue necesario destruir la aldea a fin de salvarla», aquél fue quizá el ejemplo más sublime de arenga tendenciosa que he oído en mi vida.

Imagino que Dearie esperaba que reaccionáramos con exclamaciones de asombro como los extras de *Perry Mason* en la apoteosis final del juicio, cuando comienzan a desgranarse las revelaciones. Nosotros, en cambio, permanecemos en silencio. Skip observaba atentamente, y cuando vio que Dearie volvía a tomar aire para proseguir, dijo:

—¿Qué te hace pensar que ha sido él, Dearie?

Aunque no tengo la total certeza —nunca se lo pregunté—, sospecho que Skip lo llamó por su apodo a propósito, para aumentar más aún su desconcierto. En cualquier caso, surtió ese efecto. Dearie empezó a perder el aplomo, miró a *Ebersole* y reconsideró sus opciones. Una línea roja ascendía por su cuello. La contemplé subir fascinado. Era como ver al *Pato Donald* tratar de controlar su mal genio en una

película de Disney. Uno sabe que no lo conseguirá; el suspense reside en no saber cuánto tiempo podrá mantener como mínimo cierta apariencia de cordura.

—Me parece que ya conoces la respuesta a eso, Skip —respondió Dearie por fin—. Stokely Jones lleva una trenca con un símbolo muy peculiar en la espalda. —Cogió su carpeta, extrajo una hoja del interior, la miró y luego le dio la vuelta para enseñárnosla. Ninguno de nosotros se sorprendió de lo que había allí dibujado—. Este símbolo. Fue creado por el Partido Comunista poco después de la Segunda Guerra Mundial. Significa «victoria mediante la infiltración» y, entre los subversivos, se la conoce comúnmente como «Cruz Rota». También se ha difundido su uso entre grupos urbanos radicales tales como los Musulmanes Negros y los Panteras Negras. Puesto que este símbolo ha podido verse en la espalda de Stoke Jones desde mucho antes de aparecer pintado en la fachada de nuestra residencia, no creo que que haga falta un físico espacial para...

—¡David, eso es una sarta de gilipollices! —prorrumpió Nate, poniéndose en pie. Estaba pálido y tembloroso, pero no debido al miedo sino a la ira. ¿Lo había oído pronunciar alguna vez la palabra «gilipollices»? Creo que no.

Garretsen dirigió su benévola sonrisa a mi compañero de habitación. Ebersole enarcó las cejas, mostrando un educado interés. Dearie se había quedado estupefacto. Supongo que Nate Hoppenstand era el último de quien esperaba problemas.

—Ese símbolo está inspirado en el código de señales británico —corrigió Nate— y significa «desarme nuclear». Lo creó un famoso filósofo inglés; si no recuerdo mal, tiene incluso el título de caballero. ¡Por amor de Dios, decir que lo inventaron los rusos! ¿Es eso lo que os enseñan en el CIOR? ¿Gilipollices como ésa?

Nate miraba a Dearie con semblante colérico, los brazos en jarras. Dearie lo miraba a él boquiabierto, ya por completo desconcertado. Sí, efectivamente se lo habían enseñado en el CIOR, y Dearie se había tragado el anzuelo, el sedal y el plomo. Eso lo inducía a uno a preguntarse qué más se habían tragado los chicos del CIOR.

—No dudo que esos datos acerca de la Cruz Rota son muy interesantes —terció Ebersole con tono conciliador—, y desde luego se trata de una información que vale la pena conocer... si es cierta, claro está...

—Es cierta —afirmó Skip—. Bert Russell, no Joe Stalin. Los jóvenes británicos exhibían ese símbolo hace ya cinco años en las manifestaciones de protesta contra la presencia de submarinos atómicos estadounidenses en aguas británicas.

—¡Eso se merece un puto diez! —gritó Ronnie, y alzó el puño.

Un año después aproximadamente los Panteras Negras —quienes, por lo que yo sé, nunca encontraron mucha utilidad al símbolo de la paz de Bertrand Russell— comenzaron a hacer ese mismo gesto en sus concentraciones. Y veinte años después aproximadamente todos nosotros, los jóvenes rehabilitados de los sesenta, lo

hacíamos también en los conciertos de Rock. ¡Bruce! ¡Bruce!

—¡Bravo, chicos! —jaleó Hugh Brennan—. ¡Bravo, Skip! ¡Bravo, Nate!

—¡Vigila tu vocabulario delante del prefecto! —advirtió Dearie a Ronnie.

Ebersole pasó por alto la irreverencia y los comentarios del gallinero. Observaba aún con expresión interesada y escéptica a mi compañero de habitación y a Skip.

—Incluso si todo eso es verdad —dijo—, seguimos teniendo un problema, ¿no es así? Se ha producido un acto de vandalismo y obscenidad pública. Eso ha ocurrido en un momento en que los contribuyentes miran con ojo cada vez más crítico a los jóvenes universitarios. Y esta institución, caballeros, depende del dinero de los contribuyentes. Creo que es el deber de todos nosotros...

—¡Pensar en lo ocurrido! —completó Dearie a voz en grito. Tenía las mejillas casi moradas, un sinfín de extraños puntos rojos como marcas hechas a fuego salpicaba su frente, y una gruesa vena palpitaba rápidamente entre sus ojos.

Antes de que Dearie pudiera decir algo más —y era obvio que tenía mucho que decir—, Ebersole lo obligó a callar apoyándole una mano en el pecho. Dearie pareció desinflarse. Había dispuesto de su gran ocasión y la había echado a perder. Más tarde quizá pensaría que el cansancio había sido la causa: mientras nosotros nos hallábamos en la cálida y agradable sala común, jugando a cartas y arruinándonos el futuro, Dearie se dedicaba a quitar nieve con una pala y a echar sal en las aceras para que los ancianos y frágiles profesores de psicología no se rompieran la cadera. Estaba cansado, un poco lento de reflejos, y en todo caso aquel cabrón de Ebersole no le había dado una verdadera oportunidad de demostrar su valía. Aunque todo eso probablemente no le sirvió de mucho consuelo en vista de lo que ocurría en ese instante: Dearie había sido relegado. El adulto volvía a asumir la responsabilidad. Papá lo arreglaría.

—Creo que es deber de todos nosotros identificar al culpable y exigir que reciba un severo castigo —prosiguió Ebersole. Se dirigía básicamente a Nate. Por asombroso que me resultara entonces, Ebersole consideraba a Nate Hoppenstand el núcleo de la resistencia que percibía en la sala.

Nate, alabadas sean sus muelas del juicio, no se dejaba intimidar por la gente como Ebersole. Permaneció en jarras sin apartar la mirada de Ebersole ni parpadear siquiera.

—¿Y cómo se propone conseguirlo? —preguntó Nate.

—¿Cuál es su nombre, joven?

—Nathan Hoppenstand.

—Verá, Nathan, creo que el culpable ya ha sido descubierto, ¿no es así? —Ebersole hablaba con un tono paciente y magistral—. O mejor dicho, se ha descubierto él mismo. Según he sabido, ese desafortunado Stokely Jones viene haciendo propaganda de la Cruz Rota desde...

—¡Deje de llamarlo así! —protestó Skip, y me sobresalté un poco por la ira en estado puro que destilaba su voz—. ¡No es una cruz ni tiene nada roto! ¡Es el símbolo de la paz!

—¿Cuál es su nombre, caballero?

—Stanley Kirk. Skip para los amigos. Usted puede llamarme Stanley. —La respuesta provocó tensas risas, que Ebersole pareció no oír.

—Bien, señor Kirk, tomo nota de su objeción semántica, pero eso no cambia el hecho de que Stokely Jones, y *sólo* Stokely Jones, ha exhibido ese símbolo por todo el campus desde el primer día de septiembre. Según me ha dicho el señor Dearborn...

—El «señor Dearborn» —atajó Nate— ni siquiera sabe qué es el símbolo de la paz ni de dónde viene, así que no le aconsejo que dé mucho crédito a lo que él diga. Casualmente yo llevo el símbolo de la paz en la espalda de mi chaquetón, señor Ebersole. ¿Cómo sabe, pues, que no he sido yo el que ha hecho la pintada?

Ebersole quedó boquiabierto. No mucho, pero lo suficiente para estropear su sonrisa comprensiva y su atractivo aspecto de anuncio de revista. Y el prefecto Garretsen frunció el entrecejo, como si acabaran de exponerle un concepto que escapaba a su comprensión. Uno rara vez ve a un buen político o alto cargo universitario cogido totalmente por sorpresa. Son momentos dignos de paladear. Yo paladeé aquel entonces, y todavía lo paladeo.

—¡Eso es mentira! —replicó Dearie. Parecía más dolido que furioso—. ¿Por qué mientes, Nate? Eres la última persona de la tercera planta de quien esperaría...

—No es mentira —repuso Nate—. Si no me crees, sube a mi habitación y saca el chaquetón marinero de mi armario. Compruébalo.

—Sí, y de paso mira también en el mío —dije, poniéndome en pie junto a Nate—. Fíjate en mi cazadora del instituto. Enseguida la distinguirás, porque es la que lleva el símbolo de la paz en la espalda.

Ebersole nos escrutó con los ojos entornados.

—¿Desde cuándo exactamente llevan ese supuesto símbolo de la paz en la espalda de esas prendas?

Esta vez Nate sí mintió. Lo conocía lo suficiente para saber que debió de representarle un auténtico sacrificio..., pero mintió como un experto.

—Desde septiembre.

Para Dearie, ésa fue la gota que colmó el vaso. «Pilló un globo» es quizá la expresión que emplearían ahora mis hijos, pero no sería del todo acertada. Dearie se convirtió en la viva imagen del Pato Donald. No llegó a brincar, agitar los brazos y graznar como hace el Pato Donald cuando pierde los estribos, pero lanzó un aullido de indignación y se golpeó la frente moteada con las palmas de las manos. Ebersole lo tranquilizó de nuevo, en esta ocasión agarrándolo de un brazo.

—¿Quién es usted? —me preguntó Ebersole, ya más cortante que cortés.

—Pete Riley. Dibujé un símbolo de la paz en la espalda de mi cazadora porque me gustó cómo le quedaba a Stoke, y también para expresar mis dudas sobre lo que estamos haciendo en Vietnam.

Dearie se soltó de Ebersole de un tirón. Echó adelante el mentón y tensó el rostro de tal modo que se le separaron los labios, dejando a la vista todos los dientes.

—¡Ayudar a nuestros aliados, eso es lo que estamos haciendo, pedazo de idiota! —exclamó—. Si eres demasiado tonto para darte cuenta de eso por ti mismo, te recomiendo que vayas a la clase de introducción a la historia militar del coronel Anderson. ¿O acaso eres otro de esos gallinas que no...?

—Cállese, señor Dearborn —ordenó el prefecto Garretsen. Por alguna razón, su moderada voz se dejaba oír mucho más que los gritos de Dearie—. Éste no es lugar para un debate sobre política exterior, ni es momento para alusiones personales. Todo lo contrario.

Dearie bajó el encendido rostro, clavó la mirada en el suelo y empezó a morderse los labios.

—¿Y cuándo, señor Riley, dibujó usted el símbolo de la paz en su cazadora? —preguntó Ebersole. Mantenía un tono correcto, pero su mirada resultaba inquietante. Sabía ya, creo, que Stoke iba a quedar impune, y eso le disgustaba profundamente. Dearie era inofensivo en comparación con aquel tipo, que ejercía una función todavía nueva por aquel entonces en los campus de Estados Unidos. Los tiempos llaman a los hombres, dijo Laotsé, y los últimos años de la década de los sesenta llamaron a Charles Ebersole. No formaba parte del personal docente; era un policía que había hecho un cursillo de relaciones públicas.

«No me mientas», decía con la mirada. «No me mientas, Riley. Porque si me entero de que me has mentado, te haré picadillo».

Pero ¿qué más daba? Probablemente el 15 de enero yo ya me habría ido de allí; en Navidad en 1967 podía estar en Phu Bai, manteniendo el sitio caliente para cuando llegara Dearie.

—En octubre —contesté—. Dibujé el símbolo en la cazadora alrededor del día de la Hispanidad.

—Yo lo llevo en la cazadora y en varios jerséis —informó Skip—. Lo tengo todo en mi habitación. Se lo enseñaré si quiere verlo.

Dearie, aún con la mirada fija en el suelo y rojo hasta las raíces del pelo, movía monótonamente la cabeza en un gesto de negación.

—También yo lo llevo en un par de camisetas —declaró Ronnie—. No soy pacifista, pero el símbolo es molón. Me gusta.

Tony DeLucca dijo que él también lo tenía pintado en una camiseta.

Lennie Doria explicó a Ebersole y Garretsen que él lo había dibujado en las guardas de varios libros de texto y también en la tapa de su cuaderno de tareas

generales. Estaba dispuesto a enseñárselos si tenían interés en verlos.

Billy Marchant lo llevaba en una cazadora.

Brad Witherspoon lo había dibujado a tinta en su casquete de estudiante de primero. Tenía el casquete en algún rincón del armario, probablemente debajo de la ropa interior sucia que se había olvidado llevarse a casa para que se la lavara su madre.

Nick Prouty dijo que él había pintado el símbolo en las fundas de sus discos preferidos: *Kick Out the Jams* de MC5 y *Wayne Fontana and the Mindbenders*.

Otros varios chicos declararon que tenían el símbolo en libros o prendas de vestir. Todos afirmaron tenerlo mucho antes de descubrirse la pintada en la fachada norte del Chamberlain Hall. En una surrealista pincelada final, Hugh se levantó, salió al pasillo y se arremangó las perneras de los vaqueros para mostrar los amarillentos calcetines de deporte que ceñían sus peludas pantorrillas. Llevaba un símbolo de la paz en cada uno; los había dibujado con el rotulador de tinta indeleble que le había enviado la señora Brennan para marcar con su nombre la ropa que mandaba a la lavandería. Probablemente era la primera vez que lo usaba en todo el semestre.

—Ya ve, pues, que podría haber sido cualquiera de nosotros —dijo Skip cuando concluyó el ejercicio de descripción.

Dearie alzó lentamente la cabeza. De su anterior sonrojo quedaba una única mancha encarnada sobre el ojo izquierdo. Parecía una llaga.

—¿Por qué mentís por él? —preguntó. Esperó, pero nadie respondió—. Ni uno solo de vosotros tenía un símbolo de la paz dibujado en ninguna parte antes del puente de Acción de Gracias, lo juraría, y estoy casi seguro de que la mayoría de vosotros no lo ha tenido hasta esta tarde. ¿Por qué mentís por él?

Nadie contestó. El silencio se prolongó. De ese silencio surgió gradualmente una sensación de poder, una inconfundible fuerza que todos percibimos. Pero ¿a quién pertenecía? ¿A ellos o a nosotros? Era imposible saberlo. Y aún hoy, después de tantos años, es imposible saberlo.

El prefecto Garretsen subió al podio. Dearie se apartó aun sin verlo. El prefecto nos miró con una alegre y discreta sonrisa.

—Esto es una tontería —afirmó—. Lo que el señor Jones ha escrito en la pared era una tontería, y todas estas mentiras son una tontería aún mayor. Digan la verdad, señores. Confiesen.

Nadie despegó los labios.

—Hablaremos con el señor Jones por la mañana —anunció Ebersole—. Quizá después de eso algunos de ustedes decidan rectificar sus declaraciones.

—Mire, yo no haría mucho caso de lo que Stoke pueda decir —aconsejó Skip.

—Desde luego —confirmó Ronnie—, el bueno de Ris-Ras está más chiflado que una rata en un cagadero.

El comentario provocó unas risas extrañamente afectuosas.

—¡Una rata en un cagadero! —repitió Nick con tono admirativo y mirada radiante. Mostraba igual júbilo que un poeta que por fin ha dado con le *mot juste*—. Una rata en un cagadero, sí, eso parece el bueno de Ris. —Y en lo que fue probablemente el triunfo definitivo de la demencia sobre el discurso racional, Nick Prouty nos obsequió con una perfecta imitación del Gallo Claudio—: Y digo, digo yo, este chico está *chiflado*. Ha perdido una rueda de su cochecito de *bebé*. Ha perdido dos o tres cartas de su *baraja*. Le falta tomarse sólo una cerveza más para acabarse el paquete de *seis*. Está... —Nick se dio cuenta poco a poco de que Ebersole y Garretsen lo observaban, Ebersole con desdén, Garretsen casi con interés, como se examinaría una nueva bacteria a través de la lente de un microscopio—... ya saben, un poco mal de la azotea —terminó Nick, perdiendo fidelidad su imitación cuando recobró la conciencia de sus actos, el tormento de todos los grandes artistas. Se sentó de inmediato.

—Yo no hablaba de esa clase de enfermedad —aclaró Skip—. Tampoco me refiero a su invalidez. Lleva estornudando, tosiendo y sorbiéndose la nariz desde que llegó aquí. Hasta tú debes de haberlo notado, Dearie.

Dearie no contestó; esta vez ni siquiera reaccionó a la mención de su apodo. Debía de estar realmente cansado.

—Lo único que digo es que podría afirmar muchas cosas —prosiguió Skip—. Podría creerse incluso algunas de ellas. Pero él no ha tenido nada que ver.

La sonrisa afloró de nuevo a los labios de Ebersole, pero ahora por completo forzada.

—Me parece comprender la idea central de su razonamiento, señor Kirk. Sostiene que el señor Jones no es autor de la pintada en la pared, pero si él mismo admite su culpabilidad, no debemos creerlo.

Skip le devolvió la sonrisa, aquella sonrisa de mil vatios que aceleraba los corazones de las chicas.

—Exacto —confirmó—, ésa es en efecto la idea central de mi razonamiento.

Siguieron unos instantes de silencio, y finalmente el prefecto Garretsen pronunció lo que podría haber sido el epitafio de nuestra breve época.

—Señores, me han decepcionado —dijo—. Vámonos, Charles; no tenemos nada más que hacer aquí.

Garretsen recogió su cartera, se dio media vuelta y se encaminó hacia la puerta.

Ebersole pareció sorprendido pero salió detrás de él. Con lo cual, Dearie y sus pupilos de la tercera planta quedaron cara a cara, mirándose con una mezcla de desconfianza y reproche.

—Gracias, chicos. —David estaba al borde del llanto—. Gracias por toda esa mierda.

Se marchó con la cabeza gacha y la carpeta en una mano. Al siguiente semestre abandonó el Chamberlain y se unió a una asociación estudiantil. Bien considerado, fue probablemente lo mejor que podía hacer. Como Stoke habría dicho, Dearie había perdido la credibilidad.

40

—Así que os apropiasteis también de eso —protestó Stoke Jones desde su cama de la enfermería cuando por fin pudo hablar.

Acababa de contarle que en el Chamberlain Hall casi todo el mundo llevaba la huella de gorrión en una prenda de vestir como mínimo, pensado que la noticia lo animaría. Me equivocaba.

—Cálmate, chico —dijo Skip, dándole unas palmadas en el hombro—, no vayas a tener una hemorragia.

Stoke no lo miró siquiera. Mantenía clavada en mí la mirada acusadora de sus ojos negros.

—Primero os atribuisteis el mérito y después os apropiasteis también del símbolo de la paz. ¿Podría alguno de vosotros echar un vistazo en mi cartera? Creo que llevo ocho o nueve dólares. Quedáoslos también. Así será una jugada redonda.

Volvió la cabeza en otra dirección y tosió débilmente. Aquel frío día de principios de diciembre de 1966 aparentaba muchos más años de los dieciocho que tenía.

Habían transcurrido cuatro días desde el baño de Stoke en la Carrera de Bennett. El médico —Carbury, se llamaba— pareció aceptar al segundo día que la mayoría de nosotros éramos amigos de Stoke por extraño que fuera nuestro comportamiento cuando lo llevamos a la enfermería, ya que pasábamos por allí a menudo para interesarnos por su salud. Carbury trabajaba desde tiempos inmemoriales en la enfermería de la universidad, recetando medicamentos para las inflamaciones de garganta y entablillando muñecas dislocadas en partidos de softball, y probablemente sabía que el comportamiento de muchachos y muchachas, lejos de sus casas en su mayoría, era imprevisible; aunque parecieran adultos, casi todos conservaban muchas de las rarezas de la infancia. Por ejemplo, a las pruebas me remito, Nick Prouty recitando un pasaje del Gallo Claudio para el prefecto de asuntos disciplinarios.

Carbury no nos informó en ningún momento del grave estado en que Stoke llegó a la enfermería. Pero una auxiliar (medio enamorada de Skip desde la segunda vez que lo vio, creo) nos proporcionó una idea más clara de la situación, aunque en realidad nuestras sospechas no iban desencaminadas. El hecho de que Carbury lo

mantuviera en una habitación aislada, y no en el pabellón de hombres, nos pareció muy significativo; el hecho de que no se nos permitiera ni asomarnos a verlo durante las primeras cuarenta y ocho horas de su estancia allí nos pareció aún más significativo; el hecho de que no hubiera sido trasladado al Eastern Maine, que se encontraba sólo a quince kilómetros, no nos dejó lugar a dudas. Carbury no se había atrevido a trasladarlo, ni siquiera en la ambulancia de la universidad. Stoke Jones se hallaba en estado muy crítico. Según la auxiliar, tenía una pulmonía, un principio de hipotermia a causa del remojón, y fiebre muy alta con picos de cuarenta grados y medio. La muchacha había oído a Carbury hablar por teléfono con alguien y decir que si la capacidad pulmonar de Jones, reducida debido a su discapacidad, hubiera sido sólo un poco menor —o si hubiera pasado de los treinta años en lugar de no haber cumplido todavía los veinte—, habría muerto casi con toda seguridad.

Skip y yo fuimos los primeros a quienes se permitió visitarlo. Cualquier otro chico de la residencia probablemente habría recibido la visita de su padre o su madre, pero eso no ocurriría en el caso de Stoke, como ya bien sabíamos. Y si tenía otros parientes, no se molestaron en dejarse ver por allí.

Lo pusimos al corriente sobre todos los acontecimientos de aquella noche, con una excepción: el ataque de risa que se inició en la sala común cuando lo vimos atravesar la Carrera de Bennett y continuó hasta que lo dejamos, semiinconsciente, en la enfermería. Escuchó en silencio mientras le contaba la idea de Skip de poner símbolos de la paz en nuestra ropa y nuestros libros para que Stoke no apareciera como único culpable. Incluso Ronnie Malenfant había seguido el juego, dije, y sin el menor reparo. Se lo contamos para que hiciera coincidir su versión con la nuestra; y además, para que comprendiera que, en las actuales circunstancias, si trataba de atribuirse él todo el mérito/culpa por la pintada, nos crearía problemas también a nosotros. Y no le dijimos abiertamente que eran ésas las razones por las que se lo contábamos. No era necesario. Tenía las piernas inutilizadas, pero lo que había entre sus orejas funcionaba a la perfección.

—Quítame la mano de encima, Kirk —dijo Stoke, alejándose de nosotros tanto como le permitía la estrecha cama, y luego volvió a toser. Recuerdo que pensé que no parecían quedarle más de cuatro meses de vida; sin embargo, me equivocaba. La Atlántida se hundió, pero Stoke Jones permanece a flote, ejerciendo la abogacía en San Francisco. Su cabello negro es ahora plateado y más hermoso que nunca. Tiene una silla de ruedas roja, que ofrece un magnífico aspecto en los noticiarios de la CNN.

Skip se recostó contra el respaldo de su silla y se cruzó de brazos.

—No esperaba una gratitud abrumadora, pero esto ya es demasiado —dijo—. Esta vez te has superado a ti mismo, Ris-Ras.

—¡No me llares así! —replicó Stoke, lanzándole una mirada furiosa.

—Entonces tú no nos llames ladrones sólo porque intentamos salvarte el pellejo. ¿Qué digo intentamos? ¡Te salvamos el pellejo!

—Nadie os lo pidió.

—No —respondí—. Tú nunca pides nada a nadie, ¿verdad? Me parece que a este paso vas a necesitar unas muletas más grandes para arrastrar el resentimiento que llevas a cuestas.

—Yo al menos tengo ese resentimiento, imbécil. ¿Y tú que tienes?

Mucho trabajo atrasado, eso era lo que tenía. Sin embargo, no se lo dije a Stoke. Por alguna razón, sospechaba que no se derretiría de lástima precisamente.

—¿Qué recuerdas de ese día? —pregunté.

—Recuerdo que hice la pintada en la pared de la residencia..., venía planeándolo desde hacía un par de semanas..., y recuerdo que fui a la clase de la una. Pasé casi toda la hora pensando qué diría en el despacho del prefecto cuando me llamara, qué tipo de *declaración*. Después de eso, todo se dispersa en pequeños fragmentos. —Lanzó una risotada sardónica y puso los ojos en blanco. Tenía las cuencas amoratadas. Llevaba en la cama más de media semana y aún parecía indescriptiblemente cansado—. Me parece recordar que os dije que quería morirme. ¿Lo dije?

No contesté. Me dio todo el tiempo del mundo, pero me acogí a mi derecho de permanecer en silencio.

Finalmente Stoke se encogió de hombros, como diciendo, de acuerdo, mejor olvidémoslo. Con el movimiento, se le deslizó el camisón de hospital que llevaba, dejando a la vista su huesudo hombro. Levantó la mano con cuidado —tenía puesto un gota a gota— y se lo arregló.

—Así que habéis descubierto el símbolo de la paz, ¿eh? Fantástico. Podéis lucirlo cuando vayáis a algún concierto de Neil Diamond o esa Petula Clark de mierda. Yo me largo de aquí. Esto se ha terminado para mí.

—¿Crees que vas a librarte de las muletas si te vas a estudiar a la otra punta del país? —preguntó Skip—. ¿O quizá incluso dedicarte al atletismo?

El comentario me causó cierta consternación, pero Stoke sonrió. Y era una sonrisa sincera, además, natural y radiante.

—Las muletas son lo de menos —dijo—. El tiempo es demasiado escaso para malgastarlo, eso es lo que cuenta. Aquí la gente no sabe qué está ocurriendo, ni le importa. Es gente mediocre. Gente que se conforma con ir tirando. En Orono, Maine, comprar un disco de los Rolling Stones pasa por un acto revolucionario.

—Hay personas que saben ahora más de lo que sabían —comenté, pero me asaltó el recuerdo de Nate, que estaba preocupado por que su madre viera una fotografía de su detención, y se quedó por tanto al margen. Un rostro en segundo plano, el rostro de un muchacho anodino camino de convertirse en dentista en el siglo xx.

El doctor Carbury se asomó a la puerta.

—Ya es hora de marcharse, chicos. El señor Jones debe descansar mucho para recuperarse.

Nos levantamos.

—Cuando el prefecto Garretsen venga a hablar contigo —dije—, o ese tal Ebersole...

—En cuanto a ese día, estoy totalmente en blanco, eso es lo único que sabrán —aseguró Stoke—. Carbury puede confirmarle que tenía bronquitis desde octubre y una pulmonía desde Acción de Gracias, así que no les quedará más remedio que aceptarlo. Diré que ese día podría haber hecho cualquier cosa. Excepto, claro está, soltar las muletas y correr los cuatrocientos metros lisos.

—No nos apropiamos de tu símbolo, ¿sabes? —dijo Skip—. Sólo lo tomamos prestado.

Stoke pareció reflexionar por un momento y finalmente dejó escapar un suspiro.

—No es mi símbolo —respondió.

—No —convine—. Ya no lo es. Hasta pronto, Stoke. Vendremos a verte.

—No lo consideréis prioritario —dijo Stoke, y supongo que le tomamos la palabra, porque no volvimos.

Lo vi unas pocas veces en la residencia, muy pocas, y yo estaba en clase cuando se trasladó a otra universidad sin molestarse siquiera en terminar el semestre. No volví a saber de él hasta pasados casi veinte años, cuando lo vi por la televisión en un noticiario, hablando en una concentración de Greenpeace poco después de que los franceses volaran el *Rainbow Warrior*. En 1984 o 1985, debió de ser. Desde entonces lo he visto en televisión con frecuencia. Recauda dinero para causas ecologistas, da conferencias en las universidades desde su elegante silla de ruedas roja, defiende a los ecoactivistas en los tribunales cuando necesitan ser defendidos. Conserva su resentimiento. Me alegro. Como él dijo, al menos tiene ese resentimiento.

Cuando llegamos a la puerta, nos llamó.

—¡Eh!

Nos volvimos para mirar aquel enjuto rostro blanco enmarcado por la almohada blanca y la sábana blanca, sin más color alrededor que la mata de pelo negro. La silueta de sus piernas bajo la sábana me trajo de nuevo a la memoria al Tío Sam de los desfiles del 4 de Julio en mi pueblo. Y volví a pensar que no parecían quedarle más de cuatro meses de vida. Pero deben añadirse a la imagen unos cuantos dientes blancos, ya que Stoke sonreía.

—Eh ¿qué? —dijo Skip.

—Os veía tan preocupados por lo que pudiera decir a Garretsen y Ebersole... quizá tengo complejo de inferioridad o algo así, pero me cuesta creer que tanta preocupación sea sólo por mí. ¿Acaso habéis decidido poneros a estudiar seriamente

para variar?

—Si así fuera, ¿crees que saldríamos adelante?

—Es posible —respondió Stoke—. Hay algo que sí recuerdo de esa tarde, y con bastante claridad.

Pensé que se refería a nuestras risas —Skip lo pensó también, como me diría más tarde—, pero no era eso.

—Al llegar a la puerta de la sala de reconocimiento, cargaste conmigo tú solo para poder entrarme —dijo, dirigiéndose a Skip—. Y no me dejaste caer.

—Imposible. No pesas demasiado.

—Aun así... morir es una cosa, pero a nadie le gusta la idea de que lo dejen caer al suelo. Es indigno. Y en agradecimiento a eso, te daré un consejo. Abandona las actividades deportivas, Kirk. A menos, claro está, que tu beca dependa de ello.

—¿Por qué?

—Porque te convertirán en otra persona. Quizá les lleve un poco más de tiempo del que ha necesitado el CIOR para convertir a David Dearborn en Dearie, pero al final el resultado será el mismo.

—¿Qué sabes tú de deportes? —preguntó Skip con tono cordial—. ¿Qué sabes de lo que es formar parte de un equipo?

—Sé que son malos tiempos para los chicos de uniforme —contestó Stoke. A continuación volvió a apoyar la cabeza en la almohada y cerró los ojos. Pero eran buenos tiempos para ser mujer, había dicho Carol. En 1966 corrían buenos tiempos para ser mujer.

Regresamos a la residencia y fuimos a estudiar a mi habitación. En el otro extremo del pasillo, Ronnie, Nick, Lennie y casi todos los demás iban a la caza de la bruja. Al cabo de un rato, Skip cerró la puerta para no oírlos, y cuando vimos que eso no ahogaba por completo sus voces, puse el disco de Phil Ochs en el pequeño tocadiscos RCA de Nate. Ochs ya está muerto, tan muerto como mi madre y Michael Landon. Se ahorcó con su cinturón más o menos por las mismas fechas en que Stoke Jones adquiriría prominencia con Greenpeace. El índice de suicidios entre los atlantes supervivientes es bastante alto. No es de extrañar, supongo; cuando tu continente se hunde bajo tus mismos pies, la cabeza se trastoca.

41

Uno o dos días después de la visita a Stoke en la enfermería, telefoneé a mi madre para decirle si realmente podía enviarme un poco de dinero, porque no me parecía

mal su idea de buscar a un profesor particular. Ella no hizo muchas preguntas ni me reprendió —yo sabía que era mala señal cuando mi madre no me reprendía—, pero tres días después me llegaron trescientos dólares por giro postal. A esa cantidad añadí mis ganancias en el juego de los corazones, descubriendo con asombro que ascendían casi a ochenta dólares.

No se lo dije a mi madre, pero en realidad contraté a *dos* profesores particulares: uno, un estudiante de posgrado que me ayudó a desvelar los misterios de las placas tectónicas y el movimiento de los continentes; el otro, un porrero de último curso que vivía en el King Hall y ayudó a Skip con la antropología (y quizá le hizo un par de trabajos, aunque de eso no estoy seguro). Este último se llamaba Harvey Brundage, y fue la primera persona a quien oí decir: «¡Eh, tío, qué muermo!».

Skip y yo fuimos juntos a ver al decano de artes y ciencias —habría sido absurdo ir a hablar con Garretsen después de la reunión celebrada en la sala de recreo del Chamberlain— y le expusimos nuestros problemas. En rigor, ninguno de los dos pertenecíamos a artes y ciencias; como estudiantes de primero, no estábamos aún autorizados a elegir especialidad, pero el decano Randle accedió a escucharnos. Nos recomendó que habláramos con nuestros respectivos profesores y les explicáramos el problema..., poco más o menos que apeláramos a su compasión.

Así lo hicimos, aborreciendo el proceso de principio a fin. Uno de los factores en que estribaba nuestra estrecha amistad por aquel entonces era que a los dos nos habían inculcado las mismas ideas norteamericanas en nuestra infancia, entre ellas que uno no debía pedir ayuda a menos que fuera absolutamente necesario, y según y cómo, ni siquiera entonces. La única manera de superar aquella vergonzosa ronda de conversaciones fue el compañerismo. Cuando Skip estaba en el despacho de uno de sus profesores, yo lo esperaba en el pasillo fumando un cigarro detrás de otro. Cuando era mi turno, él me esperaba a mí.

En conjunto, los profesores eran mucho más comprensivos de lo que habría imaginado; en su mayor parte, se mostraron más que dispuestos no sólo a ayudarnos a aprobar, sino incluso a obtener una nota suficiente para conservar nuestras becas. Sólo el profesor de cálculo de Skip se negó en redondo a cualquier concesión, y Skip se defendía bien en esa asignatura y podía pasarla sin ayuda. Años después comprendí que para la mayoría de los profesores aquello era una cuestión moral más que académica: no deseaba leer los nombres de sus ex alumnos en las listas de bajas de la guerra y tener que preguntarse si ellos eran parcialmente responsables de sus muertes. La diferencia entre una D y una C-menos se traducía a veces en la diferencia entre un chico capaz de ver y oír y otro en estado de coma en algún hospital de veteranos.

Después de una de aquellas conversaciones, y con los exámenes de fin de semestre a la vuelta de la esquina, Skip se reunió con su profesor particular de antropología en el Bear's Den para una sesión maratónica con la ayuda de abundante café. Yo tenía turno de cocina en el Holyoke. Cuando la cinta transportadora se detuvo por fin, regresé a la residencia para seguir estudiando. En el vestíbulo, me detuve a mirar en mi buzón; dentro había un papel rosa donde se notificaba la entrega de un paquete.

Fui a recogerlo de inmediato. Era un paquete marrón, alegrado no obstante con varios adhesivos navideños: campanas y hojas de acebo. Al leer el remite, se me contrajo el estómago como si acabara de recibir un puñetazo: Carol Gerber, Broad Street 172, Harwich, Connecticut.

No había intentado ponerme en contacto con ella, y no solamente porque estuviera ocupado tratando de salvar el pellejo. No creo que comprendiera la verdadera razón hasta que vi su nombre en el paquete. Me había convencido de que volvería con Sully-John; de que la noche en que hicimos el amor en mi coche mientras sonaban viejos éxitos en la radio era para ella historia pasada; de que yo era historia pasada.

En el tocadiscos de Nate sonaba Phil Ochs, pero Nate dormitaba en su cama con la cara tapada por un ejemplar abierto de *Newsweek*. En la portada aparecía el general William Westmoreland. Me senté en mi escritorio, dejé el paquete frente a mí, tendí la mano hacia el cordón, y me detuve. Me temblaban los dedos. «Los corazones son muy resistentes, Pete», había dicho Carol. «Casi nunca se rompen. La mayoría de las veces sólo se doblan». Tenía razón, desde luego..., pero el mío me dolía mientras contemplaba inmóvil el paquete que ella me había mandado; me dolía mucho. En el tocadiscos sonaba Phil Ochs, pero en mi mente oía música más dulce y antigua. En mi mente oía a los Platters.

Rompí el cordón, arranqué la cinta adhesiva, quité el papel marrón, y finalmente apareció una pequeña caja blanca de unos grandes almacenes. Contenía un regalo envuelto en papel rojo brillante y adornado con una cinta blanca de satén, así como un sobre adjunto con mi nombre escrito en el anverso de su puño y letra. Abrí el sobre y saqué una felicitación navideña decorada con campanas y ángeles que tocaban trompetas. Cuando abrí la felicitación, un recorte de periódico salió del interior y fue a caer sobre el obsequio que me había enviado. Era del *Journal* de Harwich. En el margen superior, sobre el titular, Carol había escrito: «¡Esta vez lo conseguí: la condecoración a los heridos en acto de combate! No te alarmes: cinco

puntos en el servicio de urgencias y a cenar a casa».

El titular de la noticia rezaba: 6 HERIDOS Y 14 DETENIDOS COMO CONSECUENCIA DE UNA PROTESTA ANTE LA OFICINA DE RECLUTAMIENTO QUE ACABÓ EN ALBOROTO. La foto contrastaba claramente con la del *News* de Derry, en la que todo el mundo, incluidos los policías y los obreros de la construcción que habían improvisado su propia contraprotesta, parecía más o menos relajado. En la fotografía del *Journal* de Harwich, la gente se veía confusa, con los nervios a flor de piel, en absoluto relajada. Había individuos con aspecto de albañil, tatuajes en los fornidos brazos y muecas de odio en el rostro; chicos de pelo largo los miraban con actitud airada y desafiante. Uno de éstos alzaba los puños ante tres hombres con expresión burlona como si los retase. Entre los dos grupos, había policías visiblemente tensos.

A la izquierda (Carol había dibujado una flecha apuntando hacia esa parte de la fotografía, como si temiera que fuera a pasármelo por alto) vi la familiar cazadora con el rótulo INSTITUTO HARWICH en la espalda. De nuevo Carol tenía vuelta la cabeza, pero esta vez en dirección a la cámara. Vi la sangre que corría por su mejilla con mucha mayor nitidez de la que habría deseado. Pese a la flecha y el comentario jocoso al margen, yo no le encontraba ninguna gracia. Lo que tenía en la cara no era una mancha de chocolate deshecho. Un policía la sujetaba por el brazo. A la chica de la foto no parecía importarle ni eso ni que le sangrara la cabeza (si es que en ese punto sabía ya que le sangraba la cabeza). La chica de la foto sonreía. En una mano sostenía una pancarta donde se leía FIN AL ASESINATO; tenía la otra extendida hacia la cámara formando una V con los dedos medio e índice. V de victoria, pensé, pero naturalmente no era ése su significado. Un tiempo después, hacia 1969, esa V iría tan unida a la huella de gorrión como el beicon a los huevos.

Leí por encima el texto del recorte, pero no contenía nada de especial interés. Manifestación de protesta... reacciones contrarias... epítetos... lanzamiento de piedras... intercambio de golpes... intervención de la policía. El artículo presentaba un tono altanero, indignado y paternal a la vez; me recordó la actitud de Ebersole y Garretsen la noche de la reunión en la sala de recreo. «Señores, me han decepcionado». Excepto tres, todos los manifestantes detenidos fueron puestos en libertad ese mismo día, y no se mencionaba el nombre de ninguno, así que supuse que eran menores de veintiún años.

Sangre en la cara. Y aun así exhibía una sonrisa..., una sonrisa triunfal, de hecho. Noté de pronto que Phil Ochs seguía cantando —«Debo de haber matado a un millón de hombres y ahora quieren que vuelva»—, y un escalofrío me recorrió la espalda.

Volví a la felicitación. Llevaba impresas las tópicas frases rimadas de siempre: Feliz Navidad, espero que no te mueras en el nuevo año... Apenas las leí. En la cara opuesta al verso, Carol había escrito una nota. Ocupaba prácticamente todo el espacio en blanco.

Querido Número Seis:

Sólo quería desearte las más felices de las felices Navidades, y decirte que estoy bien. No he vuelto a la universidad, pero me hallo en contacto con ciertos elementos universitarios (véase recorte adjunto), y espero reemprender mis estudios dentro de un tiempo, probablemente en el semestre de otoño del próximo año. Mi madre no ha mejorado apenas, pero lo intenta, y mi hermano vuelve a tener en orden las ideas. Rionda me ayuda. He visto a Sully un par de veces, pero ya no es lo mismo. Vino una noche a ver la televisión, y nos sentíamos como desconocidos..., o quizá deba decir, para ser más exactos, que nos sentíamos como antiguos conocidos en trenes viajando en distintas direcciones.

Te echo de menos, Pete. Creo que nuestros trenes van también en distintas direcciones, pero nunca olvidaré el tiempo que pasamos juntos. Fue el más agradable y el mejor (en especial la última noche). Puedes escribirme si lo deseas, pero en cierto modo preferiría que no lo hicieras. Quizá no nos convenga ni a ti ni a mí. Eso no significa que no me importes o no me acuerde de ti, sino todo lo contrario.

¿Recuerdas la noche en que te enseñé aquella fotografía y te conté que me habían pegado? ¿Y cómo había cuidado mi amigo Bobby de mí? Bobby leyó un libro aquel verano. Se lo había regalado el vecino de arriba. Bobby dijo que era el mejor que había leído. Eso no es mucho decir cuando uno tiene sólo once años, lo sé, pero volví a ver ese libro en la biblioteca del instituto cuando estaba en el último curso y lo leí, sólo por curiosidad. Y me pareció excelente. No el mejor libro que he leído, pero sí excelente. He pensado que quizá te gustaría tener un ejemplar. Pese a que se escribió hace doce años, tengo la extraña impresión de que trata sobre Vietnam. Aun si no es así, contiene mucha información.

Te quiero, Pete. Feliz Navidad.

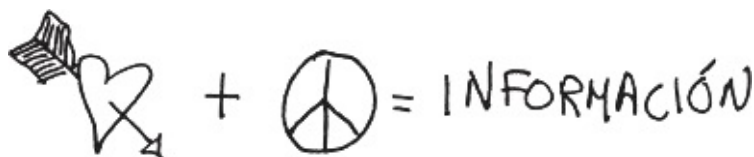


P. D.: Deja ese estúpido juego de cartas.

La leí dos veces. Luego, con las manos aún temblorosas, plegué cuidadosamente el recorte y volví a colocarlo dentro de la felicitación. Creo que aún guardo en algún sitio esa felicitación... y estoy convencido de que Carol Gerber «la Roja» conserva aún en algún sitio la fotografía de sus amigos de infancia. Si todavía vive, claro está. Lo cual no es del todo seguro; muchos de sus amigos de aquella época no viven ya.

Abrí el paquete. Dentro —y en marcado contraste con el alegre y navideño envoltorio y la cinta blanca de satén— había un ejemplar encuadernado en rústica de *El señor de las moscas*, de William Golding. Por alguna razón, lo dejé de lado en el instituto, eligiendo Paz por separado en la clase de literatura del último curso porque parecía un poco más corto.

Lo abrí, pensando que quizá hubiera una dedicatoria. La había, pero no el tipo de dedicatoria que yo esperaba, ni mucho menos. En la portadilla, bajo el título, encontré lo siguiente:



Los ojos se me arrasaron de imprevistas lágrimas. Me llevé las manos a la boca para contener el sollozo que pugnaba por salir. No quería despertar a Nate, no quería que me viera llorar. Pero lloré de todos modos. Sentado ante mi escritorio, lloré por ella, por mí, por los dos, por todos nosotros. No recuerdo haber sentido mayor dolor en la vida que el que sentí entonces. Los corazones son muy resistentes, había dicho, casi nunca se rompen, y sin duda así es... pero entonces ¿qué? ¿Qué sabemos de nosotros? ¿Qué sabemos de los corazones en la Atlántida?

43

En cualquier caso, Skip y yo sobrevivimos. Hicimos los trabajos de recuperación, pasamos por los pelos los exámenes finales y volvimos al Chamberlain Hall a mediados de enero. Skip me dijo que durante las vacaciones había escrito una carta a John Winkin, el entrenador de béisbol, comunicándole que había cambiado de idea sobre su incorporación al equipo.

Nate regresó a la tercera planta del Chamberlain. También estaba allí, asombrosamente, Lennie Doria, en período de prueba académico pero estaba allí. En cambio, su *paisan* Tony DeLucca no volvió. Tampoco Mark St. Pierre, Barry Margeaux, Nick Prouty, Brad Witherspoon, Harvey Twiller, Randy Echolls..., ni Ronnie, por supuesto. En marzo recibimos una postal suya. Llevaba matasellos de Lewiston e iba dirigida simplemente a «los tarados de la tercera planta del Chamberlain». La pegamos con celo a la pared encima de la silla que Ronnie solía ocupar durante las partidas. En el anverso aparecía la foto de Alfred E. Neuman, el chico de portada de la revista *Mad*; al dorso, Ronnie había escrito: «El Tío Sam me

reclama y debo irme. Palmeras en mi futuro, y a quién le importa una m... ¿Por qué voy a preocuparme? Acabé con 21 puntos de partida en la clasificación. Eso me convierte en ganador». Firmaba «RON». Skip y yo reímos al leer la firma. Por lo que a nosotros atañía, el malhablado hijo de la señora Malenfant se llamaría «Ronnie» hasta el día en que muriera.

Stoke Jones, alias Ris-Ras, tampoco volvió. No pensé apenas en él durante un tiempo, pero su rostro y su recuerdo retornaron a mí con sorprendente (aunque breve) nitidez un año y medio después. Yo estaba en la cárcel por aquel entonces, en Chicago. Ignoro a cuántos de nosotros se llevó la policía del centro de convenciones la noche de la nominación de Hubert Humphrey, pero éramos muchos, y muchos sufrimos malos tratos (un año más tarde, una comisión designada para investigar los hechos calificó el acontecimiento de «disturbio policial» en su informe).

Acabé en una celda de detención temporal con capacidad para quince presos —veinte a lo sumo— en compañía de unos sesenta hippies gaseados, apaleados, arrastrados, manchados, extenuados, jodidos, ensangrentados, algunos fumando porros, algunos llorando, algunos vomitando, algunos entonando canciones protesta (en un rincón, un tipo que ni siquiera llegué a ver ofrecía una vacilante versión de *I'm Not Marchin' Anymore*).

Yo estaba comprimido contra los barrotes, intentando protegerme el bolsillo de la camisa (paquete de Pall Mall) y el bolsillo trasero de los pantalones (el ejemplar de *El señor de las moscas* que Carol me había regalado, ya muy maltrecho, sin media cubierta y casi desencuadernado), cuando de pronto el rostro de Stoke cobró forma en mi mente con la nitidez de una fotografía de alta resolución. Surgió de la nada, al parecer, producto quizá de un circuito inactivo de la memoria súbitamente reactivado por efecto bien de un golpe de porra en la cabeza, bien de una estimulante inhalación de gas lacrimógeno. Y una duda acompañaba a la imagen.

—¿Qué carajo hacía un inválido en la tercera planta? —pregunté en voz alta.

Un chico de corta estatura con una melena dorada —una especie de Peter Frampton en pequeño— volvió la cabeza y me miró. Tenía la cara pálida y llena de granos. La sangre empezaba a secársele bajo la nariz y en una mejilla.

—¿Qué dices? —preguntó.

—¿Qué carajo hacía un inválido en la tercera planta de una residencia universitaria? ¿Una residencia sin ascensor? ¿No deberían haberlo puesto en la primera planta? —Entonces me acordé de Stoke avanzando impetuosamente hacia el Holyoke con la cabeza gacha y el pelo colgando ante los ojos, Stoke musitando entre dientes: «Ris-ras, ris-ras, ris-ras». Stoke yendo a todas partes como si todo fuera su enemigo; con los medios necesarios, habría sido capaz de acabar con el mundo entero.

—Chico, no te entiendo. ¿Qué...?

—A no ser que lo solicitara él —dije—. A no ser que lo exigiera él directamente.

—Premio —respondió el tipo bajo con el pelo a lo Peter Frampton—. ¿Te apetece un porro? Necesito un colocón. Este sitio es una mierda. Quiero irme al paraíso.

44

Skip llegó a ser artista, y a su manera es famoso. No como Norman Rockwell, y nunca verán una reproducción de una escultura de Skip en una lámina del Museo Franklin Mint, pero ha expuesto en muchos sitios —Londres, Roma, Nueva York, el año pasado en París— y su obra aparece reseñada con frecuencia en la prensa. Muchos críticos lo tachan de insustancial, lo llaman «la flor de un día» (algunos lo llaman «flor de un día» desde hace veinticinco años), una mente trillada que se comunica con otras mentes trilladas mediante pobres imágenes. Otros críticos han elogiado su honradez y vitalidad. Yo estoy más de acuerdo con estos últimos, pero supongo que es inevitable; lo conocí hace mucho, escapamos juntos al hundimiento del continente, y mantenemos la amistad. Aunque a distancia, ha seguido siendo mi *paisan*.

Asimismo hay críticos que aluden a la rabia que a menudo expresa su obra, la rabia que yo vi claramente por primera vez en el retablo en cartón piedra de la familia vietnamita al que él mismo prendió fuego frente a la biblioteca en 1969 al son amplificado de los Youngbloods. Y sí. Sí, hay algo de eso. Algunas de las esculturas de Skip son divertidas, otras son tristes, y otras son estrafalarias, pero en su mayor parte transmiten ira, la mayoría de sus rígidas figuras de yeso y papel y arcilla parecen susurrar: «Préndeme fuego, oh, préndeme fuego y escucha mis gritos; en realidad, estamos todavía en 1969, estamos todavía en el Mekong y siempre lo estaremos». «Es la rabia de Stanley Kirk lo que da valor a su obra», escribió un crítico durante una exposición en Boston, y supongo que esa misma rabia ha contribuido en el ataque al corazón que sufrió hace dos meses.

Su esposa telefoneó y me dijo que Skip deseaba verme. Los médicos no lo consideraban una crisis cardíaca grave, pero el Capitán se permitía discrepar. Mi viejo *paisan* el Capitán Kirk pensaba que había llegado la hora de su muerte.

Viajé en avión a Palm Beach, y cuando lo vi —la cara blanca bajo el pelo casi blanco, sobre la almohada blanca—, despertó algo en mi memoria que inicialmente fui incapaz de precisar.

—Estás pensando en Jones —dijo Skip con voz ronca, y obviamente tenía razón.

Sonreí, y al mismo tiempo un escalofrío descendió por el centro de mi espalda. A

veces los recuerdos vuelven a uno, así de sencillo. A veces vuelven.

Entré en la habitación y me senté a su lado.

—No está mal, adivino.

—Tampoco era muy difícil imaginarlo —respondió—. Se repite la escena de aquella tarde en la enfermería, salvo que Carbury probablemente ha muerto y ahora soy yo quien está entubado. —Levantó una de sus talentosas manos, me enseñó el tubo del gotero y volvió a bajarla—. Ya no creo que vaya a morir. Al menos de momento.

—Me alegro.

—¿Todavía fumas?

—Lo dejé. El año pasado.

Skip asintió con la cabeza.

—Mi mujer dice que se divorciará de mí si no hago yo lo mismo..., así que más me vale intentarlo.

—Es el peor vicio.

—Creo que, en realidad, el peor vicio es vivir.

—Guárdate esa mierda de las frases memorables para el *Reader's Digest*, Capi.

Se echó a reír y luego me preguntó si había tenido noticias de Nate.

—Una felicitación de Navidad, como siempre. Con una foto.

—¡Jodido Nate! —Skip estaba encantado—. ¿Era una foto de la consulta?

—Sí. Este año montó un belén en el jardín. Los Reyes Magos parecían necesitar una visita al dentista.

Nos miramos y empezamos a reír. Skip se interrumpió de inmediato a causa de un ataque de tos. Recordaba extrañamente a la tos de Stoke —por un momento incluso él se pareció a Stoke—, y volví a sentir un escalofrío en la espalda. Si Stoke hubiera muerto, habría pensado que aquello era una aparición. Pero Stoke Jones vivía, y en cierto modo había capitulado en igual medida que los hippies que pasaron de vender cocaína a vender bonos basura por teléfono. Le encanta salir en la tele, a Stoke; durante el proceso contra O. J. Simpson, uno encontraba a Stoke todas las noches en algún canal, un buitre más volando en círculo sobre la carroña.

Carol fue la única que no capituló, supongo. Carol y sus amigos, ¿y qué puede decirse de los estudiantes de química que mataron con su bomba? Fue un error, lo creo de todo corazón: la Carol Gerber que yo conocí no aceptaría la idea de que todo el poder procede del cañón de un arma. La Carol que yo conocí habría comprendido que ésa era otra manera de decir que teníamos que destruir la aldea a fin de salvarla. Pero ¿acaso a las familias de esos chicos les sirve de consuelo que fuera un error, que la bomba no estallara cuando debía? ¿Acaso a sus madres, padres, hermanos, amantes y amigos les importa quién capituló y quién no? ¿Acaso importa a la gente que ha de recoger los trozos y seguir adelante de algún modo? Los corazones se rompen. Sí.

Los corazones se rompen. A veces pienso que sería mejor que hubiéramos muerto cuando ellos murieron, pero no fue así.

Skip trató de respirar nuevamente con regularidad. El monitor situado junto a la cama emitía un preocupante pitido. Una enfermera se asomó a la puerta, y Skip le indicó que se marchara. El pitido intermitente recuperó su ritmo anterior, y la enfermera se fue. Cuando nos quedamos solos, Skip dijo:

—¿Por qué nos reímos tanto cuando Stoke se cayó aquel día? Nunca he dejado de preguntármelo.

—No, yo tampoco.

—¿Y cuál es la respuesta? ¿Por qué nos reímos?

—Porque somos humanos. Durante una época, creo entre los acontecimientos de Woodstock y Kent State, pensamos que éramos otra cosa, pero estábamos equivocados.

—Pensábamos que éramos polvo de estrellas —añadió Skip con expresión casi seria.

—Nos creíamos de oro —convine entre risas—, y hemos tenido que volver a la dura realidad.

—Acércate, hippy —dijo Skip, y eso hice.

Vi que mi viejo amigo, que había burlado a Dearie, a Ebersole y al prefecto de asuntos disciplinarios, que había suplicado ayuda a sus profesores, que me había enseñado a beber cerveza a jarras y a pronunciar la palabra «joder» con una docena de entonaciones distintas, estaba llorando. Tendió los brazos hacia mí. Habían perdido robustez a lo largo de los años, y los músculos, más que sobresalir, colgaban. Me incliné y lo abracé.

—Lo intentamos —me dijo al oído—. No lo olvides, Pete. Lo *intentamos*.

Supongo que sí lo intentamos. A su modo, Carol lo intentó con más empeño que ninguno de nosotros y pagó el precio más alto..., excepto, claro está, los que murieron. Y si bien hemos olvidado el idioma con que nos comunicábamos en aquellos años —se ha perdido en la misma medida que los pantalones de pata de elefante, las camisas teñidas en casa, las chaquetas estilo Nehru y las pancartas que rezaban MATAR POR LA PAZ ES COMO JODER POR LA CASTIDAD—, a veces vuelven aún una o dos palabras. Información, ¿saben? Información. Y a veces, en mis sueños y recuerdos (cuantos más años cumplo, menos los diferencio unos de otros), percibo el olor de aquel lugar donde hablé ese idioma con tal dominio y fluidez: el olor de la tierra, el aroma de las naranjas, y el difuminado perfume de las flores.

1983: Dios nos bendiga.

1983

WILLIE EL CIEGO

6:15 hrs

Despierta con música, siempre con música; en esos borrosos momentos iniciales del día su mente no está en condiciones de afrontar el penetrante pitido de la alarma del radiodespertador. Suena como el avisador de un camión de basura marcha atrás. No obstante, la radio tampoco es ninguna maravilla en esa época del año; la emisora de música ligera en la que mantiene sintonizado el radiodespertador pone villancicos ininterrumpidamente, y esta mañana se despierta con uno de los dos o tres que componen su lista de canciones navideñas más detestadas, un sonsonete salpicado de voces entrecortadas y postizas exclamaciones de asombro. La coral Hare Krishna o los cantores de Andy Williams o algo de esa índole. «¿Oyes lo que yo oigo?», cantan las entrecortadas voces mientras él se incorpora en la cama, parpadeando para sacudirse el abombamiento, con los pelos de punta en todas direcciones. «¿Ves lo que yo veo?», cantan las voces mientras él apoya los pies con una mueca en el frío suelo, se acerca descalzo a la radio y la apaga de un manotazo en el botón correspondiente. Cuando se da media vuelta, Sharon ha adoptado ya su acostumbrada postura defensiva: la almohada sobre la cabeza, oculta toda ella salvo la blanca curva de un hombro, un tirante de su camisión de encaje y unos mechones de cabello rubio.

Entra en el cuarto de baño, cierra la puerta, se quita el pantalón del pijama —sólo el pantalón, porque no usa la parte de arriba—, lo echa en el cesto de la ropa sucia y enciende su maquinilla de afeitar eléctrica. Mientras se la desliza por la cara, piensa: ¿Y por qué, ya puestos, chicos, no seguís con el resto de los sentidos? ¿Hueles lo que yo huelo, saboreas lo que yo saboreo, palpas lo que yo palpo? Hablo en serio, eh, intentadlo.

—Tonterías —dice mientras abre el grifo de la ducha—. Todo tonterías.



Veinte minutos después, mientras se viste (esta mañana ha elegido el traje gris oscuro de Paul Stuart y su corbata de Sulka preferida), Sharon se despierta un poco. No lo suficiente, sin embargo, para que sus palabras sean inteligibles.

—¿Podrías repetirlo? —dice él—. He entendido lo de «ponche de huevo», pero lo demás me ha sonado a uga-buga.

—Te preguntaba si te sería posible comprar un par de litros de ponche de huevo en el camino de vuelta a casa —aclara ella—. Esta noche vienen los Allen y los Dubray, ¿recuerdas?

—Navidad —dice él, examinándose el peinado en el espejo con suma atención.

Ahora ya no parece el hombre perplejo y aturdido que se incorpora en la cama al sonido de la música cinco mañanas por semana, y a veces seis. Ahora tiene el mismo aspecto que las otras personas que viajarán a Nueva York con él en el tren de las siete cuarenta, y ése es precisamente su deseo.

—¿Qué pasa con Navidad? —pregunta ella con una sonrisa soñolienta—. Tonterías, ¿no?

—Sí —admite él.

—Si te acuerdas, trae también un poco de canela...

—De acuerdo.

—... pero si te olvidas del ponche de huevo, te mataré, Bill.

—No me olvidaré.

—Lo sé. Eres una persona digna de confianza. Y estás muy guapo, además.

—Gracias.

Ella se revuelve perezosamente en la cama y levanta un poco la mitad superior del cuerpo acodándose en el colchón mientras él acaba de arreglarse la corbata, que es de color azul oscuro. En su vida se ha puesto una corbata roja, y espera llegar a la tumba inmune a ese peculiar virus.

—Compré el espumillón que querías —informa ella.

—¿Mmm?

—El *espumillón* —repite ella—. Está en la mesa de la cocina.

—Ah. —De pronto se ha acordado—. Gracias.

—De nada.

Ella está ya echada y empieza a adormilarse de nuevo. Él no la envidia por el hecho de que pueda quedarse en la cama hasta las nueve —y hasta las once si le viene en gana—, pero sí envidia esa capacidad de despertar, hablar y volver a dormirse. Él también la tenía cuando estaba en la maleza —él y la mayoría de sus compañeros—, pero la maleza quedó atrás hacía mucho tiempo. «En la zona», decían siempre los recién llegados y los corresponsales; pero si uno llevaba allí una temporada, era simplemente la maleza, o a veces la espesura.

En la espesura, sí.

Ella añade algo más, pero ha vuelto al uga-buga. No obstante, él la entiende de todos modos: que tengas un buen día, cariño.

—Gracias —contesta—. Será un buen día.

—Estás muy guapo —musita ella otra vez, pese a que tiene los ojos cerrados—. Te quiero, Bill.



Su maletín —un Mark Cross, no de la gama más alta pero casi— está en el vestíbulo,

junto al perchero de pie donde cuelga su abrigo (de Tager, en Madison). Echa mano al maletín al pasar y se lo lleva a la cocina. El café está ya preparado —Dios bendiga a las cafeteras automáticas—, y se sirve una taza. Abre el maletín, que se halla totalmente vacío, y coge la bola de espumillón de la mesa. La sostiene en alto por un momento para contemplar su centelleo a la luz de los fluorescentes y luego la guarda en el maletín.

—¿Oyes lo que yo oigo? —pregunta a nadie en absoluto, y cierra el maletín.

8:15 hrs

Por la ventana sucia de su izquierda, ve aproximarse la ciudad. Vista a través de la mugre del cristal, semeja unas ruinas descomunales e inmundas, la extinta Atlántida, quizá, recién izada a la superficie para que mire al cielo gris. Una amenaza de nieve se cierne sobre el día, pero eso no le preocupa demasiado; faltan sólo ocho días para Navidad, y esas fechas son siempre buenas para el negocio.

El vagón huele al café de la mañana, el desodorante de la mañana, la loción para después del afeitado de la mañana, el perfume de la mañana y los estómagos de la mañana. En casi todos los asientos hay una corbata (hoy en día incluso algunas mujeres se ponen corbata). Los rostros presentan el aspecto abotargado propio de las ocho de la mañana; las miradas, un aire introspectivo e indefenso; las conversaciones, un tono desganado. Ésta es la hora a la que incluso la gente que no bebe parece resacosa. La mayoría de los pasajeros se refugian en sus periódicos. ¿Y por qué no? Reagan es el rey de Estados Unidos, las acciones y los bonos se han convertido en oro, la pena de muerte vuelve a estar de moda. La vida es bella.

Él mismo tiene ante sí el crucigrama del *Times*, y si bien ha rellenado unas cuantas casillas, es básicamente una medida defensiva. No le gusta hablar con la gente en el tren, no le gustan las intromisiones de ninguna clase, y lo último que desea en el mundo es un compañero de viaje para ese desplazamiento cotidiano. Cuando empieza a ver las mismas caras en un determinado vagón, cuando la gente, camino de sus asientos, empieza a saludarlo con la cabeza o decir «¿Qué tal estamos hoy?», cambia de vagón. No es difícil pasar inadvertido, un residente más del área suburbana de Connecticut en su viaje diario al trabajo, un hombre cuyo único rasgo llamativo es su inflexible reticencia a usar una corbata roja. Quizá en otro tiempo fue alumno de un colegio religioso, quizá en otro tiempo mantuvo sujeta a una niña llorosa mientras sus amigos la golpeaban repetidamente con un bate de béisbol, y quizá en otro tiempo pasó una temporada en la espesura. Ningún otro pasajero tiene

por qué saber esas cosas. Eso es lo bueno de los trenes.

—¿Todo a punto para la Navidad? —le pregunta el hombre sentado al otro lado del pasillo.

Él alza la vista, casi ceñudo, pero decide que es un comentario huero, la clase de cháchara para pasar el rato de la que algunas personas, por lo visto, no pueden prescindir. El hombre sentado al otro lado del pasillo es obeso y sin duda apestará a mediodía por más desodorante que se haya puesto..., pero apenas mira a Bill, así que no hay inconveniente.

—Sí, bueno, ya sabe —contesta, mirando el maletín colocado entre sus pies, el maletín que contiene una bola de espumillón y nada más—. Voy entrando poco a poco en el espíritu navideño.

8:40 hrs

Sale de la estación Grand Central entre un millar más de hombres y mujeres con abrigo, ejecutivos de nivel medio en su mayoría, saludables jerbos que a mediodía estarían haciendo ejercicio briosamente en las ruedas giratorias de sus jaulas. Se detiene por un momento y aspira el aire frío y gris. Lexington Avenue está engalanada con luces navideñas, y cerca de él un Papá Noel que parece portorriqueño tañe una campanilla. Tiene un tarro para donativos y un caballete. AYUDE A LAS PERSONAS SIN HOGAR ESTA NAVIDAD, reza el cartel expuesto en el caballete, y el hombre de la corbata azul piensa: ¿Qué te parecería un poco de sinceridad en tu anuncio, Papá Noel? ¿Por qué no un cartel donde se lea AYÚDENME A PAGAR EL CONSUMO DE COCA ESTA NAVIDAD? No obstante, echa un par de dólares en el tarro al pasar. Presiente que será un buen día. Se alegra de que Sharon le haya recordado el espumillón; de lo contrario, probablemente se habría olvidado de cogerlo. Llegado el momento, siempre se le olvidan esos detalles, los toques de gracia.



Un paseo de diez minutos lo lleva hasta su edificio. De pie junto a la puerta, hay un joven negro, de unos diecisiete años, vestido con unos vaqueros negros y un mugriento suéter rojo con capucha. Desplaza el peso del cuerpo de un pie a otro sin cesar, expulsa bocanadas de vaho y sonríe a menudo, enseñando un diente de oro. En una mano sostiene un vaso de papel medio aplastado. El vaso contiene unas cuantas monedas, y el joven lo agita, produciendo un continuo tintineo.

—Déme algo —dice a la riada de personas que avanza hacia las puertas giratorias—. Déme algo, señor. Déme algo, señora, por poco que sea. Sólo quiero una pizca de comida para el desayuno. Gracias, Dios la bendiga, feliz Navidad. Déme algo, amigo. Veinticinco centavos, ¿no? Gracias. Déme algo, señora.

Al pasar junto al joven negro, Bill echa en el vaso de papel dos monedas de diez centavos y una de cinco.

—Gracias, señor, Dios lo bendiga, feliz Navidad.

—Igualmente —responde él.

A su lado, una mujer lo mira con el entrecejo fruncido y reprocha:

—No debería fomentar la mendicidad.

Él se encoge de hombros y le dirige una sonrisa avergonzada.

—Me cuesta decir que no en Navidad —admite.

Entra al vestíbulo en medio del tropel de gente, lanza una fugaz mirada a la redicha arpía cuando ésta se encamina hacia el quiosco, y luego va hacia los ascensores con sus antiguos indicadores de planta en forma de esfera de reloj y sus números *art déco*. Aquí los saludan varias personas con una inclinación de cabeza, y Bill cruza unas palabras con un par de ellas mientras esperan; al fin y al cabo, no es como el tren, donde uno puede cambiar de vagón. Además, es un edificio viejo; los ascensores son lentos y se averían a menudo.

—¿Qué tal tu esposa, Bill? —pregunta un hombre esquelético y siempre sonriente de la quinta planta.

—Carol está bien.

—¿Y los niños?

—Los dos bien —contesta. No tiene hijos, ni su esposa se llama Carol. El nombre de soltera de su esposa es Sharon Anne Donahue, ex alumna del colegio parroquial de enseñanza secundaria San Gabriel, promoción de 1964, pero eso es algo que el hombre esquelético y siempre sonriente nunca sabrá.

—Seguro que están impacientes por que llegue el gran día —continúa el hombre esquelético, su sonrisa ahora más amplia, convertida en algo indescriptible.

A Bill Shearman se le antoja estar viendo una representación de la Muerte concebida por un caricaturista de periódico: grandes ojos, enormes dientes, piel estirada y brillante. Esa sonrisa le recuerda a Tam Boi, en el valle de A Shau. Aquellos tipos del Segundo Batallón entraron allí como si fueran los reyes del mundo y salieron como si acabaran de escapar de las mazmorras del infierno. Salieron con esos mismos grandes ojos y enormes dientes. Todavía ofrecían ese aspecto en Dong Ha, donde todos ellos terminaron juntos y medio revueltos unos días después. Tales revoltijos eran habituales en la maleza. Y también las soluciones rápidas e improvisadas: agítese antes de meter en el horno.

—Muertos de impaciencia —afirma—, pero creo que Sarah empieza a sospechar

del hombre del traje rojo. —Date prisa, ascensor, piensa; Dios, líbrame de estas estupideces.

—Sí, sí, ya pasa —dice el hombre esquelético. La sonrisa se borra de sus labios por un instante, como si el tema de conversación fuera el cáncer en lugar de Papá Noel—. ¿Qué edad tiene Sarah?

—Ocho años.

—Y parece que nació hace un par de años. Chico, el tiempo vuela cuando uno lo pasa bien, ¿no?

—Y que lo digas —asiente él, deseando fervientemente que el hombre esquelético calle de una vez.

En ese momento se abren por fin las puertas de uno de los cuatro ascensores y todos se apiñan para entrar.



Bill y el hombre esquelético recorren juntos un corto tramo del pasillo de la quinta planta, hasta que el hombre esquelético se detiene ante una anticuada puerta de dos hojas con el rótulo SEGUROS COMBINADOS en uno de los panales de cristal esmerilado y PERITOS DE AMÉRICA en el otro. Detrás de la puerta se oye el tecleo amortiguado de las máquinas de escribir y el sonido, algo más fuerte, de los timbres de los teléfonos.

—Que tengas un buen día, Bill.

—Lo mismo digo.

El hombre esquelético entra en su oficina, y por un momento Bill ve una gran guirnalda colgada en la pared del fondo. Además, las ventanas están adornadas con esa especie de nieve que se aplica con un aerosol. Se estremece y piensa: Dios nos libre, a todos.

9:05 hrs

Su despacho —uno de los dos que tiene en este edificio— se encuentra al final del pasillo. Las dos oficinas contiguas están desocupadas y oscuras, situación que se prolonga ya desde hace seis meses y a él le satisface. En el cristal esmerilado de su despacho se lee ANALISTAS INMOBILIARIOS DE LOS ESTADOS DEL OESTE. La puerta tiene tres cerraduras: la que había cuando se trasladó al edificio, más otras dos que instaló él mismo. Entra, cierra la puerta, corre el cerrojo y luego ancla las barras de la cerradura de seguridad.

Un escritorio ocupa el centro del despacho. Está cubierto de papeles en desorden, pero ninguno de ellos tiene el menor valor; su única función es guardar las apariencias de cara al servicio de limpieza. De vez en cuando los tira todos a la basura y los reemplaza por otros nuevos. En el centro del escritorio se halla el teléfono, desde el cual hace alguna que otra llamada al azar para que la compañía telefónica no descubra una línea totalmente inactiva. El año pasado compró una fotocopidora, y queda muy profesional en su rincón, junto a la puerta de la salita anexa, pero nunca la ha utilizado.

—¿Oyes lo que yo oigo, hueles lo que yo huelo, saboreas lo que yo saboreo? —susurra, y cruza la puerta que da a la salita anexa. Dentro hay estanterías abarrotadas de más papeles sin valor, dos grandes archivadores (encima de uno de ellos tiene un walkman, su excusa para las contadas ocasiones en que alguien llama a la puerta y no recibe respuesta), una silla y una escalera de mano.

Bill lleva la escalera al despacho y la despliega a la izquierda del escritorio. Coloca el maletín en la plataforma superior, sube al tercer peldaño, alarga los brazos (en esa posición, la mitad inferior de su abrigo se acampana en torno a sus piernas), y retira cuidadosamente uno de los paneles del techo rebajado.

Encima se encuentra un espacio oscuro que no puede llamarse exactamente altillo de suministros, aunque lo atraviesan unos cuantos tubos y cables. No hay polvo aquí, al menos en el área inmediata, ni excrementos de roedor (pone raticida una vez al mes). No le gusta ensuciarse la ropa cuando sube, desde luego, pero eso no es lo más importante. Lo más importante es mostrar respeto por el propio trabajo y por el propio entorno. Lo aprendió en el ejército, durante su temporada en la espesura, y a veces piensa que es la segunda cosa más importante que ha aprendido en su vida. La primera es que sólo la penitencia sustituye a la confesión, y sólo la penitencia define la identidad. Esa lección empezó a aprenderla en 1960, cuando contaba catorce años. Aquel fue el último año en que pudo ir al confesonario y decir «Bendígame por que he pecado» antes de contarle todo.

La penitencia es importante para él.

Dios nos bendiga, piensa mientras contempla la oscuridad del altillo y percibe el olor del aire viciado. Dios te bendiga, Dios me bendiga, Dios nos bendiga a todos.

Encima de este estrecho espacio (un viento suave y fantasmagórico silba incesantemente aquí dentro, arrastrando un olor a polvo y el chirrido de los ascensores) está el suelo de la sexta planta, provisto de una trampilla cuadrada de unos setenta y cinco centímetros de lado. La instaló él mismo; posee habilidad para los trabajos manuales, y ésa es una de las cualidades que Sharon admira en él.

Empuja la trampilla hacia arriba, dejando entrar en el altillo la mortecina luz del piso superior, y luego agarra el maletín por el asa. Cuando introduce la cabeza en el espacio entre los dos pisos, cae de pronto una ráfaga de agua por el grueso bajante del

cuarto de baño situado a ocho o diez metros al norte del punto donde él se halla. Dentro de una hora, cuando la gente del edificio interrumpa su trabajo para desayunar, ese ruido será tan continuo y rítmico como el de las olas que rompen en la playa. Bill apenas repara en éste o en cualquier otro de los sonidos que se producen entre las plantas; está acostumbrado a ellos.

Asciende con cuidado a lo alto de la escalera y se encarama al suelo del despacho de la sexta planta, dejando a Bill en la quinta. Aquí arriba vuelve a ser Willie, como lo era en el colegio. Como lo era en Vietnam, donde a veces lo llamaban Willie Béisbol.

El despacho de la planta superior presenta un tosco aspecto de taller, con bobinas, motores y rejillas de ventilación pulcramente apilados en estantes metálicos y algo parecido a un filtro en una esquina de la mesa. *Es* no obstante un despacho; hay una máquina de escribir, un dictáfono, una bandeja de ENTRADAS/SALIDAS repleta de papeles (también para guardar las apariencias, y que rota periódicamente tal como un granjero rota las cosechas) y archivadores. Muchos archivadores.

En una pared cuelga una reproducción de un cuadro de Norman Rockwell que muestra a una familia rezando ante la cena de Acción de Gracias. Detrás del escritorio hay un retrato enmarcado de Willie con su uniforme de teniente (hecho en un estudio fotográfico de Saigón poco antes de ser condecorado con la Estrella de Plata por su actuación en el lugar donde se estrelló el helicóptero, a las afueras de Dong Ha) y al lado, también enmarcada, una ampliación de su baja honorífica; el nombre que consta en el documento es William Shearman, y aquí aparecen debidamente consignadas sus condecoraciones. Salvó la vida a Sullivan en el camino cercano a la aldea. El despacho que acompañaba a la Estrella de Plata así lo dice; los hombres que sobrevivieron a los combates de Dong Ha así lo dijeron, y más importante aún, Sullivan así lo dijo. Fue lo primero que dijo cuando coincidieron en un hospital de San Francisco conocido como la Casa de Citas: «Me salvaste la vida, tío». Willie sentado en la cama de Sullivan, Willie con un brazo todavía vendado y ungüento en torno a los ojos, pero en realidad bien, sí, dándose la gran vida; era Sullivan quien había resultado gravemente herido. Ése fue el día que el fotógrafo de la Associated Press les tomó una foto, la foto que apareció en los periódicos de todo el país..., incluido el *Times* de Harwich.

Me cogió la mano, piensa Willie, ya de pie en el despacho de la sexta planta, con Bill Shearman en el piso de abajo. Encima del retrato de estudio y la ampliación de la baja, hay un póster de los años sesenta. Éste, sin enmarcar y empezando a amarillear en los bordes, muestra el símbolo de la paz; debajo, escrito en rojo, blanco y azul se lee la jocosa frase: HUELLA DE LA GRAN GALLINA AMERICANA.

Me cogió la mano, vuelve a pensar. Sí, eso había hecho Sullivan, y Willie estuvo a punto de levantarse de un salto y apretar a correr por el pasillo de la sala del

hospital. En aquel momento tenía la certeza de que Sullivan diría: «Sé lo que hicisteis, tú y tus amigos Doolin y O'Meara. ¿Creías que ella no me lo contaría?».

Sin embargo, Sullivan no dijo nada por el estilo. Lo que dijo fue: «Me salvaste la vida, tío; siendo de mi mismo pueblo, y me salvaste la vida. Joder, ¿qué casualidades tiene la vida? Y pensar que los chicos del San Gabriel nos dabais miedo». En cuanto oyó eso, Willie supo con toda seguridad que Sullivan no estaba enterado de lo que Doolin, O'Meara y él le habían hecho a Carol Gerber. No obstante, descubrir que sus temores eran infundados no le proporcionó el menor consuelo. Nada más lejos. Y mientras sonreía y estrechaba la mano de Sullivan, pensó: «Hacíais bien en tenernos miedo, Sully. Hacíais bien».

Willie deja el maletín de Bill en la mesa y luego se tiende boca abajo. Hunde la cabeza y los brazos en la oscuridad ventosa y con olor a aceite que separa las dos plantas y encaja de nuevo el panel del techo del despacho de la quinta planta. Queda herméticamente cerrado; en todo caso, no espera a nadie (nunca espera a nadie; Analistas Inmobiliarios de los Estados del Oeste nunca ha tenido un solo cliente), pero es mejor no correr riesgos. Más vale prevenir que curar.

Una vez que ha devuelto su aspecto habitual al techo del despacho de la quinta planta, Willie cierra la trampilla de este otro despacho. Aquí arriba, la trampilla queda oculta por una pequeña alfombra pegada con cola a la madera, de modo que puede levantarla y bajarla sin grandes ruidos o desplazamientos.

Se pone en pie, se sacude el polvo de las manos, y a continuación se vuelve hacia el maletín y lo abre. Saca la bola de espumillón y la deja sobre el dictáfono que está en la mesa.

—No está mal —dice, pensando de nuevo que Sharon puede ser un verdadero encanto cuando se lo propone..., y se lo propone a menudo. Vuelve a cerrar el maletín y empieza a desvestirse, haciéndolo cuidadosa y metódicamente, en orden inverso al que ha seguido a las seis y media de la mañana, pasando hacia atrás la película. Se despoja de toda su ropa, incluidos los calzoncillos y los calcetines largos de color negro. Desnudo, cuelga pulcramente el abrigo, la chaqueta del traje y la camisa en el armario, donde guarda sólo otra prenda: un chaquetón rojo, no tan grueso como para poder llamarlo «parka». Debajo hay un objeto con forma de caja, un poco demasiado voluminoso para poder llamarlo «maletín». Willie deja al lado su maletín Mark Cross y luego cuelga el pantalón en una percha de pinza, poniendo especial esmero en no deformar la raya. La corbata va en el corbatero atornillado a la cara interior de la puerta del armario, donde queda suspendida ella sola como una larga lengua azul.

Descalzo, se acerca a uno de los archivadores. Encima hay un cenicero de metal repujado en el que se ven un águila de aspecto feroz y las palabras SI MUERO EN ZONA DE COMBATE. El cenicero contiene un par de placas de identificación sujetas a una

cadena. Willie se cuelga la cadena del cuello y abre el cajón inferior del archivador. Dentro guarda ropa interior. En lo alto de la pila, perfectamente plegados, hay unos calzoncillos de color caqui. Se los pone. Siguen unos calcetines blancos de deporte y una camiseta blanca de algodón, no de tirantes sino de cuello redondo. La forma de las placas de identificación se marca bajo la tela, al igual que sus bíceps. No los tiene ya como en A Shau y Dong Ha, pero tampoco están mal para un hombre de casi cuarenta años.

Ahora, antes de acabar de vestirse, llega el momento de la penitencia.

Va a otro archivador y abre el segundo cajón. Pasa rápidamente los libros de contabilidad, suspendidos de varillas con el lomo hacia arriba y ordenados cronológicamente, hasta llegar a los del año en curso: enero-abril, mayo-junio, julio, agosto (en verano, siempre se siente obligado a escribir más), septiembre-octubre, y por último el presente volumen, noviembre-diciembre. Se sienta a la mesa, abre el libro y lo hojea. Las páginas están escritas de arriba abajo con apretada letra. Las frases presentan ligeras variaciones, pero en esencia el mensaje es siempre el mismo: «Me arrepiento de todo corazón».

Esta mañana escribe sólo durante diez minutos, rasgueando afanosamente con la pluma y ciñéndose a la cuestión central del tema: «Me arrepiento de todo corazón». Según sus cálculos, lo ha escrito más de dos millones de veces..., y eso no es más que el principio. La confesión sería más rápida, pero él ha elegido por propia voluntad el camino más largo.

Termina —no, nunca termina, pero termina por hoy— y vuelve a colocar el libro de contabilidad del período actual entre aquellos ya pasados y aquellos que quedan aún por llenar. Luego regresa al archivador que hace las veces de cómoda. Mientras abre el cajón situado sobre el de la ropa interior, empieza a tararear una canción, no el villancico de antes sino una de los Doors, la que dice que el día destruye a la noche y la noche divide al día.

Se pone una sencilla camisa azul de algodón y unos pantalones militares de faena. Cierra el cajón central y abre el de arriba. Aquí guarda un álbum de recortes y unas botas. Saca el álbum y contempla por un instante la tapa roja de piel de imitación. En ella se lee la palabra RECUERDOS en descascarilladas letras doradas. Es un artículo barato, este álbum. Puede permitirse algo mucho mejor, pero uno no siempre tiene derecho a lo que puede permitirse.

En verano escribe muchas frases de arrepentimiento, pero los recuerdos, por lo visto, quedan dormidos. Es en invierno, especialmente en las fechas próximas a la Navidad, cuando despiertan los recuerdos. Entonces desea mirar este álbum, que contiene recortes y fotografías donde todos parecen inconcebiblemente jóvenes.

Hoy vuelve a dejar el álbum sin abrirlo en el cajón y coge las botas. Relucen de tan limpias y da la impresión de que vayan a durar hasta que las trompetas anuncien

el día del Juicio Final. Quizá incluso más. No son unas botas militares corrientes, no, son botas de paracaidista, parte del material utilizado por la Unidad 101 Aerotransportada. Pero no importa. En realidad no pretende vestirse de soldado. Si su deseo fuera vestirse de soldado, lo haría.

Sin embargo, del mismo modo que no hay razón para dejar que se acumule el polvo en el paso entre las dos plantas, no la hay para el desaliño, y él cuida mucho su indumentaria. No se remete las perneras en las botas, naturalmente —va a la Quinta Avenida en diciembre, no al Mekong en agosto, así que no es probable que serpientes y mosquitos representen un gran problema—, pero quiere mostrar un porte digno. La buena presencia es tan importante para él como para Bill, quizá incluso más. Al fin y al cabo, el respeto por el propio trabajo y el propio entorno empieza con el respeto por la propia persona.

Los dos últimos elementos del disfraz se hallan al fondo del cajón superior: un tubo de maquillaje y un tarro de gel para el pelo. Se echa un poco de maquillaje en la mano izquierda y comienza a aplicársela, bajando desde la frente hasta la base del cuello. La extiende con la despreocupada rapidez fruto de una larga experiencia, proporcionando a su piel un moderado bronceado. Al terminar, se pone gel en el pelo y vuelve a peinárselo, suprimiendo la raya y echándoselo todo hacia atrás. Es el toque final, el toque más insignificante, y quizá el más elocuente. No queda el menor rastro del pasajero que se ha apeado de un tren de cercanía en la estación Grand Central; el hombre que muestra el espejo montado en la parte posterior de la puerta del cuarto de material anexo parece un mercenario sin futuro. Se advierte una especie de mudo y humilde orgullo en ese rostro bronceado, una expresión que la gente prefiere no ver más que fugazmente. Mirarla durante demasiado tiempo les resulta doloroso. Willie lo sabe; lo ha notado. Sin embargo, no siente la menor curiosidad por conocer la causa. Se ha creado una vida prácticamente exenta de preguntas, y así es como le gusta.

—Muy bien —dice, y cierra la puerta del cuarto de material—. Excelente aspecto, soldado.

Se acerca de nuevo al armario para coger el chaquetón rojo, que es reversible, y la maleta con forma de caja. Cuelga la chaqueta en el respaldo de la silla y coloca la maleta sobre la mesa. Abre los cierres y levanta la tapa, articulada mediante robustas bisagras; vista así, se asemeja a las maletas que emplean los vendedores callejeros para exhibir sus falsos relojes de marca y dudosas cadenas de oro. La de Willie contiene sólo unos pocos objetos, uno de ellos separado en dos piezas para que quepa. Hay un cartel. Hay un par de guantes que usa cuando aprieta el frío y un tercer guante que en otro tiempo usaba cuando hacía calor. Saca el primer par (hoy sin duda va a necesitarlos) y luego el cartel junto a su resistente cordón. Los extremos del cordón están anudados a sendos orificios perforados a ambos lados del cartón, para

que Willie pueda colgarse el cartel del cuello. Baja la tapa de la maleta, sin molestarse en echar los cierres, y pone el cartel encima (la mesa está tan desordenada que, aparte de la tapa de la maleta, no dispone de otra superficie donde trabajar).

Tarareando («perseguimos nuestros placeres aquí, enterramos nuestros tesoros allí»), abre el ancho cajón central de la mesa, busca a tientas entre las barras de manteca de cacao para los labios, los clips y los blocs de notas, y por fin encuentra la grapadora. A continuación desenrolla la bola de espumillón y extiende la cinta cuidadosamente por el borde rectangular del cartel. Arranca el trozo sobrante y fija la brillante cinta con grapas. Sostiene el cartel en alto por un momento, primero evaluando el efecto y luego admirándolo.

—¡Perfecto! —dice.

Suena el teléfono, y Willie se pone tenso, volviéndose a mirar el aparato con los ojos entornados y mirada alerta. El timbre suena una vez. Dos. Tres. A la cuarta, se activa el contestador, reproduciendo el mensaje que él ha grabado, no exactamente con su verdadera voz sino con la que corresponde a este despacho.

«Hola, ha llamado a Calefacciones y Refrigeraciones Midtown» —dice Willie Shearman—. «En este momento no podemos atenderle. Deje su mensaje después de oír la señal».

Se oye el pitido.

Escucha en tensión, irguiéndose sobre el cartel recién decorado y apretando los puños.

—Buenos días, soy Ed, del departamento comercial de las Páginas Amarillas —anuncia la voz a través del contestador, y Willie deja escapar una bocanada de aire sin darse cuenta siquiera de que había contenido la respiración. Relaja gradualmente las manos—. Desearía que el responsable de su empresa me telefonee al 1-800-555-1000 para informarle sobre cómo aumentar el tamaño de su anuncio en las dos versiones de las Páginas Amarillas y a la vez ahorrar dinero en su factura anual. ¡Felices fiestas a todos! Gracias.

Un chasquido.

Willie observa el contestador automático aún por unos instantes, como si esperara que la voz volviera a hablar —para amenazarlo, para acusarlo quizá de todos los delitos de que él se acusa a sí mismo—, pero nada ocurre.

—Un porte digno —masculla, guardando en la maleta el cartel engalanado. Esta vez sí asegura los cierres. En la parte delantera, de lado a lado, la maleta lleva un largo adhesivo, el mensaje rodeado por una orla de pequeñas banderas de Estados Unidos. SERVÍ A MI PATRIA CON ORGULLO, reza—. Un porte digno, muchacho, ésa es la clave, créeme.

Sale del despacho, cierra la puerta con el rótulo CALEFACCIONES Y REFRIGERACIONES MIDTOWN, y echa los tres cerrojos.

9:45 hrs

En el pasillo, ve a Ralph Williamson, uno de los regordetes contables de Planificación Financiera Garowicz (todos los contables de Garowicz son regordetes, por lo que Willie ha podido observar). En una de sus rosadas manos, Ralph lleva una llave sujeta mediante una cadena a una vieja palmeta de madera, y de ahí deduce Willie que se halla ante un contable con necesidad de vaciar la vejiga. ¡Una llave colgada de una palmeta! Si una jodida llave colgada de una jodida palmeta no le trae a la memoria las alegrías del colegio religioso, aquellas monjas de barbilla peluda y aquellas reglas de madera destinadas a golpear nudillos, nada se las recordará, piensa Willie. Y probablemente a Ralph Williamson le gusta llevar esa llave colgada de una palmeta, del mismo modo que, en su casa, le gusta tener un jabón en forma de conejito o payaso suspendido del grifo del agua caliente de la ducha. ¿Y qué más da? No juzgues y no serás juzgado.

—Eh, Ralphie, ¿qué tal?

Ralph se vuelve, ve a Willie, y se le ilumina el rostro.

—¡Ah, hola, feliz Navidad!

Willie sonríe al advertir la mirada de Ralph. El regordete de mierda siente verdadera veneración por él, ¿y cómo no? Ralph tiene ante sus ojos a un hombre de porte tan digno que casi resulta insultante. Por fuerza ha de gustarte, encanto. Eso ha de gustarte.

—Igualmente, colega. —Tiende una mano (ahora enguantada, así que no debe preocuparse por que se vea demasiado blanca en contraste con la cara), con la palma abierta hacia arriba—. ¡Venga esos cinco!

Con una tímida sonrisa, Ralph responde al saludo, dándole una palmada.

—¡Y ahora venga esos diez!

Ralph vuelve hacia arriba su palma rosada y rolliza y deja que Willie le dé un manotazo a él.

—¡Ha estado tan bien que tengo que repetirlo! —exclama Willie, y palmea otra vez la mano de Ralph—. ¿Ya has hecho las compras de Navidad, Ralphie?

—Casi —responde Ralph, sonriendo y agitando la llave del cuarto de baño—. Sí, casi, ¿y tú Willie?

Willie le guiña un ojo.

—Bueno, ya sabes cómo son estas cosas, colega; tengo dos o tres mujeres, y simplemente dejo que cada una me regale algún detalle.

La sonrisa admirativa de Ralph induce a pensar que en realidad no sabe cómo son estas cosas, pero desearía saberlo.

—¿Sales a reparar alguna avería?

—Una detrás de otra —responde Willie—. Ésta es la temporada alta, ya sabes.

—Parece que para ti todo el año es temporada alta. Debe de ir bien el negocio. Casi nunca estás en la oficina.

—Para eso nos ha dado Dios los contestadores automáticos, Ralphie. No te entretengo más, o si no, acabarás con una mancha de humedad en tus mejores pantalones de gabardina.

Riendo (y también un poco ruborizado), Ralph se encamina hacia el cuarto de baño.

Willie sigue en dirección a los ascensores, llevando la maleta en una mano y comprobando con la otra si las gafas están en el bolsillo del chaquetón. Están. Y junto a ellas se encuentra el sobre, grueso y crujiente por los billetes de veinte dólares que contiene. Quince en total. La visita del agente Wheelock está al caer; Willie lo esperaba ayer. Quizá no aparezca hasta mañana, pero Willie cree que será hoy..., y no es que le guste la idea. Sabe que así funciona el mundo, uno ha de engrasar los ejes si quiere que la carreta siga rodando, pero le indigna de todos modos. Muchos días piensa en la satisfacción que le proporcionaría meterle una bala en la cabeza a Jasper Wheelock. Así se resolvían a veces las cosas en la espesura. Así *tenían* que resolverse. El asunto con Malenfant, por ejemplo. Aquel hijo de puta chiflado, con sus granos y su baraja.

Sí, en la maleza las cosas eran distintas, desde luego. En la maleza era necesario a veces obrar mal para impedir algo mucho peor. Esa clase de comportamiento demuestra de entrada que uno está en el sitio indebido, sin duda, pero cuando uno está con el agua al cuello, no queda más remedio que nadar. Él y sus hombres de la Compañía Bravo pasaron sólo unos días con los chicos de la Compañía Delta, y por tanto Willie no tenía mucha experiencia con Malenfant, pero su voz chirriante es difícil de olvidar, y Willie recuerda lo que Malenfant decía a gritos durante sus interminables partidas de corazones si alguien trataba de retirar una carta después de echarla: «¡Ni hablar, capullo! ¡Carta echada, carta jugada!».

Puede que Malenfant fuera un gilipollas, pero en eso tenía razón. En la vida, como en los juegos de baraja, una carta echada es una carta jugada.



El ascensor no para en la quinta planta, pero la posibilidad de que eso ocurra ya no lo inquieta. En el vestíbulo se ha cruzado muchas veces con gente que trabaja en la misma planta que Bill Shearman —incluido el tipo esquelético de Seguros Combinados— y nunca lo han reconocido. Deberían, bien sabe que deberían; pero no lo reconocen. Antes pensaba que era por el cambio de ropa y el maquillaje, y después

decidió que se debía al pelo, pero en el fondo sabe que nada de eso lo explica realmente. Ni siquiera lo explica la insensibilidad de esa gente para con el mundo en el que viven. Su cambio de imagen no es ni mucho menos tan radical: pantalones militares, botas de paracaidista y un poco de color en la piel no constituyen en rigor un disfraz. Es imposible que eso por sí solo sirva de disfraz. No sabe cuál es exactamente el motivo de que no lo reconozcan, y por tanto tampoco se esfuerza en buscar una respuesta. Aprendió esa técnica, como muchas otras, en Vietnam.

El joven negro sigue junto a la entrada del edificio (se ha puesto la capucha de su viejo y repugnante suéter) y agita ante Willie el vaso de papel medio aplastado. Ve que el tipo con la maleta de técnico sonríe, y por consiguiente ensancha su propia sonrisa.

—Déme algo —ruega el joven al tipo de la maleta—. ¿Qué me dice, eh?

—Que te vayas a joder a otra parte, vago de mierda, eso es lo que digo —contesta Willie, todavía sonriente.

El joven retrocede un paso, mirando atónito a Willie. Antes de que se le ocurra algo que decir, el hombre con aspecto de técnico se encuentra ya a media manzana de distancia y casi ha desaparecido entre la multitud que entra y sale de las tiendas, la voluminosa y sólida maleta balanceándose en su mano enguantada.

10:00 hrs

Entra en el hotel Whitmore, atraviesa el vestíbulo y, usando la escalera mecánica, sube al entresuelo, donde se hallan los servicios. Ésta es la única parte del día que siempre le causa cierto nerviosismo, y no sabe por qué; desde luego, nunca ha sufrido el menor contratiempo ni antes ni durante ni después de su paso por el cuarto de baño de un hotel (alterna aproximadamente entre dos docenas de céntricos hoteles). Aun así, por algún motivo alberga la sospecha de que si las cosas se le ponen feas, ocurrirá en el cagadero de un hotel. Porque lo que sucede a continuación no es como transformarse de Bill Shearman en Willie Shearman; Bill y Willie son hermanos, quizá incluso mellizos, y el tránsito de uno a otro se le antoja inocente y por completo normal. En cambio, la transformación definitiva de su jornada —de Willie Shearman en Willie Garfield el Ciego— le produce una sensación muy distinta. Esta última mutación siempre le parece turbia, furtiva, casi licantrópica. Hasta que la ha llevado a cabo y está otra vez en la calle, tanteando el suelo que pisa con su bastón blanco, se siente como debe de sentirse una serpiente después de mudar la piel vieja y antes de que la nueva se curta y adquiera resistencia.

Echa un vistazo y ve que el servicio de hombres está vacío salvo por un par de pies visibles bajo la puerta del segundo retrete de una larga hilera, quizá unos doce en total. Un ligero carraspeo. Los crujidos de un periódico. El silbido amortiguado de un respetuoso pedo de barrio elegante.

Willie va al último retrete de la hilera. Deja la maleta en el suelo, corre el pasador y se quita el chaquetón rojo reversible, volviéndolo ya del revés. El otro lado es verde oliva. Con sólo tirar de las mangas, se ha convertido en una vieja guerrera militar. Sharon, que posee verdaderamente una chispa de genialidad, compró ese lado de la prenda en una tienda de excedentes del ejército y arrancó el forro para coser la guerrera al chaquetón rojo. Antes de coserla, no obstante, le puso unos galones de teniente, así como unas cintas negras de tela donde habrían ido los distintivos regimentales. Después lavó la guerrera unas treinta veces. Los galones y distintivos ya no están, por supuesto, pero las zonas donde estuvieron se distinguen claramente; la tela se ve más verde en las mangas y en el lado izquierdo del pecho, menos gastada en partes que cualquier veterano de las fuerzas armadas reconoce en el acto.

Willie cuelga el chaquetón del gancho, se baja los pantalones y se sienta en el váter. Luego coge la maleta y se la coloca sobre los muslos. La abre, extrae el bastón desmontado y enrosca rápidamente las dos piezas. Sujetándolo por su extremo inferior, estira el brazo sin levantarse del inodoro y cuelga el bastón por la empuñadura junto al chaquetón. A continuación cierra la maleta, arranca un poco de papel higiénico a fin de crear el debido efecto sonoro propio de la faena terminada (probablemente innecesario pero, como siempre, vale más prevenir que curar) y tira de la cadena.

Antes de salir del retrete, saca las gafas del bolsillo que contiene también el sobre con el pago. Son unas anticuadas gafas de sol, grandes y envolventes, que asocia con las lámparas de lava y las películas de forajidos en moto protagonizadas por Peter Fonda. No obstante, son ideales para su trabajo, en parte porque realzan la imagen de veterano, en parte porque nadie puede verle los ojos, ni siquiera desde los lados.

Willie Shearman se queda en los servicios del entresuelo del hotel Whitmore del mismo modo que Bill Shearman se queda en el despacho de la quinta planta de Analistas Inmobiliarios de los Estados del Oeste. El hombre que sale del retrete lleva una vieja guerrera militar, gafas de sol y un bastón blanco con el que tantea el suelo: es Willie el Ciego, un elemento fijo de la Quinta Avenida desde los tiempos de Gerald Ford.

Mientras cruza el pequeño vestíbulo del entresuelo en dirección a la escalera convencional (los ciegos sin acompañante nunca usan las escaleras mecánicas), ve acercarse a una mujer con una chaqueta roja. A través de los oscuros cristales, semeja un pez exótico nadando en aguas turbias. Y desde luego esa impresión no se debe sólo a las gafas; hacia las dos de esta tarde estará ciego realmente, como decía estarlo

una y otra vez cuando los evacuaron a él y a John Sullivan y sabe Dios a cuántos heridos más de la provincia de Dong Ha en 1970. «Estoy ciego», gritaba incluso mientras recogía a Sullivan en el camino, pero no lo estaba exactamente; a través de la palpitante blancura posterior al estallido vio a Sullivan rodar por tierra intentando sujetarse las tripas salidas. Levantó a Sullivan y corrió con él cargado torpemente al hombro. Sullivan era más corpulento que Willie, mucho más corpulento, y Willie no entendía cómo fue capaz de acarrear semejante peso, pero lo hizo, recorrió con Sullivan al hombro toda la distancia hasta el claro donde, gracias a Dios, aterrizaron los Hueys que nos sacaron de allí..., Dios bendiga a los Hueys, Dios los bendiga, Dios nos bendiga a todos. Corrió hacia el claro y los helicópteros en medio de una lluvia de balas, por entre partes de cuerpos hechos en Estados Unidos que yacían en el camino donde había estallado la mina o la bomba trampa o lo que fuera.

«Estoy ciego», gritaba Willie, acarreado a Sullivan, notando el uniforme empapado de la sangre de Sullivan, y también Sullivan gritaba. Si Sullivan hubiera dejado de gritar, ¿acaso Willie se habría desprendido de él y seguido solo, tratando de huir a todo correr de la emboscada? Probablemente no. Porque en ese momento sabía ya quién era Sullivan, sabía exactamente quién era, era el Sully de su pueblo, el Sully que había salido con la Carol Gerber de su pueblo.

«¡Estoy ciego, estoy ciego, estoy ciego!» Eso gritaba Willie Shearman mientras llevaba a cuestas a Sullivan, y es cierto que para él el mundo era básicamente una mancha blanca, pero aún recuerda que vio balas incrustarse en los troncos de los árboles y agitar las hojas; recuerda ver aferrarse la garganta a uno de los hombres que había estado antes en la aldea. Recuerda ver salir la sangre a borbotones entre sus dedos y extenderse por el uniforme. Uno de los otros hombres de la Compañía Delta cogió al herido por la cintura y corrió con él adelantando al tambaleante Willie Shearman, que realmente no veía apenas. Gritando «Estoy ciego, estoy ciego, estoy ciego» y oliendo la sangre de Sullivan, su hedor. Y en el helicóptero aquella blancura se tornó más intensa. Tenía la cara quemada, el pelo quemado, el cuero cabelludo quemado, el mundo era blanco. Estaba chamuscado y humeante, un fugitivo más de las mazmorras del infierno. Creyó que no volvería a ver, y de hecho sintió alivio ante la idea. Pero, claro está, sí volvió a ver.

A su debido tiempo, volvió a ver.

La mujer de la chaqueta roja ha llegado hasta él.

—¿Puedo ayudarlo, caballero? —pregunta.

—No, señora —contesta Willie el Ciego. El bastón en incesante movimiento pierde contacto con el suelo y palpa el vacío. Oscila de un lado a otro, registrando la anchura de la escalera. Willie el ciego asiente con la cabeza y, cauto pero seguro, avanza hasta tocar la barandilla con la mano que sostiene la voluminosa maleta. Se cambia la maleta de mano para poder agarrarse a la barandilla y se vuelve hacia la

mujer—. No, gracias; puedo arreglármelas yo solo. Feliz Navidad.

Empieza a descender tanteando los escalones, sosteniendo con facilidad la maleta pese al bastón (pesa poco, está casi vacía). Más tarde, desde luego, la cosa será distinta.

10:15 hrs

La Quinta Avenida está ya engalanada para las fiestas, galas y oropeles que él apenas ve. Guirnaldas de acebo adornan las farolas. Las grandes tiendas se han convertido en llamativos paquetes envueltos para regalo, con gigantescos lazos rojos incluidos. Una corona de flores de unos quince metros de altura da vida a la austera fachada beige de Brooks Brothers. Las luces parpadean por todas partes. En el escaparate de Saks, hay una modelo de alta costura (expresión altiva, casi sin tetas ni cadera) montada a horcajadas en una Harley-Davidson. Lleva una gorro de Papá Noel, una cazadora de motorista con el cuello de piel, botas altas, y nada más. Campanillas de plata cuelgan del manillar de la motocicleta. Cerca, un coro canta *Noche de paz*, que si bien no es la canción favorita de Willie el Ciego, la prefiere con mucho a *¿Oyes lo que yo oigo?*

A la altura de Saks cruza la avenida y se detiene en el sitio de siempre, frente a la catedral de San Patricio, sin obstaculizar el paso a la riada de transeúntes cargados de paquetes. Ahora mantiene una actitud modesta y circunspecta. Ha desaparecido por completo el malestar que lo invade siempre en los servicios de los hoteles, esa sensación de vergonzosa desnudez a punto de mostrarse. Nunca se siente tan católico como cuando llega aquí. Al fin y al cabo, estudió en el San Gabriel; llevó la cruz, vistió el sobrepelliz y ayudó a misa como monaguillo, se arrodilló ante el confesonario, comió el aborrecido pescado de los viernes. En muchos sentidos continúa siendo un alumno del San Gabriel, las tres versiones de su persona tienen eso en común, esa parte de él ha resistido el paso de los años y permanecido viva. Sólo que en el presente opta por la penitencia en lugar de la confesión, y su fe en el cielo ha sucumbido. En el presente conserva sólo la esperanza.

Se sienta en cuclillas, abre la maleta y le da la vuelta para que los transeúntes puedan leer el rótulo del adhesivo. A continuación extrae el tercer guante, el guante de béisbol del que nunca se ha separado desde el verano de 1960. Coloca el guante junto a la maleta. Nada conmueve tanto como un ciego con un guante de béisbol, ha descubierto; Dios bendiga a Estados Unidos.

Por último, pero no por ello menos importante, saca el cartel con su vistosa orla

de espumillón y se lo cuelga del cuello. El cartel pende ante el pecho de su guerrera.

WILLIAM J. GARFIELD, EX SOLDADO DEL EJÉRCITO DE EE. UU.
SERVÍ EN QUANG TRI, THUA THIEN, TAM BOI, A SHAU
PERDÍ LA VISTA EN LA PROVINCIA DE DONG HA, 1970
ME VI PRIVADO DE TODA AYUDA
POR UN GOBIERNO AGRADECIDO EN 1973
PERDÍ MI HOGAR EN 1975
ME AVERGÜENZA MENDIGAR
PERO TENGO UN HIJO ESTUDIANDO
PIENSEN BIEN DE MÍ SI ES POSIBLE

Alza la cabeza para que la luz blanca de este día frío, en el que puede empezar a nevar de un momento a otro, se filtre a través de las lentes oscuras de sus gafas de sol. Ahora comienza su trabajo, y es un trabajo más duro de lo que cualquiera imaginaría. Hay una manera de estar, no exactamente la postura militar conocida como posición de descanso, pero algo cercano a eso. La cabeza debe permanecer alta, y la vista fija en la gente y a la vez más allá de la gente que pasa en ambas direcciones a millares y decenas de millares. Las manos deben colgar rectas a los lados en sus guantes negros, sin jugar nerviosamente con el cartel ni con la tela de los pantalones ni entre sí. Debe transmitir de manera permanente esa sensación de humilde orgullo herido. No debe manifestar vergüenza de ninguna clase, ni el menor asomo de demencia, esto último sobre todo. Nunca habla a menos que antes le dirijan a él la palabra, y en ese caso sólo si emplean un tono cordial. No responde si alguien le pregunta airadamente por qué no se busca un trabajo de verdad o a qué se refiere con eso de que se ha visto privado de ayuda. No discute con quienes lo acusan de impostura o hablan con desprecio de un hijo que consiente que su padre le pague los estudios a costa de mendigar en una esquina. Recuerda haber incumplido esa férrea norma sólo en una ocasión, una sofocante tarde del verano de 1981. «¿Dónde estudia su hijo?», preguntó una mujer con saña. No sabe qué aspecto tenía esa mujer; eran ya las cuatro y llevaba por lo menos dos horas tan ciego como un murciélago, pero percibió la cólera que brotaba de ella en todas direcciones como chinches abandonando un colchón viejo. En cierto modo, le recordó a Malenfant y su penetrante e insufrible voz. «Dígame dónde estudia; quiero enviarle una cagada de perro», añadió la mujer. Volviéndose hacia el lugar de donde procedía la voz, él replicó: «No se moleste. Si tiene una cagada de perro y quiere mandársela a alguien, mándesela a Lyndon B. Johnson. El Servicio Federal de Correos debe de tener reparto también en el infierno, puesto que llega a todas partes».

—Dios le bendiga —dice un hombre con un abrigo de cachemir, y sorprendentemente la voz le tiembla de emoción.

Pero Willie Garfield no se sorprende. Ha oído ya todos los tonos posibles, calcula,

e incluso alguno más. Por asombroso que resulte, muchos de sus clientes dejan su dinero con actitud reverente en la palma del guante de béisbol. El hombre del abrigo de cachemir, en cambio, echa su donativo en la maleta abierta, que es el sitio que realmente le corresponde. Un billete de cinco dólares. La jornada ha empezado.

10:45 hrs

Hasta ahora todo va sobre ruedas. Deja el bastón con cuidado, apoya una rodilla en el suelo y echa el contenido del guante en la maleta. Luego palpa los billetes con la mano pese a que todavía los ve bastante bien. Los recoge —ascienden en total a cuatrocientos o quinientos dólares, lo cual permite prever unos ingresos de alrededor de tres mil dólares al final del día, nada extraordinario para esta época del año, pero tampoco está mal— y luego los enrolla y sujeta con una goma elástica. Después aprieta un botón en el interior de la maleta, y el fondo falso, sostenido mediante resortes, cae de un lado, vertiendo las monedas en el doble fondo. Añade el fajo de billetes sin el menor disimulo ni reparo alguno; durante los años que lleva haciéndolo, nadie le ha robado, y pobre del gilipollas que lo intente.

Suelta el botón, y el fondo falso vuelve a su sitio. Se pone de nuevo en pie. Al instante nota el contacto de una mano en la parte baja de la espalda.

—Feliz Navidad, Willie —dice el dueño de la mano.

Willie el Ciego lo reconoce por el olor de su colonia.

—Feliz Navidad, agente Wheelock —contesta Willie. Mantiene la cabeza inclinada hacia atrás en un gesto vagamente interrogativo; mantiene las manos a los lados; mantiene las lustrosas botas separadas a una distancia a mitad de camino entre la posición de descanso y la posición de firmes—. ¿Cómo está usted?

—En plena forma, hijo de puta —responde Wheelock—. Ya me conoces, siempre estoy en plena forma.

Se acerca un hombre con un abrigo abierto sobre un jersey rojo de cuello alto. Lleva el pelo corto, negro en lo alto, canoso en las sienes. Su rostro muestra una expresión severa e inalterable que Willie el Ciego identifica de inmediato. Lleva un par de bolsas, una de Saks, otra de Bally. Se detiene y lee el cartel.

—¿Dong Ha? —pregunta de pronto, hablando no como quien nombra un lugar sino como quien reconoce de pronto a un viejo amigo en una calle muy concurrida.

—Sí, señor —dice Willie el Ciego.

—¿Quién era su oficial al mando?

—El capitán Bob Brissum, con «u», no con «o», y él estaba a las órdenes del

coronel Andrew Shelf, señor.

—Había oído hablar de Shelf —comenta el hombre del abrigo abierto. Su semblante cambia súbitamente de expresión. Cuando se aproximaba al mendigo de la esquina, tenía una expresión propia de la Quinta Avenida. Ahora ya no es así—. Pero no llegué a conocerlo personalmente.

—Hacia el final de mi período de servicio activo no veíamos por allí muchos oficiales de alta graduación, señor.

—Si procedía usted del valle de A Shau, no me sorprende. ¿Se daba allí la misma situación, soldado?

—Sí, señor. No quedaba apenas estructura de mandos cuando atacamos Dong Ha. Prácticamente dirigimos la operación entre yo y otro teniente. Se llamaba Dieffenbaker.

El hombre del jersey rojo de cuello alto mueve la cabeza en un lento gesto de asentimiento.

—Si la memoria no me engaña, se encontraban ustedes allí cuando aquellos helicópteros tomaron tierra.

—Afirmativo, señor.

—En ese caso debían de estar allí poco después cuando...

Willie el Ciego no lo ayuda a completar la frase. Huele sin embargo la colonia de Wheelock, un aroma más intenso que nunca, y percibe su respiración agitada casi junto al oído, como el jadeo de un adolescente calenturiento después de una tórrida cita. Wheelock nunca ha acabado de creerse el número de Willie el Ciego, y si bien Willie paga por el privilegio de ocupar esta esquina sin intromisiones de ninguna especie, y muy generosamente para lo que suele pagarse, sabe que una parte de Wheelock conserva aún lo suficiente de policía para desear que Willie la pifie. Una parte de Wheelock lo anima con todo entusiasmo para que eso ocurra. Pero los Wheelocks de este mundo nunca comprenden que lo que parece falso no siempre es falso. A veces las cosas son más complicadas de lo que parecen a primera vista. También eso lo aprendió en Vietnam, mucho antes de que se convirtiera en un chiste político y una muletilla para guionistas de medio pelo.

—Los años 69 y 70 fueron los peores —dice el hombre canoso con voz lenta y triste—. Yo estuve en la Colina de la Hamburguesa con el 3/187, así que conozco la situación en A Shau y Tam Boi. ¿Recuerda la carretera 922?

—Sí, señor, el Camino de la Gloria —contesta Willie el Ciego—. Perdí a dos amigos allí.

—El Camino de la Gloria —repite el hombre del abrigo abierto, y de pronto aparenta mil años, y el jersey rojo de cuello alto parece una aberración, como algo colgado en la momia de un museo por unos gamberros que se creen graciosos. Su mirada se pierde más allá de un centenar de horizontes. Poco después vuelve aquí, a

esta calle, donde un carillón cercano suena con la melodía de *Paseo en trineo*. Deja las bolsas en el suelo, entre sus zapatos caros, y de un bolsillo interior extrae una cartera de piel de cerdo. La abre y con la punta de un dedo pasa uno por uno los billetes de un fajo grueso y ordenado.

—¿Su hijo está bien, Garfield? —pregunta—. ¿Saca buenas notas?

—Sí, señor.

—¿Cuántos años tiene?

—Quince, señor.

—¿Va a un colegio público?

—A un colegio religioso, señor.

—Excelente. Y si Dios quiere, nunca verá un jodido Camino de la Gloria. —El hombre del abrigo abierto saca un billete de la cartera. Willie el Ciego oye y a la vez nota la exclamación ahogada de Wheelock y ni siquiera ha de mirar el billete para saber que es de cien.

—Sí, señor, afirmativo, si Dios quiere.

El hombre del abrigo roza la mano de Willie con el billete y parece sorprenderse cuando la mano enguantada se aparta bruscamente, como si estuviera desprotegida y algo caliente la hubiera tocado.

—Si es tan amable, señor, déjelo en la maleta o el guante de béisbol —dice Willie el Ciego.

El hombre del abrigo lo observa por un momento, con las cejas enarcadas y la frente algo fruncida, pero finalmente parece comprender. Se agacha, coloca el billete en la palma del viejo guante de béisbol con el nombre GARFIELD escrito a un lado, y luego se mete la mano en el bolsillo lateral y extrae unas monedas. Echa el dinero suelto sobre la cara de Benjamin Franklin para evitar que el billete se vuele. Cuando se yergue, tiene los ojos húmedos e inyectados en sangre.

—¿Le serviría de algo que le diese mi tarjeta? —pregunta a Willie el Ciego—. Puedo ponerle en contacto con varias organizaciones de veteranos.

—Gracias, señor, estoy seguro de que lo haría, pero debo rehusar respetuosamente el ofrecimiento.

—¿Ya ha probado con la mayoría?

—He probado con unas cuantas, sí, señor.

—¿Adónde lo trasladaron después de la evacuación?

—A San Francisco, señor —contesta Willie. Titubea por un instante y luego añade—: A la Casa de Citas, señor.

El hombre del abrigo se ríe con ganas, y al contraer el rostro, las lágrimas retenidas en los párpados resbalan por sus curtidas mejillas.

—¡La Casa de Citas! —repite—. Hacía diez años que no oía eso. Cuñas debajo de las camas y enfermeras desnudas entre las sábanas, ¿no? Desnudas salvo por los

collares de cuentas del amor, que nunca se quitaban.

—Sí, señor, básicamente así era, señor.

—Todo un escándalo. Feliz Navidad, soldado. —El hombre del abrigo se lleva un único dedo a la sien en un discreto saludo militar.

—Feliz Navidad, señor.

El hombre del abrigo recoge sus bolsas y se marcha. No se vuelve a mirar atrás. Si lo hubiera hecho, Willie el Ciego no lo habría percibido; su visión se reduce ahora a fantasmas y sombras.

—Ha sido conmovedor —masculla Wheelock. Notar en el pabellón de la oreja el aire recién respirado por Wheelock es algo que resulta abominable a Willie el Ciego —espeluznante, de hecho, pero no está dispuesto a darle la satisfacción de apartar la cabeza ni un solo centímetro—. Ese viejo capullo *estaba llorando*. Como sin duda habrás visto. Pero desde luego sabes hablar en su mismo idioma, Willie, eso tengo que admitirlo.

Willie guarda silencio.

—Algún hospital de veteranos que llamaban la Casa de Citas, ¿no? —pregunta Wheelock—. No me importaría pasar ahí una temporada. ¿Dónde lo has leído? ¿En la revista *Soldier of Fortune*?

La sombra de una mujer, una silueta oscura en un día cada vez más oscuro, se inclina sobre la maleta abierta y echa algo dentro. Una mano enguantada da un breve apretón a la mano enguantada de Willie.

—Dios lo bendiga, buen hombre —dice la mujer.

—Gracias, señora.

La sombra se aleja; no así, en cambio, el aliento que llega a bocanadas a la oreja de Willie el Ciego.

—¿Tienes algo para mí? —pregunta Wheelock.

Willie el Ciego se mete la mano en el bolsillo de la guerrera. Extrae el sobre y se lo tiende a Wheelock, agitando con él el aire gélido. Wheelock se lo arranca de entre los dedos en cuanto lo ve aparecer.

—¡Pedazo de gilipollas! —En la voz del policía se advierte tanto ira como miedo—. ¡Con disimulo, con *disimulo*! ¿Cuántas veces tengo de decírtelo?

Willie el Ciego no responde. Piensa en el guante de béisbol, en cómo borró el nombre BOBBY GARFIELD —en la medida en que la tinta podía borrarse del cuero— y lo sustituyó por WILLIE SHEARMAN. Años más tarde, después de Vietnam, cuando iniciaba su nueva carrera, lo borró por segunda vez y escribió sólo un apellido, GARFIELD, en grandes letras mayúsculas. En la parte del costado del viejo guante Alvin Dark donde han tenido lugar esos cambios, el cuero está levantado y rugoso. Si piensa en el guante, si se concentra en esa porción de cuero gastado y sus sucesivas capas de nombres, probablemente evite incurrir en alguna estupidez. Eso es, por

supuesto, lo que Wheelock quiere, lo que desea mucho más fervientemente que su miserable pago: que Willie cometa una estupidez, que se delate.

—¿Cuánto hay? —pregunta Wheelock al cabo de un momento.

—Trescientos —responde Willie el Ciego—. Trescientos dólares, agente Wheelock.

Wheelock recibe el dato con un pensativo silencio, pero retrocede un paso, y sus bocanadas de aire llegan a Willie un tanto más difusas. Willie el Ciego agradece los pequeños favores.

—Está bien —dice Wheelock finalmente—. *Por esta vez*. Pero empieza un nuevo año, muchacho, y tu amigo Jasper, el Pitufo Policía, tiene un terreno en el norte del estado de Nueva York donde quiere construirse un pequeño chalet. ¿Captas la idea? Va a subir el precio.

Willie el Ciego permanece callado, pero ahora escucha muy atentamente. Si eso fuera todo, no habría inconveniente; pero el tono de voz de Wheelock induce a pensar que hay algo más.

—En realidad, el chalet no es lo importante —prosigue Wheelock—. Lo importante es que necesito una compensación mayor si he de tratar con un farsante de mierda como tú. —Una auténtica ira se adueña gradualmente de su voz—. No me explico cómo puedes hacer a diario una cosa así, incluso en *Navidades*. Una cosa es un mendigo, pero un fulano como tú..., tú eres tan ciego como yo.

A decir verdad, tú eres *mucho* más ciego que yo, piensa Willie, pero conserva la calma.

—Y el negocio te va bien, ¿eh? Quizá no tanto como a esos capullos del PTL, esos que cantan en el metro, pero debes sacarte limpios... ¿cuánto? ¿Mil al día en esta época del año? ¿Dos mil?

Se queda muy corto en su estimación, pero este error de cálculo es música en los oídos de Willie Garfield el Ciego. Significa que su socio capitalista no lo vigila muy de cerca ni con mucha frecuencia..., o al menos todavía no. Pero no le gusta la ira que nota en la voz de Wheelock. La ira es como un comodín en una partida de póquer.

—Tú eres tan ciego como yo —repite Wheelock. Por lo visto, ésa es la parte que realmente lo indigna—. ¿Sabes qué, muchacho? Debería seguirte una noche cuando acabes tu jornada. Para ver a qué te dedicas. —Hace una pausa—. En quién te conviertes.

Por un momento Willie el Ciego deja de respirar..., pero no tarda en tomar aire de nuevo.

—No le conviene, agente Wheelock —dice.

—¿No me conviene? ¿Por qué no, Willie? Te preocupa mi bienestar, ¿verdad? ¿Temes que mate a la puta gallina de los huevos de oro? Oye, lo que recibo de ti a lo

largo del año no es gran cosa si uno lo compara con una posible mención de honor, o incluso un ascenso. —Wheelock guarda silencio por un instante. Cuando vuelve a hablar, su voz adquiere un tono soñador que Willie encuentra especialmente alarmante—. Podría hasta salir en el *Post*. HEROICO POLICÍA DESENMASCARA A UN DESALMADO PETARDISTA EN LA QUINTA AVENIDA.

Dios mío, piensa Willie. Santo Dios, lo dice en serio.

—En tu guante pone «Garfield», pero estoy seguro de que ése no es tu nombre. Me jugaría cualquier cosa.

—Perdería la apuesta.

—Eso dices tú..., pero da la impresión de que en el costado de ese guante ha habido escrito más de un nombre.

—Me lo robaron cuando era niño. —¿Está hablando más de la cuenta? Es difícil saberlo. Wheelock, el muy hijo de puta, ha logrado cogerlo por sorpresa. Primero la llamada telefónica mientras estaba en el despacho, el bueno de Ed de las Páginas Amarillas, y ahora esto—. El niño que me lo robó escribió su nombre en el guante. Cuando lo recuperé, borré el suyo y puse otra vez el mío.

—¿Y te lo llevaste a Vietnam?

—Sí. —Es la verdad. Si Sullivan hubiera visto el maltrecho guante Alvin Dark, ¿se habría dado cuenta de que era el de su viejo amigo Bobby? Difícilmente, pero uno nunca sabía. En todo caso, Sullivan no lo vio, al menos durante su época en la espesura, con lo cual eso no son más que especulaciones intrascendentes. El agente Jasper Wheelock, en cambio, está planteando muy diversas dudas, y ninguna es intrascendente.

—Te lo llevaste a ese valle de A Shau, ¿eh?

Willie el Ciego no contesta. Wheelock intenta arrastrarlo a otro terreno ahora, y Willie Garfield no tiene el menor interés en dejarse arrastrar por él.

—¿Te lo llevaste a Tam Boi?

Willie continúa callado.

—El *Post* —dice Wheelock, y Willie entrevé separar ligeramente las manos al gilipollas, como si encuadrarse una fotografía—. POLICÍA HEROICO. —Podría estar tomándole el pelo, pero Willie tiene sus dudas.

—Saldría en el *Post*, desde luego, pero no recibiría una mención de honor —responde Willie—. Ni por supuesto un ascenso. De hecho, agente Wheelock, acabaría en la calle, buscando trabajo. Podría ahorrarse presentar solicitudes en agencias de seguridad, eso sí; un hombre que acepta sobornos no es de fiar.

Ahora es a Wheelock a quien se le corta el aliento. Cuando vuelve a respirar, sus bocanadas de aire llegan a la oreja de Willie el Ciego con fuerza huracanada; sus labios en movimiento prácticamente le rozan la piel.

—¿Qué quieres decir? —susurra, apoyando una mano en la manga de la guerrera

de Willie el Ciego—. Dime qué carajo significa eso.

Pero Willie el Ciego calla, mantiene las manos a los lados, la cabeza un poco inclinada hacia atrás, contemplando con atención la oscuridad que no empezará a disiparse hasta que empiece a anochecer, y el semblante inexpresivo que muchos transeúntes interpretan como orgullo herido, como valentía sometida pero aún intacta en cierto modo.

Vale más que se ande con cuidado, agente Wheelock, piensa. El hielo sobre el que pisa es cada vez más fino. Puede que yo esté ciego, pero usted está sordo si no lo oye crujir bajo sus pies.

Advierte un leve temblor en la mano que le sujeta el brazo. Wheelock le hunde los dedos en la carne.

—¿Tienes un amigo? Es eso, ¿no, hijo de puta? ¿Por eso enseñas tanto el sobre cuando me lo entregas? ¿Hay por aquí cerca un amigo tuyo tomando fotografías? ¿Es eso?

Willie el Ciego sigue sin despegar los labios; pronuncia un sermón de silencio dirigido a Jasper, el Pitufo Policía. Los individuos como el agente Wheelock piensan siempre lo peor si uno les deja. Basta con darles tiempo.

—No intentes joderme, muchacho —dice Wheelock con brutal fiereza, pero en su voz se aprecia un ligero tono de preocupación. La mano con que agarra la manga de la guerrera de Willie el Ciego se relaja un poco—. El precio sube a cuatrocientos dólares a partir de enero, y si tratas de jugar conmigo, te enseñaré dónde está el verdadero patio de recreo. ¿Queda claro?

Willie el Ciego sigue callado. Las bocanadas de aire dejan de azotar su oreja, y adivina que Wheelock se dispone a irse. Pero todavía no, por desgracia; las desagradables bocanadas se reanudan.

—Arderás en el infierno por lo que haces —anuncia Wheelock. Habla con total, casi ferviente, sinceridad—. Lo que hago yo al aceptar tu dinero sucio es un pecado venial, pero el tuyo es mortal. Se lo he preguntado al sacerdote, así que no tengo ninguna duda. Irás al infierno, y ya veremos cuántas limosnas te dan allí.

Willie el Ciego piensa en una cazadora que Willie y Bill Shearman ven a veces por la calle. En la espalda lleva un mapa de Vietnam, las fechas inicial y final del período que el dueño de la cazadora pasó allí, y esta frase: CUANDO MUERA IRÉ DERECHO AL CIELO, PORQUE YA CUMPLÍ MI CONDENA EN EL INFIERNO. Podría apropiarse esa opinión y contestar con ella al agente Wheelock, pero no serviría de nada. Es mejor el silencio.

Wheelock se marcha, y lo que Willie piensa en este momento —que se alegra de verlo alejarse— hace asomar una infrecuente sonrisa a su rostro. Viene y se va como un fugaz rayo de sol en un día nublado.

Tres veces ha enrollado los billetes y echado las monedas al doble fondo de la maleta (esta medida desempeña en realidad una función de almacenamiento, sin que exista por parte de Willie la menor intención de ocultar la recaudación), trabajando ya totalmente a tientas. Ya no ve el dinero, no distingue un billete de un dólar de uno de cien, pero presiente que en efecto está siendo un buen día. Sin embargo, ello no le produce la menor satisfacción. Nunca experimenta gran satisfacción; no es ése su objetivo. Pero incluso la sensación de logro que podría haber sentido otro día cualquiera queda hoy desvirtuada por la conversación con el agente Wheelock.

A las doce menos cuarto, una joven de agradable voz (a Willie el Ciego le recuerda a Diana Ross) sale de Saks y le ofrece una taza de café caliente, como casi todos los días a esta misma hora. A las doce y cuarto, otra mujer —no tan joven y probablemente blanca— le lleva un humeante tazón de caldo de pollo con fideos. Da las gracias a las dos. La mujer blanca lo besa en la mejilla con labios tiernos y le desea la más feliz de las Navidades.

El día tiene también, no obstante, su lado negativo, como casi siempre. Alrededor de la una, un adolescente —acompañado de sus invisibles compinches, que ríen, se burlan y hacen el payaso en torno a él— habla a Willie el Ciego desde la oscuridad de su izquierda para decirle que es el hijo de puta más feo que ha visto y preguntarle luego si lleva los guantes porque se ha arañado los dedos intentando leer un rallador. Él y sus amigos se van corriendo y riendo a carcajadas este chiste viejo. Al cabo de unos quince minutos alguien le da un puntapié, aunque esto puede haber sido sin querer. Sin embargo, cada vez que se agacha, la maleta sigue a sus pies. Es una ciudad de rateros, atracadores y ladrones, pero la maleta sigue en su sitio, como siempre.

Y mientras pasan las horas, piensa en Wheelock.

El policía anterior a Wheelock era tratable; el que venga cuando Wheelock abandone el cuerpo o lo trasladen a otro barrio quizá también lo sea. De una manera o de otra, Wheelock desaparecerá, ésa es otra de las cosas que Willie aprendió en la maleza, y entretanto él, Willie el Ciego, debe cimbrarse como un junco en un vendaval. Pero incluso el junco más flexible se parte si el viento sopla con demasiada fuerza.

Wheelock quiere más dinero, pero no es eso lo que inquieta al hombre de las gafas oscuras y la guerrera militar; tarde o temprano todos quieren más dinero. Cuando empezó a trabajar en esta esquina, pagaba ciento veinticinco dólares al agente Hanratty. Eric Hanratty —un hombre que olía a Old Spice y whisky como

George Raymer, el policía del barrio durante la infancia de Willie Shearman en Harwich— era de esa clase de gente que vive y deja vivir; aun así, cuando se retiró en 1978, sacaba ya doscientos dólares mensuales a Willie el Ciego. Y la cuestión es, quede claro, que Wheelock estaba furioso esta mañana, *furioso*, y ha dicho que había consultado con un sacerdote. Esas cosas preocupan a Willie, pero lo que más le preocupa es que Wheelock lo ha amenazado con seguirlo. «Para ver a qué te dedicas. En quién te conviertes. Estoy seguro de que ése no es tu nombre. Me jugaría cualquier cosa».

Es un error andar jodiendo a los penitentes sinceros, agente Wheelock, piensa Willie el Ciego. Sería menos arriesgado para usted tontear con mi mujer que con mi nombre. Mucho menos arriesgado.

Con todo, Wheelock podía hacerlo. Al fin y al cabo, ¿qué hay más fácil que seguir a un ciego, o incluso a alguien que ve poco más que sombras? ¿Más fácil que observarlo entrar en un hotel y dirigirse a los servicios? ¿Que observarlo entrar en un retrete como Willie Garfield el Ciego y salir como Willie Shearman? ¿Y si Wheelock era capaz incluso de descubrir su transformación de Willie en Bill?

Al contemplar esa posibilidad, lo asalta de nuevo la intranquilidad de primera hora de la mañana, la sensación de ser una serpiente después de mudar de piel. El temor de que lo hayan fotografiado mientras recibía el dinero no frenará a Wheelock por mucho tiempo, y si su furia va en aumento, es imposible predecir cómo actuará. Y eso asusta.

—Dios lo bendiga, soldado —dice una voz desde la oscuridad—. Ojalá pudiera darle algo más.

—Es más que suficiente, señor —responde Willie el Ciego, pero sigue pensando en Jasper Wheelock, que huele a colonia barata y ha hablado con un sacerdote del ciego del cartel, el ciego que, en opinión de Wheelock, no está ciego en absoluto. ¿Cómo ha dicho? «Irás al infierno, y ya veremos cuántas limosnas te dan allí»—. Feliz Navidad, señor, y muchas gracias por su ayuda.

Y el día continúa.

16:25 hrs

Su vista empieza a resurgir, turbia, lejana, pero ahí está. Es la señal para liar los bártulos y marcharse.

Con la espalda envarada, se arrodilla y vuelve a dejar el bastón junto a la maleta. Enrolla y sujeta con una goma elástica los últimos billetes, echa las monedas en el

doble fondo, y luego guarda dentro el guante de béisbol y el cartel adornado con espumillón. Cierra la maleta y, con el asa en una mano y el bastón en la otra, se levanta. Ahora la maleta pesa lo suyo, cargada como va con todo ese metal donado con la mejor intención. Las monedas se reacomodan ruidosamente en el interior, pero una vez en su nueva posición permanecen tan inmóviles como el mineral incrustado bajo tierra.

Emprende el camino Quinta Avenida abajo, la maleta suspendida del brazo izquierdo como un ancla (con los años, se ha acostumbrado al peso, y podría acarrearla una distancia mucho mayor si las circunstancias así lo requiriesen), el bastón en la mano derecha tanteando con delicadeza el suelo que ha de pisar. El bastón es mágico y abre ante él en la abarrotada acera un espacio vacío, con forma de lágrima. Cuando llega a la esquina de la Quinta Avenida con la calle Cuarenta y tres, ya ve de hecho este espacio. También ve el NO PASE en el semáforo para peatones del cruce, primero parpadeante y luego estático, pero él pasa de todos modos, permitiendo que un joven bien vestido de cabello largo y con cadenas de oro lo sujete por el hombro para detenerlo.

—Cuidado, amigo —advierde el melenudo—. Vienen coches.

—Gracias, señor —dice Willie el Ciego.

—De nada. Feliz Navidad.

Cuando cambia el semáforo, Willie el Ciego cruza, pasa ante los leones que montan guardia a las puertas de la biblioteca pública, continúa caminando otras dos travesías y dobla hacia la Sexta Avenida. Nadie lo aborda; nadie ha merodeado en las inmediaciones de su puesto de trabajo, observándolo recaudar las ganancias del día, aguardando la ocasión de arrebatarle la maleta y echarse a correr (aunque pocos ladrones *podrían* echarse a correr con esta maleta a cuestas). Una vez, en el verano de 1979, dos o tres jóvenes, negros quizá (no estaba seguro; por sus voces, parecían negros, pero aquel día recuperó la vista más lentamente, como siempre en verano, cuando el día alarga), lo abordaron y empezaron a hablarle de un modo que no acabó de gustarle. No eran como los chicos que se han metido con él esta tarde, con sus bromas sobre si se ha arañado al leer el rallador o cómo es el póster central del Playboy en braille. Aquellos otros jóvenes hablaban de una manera más correcta, con una extraña amabilidad casi, preguntándole cuánto había sacado pidiendo junto a San Patricio, y si por casualidad sería tan generoso de hacer un donativo a cierta asociación llamada Liga Recreativa de Polo, y si deseaba protección en el trayecto a su parada de autobús o estación de tren o a donde fuera. Uno de ellos, tal vez un sexólogo en ciernes, le preguntó si le gustaría disfrutar de los servicios de una putita joven de cuando en cuando. «Es algo que siempre levanta el ánimo», aseguró la voz de su izquierda con tono casi anhelante. «Sí, señor, ya puede creerlo».

Se sintió como, imaginaba, debía de sentirse un ratón cuando el gato comienza a

toquetearlo con la pata, sin enseñar aún las uñas, simplemente por la curiosidad de saber cómo reaccionará el ratón, cuánto correrá y qué clase de ruidos hará cuando el terror se apodere de él. Sin embargo, Willie el Ciego no se aterrorizó. Se asustó, sí, sin duda, podía decirse sin faltar a la verdad que se asustó, pero no ha sentido un terror absoluto desde su última semana en la espesura, la semana comenzó en el valle de A Shau y terminó en Dong Ha, la semana en que los vietcong los hostilizaron continuamente por el oeste obligándolos a retroceder en una maniobra que no podía calificarse exactamente de retirada, atacándolos además desde los flancos mediante pequeñas escaramuzas, arreándolos como a ganado por un pasadizo, siempre gritando desde los árboles, a veces riéndose ocultos en la selva, a veces disparando, a veces aullando en la noche. «Los hombrecillos que no están ahí», los llamaba Sullivan. No hay nada comparable a la invisible presencia de esos hombrecillos, y su día de más profunda ceguera en Manhattan no es tan oscuro como aquellas noches posteriores a la muerte de su capitán. Ser consciente de eso fue la ventaja de Willie el Ciego y el error de aquellos jóvenes. Se limitó a levantar la voz, hablando como quien se dirige a un numeroso grupo de viejos amigos reunidos en una gran sala. «¡Oigan!», dijo a las sombras que flotaban por la acera. «Oigan, ¿ve alguien a un policía cerca? Creo que estos jóvenes tienen intención de robarme». Con eso bastó, tan fácil como arrancar un gajo de una naranja pelada; los jóvenes que lo rodeaban desaparecieron tan de repente como un brisa fresca.

Ojalá pudiera resolver el problema del agente Wheelock con igual facilidad.

16:40 hrs

El Sheraton Gotham, en la esquina de la calle Cuarenta con Broadway, es uno de los hoteles de lujo más grandes del mundo, y en el vestíbulo miles de personas van de un lado a otro bajo la gigantesca araña de luces. Persiguen aquí sus placeres y entierran allí sus tesoros, ajenas a los villancicos que suenan por los altavoces, al rumor de las conversaciones procedentes de los tres restaurantes y los cinco bares, a los ascensores panorámicos que suben y bajan por sus huecos como pistones de un exótico motor de cristal..., y al ciego que se abre paso entre ellas con su bastón hacia unos sepulcrales servicios de caballeros del tamaño de una estación de metro. Ahora lleva el adhesivo vuelto hacia adentro, y es tan anónimo como puede serlo un ciego. En esta ciudad, eso significa muy anónimo.

Aun así, piensa al entrar en uno de los retretes y sacarse la guerrera, volviéndola ya del revés, ¿cómo es que nadie me ha seguido ni una sola vez después de tantos

años? ¿Que nadie se ha fijado ni una sola vez en que el ciego que entra y el hombre vidente que sale son de la misma estatura y llevan la misma maleta?

En Nueva York casi nadie se fija en nada que no sean sus propios asuntos; a su manera, todos son tan ciegos como Willie el Ciego. Saliendo de las oficinas, inundando las aceras, entrando en tropel en las estaciones de metro, causan repulsión y a la vez tristeza; son como topos abandonando sus madrigueras destruidas por el arado de un labrador. Ha visto en incontables ocasiones esta clase de ceguera, y sabe que es una de las razones de su éxito, no la única, desde luego. No todos son topos, y Willie lleva mucho tiempo tentando a la suerte. Toma precauciones, claro que sí, y muchas, pero, aun así, hay momentos (como éste, por ejemplo, aquí sentado con los pantalones abajo, desenroscando el bastón blanco para guardarlo) en que sería fácil atraparlo, robarlo, desenmascararlo. Wheelock tiene razón respecto al *Post*; la historia les encantaría. Se ensañarían con él. Nunca comprenderían, nunca *querrían* siquiera comprender, ni escucharían su versión. ¿Qué versión? ¿Y por qué nada de eso ha ocurrido aún?

Gracias a la intervención de Dios, cree. Porque Dios es bueno. Dios aprieta pero no ahoga. Willie no se atreve a confesar sus pecados, pero Dios parece comprenderlo. La expiación y la penitencia requieren tiempo, pero a él se le ha concedido ese tiempo. Dios lo ha acompañado en todos los pasos del camino.

En el retrete, todavía entre identidades, cierra los ojos y reza, primero dando gracias, luego pidiendo consejo, después dando gracias de nuevo. Concluye su oración como siempre, en un susurro que sólo Dios y él oyen:

—Si muero en zona de combate, méteme en una bolsa y manda mi cuerpo a casa. Si muero en pecado, cierra los ojos y acéptame. Sí. Amén.

Abandona el retrete, abandona los servicios, abandona el resonante alboroto del Sheraton Gotham, y nadie se acerca a él para decirle: «Disculpe, pero ¿no era usted ciego hace un momento?». Nadie lo mira dos veces cuando sale a la calle, acarreando la voluminosa maleta como si pesara diez kilos en lugar de casi cincuenta. Dios vela por él.

Ha empezado a nevar. Camina lentamente bajo la nieve, transformado una vez más en Willie Shearman, cambiándose la maleta de mano con frecuencia, un hombre como tantos, cansado al final de su jornada. Mientras avanza, continúa pensando en su inexplicable éxito. Hay unos versículos del Evangelio según san Mateo que se ha grabado en la memoria: «Son ciegos que guían a ciegos. Y si un ciego guía a otro ciego, los dos caerán en el hoyo». Está también el dicho de que en el país de los ciegos el tuerto es rey. ¿Es *él* el tuerto? Dejando a Dios de lado, ¿acaso ha sido ése el secreto *práctico* de su éxito durante tantos años?

Quizá sí, quizá no. En todo caso, ha recibido protección..., y en ningún caso cree que pueda dejar a Dios de lado. Dios forma parte de su historia. Dios lo marcó en

1960 cuando primero secundó a Harry Doolin en sus burlas a Carol y más tarde la sujetó mientras él la golpeaba. Aquel pecado nunca se ha borrado de su mente. Lo ocurrido en la arboleda cercana al campo B es el origen de todo lo demás. Incluso conserva el guante de Bobby Garfield para que lo ayude a recordarlo. Willie no sabe dónde para Bobby en la actualidad, ni le importa. Siguió el rastro a Carol mientras pudo, pero Bobby le trae sin cuidado. Bobby dejó de importarle en cuanto ayudó a Carol. Willie lo vio ayudarla. Willie no se atrevió a salir y ayudarla él mismo —temía las represalias de Harry, temía los posteriores comentarios del resto de los chicos, temía quedar excluido—, pero *Bobby* sí se atrevió. Bobby la ayudó entonces; Bobby castigó a Harry un tiempo después, aquel mismo verano, y gracias a esos dos gestos (probablemente gracias sólo al primero, de hecho), Bobby salió bien librado, salió airoso. Hizo lo que Willie no se atrevió a hacer, asumió la responsabilidad y salió airoso, salió bien librado; y ahora le corresponde a Willie hacer el resto. Y es una labor ingente. El arrepentimiento es un trabajo a jornada completa. Tanto es así que a duras penas puede llevarlo al día ni aun dedicando a ello sus tres identidades.

Con todo, no puede decir que viva sumido en un continuo pesar. A veces se ve a sí mismo como el buen ladrón, el que se reunió con Jesucristo en el cielo aquella misma noche. La tarde del viernes está uno desangrándose en el rocoso Gólgota, y la noche de ese mismo día toma un té con bollos en compañía del Rey. A veces alguien le da un puntapié, a veces alguien lo empuja, a veces lo asalta la preocupación de que le roben. ¿Y qué? ¿Acaso no representa él a todos aquellos que sólo pueden permanecer en la sombra, mirando pasivamente mientras el mal se comete? ¿No recogió él en nombre de todos ellos el guante modelo Alvin Dark de Bobby en 1960? Sí, lo hizo. Dios lo bendiga. Y ahora ellos depositan su dinero en ese guante mientras él permanece inmóvil, ciego, frente a la catedral. Él ruega por ellos.

Sharon lo sabe..., pero ¿qué sabe Sharon exactamente? Una parte, sí. Willie no podría decir si es mucho o poco. Pero sin duda sabe lo suficiente para proporcionarle el espumillón; lo suficiente para decirle que está guapo con su traje de Paul Stuart y su corbata azul de Sulka; lo suficiente para desearle un buen día y recordarle que compre el ponche de huevo. Es suficiente. Todo va bien en el mundo de Willie salvo por Jasper Wheelock. ¿Qué va a hacer con Jasper Wheelock?

«Debería seguirte una noche cuando acabes tu jornada», susurra Wheelock a su oído cuando Willie se cambia de mano la maleta, cada vez más pesada. Ahora le duelen ya los dos brazos; se alegrará de llegar a su edificio. «Para ver a qué te dedicas. En quién te conviertes».

¿Qué va a hacer exactamente con Jasper, el Pitufo Policía? ¿Qué *puede* hacer?

No lo sabe.

17:15 hrs

El joven pedigüeño del mugriento suéter rojo se ha marchado hace tiempo, y otro Papá Noel callejero ha ocupado su lugar. Willie reconoce sin dificultad al tipo regordete que en este momento echa un dólar en el tarro del Papá Noel.

—¡Eh, Ralphie! —exclama.

Ralph Williamson se vuelve. En cuanto reconoce a Willie, se le ilumina el semblante y alza una mano enguantada. Ahora nieva con mayor intensidad. Con las alegres luces de la calle alrededor y el Papá Noel al lado, Ralph parece la figura central de una postal navideña. O quizá un personaje de Dickens, un Bob Cratchit contemporáneo.

—Hola, Willie, ¿qué tal?

—Como una casa en llamas —responde Willie, acercándose a Ralph con una cordial sonrisa. Deja la maleta en el suelo con un gruñido, rebusca en el bolsillo de los pantalones y encuentra un dólar para el tarro de Papá Noel. Probablemente no es más que otro sinvergüenza, y tiene el gorro apolillado, pero ¿qué más da?

—¿Qué llevas ahí? —pregunta Ralph, mirando la maleta de Willie mientras juega con la bufanda—. Se diría que has atracado la hucha de algún niño.

—No, son sólo bobinas de calefacción —contesta Willie—. Unas mil, por lo menos.

—¿Trabajarás hasta Navidad?

—Sí —dice Willie, y de pronto acude a su mente un atisbo de idea en cuanto a Wheelock. Apenas un fugaz destello, visto y no visto, pero por algo se empieza—. Sí, justo hasta Navidad. Ya sabes, no hay descanso para los malvados.

El rostro ancho y afable de Ralph se contrae en una sonrisa.

—Dudo que seas muy malvado.

Willie le devuelve la sonrisa.

—Nunca se sabe qué clase de perversidades se esconde en el corazón de un técnico en calefacción y refrigeración, Ralphie. Probablemente me tome unos días de vacaciones después de Navidad, eso sí. Creo que sería buena idea.

—¿Irás al sur? ¿A Florida, quizá?

—¿Al sur? —Willie parece sorprendido y de pronto se echa a reír—. Ah, no. Eso no es para mí. Tengo muchas cosas que hacer en casa. Uno debe mantener su casa en buen estado, o si no, el día menos pensado, con una ventolera, se te caen las paredes encima.

—Supongo. —Ralph se sube la bufanda para cubrirse las orejas—. ¿Nos veremos mañana?

—Dalo por hecho —asegura Willie, y tiende la mano enguantada con la palma abierta—. ¡Venga esos cinco!

Ralphie le da una palmada y vuelve la mano hacia arriba con una sonrisa tímida pero expectante.

Willie responde con otra palmada.

—¿Qué te ha parecido eso, Ralphie?

—¡Me ha gustado tanto que tengo que repetir! —exclama Ralph, y palmea la mano de Willie con verdadera autoridad.

Willie lanza una carcajada.

—Eres único, Ralph. Tú ganas.

—Tú también eres único, Willie —afirma Ralph, hablando con una remilgada seriedad que resulta graciosa—. Feliz Navidad.

—Lo mismo digo.

Willie se queda por un momento donde está, viendo avanzar penosamente a Ralph bajo la nevada. Junto a él, el Papá Noel callejero produce un monótono tintineo con su campanilla. Willie coge la maleta y se dirige hacia la puerta del edificio. De repente algo le llama la atención y se detiene.

—Llevas la barba torcida —dice al Papá Noel—. Si quieres ganarte a la gente, arréglate esa jodida barba.

Entra en el edificio.

17:25 hrs

En el cuarto del material de Calefacciones y Refrigeraciones Midtown hay una enorme caja de cartón. Contiene sacas de tela de las que utilizan los bancos para guardar las monedas. Por lo general, dichas sacas llevan estampado el nombre de un banco, pero éstas en concreto no, ya que Willie las encarga directamente a la empresa de Moundsville, Virginia Occidental, que las fabrica.

Abre la maleta, separa rápidamente los rollos de billetes —que se llevará a casa en su maletín Mark Cross— y a continuación llena cuatro sacas de monedas. En un rincón del cuarto del material se alza un armario metálico viejo y desportillado en cuya puerta se lee el rótulo PIEZAS. Willie lo abre —no hay cerrojo con el que lidiar— y revela unas cien sacas más llenas de monedas. Una docena de veces al año él y Sharon recorren las iglesias del centro, metiendo las sacas a través de las ranuras para donativos o en los buzones para entrega de paquetes, y si no caben, simplemente las dejan junto a la puerta. La mayor parte se la lleva siempre la catedral de San Patricio,

donde él pasa sus días con unas gafas de sol y un cartel.

Pero no todos los días, piensa mientras se desviste. No tiene que ir allí todos los días, y vuelve a considerar la posibilidad de que Bill, Willie y Willie Garfield el Ciego se tomen unas vacaciones durante la semana posterior a Navidad. En esos días quizá encuentre la manera de librarse del agente Wheelock, de perderlo de vista. Salvo que...

—No puedo matarlo —musita con tono de reproche—. Si lo mato, estoy jodido.

Pero «estar jodido» no es su mayor preocupación. *Condenarse* es lo que a él le preocupa. En Vietnam, matar era otra cosa, o parecía otra cosa, pero esto no es Vietnam, no es la espesura. ¿Acaso va a echar por tierra tantos años de penitencia? Dios está poniéndolo a prueba, a prueba, a prueba. Hay alguna solución. Sabe que la hay; tiene que haberla. Es sólo que —y perdón por el chiste fácil— está demasiado ciego para verlo.

Para empezar, ¿puede encontrar a ese hijo de puta con pretensiones de superioridad moral? Sí, claro, ése no es el problema. Puede encontrar a Jasper, el Pitufo Policía, sin mayor dificultad. Puede encontrarlo cuando quiera. Le basta con seguirlo a dondequiera que sea que se despoja de la pistola y los zapatos y apoya los pies en un escabel. Pero una vez allí ¿qué?

Cavila al respecto mientras se aplica una crema desmaquilladora y luego decide aparcar sus preocupaciones. Saca de su cajón el libro de contabilidad correspondiente al período de noviembre-diciembre, se sienta a la mesa y durante veinte minutos escribe: «Me arrepiento de todo corazón por haber hecho daño a Carol». Llena una página entera, de arriba abajo y de margen a margen. Deja el libro en su sitio y se pone la ropa de Bill Shearman. Al guardar las botas de Willie el Ciego, su mirada se posa en el álbum de recortes con la tapa roja. Lo extrae, lo coloca en lo alto del archivador y abre la tapa marcada con una única palabra en letras doradas: RECUERDOS.

En la primera página está la partida de nacimiento —William Robert Shearman, nacido el 4 de enero de 1946—, con las pequeñas huellas en tinta de sus pies. Ocupan las hojas siguientes fotografías de él con su madre, fotografías de él con su padre (Pat Shearman sonriendo como si nunca hubiera volcado la trona de su hijo con el niño en ella ni golpeado a su esposa con una botella de cerveza), fotografías de él con sus amigos. Harry Doolin es el que cuenta con más amplia representación. En una instantánea, Harry, a los ocho años, trata de comerse un trozo del pastel de cumpleaños de Willie con una venda en los ojos (prenda sin duda de algún juego infantil). Harry tiene las mejillas manchadas de chocolate, ríe y parece incapaz de un mal pensamiento. Willie se estremece al contemplar esa cara risueña, sucia y con los ojos vendados. Verla casi siempre le produce un escalofrío.

Pasa la hoja y salta directamente hacia el final del álbum, donde están las

fotografías y recortes de Carol Gerber que ha reunido a lo largo de los años: Carol con su madre; Carol sonriendo nerviosamente con su hermano recién nacido en brazos; Carol y su padre (él vestido con el uniforme azul de la marina y fumando un cigarrillo, ella mirándolo con expresión de asombro); Carol con el grupo de animadoras del Instituto Harwich, captada en pleno salto, agitando un pompón con una mano y evitando con la otra que se le levante la falda plisada; Carol y John Sullivan sentados en tronos de papel de aluminio en 1965, el año en que fueron elegidos Reina y Rey de las Nieves en un baile organizado por los alumnos de los dos últimos cursos del Instituto Harwich. Parecen la pareja de una tarta nupcial, piensa Willie cada vez que ve la vieja y amarillenta foto de periódico. Ella luce un vestido sin tirantes, mostrando unos hombros perfectos. No se advierte el menor indicio de que en una ocasión, varios años antes, el hombro izquierdo estuviera durante un rato horrorosamente deformado, sobresaliendo como la doble joroba de una bruja. Antes del último golpe lloró, lloró mucho, pero el mero llanto no bastó para disuadir a Harry Doolin. En ese último golpe echó el bate atrás completamente, y cuando lo descargó contra el cuerpo de ella, se oyó un ruido semejante al que produce un mazo de carnicero al golpear un trozo de res semidescongelado; y *entonces* ella lanzó un alarido, un alarido tal que Harry huyó a todo correr sin volverse siquiera a comprobar si Willie y Richie O'Meara lo seguían. Puso pies en polvorosa, Harry Doolin, corrió como una liebre. Pero ¿y si no lo hubiera hecho? ¿Y si Harry, en lugar de escapar, hubiera dicho «Sujetadla, chicos, no aguanto esos gritos, voy a hacerla callar», dando a entender que se proponía asestarle un nuevo golpe, esta vez en la cabeza? ¿La habrían sujetado? ¿La habrían sujetado para él aun en tales circunstancias?

Bien sabes que sí, piensa, abatido. La penitencia es tanto por aquello que hiciste como por aquello de lo que te libraste, ¿no?

Luego aparece Carol Gerber con su vestido de graduación; PRIMAVERA, 1966, reza la fecha. En la página contigua hay un recorte del *Journal* de Harwich con la referencia OTOÑO, 1966. En la imagen que acompaña a la noticia se la ve también a ella, pero esta versión de Carol parece distar un millón de años de la joven con su vestido de graduación, la joven con el diploma en la mano, los zapatos blancos y la mirada baja en actitud pudorosa. La foto del periódico muestra a una chica exaltada y sonriente, con la vista fija en la cámara. En apariencia, ni siquiera nota la sangre que le corre por la mejilla izquierda. Exhibe el símbolo de la paz. Esa chica va ya camino de Danbury, esa chica lo tiene todo a punto para Danbury. En Danbury murió gente, fue una carnicería, y Willie no duda que él es en parte responsable. Toca la imagen de la chica exaltada, sonriente y ensangrentada, con una pancarta en la que se lee FIN AL ASESINATO (sólo que ella, en lugar de ponerle fin, participó en él), y sabe que en último extremo su rostro es el único que importa, su rostro es el espíritu de la época. 1960 es humo; aquí está el fuego. Aquí está la Muerte con sangre en la mejilla y una

sonrisa en los labios y una pancarta en la mano. Aquí está la arraigada demencia que culminó en Danbury.

El siguiente recorte es toda la primera plana del periódico de Danbury. La ha plegado tres veces para que quepa en el álbum. La mayor de las cuatro fotografías muestra a una mujer en medio de una calle, gritando y alzando las manos ensangrentadas. Detrás de ella se ve un edificio de ladrillo que se ha resquebrajado como la cáscara de un huevo. VERANO, 1979, ha escrito Willie al lado.

UNA BOMBA CAUSA 6 MUERTOS Y 14 HERIDOS EN DANBURY

**Un grupo radical reivindica el atentado.
«Los daños personales no fueron intencionados»,
informó a la policía una voz de mujer
mediante una llamada anónima.**

El grupo —Estudiantes Militantes por la Paz, se autodenominaba— colocó la bomba en una sala de conferencias del campus de UConn en Danbury. El día de la explosión la empresa de productos químicos Coleman realizaba allí entrevistas de trabajo entre las diez de la mañana y las cuatro de la tarde. Al parecer, la bomba debía estallar a las seis de la madrugada, cuando el edificio se hallaba vacío. No estalló. A las ocho, y otra vez a las nueve, alguien (algún miembro del EMP, cabe suponer) telefoneó al servicio de seguridad del campus para advertir de la existencia de una bomba en la sala de conferencias de la primera planta. Se llevó a cabo un superficial registro y se consideró innecesario el desalojo. «Con ésta, eran ya ochenta y tres las amenazas de bomba recibidas este año», declaró un guardia de seguridad del campus cuya identidad no se dio a conocer. No se encontró ninguna bomba, aunque más tarde el EMP insistió con vehemencia en que se había informado del lugar exacto en que estaba colocada: el conducto del aire acondicionado del lado izquierdo de la sala. Existían pruebas (pruebas convincentes, como mínimo para Willie Shearman) de que a las doce y cuarto, cuando se interrumpieron las entrevistas de trabajo hasta después del almuerzo, una joven intentó —a riesgo de su propia vida— retirar la bomba sin detonar. Permaneció quizá diez minutos en la sala vacía hasta que, pese a sus protestas, un joven de pelo largo la obligó a salir de allí. Los vio un portero que más tarde identificó al hombre como Raymond Fiegler, dirigente del EMP. Identificó a la mujer como Carol Gerber.

A las dos menos diez de esa tarde, la bomba estalló por fin. Dios bendiga a los supervivientes; Dios bendiga a los muertos.

Willie pasa la hoja. A continuación viene un titular del *Oklahoman* de Oklahoma

City. Abril de 1971.

TRES EXTREMISTAS MUERTOS TRAS UN TIROTEO EN UN CONTROL POLICIAL

**Los cabecillas podrían haber escapado por unos minutos,
declara el agente Thurman del FBI, encargado del caso.**

Los cabecillas eran John y Sally McBride, Charlie Golden alias el Pato, el escurridizo Raymond Fiegler... y Carol. En otras palabras, el resto de los miembros del EMP. Los McBride y Golden murieron en Los Ángeles seis meses después; con la casa en llamas, alguien seguía disparando y lanzando granadas desde el interior. Entre los escombros de la casa incendiada no aparecieron los cuerpos de Fiegler y Carol, pero el equipo técnico de la policía halló una gran cantidad de sangre del grupo AB positivo. Un grupo sanguíneo poco común. El grupo sanguíneo de Carol Gerber.

¿Muerta o viva? ¿Viva o muerta? No pasa un solo día sin que Willie se haga esta pregunta.

Aun sabiendo que debe dejarlo ya, que debe volver a casa, que Sharon se preocupará si no la telefonea al menos (telefoneará, desde abajo telefoneará, ella tiene razón, Willie es un persona muy digna de confianza), dirige la mirada a la siguiente página.

En un recorte del *Times* de Los Ángeles aparece la fotografía de la casa de Benefit Street reducida a cenizas, y sobre ella el titular reza:

TRES DE LOS «DOCE DE DANBURY» MUEREN EN L. A. ESTE

**La policía especula con un posible
asesinato-suicidio pactado.**

Sólo Fiegler y Gerber siguen sin aparecer.

Excepto que la policía pensaba que por lo menos Carol había muerto. Eso se desprendía del artículo. En su momento, también Willie lo daba por supuesto. Toda aquella sangre. Sin embargo ahora...

¿Muerta o viva? ¿Viva o muerta? A veces su corazón le susurra que esa sangre no significa nada, que ella escapó de la pequeña casa de madera mucho antes de que se cometieran allí los últimos actos de demencia. En otras ocasiones cree lo mismo que la policía: que ella y Fiegler escaparon de los otros después del primer tiroteo, antes de que la casa quedara rodeada; que ella bien murió a causa de las heridas sufridas en ese primer tiroteo, bien fue asesinada por Fiegler porque representaba un estorbo en

la huida. Según esta hipótesis, la chica exaltada con sangre en la mejilla y la pancarta en la mano ahora sólo es probablemente un saco de huesos cociéndose en algún lugar del desierto al este del sol y al oeste de Tonopah.

Willie toca la fotografía de la casa quemada de Benefit Street... y de pronto un nombre acude a su memoria, el hombre de la persona que posiblemente evitó que Dong Wa se convirtiera en otro My Lai o en otro My Khe, Slocum. Ése era su nombre, sí, Slocum. Es como si las vigas ennegrecidas y las ventanas rotas se lo hubieran susurrado.

Willie cierra el álbum y lo guarda, sintiéndose en paz. Acaba de ordenar lo que necesita ser ordenado en el despacho de Calefacciones y Refrigeraciones Midtown y luego desciende con cuidado por la trampilla hasta hacer pie en la escalera de mano colocada debajo. Coge el maletín por el asa y tira de él. Baja al tercer peldaño y vuelve a colocar en su sitio la trampilla y el panel del techo.

Él no puede hacer nada..., nada *permanente*..., contra el agente Jasper Wheelock..., pero Slocum sí podría. Sí, *Slocum* podría, sin duda. Slocum era negro, claro, pero ¿qué más da? De noche todos los gatos son pardos..., y para los ciegos no son de ningún color. ¿Representa un gran esfuerzo transformarse de Willie Garfield el Ciego en Willie Slocum el Ciego? No, ni mucho menos. Es coser y cantar, en realidad.

—¿Oyes lo que yo oigo? —canta en voz baja mientras pliega la escalera de mano y la guarda—. ¿Hueles lo que yo huelo, saboreas lo que yo saboreo?

Cinco minutos después cierra la puerta de Analistas Inmobiliarios de los Estados del Oeste, echando los tres cerrojos, y se aleja por el pasillo. Cuando entra en el ascensor, piensa: Ponche de huevo, no te olvides. Los Allen y los Dubray.

—Y también canela —dice de viva voz.

Las otras tres personas que bajan en el ascensor vuelven la cabeza, y Bill esboza una tímida sonrisa.

Fuera, dobla en dirección a la estación Grand Central, pensando sólo en una cosa cuando la nieve le azota la cara y se sube el cuello del abrigo: el Papá Noel plantado ante el edificio se ha arreglado la barba.

00:00 hrs

—¿Sharon?

—¿Mmm?

La voz de ella suena soñolienta y lejana. Tras marcharse por fin los Dubray

alrededor de las once, han hecho el amor prolongada y lentamente, y ahora ella empieza a adormecerse. No importa; también a él comienza a vencerle el sueño. Tiene la sensación de que todos sus problemas van resolviéndose por sí solos..., o de que Dios va resolviéndolos.

—Puede que después de Navidad me tome una semana de descanso. Haré un poco de inventario. Tantearé sitios nuevos. Estoy planteándome un cambio de zona.

No es necesario que ella sepa a qué podría dedicarse Willie Slocum en la semana previa a Año Nuevo; no haría más que preocuparse y —quizá, o quizá no, Bill no tiene interés alguno en saberlo con certeza— sentirse culpable.

—Estupendo —dice ella—. De paso puedes ir algún día al cine, ¿no te parece? —Sharon busca a tientas en la oscuridad y le toca un brazo—. Trabajas demasiado. —Un silencio—. Además, te has acordado del ponche de huevo. Estaba segura de que se te olvidaría. Estoy muy contenta contigo, cariño.

Él sonríe en la oscuridad, incapaz de contenerse. El comentario es tan propio de Sharon...

—Los Allen no están mal, pero los Dubray son aburridos, ¿no crees? —pregunta ella.

—Un poco —concede él.

—Si el vestido de ella hubiera sido sólo un poco más escotado, habría encontrado trabajo en un bar de topless.

Él no contesta, pero vuelve a sonreír.

—Esta noche ha estado bien, ¿verdad? —pregunta ella. No se refiere a la cena.

—Sí, magnífico.

—¿Has tenido un buen día? No he tenido ocasión de preguntártelo antes.

—Aceptable, Sharon.

—Te quiero, Bill.

—Y yo a ti.

—Buenas noches.

—Buenas noches.

Cuando empieza a adormecerse, se acuerda del hombre del jersey rojo de cuello alto. Se queda dormido sin darse cuenta, y el recuerdo se funde fácilmente con los sueños.

—Los años 69 y 70 fueron los peores —dice el hombre del jersey rojo—. Yo estuve en la Colina de la Hamburguesa con el 3/187. Perdimos un gran número de hombres excelentes. —De pronto se alegra—. Pero tengo esto. —Del bolsillo izquierdo del abrigo extrae una barba blanca colgada de un cordel—. Y esto. —Del bolsillo derecho saca un vaso de papel medio aplastado, y lo agita. En el fondo tintinean unas cuantas monedas—. Así que ya ve —añade, ya desvaneciéndose—, incluso la vida más ciega tiene sus compensaciones.

A continuación, el sueño mismo se desvanece, y Bill Shearman duerme profundamente hasta las seis y cuarto de la mañana siguiente, cuando la radio lo despierta con los acordes del *Tamborilero*.

1999: Cuando alguien muere pensando en el pasado.

1999
¿QUÉ HACEMOS
EN VIETNAM?

Cuando alguien muere, pensamos en el pasado. Sully probablemente lo sabía ya desde hacía años, pero la idea no cobró forma de postulado consciente en su pensamiento hasta el funeral de Pags.

Habían transcurrido veintiséis años desde que los helicópteros recogieron su último cargamento de refugiados (algunos suspendidos fotogénicamente de los patines de aterrizaje) en el tejado de la embajada estadounidense en Saigón, y casi treinta desde que un Huey evacuó de la provincia de Dong Ha a John Sullivan, Willie Shearman y una docena más de hombres. Sully-John y su conocido de la infancia, reencontrado allí por arte de magia, habían sido héroes esa mañana cuando los helicópteros cayeron del cielo; por la tarde del mismo día, fueron otra cosa muy distinta. Sully se recordaba a sí mismo tendido en el palpitante suelo del Huey, suplicando a gritos que alguien le quitara la vida. También recordaba los gritos de Willie. «Estoy ciego», gritaba Willie. «¡Joder, estoy ciego!»

Finalmente Sully comprendió —aun con las tripas colgando como rollos grises de cuerda y la entrepierna destrozada— que nadie iba a hacer lo que pedía, ni él sería capaz de hacerlo por sí solo. Al menos, no con la presteza que él deseaba. Así que rogó a alguien que lo librara como mínimo de la *mama-san*, eso si podían concedérselo, ¿o no? Podían bajarla a tierra o simplemente lanzarla al vacío, ¿por qué no? ¿Acaso no estaba ya muerta? El problema era que ella no dejaba de mirarlo, y aquello empezaba ya a pasarse de la raya.

Cuando, una vez llegados al punto de encuentro conocido como Ciudad Pipí, los trasladaron a él, a Shearman y a otra media docena de heridos —los que se hallaban en peor estado— a un helicóptero del servicio de evacuación médica (los pilotos de los Hueys debieron de alegrarse de verlos marchar, hartos ya de tanto griterío), Sully comenzaba a darse cuenta de que ninguno de los otros veía a la vieja *mama-san* sentada en cuclillas allí en la cabina, la vieja *mama-san* de cabello blanco vestida con pantalones verdes, blusón anaranjado y aquellas extrañas y chillonas zapatillas chinas de media caña, una especie de botas de baloncesto de intenso color rojo. La vieja *mama-san* era la mujer con quien Malenfant había tenido una cita, la gran cita del incomparable tahúr. Aquel día, unas horas antes, Malenfant había penetrado en el claro junto con Sully, Dieffenbaker, Sly Slocum y los otros, sin darle importancia a los amarillos que les disparaban desde la maleza, sin darle importancia a aquella espantosa semana de fuego de mortero, francotiradores y emboscadas; Malenfant tenía madera de héroe y Sully tenía también madera de héroe, y de pronto, sorpresa, Ronnie Malenfant era un asesino, el chico del San Gabriel que tanto intimidaba a Sully y sus amigos en la infancia le había salvado la vida y se había quedado ciego, y él, Sully, yacía en el suelo de un helicóptero con las tripas ondeando al viento. Como siempre decía Art Linkletter, el famoso presentador de televisión, eso demostraba una vez más lo rara que es la gente.

«Que alguien me mate», gritaba Sully en aquella tarde luminosa y horrible. «Que alguien me pegue un tiro; por amor de Dios, dejadme morir».

Pero no murió; los médicos lograron salvarle uno de los dos testículos, y en la actualidad había días en los que incluso se alegraba de seguir con vida. Las puestas de sol despertaban en él esa sensación de bienestar. Le gustaba ir al fondo del aparcamiento, donde guardaban los coches que pondrían a la venta pero aún no habían reparado, y quedarse allí viendo ponerse el sol. Pura sensiblería, desde luego, pero para él era el mejor momento del día.

En San Francisco, Willie estaba en la misma sala que él y lo visitaba a menudo hasta que el ejército, muy sabiamente, trasladó al teniente Shearman a otro hospital; hablaron durante horas de los viejos tiempos en Harwich y de conocidos comunes. Un día los retrató juntos un fotógrafo de Associated Press, Willie sentado en la cama de Sully, los dos riendo. Por entonces Willie estaba mejor de la vista pero aún no del todo recuperado; Willie había confiado a Sully que se temía que nunca volvería a ver como antes. El artículo que acompañaba a la fotografía era un tanto estúpido, pero ¿cuántas cartas recibieron a raíz de su publicación? ¡Dios santo, más de las que eran capaces de leer! Sully concibió incluso la absurda esperanza de que Carol le escribiese, pero naturalmente no lo hizo. Corría la primavera de 1970, y Carol Gerber debía de estar ocupada fumando hierba y haciendo mamadas a los hippies antibelicistas mientras a su ex novio del instituto le volaban los huevos en la otra punta del mundo. Tienes razón, Art, la gente es muy rara, y los jóvenes dicen las cosas más sorprendentes.

Cuando Willie se marchó, la vieja *mama-san* continuó allí. La vieja *mama-san* no tenía intención de irse. Durante los siete meses que Sully pasó en el hospital de veteranos de San Francisco, esa mujer se presentaba allí todos los días y todas las noches, su más continua visitante en aquel período interminable en que el mundo entero parecía oler a orina y él tenía el corazón desgarrado. A veces aparecía vestida con un *mumu*, a la hawaiana, como la anfitriona de un demencial *luau*; otras veces lucía una de esas horrendas faldas verdes de golf y un corpiño que dejaba al descubierto sus esqueléticos brazos...; pero en la mayoría de los casos llevaba la misma indumentaria que el día de su muerte a manos de Malenfant: los pantalones verdes, el blusón anaranjado, las zapatillas rojas con símbolos chinos.

Un día de ese verano desplegó el *Chronicle* de San Francisco y vio a su ex novia en primera plana. Ella y sus amigos hippies habían matado en Danbury a varios estudiantes y algún que otro empleado del departamento de selección de personal de una empresa. Su ex novia era conocida ahora como «Carol la Roja». Su ex novia era una celebridad. «Mala puta», masculló, doblando el periódico por la mitad sucesivas veces. «Mala *puta* de mierda». Con el periódico reducido ya a una bola, se disponía a lanzarlo al otro extremo de la sala, y de pronto allí estaba su *nueva* novia, allí estaba

la vieja *mama-san*, sentada en la cama de al lado, mirando a Sully con sus ojos negros. Al verla, Sully se desmoronó por completo. Cuando acudió la enfermera, Sully no quiso o no pudo explicarle por qué lloraba. Sólo una cosa sabía con absoluta certeza, el mundo se había vuelto loco y él necesitaba un sedante. Por fin, la enfermera fue en busca de un médico para que le administrara el sedante, y lo último que Sully vio antes de dormirse fue la *mama-san*, la jodida *mama-san* sentada en la cama de al lado con sus amarillas manos sobre el regazo verde de poliéster, sentada allí observándolo.

También atravesó con él el país, lo acompañó durante todo el viaje de regreso a Connecticut, acomodándose en un asiento vacío al otro lado del pasillo de la cabina de clase turista de un 747 de United Airlines. Iba sentada junto a un hombre de negocios que no la veía, como tampoco la habían visto la tripulación del Huey ni Willie Shearman ni el personal del hospital. La mujer había tenido una cita con Malenfant en Dong Ha, pero ahora era la novia de John Sullivan y no apartaba de él sus ojos negros. Sus dedos amarillos y arrugados permanecían siempre cruzados sobre el regazo, y sus ojos negros permanecían siempre fijos en Sully.

Treinta años ya. Mucho tiempo, sin duda.

Pero a medida que pasaron esos años, Sully fue viéndola cada vez menos. Cuando regresó a Harwich en otoño de 1970, veía aún a la vieja *mama-san* prácticamente a diario: comiéndose un perrito caliente en el Commonwealth Park junto al campo B, o al pie de la escalera de hierro que ascendía a la estación donde iban y venían los viajeros de los trenes de cercanías, o simplemente paseando por Main Street. Y siempre mirándolo.

En una ocasión, no mucho después de conseguir su primer empleo posterior a la guerra de Vietnam (vendiendo coches, claro está; en realidad, era lo único que sabía hacer), vio a la vieja *mama-san* sentada en el asiento del pasajero de un Ford LTD de 1968 con el rótulo A PRECIO DE GANGA pintado en el parabrisas.

«Empezará a comprenderla a su debido tiempo», había pronosticado el psiquiatra en San Francisco, negándose a decir mucho más pese a la insistencia de Sully. El psiquiatra quería oírlo hablar de los helicópteros que habían entrado en colisión y caído desde el cielo; quería saber por qué Sully aludía a Malenfant tan a menudo como «el hijo de puta de la baraja» (Sully no se lo explicó); quería saber si Sully tenía aún fantasías sexuales, y en tal caso, si eran mucho más violentas que antes. A Sully le caía relativamente bien, el psiquiatra —Conroy, se llamaba—, pero no por eso no alteraba el hecho de que fuera un gilipollas. Una vez, casi al final de su estancia en San Francisco, estuvo a punto de hablarle de Carol al doctor Conroy. No obstante, se alegraba de no haberlo hecho. No sabía qué pensar de su ex novia, y menos aún qué decir («conflicto» era la palabra que Conroy empleaba para definir ese estado). La había llamado «mala puta de mierda», pero en aquellos tiempos el

mundo entero estaba hecho una mierda, ¿o no? Y si alguien sabía con qué facilidad podía desencadenarse y escapar a todo control una conducta violenta, ése era John Sullivan. Respecto a su ex novia, sólo podía decir con seguridad que esperaba que la policía no la matara cuando por fin los atrapase a ella y a sus amigos.

Gilipollas o no, el doctor Conroy no andaba del todo equivocado en cuanto a que Sully iría comprendiendo a la vieja *mama-san* con el paso del tiempo. Lo más importante era comprender —a un nivel visceral— que la vieja *mama-san* no estaba allí. Mentalmente, asumir ese dato básico era fácil, pero sus vísceras aprendían con mayor lentitud, posiblemente porque habían quedado al descubierto en Dong Ha a causa de una explosión y una cosa así por fuerza tenía que entorpecer el proceso de comprensión.

El doctor Conroy le prestó unos cuantos libros, y la bibliotecaria del hospital le consiguió un par más. Según los libros, la vieja *mama-san* con sus pantalones verdes y su blusón anaranjado era «una fantasía exteriorizada» que servía como «mecanismo de defensa» para ayudarlo a superar la «culpabilidad del superviviente» y el «síndrome de estrés postraumático». En otras palabras, soñaba despierto con ella.

Fueran cuales fueran las razones, su actitud hacia ella cambió a medida que se redujo la frecuencia de sus apariciones. Al verla, en lugar de sentir repulsión o una especie de miedo supersticioso, casi se alegraba, como se alegra uno de ver a un viejo amigo que se marchó del pueblo pero vuelve de visita de vez en cuando.



Actualmente vivía en Milford, una localidad situada a unos treinta kilómetros al norte de Harwich por la I-95 y a años luz en casi todos los demás sentidos. Cuando Sully y sus amigos Bobby Garfield y Carol Gerber eran niños, Harwich era un lugar agradable y lleno de árboles. Ahora su pueblo natal era casi un mugriento apéndice de Bridgeport, una de esas zonas que uno evita por las noches. Aún pasaba en Harwich la mayor parte del día, en el aparcamiento o en su despacho (Sullivan Chevrolet se mantenía ya cuatro años consecutivos en la categoría de honor de los concesionarios), pero la mayoría de las tardes se marchaba alrededor de las seis, o las siete a lo sumo, tomando rumbo norte hacia Milford en su Caprice de demostración. Por lo general, se iba de allí con una sensación de gratitud, no reconocida pero muy real.

Aquel día de verano en particular se había dirigido hacia el sur desde Milford como de costumbre, pero algo más tarde y sin dejar la autopista en la Salida 9, HARWICH-ASHER AVENUE. Aquel día siguió hacia el sur en su coche nuevo de demostración (era azul, y Sully siempre sonreía al ver encenderse las luces de frenado de los otros automóviles cuando los conductores advertían por sus retrovisores que se acercaba el Caprice; creían que era un coche de policía), sin detenerse hasta llegar a

Nueva York.

Dejó el Caprice en el concesionario de Arnie Mossberg, en el West Side (siendo concesionario de Chevrolet, uno nunca tenía problemas de aparcamiento; ésa era una de las ventajas), miró escaparates mientras recorría las calles del centro, tomó un bistec en Palm Too y fue al funeral de Pagano.

Pags era uno de los hombres que se hallaban aquella mañana en el lugar donde cayeron los helicópteros colisionados, y uno de los hombres que se hallaban aquella tarde en la aldea. Era también uno de los hombres sorprendidos por la emboscada final en el camino, la emboscada que se inició cuando el propio Sully pisó una mina, o tropezó con un alambre y activó una carga explosiva sujeta a un árbol. Los hombrecillos de los pijamas negros estaban escondidos en la espesura, y tras el estallido abrieron fuego a discreción. En el camino, Pags agarró a Wollensky cuando éste recibió un disparo en la garganta. Llevó a Wollensky hasta el claro, pero para entonces Wollensky ya había muerto. Pags debió de quedar empapado de la sangre de Wollensky (Sullivan no lo recordaba, de hecho; en esos momentos, él vivía su propio infierno), pero probablemente fue un alivio para él, porque eso cubría las otras manchas de sangre, aún no del todo secas. Un rato antes, Pagano se encontraba lo bastante cerca para verse salpicado cuando Slocum disparó contra el compinche de Malenfant. Salpicado por la sangre de Clemson, salpicado por los sesos de Clemson.

Sully jamás había contado una palabra de lo que le ocurrió a Clemson en la aldea, ni al doctor Conroy ni a nadie. Se lo había callado. Todos los presentes se lo habían callado.

Pags había muerto de cáncer. Siempre que moría uno de sus viejos amigos de Vietnam (bueno, no eran «amigos» exactamente, en su mayoría tontos de remate y no lo que Sully llamaría «amigos»; pero era ésa la palabra que usaban porque no se había inventado ningún término para describir la relación que existió entre ellos), se debía invariablemente a un cáncer, las drogas o el suicidio. Por lo general, el cáncer se originaba en los pulmones o el cerebro y luego se extendía por todo el organismo, como si aquellos hombres se hubieran dejado el sistema inmunológico en la selva. En el caso de Dick Pagano, había sido un cáncer de páncreas, en su caso y el de Michael Landon. Era la enfermedad de las estrellas. El ataúd estaba abierto, y el bueno de Pags no tenía muy mal aspecto. Su esposa había encargado a la funeraria que lo vistiera con un traje corriente, no un uniforme. Probablemente ni siquiera había contemplado la opción del uniforme, pese a las condecoraciones otorgadas a Pagano. Pags había ido de uniforme sólo durante dos o tres años, y esos años eran como una aberración, como una condena cumplida en una cárcel de condado por un comportamiento totalmente impropio de uno en un momento desafortunado, quizá en estado de embriaguez. Por ejemplo, matar a alguien en una reyerta de bar o, por pura ofuscación, incendiar una iglesia donde su ex esposa daba clases de catecismo.

Sully no sabía de nadie que hubiera servido en Vietnam, incluido él mismo, que deseara ser enterrado con el uniforme del ejército.

Dieffenbaker —Sully todavía pensaba en él como el nuevo teniente— asistió al funeral. Sully no veía a Dieffenbaker desde hacía mucho tiempo, y charlaron largo y tendido..., aunque prácticamente sólo habló Dieffenbaker. ¡Cómo desvariaba Dieffenbaker!, se dijo Sully una y otra vez en el camino de regreso a Connecticut.

A las dos de la tarde volvía a cruzar el puente de Triborough, esta vez en dirección norte, con tiempo de sobra para evitar los atascos de la hora punta. «Circulación fluida en Triborough y los puntos clave de la autopista de Long Island», como decían por la radio desde el helicóptero del Servicio de Información Vial. Para eso se usaban ahora los helicópteros, para evaluar el estado del tráfico de entrada y salida en las ciudades.

Cuando la circulación comenzó a hacerse más lenta justo al norte de Bridgeport, Sully no se dio cuenta. Había cambiado de emisora, pasando de las noticias a los viejos éxitos, y se había dejado llevar por los recuerdos de la mano de Pags y sus armónicas. Era como un cliché de película de guerra, el soldado de cabello entrecano con su armónica, sólo que Pagano..., Dios santo, Pagano, además de no tener el cabello entrecano, podía llegar a enloquecerlo a uno con sus armónicas. Las tocaba noche y día, hasta que alguien —quizá Hexley o incluso Garrett Slocum— le dijo que si no paraba, iba a despertar una mañana con el primer implante rectal sonoro de la historia.

Cuanto más lo pensaba, más convencido estaba Sully de que fue Sly Slocum quien amenazó a Pags con el implante rectal. Un negro enorme de Tulsa, Slocum consideraba que Sly and the Family Stone era el mejor grupo musical del mundo y se negaba a aceptar que otro de sus grupos preferidos, Rare Earth, estuviera compuesto por blancos. Sully recordaba que Deef (eso ocurrió antes de que Dieffenbaker pasara a ser el nuevo teniente y diera a Slocum aquella orden con un gesto de asentimiento, probablemente el gesto más importante de su vida) dijo a Slocum que aquellos tipos eran tan blancos como el jodido Bob Dylan («el blanquito cantante de folk», así llamaba Slocum a Dylan). Slocum reflexionó al respecto y por fin respondió con una seriedad insólita en él: «¿Qué carajo dices? Hablamos de Rare Earth, tío, esos fulanos son negros. Joder, graban con Motown, y todos los grupos de Motown son negros, eso es cosa sabida, las Supremes, los putos Temptations, Smokey Robinson y los Miracles. Te respeto, Deef, te respeto profundamente, pero si insistes en esa gilipollez, voy a tumbarte de un puñetazo».

Slocum aborrecía la música de armónica. La música de armónica le traía a la memoria al blanquito cantante de folk. Si uno intentaba convencerlo de que a Dylan le preocupaba la guerra, Slocum preguntaba por qué entonces ese hijo de puta rebuznador no iba alguna vez por allí con Bob Hope. «Te diré por qué», añadía

Slocum. «Porque tiene miedo, por eso. Ese hijo de puta rebuznador y soplaarmónicas está cagado».

Evocando las disertaciones de Dieffenbaker sobre los sesenta, rememorando aquellos viejos nombres y viejas caras y viejos tiempos, no se dio cuenta de que el indicador de velocidad del Caprice bajaba de noventa a setenta y luego a cincuenta, de que el tráfico era cada vez más denso en los cuatro carriles con dirección norte. Recordó el aspecto de Pags allí en la espesura: delgado, pelo negro, las mejillas salpicadas aún de acné postadolescente, un fusil en las manos y dos armónicas Hohner (una en clave de do, otra en clave de sol) metidas en la cintura del pantalón de camuflaje. De eso hacía treinta años. Remontándose otros diez años atrás, Sully era aún un niño que crecía en Harwich, amigo de Bobby Garfield, deseoso de que Carol Gerber lo mirase a él, a John Sullivan, una sola vez como miraba siempre a Bobby.

Pasado un tiempo, Carol lo miró, naturalmente, pero nunca de la misma manera. ¿Se debía a que ella no tenía ya once años o a que él no era Bobby? Sully no lo sabía. Aquella mirada en sí era un misterio. Parecía decir que Bobby estaba matándola y ella se alegraba, que quería seguir muriendo de ese modo hasta que las estrellas cayeran del cielo, los ríos corrieran montaña arriba y alguien llegara a entender toda la letra de *Louie, Louie*.

¿Qué habría sido de Bobby Garfield? ¿Habría estado en Vietnam? ¿Se habría unido a la causa pacifista? ¿Habría contraído matrimonio, tenido hijos, fallecido de cáncer de páncreas? Sully no lo sabía. Sólo sabía que por alguna razón Bobby cambió en el verano de 1960 —el verano en que Sully ganó una estancia gratuita de una semana en el campamento que organizaba la Asociación Cristiana de Jóvenes a orillas del lago George— y se marchó del pueblo con su madre. Carol se quedó en Harwich hasta su graduación en el instituto, y aunque nunca hubiera mirado a Sully como miraba a Bobby, Sully había sido el primero con quien había hecho el amor, y ella había sido también la primera para él. Una noche, en el campo, detrás del establo de una vaquería, oyendo los mugidos de las reses. Sully recordaba que, mientras se corría, olió el dulce perfume de su cuello.

¿Cuál era el motivo de esa extraña conexión entre Pagano en su ataúd y los amigos de su infancia? Quizá el vago parecido entre Pags y Bobby. Bobby no tenía el pelo negro sino rojo, pero sí tenía esa misma complexión delgada y cara angulosa... y las mismas pecas. ¡Sí! Tanto Pags como Bobby tenían las mejillas y el caballete de la nariz salpicados de pecas. O quizá se debía sólo a que cuando alguien muere, uno piensa en el pasado, el pasado, el jodido pasado.

El Caprice avanzaba sólo a treinta kilómetros por hora, y poco después, a un paso ya de la Salida 9, los coches dejaron de moverse, pero Sully no se dio cuenta ni siquiera entonces. En la WKND, la emisora de viejos éxitos, ? and the Mysterians

cantaban *96 Tears*, y Sully recordó el momento en que recorrió el pasillo central de la capilla, detrás de Dieffenbaker, y se acercó al féretro para ver a Pagano mientras por los altavoces sonaban himnos grabados. En ese instante concretamente flotaban sobre el cadáver de Pagano las notas de *Abide With Me...* Pags, que había sido capaz de permanecer tranquilamente sentado durante horas con su fusil calibre 50 a un lado, la mochila sobre las rodillas y un paquete de Winston encajado bajo la correa del casco, tocando una y otra vez *Goin' Up the Country*.

Cualquier parecido con Bobby Garfield se había esfumado hacía mucho tiempo, advirtió Sully al mirar en el interior del ataúd. En la funeraria habían realizado un trabajo lo bastante meritorio para justificar el ataúd abierto; aun así, Pags ofrecía el característico aspecto —la piel flácida, el mentón afilado— de un hombre grueso que se ha visto sometido en sus últimos meses a la Dieta del Cáncer, la que nunca aparece en la sección de belleza de las revistas femeninas, la que consiste en radiación, venenos químicos inyectados, y todas las patatas fritas que uno quiera.

—¿Te acuerdas de las armónicas? —preguntó Dieffenbaker.

—Me acuerdo —dijo Sully—. Me acuerdo de todo. —Su respuesta sonó extraña, y Dieffenbaker le lanzó una mirada.

De pronto asaltó a Sully el nítido e intenso recuerdo de la expresión de Deef aquel día en la aldea cuando Malenfant, Climson y los otros imbéciles empezaron súbitamente a resarcirse del horror de esa mañana..., del horror de la última semana. Necesitaban proyectarlo sobre algo, todo lo ocurrido, los aullidos en la noche y el repentino fuego de mortero y finalmente los helicópteros en llamas que habían caído con los rotores aún en movimiento, disipando su propia humareda. Se estrellaron contra el suelo. Y los hombrecillos de los pijamas negros comenzaron a disparar desde la maleza contra Delta dos-dos y Bravo dos-uno tan pronto como los soldados estadounidenses salieron al claro. Sully corría con Willie Shearman a su derecha y el teniente Packer delante; de pronto, una ráfaga de ametralladora alcanzó al teniente Packer en la cara y delante de Sully ya no había nadie. Ronnie Malenfant se hallaba a su izquierda, y Malenfant gritaba con su voz aguda, gritaba ininterrumpidamente, parecía un vendedor agresivo atiborrado de anfetaminas: «¡Vamos, putos pedazos de carne con piernas! ¡Vamos, desgraciados de mierda! ¡Disparadme, hijos de puta! ¡Jodidos hijos de puta! ¡No le acertáis ni a una mierda!» Pagano estaba detrás de ellos, y Slocum junto a Pags. Había algunos soldados de Bravo, pero en su mayoría eran de Delta, o eso creía recordar Sully. Willie Shearman llamó a sus hombres, pero muchos de ellos se rezagaron. Clemson estaba allí, y Wollensky, y Hackermeyer, y era asombroso que todavía recordara sus nombres, sus nombres y el olor de aquel día. El olor de la vegetación y el olor del queroseno. El aspecto del cielo, azul sobre verde..., y cómo disparaban, cómo disparaban aquellos cabrones; era imposible olvidar cómo disparaban o lo que uno sentía cuando las balas silbaban cerca. Y

Malenfant seguía gritando: «¡Disparadme, pedazos de carne! ¿Es que no sabéis? ¿Estáis ciegos, hijos de puta? ¡Vamos, aquí estoy! ¡Maricones cegatos, gilipollas, tarados, aquí estoy!» Y los hombres de los helicópteros abatidos chillaban, así que los sacamos, sofocamos el fuego con espuma y los sacamos, sólo que ya no eran hombres, eran en su mayoría gemebundos platos precocinados, platos precocinados con ojos y hebillas de cinturón y aquellos trémulos dedos extendidos con las uñas fundidas y humeantes, sí, así como suena, no la clase de cosas que uno contaría a gente como el doctor Conroy, cómo se desprendían trozos de carne de sus cuerpos al tirar de ellos, *deslizándose*, por así decirlo, como se desliza la piel tostada de un pavo recién asado sobre la capa de grasa caliente y licuefacta que hay debajo, así como suena, y al mismo tiempo se percibe el olor de la vegetación y el queroseno, todo ocurre realmente, es el «gran chou», como antes decía Ed Sullivan en su programa de televisión, y todo sucede en el momento de *nuestra* actuación, así que no queda más remedio que seguir adelante, intentar salir del paso.

Así fue la mañana, así fue el episodio de los helicópteros, y algo así tenía que descargarse en algún sitio. Cuando aquella tarde llegaron a la miserable aldeúcha, el hedor de la carne quemada de la tripulación de los helicópteros continuaba prendido a sus olfatos, el antiguo teniente había muerto, y algunos de los hombres —Malenfant y sus amigos para más detalle— se habían trastocado. Dieffenbaker era el nuevo teniente, y sin comerlo ni beberlo se encontraba al frente de una pandilla de dementes que querían matar a cuantos se cruzaran en su camino: niños, ancianos, viejas *mama-sans* con zapatillas chinas de color rojo.

Los helicópteros se estrellaron a las diez. A las dos y cinco aproximadamente, Ronnie Malenfant primero hundió la bayoneta en el vientre de la anciana y luego anunció su propósito de rebanarle la cabeza a la jodida cerda. A las cuatro y cuarto aproximadamente, a menos de cuatro kilómetros de la aldea, el mundo estalló en la cara de John Sullivan. Así fue su gran día en la provincia de Dong Ha, su verdadero «gran chou».

De pie entre dos chozas del principio de la única calle de la aldea, Dieffenbaker parecía un crío asustado de dieciséis años. Pero no tenía dieciséis, tenía veinticinco, varios más que Sully y la mayoría de los otros. Entre los presentes, sólo Willie Shearman igualaba a Deef en edad y rango, pero Willie parecía reacio a intervenir. Quizá la operación de rescate de esa mañana había mermado sus fuerzas. O quizá se había percatado de que nuevamente eran los hombres de Delta dos-dos quienes llevaban la iniciativa. Vociferando, Malenfant decía que cuando esos tarados de los vietcong vieran unas cuantas cabezas empaladas, se lo pensarían dos veces antes de meterse con la compañía Delta. Hablando y hablando con aquella voz de vendedor telefónico, penetrante como un taladro. El jugador de cartas. El tahúr. Pags tenía sus armónicas; Malenfant tenía su jodida baraja. Los corazones, ése era el juego de

Malenfant. A diez centavos el tanto si podía convencer a sus rivales, a cinco centavos si no podía. «¡Vamos, chicos!», gritaba con aquella voz penetrante, una voz que, hubiera jurado Sully, podía provocar hemorragias nasales y matar langostas al vuelo. «¡Venga, preparaos, vamos a la caza de la bruja!»

Sully recordaba al nuevo teniente allí de pie, en la calle de la aldea, pálido, extenuado, confuso. Recordaba que pensó: Es incapaz de hacerlo. Sea lo que sea lo que debe hacerse para impedir que eso se desmande, es incapaz de hacerlo. Pero en ese momento Dieffenbaker recobró el aplomo, miró a Sly Slocum y asintió con la cabeza. Slocum no vaciló ni por un instante. Slocum, de pie en la calle junto a una silla de cocina tumbada con las patas cromadas y el asiento rojo, se echó el fusil al hombro, apuntó y le voló la cabeza limpiamente a Ralph Clemson. Pagano, cerca de él, contemplando boquiabierto a Malenfant, apenas notó que había quedado salpicado casi de los pies a la cabeza. Clemson cayó muerto en la calle, y eso puso fin a la fiesta. El juego ha terminado, muchacho.



En la actualidad Dieffenbaker tenía una considerable tripa de jugador de golf y llevaba bifocales. Además, había perdido casi todo el pelo. Su calvicie sorprendió a Sully, porque cinco años atrás, en la reunión de la unidad en Nueva Jersey, Deef conservaba el cabello casi intacto. Ésa era la última vez, se había jurado Sully, que acudía a una reunión con aquellos tipos. No mejoraban con los años. No maduraban. Cada reunión se parecía más al reparto de la serie *Seinfeld* en torno a un miserable plato de cangrejo.

—¿Quieres salir a fumar? —preguntó el nuevo teniente—. ¿O también dejaste el tabaco cuando lo dejó todo el mundo?

—Lo dejé como todo el mundo, afirmativo.

Se habían colocado a la izquierda del féretro para no estorbar a los otros asistentes al funeral que deseaban acercarse a mirar. Hablando en susurros, la música grabada elevándose por encima de sus voces, la aburrida banda sonora de la salvación. En ese instante sonaba *The Old Rugged Cross*, le pareció a Sully.

—Creo que Pags habría preferido... —dijo.

—*Goin' Up the Country o Let's Work Together* —apuntó Dieffenbaker con una sonrisa.

Sully sonrió también. Era uno de esos momentos inesperados, como un fugaz rayo de sol en un día lluvioso, en que podía compartirse un grato recuerdo..., uno de esos momento en que uno, asombrosamente, casi se alegraba de haber estado allí.

—O quizá *Boom Boom*, aquella canción de los Animals —añadió Sully.

—Recuerdas cuando Sly Slocum dijo a Pags que le metería la armónica por el

culo si no la dejaba descansar un rato.

Sully, todavía sonriente, movió la cabeza en un gesto de asentimiento.

—Dijo que si se la metía lo bastante adentro, Pags podría tocar *Red River Valley* cuando se tirara un pedo. —Volvió a echar un afectuoso vistazo hacia el ataúd como si esperase que Pagano sonriera también con aquel recuerdo. Pagano no sonreía. Pagano yacía allí inmóvil con la cara maquillada. Pagano había cruzado ya al otro lado—. Te propongo una cosa: saldré contigo y te miraré mientras fumas.

—Trato hecho.

Dieffenbaker, que en una ocasión había dado a uno de sus soldados la orden de matar a otro de ellos, se encaminó hacia la puerta por el pasillo lateral de la capilla, reflejándose en su calva una luz muticolor cuando pasó por debajo de las vidrieras. Cojeando detrás de él —había cojeado durante más de media vida y ya no era consciente de ello—, salió John Sullivan, concesionario de Chevrolet en la categoría de honor.



En la I-95 la circulación se hizo más lenta y al final se detuvo completamente, salvo por algún esporádico avance en uno u otro carril. En la radio *and the Mysterians* habían dado paso a *Sly and the Family Stone, Dance to the Music*. El jodido Slocum sin duda habría empezado a bailar en el asiento, a bailar a tope. Sully dejó el Caprice de demostración en punto muerto y marcó el ritmo con los dedos sobre el volante.

Cuando la canción comenzó a desvanecerse, Sully miró a su derecha, y allí estaba la vieja *mama-san*, en el asiento contiguo. No bailaba; simplemente estaba allí sentada con las amarillas manos cruzadas sobre el regazo y las estridentes zapatillas rojas plantadas en la alfombrilla de plástico desechable con el lema SULLIVAN CHEVROLET SABE VALORAR LOS INTERESES DE SUS CLIENTES.

—Hola, vieja bruja —saludó Sully, más complacido que sobresaltado. ¿Cuándo se había dejado ver por última vez? En la fiesta de Noche Vieja en casa del los Tacklin, la última vez que Sully pilló una buena borrachera—. ¿Por qué no has ido al funeral de Pags? El nuevo teniente ha preguntado por ti.

Ella no contestó, pero ¿acaso contestaba alguna vez? Sólo permanecía allí sentada con las manos cruzadas y sus ojos negros fijos en él, una aparición de Halloween vestida de verde, naranja y rojo. La vieja *mama-san* no era como los fantasmas de las películas de Hollywood; no se transparentaba, no cambiaba de forma, no se desvanecía. En una de sus muñecas descarnadas y amarillas llevaba un cordel trenzado, como el brazalete de la amistad que se ponían los adolescentes en el instituto. Y si bien se veía hasta la última vuelta del cordel y hasta la última arruga de su anciano rostro, no olía a nada, y cuando en una ocasión Sully trató de tocarla, ella

desapareció en el acto. La vieja *mama-san* era un fantasma, y la cabeza de Sully era la casa embrujada donde ella moraba. Sólo muy de vez en cuando (por lo general sin dolor ni previo aviso) su cabeza la vomitaba hacia el exterior y entonces debía conformarse con mirarla.

Era inmutable. No perdía el pelo, ni se le formaban cálculos biliares, ni necesitaba bifocales. No murió como habían muerto Clemson y Pags y Packer y los tripulantes de los helicópteros abatidos (incluso los dos que lograron sacar del claro cubiertos de espuma como hombres de las nieves murieron poco después; sus quemaduras eran demasiado graves, así que todo el esfuerzo fue en vano). Tampoco desapareció como había desaparecido Carol. No, la vieja *mama-san* le hacía esporádicas visitas, y no había cambiado un ápice desde que *Instant Karma* llegó a las listas de éxitos. Había tenido que morir una vez, era cierto, había tenido que yacer en el barro mientras Malenfant primero le hundía la bayoneta en el vientre y después anunciaba su propósito de decapitarla, pero desde entonces no pasaban los años por ella.

—¿Dónde has estado, cariño?

Si por casualidad algún pasajero de otro coche miraba en dirección a él (el Caprice estaba ya rodeado por los cuatro costados, encajonado) y le veía mover los labios, supondría sencillamente que cantaba al son de la radio. Incluso si pensaba algo distinto, ¿qué más daba? ¿A quién carajo importaba lo que pensara cualquiera de ellos? Sully había visto cosas, cosas horribles, y entre las peores, una porción de sus propios intestinos reposando sobre su vello púbico ensangrentado, y si en ocasiones veía a aquel viejo fantasma (y hablaba con él), ¿qué más daba? ¿Acaso no era asunto suyo y solo suyo?

Sully miró al frente, intentando atisbar qué provocaba el atasco (no vio nada, nunca se veía nada; uno tenía que limitarse a esperar y avanzar unos metros cuando el coche de delante se movía), y luego se volvió de nuevo hacia ella. A veces, cuando Sully desviaba la vista unos instantes, la vieja *mama-san* desaparecía. No fue así en esta ocasión; esta vez simplemente se había cambiado de ropa. Conservaba las zapatillas rojas, pero ahora vestía de enfermera: pantalones blancos, blusa blanca (con un pequeño reloj de oro prendido de la tela, todo un detalle), gorro blanco con una fina banda negra. Aún tenía las manos cruzadas sobre el regazo, no obstante, y aún miraba a Sully.

—¿Dónde has estado, *mama*? Te he echado de menos. Te parecerá raro, pero es verdad. *Mama*, me he acordado mucho de ti. Tendrías que haber visto al nuevo teniente. En serio, es asombroso. Ha entrado en la fase del panel solar del sexo. No le queda un solo pelo en la cabeza, tiene una calva reluciente.

La vieja *mama-san* no dijo nada. A Sully no le sorprendió.



A un lado de la funeraria había un callejón con un banco verde adosado a la pared. Flanqueaban el banco dos artesas de base tachonada llenas de arena. Dieffenbaker se sentó junto a una de las artesas, se puso un cigarrillo entre los labios (era un Dunhill nada desdeñable, observó Sully) y ofreció el paquete a Sully.

—No, lo he dejado de verdad.

—Estupendo. —Dieffenbaker encendió el cigarrillo con un Zippo, y Sully tomó conciencia de un curioso hecho: no había visto a un solo excombatiente de Vietnam encender un cigarrillo con fósforos o con encendedores de gas desechables; al parecer, todos usaban Zippos. Obviamente eso no podía ser cierto, ¿o sí?

—Aún cojeas bastante —comentó Dieffenbaker.

—Sí.

—En términos relativos, diría que has mejorado notablemente. La última vez que te vi, más que cojear, te tambaleabas. Sobre todo después de echarte unas cuantas copas entre pecho y espalda.

—¿Aún vas a las reuniones? —preguntó Sully—. ¿Todavía se organizan, las meriendas campestres y toda esa mierda?

—Creo que aún se organizan, sí, pero yo no voy desde hace tres años. Empezaban a resultar demasiado deprimentes.

—Sí, los que no tienen cáncer son alcohólicos empedernidos. Los que han conseguido abandonar la bebida ahora toman prozac.

—Te has dado cuenta, veo —dijo Dieffenbaker.

—Joder, claro que me he dado cuenta.

—Supongo que no debo sorprenderme. Nunca fuiste una lumbrera, Sully-John, pero ya por entonces eras muy observador. En cualquier caso, has dado en el clavo: alcohol, cáncer y depresión, éstos son los principales problemas, por lo que se ve. Ah, y los dientes. No he conocido a un solo veterano de Vietnam que no estuviera pasando un auténtico suplicio con los dientes... si es que le quedaba alguno, claro está. ¿Y tú, Sully? ¿Qué tal andas de los piños?

Sully, a quien le habían extraído seis piezas desde Vietnam (y matado incontables nervios), hizo oscilar la mano en un gesto que quería decir *comme ci, comme ça*.

—¿Y el otro problema? —preguntó Dieffenbaker—. ¿Eso cómo va?

—Depende —respondió Sully.

—¿De qué?

—De qué describí como mi problema. Fuimos a tres de esas reuniones de mierda...

—Yo a cuatro. Estuve como mínimo en una en la que no coincidimos. ¿El año posterior a la de Nueva Jersey, puede? En la que Andy Hackermeyer anunció que iba a suicidarse tirándose de lo alto de la Estatua de la Libertad.

—¿Llegó a hacerlo?

Dieffenbaker aspiró hondo el humo del cigarrillo y dirigió a Sully lo que era aún una mirada de teniente. Pese a los años transcurridos, todavía era capaz de adoptar esa expresión. Asombroso.

—Si lo hubiera hecho, te habrías enterado por el *Post*. ¿No lees el *Post*?

—Religiosamente.

Dieffenbaker asintió con la cabeza.

—Todos los veteranos de Vietnam tienen problemas con los dientes y leen el *Post*. Si residen en el área de distribución del *Post*, claro está. ¿Qué deben de hacer los que viven en zonas donde no llega el *Post*?

—Escuchar a Paul Harvey —dijo Sully de inmediato, y Dieffenbaker se echó a reír.

Sully se acordaba de Hack, que también estaba presente el día de los helicópteros y la aldea y la emboscada. Un muchacho rubio con una risa contagiosa. Tenía una foto de su novia plastificada para que no se estropeará con la humedad y provista de una cadena de plata para llevarla colgada del cuello. Hackermeyer se hallaba a la derecha de Sully cuando entraron en la aldea y se inició el tiroteo. Los dos vieron a la vieja *mama-san* salir corriendo de su choza con las manos en alto, farfullando atropelladamente, farfullando a Malenfant, Clemson, Peasley, Mims y los otros que disparaban a mansalva en todas direcciones. Mims, quizá involuntariamente, hirió a un niño en una pantorrilla. El niño, lanzando alaridos de dolor, yacía en el suelo frente a una de las miserables chabolas. La vieja *mama-san* decidió que Malenfant era el jefe —una conclusión lógica al fin y al cabo, puesto que Malenfant era el único que vociferaba sin cesar— y corrió hacia él, aún agitando las manos. Sully podría haber advertido a la mujer que cometía un grave error, que el gran tahúr había llevado una mañana de perros, como todos ellos, pero Sully no despegó los labios. Él y Hack observaron inmóviles mientras Malenfant alzaba el fusil y le asestaba un culatazo a la anciana en plena cara, acallando en el acto su parloteo. Willie Shearman se encontraba a unos veinte metros de distancia, el Willie Shearman del pueblo de Sully, uno de los chicos católicos que él y Bobby tanto temían, y su expresión era inescrutable. Willie Béisbol, lo llamaban algunos de sus hombres, y siempre afectuosamente.

—Así pues, ¿cómo va tu problema, Sully-John?

Sully regresó de la aldea de Dong Ha al callejón contiguo a la funeraria de Nueva York..., pero lentamente. Algunos recuerdos eran como la muñeca embreada de aquella vieja fábula del tío Remus sobre el Hermano Zorro y el Hermano Conejo: uno se queda adherido a ellos.

—Supongo que todo depende. ¿A qué problema me referí?

—Dijiste que te habían volado los huevos en la emboscada que nos tendieron fuera de la aldea. Dijiste que Dios te había castigado por no detener a Malenfant antes

de que se pusiera nervioso y matara a la anciana.

Decir «nervioso» era quedarse bastante corto si uno recordaba a Malenfant allí de pie, con las piernas afianzadas a ambos lados de la anciana, clavándole la bayoneta con toda su fuerza, sin dejar de hablar. Cuando la sangre empezó a manar, el blusón adquirió un color tornasolado.

—Exageré un poco —respondió Sully—, como suelen hacer los borrachos. Parte del escroto originario y su contenido está todavía presente y en activo, y a veces el surtidor aún funciona. Sobre todo desde la aparición de la Viagra. Alabada sea esa mierda.

—¿Has dejado la bebida, además del tabaco?

—Tomo alguna que otra cerveza —dijo Sully.

—¿Prozac?

—Todavía no.

—¿Estás divorciado?

Sully asintió con la cabeza.

—¿Y tú?

—Dos veces —contestó Dieffenbaker—. Pero estoy planteándome dar el paso por tercera vez. Con Mary Theresa Charlton, una mujer adorable. A la tercera va la vencida, ése es mi lema.

—¿Te das cuenta, teniente? —preguntó Sully—. Entre los dos, hemos descubierto algunos legados incuestionables de la experiencia vietnamita. —Levantó un dedo—. Los veteranos de la guerra de Vietnam contraen cáncer, normalmente en los pulmones o el cerebro, pero también en otros órganos.

—Como Pags. El de Pags era de páncreas, ¿no?

—Exacto.

—Todos esos casos de cáncer se deben al Agente Naranja —dijo Dieffenbaker—. Nadie puede demostrarlo, pero todos lo sabemos. El Agente Naranja, el don que sigue dando sus frutos.

Sully levantó un segundo dedo (el dedo de meter lo habría llamado sin duda Ronnie Malenfant).

—Los veteranos de Vietnam sufren de depresión, se emborrachan en las fiestas, amenazan con saltar desde lo alto de monumentos nacionales. —El tercer dedo—. Los veteranos de Vietnam tienen mal los dientes. —El meñique—. Los veteranos de Vietnam se divorcian.

Al llegar a este punto, Sully se quedó en silencio, oyendo distraídamente la música de órgano grabada que salía del interior de la capilla por una ventana medio abierta, mirándose los cuatro dedos extendidos y luego el pulgar, todavía encogido contra la palma de la mano. Los veteranos eran drogadictos. Los veteranos, en términos generales, eran considerados un grupo de alto riesgo en la concesión de

préstamos; el director de cualquier sucursal bancaria podía corroborarlo (el propio Sully se lo había oído decir a unos cuantos en la época en que intentaba establecerse como concesionario). Los veteranos rebasaban el límite de sus tarjetas de crédito, eran expulsados de los casinos de juego, lloraban con las canciones de George Strait y Patty Loveless, se enzarzaban a cuchilladas por discrepancias en una partida de bolos, compraban coches potentes a plazos y los destrozaban, pegaban a sus esposas, pegaban a sus hijos, pegaban hasta a sus jodidos *perros*, y probablemente se cortaban al afeitarse más a menudo que la gente cuya experiencia de Vietnam se reducía a haber visto *Apocalypse Now* o aquella mierda de *El cazador*.

—¿Qué es el pulgar? —preguntó Dieffenbaker—. Vamos, Sully, no me tengas en vilo.

Sully se miró el pulgar contraído. Miró a Dieffenbaker, que ahora llevaba bifocales y había echado barriga (lo que los veteranos de Vietnam solían llamar «la casa construida por Bud») pero que quizá en algún lugar dentro de sí conservaba a aquel joven flaco de piel cérea. Por último se miró de nuevo el pulgar y lo extendió como quien hace autostop.

—Los veteranos de Vietnam usan encendedores Zippo —dijo—. Al menos hasta que dejan de fumar.

—O hasta que caen enfermos de cáncer —añadió Dieffenbaker—, en cuyo punto sus esposas se los arrancan sin duda de las debilitadas manos.

—Excepto aquellos que previamente se han divorciado —precisó Sully, y los dos prorrumplieron en carcajadas.

Se sentían a gusto fuera de la funeraria. Bueno, quizá no *a gusto* exactamente, pero mejor que dentro. En el interior, la música de órgano era espantosa, y el empalagoso perfume de las flores era aún peor. A Sully, el olor de las flores le traía a la memoria el delta del Mekong. «La zona», decía ahora la gente, pero no recordaba haber oído nunca esa expresión por aquel entonces.

—Así pues, no perdiste del todo los huevos —comentó Dieffenbaker.

—No, no llegué a quedar en la situación de Jake Barnes.

—¿Quién?

—No importa —respondió Sully. No era un gran lector, nunca lo había sido (a diferencia de su amigo Bobby), pero la bibliotecaria del centro de rehabilitación le había proporcionado un ejemplar de *Fiesta*, y Sully leyó el libro ávidamente, y no una sola vez sino tres. En aquellos momentos le pareció muy importante, tanto como *El señor de las moscas* para Bobby cuando eran niños. Ahora Jake Barnes, le resultaba un personaje remoto, un hombre de hojalata con problemas ficticios. Una simple invención más.

—¿No?

—No. Puedo estar con una mujer si de verdad lo deseo; no puedo tener hijos pero

sí estar con una mujer —explicó Sully—. Exige mucha preparación, eso sí, y a veces uno no sabe si realmente merece la pena tanto esfuerzo.

Dieffenbaker guardó silencio por unos instantes. Se quedó inmóvil, contemplándose las manos. Cuando alzó la vista, Sully pensó que daría algún pretexto para marcharse, que diría que tenía el tiempo justo para despedirse rápidamente de la viuda antes de volver a la batalla (en el caso del nuevo teniente, creía recordar Sully, actualmente la batalla consistía en vender ordenadores con algo mágico llamado Pentium en su interior). Sin embargo, Dieffenbaker no dijo eso, sino que preguntó:

—¿Y qué hay de la anciana? ¿La ves aún, o ha desaparecido?

Sully notó agitarse el miedo —indefinido pero enorme— en algún profundo rincón de su mente.

—¿Qué anciana?

No recordaba habérselo contado a Dieffenbaker, no recordaba habérselo contado a *nadie*, pero obviamente lo había hecho. Podía haber contado a Dieffenbaker cualquier cosa en aquellas reuniones; en su memoria no eran más que agujeros negros con olor a alcohol.

—La vieja *mama-san* —aclaró Dieffenbaker, y volvió a sacar el paquete de tabaco—. La que mató Malenfant. Me dijiste que la veías a menudo. «A veces cambia de ropa, pero siempre es ella», dijiste. ¿Aún la ves?

—¿Puedo coger uno? —preguntó Sully—. Nunca he probado un Dunhill.



En la WKND, Donna Summer cantaba una canción sobre una chica mala, una chica muy mala. Sully se volvió hacia la vieja *mama-san*, que vestía otra vez el blusón anaranjado y los pantalones verdes, y dijo:

—A simple vista, nadie habría dicho que Malenfant estaba loco. O al menos no más loco que cualquier otro..., salvo quizá en lo referente a los corazones. Siempre andaba buscando a otros tres tipos dispuestos a jugar a los corazones con él, y a eso no puede llamárselo locura, ¿no crees? Su pasión por la baraja no era peor que la afición de Pags por la armónica, y sí, en cambio, mucho más inofensiva que la tendencia de algunos a pasarse la noche entera esnifando heroína. Además, Ronnie ayudó a sacar de los helicópteros a los heridos. Debía de haber una docena de amarillos escondidos en la maleza, quizá dos docenas, y todos disparando a mansalva. Mataron al teniente Packer, y Malenfant debió de verlo caer, estaba allí mismo, pero no vaciló ni por un instante. —Tampoco Fowler, Hack, Slocum, Peasley o el propio Sully vacilaron. Aun después de ser abatido Packer siguieron adelante. Eran soldados valientes. Y si su valor se había desperdiciado en una guerra provocada

por la testarudez de unos viejos, ¿significaba eso acaso que su valor careciera de importancia? Análogamente, ¿podía considerarse equivocada la causa que Carol Gerber defendía por el hecho de que una bomba hubiera explotado cuando no debía? En Vietnam, muchas bombas explotaron cuando no debían. Si uno se paraba a pensar, ¿qué era Ronnie Malenfant sino una bomba que había explotado cuando no debía?

La vieja *mama-san* seguía mirándolo, su anciana novia de cabellos blancos sentada allí junto a él con las manos en el regazo, unas manos amarillas cruzadas donde el blusón anaranjado caía sobre los pantalones verdes de poliéster.

—Llevaban casi dos semanas disparándonos —continuó Sully—. Desde que salimos del valle de A Shau. Los vencimos en Tam Boi, y después de una victoria se supone que uno ha de avanzar, o al menos eso creía yo, y sin embargo nosotros no iniciamos una ofensiva sino una retirada. Joder, fue casi una huida en desbandada, y desde luego no tardamos mucho en dejar de sentirnos vencedores. No teníamos el menor respaldo; nos habían dejado allí abandonados a nuestra suerte. ¡Jodida vietnamización! ¡Vaya una broma!

Guardó silencio por un momento, mirando a la vieja *mama-san* mientras ella mantenía fija en él su serena mirada. Fuera del Caprice, los coches detenidos resplandecían bajo el sol. Un camionero impaciente tocó la bocina, y Sully se sobresaltó como un hombre al que se arranca bruscamente de su sueño.

—Fue entonces cuando me encontré con Willie Shearman, al iniciar la retirada desde el valle de A Shau. Su cara me resultaba familiar, y estaba seguro de que lo conocía de algo, pero no sabía de qué. La gente cambia mucho de los catorce a los veinticuatro años, ¿sabes? Una tarde, él y unos cuantos más estaban allí de charla, hablando de chicas, y Willie contó que su primer beso con lengua fue en un baile de la Congregación de Santa Teresa de Jesús. Y pensé: ¡Joder, ésa era la escuela para chicas adscrita al San Gabriel! Me acerqué a él y dije: «Vosotros los del colegio de curas quizá fuerais los reyes de Asher Avenue, pero os poníamos a caldo cada vez que veníais al Instituto Harwich a jugar al fútbol». ¡Y no veas qué sorpresa se llevó! El jodido Willie se levantó de un brinco, tan deprisa que creí que iba a salir corriendo. Dio la impresión de que hubiera visto un fantasma o algo así. Luego se rió, me tendió la mano y vi que llevaba aún su anillo del San Gabriel. ¿Y sabes qué demuestra eso?

La vieja *mama-san* no dijo nada, nunca decía nada, pero Sully adivinó en su mirada que en efecto sabía qué demostraba aquello: que la gente era muy rara, que los jóvenes decían cosas sorprendentes, que los triunfadores nunca se rajan y los rajados nunca triunfan. Y de paso, que Dios bendiga a Estados Unidos.

—El caso es que nos dieron caza durante toda aquella semana, y pronto empezó a ser evidente que se mantenían firmes..., ganaban terreno en los flancos..., en nuestro bando las bajas seguían en aumento y no podíamos dormir a causa de las bengalas, los helicópteros, y los aullidos que ellos lanzaban por la noche, ocultos entre los

árboles. Y de pronto se nos echaban encima..., veinte de ellos, treinta..., atacaban y retrocedían, atacaban y retrocedían, siempre así..., y además tenían aquella táctica...

Sully se notó la boca seca y se humedeció los labios con la lengua. De pronto se arrepentía de haber asistido al funeral de Pags. En vida, Pags había sido un buen hombre, pero no tan bueno como para justificar el retorno de aquellos recuerdos.

—Plantaban cuatro o cinco morteros en la espesura..., en uno de nuestros flancos..., y junto a cada mortero se colocaban ocho o nueve hombres en fila, cada uno con un obús. Los hombrecillos de los pijamas negros, todos en fila como niños de primaria esperando su turno para beber en la fuente. Y cuando se daba la orden, cada uno metía su obús en el tubo del mortero y se echaba a correr hacia adelante tan deprisa como podía. Corriendo de ese modo, llegaban a las posiciones del enemigo, nosotros, casi al mismo tiempo que caían los obuses. Aquella maniobra siempre me traía a la memoria una anécdota que nos contó una vez el vecino de Bobby Garfield mientras jugábamos delante de la casa de Bobby. Era sobre un antiguo jugador de béisbol de los Dodgers. Ted decía que aquel tipo era tan condenadamente rápido que, en los entrenamientos, podía golpear la pelota con el bate en la meta, pegándole hacia arriba para que hiciera un globo, salir corriendo y llegar a tiempo de recoger él mismo la pelota en la zona entre la segunda y la tercera base. Aquello lo ponía a uno... muy nervioso.

Sí. Tan nervioso como se sentía en ese momento, casi asustado, como un niño que comete el error de contarse historias de fantasmas en la oscuridad.

—El ataque de aquella mañana en el claro donde cayeron los helicópteros era más de lo mismo, te lo aseguro.

Salvo que eso no era del todo exacto. Aquella mañana los vietcong se cebaron en ellos; subieron el volumen al máximo y luego arrancaron el botón, como solía decir Mims. Los disparos procedentes de la maleza en torno a los helicópteros en llamas era, más que una lluvia, un incesante aguacero.

Tenía tabaco en la guantera del Caprice, un viejo paquete de Winston que Sully guardaba allí para casos de emergencia, trasladándolo de una guantera a otra siempre que cambiaba de coche. El cigarrillo que había gorreado a Dieffenbaker había despertado al tigre, y sucumbiendo a la tentación, Sully alargó el brazo ante la vieja *mama-san*, abrió la guantera, buscó a tientas entre los papeles y encontró por fin el paquete. El humo le irritaría la garganta y le sabría a cuerno quemado, pero no le importaba. Era poco más o menos lo que deseaba.

—Dos semanas soportando el fuego enemigo y la presión en los flancos —prosiguió a la vez que apretaba el encendedor del salpicadero—. Arréglatelas como puedas, improvisa, y no esperes refuerzos del jodido ejército survietnamita, porque, al parecer, siempre encontraban algo mejor que hacer. «Ir de putas, barbacoas y torneos de bolos», acostumbraba decir Malenfant. Las bajas eran cada vez más numerosas; la

cobertura aérea siempre aparecía a destiempo; nadie pegaba ojo, y la continua afluencia de efectivos en retirada procedentes del valle de A Shau no hacía más que complicar las cosas. Recuerdo que uno de los hombres de Willie, Havers o Haber, o algo así, recibió un balazo en plena cabeza. Recibió el balazo en la cabeza, y allí se quedó, tendido en el camino con los ojos abiertos, intentando hablar. Tenía el agujero justo aquí... —Sully se tocó el cráneo con la punta de un dedo por encima de la oreja—. La herida manaba sangre, y no podíamos creer que estuviera aún vivo, y menos aún que intentara hablar. Luego el episodio de los helicópteros..., eso fue como una escena de una película, con todo aquel humo y el tableteo de los fusiles. Para nosotros, eso fue el aviso de entrada..., ya sabes, de entrada a vuestra aldea. Allá fuimos, y lo primero que vimos, mira por dónde, fue aquella silla en la calle, una silla de cocina con el asiento rojo y las patas metálicas apuntando al cielo, en medio de la calle. Era una mierda de aldea, lo siento pero es la verdad, un sitio indigno para vivir, y por el que no merecía la pena morir. Los vuestros, las tropas del ejército survietnamita, no querían morir por sitios como aquél, ¿para qué? Apestaba, olía a mierda, como todas las demás aldeas. Esa impresión causaba. En todo caso, a mí el mal olor no me molestaba demasiado. Creo que lo que más me impactó fue la silla. Aquella silla lo decía todo.

Sully extrajo el encendedor del salpicadero, puso en contacto la espiral al rojo vivo con el extremo del cigarrillo, y de pronto recordó que se hallaba en un modelo de demostración. Podía fumar en un coche de demostración —era suyo, al fin y al cabo—, pero si alguno de los vendedores advertía el olor a humo y llegaba a la conclusión de que el jefe había hecho lo que para cualquier otro era motivo de despido, sembraría mal ambiente. Uno debía predicar con el ejemplo, al menos si quería granjearse cierto respeto.

—*Excusez-moi* —dijo a la vieja *mama-san*. Salió del coche, que tenía aún el motor en marcha, encendió el cigarrillo y se inclinó a través de la ventanilla para volver a insertar el encendedor en su receptáculo del salpicadero. Era un día caluroso, y un mar de coches al ralentí aumentaba aún más la sensación de calor. Sully percibía impaciencia alrededor, pero sólo oía su propia radio; el resto de la gente permanecía resguardada tras los cristales, arrebujaada en sus pequeños capullos refrigerados, escuchando un millar de músicas distintas, desde Liz Phair hasta William Ackerman. Supuso que cualquier otro veterano atrapado en el atasco que no tuviese un CD de los Allman Brothers o una cinta de Big Brother and the Holding Company probablemente escuchaba también la WKND, donde el pasado nunca había muerto y el futuro nunca llegaba.

Apoyándose en el capó del Caprice, Sully se puso de puntillas, se protegió los ojos de los reflejos del sol en los cromados y oteó al frente en busca del problema. Naturalmente, no vio nada.

«Ir de putas, barbacoas y torneos de bolos», pensó, y las palabras sonaron en su mente con la voz aguda y rechinante de Malenfant. Aquella voz de pesadilla bajo el cielo azul y fuera de la espesura. «Vamos, chicos, ¿quién tiene la jeringa? Me toca guardia a las nueve, el tiempo apremia, pongámonos en marcha, joder».

Sully dio una intensa calada al Winston y, tosiendo, expulsó el humo abrasador y rancio. Unos puntos negros comenzaron a danzar en la claridad de la tarde, y Sully observó el cigarrillo que sostenía entre los dedos con una expresión de terror casi cómica. ¿Qué hacía, caer otra vez en el vicio? ¿Acaso estaba loco? Bueno, sí, claro que estaba loco, pero no por eso tenía que volver a empezar con aquella mierda. El tabaco era el Agente Naranja que uno pagaba de su propio bolsillo. Sully tiró el Winston. Se le antojó la decisión correcta, pero ni el acelerado ritmo de su corazón se redujo, ni desapareció la sensación —idéntica a la que lo invadía en Vietnam cuando salía a patrullar, y que tan bien recordaba— de que la boca se le quedaba seca y pastosa, contrayéndose y arrugándose por dentro como una piel quemada. Algunas personas tenían miedo a las multitudes —agorafobia, se llamaba, temor a la plaza del mercado—, pero a Sully sólo lo asaltaba esa abrumadora sensación de tumulto y exceso en situaciones como aquélla. No lo agobiaban los ascensores ni los vestíbulos abarrotados en los intermedios ni los andenes de las estaciones en hora punta, pero cuando el tráfico se embotellaba y detenía alrededor, se adueñaba de él un considerable nerviosismo. No era posible huir ni esconderse.

Otros conductores o pasajeros empezaban a surgir de sus celdas de hibernación refrigeradas. Una mujer con un sobrio traje sastre marrón, junto a un sobrio BMW marrón, movía impaciente un pie enfundado en un zapato de tacón, condensándose el sol veraniego en su pulsera de oro y sus pendientes de plata. Su mirada y la de Sully se cruzaron; ella alzó la vista al cielo, como diciendo «¿No es lo típico de siempre?», y consultó su reloj (también de oro, también resplandeciente). Un hombre sentado a horcajadas en una Yamaha verde apagó el motor, afianzó la moto en el soporte y dejó el casco en el asfalto manchado de aceite junto a un pedal. Llevaba unos pantalones negros de ciclista y una camiseta sin mangas con el rótulo PROPIEDAD DE LOS KNICKS DE NUEVA YORK estampado en el pecho. Sully calculó que aquel caballero, con semejante indumentaria, perdería aproximadamente un setenta por ciento de su piel si por alguna casualidad conseguía poner la moto a más de diez por hora.

—¡Qué coñazo, tío! —exclamó el hombre de la Yamaha—. Debe de haber habido un accidente. Espero que no se trate de ningún cargamento radiactivo. —Y se echó a reír para demostrar que bromeaba.

Más adelante, en el carril de la izquierda —lo que habría sido el carril rápido si la circulación no hubiera estado cortada—, había una mujer vestida con un equipo de tenis blanco al lado de un Toyota cuyo parachoques exhibía dos adhesivos: NUCLEAR NO a la izquierda de la matrícula y EL GATO DOMÉSTICO: LA OTRA CARNE BLANCA a la

derecha de la matrícula. Llevaba la falda muy corta, luciendo unos muslos largos y morenos, y cuando se levantó las gafas, acomodándose las sobre el pelo rubio con mechas, Sully le vio los ojos. Eran grandes y azules, y se advertía en ellos cierta expresión de alarma, una expresión que suscitaba en uno el deseo de acariciarle la mejilla (o quizá estrecharle los hombros con un brazo) y decirle que no se preocupara, que todo iría bien. Era una expresión que Sully recordaba bien. Era la expresión que en su día lo había desconcertado. Era Carol Gerber quien estaba allí, unos metros más adelante, Carol Gerber con ropa y zapatillas de tenis. No la veía desde una noche de finales de 1966 en que él fue a visitarla a su casa y pasaron un rato viendo la televisión desde el sofá (junto con la madre de Carol, que despedía un fuerte olor a vino). Acabaron enzarzándose en una discusión sobre la guerra, y él se marchó. Vendré a verla otra vez cuando tenga la seguridad de que puedo conservar la calma, pensó mientras se alejaba en su viejo Chevrolet (ya por entonces era un incondicional de los Chevrolet). Pero nunca volvió. Poco después ella estaba ya metida hasta el cuello en gilipolleces antibelicistas —otra cosa quizá no, pero eso se lo aprendió bien durante su semestre en Maine—, y Sully se salía de sus casillas con sólo pensar en ella. Una jodida cabeza hueca, eso era Carol; se había tragado toda aquella propaganda comunista contra la guerra con anzuelo, sedal y plomo. Luego, claro está, se unió a aquel grupo de fanáticos, el EMP, y la situación se descontroló por completo.

—¡Carol! —llamó Sully, encaminándose hacia ella. Dejó atrás la Yamaha verde moco, cruzó el carril entre el parachoques trasero de una furgoneta y un sedán, la perdió de vista por un momento mientras pasaba junto a un ruidoso camión de alto tonelaje, y después la vio de nuevo—. ¡Carol! ¡Eh, Carol!

Sin embargo, cuando ella se volvió, Sully se preguntó qué carajo estaba haciendo, que se había adueñado de él. Si Carol aún vivía, debía rondar los cincuenta años, como él, y aquella mujer tenía a lo sumo unos treinta y cinco.

Sully se detuvo, separado de ella aún por un carril. Alrededor se oía el rumor de los motores de coches y camiones, unido a un extraño chacoloteo que inicialmente Sully atribuyó al viento, pese a que hacía calor y el aire no se movía.

—¿Carol? ¿Carol Gerber?

El chacoloteo subió de volumen, sonando ahora como los chasquidos de una lengua al sacarla y meterla repetidamente a través de los labios apretados, o como un helicóptero a cinco kilómetros de distancia. Sully alzó la vista y vio caer del calinoso cielo azul, derecha hacia él, la pantalla de una lámpara. Instintivamente, echó atrás la cabeza, pero había practicado uno u otro deporte durante toda su vida académica, e incluso al mismo tiempo que se apartaba para esquivar el golpe, alargó un brazo. Atrapó diestramente la pantalla. Pintado en su superficie, se veía un barco de vapor río abajo sobre el fondo rojo pálido de un atardecer. NOSOTROS LO ESTAMOS PASANDO

BIEN EN EL MISISIPI, se leía encima del barco, escrito en una letra florituesa y anticuada. Debajo, con la misma caligrafía, rezaba: ¿Y VOSOTROS QUÉ TAL?

¿De dónde carajo ha salido esto?, se preguntó Sully, y de pronto la mujer que parecía una versión adulta de la Carol Gerber que él recordaba lanzó un grito. Levantó las manos como para reacomodarse las gafas sobre el pelo, pero el movimiento se interrumpió a medio camino, quedando sus manos suspendidas a la altura de los hombros, temblando como las de un director de orquesta desesperado. Con ese mismo ademán había salido la vieja *mama-san* de su sucia y miserable choza a la sucia y miserable calle de aquella sucia y miserable aldea de la provincia de Dong Ha. La sangre manchó los hombros del vestido de tenis de la mujer, primero en forma de salpicón, luego empapando la tela. Corrió por sus brazos bronceados y goteó desde los codos.

—¿Carol? —preguntó Sully estúpidamente. Estaba entre una camioneta Dodge Ram y un camión remolque Mack, vestido con el traje azul oscuro que se ponía para los funerales, sosteniendo una pantalla de lámpara comprada por algún turista como recuerdo del río Misisipi («¿Y vosotros qué tal?»), contemplando a una mujer de cuya cabeza ahora sobresalía un objeto. Cuando ella, tambaleándose, avanzó un paso, sus ojos azules aún muy abiertos, sus manos aún temblando en el aire, Sully advirtió que el objeto era un teléfono inalámbrico. Lo supo por la porción de antena visible, que oscilaba a cada paso que ella daba. Un teléfono inalámbrico había caído del cielo, había caído desde una gran altura —sabía Dios cuántos miles de metros—, y ahora estaba incrustado en la cabeza de aquella mujer.

Avanzó otro paso, tropezó con el capó de un Buick verde oscuro y se desplomó lentamente a medida que se doblaban sus rodillas. Era como ver sumergirse a un submarino, pensó Sully, sólo que cuando ella se perdiera de vista, asomaría, en lugar de un periscopio, una porción de antena de un teléfono inalámbrico.

—¿Carol? —susurró, pero no podía ser ella; ninguna de las personas que había conocido en su infancia, ninguna de las mujeres con quienes se había acostado alguna vez, estaba destinada a morir a causa de las heridas provocadas por un teléfono caído del cielo.

La gente empezaba a gritar. En su mayor parte, los gritos tenían una entonación interrogativa. Sonaban las bocinas. Los motores aumentaban de revoluciones, como si fuera posible moverse de allí. Junto a Sully, el conductor del camión remolque Mack pisaba rítmicamente el acelerador. Se disparó la alarma de un coche. Alguien profirió un alarido de dolor o sorpresa.

Una única mano blanca y trémula se sujetaba al capó del Buick verde oscuro. Llevaba una muñequera de tenis. Poco a poco, la muñequera y la mano se deslizaron por el capó, alejándose de Sully. Los dedos de la mujer parecida a Carol se aferraron por un instante al borde del capó y finalmente desaparecieron. Algo más caía del

cielo, surcando el aire con un silbido.

—¡Cuerpo a tierra! —exclamó Sully—. ¡Cuerpo a tierra, joder!

El silbido se hizo más intenso, convirtiéndose en un zumbido penetrante y ensordecedor, y se interrumpió súbitamente en cuanto el objeto se estrelló contra el capó del Buick, abollándolo como un puño y desencajándolo bajo el parabrisas. El objeto que sobresalía del compartimento del motor semejaba un horno microondas.

Al cabo de unos segundos, Sully oía caer innumerables objetos alrededor. Era como verse atrapado por un terremoto que por alguna razón no se originaba en las entrañas de la tierra sino por encima del nivel del suelo. Una inocua lluvia de revistas voló ante él: *Seventeen* y *GQ* y *Rolling Stone* y *Stereo Review*. Abiertas y con las hojas agitándose, parecían pájaros abatidos a tiros. A su derecha, descendía en picado una silla de oficina, girando sobre la base. Fue a dar en el techo de una ranchera Ford. El parabrisas de la ranchera saltó en blanquecinos pedazos. La silla rebotó y aterrizó en el capó de la ranchera. A continuación cayeron en el carril lento y el arcén un televisor portátil, una cesta de plástico para la ropa sucia, algo que parecía un racimo de cámaras fotográficas con las correas enmarañadas, y una plancha de goma de las que se usan como base en el béisbol. A la plancha de goma siguió un bate de béisbol Louisville Slugger o algo semejante. Una freidora de palomitas de las que se utilizan en los cines se hizo añicos al chocar contra el asfalto.

El tipo con la camiseta de los Knicks, el de la Yamaha verde moco, decidió que ya había visto bastante. Puso la moto en marcha y empezó a avanzar por el estrecho pasadizo formado entre el tercer y cuarto carril de la izquierda, serpenteando como un esquiador de slalom para esquivar los retrovisores laterales de los vehículos detenidos, manteniendo una mano en alto sobre la cabeza como quien cruza una calle bajo un chubasco de primavera. Sully, sosteniendo aún la pantalla de lámpara, pensó que le habría valido más coger el casco y ponérselo, pero cuando comenzaban a caer cosas alrededor, uno lógicamente se volvía olvidadizo y lo primero susceptible de olvido era la propia conveniencia.

Algo más se precipitaba del cielo en ese momento, algo grande —mayor desde luego que el horno microondas que había hundido el capó del Buick—, algo que caería muy cerca. Esta vez el descenso no iba acompañado de un mero silbido, como el de una bomba o un obús, sino del sonido de un avión o un helicóptero cayendo en picado, o incluso una casa. En Vietnam, Sully había visto caer del cielo todas esas cosas (la casa en pedazos, naturalmente), y sin embargo este sonido era distinto en un sentido básico: era también musical, como si se tratase del carillón más grande del mundo.

Era un piano de cola, blanco con detalles dorados, la clase de piano ante el cual uno espera ver a una mujer alta y elegante, vestida de negro, tocando *Night and Day*: «En el bullicio del tráfico, en el silencio de mi habitación solitaria». Un piano de cola

blanco precipitándose desde el cielo de Connecticut, dando vueltas y más vueltas, proyectando una sombra parecida a una medusa sobre los coches inmovilizados, produciendo sus cuerdas una inquietante música por efecto del viento que atraviesa su caja en rotación, moviéndose mecánicamente sus teclas como las de una pianola, reflejándose en sus pedales la luz calinosa del sol.

Descendía en lentas revoluciones, y el creciente sonido de su caída era como una interminable vibración dentro de un túnel de hojalata. Caía hacia Sully, su imprecisa sombra empezando ya a concentrarse y encogerse, apuntando a su aparente objetivo.

—¡Que cae! —gritó Sully, y se echó a correr—. ¡Que cae!

El piano descendía en barrena hacia la autopista, seguido a corta distancia de su banqueta blanca, y esta seguida a su vez de una cola de cometa formada por partituras, discos de 45 rpm con anchos agujeros en el centro, pequeños electrodomésticos, una larga chaqueta amarilla parecida a un guardapolvo, un neumático Goodyear, una parrilla de barbacoa, una veleta, un archivador, y una taza de té con el rótulo LA MEJOR ABUELA DEL MUNDO en su contorno exterior.



—¿Puedo coger uno? —había preguntado Sully a Dieffenbaker en el callejón contiguo a la funeraria donde Pags yacía en su caja con forro de seda—. Nunca he probado un Dunhill.

—Si es por levantarte el ánimo, los que haga falta —respondió Dieffenbaker con tono jocoso, como si nunca hubiera estado muerto de miedo.

Sully recordaba aún a Dieffenbaker de pie en aquella calle, junto a la silla de cocina volcada: su extrema palidez, sus labios temblorosos, el olor a humo y combustible de helicóptero prendido aún en la ropa. Dieffenbaker mirando alrededor, a Malenfant y la anciana, a los hombres que habían abierto fuego contra las chozas, al niño herido por Mims. Recordaba a Deef cruzando una mirada con el teniente Shearman, adivinando que no podía esperar ayuda de él. Ni de Sully, para qué negarlo. Recordaba asimismo la mirada de Slocum fija en Deef, Deef el nuevo teniente tras la muerte de Packer. Y finalmente Deef miró a Slocum. Sly Slocum no era oficial —ni siquiera uno de esos bocazas con ínfulas de general que siempre andaban cuestionándolo todo—, y nunca lo sería. Slocum era un simple soldado raso con cierta antigüedad que creía que un grupo que sonaba como Rare Earth tenía que ser negro por fuerza. En otras palabras, un machaca, pero un machaca preparado para hacer algo que los demás eran incapaces de hacer. Sin perder por completo de vista la angustiada mirada del nuevo teniente, Slocum volvió apenas la cabeza hacia Malenfant, Clemson, Peasley, Mims y el resto de autodesignados justicieros cuyos nombres Sully había olvidado hacía tiempo. Luego Slocum miró otra vez con plena

atención a Dieffenbaker. En total, eran seis u ocho los hombres que habían enloquecido y penetrado al trote en la mugrienta aldea por la calle embarrada, gritando mientras avanzaban —las típicas consignas aprendidas en el campamento de instrucción, el estribillo de *Hang On Sloppy*, gilipolleces de ésas—, y Slocum decía con la mirada: «Eh, ¿qué quieres? Ahora eres tú el que manda. ¿Qué quieres?»

Y Dieffenbaker asintió con la cabeza.

Sully se preguntaba si él, en el lugar del teniente, habría sido capaz de dar esa orden. Y sospechaba que si la responsabilidad hubiera caído en él, Clemson y Malenfant y aquellos otros desquiciados habrían matado hasta quedarse sin munición; ¿no era eso poco más o menos lo que habían hecho los hombres bajo el mando de Calley y Medina? Pero Dieffenbaker no era William Calley, justo era admitirlo. Dieffenbaker dio la orden con aquel leve gesto de asentimiento. Slocum asintió también en respuesta; luego se llevó el fusil al hombro y voló la cabeza a Ralph Clemson.

Sully siempre había pensado que fue Clemson el elegido porque Slocum conocía demasiado bien a Malenfant; Slocum y Malenfant habían fumado juntos muchos canutos de maría, y se sabía que Slocum había dedicado parte de su tiempo libre a ir a la caza de la bruja con los otros jugadores de corazones. Sin embargo, allí sentado con el Dunhill de Dieffenbaker girando entre los dedos, Sully llegó a la conclusión de que a Slocum le importaban un carajo Malenfant y sus canutos de maría, y lo mismo podía decirse del juego de cartas preferido de Malenfant. En Vietnam, no escaseaban ni el *bhang* ni las partidas de cartas. Slocum eligió a Clemson porque eliminar a Malenfant no habría surtido el efecto deseado. Malenfant, con aquellas gilipolleces suyas de empalar unas cuantas cabezas para que los vietcong vieran qué ocurría a quienes se metían con la compañía Delta, había llegado demasiado lejos en su delirio para merecer la atención de los hombres que chapoteaban por la calle embarrada disparando a diestra y siniestra. Además, la vieja *mama-san* estaba ya muerta, así que poco importaba que Malenfant se ensañara con ella.

Ahora Deef era Dieffenbaker, un vendedor de ordenadores calvo que había dejado de asistir a las reuniones de veteranos. Dio fuego a Sully con su Zippo y observó a Sully mientras éste aspiraba profundamente el humo y lo expulsaba tosiendo.

—Hacía tiempo, ¿eh? —preguntó Dieffenbaker.

—Dos años, día más día menos.

—¿Quieres saber qué es lo terrible del asunto? Lo deprisa que uno recupera la práctica.

—Así que te hablé de la vieja *mama-san*, ¿eh?

—Sí.

—¿Cuándo? —quiso saber Sully.

—Creo que en la última reunión a la que viniste..., la de Nueva Jersey, aquella en

que Durgin le desgarró la blusa a una camarera. Chico, fue una escena francamente lamentable.

—¿Ah, sí? No me acuerdo.

—Estabas ya como una cuba —informó Dieffenbaker.

Sin duda lo estaba, esa parte de las reuniones era siempre igual. Bien mirado, en realidad todas las partes de aquellas reuniones eran siempre iguales. Por lo regular, había un pinchadiscos que se marchaba temprano, huyendo de alguien que quería pegarle por seleccionar mal la música. Hasta que eso ocurría, sonaban por los altavoces canciones como *Bad Moon Rising*, *Light My Fire*, *Gimme Some Loving* o *My Girl*, es decir, temas extraídos de las bandas sonoras de las innumerables películas sobre Vietnam rodadas en Filipinas. En cuanto a la música, lo cierto era que a la mayoría de los soldados que Sully recordaba se les hacía un nudo en la garganta al escuchar a los Carpenters o *Angel of the Morning*. Esa música era la banda sonora de la verdadera selva y se oía de manera permanente mientras los hombres se pasaban canutos y fotografías de sus novias, colocándose, y emocionándose al escuchar *One Tin Soldier*, popularmente conocida en la espesura como «La balada del jodido Billy Jack». Sully no recordaba haber oído a los Doors ni una sola vez en Vietnam; en cambio, sí sonaba continuamente *Incense and Peppermints*, de Strawberry Alarm Clock. Aunque fuese de manera inconsciente, Sully sabía que aquella guerra estaba perdida desde que oyó por primera vez esa mierda de canción en la gramola de la cantina.

Las reuniones de veteranos empezaban con música y olor a asado (un olor que a Sully siempre le recordaba vagamente al del combustible del helicóptero inflamado) y con latas de cerveza en cubos de hielo picado, y esa parte estaba bien, esa parte era de hecho muy agradable, pero de pronto uno descubría que ya era la mañana siguiente y la luz le abrasaba los ojos y la cabeza le dolía como si toda ella fuera un tumor y el estómago le rebosaba veneno. En una de esas «mañanas de después» Sully, angustiado, recordó vagamente que había obligado al pinchadiscos a poner una y otra vez *¡Oh, Carol!*, en la voz de Neil Sedaka, amenazándolo de muerte si no obedecía. En otra, Sully amaneció junto a la ex esposa de Frank Peasley. Ella roncaba porque tenía la nariz rota. Su almohada estaba manchada de sangre; tenía también sangre seca en las mejillas, y Sully era incapaz de recordar quién le había roto la nariz, si él o el hijo de puta de Peasley. Sully deseaba creer que había sido Peasley, pero sabía que también él podía haber hecho una cosa así; en ocasiones, sobre todo en aquellos tiempos a. V. (antes de la Viagra), cuando sus intentos de relación sexual acababan la mitad de las veces en fracaso, se ponía como loco. Por suerte, cuando la mujer despertó, tampoco lo recordaba. Sí recordaba, en cambio, el aspecto de Sully sin ropa interior.

—¿Cómo es que sólo tienes uno? —le preguntó.

—Puedo considerarme afortunado de conservar ése —respondió Sully. Tenía un monumental dolor de cabeza.

Mientras fumaban en el callejón contiguo a la capilla, Sully preguntó a Dieffenbaker:

—¿Qué te conté sobre la anciana?

Dieffenbaker se encogió de hombros.

—Sólo que la veías. Dijiste que a veces cambiaba de vestimenta, pero siempre era ella, la vieja *mama-san* que Malenfant mató. Tuve que hacerte callar.

—¡Joder! —exclamó Sully, y se llevó una mano al pelo.

—También dijiste que las cosas mejoraron cuando regresaste a la costa Este —añadió Dieffenbaker—. Y por cierto, ¿qué tiene de malo ver a una anciana de vez en cuando? Hay gente que ve platillos volantes.

—Pero esa gente no debe casi un millón de dólares a dos bancos —respondió Sully—. Si se enteraran...

—Si se enteraran, ¿qué? Yo te lo diré: no pasaría nada. En tanto cumplas con los pagos, Sully-John, en tanto les lleves la pasta religiosamente todos los meses, les trae sin cuidado qué veas cuando apagas la luz..., o qué veas cuando la dejas encendida, de hecho. Les trae sin cuidado si te pones ropa interior femenina o si le pegas a tu mujer y te follas al perro. Y por otra parte, ¿no crees que en esos bancos trabaja gente que también pasó una temporada en la espesura?

Sully dio una calada al Dunhill y miró a Dieffenbaker. Lo cierto era que nunca se había detenido a pensar en esa posibilidad. Trataba con dos empleados que, por edad, podrían haber estado allí, pero nunca había hablado del tema. Tampoco él, claro está. La próxima vez que los vea, se dijo, tendré que preguntarles si llevan Zippos. Ya sabes, hay que andarse con tacto.

—¿A qué se debe esa sonrisa? —preguntó Dieffenbaker.

—A nada. ¿Y tú qué cuentas, Deef? ¿Tienes también una vieja amiga? No me refiero a tu novia; me refiero a una vieja. Una *mama-san*.

—Eh, no me llames Deef. Ya nadie me llama así. Nunca me ha gustado.

—¿La tienes?

—Ronnie Malenfant es mi *mama-san* —contestó Dieffenbaker—. A veces lo veo. No como tú dices que ves a la tuya, como si realmente estuviera ahí, pero los recuerdos también son reales, ¿no?

—Sí.

Dieffenbaker movió lentamente la cabeza en un gesto de desolación.

—Si se redujera *sólo* a un recuerdo..., ¿entiendes? Si se redujera solo a un recuerdo...

Sully guardó silencio. En la capilla, el órgano grabado tocaba ahora algo que no sonaba a himno sino simplemente a música. El «fin de oficio», creía que lo llamaban.

Una manera musical de decir a los afligidos familiares y amigos que se larguen. Vete a tu casa, bobo. Mamá te espera.

—Por un lado están los recuerdos, por otro lo que en realidad ves en tu mente —explicó Dieffenbaker—. Como cuando lees un libro de un muy buen autor, y describe una habitación y tú ves esa habitación. A veces estoy cortando el césped, o sentado a la mesa de reuniones escuchando una exposición, o leyendo un cuento a mi nieto antes de acostarlo, o incluso besuqueando a Mary en el sofá..., y de pronto ahí está Malenfant, con su acné y su pelo rizado. ¿Recuerdas lo rizado que tenía el pelo?

—Sí.

—Ronnie Malenfant, siempre con el «jodido» en la boca: jodido esto, jodido aquello, jodido lo otro. Chistes racistas para cada ocasión. Y la bolsa. ¿Te acuerdas?

—Cómo no. Aquella pequeña bolsa de piel que llevaba prendida del cinturón. Guardaba en ella los naipes. Dos barajas. «¡Eh, chicos, vamos a la caza de la bruja! ¡A cinco centavos el tanto! ¿Quién juega?» Y siempre había alguien dispuesto.

—Exacto. Ya veo que lo recuerdas. Lo *recuerdas*. Pero yo lo *veo*, Sully, veo con toda claridad hasta las cabezas blancas de los granos del mentón. Lo oigo, huelo aquella jodida droga que fumaba..., pero sobre todo lo *veo*, veo cómo derribó a la mujer de un culatazo, y la veo a ella tendida en el suelo, agitando aún los puños, moviendo aún los labios...

—Déjalo ya.

—... y no podía creer que aquello fuera a ocurrir. Al principio, ni siquiera Malenfant debía de creerlo. De entrada, sólo le pinchó un par de veces con la punta de la bayoneta, como si todo aquello fuera una broma..., pero luego fue y lo hizo, se la clavó. De parte a parte. La anciana gritó y empezó a sacudirse, y él, recuerdas, tenía un pie a cada lado de ella, y los otros corrían, Ralph Clemson y Mims y no sé quiénes más. Siempre detesté a aquel capullo de Clemson, más aún que a Malenfant, porque Ronnie al menos no actuaba solapadamente, con él la cosas estaban siempre claras. Clemson, además de estar loco, era solapado. Yo estaba muerto de miedo, Sully, cagado de miedo. Sabía que era mi obligación poner fin a aquello, pero temía que se volvieran contra mí si lo intentaba, todos ellos, todos *vosotros*, porque en aquel momento de un lado estabais todos *vosotros*, del otro lado sólo yo. En cuanto a Shearman..., no tengo nada contra él, entró en el claro donde habían caído los helicópteros como si no existiera el mañana, pero en la aldea... Lo miré y vi de inmediato que no podía contar con él.

—Poco después, en la emboscada, me salvó la vida —dijo Sully con tranquilidad.

—Lo sé. Te levantó y cargó contigo como un jodido Superman. Demostró su valor en el claro, volvió a demostrarlo en el camino, pero entre lo uno y lo otro, en la aldea... nada. En la aldea, toda la responsabilidad recayó en mí, como si yo fuera allí el único adulto, sólo que no me sentía como un adulto.

Sully no se molestó en repetirle que lo dejara ya. Dieffenbaker estaba decidido a hablar. Sólo un puñetazo en la boca habría podido impedirlo.

—¿Recuerdas cómo gritó aquella anciana cuando Malenfant le clavó la bayoneta? Y Malenfant allí de pie, encima de ella, dándole a la lengua sin parar, que si tarados, que si amarillos... Menos mal que Slocum estaba allí. Me miró, y gracias a eso me sentí obligado a hacer algo..., salvo que lo único que hice fue decirle que disparara.

No, pensó Sully, ni siquiera hiciste eso, Deef. Sólo moviste la cabeza. Ante un tribunal no sales del paso con un gesto de mierda; te exigen que hables en voz alta. Te obligan a declarar para que conste en acta.

—Creo que aquel día Slocum salvó nuestras almas —dijo Dieffenbaker—. Sabías que se suicidó, ¿verdad? Sí. En 1986.

—Pensaba que había muerto en un accidente de coche.

—Si estrellarse contra el pilar de un puente a ciento veinte por hora en una tarde clara es un accidente, entonces sí, fue un accidente.

—¿Y Malenfant? —preguntó Sully—. ¿Tienes idea de qué ha sido de él?

—Bueno, nunca vino a las reuniones, desde luego, pero la última vez que tuve noticia de él, aún vivía. Andy Brannigan lo vio en el sur de California.

—¿Lo vio el Erizo?

—Sí, el Erizo —confirmó Dieffenbaker—. ¿Y sabes dónde?

—No. ¿Cómo voy a saberlo?

—No vas a creerlo, Sully-John; vas a quedarte de una pieza. Brannigan está metido en Alcohólicos Anónimos. Para él, es como una religión. Dice que AA le salvó la vida, y supongo que no exagera. Bebía más que cualquiera de nosotros, quizá más que todos nosotros juntos. Así que ahora es adicto a AA en lugar de al tequila. Asiste a una docena de reuniones cada semana. Forma parte del SR..., no me preguntes qué es eso..., sólo sé que se trata de una especie de puesto político dentro del grupo; está al frente de una línea telefónica de ayuda permanente. Y va todos los años a la Convención Nacional. Hace cinco años los alcohólicos se reunieron en San Diego. Más de cinco mil, todos juntos en el Palacio de Congresos de San Diego, recitando la oración de la serenidad. ¿Te lo imaginas?

—Más o menos —contestó Sully.

—El jodido Brannigan mira a su izquierda ¿y a quién ve allí? Nada más y nada menos que a Ronnie Malenfant. Apenas da crédito a sus ojos, pero es Malenfant, sin duda. Después de la gran reunión, agarra del brazo a Malenfant y se van los dos a tomar una copa. —Dieffenbaker se interrumpió por un instante—. También los alcohólicos lo hacen, supongo. Beben limonada y coca-cola y esas cosas. Y Malenfant le cuenta al Erizo que lleva casi dos años sobrio, ha encontrado una fuerza superior que ha decidido llamar Dios, vive la vida según las condiciones que la vida impone, ha vuelto a nacer, lleva una existencia ordenada, acepta las cosas como

vienen y la voluntad de Dios..., de todo eso hablan. Y Brannigan no puede contenerse y le pregunta si ha dado el Quinto Paso, que consiste en confesar uno sus culpas y mostrar propósito de enmienda. Malenfant, sin inmutarse siquiera, contesta que ha dado el Quinto hace un año y se siente mucho mejor.

—Maldita sea —dijo Sully, sorprendido de la intensidad de su propia ira—. La vieja *mama-san* se alegraría de saber que Ronnie lo ha superado. Se lo diré la próxima vez que la vea —añadió, sin saber, claro, que la vería al cabo de un rato ese mismo día.

—Sí, díselo.

Siguieron allí sentados casi sin hablar durante un rato. Sully pidió otro cigarrillo a Dieffenbaker, y éste se lo dio, ofreciéndole también la llama del Zippo. A la vuelta de la esquina se oyó un rumor de voces y algunas risas. El funeral de Pags había concluido. Y en algún lugar de California, Ronnie Malenfant quizá estuviera leyendo el Gran Libro de AA y entrando en contacto con aquella fabulosa fuerza superior que había decidido llamar Dios. Quizá Ronnie también pertenecía ya al SR, fuera lo que fuera. Sully deseó que Ronnie hubiera muerto. Deseó que Ronnie hubiera muerto preso en un foso del Vietcong, con la nariz llagada y oliendo a excrementos de rata, con hemorragias internas y vomitando trozos de su propio estómago. Malenfant con su bolsa de piel y sus barajas, Malenfant con su bayoneta, Malenfant con sus pies plantados a ambos lados de la vieja *mama-san* vestida con los pantalones verdes y el blusón anaranjado y las zapatillas rojas.

—¿Y qué hacíamos en Vietnam, para empezar? —preguntó Sully—. No es que quiera ponerme filosófico ni nada por el estilo, pero ¿has encontrado tú alguna explicación?

—¿Quién dijo «Aquel que no aprende de su pasado está condenado a repetirlo»?

—Richard Dawson, el presentador del concurso *Family Feud*.

—Vete a la mierda, Sullivan.

—No sé quién lo dijo. ¿Tiene mucha importancia?

—Claro que sí, joder —replicó Dieffenbaker—. Porque nunca salimos de allí. Nunca salimos de la espesura. Nuestra generación murió allí.

—Eso suena un poco...

—Un poco ¿qué? ¿Un poco pedante? Seguro. ¿Un poco estúpido? Seguro. ¿Un poco vanidoso? Sí, tienes toda la razón. Pero así somos nosotros. Ése es nuestro retrato. ¿Qué hemos hecho desde Vietnam, Sully? ¿Aquellos de nosotros que estuvimos allí, aquellos de nosotros que se manifestaron en contra, aquellos de nosotros que simplemente se quedaron en sus casas viendo jugar a los Cowboys de Dallas por la televisión, bebiendo cerveza, y echándose pedos en los cojines del sofá?

Las mejillas del nuevo teniente tomaban color de manera gradual. Tenía el aspecto de un hombre que ha encontrado su caballo de batalla y ahora monta en él,

incapaz de hacer otra cosa salvo cabalgar. Alzó las manos y comenzó a extender dedos tal como había hecho Sully para enumerar los legados de la experiencia vietnamita.

—Bien, veamos. Somos la generación que inventó a los Super Mario Brothers, el sistema de teledirección de misiles por láser y el crack. Descubrimos a Richard Simmons, Scott Peck, y las revistas de jardinería y decoración. Nuestra idea de un gran cambio de vida es comprar un perro. Las chicas que quemaban sus sujetadores ahora compran la ropa interior en tiendas de lencería fina y los chicos que follaban a todo tren por la paz ahora son cincuentones barrigudos que se sientan ante la pantalla del ordenador a altas horas de la noche y se la menean mirando fotos de chicas de dieciocho años desnudas a través de Internet. Así somos, amigo mío: nos gusta mirar. Películas, videojuegos, persecuciones en directo, peleas a puñetazos en el *Jerry Springer Show*, Mark McGwire, la Federación Internacional de Lucha, *impeachment*, nos da igual una cosa que otra, la cuestión es mirar. Pero hubo un tiempo..., y no te rías, hubo un tiempo en que todo estaba en nuestras manos. ¿Lo sabías?

Sully asintió con la cabeza, pensando en Carol. No la versión de Carol sentada en el sofá con él y su madre apestando a vino, ni la de la fotografía en que exhibía el símbolo de la paz ante la cámara mientras la sangre le corría por la cara (en ésta era ya demasiado tarde y estaba demasiado enloquecida, como podía adivinarse en su sonrisa, leerse en su pancarta, donde la contundencia de las palabras no admitía discusión alguna). Pensó más bien en Carol tal como era el día en que su madre los llevó a todos a Savin Rock. Aquel día su amigo Bobby ganó unas cuantas monedas a un trilero, y Carol, en la playa, llevaba su bañador azul oscuro y lanzaba a veces a Bobby aquella peculiar mirada, la mirada con que parecía decir que estaba matándola y era una muerte dulce. Entonces todo estaba en sus manos, sin duda. Pero los niños lo pierden todo, los niños tienen las manos resbaladizas y agujeros en los bolsillos y lo pierden todo.

—Nos llenamos las carteras de acciones y fuimos al gimnasio y nos apuntamos a sesiones de terapia para encontrarnos a nosotros mismos. Sudamérica está que arde, Malasia está que arde, el jodido *Vietnam* está que arde; pero finalmente hemos superado el problema del autoaborrecimiento, finalmente hemos llegado a gustarnos, así que lo demás da igual.

Sully pensó en Malenfant encontrándose a sí mismo, aprendiendo a querer al Ronnie interior, y reprimió un escalofrío.

Dieffenbaker tenía todos los dedos extendidos ante la cara; a Sully le recordó a Al Jolson preparándose para cantar Mammy. Dieffenbaker pareció darse cuenta de eso al mismo tiempo que Sully y bajó las manos. Se lo veía exhausto, enajenado e infeliz.

—Hay muchas personas de nuestra edad que me caen bien por separado —dijo—, pero detesto y desprecio a mi generación, Sully. Tuvimos la oportunidad de cambiarlo

todo. La tuvimos realmente. Sin embargo, nos contentamos con los vaqueros de diseño, dos entradas para ver a Mariah Carey en el Radio City Music Hall, viajes frecuentes, el *Titanic* de James Cameron, y los planes de jubilación. La única generación que se ha aproximado a nuestra actitud de pura y egoísta autocompasión es la llamada Generación Perdida de los años veinte, y la mayoría de ellos tuvieron, como mínimo, la decencia de seguir bebiendo. Nosotros ni siquiera hemos sido capaces de eso. Chico, damos asco.

El nuevo teniente estaba al borde del llanto, advirtió Sully.

—Deef...

—¿Sabes cuál es el precio de vender el futuro, Sully-John? Que luego uno no puede abandonar el pasado. Ya nunca te recuperas. Mi tesis es que no estás ni remotamente en Nueva York. Estás en el Delta, apoyado contra un árbol, colocado y poniéndote repeleinsectos en la nuca. Packer es todavía el jefe, porque estamos aún en 1969. Todo lo que consideres «tu vida posterior» es una enorme pompa de jabón. Y mejor así. Vietnam es mejor que esto. Por eso seguimos allí.

—¿Tú crees?

—Sin la menor duda.

Una mujer de cabello oscuro y ojos marrones vestida de azul se asomó a la esquina y dijo:

—Así que estás ahí.

Dieffenbaker se puso en pie cuando la mujer se acercó, con el andar lento y seductor de los zapatos de tacón. Sully se levantó también.

—Mary, te presento a John Sullivan. Sirvió conmigo y con Pags. Sully, ésta es mi buena amiga Mary Theresa Charlton.

—Encantado de conocerla —dijo Sully, y le tendió la mano.

La mujer le dio un apretón firme y seguro, deslizando sus dedos largos y elegantes entre los de él, pero miraba a Dieffenbaker.

—La señora Pagano quiere verte, cariño. ¿Podrías venir?

—Claro —contestó Dieffenbaker. Se encaminó hacia la esquina. Antes de llegar, se dio la vuelta y miró a Sully—. No te vayas. Iremos a tomar una copa. Te prometo que me dejaré de sermones. —Sin embargo, mientras lo decía, desvió la mirada, como si supiera que ésa era una promesa que no podía cumplir.

—Gracias, teniente, pero tengo que volver. Prefiero no encontrarme el tráfico de la hora punta.



A pesar de todo, sí encontró el tráfico de la hora punta, y ahora un piano se precipitaba desde el cielo hacia él, brillando bajo el sol y acompañándose con su

propia música mientras caía. Sully se lanzó de bruces al asfalto y rodó bajo un coche. El piano se estrelló a menos de dos metros de él, detonando y despidiendo teclas como dientes.

Sully salió a rastras de debajo del coche, quemándose la espalda con el tubo de escape, y se puso en pie con dificultad. Contempló la autopista hacia el norte con expresión de asombro e incredulidad. Del cielo caía todo un mercadillo de ocasión: magnetófonos, alfombras, un cortacésped con asiento y volante cuya paleta impregnada de restos de hierba giraba en su alojamiento, un acuario con el pez nadando aún en el interior. Vio a un anciano de cabello gris y abundante correr por el arcén; de pronto cayó sobre él un tramo de escalera, arrancándole un brazo de cuajo y derribándolo. Había relojes y escritorios y mesitas de centro. Un ascensor descendía en barrena con el cable desenrollándose en el aire por encima de él como un grasiento cordón umbilical. Una lluvia de libros de contabilidad azotó el aparcamiento de un polígono industrial cercano; el golpeteo de las tapas sonaba igual que unos aplausos. Un abrigo de piel cayó sobre una mujer que corría, envolviéndola, y acto seguido aterrizó sobre ella un sofá, aplastándola. Una tormenta de luz inundó el aire cuando aparecieron en el cielo unos grandes paneles de cristal de invernadero. La estatua de un soldado de la guerra de secesión perforó la caja de un camión. Una tabla de planchar rebotó en la valla del paso elevado y se precipitó sobre los coches detenidos bajo el paso como una hélice en rotación. Un león de peluche cayó en la caja descubierta de una furgoneta. Por todas partes, la gente corría y gritaba. Por todas partes había coches con los techos hundidos y las lunas rotas. Sully vio un Mercedes de cuyo techo solar asomaban las piernas rosadas de un maniquí de grandes almacenes. Silbidos y zumbidos surcaban el aire.

Otra sombra se proyectó sobre Sully, y aun mientras se agachaba y alzaba la mano, supo que era demasiado tarde, que si era una tostadora o una plancha o algo semejante, le rompería el cráneo. Si era algo más grande, su cuerpo quedaría reducido a una mancha en la autopista.

El objeto le golpeó en la mano sin causarle el menor dolor, rebotó y cayó a sus pies. Bajó la vista y lo miró primero con sorpresa y luego con creciente asombro.

—Dios santo.

Sully se agachó y recogió el guante de béisbol caído del cielo, reconociéndolo de inmediato pese a los muchos años transcurridos: el profundo arañado en el dedo externo y los nudos cómicamente enmarañados de los cordones de la muñeca eran una prueba tan concluyente como unas huellas digitales. Miró en el costado, donde Bobby había escrito su nombre. Seguía allí, pero las letras parecían demasiado recientes, y en esa zona la piel se notaba raspada y descolorida, como si otros nombres hubieran sido escritos con tinta en el mismo lugar y después borrados.

Al acercárselo a la cara, el olor del guante era embriagador e irresistible. Sully se

enfundó con él la mano, y al hacerlo algo crujió bajo su dedo meñique: un papel guardado allí dentro. No le prestó atención. Hundió en él la cara, cerró los ojos e inhaló. Cuero y adobo de curtir y sudor y hierba. Allí había quedado impresa la huella de todos aquellos veranos. El verano de 1960, por ejemplo, cuando Sully, a su regreso del campamento, lo encontró todo cambiado: Bobby, hosco; Carol, distante y pálidamente pensativa (al menos durante un tiempo), y el viejo encantador que vivía en la tercera planta del edificio de Bobby —Ted— desaparecido. Todo había cambiado..., pero aún era verano, él tenía aún once años, y todo parecía aún...

—Eterno —susurró con la cara todavía cubierta por el guante, y aspiró su aroma profundamente otra vez mientras a unos pasos de él una vitrina llena de mariposas se hacía añicos contra el techo de una camioneta de reparto de pan y una señal de stop se clavaba en el arcén como una lanza. Sully se acordó de su bola botadora, de sus zapatillas Keds negras, de unos pequeños caramelos en un envase con forma de pistola, que salían lanzados contra el velo del paladar al apretar el gatillo; recordó también la agradable sensación que experimentaba al llevar su máscara de catcher bien ceñida a la cara, el susurro de los aspersores de Broad Street, la furia de la señora Conlan si uno se acercaba más de la cuenta a sus preciadas flores, la insistencia de la señora Godlow, la taquillera del Asher Empire, en ver la partida de nacimiento de cualquier niño que le pareciese demasiado alto para ser menor de doce años, del cartel de Brigitte Bardot

(«si esa mujer es basura, me gustaría ser basurero»)

envuelta en una toalla, y de cuando jugaba a pistolas y a pasarse la pelota y a imitar oficios, y de cuando, en cuarto curso, se sentaba al fondo de la clase de la señora Sweetser y reproducía el ruido de un pedo poniéndose la mano bajo la axila y bajando el brazo con fuerza, y...

—Eh, americano —dijo alguien, pero pronunciado con «l» en lugar de «r», «amelicano», y Sully supo de inmediato a quien iba a ver cuando alzase la cabeza, apartando la cara del guante modelo Alvin Dark de Bobby. Era la vieja *mama-san*, de pie entre la Yamaha, que había quedado aplastada bajo un frigorífico, y un Subaru con el techo traspasado por una escultura de un flamenco de las que se usaban como ornamentos de jardín. La vieja *mama-san* con sus pantalones verdes, su blusón anaranjado y sus zapatillas rojas, la vieja *mama-san* iluminada como el letrero de un bar del infierno.

—Eh, americano, tú venir conmigo y estar a salvo —dijo, y abrió los brazos.

Sully caminó hacia ella entre el estruendo producido por la caída de televisores, piscinas hinchables, cartones de tabaco, zapatos de tacón, un enorme secador de peluquería, y una cabina telefónica que al chocar contra el suelo vomitó las monedas que contenía. Caminó hacia ella con una sensación de alivio, la sensación que uno experimenta sólo cuando va de regreso a casa.

—Estar a salvo conmigo. —Con los brazos extendidos y abiertos—. Pobre muchacho, estar a salvo conmigo.

Sully penetró en el aislado círculo que formaban sus brazos mientras la gente gritaba y corría, y del cielo caían toda clase de cosas, un resplandeciente bombardeo sobre la I-95 al norte de Bridgeport. *Mama-san* lo abrazó.

—Estar a salvo conmigo —repitió, y Sully estaba dentro de su coche, el tráfico detenido en los cuatro carriles. La radio estaba encendida, sintonizada en la WKND. Los Platters cantaban *Twilight Time*, y Sully no podía respirar. Nada parecía haber caído del cielo; salvo por el embotellamiento, todo estaba aparentemente en orden. Pero ¿cómo era posible? ¿Cómo era posible si tenía aún el viejo guante de béisbol de Bobby Garfield en la mano?

—Estar a salvo conmigo —decía la vieja *mama-san*—. Pobre muchacho, pobre muchacho americano, estar a salvo conmigo.

Sully no podía respirar. Quería sonreír a la anciana. Quería decirle lo mucho que lo sentía, que algunos de ellos tenían buenas intenciones; pero le faltaba el aire y se sentía muy cansado. Cerró los ojos y trató de levantar el guante de Bobby una última vez, aspirar una última vez aquel aroma veraniego, pero pesaba demasiado.



A la mañana siguiente, Dieffenbaker estaba en la cocina preparándose un café, sin más ropa que unos vaqueros, cuando entró Mary desde la sala de estar. Llevaba una camiseta con el rótulo PROPIEDAD DE LOS BRNCOS DE DENVER y tenía el *Post* en la mano.

—Creo que tengo que darte una mala noticia —dijo. Reconsideró el comentario y añadió—: Una noticia moderadamente mala.

Dieffenbaker se volvió hacia ella con recelo. Las malas noticias debían comunicarse siempre después del almuerzo, pensó. Después del almuerzo uno al menos estaba medio preparado para una mala noticia. A primera hora de la mañana todo dejaba marca.

—¿De qué se trata?

—El hombre que me presentaste ayer en el funeral... dijiste que era vendedor de coches en Connecticut, ¿no?

—Sí.

—Sólo quería asegurarme porque el nombre John Sullivan, como sabes, es bastante corriente...

—¿De qué me estás hablando, Mary?

Ella le entregó el periódico, abierto más o menos por la mitad.

—Dicen que sucedió cuando se dirigía a su casa. Lo siento, cariño.

Tenía que estar equivocada, ése fue el primer pensamiento de Dieffenbaker; una persona no podía morirse al rato de verla y hablar con ella, por alguna razón, eso parecía una norma básica.

Pero sí era él, sin duda, y por triplicado: Sully vestido con su equipo de béisbol del instituto, la máscara echada hacia atrás sobre la cabeza; Sully de uniforme militar, con los galones de sargento en la manga, y Sully con un traje que, por el corte, debía de ser de finales de los años setenta. Bajo la fotografía rezaba la clase de titular que uno sólo encontraba en el *Post*:

¡INFORTUNIO!
VETERANO DE VIETNAM CONDECORADO
CON LA ESTRELLA DE PLATA
MUERE EN UN ATASCO DE CARRETERA EN CONNECTICUT

Dieffenbaker leyó por encima el artículo, invadido por la sensación de inseguridad y traición que siempre experimentaba cuando leía la necrológica de alguien de su misma edad, de alguien que conocía. Aún somos demasiado jóvenes para morir de muerte natural, pensaba siempre, sabiendo que era una idea absurda.

Por lo visto, Sully había muerto de un ataque al corazón en un embotellamiento provocado al plegarse un tráiler y quedar cruzado en la autopista. Si el hecho se hubiera producido sólo un poco más adelante en la autopista, se lamentaba el periodista, quizá habría muerto viendo el letrero de su concesionario Chevrolet. Esos comentarios, al igual que el titular, sólo se veían en el *Post*. El *Times* era un buen diario si el lector era inteligente; el *Post* era el periódico de los borrachos y los poetas.

Sully había dejado una ex esposa y ningún hijo. Los preparativos del funeral corrían a cargo de Norman Oliver, del First Connecticut Bank and Trust.

¡Enterrado por su banco!, pensó Dieffenbaker, temblándole las manos. Ignoraba por qué ese hecho le producía tal horror, pero así era. ¡Por su jodido banco! ¡Dios!

—¿Cariño? —Mary lo miraba con cierto nerviosismo—. ¿Estás bien?

—Sí —dijo él—. Murió en un atasco de tráfico. Quizá ni siquiera pudieron hacer llegar una ambulancia. Quizá ni siquiera se dio cuenta nadie hasta que la circulación volvió a la normalidad.

—Es posible —convino ella, y cogió de nuevo el periódico.

Sully había obtenido la Estrella de Plata por el rescate, naturalmente, el rescate de la tripulación del helicóptero. Pese a los disparos de los amarillos, Packer y Shearman guiaron hasta el claro a un puñado de soldados estadounidenses, en su mayoría de Delta dos-dos. Diez o doce hombres de la Compañía Bravo se quedaron atrás y

abrieron fuego en un intento de cobertura confuso y probablemente poco eficaz mientras se llevaba a cabo el rescate. Milagrosamente, dos de los hombres atrapados entre los restos de los helicópteros abatidos vivían aún, al menos cuando los sacaron del claro. John Sullivan, sin ayuda de nadie, había acarreado a uno de ellos hasta ponerlo a cubierto, el tripulante del helicóptero gritando en sus brazos y envuelto en espuma ignífuga.

Malenfant entró también en el claro, aferrando un extintor como a un bebé enorme y rojo y gritando a los vietcong ocultos entre la maleza que le diesen si podían, salvo que no podían, él sabía que no podían, eran una hatajo de tarados sifilíticos incapaces de atinarle, incapaces de dar en el blanco aunque fuera la pared de un establo. Malenfant también fue propuesto para la Estrella de Plata, y si bien Dieffenbaker no lo sabía con certeza, suponía que probablemente se la habían concedido, a aquel gilipollas con instintos asesinos y la cara llena de granos. ¿Lo sabía Sully, o lo suponía al menos? ¿Se lo había mencionado cuando estaban charlando en el callejón contiguo a la funeraria? Tal vez sí, tal vez no. Las medallas van pareciendo menos importantes a medida que pasa el tiempo, como el premio conseguido en primaria por memorizar un poema o la letra de honor conquistada en el instituto por hacer atletismo o jugar al béisbol. Cosas que uno colocaba en un estante, que los viejos usaban para estimular a los jóvenes. Los acicates que le ofrecían a uno para que saltara más alto, corriera más rápido, siguiera avanzando. Dieffenbaker pensó que probablemente el mundo estaría mejor sin viejos (llegando a tal conclusión justo cuando él mismo se preparaba ya para serlo). Dejemos vivir a las ancianas, por norma las ancianas nunca hacían daño a nadie; pero los viejos eran más peligrosos que perros con la rabia. Habría que matarlos a todos, rociar sus cuerpos con gasolina y prenderles fuego. Y dejar luego que los niños bailaran alrededor de la hoguera cogidos de la mano, cantando sensibleras canciones de Crosby, Stills and Nash.

—¿De verdad te encuentras bien? —preguntó Mary.

—¿Por lo de Sully? Sí, claro. Hacía años que no lo veía.

Tomó un sorbo de café y se acordó de la anciana de las zapatillas rojas, la que Malenfant mató, la que visitaba a Sully. Ya no le visitaría nunca más, era un consuelo. Las visitas de la vieja *mama-san* habían acabado. Así era como se terminaban en realidad las guerras, supuso Dieffenbaker, no en mesas de negociación sino en las salas de cancerosos de los hospitales, en los restaurantes baratos, en los atascos de tráfico. Las guerras morían de manera fragmentaria, correspondiendo cada fragmento a un recuerdo, desvaneciéndose cada pérdida como el eco en las montañas. Al final, incluso la guerra enseñaba la bandera blanca. O eso esperaba Dieffenbaker. Esperaba que al final incluso la guerra se rindiese.

1999: Venga, hijo de puta, vámonos a casa.

1999
SE CIERNEN YA LAS
SOMBRAS DE LA NOCHE

Una tarde del último verano antes del año 2000, Bobby Garfield regresó a Harwich, Connecticut. Fue primero al cementerio del West Side, donde se celebraba el oficio conmemorativo ante la porción de tierra de la familia Sullivan. El bueno de Sully-John había congregado una considerable multitud; el artículo del *Post* les había suscitado mucho interés. Varios niños se echaron a llorar, asustados, cuando la guardia de honor de la Legión Americana disparó sus armas. Después de celebrarse el oficio al pie de la tumba, se ofreció una recepción en el local de la asociación de veteranos. Bobby hizo sólo acto de presencia, el tiempo justo de tomar una taza de café y un trozo de tarta y saludar al señor Oliver, pero no vio a nadie conocido, y quería visitar ciertos lugares a la luz del día. Hacía casi cuarenta años que no ponía los pies en Harwich.

Donde antes se hallaba el colegio de San Gabriel había ahora unas galerías comerciales Nutmeg. La antigua estafeta de correos era ahora un solar vacío. La estación de ferrocarril seguía dominando la plaza, pero los pilares de piedra del paso elevado estaban cubiertos de pintadas, y el quiosco del señor Riley había cerrado. Una franja de césped separaba aún River Avenue del río Housatonic, pero los patos habían desaparecido. Bobby recordó que había arrojado uno de aquellos patos a un hombre con un traje marrón: increíble pero cierto. «Te daré dos pavos si me dejas hacerte una mamada», había dicho aquel hombre, y Bobby le lanzó un pato. Ahora podía recordarlo con una sonrisa, pero en su momento aquel imbécil lo asustó realmente, y por muy diversas razones.

Un gran almacén beige de UPS ocupaba el lugar donde en otro tiempo estuvo el Asher Empire. Más adelante en dirección a Bridgeport, donde Asher Avenue desembocaba en Puritan Square, tampoco se encontraba ya el William Penn Grille, reemplazado por un establecimiento de la cadena Pizza Uno. Bobby pensó en entrar, pero sin mucha convicción. Su estómago tenía cincuenta años, los mismos que el resto de su persona, y ya no toleraba demasiado bien la pizza.

Pero su reticencia a entrar se debía en realidad a otros motivos. Sería fácil imaginar cosas, ésa era la verdadera razón, demasiado fácil imaginar coches enormes y vulgares aparcados ante la puerta, pintados de colores tan vivos que parecían aullar.

Así que cambió de sentido, dirigiéndose de nuevo hacia el casco urbano de Harwich propiamente dicho, y dio la casualidad de que el Colony seguía en su sitio, y dio la casualidad de que la carta incluía aún los perritos calientes. Los perritos calientes eran tan indigestos como la condenada pizza, o quizá más, pero ¿para qué estaban los antiácidos si no para permitirse uno algún que otro retorno a su pasado gastronómico? Se tomó un antiácido, y echó dos perritos calientes en su persecución. Seguían sirviéndolos en bolsas de cartón alargadas, y seguían sabiendo a gloria.

De postre pidió una porción de tarta con helado. Al terminar de comer, salió y se detuvo por un momento junto a su coche. Decidió dejarlo allí; sólo deseaba visitar

dos sitios más, y ambos se hallaban a corta distancia. Cogió la bolsa de gimnasia del asiento del pasajero y pasó despacio ante Spicer, que se había convertido en un amplio 7-Eleven con surtidores de gasolina frente a la entrada. Unas voces llegaron a él al pasar por delante, fantasmagóricas voces de 1960, las voces de las gemelas Sigsby.

«Mamá y papá se están peleando».

«Mamá ha dicho que nos quedemos fuera».

«Bobby Garfield, tonto, ¿por qué has hecho eso?»

Bobby Garfield, tonto, sí, eso era por aquel entonces. Quizá había aprendido un poco con el paso de los años, pero no mucho probablemente.

Hacia la mitad de Broad Street, vio en la acera una cuadrícula del juego de la rayuela, casi borrada. Se agachó apoyando una rodilla en el suelo y la examinó detenidamente bajo la luz decreciente del atardecer, recorriendo los recuadros con las yemas de los dedos.

—Señor, ¿se encuentra usted bien? —Era una joven con una bolsa del 7-Eleven entre los brazos. Observaba a Bobby con preocupación y recelo a partes iguales.

—Sí, perfectamente —respondió él, irguiéndose y sacudiéndose las manos. En efecto se encontraba bien. Junto a la cuadrícula no había una sola luna ni estrella, y menos aún un cometa. Tampoco había visto avisos de animales perdidos en su recorrido por el pueblo—. Perfectamente.

—Bueno, me alegro por usted —dijo la joven, y siguió apresuradamente su camino. No sonrió.

Bobby la observó alejarse y al cabo de un momento también él continuó andando, preguntándose qué habría sido de las gemelas Sigsby, dónde estarían. Recordó que Ted Brautigan le había hablado en una ocasión del tiempo, describiéndolo como un estafador viejo y calvo.

Hasta que por fin vio el 149 de Broad Street no se dio cuenta de lo seguro que estaba de que se habría convertido en un videoclub, una sandwichería o quizá un gran bloque de apartamentos. Sin embargo, seguía exactamente igual que antes, salvo por el color, ahora beige en lugar de verde. Había una bicicleta en el porche, y recordó que en su último verano en Harwich había deseado desesperadamente una bicicleta. Incluso había destinado un jarrón a guardar sus ahorros con una etiqueta que rezaba FONDOS PARA LA BICI o algo por el estilo.

Más voces fantasmagóricas cuando se detuvo delante del edificio, proyectando ante sí una larga sombra.

«Si fuéramos los Gotrock, no tendrías que coger dinero de tus ahorros para la bicicleta si quisieras invitar a tu novia a la montaña rusa...»

«¡No es mi novia!, protestó Bobby en sus adentros. *¡No es mi novia!*»

En sus recuerdos, había dicho eso en voz alta a su madre, a gritos..., pero dudaba

de la fidelidad de su memoria. No había tenido la clase de madre a la que podía levantarse la voz. No si sabía uno lo que le convenía.

Y además, Carol sí era su novia, ¿o no? Sí, lo era.

Le quedaba un sitio por visitar antes de volver al coche, y después de contemplar aún por un momento la casa donde había vivido con su madre hasta agosto de 1960, Bobby siguió Broad Street abajo, la bolsa de gimnasia balanceándose en su mano.

Aquél había sido un verano muy especial, lleno de magia, incluso a la edad de cincuenta años no albergaba la menor duda al respecto, pero no sabía ya en qué había residido esa magia. Quizá simplemente había experimentado la clase de infancia que vivían muchos niños de pueblo, tal como la describía Ray Bradbury, la clase de infancia en la que se superponían a veces el mundo real y el mundo de los sueños, creando una especie de magia.

Sí, pero..., en fin...

Estaban los pétalos de rosa, desde luego, los que le habían llegado a través de Carol... pero ¿tenían algún significado? En otro tiempo parecían tenerlo —para el niño solitario y casi perdido que él era por entonces, parecían tener un significado—, pero los pétalos de rosa habían desaparecido hacía mucho. Los perdió poco más o menos por las mismas fechas en que vio la fotografía de aquella casa quemada de Los Ángeles y comprendió que Carol había muerto.

Su muerte anuló no sólo la idea de magia sino también, o eso le pareció a Bobby, la finalidad misma de la infancia. ¿De qué servía si el futuro le deparaba a uno cosas como ésa? Tener la vista cansada o la tensión alta era una cosa; pero tener malas ideas, malos sueños y malos finales era otra muy distinta. Al cabo de un tiempo uno sentía deseos de decirle a Dios: «Venga, Grandullón, dejémoslo ya». Al crecer se perdía la inocencia, de acuerdo, todo el mundo lo sabía, pero ¿era inevitable perder también la esperanza? ¿De qué servía besar a una niña en lo alto de la noria a los once años si once años después uno abría el periódico y descubría que había muerto en el incendio de una sórdida casucha en un sórdido callejón? ¿De qué servía recordar la expresión alarmada de sus bellos ojos o el modo en que brillaba el sol en su pelo?

Una semana atrás Bobby habría dicho todo esto y mucho más, pero de pronto había resurgido un brote de aquella antigua magia y le había rozado, diciéndole: Venga, Bobby, venga, hijo de puta, vámonos a casa. Y allí estaba, de nuevo en Harwich. Había dado el último adiós a su antiguo amigo, había paseado por su pueblo (y no se le habían empañado los ojos ni una sola vez), y ya casi era hora de marcharse. Tenía que visitar un último sitio, sin embargo.

Era la hora de la cena y el Commonwealth Park estaba casi vacío. Bobby se acercó a la alambrada del campo B, cruzándose con tres jugadores rezagados. Dos llevaban el material en grandes bolsas de lona; el tercero acarreaba un radiocasete por

cuyos altavoces sonaban los Offspring a todo volumen. Los tres le lanzaron una mirada recelosa, lo cual no sorprendió a Bobby. Allí él era un adulto en el mundo de los niños, y en una época en que para ellos la gente como él era siempre sospechosa. Decidió no saludarlos ni hacer algún estúpido comentario como, por ejemplo, «¿Qué tal ha ido el partido, chicos?», para no empeorar las cosas. Los tres siguieron su camino.

Allí de pie ante la valla, con los dedos enroscados en los rombos de alambre, contempló la rojiza luz del crepúsculo en la hierba, reflejada desde el marcador y los carteles que rezaban NO DEJES LA ESCUELA Y DI NO A LA DROGA. Y de nuevo lo asaltó aquella sobrecogedora sensación de magia, la sensación de que el mundo era un delgado revestimiento bajo el que subyacía algo distinto, algo luminoso y a la vez oscuro. Las voces sonaban ahora por todas partes, girando como las espirales de una peonza.

«No me llames tonta, Bobby».

«No debería pegarle a Bobby. Él no es como esos hombres».

«Un verdadero encanto, chico, ponía en la gramola una canción de Jo Stafford».

«Es *ka...* y *ka* es el destino».

«Te quiero, Ted...»

—Te quiero, Ted —dijo Bobby, no exactamente declamando pero tampoco en un susurro, casi como si quisiera probar qué tal sonaban esas palabras. Ni siquiera recordaba el aspecto físico de Ted Brautigan, o al menos no con suficiente nitidez (el único recuerdo claro que conservaba de él eran los Chesterfield y las continuas botellas de cerveza sin alcohol. Aun así, pronunciar esa frase siempre despertaba en él un sentimiento de afecto.

Flotaba allí también otra voz. Al oírla, Bobby sintió el escozor de las lágrimas en las comisuras de los párpados por primera vez desde que había llegado a Harwich.

«No me desagradaría ser mago cuando sea mayor, Bobby, ¿sabías? Viajar de un lado a otro con una feria ambulante o un circo, llevar un traje negro y una chistera...»

—Y sacar conejos y toda clase de cosas del sombrero —dijo Bobby, dándose media vuelta para alejarse del campo B. Se echó a reír, se enjugó los ojos y luego se acarició la cabeza. No quedaba allí un solo pelo; había perdido los últimos vestigios justo en la fecha prevista, unos quince años atrás. Cruzó uno de los caminos (de grava en 1960; ahora de asfalto y marcado con pequeñas señales en las que se leía: SÓLO BICICLETAS. PROHIBIDO EL PASO DE PATINES) y se sentó en un banco, posiblemente el mismo en el que Sully le había propuesto que lo acompañara al cine y Bobby había rehusado el ofrecimiento, más interesado en acabar de leer *El señor de las moscas*. Dejó la bolsa de gimnasia junto a él, en el banco. Justo enfrente se hallaba la pequeña arboleda. Bobby tenía la certeza casi absoluta de que era allí a donde Carol lo había llevado cuando él rompió a llorar. Lo hizo para que nadie lo viera berrear como a un

niño pequeño. Nadie, excepto ella. ¿Lo había abrazado hasta que se desahogó y cesó su llanto? No estaba del todo seguro, pero creía que sí. Lo que recordaba con mayor claridad era el momento, un rato más tarde, en que los tres chicos del San Gabriel estuvieron a punto de pegarles. La amiga de la madre de Carol lo impidió. No recordaba el nombre de aquella mujer, pero había aparecido en el momento más oportuno..., del mismo modo que el marinero llegaba justo a tiempo de salvar el pellejo a Ralph al final de *El señor de las moscas*.

Rionda, ése era su nombre. Les dijo que se lo contaría al sacerdote, y que el sacerdote hablaría con sus padres.

Pero Rionda no andaba cerca cuando aquellos chicos volvieron a encontrarse con Carol. ¿Habría muerto Carol abrasada en Los Ángeles si Harry Doolin y sus amigos no la hubieran atacado? No podía asegurarse, naturalmente, pero Bobby creía que con toda probabilidad la respuesta era no. E incluso ahora, después de tanto tiempo, cerraba los puños sin darse cuenta al pensar en ello: Pero te di tu merecido, Harry, ¿eh que sí? Y tanto que sí.

Demasiado tarde, en cualquier caso. Para entonces todo había cambiado ya.

Abrió la cremallera de la bolsa de gimnasia, buscó algo a tientas en el interior, y sacó una radio a pilas. No tenía ni punto de comparación con el enorme radiocasete que había visto pasar hacía unos minutos camino de los vestuarios, pero se ajustaba perfectamente a sus necesidades. Le bastaba con encenderla; estaba ya sintonizada en la WKND, la emisora de los éxitos del ayer para el sur de Connecticut. Troy Shondell cantaba *This Time*. A Bobby le complació.

—Sully —declaró, mirando hacia la arboleda—, eres un capullo con estilo.

Detrás de él una mujer, con tono muy remilgado, dijo:

—Si usas ese vocabulario, prefiero no ir contigo.

Bobby se volvió con tal prontitud que la radio cayó de sus rodillas y rodó por la hierba. No veía el rostro de la mujer; no era más que una silueta con el cielo rojo desplegándose a ambos lados como dos alas. Intentó hablar y no pudo. Se le había cortado la respiración y la lengua se le había quedado pegada al velo del paladar. En un recóndito lugar de su cerebro, una voz musitó: Así que esto es ver un fantasma.

—Bobby, ¿te encuentras bien?

Moviéndose con rapidez, ella rodeó el banco, y el rojizo sol poniente hirió de pleno los ojos de Bobby. Él ahogó una exclamación, levantó una mano y cerró los ojos. Olía la fragancia de un perfume..., ¿o era acaso hierba de verano? No lo sabía. Y cuando volvió a abrir los ojos, seguía viendo únicamente el contorno de la mujer; en el lugar que correspondía al rostro de ella, flotaba una mancha verde, la imagen residual dejada en sus retinas por el resplandor del sol.

—¿Carol? —preguntó Bobby con voz ronca y desigual—. Dios santo, ¿de verdad eres tú?

—¿Carol? —dijo la mujer—. No conozco a ninguna Carol. Yo me llamo Denise Schoonover.

Aun así, era ella. Carol contaba sólo once años la última vez que Bobby la vio, pero tenía la certeza de que era ella. Se frotó los ojos con vehemencia. En la radio caída en la hierba, el pinchadiscos anunció: «Sintonizan ustedes la WKND, donde su pasado está siempre presente. Ahora escucharemos a Clyde McPhatter, que tiene una pregunta para ustedes: *A Lover's Question*».

Sabías que si estaba viva, vendría. Lo sabías.

Por supuesto. ¿Acaso no era ésa la razón que a él mismo lo había llevado hasta allí? Desde luego no había ido por Sully, o no sólo por Sully. Y al mismo tiempo, sin embargo, estaba convencido de que había muerto. Desde el instante en que vio la fotografía de aquella casa quemada en Los Ángeles, lo dio por hecho. Y cuánto le había dolido, no como si la hubiera visto por última vez hacía cuarenta años, cruzando a toda prisa Commonwealth Avenue, sino como si su amistad hubiera perdurado, tan cercana como una simple llamada de teléfono o una visita al otro lado de la calle.

Cuando Bobby parpadeaba aún para disipar la mancha de sol suspendida ante sus ojos, la mujer le besó firmemente en los labios y luego le susurró al oído:

—He de irme a casa; me toca a mí preparar la ensalada. ¿Te suenan de algo esas palabras?

—Es lo último que me dijiste cuando éramos niños —respondió, y se volvió hacia ella—. Has venido. Estás viva y has venido.

La luz crepuscular bañaba el rostro de ella, y la imagen residual había disminuido lo suficiente para permitirle verla. Era hermosa pese a la cicatriz que nacía en la comisura de los párpados de su ojo derecho y descendía hasta su barbilla con la cruel curvatura de un anzuelo..., o quizá debido a la cicatriz. En el ángulo externo de sus ojos se apreciaban unas finas patas de gallo, pero ninguna arruga surcaba su frente ni ponía entre paréntesis su boca sin pintar.

Tenía el cabello casi totalmente gris, advirtió Bobby con asombro.

Como si le adivinara el pensamiento, ella extendió una mano y le tocó la cabeza.

—No sabes cuánto lo siento —dijo..., pero Bobby creyó atisbar en su mirada un asomo de su antigua alegría—. Tenías un pelo fantástico. Rionda sostenía que era eso de lo que yo más enamorada estaba.

—Carol...

Ella alargó una mano y le tapó los labios con los dedos. También tenía cicatrices en la mano, notó Bobby, y el dedo meñique estaba deformado, casi irreconocible. Eran cicatrices de quemaduras.

—Ya te he dicho que no conozco a ninguna Carol. Me llamo Denise, como en la vieja canción de Randy and the Rainbows, ¿sabes cuál te digo? —Tarareó un

fragmento. Bobby la conocía bien. Conocía todos los viejos éxitos—. Si miras mi carnet de conducir, verás que en la línea correspondiente pone Denise Schoonover. Te he visto en el oficio.

—Yo no te he visto a ti.

—Soy una experta en pasar inadvertida —explicó ella—. Es un truco que me enseñaron hace mucho tiempo. El truco de ser casi invisible. —Se estremeció ligeramente. Bobby había leído que la gente se estremecía, sobre todo en las malas novelas, pero nunca lo había visto con sus propios ojos—. Y cuando se trata de acontecimientos multitudinarios, soy experta en quedarme atrás de todo. Pobre Sully-John. ¿Te acuerdas de su bola botadora?

Bobby asintió, y una sonrisa empezó a dibujarse en sus labios.

—Recuerdo que una vez, intentando lucirse con su bola, además de hacerla botar bajo los brazos y detrás de la espalda, probó también a pasársela por entre las piernas. Se dio un buen toque en los huevos, y los demás nos partimos de risa. Un grupo de niñas se acercó rápidamente, tú entre ellas, estoy seguro, para saber qué había ocurrido, y nosotros no os lo dijimos. Os pusisteis furiosas.

Ella sonrió, llevándose una mano a la boca, y en ese viejo gesto Bobby vio con absoluta claridad a la niña que había sido.

—¿Cómo te enteraste de que Sully había muerto? —preguntó Bobby.

—Lo leí en el *Post* de Nueva York. Tenía uno de esos espantosos titulares que son la especialidad de la casa y aparecían varias fotografías suyas. Vivo en Poughkeepsie, y el *Post* llega con regularidad. —Hizo una pausa—. Doy clases en Vassar.

—¿Das clases en Vassar y lees el *Post*?

Ella, sonriendo, se encogió de hombros.

—Todos tenemos nuestros vicios. ¿Y tú, Bobby? ¿Te enteraste por el *Post*?

—No recibo el *Post*. Me lo dijo Ted. Ted Brautigan.

Ella permaneció inmóvil, mirándolo, y su sonrisa se desvaneció.

—¿Te acuerdas de Ted?

—Yo creía que el brazo me quedaría inútil para siempre, y Ted me lo arregló como por arte de magia. Claro que me acuerdo de él. Pero Bobby...

—Ted sabía también que tú estarías aquí. Eso pensé en cuanto abrí el paquete, pero me negaba a creerlo hasta que te he visto. —Bobby extendió una mano hacia ella y, con la naturalidad de un niño, recorrió el curso de la cicatriz con la yema de un dedo—. Esto te pasó en Los Ángeles, ¿verdad? ¿Qué ocurrió? ¿Cómo conseguiste escapar?

Ella movió la cabeza en un gesto de negación.

—Nunca hablo de eso. Nunca he contado qué sucedió en la casa. Y nunca lo contaré. Aquélla era otra vida distinta. Aquélla era otra chica distinta. Aquella chica murió. Era muy joven, muy idealista, y la engañaron. ¿Te acuerdas del trilero de

Savin Rock?

Bobby asintió con la cabeza, sonriendo un poco. Le cogió la mano, y ella se la apretó con fuerza.

—Primero apresurado, luego pausado, cuando ninguna se mueva, he ahí tu prueba. Se llamaba McCann o McCausland o algo así.

—El nombre es lo de menos. Lo importante es que siempre te deja creer que sabes dónde está la reina. Siempre te deja creer que puedes ganar. ¿Es así?

—Así es.

—Aquella chica entabló relación con un hombre así. Un hombre que siempre podía mover las cartas un poco más deprisa de lo que tú creías. Buscaba a unos cuantos jóvenes confusos e indignados, y los encontró.

—¿Llevaba una chaqueta amarilla? —preguntó Bobby. Él mismo no sabía si bromeaba o no.

Ella lo miró, arrugando un poco la frente, y Bobby comprendió que no recordaba esa parte. ¿Había llegado a hablarle de los hampones? Creía que sí, creía que se lo había contado prácticamente todo, pero ella no lo recordaba. Quizá los sucesos de Los Ángeles habían provocado lagunas en su memoria. Bobby consideraba más que probable que un hecho así provocara esa clase de secuelas. Y no sería un caso único. Mucha gente de su generación había puesto gran empeño en olvidar su identidad y sus convicciones entre el asesinato de John Kennedy en Dallas y el asesinato de John Lennon en Nueva York.

—No hagas caso —dijo Bobby—. Continúa.

Ella negó con la cabeza.

—He dicho ya todo lo que tenía que decir a ese respecto. Todo lo que puedo decir. Carol Gerber murió en Los Ángeles, en Benefit Street. Denise Schoonover vive en Poughkeepsie. Carol aborrecía las matemáticas, ni siquiera entendía los quebrados; Denise, en cambio, da clases de matemáticas. ¿Cómo podrían ser la misma persona? Es una idea absurda. Caso cerrado. Quiero que me expliques eso de Ted. Es *imposible* que aún viva, Bobby. Habría pasado ya de la centena. De largo.

—Dudo que el tiempo tenga gran trascendencia cuando se es un disgregador —contestó Bobby.

—¿Un disgregador? ¿Qué es...?

—No lo sé, ni tiene importancia —dijo Bobby—. En cambio, esta otra parte sí podría tenerla, así que escucha atentamente. ¿De acuerdo?

—De acuerdo.

—Vivo en Filadelfia. Tengo una esposa adorable que es fotógrafa profesional, tres hijos adorables ya crecidos, un perro viejo y adorable con problemas de cadera y buen temperamento, y una casa vieja que siempre está pidiendo reformas a gritos. Según mi esposa, eso es porque en casa del zapatero los niños van descalzos y en

casa del carpintero hay goteras en el techo.

—¿Ése es tu oficio? ¿Eres carpintero?

Bobby asintió con la cabeza.

—Vivo en Redmont Hills, y cuando me acuerdo de comprar un diario, elijo el *Inquirer* de Filadelfia.

—Carpintero —repitió ella con tono pensativo—. Siempre pensé que acabarías siendo escritor o algo así.

—También yo lo pensaba. Pero durante una época creí que terminaría en la prisión estatal de Connecticut y eso nunca ocurrió, así que supongo que las cosas tienden a cierto equilibrio.

—¿Qué había en el paquete que has mencionado? ¿Y qué tiene eso que ver con Ted?

—El paquete llegó a través de FedEx. Lo enviaba un tal Norman Oliver, empleado de banca. Era el albacea de Sully-John. Contenía esto.

Volvió a introducir una mano en la bolsa de gimnasia y sacó un viejo y maltrecho guante de béisbol. Lo depositó en la falda de la mujer sentada en el banco junto a él. Ella lo ladeó de inmediato y escrutó el nombre escrito a tinta en el costado.

—¡Dios mío! —exclamó ella, atónita.

—No veía este guante desde el día en que te encontré entre esos árboles con el hombro dislocado. Supongo que pasó por aquí algún otro niño, lo vio tirado en la hierba y simplemente se lo quedó. Aunque ni siquiera entonces estaba en muy buenas condiciones.

—Te lo robó Willie —informó ella con voz casi inaudible—. Willie Shearman. Y yo que pensaba que era un chico agradable... ¿Te das cuenta de lo mal que juzgaba a la gente, ya por aquel entonces?

Bobby la miró con muda sorpresa, pero ella no advirtió la expresión de su mirada; tenía la vista fija en el viejo guante modelo Alvin Dark y daba suaves tirones de la maraña de hilos de cuero sin curtir que milagrosamente mantenían sujetas las tiras de recubrimiento. Y luego lo conmovió y llenó de alegría haciendo lo que también él había hecho tan pronto como abrió la caja y vio qué contenía: se llevó el guante de béisbol a la cara y olió el dulce aroma del cuero y el adobo de curtir. Sólo que él se lo había calzado antes en la mano, sin siquiera darse cuenta. Ése era un gesto propio de un jugador de béisbol, de un niño, tan automático como la respiración. Norman Oliver debía de haber sido niño en algún punto de su pasado, pero, por lo visto, nunca había jugado al béisbol, ya que no había descubierto el trozo de papel insertado en lo más hondo del último dedo del guante —el dedo con el profundo arañazo en el cuero—. Fue Bobby quien encontró el papel. Lo había oído crujir al tocarlo con la uña del meñique.

Carol bajó el guante. Con o sin canas, volvía a parecer joven otra vez, y llena de

vida.

—Cuéntame.

—Sully lo llevaba puesto en la mano cuando lo encontraron muerto en su coche.

Ella abrió desmesuradamente los ojos. En ese momento no sólo parecía la niña que había subido con él a la noria de Savin Rock; era esa niña.

—Mira en la parte baja de la palma, junto a la firma de Alvin Dark. ¿Lo ves?

Oscurecía rápidamente, pero ella lo vio sin dificultad.

*B.G.
1464 Dupont Circle Road
Redmont Hills, Pensilvania
Zona 11*

—Tu dirección —murmuró ella—. Tu nueva dirección.

—Sí, pero fíjate en esto. —Señaló donde se leía «Zona 11»—. El servicio Postal dejó de clasificar por zonas en los años sesenta. Lo he comprobado. Ted no lo sabía o se olvidó.

—Quizá lo puso así a propósito.

Bobby asintió con la cabeza.

—Es posible. En cualquier caso, Oliver vio la dirección y me mandó el guante; dijo que no consideraba necesario autenticar la pertenencia de un viejo guante de béisbol. Básicamente deseaba hacerme saber que Sully había muerto, por si no me había enterado ya, y que iba a celebrarse un oficio conmemorativo en Harwich. Creo que quería que viniese para oír la historia del guante. Sin embargo, no le he servido de gran ayuda en eso. Carol, ¿estás segura de que Willie...?

—Se lo vi puesto. Le dije que me lo devolviera para poder mandártelo, pero se negó.

—¿Crees que pudo dárselo a Sully-John más tarde?

—Así debió de ser —dijo ella, pero no parecía muy convencida; sospechaba que la verdadera historia debía de ser mucho más extraña. La propia actitud de Willie respecto al guante había sido muy extraña, aunque ya no recordaba exactamente en qué se fundaba esa impresión.

—En cualquier caso —comentó Bobby, señalando la dirección anotada en la palma del guante—, ésa es la letra de Ted. Estoy seguro. Luego metí la mano en el guante y encontré algo. Ése es en realidad el motivo por el que he venido.

Introdujo la mano en la bolsa de gimnasia por tercera vez. La luz empezaba a perder su coloración rojiza; lo que quedaba del día presentaba un color rosa desvaído,

el color de las rosas silvestres. La radio, todavía tirada en la hierba, ofrecía *Don'tcha Just Know It*, de Huey «Piano» Smith and The Clowns.

Bobby extrajo un trozo de papel arrugado. Se había manchado en un par de sitios a causa de la aceitosa humedad del interior del guante, pero por lo demás se conservaba muy blanco y en buen estado. Se lo entregó a Carol.

Ella lo alzó a la luz y se lo apartó un poco de la cara. Ya no tenía tan buena vista como en otro tiempo, advirtió Bobby.

—Es la portada de un libro —dijo ella, y se echó a reír—. ¡*El señor de las moscas*, Bobby! ¡Tu preferido!

—Mira al pie de la hoja —indicó Bobby—. Lee lo que hay ahí.

—Faber and Faber, Limited... 24 Russell Square... Londres. —Miró a Bobby con expresión interrogativa.

—Es de la edición en rústica publicada por Faber en 1960 —dijo Bobby—. Eso consta al dorso. Pero míralo, Carol. Parece nuevo. Creo que el libro del que procede esta hoja podría haber estado en 1960 hace sólo unas *semanas*. No el guante, que está mucho más gastado que cuando yo lo encontré, pero sí la hoja.

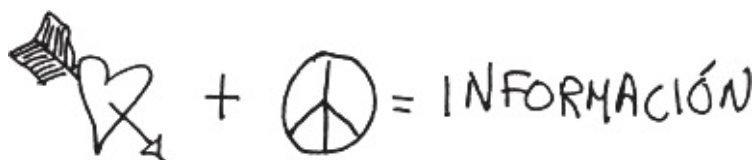
—Bobby, no todos los libros viejos amarillean si se cuidan bien. Incluso un libro viejo encuadernado en rústica podría...

—Dale la vuelta —dijo Bobby—. Echa una ojeada al dorso.

Carol así lo hizo. Escrito bajo la línea que rezaba «Reservados todos los derechos» se leía: «Dile que fue tan valiente como un león».

—Al leer eso fue cuando supe que debía venir, porque él pensaba que te encontraría aquí, que estabas viva. No podía creerlo; era más fácil creer en él que creer... ¿Carol? ¿Qué te pasa? ¿Es lo que aparece al pie? ¿Qué es eso anotado al pie?

Carol lloraba, y lloraba a lágrima viva, sosteniendo la portada arrancada en la mano y contemplando lo que había sido añadido al dorso, comprimido en el escaso espacio en blanco situado bajo las condiciones de venta:



—¿Qué significa eso? ¿Lo sabes? Sí lo sabes, ¿verdad?

Carol negó con la cabeza.

—No tiene importancia. Quizá sea ésa la tarea de un disgregador.

Miró a Bobby. Seguía sollozando pero, pensó Bobby, no parecía realmente entristecida.

—Bobby, ¿por qué habrá hecho esto? ¿Y cómo sabía que vendríamos? Cuarenta años es mucho tiempo. Las personas maduran, maduran y dejan atrás los niños que en su día fueron.

—¿Tú crees?

Siguió mirándolo en la creciente oscuridad. Más allá, las sombras de la arboleda se espesaron. Dentro, entre los árboles donde él había llorado un día y, al siguiente, la había encontrado a ella, herida y sola, la oscuridad era casi total.

—A veces permanece en los sitios un resto de magia —dijo Bobby—. Eso es lo que creo. Hemos venido porque aún oímos algunas de las voces que nos gusta oír. ¿Tú las oyes? ¿Esas voces?

—A veces —admitió Carol, casi de mala gana—. A veces las oigo.

Bobby cogió el guante.

—¿Me disculpas un segundo?

—Claro.

Bobby se dirigió hacia la arboleda, se agachó apoyando una rodilla en el suelo para pasar por debajo de una rama baja, y colocó su viejo guante de béisbol en la hierba con la palma hacia el cielo cada vez más oscuro. Luego regresó al banco y se sentó de nuevo junto a Carol.

—Ése es su verdadero sitio —dijo.

—Mañana pasará algún niño y lo cogerá, ya lo sabes, ¿no? —Rió y se enjugó los ojos.

—Puede ser —concedió—. O quizá para entonces ya haya desaparecido. Haya vuelto al lugar de donde ha venido.

Cuando los últimos reflejos rosados adquirieron un tono gris, Carol apoyó la cabeza en el hombro de Bobby y él la rodeó con un brazo. Permanecieron en esa posición sin hablar, y por la radio caída a sus pies empezaron a cantar los Platters.

NOTA DEL AUTOR

Existe una Universidad de Maine en Orono, sin duda. Lo sé porque yo estudié allí entre 1966 y 1970. No obstante, los personajes de este relato son totalmente ficticios, y buena parte de la geografía del campus que he descrito nunca existió. Análogamente, Harwich es también un pueblo ficticio, y si bien Bridgeport es real, la versión que yo ofrezco no lo es. Aunque cueste creerlo, la década de los sesenta no es ficticia; ocurrió realmente.

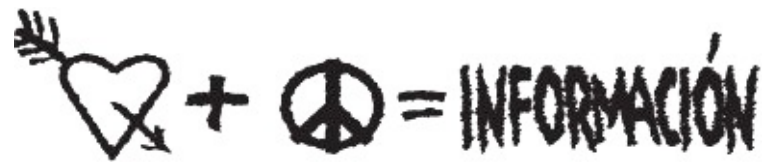
Me he tomado asimismo ciertas libertades cronológicas, siendo la más destacable mi utilización de la serie *El prisionero* dos años antes de que empezase a emitirse por televisión en Estados Unidos; pero he procurado mantenerme fiel al espíritu de la época. ¿Acaso es eso realmente posible? No lo sé, pero lo he intentado.

Una versión anterior y muy distinta de «Willie el Ciego» apareció en la revista *Antaeus*. Se publicó en 1994.

Quiero expresar mi agradecimiento a Chuck Verrill, Susan Moldow y Nan Graham por ayudarme a reunir el valor necesario para escribir este libro. También deseo dar las gracias a mi esposa. Sin ella, nunca lo habría conseguido.

S. K.

22 de diciembre, 1998





STEPHEN KING. El maestro indiscutible de la narrativa de terror contemporánea, con más de treinta libros publicados. En 2003 fue galardonado con la Medalla de la National Book Foundation, por su contribución a las letras estadounidenses, y en 2007 recibió el Grand Master Award, que otorga la asociación Mystery Writers of America. Entre sus títulos más célebres cabe destacar *El misterio de Salem's Lot*, *El resplandor*, *Carrie*, *Christine*, *La zona muerta*, *Ojos de fuego*, *It*, *Maleficio*, *La milla verde*, *Cell*, *Duma Key* y las novelas que componen el ciclo *La Torre Oscura*. Vive en Bangor, Maine, con su esposa Tabitha King, también novelista.

Notas

[1] Ésta y otras expresiones que aparecen en cursiva a lo largo de las próximas páginas están en castellano en el original. (N. del T.) <<

[2] El apellido del candidato republicano a la presidencia en las elecciones de 1964, Goldwater, se traduciría literalmente como «agua de oro» u «oro-agua», de ahí el uso de una fórmula química —Au (oro, *gold*) H₂O (agua, *water*)— como parte del lema de la campaña. (*N. del T.*) <<



A lo largo de cinco relatos escalofrantes, basados en tres temas principales –los años sesenta, la guerra de Vietnam y el juego– y protagonizados por los mismos personajes a lo largo de casi cuatro décadas, Stephen King disecciona implacablemente los fantasmas, miedos y frustraciones de la sociedad norteamericana.

En Hampones con chaquetas amarillas un niño es víctima de macabras circunstancias que lo convertirán en un delincuente. Corazones en la Atlántida narra las dramáticas peripecias de un grupo de universitarios sobre los cuales pende la amenaza de ser reclutados y acabar en Vietnam. Willie el Ciego es protagonizado por un curioso personaje: en apariencia se trata de un respetable ciudadano, pero de hecho vive de la mendicidad. ¿Qué hacemos en Vietnam? narra la historia de un veterano de guerra afectado de terribles secuelas. Se ciernen ya las sombras de la noche redondea el inquietante destino de todos los personajes.

El maestro del terror alcanza en esta obra nuevas cotas de profundidad psicológica y ofrece una visión tan pavorosa como realista de los extraños y dolorosos senderos por los que transcurre la vida de los hombres.